

OBRAS COMPLETAS

DEL

Exmo. Señor

D. MANUEL JOSEF

QUINTANA







MADRID.

OBRAS COMPLETAS

DEL

EXMO SEÑOR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA









MADRID.

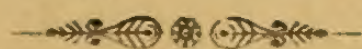
derno 1.º

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS: EDITOR.—MADRID

OBRAS COMPLETAS

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL JOSEF QUINTANA



NUEVA EDICIÓN DE LUJO

CUIDADOSAMENTE REVISADA

Y ANOTADA CON ESCRITOS INÉDITOS, DOCUMENTOS HISTÓRICOS Y POLÍTICOS,

CARTAS, APÉNDICES, ETC., ETC.

TOMO PRIMERO

ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN RAFAEL, NUMERO 9, (BARRIO DE POZAS).—TELÉFONO 3118

1897

IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE G. ROJAS.—SAN RAFAEL, 9, (BARRIO DE POZAS). MADRID

QUINTANA



«... and Quintana's own history shows that whatever misfortunes may befall any one individually, he does not labour or suffer in vain who labours or suffers honestly in a just cause.»

JAMES KENNEDY.

«Modern poets and poetry of Spain. Londres, 1852».

ENTRE las innumerables noticias biográficas de Quintana que se han publicado, tanto en Europa como en las Américas españolas é inglesas, muchas adolecen de faltas de exactitud, unas en la fecha de su nacimiento, otras en el pueblo de su naturaleza. Maury (1) le da por

(1) Don Juan M. Maury en su *Espagne poetique*. París, 1827, dice: «Don Manuel José Quintana est de la province de Meléndez», etc.

nacido en la provincia de Meléndez; Cazzaniga, además de caer en el mismo error, anticipa dos años su nacimiento (1), y otros escritores que no menciono por no ser prolijo, le hacen natural de Salamanca ó Extremadura. Sin duda alguna estos errores son efecto de lo mucho que Quintana hablaba siempre de esas dos provincias, por el gran cariño que las tenía; á la una, porque le nutrió y alimentó con sus talentos; á la otra, porque en ella pasó la época más tranquila de su vida.

De noble y distinguida familia, pero no rica, y sin haber heredado jamás bienes de fortuna, vivió siempre con suma modestia, y hasta con estrecheces en sus últimos años, careciendo con frecuencia de lo más necesario á su salud y á su comodidad. Las personas que en todos tiempos honraron su casa, pudieron ver en ella únicamente el hogar del español antiguo, es decir, el sacramental brasero, la estera de pleita y las sillas llamadas de paja. Allí no había alfombras, ni butacas, ni estrados; y fuera de lo más necesario para la vida, empleó siempre su escaso haber en las letras y en las artes, en libros y en cuadros: gustaba mucho de tener las mejores ediciones de las obras, y solía decir que el afán de adquirir libros era un vicio como cualquier otro, que nunca se veía satisfecho; su biblioteca era muy notable por lo selecta y por la cantidad de volúmenes. Sus sobrinos hubieran deseado conservarla, pero desgraciadamente tuvieron que deshacerse de ella para atender al pago de algunos gastos y de las deudas que Quintana dejó al morir, entre las cuales figuraban cincuenta duros que había tenido que pedir á un amigo para hacerse el traje de etiqueta con que asistió al solemne acto de su coronación.. . .

Su carácter fué siempre igual, afable y modesto con todo el mundo; escuchaba con benevolencia hasta las impertinencias con que le acosaban algunas personas de todo punto desconocidas para él, y daba con lealtad y fran-

(1) A. Cazzaniga en su «Vita ed opere de don Manuel José Quintana», dice:

«All' estremitá del Portogallo, fra la Andalussia, la Nouva Castiglia, ed il regno de Leon, giace impoverita di gente e di mezzi l' Estremadura, la patria di Fernando Cortes e di Pizarri; e nelle vicinanze di Badajoz, che é la capitale di quella montuosa e deserta provincia, sotto quel cielo stesso ove 18 o 20 anni prima circa nasceva il piú tenero, il piú apassionato de' poeti spagnuoli, Meléndez Valdes, nacque pure verso il 1770 il Quintana.»—*Milán*, 1835.



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

queza los consejos que le pedían, sin imponer jamás su opinión propia. En el trato particular supo hacerse estimar de sus amigos, tanto porque de sus labios no salió nunca una alabanza inmerecida, cuanto por la ingenuidad y constancia con que cultivaba sus amistades. Henry Colburn, en sus *Letters from Spain,* después de tributar un homenaje de admiración á Quintana, del cual debo hacer abstracción, dice hablando de su carácter: « . . . . mientras que la excelencia de su corazón y la digna elevación que regula su conducta, hacen su trato extremadamente agradable, y dan un alto precio á su amistad. . . .»

Galante sin ridiculez con las damas, ameno y festivo en sus conversaciones, hubiérasele tomado, al escucharle sin mirar á su venerable cabeza, más bien por un hombre de treinta años, que por un anciano octogenario; él pudo decir como Beranger, con el cual le han comparado en la nación vecina,

«L'on a toujours vingt ans
Dans quelque coin du cœur».

La vejez trae consigo dolores, incomodidades y cuidados, que son generalmente causa en todo hombre sexagenario, de que su carácter, por franco y generoso que haya sido en la juventud, se torne gruñón y egoísta. En Quintana no he hallado estos *achaques de la vejez:* tolerante en los defectos de los demás, comedido en sus reprensiones, y considerado hasta con sus mismos servidores, no recuerdo haberle visto encolerizado ni una sola vez. Durante los últimos meses de su vida sufría casi continuamente dolores más ó menos agudos, que le privaban de lo que puede ansiar más el hombre, que es la libertad de acción, y ni aun estos dolores físicos fueron bastantes á cambiar su humor jovial y chispeante. Era alto, erguido, grueso de cuerpo y de aspecto severo; su vista fué tan privilegiada, que á pesar de sus ochenta y cinco años podía leer y escribir sin anteojos. No puedo resistir al deseo de copiar aquí las palabras que emplea Cazzaniga, al describir su *Primera visita á Quintana,* en el año 1835. Dice así:

« . . . . E impossibile di presentarsi a quell' uomo, e non leggere subito il suo ingegno, la vigoria del suo intelletto sulla sua fronte; io, che gia

me lo aveva dipinto nella mente, magro, pallido, cadente, estenuato dai molti e gravi studi, dalle sventure e dagli anni, rimasi maravigliato quando vidi in lui un uomo che ancora mostrava di essere in tuto il vigore dell' etá, forte, ben compito della persona, bruno assai di volto, con due occhi di fuoco, una voce profunda, gagliarda, sonora, un aspetto grave, imponente, che lo crederesti piuttosto un antico generale d' armata che riposa all' ombra de' suoi allori, che un uomo di lettere, il quale da cinquant' anni e piú, conduce la sua vita fra i libri, e fra le miserie d' una sempre, se non avversa, almeno contrastata fortuna. . . . »

Y sin embargo, á pesar de su «adversa y azarosa fortuna» jamás salió de sus labios una queja contra los hombres ni contra la suerte. Detenido provisionalmente en el cuartel de Guardias en un calabozo de siete pies de ancho y nueve de largo, donde había una cama de fábrica, una silla y una mesa por todo mueblaje; trasladado después á la ciudadela de Pamplona, donde estuvo encerrado cerca de *seis años* procesado capitalmente; privado de toda comunicación y hasta de escribir, pues no se lo permitieron en los primeros años de su prisión, resistió con un esfuerzo gigantesco aquella muerte civil. Su espíritu permaneció siempre tranquilo, y la entereza de su carácter fué inquebrantable. Su causa era justa, sagrada: su causa era la de la patria, á la cual consagró todas las facultades de su entendimiento, todas las potencias de su alma.

Durante su juventud fué su salud tan delicada, que los médicos le pronosticaron no llegaría á cumplir treinta años. Á juzgar por un retrato suyo que posee el autor de estas líneas, pintado por Ribelles en 1806 (1), no se le hubiera augurado una longevidad como la que ha tenido, igual con muy corta diferencia á la de Voltaire.

Don Manuel José Quintana nació en Madrid el 11 de Abril de 1772. Su padre don Juan Antonio, relator del Consejo de Órdenes, que ocupaba una posición desahogada, le dió la educación que correspondía á su clase y á las esperanzas que desde sus primeros años hizo concebir el carácter y disposi-

(1) Este retrato se halla hoy en el Museo de Pinturas.

ción de Quintana. Aprendió las primeras letras en una escuela de la córte; la latinidad en Córdoba; la retórica y filosofía en el seminario conciliar de Salamanca, y el derecho canónico y civil en la célebre universidad de la misma ciudad.

Quintana empezó á darse á conocer desde sus primeros años, pues aún no había cumplido veinte cuando presentó un ensayo didáctico titulado *Las Reglas del drama*, escrito para el concurso abierto á los poetas por la Academia Española en 1791. El ensayo, á decir verdad, no correspondió al atrevimiento del de su joven autor, y él mismo conoció el escaso mérito de esta composición, pues cuando más tarde la publicó dijo en la advertencia que le precede: « . . . . á ninguna de las obras presentadas se adjudicó entonces el premio, y en verdad que si todas eran como ésta, ninguna le merecía.» Dedicóse con preferencia á la poesía, á la elocuencia y á la historia, en las cuales fueron sus maestros don Pedro Estala, Cienfuegos y Meléndez; este último, que le estimaba y prefería mucho, en cierta ocasión al leer una composición de Quintana exclamó: «Este muchacho nos va dejando atrás.» Pocos años después el discípulo pagaba á su maestro un justo tributo de admiración diciéndole:

Alto silencio en la olvidada España
Por todas partes extendió su manto,
Cuando tu hermoso canto
Resonando ¡Oh Meléndez! de repente,
De orgullo y gozo llena
Se vió á tu patria levantar la frente (1).

Graduado en ambos derechos y recibido de abogado en 1795, fué nombrado aquel mismo año agente fiscal de la Junta de Comercio y Moneda. Ya por entonces corrían de mano en mano sus composiciones líricas y patrióticas, buscadas con ávido interés por el público, y fácilmente puede comprenderse el efecto que producirían con sólo recordar la época en que están escritas; época precursora de las grandes conmociones que amenazaban á la Europa

(1) Oda de Quintana á Meléndez cuando la publicación de sus poesías.—1797.

entera, en las cuales iba á verse envuelta España, la patria adorada de Quintana, cuyo amor le inspiraba aquellos cantos que encendían el fuego sagrado en el pecho de todo buen español.

Desde los primeros cantos que publicó Quintana se vió en él al poeta y al hombre político, al patricio que más tarde había de sacrificar su carrera, su porvenir, su libertad y hasta su vida, si hubiera sido preciso, en aras de la causa liberal de aquellos tiempos. Sus odas, entre las cuales llamaron mucho la atención las tituladas *Al mar* y *Á la invención de la imprenta*, de las que se agotaron infinidad de ejemplares, las imprimió sueltas repetidas veces, hasta que en 1802 coleccionó é imprimió un tomo de poesías que ha sido reimpreso diferentes veces.

Casó en Marzo de 1800 con una señora de Zaragoza, de familia distinguida, y que según fama de aquellos tiempos era una de las mujeres más hermosas de entonces. Esta señora, célebre por su belleza, lo era también por su talento y por su instrucción, hablaba varios idiomas, y poseía además el don de la oratoria. Murió sin haber tenido hijos el año 1820, poco tiempo después de haber salido su marido de la ciudadela de Pamplona.

En Mayo de 1801 se representó por primera vez en el coliseo de la Cruz la tragedia de Quintana *El Duque de Viseo*, imitación de un drama inglés titulado *Castle Spectre*, de Lewis, y cuatro años más tarde se estrenó el *Pelayo*. Esta última, original, tuvo gran éxito y fué recibida con grande y general aprobación, tanto por el argumento elegido, cuanto por el mérito literario muy superior al de *El Duque de Viseo*. Cierto es también que contribuyó mucho á su buen éxito el asunto histórico, eminentemente patriótico y que hablaba directamente al sentimiento nacional. Estas dos tragedias son las únicas obras dramáticas que nos ha dejado, pues aunque tenía muy adelantadas otras tres, los acontecimientos políticos que sobrevinieron en 1808 no le permitieron concluirlas, ni pudo recobrar los manuscritos que, sustraidos ó inutilizados, desaparecieron de su casa con otros papeles de interés durante sus persecuciones políticas.

En 1802 escribía como principal redactor en el periódico *Variedades de ciencias, literatura y artes*, revista que tuvo gran aceptación. En 1806 fué

nombrado Censor de teatros, y al año siguiente publicó el primer tomo de las *Vidas de españoles célebres*. Dos años más tarde formó la *Colección de poesías selectas castellanas desde Juan de Mena*, reimpresa después diferentes veces, y por entonces redactaba también el *Semanario Patriótico*, periódico político emprendido en compañía de otros amigos suyos, para fomentar y sostener el espíritu de independencia contra la invasión francesa.

En Diciembre de 1808 tuvo que abandonar á Madrid dirigiéndose á Sevilla; formada en 1809 la Junta Central le nombró Oficial mayor de la Secretaría general, y en el mismo año Secretario del Rey con ejercicio de decretos. La primera Regencia le hizo en 1810 Secretario de la Interpretación de lenguas, resolviendo al mismo tiempo que permaneciese cerca del Consejo de Regencia para ocuparse en las misiones que tuviera que fiar á su cuidado y conocimientos. Al siguiente año, 1811, fué nombrado Secretario de Cámara y de la Real Estampilla, de cuyo cargo tuvo que hacer dimisión por los muchos enemigos que le creó un puesto tan honroso y de tal confianza.

En Febrero de 1814 fué elegido Académico de la de San Fernando, y simultáneamente casi la Academia Española le recibió también en su seno como individuo de número (1).

Instaladas las Cortes de Cádiz, fué nombrado por ellas en el mismo año Vocal de la Junta superior de Censura, y por entonces también individuo de la Comisión del plan de estudios, cuyos trabajos fueron hechos por Quintana, presentados al Gobierno y aprobados después por las Cortes.

Los sucesos políticos ocurridos en 1814 y la parte más ó menos activa que tomó en ellos Quintana, dieron margen á su prisión y proceso, cuyos detalles están contados por él mismo en la parte correspondiente de estas obras. Restablecida la Constitución de 1820, fué sacado en triunfo de la ciudadela de Pamploma el 11 de Marzo, cuando menos quizá lo esperaba; diéronle seis días después de su libertad el gobierno político de Navarra, cargo que no pudo aceptar por haberle llamado el Gobierno á Madrid para que desempeñara la presidencia de la Junta suprema de Censura, y al restituirle

---

(1) La silla que ocupó Quintana en la docta corporación es la señalada con la letra J.

en todos los cargos y honores que había tenido antes de su prisión, le nombraron también individuo del Museo de Ciencias Naturales.

En Mayo de 1821 fué elegido por las Cortes el primero de los siete individuos que habían de componer la junta protectora de libertad de imprenta; y creada el mismo año la Dirección de Estudios, fué nombrado presidente de la misma, ejerciendo este cargo hasta 1823 en que fué abolido otra vez el sistema constitucional, y por consiguiente vuelto á ser despojado de sus empleos y honores y de todo influjo público. Durante estos dos años del 21 al 23 la Sociedad Económica Matritense le acogió en su seno, y también la Junta Suprema provisional de Sanidad le nombró individuo de la misma.

Abolida por segunda vez la Constitución y despojado nuevamente de sus cargos, se retiró Quintana á un pueblo de Extremadura, donde residía su familia paterna, y allí permaneció hasta Septiembre de 1828, en que se le permitió volver á Madrid y continuar sus trabajos literarios.

Aumentó en 1830-33 la *Colección de poesías selectas castellanas* con dos tomos de poesía épica antigua y con diferentes ilustraciones, y en el primero de esos años dió también á luz el tomo segundo de sus *Vidas de españoles célebres.*

En 1833 le restablecieron en su empleo de secretario de la Interpretación de lenguas, y volvió á los honores de que le despojaron en 1823. Cuando el Estatuto Real, en 1834, fué elevado á la dignidad de Prócer del Reino, y al año siguiente le nombraron ministro del Consejo Real. Fué senador diferentes veces, siéndolo vitalicio cuando cesó esta institución, 1854. Volvió desde 1836 á ser presidente de la Dirección de Estudios; cuando ésta se convirtió en Consejo de Instrucción pública fué nombrado presidente de dicho cuerpo, y aunque tenía concedida su jubilación desde 1851, continuó hasta su muerte ejerciendo este cargo por disposición del gobierno.

En 1840 fué nombrado ayo instructor de la reina doña Isabel, cargo que renunció tres años después, á consecuencia de la reacción política que hubo entonces.

Por aquel tiempo escribió por encargo superior el manifiesto del gobierno español, contestando á la alocución de Su Santidad de 1.° de Marzo de 1840,

y redactó también en su mayor parte todas las proclamas y manifiestos hechos por los gobiernos liberales que hubo en España desde la Junta Central hasta la Regencia del duque de la Victoria. Entre otros documentos hay uno cuyo título es: *El Consejo de Regencia de España é Indias á los americanos españoles,* al cual, sin duda alguna, se refiere el distinguido historiador señor Ferrer del Río, en el artículo que va al frente de las *Obras completas de Quintana* publicadas en el tomo diez y nueve de la *Biblioteca de Autores españoles.* El señor Ferrer del Río, autor de la *Historia de Carlos III,* después de tributar un homenaje de admiración á Quintana, dice en el citado artículo: «Al señor Quintana se atribuye también el manifiesto de la Junta central á los americanos en que se les llamaba á entrar en la condición de hombres libres, como si hasta entonces hubieran sido esclavos...» Quintana escribió efectivamente ese manifiesto en Febrero de 1810, cuyo documento, como todos los demás que redactó, fué revisado y aprobado por el gobierno.

El reproche que parecen encerrar las palabras *como si hasta entonces hubieran sido esclavos,* escritas por una pluma tan autorizada como la del señor Ferrer del Río, hace necesario trascribir aquí íntegro el manifiesto aludido para que se pueda juzgar con entero conocimiento. Hé aquí su copia literal:

«El Consejo de Regencia de España é Indias á los americanos españoles.—Apenas el Consejo de Regencia recibió del Gobierno que ha cesado, la autoridad que estaba depositada en sus manos, volvió su pensamiento á esa porción inmensa y preciosa de la Monarquía. Enterarla de esta gran novedad, explicar los motivos que la han acelerado, anunciar las esperanzas que promete, y manifestar los principios que animan á la Regencia por la prosperidad y gloria de esos países, han sido objetos de su primer cuidado en esta memorable crisis, y va á desempeñarlos con la franqueza y sinceridad que nunca más que ahora debe caracterizar en los dos mundos las almas españolas.—Una serie no interrumpida de infortunios había desconcertado todas nuestras operaciones desde la batalla de Talavera. Desvaneciéronse en humo las grandes esperanzas que debieron prometerse en esta célebre jornada. Muy poco después de ella, el florido ejército de la Mancha fué combatido en Almonacid. Defendíase Gerona; pero cada día se imposibilitaba más un

socorro que con tanta necesidad y justicia se debía á aquel heróico tesón, que dará á sus defensores un lugar sin segundo en los fastos sangrientos de la guerra. A pesar de prodigios de valor, el ejército de Castilla había sido batido en la batalla de Alba de Tormes y Tamames, y con este revés se había completado el desastre anterior de la acción de Ocaña, la más funesta y mortífera de cuantas hemos perdido.—Sin fortuna no hay crédito ni favor. Dudábase ya en la Nación si el cuerpo encargado de sus destinos era suficiente á salvarla. Todos los resortes del Gobierno habían perdido su elasticidad y su fuerza. Las providencias eran, ó equivocadas, ó tarde y mal obedecidas. La ambición de los particulares, la de los cuerpos se había excitado hasta un punto extraordinario, y se había puesto en una contradicción más ó menos abierta con la autoridad. Hasta los más moderados decían que un Gobierno compuesto de tantos individuos, todos diversos en caracteres, en principios, en profesión, en intereses, todos atendiendo á un tiempo todas las cosas grandes y pequeñas, no podía pensar con sistema, deliberar con secreto, resolver con unidad, ni ejecutar con presteza. Pocos en número para las grandes discusiones legislativas; excesivamente muchos para la acción, presentaba todos los inconvenientes de una autoridad combinada menos por el saber y la meditación política, que por el concurso extraordinario y fortuito de las circunstancias que han mediado en nuestra singular revolución.—El voto público, pues, era de que el Gobierno debía reducirse á elementos más sencillos. La misma Junta Suprema, persuadida de esta verdad, había ya anunciado esta mudanza, y las próximas Cortes extraordinarias, cuya convocación se había acelerado, debían determinarla y establecerla con la solemnidad consiguiente á su augusta representación. El Gobierno que ellas formasen, y los recursos y arbitrios que necesariamente brotarían de su seno, debían restablecer la confianza y con ellas restituirnos al camino de la fortuna.—Los acontecimientos no han consentido que las cosas llevasen este orden. Recelosos los franceses de los efectos saludables de esta gran medida, agolparon todo el grueso de sus fuerzas á las gargantas de Sierra Morena. Defendíanlas los restos de nuestro ejército batido en Ocaña, no rehecho todavía de aquel infausto revés. El enemigo rompió por el punto más débil, y la ocupación de los

otros se siguió al instante, á pesar de las resistencias que hicieron algunas de nuestras divisiones, dignas de mejor fortuna. Rota, pues, la valla que había al parecer contenido á los franceses todo el año anterior para ocupar á Andalucía, se dilataron por ella y se dirigieron á Sevilla. —Brotó entonces el descontento en quejas y clamores. La perversidad, aprovechándose de la triste disposición en que se hallaban los ánimos, agitados por el terror, comenzó á pervertir la opinión pública, á extraviar el celo, á halagar la malignidad y á dar rienda á la licencia. Había puesto en ejecución la Junta la medida que ya anteriormente tenía acordada de trasladarse á la Isla de León, donde estaban convocadas las Cortes; pero en el viaje la dignidad de sus individuos y el respeto debido á su carácter, se vieron más de una vez expuestos al desaire y el desacato. Aunque pudieron, por fin, reunirse en la Isla y continuar sus sesiones, la autoridad, ya inerte en sus manos, no podía sosegar la agitación de los pueblos, ni animar su desaliento, ni hacer frente á la gravedad y urgencia del peligro. Terminó, pues, la Junta el ejercicio de su poder con el único acto que ya podía atajar la ruina y disolución del Estado; y establecido por un Real decreto de 29 de Enero de este año el Consejo de Regencia, resignó en él el depósito de su soberanía, que ella legítimamente tenía, y que ella sola en la situación presente podía legítimamente transferir.—Tales han sido las causas de la revolución que acaba de suceder en el Gobierno español: revolución hecha sin sangre, sin violencia, sin conspiración, sin intriga; producida por la fuerza de las cosas mismas, anhelada por los buenos y capaz de restaurar la Patria, si todos los españoles de uno y otro mundo concurren enérgicamente á la generosa empresa.—Ya el buen resultado de las operaciones en estos primeros días son un presagio de buena fortuna para en adelante. Fiados los enemigos en el abandono en que suponían hallarse los puntos de la Isla y Cádiz, codiciosos de tan rica presa, se habían arrojado á devorarla con su celeridad impetuosa. La marcha del ejército de Extremadura, al mando del general Duque de Alburquerque, ha desconcertado sus designios, y á despecho de su diligencia y su pujanza, se hallan hoy nuestros valientes guerreros cubriendo estas interesantes posiciones, que están seguras de todo atentado. La confianza se restablece en las provincias, nuevos

ejércitos se forman y los generales mejores están puestos á su frente. Así los franceses, que creyeron cortar el nervio de la guerra con la ocupación de la Andalucía, se ven burlados en su esperanza, y á su espalda, á su frente, á sus costados, bajo sus piés mismos la ven renacer y arder con más violencia que al principio.—Sobra, españoles americanos, á vuestros hermanos de Europa magnanimidad y constancia para contrarrestar los reveses que les envie la fortuna. Cuando declaramos la guerra sin ejércitos, sin almacenes, sin arbitrios, sabíamos bien á lo que nos exponíamos, y vimos bien la terrible perspectiva que se nos presentaba delante. No nos arredró entonces, no nos arredra tampoco ahora; y si el deber, el honor y la venganza no nos dejaron en aquel día otro partido que la guerra, no queda otro partido que la guerra á los españoles que escuchan las voces de la venganza, del honor y del deber.—Contó siempre la Patria con los medios de defensa que proporciona la posición topográfica de la Península; contó con los recursos inagotables de la virtud y constancia de sus naturales, con la lealtad acendrada que los españoles profesan á su Rey, con el rencor inacabable que los franceses inspiran; contó con los sentimientos de la fraternidad americana, igual á nosotros en celo y en lealtad. Ninguna de estas esperanzas la ha engañado; con ellas piensa sostenerse en lo que resta de la tormenta, y con ellas, ¡oh americanos! está segura de la victoria. —Qué no es dado al déspota de la Francia, por más que todo lo presuma de su enorme poderío, acabar con una Nación que desde el Occidente de Europa se extiende y se dilata por el Océano y el Nuevo Continente hasta las costas de Asia. Degradada, envilecida, atada de pies y manos la entregaron á discreción suya los hombres inhumanos que la vendieron. Mas gracias á vuestra resolución magnánima y sublime, gracias á vuestra adhesión leal y generosa, no nos pudo subyugar en un principio, no nos subyugará jamás. Sus satélites armados entrarán en una ciudad, ocuparán una provincia, devastarán un territorio. Mas los corazones, son todos españoles, y á despecho de sus armas, de sus victorias, de su insolencia y su rabia, el nombre de Fernando VII será respetado y obedecido en las regiones más ricas del universo.—Será bendecido también, porque á este nombre quedará siempre unida la época de la renegeración y

felicidad de la Monarquía en uno y otro mundo. Entre los primeros cuidados de la Regencia, tiene un principal lugar la celebración de las Cortes extraordinarias, anunciadas ya á los españoles, y convocadas para el día 1.º del próximo Marzo. En este gran Congreso cifraban los buenos ciudadanos la esperanza de su redención y su felicidad futura. Y si los sucesos de la guerra obligan á dilatar esta gran medida hasta que pueda realizarse con la solemnidad y seguridad conveniente, esta misma dilación ofrece al nuevo Gobierno la oportunidad de dar al próximo Congreso nacional, la representación completa del vasto imperio cuyos destinos se le confían.—Desde el principio de la revolución, declaró la Patria esos dominios parte integrante y esencial de la Monarquía española. Como tal, le comprenden los mismos derechos y prerrogativas que á la Metrópoli. Siguiendo este principio de eterna equidad y justicia, fueron llamados esos naturales á tomar parte en el Gobierno representativo que ha cesado: por él la tienen en la Regencia actual; y por él la tendrán también en la representación de las Cortes nacionales, enviando á ellas Diputados, según el tenor del decreto que va á continuación de este *Manifiesto*.—Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estábais del centro del poder; mirados con indiferencia; vejados por la codicia; y destruídos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar ó al escribir el nombre del que ha de venir á representaros en el Congreso nacional, vuestros destinos ya no dependen, ni de los Ministros, ni de los Vireyes, ni de los Gobernadores, están en vuestras manos.—Es preciso que en este acto, el más solemne, el más importante de nuestra vida civil, cada elector se diga á sí mismo: á este hombre envío yo, para que unido á los representantes de la Metrópoli, haga frente á los designios destructores de Bonaparte; este hombre es el que ha de exponer y remediar todos los abusos, todas las estorsiones, todos los males que han causado en estos países la arbitrariedad y nulidad de los mandatarios del Gobierno antiguo; éste es el que ha de contribuir á formar con justas y sabias leyes un todo bien ordenado de tantos, tan vastos y tan separados dominios; éste, en fin, el que ha

de determinar las cargas que he de sufrir, las gracias que me han de pertenecer, la guerra que he de sostener, la paz que he de jurar.—Tal y tanta es, españoles de América, la confianza que vais á poner en vuestros Diputados. No duda la Patria, ni la Regencia que os habla por ella ahora, que estos mandatarios serán dignos de las altas funciones que van á ejercer. Enviadlos, pues, con la celeridad que la situación de las cosas públicas exige; que vengan á contribuir con su celo y con sus luces á la restauración y recomposición de la Monarquía; que formen con nosotros el plan de felicidad y perfección social en esos inmensos países, y que concurriendo á la ejecución de obra tan grande, se revistan de una gloria, que sin la revolución presente, ni España, ni América, pudieron esperar jamás. Real Isla de León, 14 de Febrero de 1810.—Javier Castaños, Presidente.—Francisco de Saavedra.—Antonio Escaño.—Miguel de Lardizabal y Uribe».

Tal es la copia literal del manifiesto en cuestión. Cuando en 1811 fué nombrado Quintana Secretario de la Real Cámara y Estampilla, cargo de una importancia tan alta, algunos envidiosos ó despechados, quizás por no haber conseguido la confianza del Gobierno, se enconaron de tal manera contra Quintana, tachándole de una ambición tan absurda como lejos de su ánimo, que juzgó necesario presentar la dimisión de aquel cargo, como he dicho ya en otro lugar, por decoro propio y por no exponer al Gobierno á oposiciones y murmuraciones inconvenientes en aquellos momentos políticos: dimisión que aceptó el Gobierno en los términos más lisonjeros y honrosos para Quintana, y en vista solamente de la insistencia con que fué presentada. Los criticones de aquellos tiempos le tacharon ciertas frases de ese Manifiesto citado, y otras también de la proclama dirigida por la Junta superior de Cádiz á los americanos; tal fué el encono y el veneno que sus detractores pusieron en los ataques, que después de su dimisión Quintana dió al público en Julio de 1811 un folleto impreso en Cádiz, bajo el título de *Contestación de don Manuel José Quintana á los rumores y críticas que se han esparcido contra él en estos días*. Su extensión no permite copiarle aquí íntegro, pero creo, sin embargo, oportuno hacer un extracto y copiar algunos párrafos que se relacionan con esos manifiestos.

Empieza este folleto con una breve advertencia, expresando las razones que le obligan á publicar el escrito para vindicar su estimación personal, siguiendo luego las copias íntegras de la dimisión y de la aceptación del Gobierno. Vienen después algunas *Reflexiones dirigidas á los hombres sensatos*, uno de cuyos párrafos dice así:

«En cuanto á la ignorancia y mala fe con que han sido atacados y destrozados los papeles del Gobierno, de cuya extensión se me supone haber sido encargado, no citaré más que dos ejemplos, y elegiré aquellos á que se ha dado más trascendencia y en que se ha puesto más intención. Se ha dicho que la proclama primera de la Regencia pasada á los americanos, había contribuído á la insurrección de aquellos países con estas frases imprudentes é impolíticas. *Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados á la dignidad de hombres libres: vuestros destinos ya no dependen ni de los Ministros, ni de los Virreyes, ni de los Gobernadores; están en vuestras manos.* No hay duda que si la proclama se dirigiese á esto sólo y no tuviera un objeto que da á estas expresiones un sentido enteramente contrario al que los acusadores presentan, tendrían tanto de impolíticas como de imprudentes, ó por mejor decir, serían absurdas. Pero este método de censurar, sacando las frases del lugar donde están puestas, prescindiendo de lo que hay antes y después de ellas, descoyuntándolas y torciendo su sentido, es conocido mucho tiempo hace en el mundo por todos aquellos que llevan una intención igual á la que han mostrado mis dignos detractores, y también despreciado y detestado por cuantos tienen un juicio recto y un corazón sano. ¿Era impolítico, pregunto, reconocer la igualdad política de los americanos con nosotros y llamarlos á la Asamblea legislativa de la nación? Si no lo era, ¿cómo puede tacharse de impolítico decirles que desde el momento en que se los llamaba al ejercicio de este derecho adquirían una dignidad que antes no tenían? ¿De quién dependen los destinos de un pueblo? De las leyes. ¿Quién hace las leyes en un Estado que tiene una Representación nacional? Los representantes. Luego los destinos de los americanos llamados al ejercicio de esta representación no dependía ya de los Ministros, ni de los Virreyes, sino de los representantes que nombrasen. Hablóseles así para dar á este nombramiento

toda la importancia que en sí tiene, y para que empezasen á disfrutar en esperanza de la libertad política y civil que ellos y nosotros íbamos á lograr con la institución de las Cortes. Podrán, pues, estas frases tener todos los vicios que se quieran; pero el de imprudentes é impolíticas, supuesto el objeto de la proclama en que se hallan, difícil será hacerlo creer, á menos de probar también que era imprudente é impolítico convocar las Cortes y llamar á ellas Diputados de la nación española».

El párrafo que se refiere á la otra proclama, dice: «Se ha tachado también como escandaloso este pasaje de la proclama de la Junta superior de Cádiz á los americanos: Sin convulsión, sin agitación, sin tumulto, con el decoro y concierto que corresponde á hombres libres y fuertes, han sido elegidos por todos los vecinos, escogidos de entre todos, los individuos que componen la Junta superior de Cádiz; *Junta cuya formación deberá servir de modelo en adelante á los pueblos que quieran elegirse un Gobierno digno de su confianza.* Los acusadores dirán si era impropio de las circunstancias en que la Junta hablaba á los americanos, decirles que no era un cuerpo faccioso y tumultuariamente elegido, y que podrían tener confianza en que lo que les decía era la expresión del pueblo de Cádiz, á quien entonces legítimamente representaban. Dirán también si un pueblo que haya de elegir un Gobierno digno de su confianza, deberá proceder á la elección en convulsión y en tumulto, dirigido y fascinado por la voluntad de unos pocos, eligiendo entre éstos solos y no de la generalidad de los representados. Aun ahora que no se conoce más representación popular que la de las Cortes, en el Reglamento dado por éstas á las Juntas de provincia, las elecciones de sus individuos son populares, como es preciso que lo sean, para que su administración tenga la confianza del pueblo. Acusar, en fin, una y otra proclama de haber contribuído á los disturbios de la América, cuando antes de llegar allá, los más de los países levantados estaban ya en combustión, es un despropósito que manifiesta en quien lo escribe, la ignorancia más crasa ó la intención más inícua».

Extiéndese luego en otras varias consideraciones, y antes de terminar, dice: «Nadie más que yo está persuadido de los muchos defectos de compo-

sición y de estilo que hay en mis escritos; y mucho más en los que, como proclamas, manifiestos y otros papeles del Gobierno, se escriben precipitadamente en un momento para darlos á la prensa en el siguiente, sin lugar para enfriar el espíritu y proceder á su corrección con la serenidad y desahogo necesarios; pero esos defectos si llaman con razón la severidad de la crítica, no dan ni deben dar ocasión al furor de los insultos. Mi pluma (perdóneseme este desahogo, tal vez inmodesto, á que el encono injusto de mis enemigos me impele á pesar mío), mi pluma dedicada siempre á tareas útiles y honestas, y nunca degradada con la adulación ni la bajeza, ha sabido implorar la libertad antes de que llegase á nosotros; y después de conseguida la ha proclamado y sostenido con el mismo ardor que el primero. En verso, en prosa, sea que haya escrito como particular, sea como encargado del Gobierno, mis ideas, mis principios, mi lenguaje han sido siempre unos mismos; y harto será que estos principios y estas ideas no ofendan más á mis adversarios que la contextura de mis frases. El amor de mi patria, el de su libertad é independencia, el deseo de que nuestras cosas parezcan bellas y grandes entre propios y extraños, son los númenes que me han inspirado en todos tiempos. He procurado, según mis fuerzas, dar á nuestra revolución y á sus hechos aquel aspecto de grandeza y majestad que es inseparable de su noble principio y heróica duración; y á buen seguro que ninguna de mis obras, ninguna de mis expresiones sirva á los enemigos de texto ó contraprueba para vilipendiar nuestra causa sublime y escarnecer sus defensores».

Este escrito, impreso hace tantos años, es tal vez ignorado de la generalidad: he creído deber transcribirle aquí, no como un acto de vindicación, sino por la razón que ya he manifestado; tanto más, cuanto que esa clase de papeles se leen siempre con interés.

Quintana ha sido encargado también de algunos otros trabajos de importancia histórica, no sólo por los Gobiernos liberales, sino por los Gobiernos moderados, que siempre han respetado y tenido en mucho su nombre. Hace años, bajo el Gobierno presidido por el Excmo. señor duque de Valencia, se nombró á Quintana presidente de la comisión creada por aquel mismo Gobierno para refutar los errores en que hubiesen incurrído

autores extranjeros al tiempo de escribir sobre los sucesos del alzamiento y guerra de la Independencia; entre estos errores figuraban prominentemente los cometidos por M. Thiers en los tomos X y XI de su obra *El Consulado y el Imperio,* en la parte relativa á la campaña y batalla de Bailén; Quintana fué el encargado de redactar la Memoria que debía preceder á la historia de esta batalla (1).

Estimado del público, honrado por sus amigos, querido de su familia y respetado de todos, deslizábanse los últimos años de su existencia tranquilos y felices, cuanto en lo humano pueden serlo, con ese dulce bienestar que proporciona la conciencia del hombre que, como él, jamás hizo mal á nadie, y ha cumplido con su deber, con la sociedad y con su patria, sin una mancha en su larga vida como hombre político, sin un recuerdo amargo, dudoso, en su vida privada. Dedicado hasta en sus últimos días al estudio, y escribiendo de vez en cuando alguna composición literaria que le pedían para el álbum de alguna señora, pasaba su vida con un orden inalterable: levantábase á las siete de la mañana, y, español en todo, se desayunaba con una gran jícara de chocolate; á las once tomaba lo que él llamaba un refrigerio; á las tres comía; después dormía la siesta un par de horas, y á las siete de la noche tomaba el té. Por aquella hora comenzaban á llegar los amigos de su más íntima confianza, y poco después sentábanse tres de ellos y Quintana á jugar al tresillo hasta las doce; los tresillistas eran invariablemente don Agustín Rodríguez, el general Sancho y el general Labastida; los demás, entre los cuales figuraban Gallego, Lista, Durán, Comyn, Lardizabal, don Martín de los Heros y otros muchos, cuyos nombres sería prolijo enumerar, unos miraban jugar, otros hablaban, y todos, en general, cultivaban y guardaban entre sí aquella dulce amistad que tantos años de antigüedad contaba. Recuerdo, á propósito de esto, que una noche se entabló debate algo animado acerca de un asunto político entre Quintana y cierto general, cuyo carácter altivo y dominante le hacía siempre descomponerse en cualquiera discusión; aquélla debía tener alguna importancia, puesto que Quintana le dijo, para

(1) En el correspondiente lugar puede leerse la introducción de referencia, escrita por Quintana.

concluir, que sería preciso, si continuaba así, que sus relaciones de amistad terminasen; á lo cual el general enmudeció de repente, y precipitándose con los brazos abiertos hacia Quintana: «Eso no, le dijo con voz conmovida y en medio de un silencio sepulcral; eso nunca, señor don Manuel; una amistad de sesenta años no se rompe más que con la muerte». *¡Sesenta años* de amistad contaban! La vida regular de cualquier hombre (1).

En medio de su retiro y alejado de toda vida de acción, vino á sorprenderle la honra más insigne que ha podido jamás concederse al talento y á la virtud cívica: me refiero á su coronación pública y solemne, verificada el domingo 25 de Marzo de 1855 en el salón del Senado. Este acontecimiento, único en las anales de España, y que sólo ha tenido un ejemplo en la Historia, merece por su alta honra y por su misma solemnidad, detenerse en algunos detalles dignos de mencionarse. Mas como mi posición especial no me permitiría extenderme en ello sin pasar tal vez por inmodesto, y como, por otra parte, el no hacerlo sería dejar un claro en esta biografía, extractaré algunos párrafos de un notable artículo, debido á la pluma del distinguido escritor don Vicente Barrantes (2).

». . . . Representábase á la sazón (13 de Septíembre de 1854) en el teatro de Variedades la magnifica tragedia de Quintana que lleva por título *Pelayo,* y de aquí tomaron pie los escritores de *La Iberia* para un notabilísimo artículo que hízo estremecerse de alegría á todos los amantes de las glorias de España. No hay una línea en él que no esté dictada por el más puro patriotismo. Incomprensible parece á primera vista que en una época de descomposición, época dominada, como es natural, de pasiones ruines y de bastardos pensamientos, pudiera tanto el amor al arte y á la gloria patria en escritores periodistas, que les hiciese apartar un momento su atención de las mezquinda-

(1) Esta *Tertulia de Quintana*, como se puede ver, no es la tertulia á que alude el señor Menéndez Pelayo en sus «Heterodoxos».

(2) Este artículo, que bajo el título de *Datos para la Historia* escribió el señor Barrantes, está impreso y publicado al frente de la *Corona poética*, que se repartió en el Senado el mismo día en que tuvo lugar aquel solemne acto.

des públicas; pero con decir que los redactores de *La Iberia* eran jóvenes y eran poetas, está dicho todo en nuestro entender».

Aquí copia el señor Barrantes el artículo, notable por más de un concepto, que publicó *La Iberia* en su número 76, correspondiente al 14 de Septiembre de 1854, el cual no transcribo por razones fáciles de comprender. En ese artículo que, como dice el mismo señor Barrantes es «una de las más brillantes páginas de la historia del periodismo español», se inició el pensamiento de la coronación.

«Unánimes clamores de aprobación, continúa el señor Barrantes, acogieron tan entusiasta y patriótico escrito, que el alto mérito de don Manuel José Quintana es como la luz, que no hay quien la niegue. . . . No hubo una voz que contra el artículo de *La Iberia* se alzase; nadie creyó excesivo el premio del Tasso para tan gran poeta; ni aun la novedad del pensamiento chocó á nadie. . . . Fraternalmente unida la prensa desde la revolución, que ella acababa de provocar y consolidar, acogió el propósito de *La Iberia* con tanto entusiasmo como el público, sin que la prensa de provincias le fuera en zaga. Nunca se ha visto unanimidad semejante en los hombres de Letras, en los políticos y en todo el mundo.. Esto, mejor que largos panegíricos prueban el mérito insigne del poeta y la oportunidad del pensamiento de coronarle. Verificábase por acaso en la redacción de *Las Novedades*, el mismo día que *La Iberia* publicó su artículo, una junta de periodistas para tratar de las cosas públicas; á ella concurrió don Pedro Calvo Asensio, y antes que la junta se diera por terminada, llamó la atención de todos hacia el proyecto de *La Iberia*, suplicando á sus compañeros que le ayudasen á realizarlo. Acordáronse inmediatamente todos en cuanto á la forma en que se había de hacer con Quintana la muestra de gratitud nacional; y pareciendo *la coronación pública* la más solemne, nombróse allí mismo una comisión que allegara los medios y preparase la ceremonia». . . . «Cuando al siguiente día se dió publicidad al nombramiento de la comisión y á alguno de los proyectos que ya tenía concebidos, subió de punto el entusiasmo, que cedía algún tanto por el temor de que sufriera tan buen proyecto la suerte de casi todos los que en España se conciben. Encabezadas las listas de subscripción

con nombres y con sumas respetables, pudo la comisión empezar sus trabajos por su natural principio, que lo era indudablemente la corona de oro que había de ceñir las sienes de Quintana».

La comisión dirigióse también, como era natural, al Gobierno, del cual era presidente el señor duque de la Victoria, príncipe de Vergara, invitándole á que autorizase tan solemne acto y pusiese el laurel de oro en las sienes del poeta. El señor duque contestó: «Con mi dinero y con mi persona puede contar la comisión para todo aquello que redunde en honra y gloria de nuestro insigne vate». Más tarde, cuando la comisión le visitó por segunda vez, indicó á los individuos que componían aquélla, que para dar mayor solemnidad al acto debía coronar al poeta el Jefe de la nación, la Reina misma. Así decidido, la comisión acompañada del presidente del Consejo de ministros se presentó á S. M., y la Reina, al saber el objeto que llevaba, se apresuró á responder que «amaba á Quintana, no sólo como á su ayo y maestro, sino también como al ingenio más grande de su reino; que estaba pronta á coronarle cuando la comisión lo dispusiera, y que, como había manifestado á Espartero de antemano, deseaba costear la corona de los fondos de su casa». Este deseo de la Reina no podía realizarse, pues la corona debía costearse con los fondos de la subscripción nacional, puesto que era la nación la que le daba aquel premio á Quintana, y no podía individualizarse; además, que la subscripción estaba ya muy adelantada. Sin embargo, la Reina no desistió de su propósito, y, ya que no pudo costear la corona, costeó una magnífica bandeja de plata, admirable por su mérito y su valor, con la siguiente inscripción: *Isabel II á su muy querido ayo y maestro Quintana*, además de figurar como subscriptora á la corona por una crecida suma. La inscripción de la corona dice: *Al gran Quintana la prensa periódica, los amantes de las glorias de España, la nación entera, 1855.* Ambas joyas están depositadas, por disposición testamentaria de Quintana, en la Academia de la Historia.

La coronación tuvo lugar el 25 de Marzo de 1855, en el Palacio del Senado, ante una concurrencia tan escogida como numerosa, donde estaban representadas todas las clases sociales. Después que los reyes hubieron entrado en el salón y tomado asiento en el solio, don Pedro Calvo Asensio,

previa la venia real, subió á la tribuna y leyó con voz elocuente y sonora un magnífico discurso en honor del *patricio y del poeta*. Mucho desearía transcribirle aquí, pues lo merece por más de un concepto, mas temo alargar demasiado esta biografía algo extensa ya. El discurso se halla impreso en la *Corona poética* que he mencionado antes, y le reprodujeron además casi todos los periódicos de aquellos días. Terminado el discurso, Quintana, apoyado en los señores Martínez de la Rosa y general Infante, que le servían de *padrinos* en la ceremonia, llegó al pie del trono, y la reina, al ceñir en sus sienes la corona de oro, dijo: «Yo me asocio á este homenaje en nombre de la patria como Reina, en nombre de las letras como discípula». Acto seguido leyó Quintana el siguiente discurso:

«Señora: Me levanto de los piés de V. M. condecorado por su mano con una insignia poética tan honrosa para mí como inesperada. Nada diré de mí agradecimiento, porque es inmenso y de todo punto inexplicable. Pero si manifestaré la sorpresa ó más bien el rubor que siento en mí al considerar el lugar en que estoy y el magnífico concurso y aparato que me rodea.

»Sé muy bien, Señora, que yo no merezco tanto. Sé bien, cuán lejos estoy de aquellos grandes poetas que dieron tanto esplendor á nuestra literatura en los tres siglos anteriores. Reconozco sinceramente el superior talento de los que en nuestros días cultivan con tanto aplauso el campo de las musas castellanas. ¿De dónde ó cómo podía yo imaginarme, ni aun en sueños, que al erigirse en honor del arte y del ingenio este gran trofeo nuevo en España, el lauro prometido en él había de buscar las sienes de un anciano, ya puede decirse olvidado y entregado todo al silencio y al retiro?

»Tan extraña preferencia es difícil de explicarse: ¿se trata acaso hacerlo por la elevación de los talentos ó por la perfección de los escritos? En mi entender es más natural atribuirlo á una razón menos expuesta á dificultades y dudas, y sobre todo enteramente inofensiva. Este es, Señora, el triste privilegio de los años.

»Medio siglo va á hacer que por estos mismos días se alzó en Madrid el pendón de la libertad y de la independencia española. Entonces fué cuando se empezaron á fundar los cimientos de ese trono constitucional en que



Lit. Felipe González Rojas. Editor

CORONACION DE QUINTANA, EN EL SENADO, EL DIA 25 DE MARZO DE 1855

Copia del cuadro de don Luis López.

V. M. está sentada. Desde entonces pudieron los españoles decir que tenían patria. Yo, Señora, soy de los escritores que hoy viven, el único tal vez que asistió á aquel grande movimiento. Yo que había invocado á mi patria con los más fervientes deseos cuando no existía, la saludé con himnos de gozo y de entusiasmo cuando la ví aparecer. Yo la he seguido constantemente en todas las vicisitudes de su fortuna cayéndome con ella, consagrándola todos los esfuerzos de mi actividad, todas las potencias de mi alma.

»Quizá el recuerdo de aquellos gloriosos días ha dado origen ahora á la solemnidad presente. En tal concepto, Señora, más bien es una ceremonia cívica que la coronación de un poeta. V. M., autorizándola con su augusta presencia y tomando en ella la parte que se ha dignado tomar, dá un insigne ejemplo de amor y afición á las bellas artes, y al mismo tiempo una muestra amable y generosa de benevolencia y favor á su antiguo Ayo que dirigió las lecciones de su juventud primera; los jóvenes escritores que han concebido este pensamiento feliz, han manifestado su excesivo aprecio al viejo precursor de sus estudios y tareas; y el numeroso y brillante concurso que me escucha, ha honrado con su asistencia á este acto la carrera de un escritor liberal, que ha procurado siempre ser español á toda prueba, y que saluda á sus indulgentes favorecedores con toda la efusión de su alma, y se despide tan agradecido como confundido con los honores que se le han prodigado en este día».

Sería prolijo enumerar los plácemes y congratulaciones que con motivo de esta solemnidad recibió Quintana de diversas partes de Europa y de las Américas todas. Él solía decir que si aquel acto hubiera tenido lugar cuando era joven, le hubiera matado el júbilo; añadiendo en tono de broma que con él se hacía como con el santo de la procesión, que se le viste y adorna, se le saca por las calles, y luego se le vuelve á la iglesia, le desnudan y nadie vuelve á acordarse de él.—Esto, como se comprenderá fácilmente, era hijo de su modestia.

Por aquellos días presentaron algunos diputados una proposición pidiendo al Congreso se abriera un crédito al Gobierno con objeto de costear un gran cuadro que representase el acto de la coronación; el día 20 de aquel

mismo mes se dió cuenta á las Cortes de aquella proposición, y fué aprobada por unanimidad. Consecuentemente se abrió un concurso y fué elegido para su ejecución el distinguido pintor don Luis López, el cual hizo el cuadro (que por cierto Quintana no pudo ver acabado), que se halla en el Senado, cuya copia, tomada de una fotografía, publicamos aquí.

Desde el día de su coronación hasta el de su muerte, ocurrida dos años después, Quintana no salió á la calle sino una sola vez; su salud iba perdiendo visiblemente, y la vida sedentaria que hacía precipitaba su fin. Su espíritu, sin embargo, no decayó ni un solo instante; su humor continuaba el mismo, y su amor al estudio era tal, que sentado en la cama, que guardó por espacio de treinta y siete días, leía con luz artificial.

El 11 de Marzo de 1754 nació Melendez Valdés; el 11 de Marzo de 1857 fué el último de la vida de Quintana. Ocho días antes de su muerte confesó con el cura de la parroquia, y comulgó ante una concurrencia bastante numerosa (1), terminada la ceremonia de los Santos Sacramentos, él mismo pidió al sacerdote la mano que le besó diciendo: «para que todo sea completo». Su muerte fué la del justo, tranquila y serena como fué el último período de su vida, sin remordimientos, sin timidez, ni tampoco desprecio; conservó sus sentidos hasta el postrer momento, y solamente tuvo la noche antes un corto delirio, en el cual parecía hablar con la reina, con Argüelles y con otros amigos suyos; después se durmió... ¡era el último sueño que dormía en vida!... al despertar á la misma hora que solía siempre hacerlo, antes de las siete, preguntó como tenía de costumbre todas las mañanas: *¿Qué hora es?* Estas fueron sus últimas palabras.

Su cadáver, embalsamado por los doctores Velasco, de Pedro y Benavente, estuvo expuesto al público en su misma casa durante tres días, y á su entierro un inmenso concurso se agolpaba y seguía el cortejo fúnebre á pesar de la lluvia que caía. Sus restos descansan en el cementerio de la Patriarcal, cuya Junta directiva dos años antes le había nombrado individuo honorario,

---

(1) El ilustre escritor señor Menéndez Pelayo, en sus Heteredoxos, al tratar de Quintana, hace abstracción de este acto solemne.

concediéndole todos los derechos anexos. Los funerales por el eterno descanso de su alma fueron costeados por la Reina.

Poco después de su muerte se abrió una subscripción nacional para erigir un monumento á su memoria; los fondos que se recaudaron con aquel objeto ascendieron á algunos miles de duros; el monumento se ha erigido en el Cementerio de la Patriarcal (1).

Por disposición testamentaria de Quintana, la corona de oro y la bandeja de plata se depositaron en la Academia de la Historia, «donde, dice él mismo, ha de estar archivado el testimonio legal de aquella solemnidad, por cuya razón espero que la Academia tenga la bondad de encargarse de dicho depósito.»

El documento relativo á la entrega de la Corona, dice así:

«REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Acta de entrega y depósito en esta Academia, de la Corona de oro del ilustre Don Manuel José Quintana

En Madrid y en la Sala de Juntas de la Real Academia Española de la Historia, celebrándose junta pública anual á la una y cuarto de la tarde del día veintiseis de Abril de este año de mil ochocientos cincuenta y siete, que es el CXIX de la fundación de la Academia, con asistencia de los Señores Académicos de número de la misma, el Excmo. Señor Don Evaristo San Miguel, *Director;* Excmo. Señor Don Francisco de Paula Cuadrado, *Censor;* Señor Don Tomás de Sancha, *Bibliotecario;* Señor Don Antonio Cavanilles, *Tesorero;* Señor Don Valentín Carderera, Señor Don Antonio Delgado, *Anticuario;* Excmo. Señor Don Francisco Martínez de la Rosa, Excmo. Señor Don Antonio Ramón Zarco del Valle, Excmo. Señor Don José Caveda, Excelentísimo Señor Don José de Zaragoza, Excmo. Señor Don Felipe Canga-Argüelles, Conde de Canga-Argüelles, Excmo. Señor Don Salustiano de Olózaga, Señor Don Modesto Lafuente, Señor Don Manuel Colmeiro, electo, que había de tomar, como tomó, posesión y asiento en este día; de los co-

(1) Véase la correspondiente lámina.

rrespondientes Señor Don Francisco Adolfo Varnhagen, y Don Manuel Lasala, y de mí el infrascripto Académico de número y Secretario perpétuo; de varios individuos de las demás Reales Academias, Española, de la Lengua, de Nobles Artes, de San Fernando y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; así como de otras corporaciones científicas y literarias; y de otros muchos literatos distinguidos, de altos funcionarios de Estado, de diferentes Representantes de naciones extranjeras, y de un lucido y numeroso concurso de otras personas notables de la capital; el Señor Director, Excmo. Señor Don Evaristo San Miguel, Duque de San Miguel, después de declarar abierta la sesión, manifestó que se había designado por la Academia la Junta pública de este día para recibir la Corona de oro que, puesta por mano de Su Majestad la Reina, ciñó las sienes del ilustre Don Manuel José Quintana, y fué por él dejada por su última disposición en precioso depósito á esta Real Academia de la Historia.

Anuncióse en seguida que llegaba la Comisión encargada de entregar la Corona, y compuesta del Señor Don Juan Eugenio Hartzenbusch, Presidente de la que fué de coronación; de los individuos de la misma, Señores Don Pedro Calvo Asensio, Don Enrique Cisneros, Don Francisco Orgáz, Don Alejo Galilea, Don Vicente Barrantes y Don Joaquín Marracci y Soto; de los Señores Don Eduardo Quintana, Don Pedro Angelis y Vargas y Don Antonio Alonso, sobrino y heredero aquél, y los dos últimos testamentarios del ilustre poeta é historiador. El Señor Director nombró á dos Señores Académicos, que fueron el Señor Don Salustiano Olózaga y el Señor Don José de Zaragoza, para quien salieron á recibir á la Comisión y la acompañaran hasta la sala de la Academia, como así lo verificaron. Al entrar la Comisión y divisarse la Corona, todos los circunstantes, por un sentimiento expontáneo, se levantaron de sus asientos y permanecieron en pie; y el Señor Don Juan Eugenio Hartzenbusch, Presidente de aquella, tomando la palabra en nombre de la misma, manifestó el objeto de la presentación en un breve y elocuente discurso concebido en estos términos:

«Poco más de dos años há presenció Madrid un solemne espectáculo, nuevo en los anales de nuestra historia; el venerable anciano Don Manuel José

Quintana, poeta lírico y dramático insigne, biógrafo aventajadísimo, viva voz y oráculo de la sana crítica al principiar el presente siglo, recibió de manos de S. M. Doña Isabel II, en nombre de las letras y de la Nación española, ese laurel de oro que veis. En la lira del anciano, dolorida primero, bélica después y sublime siempre, habían resonado con varios ecos desastres gloriosos y glorias inmarcesibles de España; Trafalgar y el levantamiento de 1808, el cadalso de Villalar y el sacrificio de Tarifa, los nombres de Pelayo y de Guttenberg, los de Meléndez y Jovellanos, el generoso espíritu de la duquesa de Alba, la mágica voz de la Todi, la turbulenta majestad del Océano, y el felíz antídoto de la viruela, poderosa arma de la muerte en América entonces, cruel azote de la hermosura en el resto del mundo. La pluma de Quintana había exhumado, revestidos de fulgente luz, al príncipe de Viana y á Vasco Núñez; nos manifestaba más grande al conquistador del Perú, más bueno al angel tutelar de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas. El autor de la *Cristiada* y el de la epístola á Fabio le deben quizá la gerarquía que se les reconoce; Don Leandro Fernández de Moratín, antagonista de Quintana perpétuo, grandes y sinceros elogios, completa justicia. De las coronas repartidas por él á tantos, le labró una el agradecimiento de su Patria.

Don Manuel José Quintana no existe ya. Próximo á su fin, quiso que la diadema del escritor fuese entregada á la Real Academia de la Historia; los herederos del ilustre difunto han deseado que nosotros, los que pedimos para las sienes del Píndaro Español esa envidiable insignia, tuviésemos la honra de presentarla á esta sabia Corporación. Al cumplir nuestro encargo, al encontrar en la Academia una acogida tan noble y benévola, vemos un testimonio más del aprecio que Don Manuel José Quintana merecía de todos: con la Corona se ha recibido el genio del poeta.

»Hoy premia la Academia de la Historia á un escritor joven; hoy abre sus puertas á otro; distingue hoy con este acto público al Nestor que fué de nuestro Parnaso: para todas las edades y méritos halla favores que dispensar este Cuerpo esclarecidísimo. Como individuo de otra Real Academia, bien que poco digno de serlo, consiéntaseme declarar que hubiera apetecido

ver ese lauro allí, donde por espacio de muchos años tuvo asiento Quintana; satisfago su voluntad con respeto, y no trato de averiguar el móvil de ella. Entregamos, pues, á la Real Academia de la Historia el laurel de oro que en 25 de Marzo de 1855 ciñó la frente de Don Manuel José Quintana. Manos humildes buscaron ese laurel y lo depositan aquí: no puede quedar en manos más respetables y autorizadas.»

Terminado su discurso, puso el señor Hartzenbusch la Corona de oro y la bandeja de plata que sirvió para la ceremonia de la coronación, en manos del Director de la Academia, el Excmo. Señor Don Evaristo San Miguel, quien á nombre del Cuerpo, contestó con estas sentidas palabras:

«La Real Academia de la Historia, admiradora del mérito eminente de Don Manuel José Quintana, cuya reciente pérdida lloramos, supo con sentimiento de gratitud y cariño que había sido la voluntad del ilustre difunto depositar en su seno la Corona de oro con que del modo más solemne, á la vista del público y en nombre de la Nación entera, nuestra Reina Doña Isabel II, ornó sus sienes: las sienes del gran poeta, del juicioso y ameno historiador, del entendido crítico, del patriarca entonces de la literatura española, con cuyo nombre hoy la Patria se envanece. ¿Qué elogios pudiera tributar la Academia á tan esclarecido varón, que no estén consignados, y en las sentidas y elocuentes palabras que acaba de pronunciar el Señor Hartzenbusch al presentarle este don inestimable? Escritor ilustre también, poeta elegante, uno de los ornamentos de nuestro actual teatro, al Señor Hartzenbusch y á los demás alumnos de las musas toca derramar flores sobre el sepulcro del gran maestro, cuyas huellas siguen, cuyo recuerdo les servirá alguna vez de inspiración en las nobles tareas á que se consagran. Reciban sus gracias más sinceras el señor Hartzenbusch, Calvo Asensio y los señores que les acompañan, nombres todos muy conocidos en nuestra literatura, y que á los interesados por sus progresos inspiran las más fundadas esperanzas. Iguales las tributa la Academia á los testamentarios, á los parientes de Don Manuel José Quintana, que han tenido á bien asociarse á tan solemne ceremonia. Con los sentimientos más vivos hasta de entusiasmo, recibe la Academia esa Corona de explendente gloria que conservará como un depósito

sagrado, distinguido entre los objetos grandes y preciosos que posee. Hoy derrama su vista un brillo inexplicable en esta sesión pública, consagrada entre los objetos que el público ya sabe, á celebrar el aniversario de los fundadores de la Academia. Mañana, en todos tiempos servirá su vista de estímulo á los amantes, á los cultivadores de las letras, cuando contemplen que entre los grandes premios tributados en todos tiempos por la Patria al mérito y la virtud, á ninguno cede en grandeza y en solemnidad el que han recibido en la persona de Quintana.»

Colocó en seguida el Excmo. Señor Director la corona sobre la mesa y en el seno de la Academia, la cual con señaladas muestras de gratitud por el precioso depósito y por la honrosa distinción que le dispensó el ilustre historiador y poeta, recibió su corona en el templo de la historia y en el santuario de la Academia, donde será siempre contemplada por la actual y las futuras generaciones con religiosa veneración y respeto.

Concluído el acto de la entrega y depósito, para memoria del mismo se acordó levantar este acta que firman en dos ejemplares el Señor Director y los Señores Académicos de la Historia con los Señores individuos de la Comisión, Señores herederos y Testamentarios, y conmigo el Secretario de la Academia, en Madrid el día, mes y año arriba expresados.

(Firmado).—Evaristo San Miguel.—Francisco de Paula Quadrado.—Tomás de Sancha.—Antonio Cavanilles.—Valentín Carderera.—Antonio Delgado.—Francisco Martínez de la Rosa.—Antonio Remón Zarco del Valle.—José Caveda.—José de Zaragoza.—El Conde de Canga Argüelles.—Salustiano de Olózaga.—Modesto Lafuente.—Manuel Colmeiro.—F. Ad. Varnhagen.—Manuel Lasala.—Juan E. Hartzenbusch.—Pedro Calvo Asensio.—Enrique de Cisneros.—Francisco Orgaz.—Alejo Galilea.—Vicente Barrantes.—Joaquín Marracci y Soto.—Eduardo Agustín Quintana.—Pedro Angelis y Vargas.—Antonio Alonso.—Pedro Sabau, Secretario».

También donó á la Academia de San Fernando un busto en barro cocido del inmortal Jovellanos, obra del insigne artista don Angel Monasterio, y á la Academia Española un ejemplar de la obra escrita por su amigo el célebre lord Holland, sobre Lope de Vega, «y espero igualmente, añade Quintana,

que estos dos ilustres cuerpos aceptarán gustosos estos dos legados, no por consideración á mí, sino por el alto aprecio que se merecen los nombres insignes que están consignados en ellos.»

El cadáver de Quintana fué colocado provisoriamente en el nicho número 1 del cementerio; terminado el monumento, fijóse el dia 22 de Junio de 1877 para la traslación de las cenizas al lugar que hoy ocupan. A continuación daré algunos detalles de la solemne ceremonia, tomados de los periódicos del día 23 de Junio de 1877:

«A las diez de la mañana de ayer ha tenido lugar en el cementerio de la Patriarcal la traslación de los restos del poeta Quintana al monumento erigido por suscrición, honroso enterramiento del hijo predilecto de la musa castellana.

»La ceremonia ha sido solemne. S. M. el rey ha asistido á ella acompañado de los señores duque de Sexto y de los generales Echagüe y Espina. Salieron á recibir al monarca la comisión encargada de la erección de dicho mausoleo, el conde de Heredía-Spínola, gobernador de Madrid; el alcalde, señor marqués de Torneros; el conde de la Romera, presidente de la Diputación provincial é individuo de la comisión citada, y varias personas distinguidas en literatura, ciencias, política y artes.

»S. M., al frente de la comitiva, seguido de un zaguanete de Alabarderos, y á los toques de una marcha fúnebre, ejecutada por la música de aquel real cuerpo, dirigióse á la capilla, donde se encontraba el féretro, que fué conducido, después de entonar un responso, al panteón erigido.

»Veíase á la cabeza del féretro una corona, recuerdo de S. M. la reina Isabel, en el cual leíase esta inscripción: *S. M. la reina madre doña Isabel II, á su querido maestro y ayo, Quintana.*

»Las cintas las llevaban los señores conde de Cheste y Corradi, en representación de la Academia de la Lengua; el señor Cueto, en representación de la Academia de la Historia; y el señor Arrieta, vicepresidente de la Sociedad de Escritores y Artistas, por delegación del presidente.»

». . . Entonces fueron puestas en diversos puntos del sarcófago las coronas que se dedicaban á la memoria del ilustre vate. Eran estas de S. M. la



Lit. Felipe Gonzalez Rojas. Madrid

MONUMENTO DONDE DESCANSAN LAS CENIZAS DE QUINTANA EN EL CEMENTERIO DE LA PATRIARCAL, ERIGIDO POR SUBSCRIPCIÓN NACIONAL

reina madre, de las redacciones de *La Iberia*, de *El Imparcial*, del *Madrid Literario* y de *El Pensamiento;* de la Asociación de escritores y artistas, de la familia de Quintana, del Ateneo y del arquitecto señor Coello».

El señor Santa Cruz, con voz llena de emoción, pronunció un elocuente discurso, dirigiéndose á S. M. el rey.

«Señor; dijo, yace en este mausoleo el cuerpo del poeta don Manuel José Quintana, coronado pública y solemnemente por la augusta madre de Vuestra Majestad, cuya ceremonia se efectuó en el palacio del Senado. Muchos han sido los cargos importantes que Quintana desempeñó; pero ninguno tan digno de estimación ni tan importante por la sabiduría y lealtad que en él se declaraba al otorgársele, como el de ayo de la Reina doña Isabel II. Cumplió este encargo á satisfacción de vuestra augusta madre y de la patria, y bajó al sepulcro cargado de años, de méritos y de virtudes, muriendo como había vivido en el seno de la religión católica.

»Pensóse entonces en construir un monumento por suscrición nacional para depositar sus cenizas, y se nombró una comisión, que al transcurso de los años fué disminuyendo hasta el extremo de que hoy sólo quedan pocos de los iniciadores. Esta comisión da hoy públicamente las gracias á V. M. por haberse dignado presidir este acto y lo mismo dice á vosotros, ilustres varones que habeis venido á presenciarle».

Los concurrentes manifestaron su aprobación al discurso del señor Santa Cruz.

S. M. el Rey, con la elegante frase y vigorosa entonación que le era característica, pronunció este breve, pero elocuente discurso:

«Justo es que vengamos á rendir tributo de admiración á la memoria inolvidable de los muertos ilustres. Justo es que vengamos á elogiar sus méritos al sitio donde reposan. Aquí descansan los restos mortales de Quintana, del cantor de las libertades; pero cuando ha muerto la materia, cuando la materia vuelve á la tierra, el arte se encarga de perpetuar el recuerdo, y más que otro alguno el arte divino de la palabra. Quintana no morirá nunca por eso, y se le nombrará respetuosamente siempre donde quiera que se hable la lengua castellana, que hoy reina en dos Mundos».

S. M. fué felicitado por su brillante improvisación, y se dió por terminada la ceremonia, antes de lo cual, se repartió un impreso, que se publica íntegro al final de esta biografía con el epígrafe *Al público.*

Además de las personas citadas asistieron al solemne acto los señores Asquerino (D. Eduardo); por la Academia Española, Escosura Rosell y Núñez de Arce; por la de Historia, Pezuela (D. Jacobo) y Rada y Delgado; por la de Bellas Artes de San Fernando, Madrazo (D. Federico), y los ministros de Estado y Fomento, Capitán General, Gobernador militar; los senadores Marqués de Barzanallana y Ribó; los señores Sagasta, Moreno Nieto, Puebla (D. Dionisio), Masa Sanguineti, Montoro, Santisteban, Hernando, Llano y Persi, Jiménez Delgado, Marqués de Aguilar de Campóo, Vieira, Abreu, Vargas Ortega, Tebar, el director de *La Iberia* D. Bernardo Iglesias, López Roberts (D. Mauricio), Cueto, Corradi, Borrego, Martínez Finesta, Balaciart, Primo de Rivera, General Espina, Beaumont, Conde de Heredia Spínola, Marqués de Torneros, representantes de la prensa, etc. (1).

Hace pocos años se fijó en la fachada de la casa en que murió Quintana (2) una lápida conmemorativa que dice:

Aquí vivió y murió
Manuel Josef Quintana
gran patricio y eminente poeta.

Murió el 11 de Marzo de 1857.

Antes de terminar esta reseña biográfica, séame permitido concluir diciendo, que, al rendir á la memoria de mi tío este tributo de respeto, mi cariño hacia él fué siempre igual á mi admiración en su vida privada.

M. J. Quintana.

Madrid, 1897.

---

(1) Estos detalles están tomados de varios periódicos, entre otros de *La Iberia, Los Debates, El Parlamento, El Globo, El Imparcial*, etc., etc., del día siguiente á la coronación.

(2) Calle de Pontejos, núm. 1.



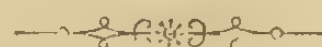
LA COMISIÓN

ENCARGADA DE ERIGIR UN MONUMENTO CINERARIO

Á LA MEMORIA DEL ILUSTRE PATRICIO

D. MANUEL JOSEF QUINTANA

EN EL ACTO DE INAUGURARLO



Es triste congregar á los vivos en la morada de los muertos: más triste todavía cuando se llega á ella para visitar varones insignes que ya no existen; porque entonces á la contemplación, siempre penosa, de las soledades de la muerte se une, doblando la tristeza, la contemplación de esta soledad en que van dejando á las generaciones presentes los hombres y los caracteres que ilustraron las pasadas.

Consuela, empero, y fortalece el ánimo la ocasión que hoy nos reune aquí, dolorosa por lo que recuerda, fausta por lo que significa; que la pompa fúnebre, cuando es tributo rendido á la virtud y al mérito, muestra que hay

algo poderoso á romper la barrera infranqueable de estos mármoles y á salvar el olvido eterno de estos lugares, algo que alcanza á resonar en el hueco silencioso de los sepulcros, algo que surge y sobresale y se levanta de entre el polvo de la huesa, como si el genio no pudiera soportar la miserable capa de tierra que cubre al común de los mortales. Y parece entonces que los vivos, antes que á llorar por los que finaron, vienen á consagrar la luz de la inmortalidad en el propio seno de la muerte.

Á este linaje de ceremonias pertenece la que ahora celebramos.

Quintana no ha muerto. Vive en nuestra memoria su nombre imperecedero; queda su espíritu en sus obras indestructibles; todo lo principal está con nosotros. La muerte, burlada su avaricia insaciable, sólo ha podido hacer presa en la vestidura efímera de la carne.

Débese á sus cenizas, venerables por suyas, alojamiento digno del alma que ellas alojaron en el mundo, Es difícil dárselo adecuado á la grandeza del objeto; mucho más, si la escasez de los medios pone límite forzoso á la voluntad.

Pero, ya que no digno, á lo menos decoroso, el panteón está al fin labrado y presente á nuestros ojos.

Reseñar y traer á la memoria los trabajos hechos antes de llegar á este punto sería obra larga si se midiera por el tiempo corrido, entre el proyecto y la ejecución del monumento cinerario del primer lírico español de nuestro siglo.

En el mes de Abril de 1859 se constituyó la Comisión que había de entender en ello. Formáronla los Sres. D. Salustiano Olózaga, como presidente; D. Pedro Calvo Asensio, como secretario, y como vocales, D. Claudio Antón de Luzuriaga, D. Vicente Sancho, D. Joaquín María Ferrer. D. Francisco Santa Cruz, D. Martín de los Heros, D. Fermín Caballero, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Eugenio de Ochoa, D. Antonio Ferrer del Rio, D. Nicolás Maria Rivero, D. Eduardo Asquerino, D. Ángel Fernández de los Ríos, D. Diego Coello y Quesada, D. Antonio Romero Ortíz, D. Vicente Bayo, D. Camilo Alonso Valdesquino y D. Mauricio López Roberts.

Ausencias de unos, enfermedades de otros, el fallecimiento de los más

de ellos, han desecho y reducido la Comisión de tal suerte, que, tras las dilaciones que esto ha producido á la realización de su propósito, hoy no pasamos de nueve los comisionados que la vemos acabada, ni de seis los que asistimos á este acto y damos cuenta de nuestro cometido.

Para realizarlo hemos contado con la suma de 135.000 reales, parte debido á las ofrendas de una subscripción nacional, que encabezaron con generoso óbolo SS. MM. los reyes Doña Isabel y D. Francisco de Asís de Borbón, parte á la munificencia de un compañero nuestro, D. Vicente Bayo, el cual, al recibir en depósito el fruto de la subscripción, ofreció cierto interés anual sobre lo que se fuera recaudando. Á más de una tercera parte de la cantidad total asciende la entregada en concepto de intereses por el Sr. Bayo. Justo es declararlo en obsequio de su buena memoria.

Pequeña era la suma para el coste de una obra monumental; corto el aliciente que se ofrecía á los artistas. Sin embargo de ello, no fueron pocos ni faltos de fama los que, llevados más por el amor de las glorias literarias que por el estímulo del lucro, concurrieron al certamen abierto para erigir el monumento.

La Academia de Bellas Artes escogió entre los proyectos presentados el del arquitecto D. Enrique Coello, que es el ejecutado por el escultor D. Silvestre L. Donaire.

Con aquella cantidad están satisfechos todos los gastos, labrado el túmulo y construído un nuevo féretro de madera para sustituír al ya destruído que primitivamente revestía la caja de plomo donde se encierran los huesos de Quintana.

Tal es el resumen de los trabajos de esta Comisión, que hoy da por fenecida su tarea, entregando á vuestra consideración el resultado de ellos, y á las letras patrias un honroso enterramiento del hijo predilecto de la musa castellana.

Modesto es el asilo mortuorio, como fué modesta la vida del gran Quintana. Regias manos dejaron el cetro para coronarlo con diadema de oro y laurel: regias cabezas se descubren ahora ante el sepulcro de quien juntó en su frente la triple corona de ciudadano virtuoso, de patricio honrado y de

poeta insigne. Amante de su patria, igualó á Tirteo encendiendo con sus cantos el fuego de la independencia en el corazón de los españoles. Amante del progreso, cantó los adelantos de la humanidad y llevó al partido de la libertad el poder de su pluma y el aliento de su genio. Y, sin embargo, su laurel no es laurel, al cabo teñido en sangre, de las glorias militares, ni su monumento es el monumento amasado con los favores ó la gratitud de banderías políticas.

Su gloria es más alta y más pura. No la debe á nadie y nos pertenece á todos. No fundada en acasos de la fortuna ni en la base movediza de las opiniones, será más duradera que los mármoles que cubren sus restos. El tiempo roe los bronces, pulveriza las piedras monumentales; pero no destruirá el recuerdo de Quintana mientras se hable la lengua de Castilla y no perezca en la humanidad la inmutable, la universal religión del arte.

Madrid 22 de Junio de 1877.





PARTE 1.ª

LITERATURA

Á CIENFUEGOS (1)

VEN, dulce amigo mío, á honrar con tu respetable nombre la edición de unos versos que si algún precio tienen, es debido en gran parte á tu inspiración y á tu ejemplo. Nada importa que el mármol del sepulcro te tenga ya separado de la región de los vivientes. ¿Desata acaso la muerte los lazos de amor y de estimación que unen entre sí á los hombres? No, caro Cienfuegos: la muerte los estrecha de un modo indisoluble; ella los defiende de la inconstancia y de la inconsecuencia; ella los asegura contra los vaivenes de la fortuna; ella, en fin, los pone á cubierto del frenesí de las pasiones. A lo menos de los muertos

(1) Esta dedicatoria salió á luz la primera vez en la edición del año 1813. Suprimióse después por motivos de circunspección y delicadeza; mas habiendo cesado estos motivos, se restablece ahora en su lugar en los mismos términos que primero.

no hay que temer, Nicasio, esta ingratitud escandalosa, esta alevosía cruel que tan amarga y frecuentemente experimentamos de los vivos.

El dedo de Madrid me señalaba en otro tiempo como amigo, como discípulo, como compañero tuyo. La afición á unos mismos estudios y la profesión de unos mismos principios hacían este honor á mi nombre, bien que ni por la variedad y excelencia de mis talentos, ni por la belleza y perfección de mis escritos deba jamás ir á la par con el tuyo. De tí aprendí á no hacer de la literatura un instrumento de opresión y de servidumbre, á no envilecer jamás ni con la adulación ni con la sátira la noble profesión de escribir, á manejar y respetar la poesía como un don que el cielo dispensa á los hombres para que se perfeccionen y se amen, y no para que se destrocen y corrompan.

¿Y quién en la miserable época que acaba de pasar ha observado mejor que tú estas máximas sagradas? Á la vista, y casi en las garras del despotismo insolente y bárbaro que nos oprimía, cantabas tú las alabanzas de la libertad; y en medio de la corrupción más estragada y del desaliento más pusilánime que hubo nunca, tu voz vehemente y severa nos llamaba poderosamente á la energía de los sentimientos patrióticos y á la sencillez y dulzura de las costumbres inocentes. Tengan en buen hora otros escritores la gloria de pintar con más halago las gratas ilusiones de la edad primera; haga en buen hora su mano resonar con más gracia el laúd de Tíbulo ó la lira de Anacreonte; pero aquellos que sientan en su corazón el santo amor de la virtud y la inflexible aversión á la injusticia; los que se hallen inflamados del entusiasmo puro y sublime hacia el bien y dignidad de la especie humana, esos todos harán continuamente sus delicias de tus odas, de tus epístolas y de tus tragedias, y en ellas hallarán un alimento propio de sus almas sensibles y virtuosas.

Nuestra revolución se anuncia en el Escorial, y la agresión escandalosa de los franceses la precipita en Aranjuez. ¿Qué hará Cienfuegos? Doblará la rodilla al azote del país? Y sacerdote de las musas, ¿profanará su ministerio dorando con el brillo de la armonía y de la elocuencia el acto de iniquidad más execrable que han presenciado los siglos? El atleta robusto de la libertad

¿dejará pasar esta ocasión de hacer frente á la tiranía y de luchar cuerpo á cuerpo con la injusticia? ¡Ah! No. Si al llegar esta crisis espantosa, tus fuerzas, acabadas con la mortal dolencia que te consumía, no te dejaron escribir; si tu voz, ya casi moribunda, no era bastante á entonar aquellos cantos de fuego que hubieran excitado tan noblemente el ardor de los españoles; si no pudiste, en fin, servir á esta causa santísima con aquel carácter irresistible que imprimía tu pluma en la verdad, tú supiste, y ésto es más aún, tú supiste sellar con la entereza de tu conducta las bellas máximas que habías esparcido en tus escritos; y, mártir glorioso de tu patria, arrostraste y sufriste la muerte por no transigir con los tiranos.

¡Oh, Cienfuegos! este tiempo de borrasca ha sido también un tiempo de prueba; y ¡cuán triste, cuán amarga es la que algunos han hecho de la consistencia de sus principios y de la realidad de sus virtudes! Hipócritas de honor y patriotismo, no han podido sostenerse contra el torbellino revolucionario, que les ha arrancado la máscara con que se cubrían y puesto en descubierto toda su abominable desnudez. Tú conocías á muchos de ellos, tú los amabas, tú los estimabas. ¿Pudiste imaginarlo jamás? Los unos se ríen ahora de la misma doctrina que antes predicaban, se han hecho siervos y apóstoles del más execrable tirano, y han insultado sacrílegamente á la patria moribunda en su agonía. Los otros, destrozando cruelmente los vínculos de una amistad antigua y jamás violada, han profanado sin pudor ninguno los respetos todos de la hospitalidad y la confianza, y correspondido al afecto más tierno y paternal con la más negra traición. ¡Ah! ¡puedan estas líneas, si alguna vez llegan á sus ojos, presentarles la horrible diferencia entre lo que ahora son y lo que antes parecían!... ¿Pero, dónde voy? Perdona, amigo mío, si he inquietado el reposo de tu sepulcro con unas quejas tan tristes. Al recorrer estos versos, fruto de nuestros ocios antiguos y ocupación agradable de aquel noble retiro en que vivíamos, mi alma, hondamente afligida, no ha podido menos de volver su vista hacia atrás, y contemplar cuán escandalosos desertores han tenido la filosofía y la virtud.

Acabó para mí, y no volverá jamás, aquel tiempo de dulces ilusiones, de gratos y apacibles estudios. Fuerza ha sido abandonarlos para acudir al pe-

ligro común y servir á la causa pública en tareas y afanes harto diferentes. Otros cantarán después el triunfo, cuando serenada la agitación y restablecido el orden, la voz dulce de las musas vuelva á resonar en España. Entonces tus vigorosos versos, dignos precursores de libertad y de virtudes, serán aplaudidos con igual admiración que gratitud. Entonces, si por dicha llegan hasta allá los míos, el autor unirá su aplauso al de la posteridad; y el alto aprecio y amistad afectuosa que en vida sintió por tí, prolongándose más allá del sepulcro, durarán siquiera todo lo que dure este libro.

Cádiz, 20 de Junio de 1813.

MANUEL JOSEF QUINTANA.





Á Juan de Padilla

Todo á humillar la humanidad conspira:
Faltó su fuerza á la sagrada lira,
Su privilegio al canto
Y al genio su poder. ¿Los grandes ecos
Dó están, que resonaban
Allá en los templos de la Grecia un día,
Cuando en los desmayados corazones
Llama de gloria de repente ardía,
Y el son hasta en las selvas convertía
Á los tímidos ciervos en leones?
¡Oh, cuál cantara yo si el dios del Pindo
Poder tan grande á mis acentos diera!
¡Con qué vehemencia entonces la voz mía,
Honor, constancia y libertad sonando,

De un mar al otro mar se extendería.

¡Patria! nombre feliz, numen divino,
Eterna fuente de virtud, en donde
Su inextinguible ardor beben los buenos;
¡Patria!... La vista atónita no encuentra
Patria en torno de sí, ni el labio implora
Con voz tan bella al simulacro yerto
Que se muestra en su vez. Pálido, triste,
De negro luto y de pavor cubierto,
Ni aun á esquivar se atreve
La mano asoladora
De la furia execrable que, inclemente,
Su seno oprime, su beldad desdora.
Sangre destila si afligido llora;
Su lúgubre alarido
Rompe los aires, y en dolor bañado,
Viene horroroso á lastimar mi oído.

¡Perdona, madre España! La flaqueza
De tus cobardes hijos pudo sola
Así enlutar tu sin igual belleza!
¿Quién fué de ellos jamás? ¡Ah! vanamente
Discurre mi deseo
Por tus fastos sangrientos y el contino
Revolver de los tiempos; vanamente
Busco honor y virtud: fué tu destino
Dar nacimíento un día
Á un odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal; todos te hollaron,
Todos ajaron tu feliz decoro;
¡Y sus nombres aún viven! Y su frente

Pudo orlar impudente
La vil posteridad con lauros de oro!

¡Y uno solo! ¡Uno solo!... ¡Oh, de Padilla
Indignamente ajado,
Nombre inmortal! Oh gloria de Castilla!
Mi espíritu agitado,
Buscando alta virtud, renueva ahora
Tu memoria infelíz. Sombra sublime,
Rompe el silencio de tu eterna tumba,
Rómpele, y torna á defender tu España,
Que atada, opresa, envilecida, gime.
Sí, tus virtudes solas,
Sólo tu ardor intrépido podría
Volvernos al valor, y sacudido
Por tí solo sería
Nuestro torpe letargo y ciego olvido.

Tú el único ya fuiste
Que osó arrostrar con generoso pecho
Al huracán deshecho
Del despotismo en nuestra playa triste.
Abortóle la mar mas espantoso
Que los monstruos que encierra en su hondo seno,
Y él, respirando su infernal veneno,
Entre ignorancia universal marchaba,
Destruyendo sus pies cuanto corrieron.
¿De qué, pues, nos valieron
Siete siglos de afán y nuestra sangre
A torrentes verter? Lanzado en vano
Fué de Castilla el árabe inclemente,
Si otro opresor más pérfido y tirano

Prepara el yugo á su infelice frente.

Ofendida, indignada
Se alzó, se estremeció, y arrojó el grito
De venganza y de horror. «Vuela, hijo mío,
Vuela, y ahuyenta la espantososa plaga
Que me insulta y me amaga:
Sé tú mi escudo, y en tu ardiente brío
Su curso infausto asolador quebranta».
Dijo; y cual rayo que volando asuela,
Ó como trueno que bramando espanta,
El héroe de Toledo recorría
Un campo y otro campo: el pueblo todo,
Conmovido á su voz, ardiendo en ira
Y anhelando vencer, corre furioso
Á la lucha fatal que se aprestaba.
Padilla le guiaba,
Y de la patria en su valiente mano
El estandarte espléndido ondeaba.

¡Oh estrago! ¡Oh frenesí! Dos veces fueron
Las que el genio feroz de la impía guerra
Entre muerte y dolor mezcló las haces;
¡Haces que nunca combatir debieron!
Un hábito, una tierra
Eran, y una su ley, unas sus aras,
Uno su hablar. ¡Ah bárbaros! ¿Y en vano
Naturaleza os diera
Vínculos tantos? Suspended los hierros
Que sedientos de sangre en vuestras manos
Contemplo con horror: ¿no sois hermanos?
Todos á un tiempo, todos

Revolved: al furor de vuestros brazos
Caiga rota en pedazos
La soberbia del déspota insolente
Que á todos amenaza... ¿En los oídos
No os dan los alaridos,
Las tristes quejas de la edad siguiente,
Que á ominosa cadena
Vuestra discordia pérfida condena?

De polvo en tanto la confusa nube,
Nuncia ya del furor, turbando el día,
Hasta el Olimpo sube;
Y del bronce tronante al estallido
El viento sacudido
Raudo dilata por Castilla toda
En ecos el horror, corre la sangre,
Vuela la muerte... ¡Oh Dios! ¿por qué dispersas
Las huestes vencedoras
Se derraman así? Solo en el llano,
De arena y sangre y de sudor cubierto,
Miro al héroe que lucha, y lucha en vano,
Y al fin cayó: su mísera caida
La libertad rendida
Llevó tras sí. Cayó: cuando salieron
Sus últimos suspiros,
Al seno augusto de la patria huyeron.

Tajo profundo, que en arenas de oro
La rubia espalda deslizando, llegas
El pie á besar á la imperial Toledo;
Toledo, que en desdoro
De su antigua altivez y su energía

Se encorva al yugo que esquivó algún día;
Toledo, oriente de Padilla... ¡Oh río!
Tú le viste nacer, tú lamentaste
Su destino infeliz, y en triste duelo
Su fin infausto denunciaste al cielo.
Tú aquel solar bañabas,
Do siempre incorruptibles se albergaron
La patria y el valor. Mis ojos vean
El suelo que él hollaba,
El espacio feliz do respiraba,
Y en mi llanto y dolor bañados sean.

¡Y nada encuentro! Y la venganza airada
Nada indultó! Su bárbara violencia
La inocente morada
De la opresa virtud sufrir no pudo.
Derrocóla; en su vez, solo, afrentoso,
El padrón del oprobio allí se mira,
Que á dolor congojoso
Incita el pecho y á furor sañudo,
Cuando contempla á la ignominia dado
Tan santo sitio y al silencio mudo.
¡Mudo silencio! No; que en él aun vive
Su grande habitador: vedle cuán lleno
De generosa ira
Clamando en torno de nosotros gira.

«Castellanos, alzáos; la inmensa huella
Corrió de tres edades
Por mi sangre infeliz; corrió, y aun ella
Hierve reciente y á venganza os llama.
¿Queréis por dicha conllevar la pena

Del siglo vil á quien mi muerte infama?
¿Seguir besando la fatal cadena?
¿Vuestro mal merecer? Volved los ojos,
Volved atrás, y contempladme cuando
Yo di á la tierra el admirable ejemplo
De la virtud con la opresión luchando.
Entonces los clamores
De la tremente patria en vano oísteis,
Negándoos á su voz, y fascinados
Tras la execrable esclavitud corrísteis,
Forjando ¡oh indignación! los torpes lazos
Que oprobio han sido á tan robustos brazos.

»Y aquella fuerza indómita, impaciente,
En tan estrechos términos no pudo
Contenerse, y rompió; como torrente
Llevó tras si la agitación, la guerra,
Y fatigó con crímenes la tierra.
Indignamente hollada
Gimió la dulce Italia, arder el Sena
En discordias se vió, la África esclava.
El Bátavo industrioso
Al hierro dado y devorante fuego.
¿De vuestro orgullo, en su insolencia ciego,
Quién salvarse logró? Ni al indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso
De sus sencillos lares
Inútil valladar; de horror cubierto
Vuestro genio feroz, hiende los mares,
Y es la inocente América un desierto.

»Tantos estragos, sin respeto holladas

Justicia y fe, la detestable ofensa
Hecha á la patria de amarrarla al yugo
Y ahogar su libertad, á un tiempo alzaron
Su poderoso grito,
Y á la atónita Europa despertaron.
Ella sobre vosotros indignada
Cayó y os oprimió. ¿Qué se hizo entonces
Vuestra vana altivez? La tiranía
Que lenta os consumía
Tendió su cetro bárbaro, y llamando
Á la exicial superstición, con ella
Fué abierto el hondo precipicio en donde
Se hundió al fin vuestro nombre,
Viles esclavos, que en tan torpe olvido
Sois la risa y baldón del universo,
Cuyo espanto y escándalo habéis sido.

»Estremeceos, á la ignominia hoy dados,
Mañana al polvo, ¿no miráis cual brama,
Con cuál furor se inflama
La tierra en torno á sacudir del cuello
La servidumbre? ¿Y se verá que, hundidos
En ocio infame y miserable sueño,
Al generoso empeño
Los últimos voléis? No; que en violenta
Rabia inflamado y devorante saña
Ruja el león de España,
Y corra en sangre á sepultar su afrenta.
La espada centellante arda en su mano,
Y al verle, sobre el trono
Pálido tiemble el opresor tirano.
Virtud, patria, valor: tal fué el sendero

Que yo os abrí primero;
Vedle, holladle, volad; mi nombre os guíe,
Mi nombre vengador, á la pelea:
Padilla el grito de las huestes sea,
Padilla aclame la feliz victoria,
Padilla os dé la libertad, la gloria».

(Mayo de 1797).



Para el Album de doña T. F. y B.



Capricho, al fin, de mujer,
Que, niña amable y hermosa,
Piensa que no hay en el mundo
Quien á su gusto se oponga.
¡Desgraciar así este libro
Desde las primeras hojas,
Y que las manche un anciano
Con su verso ó con su prosa!
¿Quién te engañó, Teresita,
Para que pidas ahora
Á un árbol caduco flores,
Á una árida peña aroma?
Esto ya ves que no es dable
Ni aun á tus labios de rosa,
Ni á tu ademán inocente,
Ni á tus ojos de paloma.
Los muchos años, amiga,
De las gracias nos divorcian,

Y á quien las gracias le faltan,
Nada espere de vosotras.
  Los requiebros os dan risa
Si salen de nuestra boca,
Las atenciones os cansan,
No os obligan las lisonjas;
  Y si algún consejo os damos
De nuestra cosecha propia,
Decís, que á quien no los pide,
Todos los consejos sobran.
  Por eso en aquestos libros,
Archivos de vuestras glorias,
Donde guardais el incienso
De los hombres que os adoran,
  Entre mil rasgos brillantes
De sus plumas ingeniosas,
Impertinencias de viejo
Da lástima que se pongan.
  Ceso, pues, aquí en las mías,
Y en verdad que no son pocas;
Mas tú las disculparás,
Por amable y por hermosa.

Madrid 14 de Septiembre de 1843.







A LA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA

PARA PROPAGAR LA VACUNA EN AMÉRICA BAJO LA DIRECCIÓN DE DON FRANCISCO BALMIS

VIRGEN del mundo, América inocente!
Tú, que el preciado seno
Al cielo ostentas de abundancia lleno,
Y de apacible juventud la frente;
Tú, que á fuer de más tierna y más hermosa
Entre las zonas de la madre tierra,
Debiste ser del hado,
Ya contra tí tan inclemente y fiero,
Delicia dulce y el amor primero;
Oyeme; si hubo vez en que mis ojos,
Los fastos de tu historia recorriendo,
No se inchasen de lágrimas; si pudo

Mi corazón sin compasión, sin ira
Tus lástimas oir, ¡ah! que negado
Eternamente á la virtud me vea,
Y bárbaro y malvado
Cual los que así te destrozaron sea.

Con sangre están escritos
En el eterno libro de la vida
Esos dolientes gritos
Que tu labio afligido al cielo envía.
Claman allí contra la patria mía,
Y vedan estampar gloria y ventura
En el campo fatal donde hay delitos.
¿No cesarán jamás? No son bastantes
Tres siglos infelices
De amarga expiación? Ya en estos días
No somos, no, los que á la faz del mundo
Las alas de la audacia se vistieron
Y por el ponto Atlántico volaron;
Aquellos que al silencio en que yacías,
Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

»Los mismos ya no sois; pero ¿mi llanto
Por eso ha de cesar? Yo olvidaría
El rigor de mis duros vencedores;
Su atroz codicia, su inclemente saña
Crimen fueron del tiempo, y no de España.
Mas ¿cuándo ¡ay Dios! los dolorosos males
Podré olvidar que aun mísera me ahogan?
Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme,
Si el horror no os lo veda, emponzoñada
Con la peste fatal que á desolarme

De sus funestas naves fué lanzada.
Como en árida mies hierro enemigo,
Como sierpe que infesta y que devora,
Tal su ala abrasadora
Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
Miradla abravecerse, y cuál sepulta.
Allá en la estancia oculta
De la muerte mis hijos, mis amores.
Tened ¡ay! compasión de mi agonía
Los que os llamais de América señores;
Ved que no basta á su furor insano
Una generación; ciento se traga;
Y yo, expirante, yerma, á tanta plaga
Demando auxilio, y le demando en vano».

Con tales quejas el Olimpo hería
Cuando en los campos de Albión natura
De la viruela hidrópica al estrago
El venturoso antídoto oponía.
La esposa dócil del celoso toro
De este precioso don fué enriquecida,
Y en las copiosas fuentes le guardaba,
Donde su leche cándida á raudales
Dispensa á tantos alimento y vida.
Jenner lo revelaba á los mortales.
Las madres desde entonces
Sus hijos á su seno
Sin susto de perderlos estrecharon,
Y desde entonces la doncella hermosa
No tembló que estragase este veneno
Su tez de nieve y su color de rosa.
A tan inmenso don agradecida

La Europa toda en ecos de alabanza
Con el nombre de Jenner se recrea;
Y ya en su exaltación eleva altares
Donde, á par de sus genios tutelares,
Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria á la radiante lumbre,
En noble emulación llenando el pecho,
Alzó la frente un español: «No sea,
Clamó, que su magnánima costumbre
En tan grande ocasión mi patria olvide.
El don de la invención es de fortuna,
Gócele allá un inglés; España ostente
Su corazón espléndido y sublime,
Y dé á su majestad mayor decoro
Llevando este tesoro
Donde con más violencia el mal oprime.
Yo volaré; que un numen me lo manda;
Yo volaré: del férvido Océáno
Arrostraré la furia embravecida,
Y en medio de la América infestada
Sabré plantar el árbol de la vida».

Dijo; y apenas de su labio ardiente
Estos ecos benéficos salieron,
Cuando tendiendo al aire el blando lino,
Ya en el puerto la nave se agitaba
Por dar principio á tan feliz camino.
Lánzase el argonauta á su destino.
Ondas del mar, en plácida bonanza,
Llevad ese depósito sagrado
Por vuestro campo líquido y sereno;

De mil generaciones la esperanza
Va allí, no la anegueis, guardad el trueno,
Guardad el rayo y la fatal tormenta
Al tiempo en que, dejando
Aquellas playas fértiles, remotas,
De vicios y oro y maldición preñadas
Vengan triunfando las soberbias flotas.

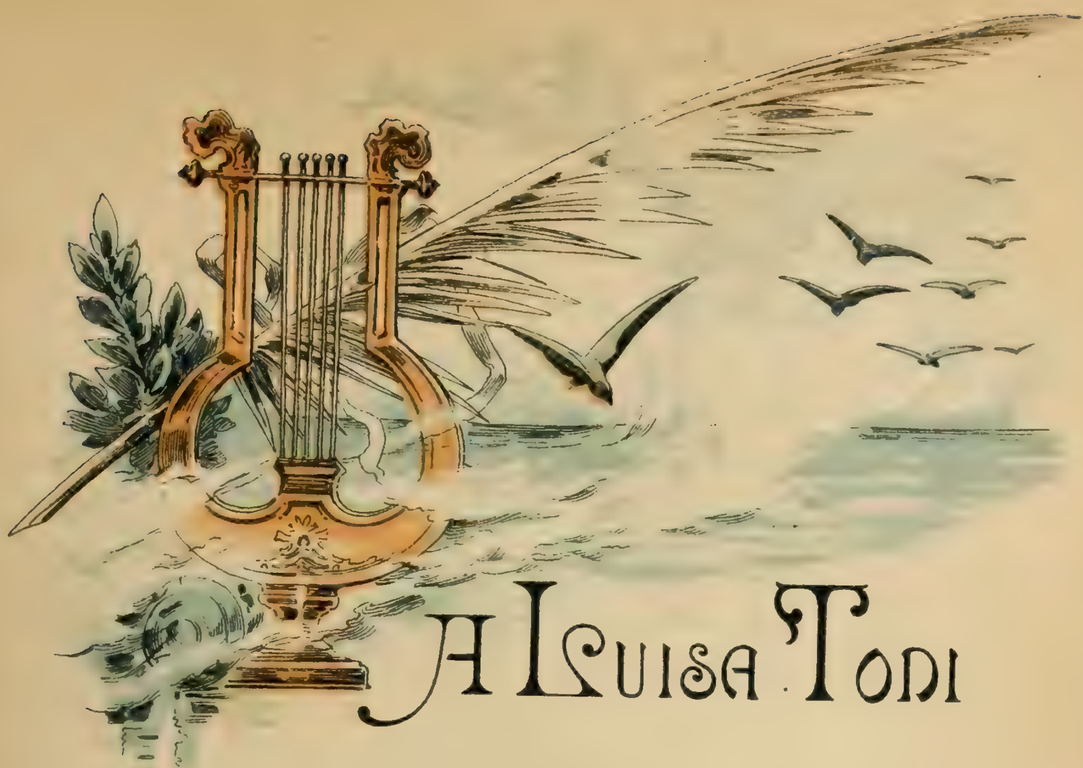
Á Balmis respetad. ¡Oh heróico pecho,
Que en tan bello afanar tu aliento empleas!
Vé impávido á tu fin. La horrenda saña
De un ponto siempre ronco y borrascoso,
Del vértigo espantoso
La devorante boca,
La negra faz de cavernosa roca
Donde el viento quebranta los bajeles,
De los rudos peligros que te aguardan
Los más grandes no son ni más crueles.
Espéralos del hombre: el hombre impío,
Encallado en error, ciego, envidioso,
Será quien sople el huracan violento
Que combata bramando el noble intento.
Mas sigue, insiste en él firme y seguro;
Y cuando llegue de la lucha el día,
Ten fijo en la memoria
Que nadie sin tesón y ardua porfía
Pudo arrancar las palmas de la gloria.

Llegas en fin. La América saluda
A su gran bienhechor, y al punto siente
Purificar sus venas
El destinado bálsamo: tú entonces
De ardor más generoso el pecho llenas;

Y obedeciendo al numen que te guía,
Mandas volver la resonante prora
A los reinos del Gánges y á la aurora.
El mar del Mediodía
Te vió asombrado sus inmensos senos
Incansable surcar; Luzón te admira,
Siempre sembrando el bien en tu camino,
Y al acercarte al industrioso chino,
Es fama que en su tumba respetada
Por verte alzó la venerable frente
Confucio, y que exclamaba en su sorpresa:
«¡Digna de mi virtud era esta empresa!»

¡Digna, hombre grande, era de tí! ¡Bien digna
De aquella luz altísima y divina,
Que en días más felices
La razón, la virtud aquí encendieron!
Luz que se extingue ya: Balmis, no tornes,
No crece ya en Europa
El sagrado laurel con que te adornes.
Quédate allá, donde sagrado asilo
Tendrán la paz, la independencia hermosa;
Quédate allá, donde por fin recibas
El premio augusto de tu acción gloriosa.
Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos
Con fervoroso celo
Levantará tu nombre al alto cielo;
Y aunque en los sordos senos
Tú ya durmiendo de la tumba fría,
No los oirás, escúchalos al menos
Fn los acentos de la musa mía.

(Diciembre de 1806.)



A Luisa Todi

CUANDO CANTÓ EN EL TEATRO DE MADRID
LAS DOS ÓPERAS DE «ARMIDA» Y «DIDO»

Qué se negó de la falaz Armida
Al mágico poder? Su voz sonaba,
Y el báratro profundo
De sus lóbregos senos alanzaba
El tremendo escuadrón que la servía.
Viérase al punto de infernal veneno
Toda inundarse en derredor la esfera,
Arder el rayo y retumbar el trueno.
La rápida carrera
Suspenderse del sol, bramar los vientos,
En sus hondos cimientos
Estremecerse el mar, y mal segura

La tierra contrastada,
De sus ejes eternos desquiciada.

Mas cuando al fin enamorada y ciega
El corazón indómito rendía,
Y de perder su amante recelosa,
En los fines del orbe le escondía,
Ya no era entonces la espantosa maga;
Era ya una deidad. El polo yerto
Ostentóse cubierto
Con el manto de Flora;
Por los fecundos prados
Las fuentes murmuraban,
Y de esencias bañados,
Los céfiros jugaban con las flores;
Volaban los amores,
Las gracias y el deleite en pos de Armida;
Y ella entretanto, de Rinaldo asida,
El coro de las aves escuchaba,
Que al placer y al amor la convidaba.

Tal fué entonces Armida; y tal hora
Tú ¡oh poderosa Todi! la presentas,
Ya en ternura y delicias anegada,
Temerosa después, y al fin furiosa
Viendo su gloria y su beldad hollada.
¡Invención celestial! No, no es Armida
La que así nos enciende
Y el agitado espíritu suspende:
El mentido poder que por su encanto
Tuvo en los elementos confundidos,
Hoy en nuestros sentidos

Lo alcanza el arte y lo renueva el canto.
¡Soberana armonía!
¿En qué sus dulces y halagüeñas flores
Mas bien que en tus loores
Esparcir deberá la poesía?
Pero ¿cómo en su vuelo
La poderosa voz seguir podría
Que pasma al mundo y maravilla al cielo?
Ella parte suave;
Y ora orgullosa y grave
Del espacio los ámbitos domina,
Ora en quiebros dulcísimos se pierde,
Y delicada trina;
Ora sube al Olimpo, ora desciende,
Y ora como un raudal rico y sonoro
Vierte súbitamente en los oídos
De su riqueza armónica el tesoro.

Sola la admiración enmudecida
Seguirla puede en su veloz carrera;
¿Y do ha vivido el corazón de fiera
Que se negase esquivo
De su expresión celeste al atractivo?
¡Oh! no es posible el evitar su imperio;
La fogosa energía
De su gesto y acción se le prometen,
Y su mágico acento y melodía.
Aquí vence, aquí triunfa, aquí arrebata:
Vedla de gloria y majestad vestida
Cuando del solio el esplendor retrata;
Vedla después, desesperada y llena
De cólera y soberbia, amenazando;

Nube parece que espantosa truena,
Ó terrible Aquilón cuando, soplando
Con hórrido silbido,
Sacude el universo combatido.

¿Mas cuál benigna suavidad se siente?
Él es, el blando amor, el hijo ardiente
De la hermosa y divina Citerea:
Más dulce y grato que la miel hiblea,
Más puro que los céfiros, su acento
Sale inflamando el viento,
Y por doquiera su ternura inspira.
Ya tras el bien perdido
Vaga anhelante y con dolor suspira;
En el dulce trinar pinta el gemido,
En los blandos gorjeos
Aparecen los tímidos deseos,
La amorosa inquietud, las ansias tiernas,
La risa alegre y apacible juego
Que ceban tanto el delicioso fuego.
Ya con tono más grave
La sublime constancia se ve ornada,
Ó en celeste deliquio modulada
Del caro bien la posesión suave.

Entonces gime el insensible, entonces
Hasta los duros mármoles se agitan;
Amor aprende á amar, á amar incitan
El eco, el viento, y de tu voz herido,
Por su divino impulso es arrastrado
Mi corazón vencido.
Salta en el pecho, y sin cesar palpita,

Todo anegado en el amante anhelo
Que inspira el canto; su vehemente llama
Veloz discurre por mi sangre y venas,
Y en todas ellas su calor derrama;
Derrama su calor, que vuelto en llanto
Sin ser posible á contenerle el seno,
Salta á la vista en delicioso encanto.

¿Quién de tu genio mesurar podría
La extensión y el ardor? Dinos, ¿en dónde
Tuvo su Oriente? ¿En dónde
Se adestró á desplegar tal osadía,
Y de tanta riqueza salió lleno?
¿Fué acaso allá donde el feliz Ismeno
Corrió bañando la sonora Tebas?
¿Ó más bien sobre el Ísmaro sombrío,
Do por la vez primera
Los ecos de la música sonaron,
Y tras sí arrebataron
Los hombres y las fieras,
Las rocas y los árboles? ¿Do Orfeo
Su lira de oro celestial pulsaba,
Los vientos á su voz se condolían,
Y á Eurídice llamaba,
Y Eurídice los montes respondían?

Igual, empero, ó superior, tú impeles
Al seno del olvido
Los pesares amargos y crueles.
Yo lo ví, lo sentí. Del hondo averno
Por mi mal abortado,
Un esquivo cuidado devoraba

Mi triste corazón, cuando presente
Vi la sidonia reina, que clamaba
Contra el troyano pérfido inclemente.
¡Bárbara atrocidad! Huye el ingrato
Sin que bastantes sean
De la mísera amante las querellas
Su fuga á suspender: huye, no cura
Los preciosos tesoros
Que fiel le prodigaba la hermosura;
Tesoros ¡ay! de amor y de ternura.
Y se entrega á la mar, ¡qué de lamentos!
¡Qué horrorosos acentos!
¡Qué desesperación! En vano llora
La triste, y corre enfurecida, y gime;
En vano al cielo en su dolor implora,
Y á los hombres también; hombres y dioses
Al dolor y al horror la abandonaron...
¿Morirá la infelice
Sin hallar compasión?... Grande, sublime,
Terrible situación, que sorprendido
Mi espíritu admiraba,
Y olvidó su aflicción llorando á Dido.

¡Y que tan dulces horas
Hayan de fenecer! Mantua te pierde,
Mantua, que tanto te admiró; desierto
Se verá el gran teatro donde un día
Al eco de tu canto y los aplausos
El soberbio artesón se estremecía.
Mustio el espectador, irá á buscarte
Y no te encontrará; y en tal vacío,
¿Do está, dirá, la enamorada Elfrida,

La encantadora Elfrida? ¿Adónde fueron
La dulce Hipermenestra,
La arrogante Cleopatra y Cleofida?
Sombras sublimes, cuya hermosa idea
Inventar y animar el genio pudo,
¿Será que nunca ya mi mente os vea?

Anda, vive feliz, corre el sendero
Que á tu brillante gloria abrió el destino;
Mas ¿qué le falta á su esplendor divino?
El universo entero
Su honor, su encanto, su deidad te aclama.
Llevada en raudo vuelo
Por la sonante trompa de la fama,
Pasmarás las edades, y asombrado
Te nombrará el artista y confundido.
Por más osado que su genio sea,
Tú el término serás de su esperanza,
Dique á su presunción: él desde lejos
Adorará tus soberanas huellas,
Y lucirá tal vez con tus reflejos.
Así en el alto Olimpo las estrellas
Brillan, mas solamente en noche umbría,
Cediendo al resplandor y la victoria
Al gran planeta que preside el día.

(1795).





Cuando en la flor de mis risueños días
Mi vista hirió tu luz, dulce hermosura,
¡Oh cómo palpité! ¡Cómo mi pecho
Te amó, te idolotró! Tú númen fuiste
Que desplegar hiciste
El vuelo de mi voz, tú presidías
De mi cítara al son, que entonces era
Mas bien el eco de las ansias mías
Que el eco de tu gloria: exento ahora
De temor, de deseo y de esperanza,
Que aceptes pido con afable agrado
El tributo que rindo á tu alabanza.

¡Oh si al formar tu vencedor traslado,
Benigno el cielo, la apacible tinta
Me diera con que el día en el oriente
Nace á inundarle en cándidos albores!
¡Los hermosos colores
Flora me diera con que adorna y pinta
Al soberbio clavel su altiva frente!

Diérame de su seno la fragancia,
Y la bella elegancia
Que gentiles los álamos despliegan
Cuando las auras del abril los mecen,
Cuando las lluvias del abril los riegan.

A tu nacer testigo
El orbe se recrea,
Que tanto llega á florecer contigo;
Y te contempla en tu halagüeña cuna,
Como al morir el día
Mira el recinto de la selva umbría
La incierta luz de la naciente luna.
Mírate amor alborozado, y lleno
Ya del ardor que en esperanza siente,
«Yo bañaré con mi esplendor su frente,
Soberbio exclama, y con mi ardor su seno.»

Crece; que el lirio y la purpúrea rosa
Tiñan tus gratos miembros á porfía;
El sol de mediodía
La lumbre encienda de tus ojos bellos;
Que el tímido pudor la temple en ellos;
La esencia de las flores
Tu dulce aliento sea,
Y á velar tus encantos vencedores
Bajen en crespas ondas tus cabellos;
En tu nevado seno
Empiecen los amores
La primera á gustar de sus delicias;
Tu pie en la danza embellecer se vea,
Y tu cándida mano en las caricias.

Diosa de la beldad, alza la frente,
Mira tu gloria; al contemplarla el sabio
Despide de su mente
La grave austeridad; la indiferente
Desmayada vejez siente que inflama
Tu viva lumbre sus cenizas frías,
Y suspirando exclama:
«¡Ah, quien volviera á los floridos días!»
Mientras que ansiosa, arrebatada y ciega,
La juventud á oleadas
Corre, y se agolpa tras de tí, y á oleadas
Su tierno afan á tributarte llega.

¡Qué nube de esperanzas y deseos
Te halaga en derredor! ¡Qué de suspiros!
¡Cuántos amores! Y soberbia y fiera,
Sin ver ni agradecer, sigues hollando
La apacible carrera
Sembrada de placer, ornada en flores,
Tras tu carro de triunfo arrebatando
Los míseros despojos
De tantos amadores
Que al son de su cadena,
Bendiciendo tu luz, cantan su pena.

¡Dichoso aquel que junto á tí suspira,
Que el dulce néctar de tu risa bebe,
Que á demandarte compasión se atreve,
Y blandamente palpitar te mira!
¡En fin triunfaste, amor! ¿Cuál es la gloria
Que iguale en su contento
A tan bella y magnífica victoria?

Mira al mortal que devoró los dones,
Los dulces dones suspirados tanto,
Cual se agita impaciente, estremecido,
De vanidad henchido,
De gozo inmenso, de inefable encanto.

¡Y no es eterno! ¡Ay Dios! ¡Y llega un día
En que del albo seno,
Cansada la hermosura,
Lanza al amor! Amor la embellecía;
Él su semblante de expresión bañaba,
Él gracia la inspiraba y bizarría;
El mundo la veía,
Y cual templo de un Dios la respetaba.
Y ora apagando la sagrada antorcha,
Sus alas tiende amor, y huye gimiendo
Á la vana inconstancia, á la falsía,
Que su altar profanaron
Y la alma, fuente del sentir, cegaron.

No así en tí se cegó, cuando á la tierra
Ejemplo dabas del amor más puro,
Heloisa infeliz., ¿Cuál fué la mano
Que, despiadada y dura,
Hundió en ese recinto pavoroso,
Morada del horror, tanta hermosura?
Y respondes: «Mi amor.» ¿Quién por tu seno
Dilató de tan bárbaros dolores
El amargo raudal? «Mi amor.» ¿Un tiempo
No llegará en que inspire
El nombre de Abelardo en tus clamores,
De que el eco se llena,

Y en esas anchas bóvedas resuena?

«No lo sufre mi amor. Mira los días
Cual pasaron por mí; su triste huella
Marchitó mi beldad, sin que un instante
Viese templar la inapagable llama
Que me consume. Feneció mi amante
Sin fenecer mi amor; sus restos fríos
Son sin cesar bañados
De ardiente llanto y de lamentos míos.
Déjame en ellos inundarme; el cielo
Este solo placer es el que ha dado
A mi infelice suerte
Déjame mi dolor; cuando la muerte
Venga á librarme del horror del mundo,
Entonces ¡ay! en mi postrer momento
Abelardo, dirá con hondo acento,
Abelardo, mi labio moribundo.»

Así sus ayes lastimeros hienden
De siglo á siglo, y sus agudos ecos
En lástima y amor el pecho encienden.
Rosas y mirtos á su tumba, y llanto,
Llanto más bien; las lágrimas que vierto,
Al mismo tiempo que mi voz la nombra,
Son dulce ofrenda á su adorable sombra.
¿Tanto vale el sentir? ¿A tanto alcanza
Su divino poder? Ojos hermosos,
Sabed que nunca pareceis más bellos,
Sabed que nunca sois más poderosos
Que cuando en vos se mira
El vivo afán que el sentimiento inspira.

Sin él ¿qué es la beldad? Flor inodora,
Estatua muda que la vista admira,
Y que insensible el corazón no adora.

CRISTINA

CANCIÓN EPITALÁMICA

AL FELIZ ENLACE DE S. M. C. DON FERNANDO VII CON LA SERENÍSIMA SEÑORA DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

AL REY NUESTRO SEÑOR

Nunca osára, Señor, la Musa mía
Al eco unir del general aplauso
Los ecos de un aliento que se apaga
Por la desgracia y por la edad cansado.
Ved cómo yace envuelta en largo olvido
Mi inútil lira: trémula la mano
Va sus cuerdas á herir, y á hallar no acierta
Su antigua resonancia y su entusiasmo.
Otra fuerza, otra voz, otra armonía
Pide al cantarse el venturoso lazo
En que Vos afirmais vuestra ventura,
Y también su esperanza el orbe hispano:
Y á ensalzar dignamente de *Cristina*
La florida hermosura, el dulce encanto
Y la índole celeste, áun no bastara
Á Píndaro su voz, la suya á Horacio.

Mi timidez iguala á mi respeto:
Pero Vos lo quereis; y á quien los hados
Quisieron siempre defender propicios
Y en la alta cima del poder sentaron,
¿Cómo un flaco mortal, que sin su escudo
Juguete fuera del rencor contrario,
Este esfuerzo, aunque débil, negaría
Sin riesgo al fin de parecer ingrato?
¡Ah! no: suene mi voz, los aires rompa;
Y aunque ronca y cansada, el holocausto
Hago de su temor ante las aras
Del refulgente Sol que ya adoramos.
Quizá aquel fuego que á mi Musa un día
Pudo animar en sus mejores años,
De sus yertas cenizas sacudido
Vuelva á encenderse á tan hermosos rayos.
Otros la cantarán con más fortuna,
Con talento mayor; y hasta los astros
Alzar conseguirán su ínclito nombre
En las alas del Genio arrebatados.
En mí supla al talento el buen deseo;
Y estos rudos acentos de mi labio
Que van de vuestra Esposa al regio oído,
Hallen, Señor, si no alabanza, agrado.

Señor
A L. R. P. de V. M.

MANUEL JOSÉF QUINTANA





A la Paz entre España y Francia en 1795.

Dos lustros ya de plácido sosiego
Sobre el regazo de la paz hermosa
Gozado el mundo había;
Y adormecido el fuego
De la discordia atroz, la espada ociosa
Entre el polvo y orin se consumía.
Nada turbó las cándidas auroras
De tan dulce quietud; logró en su asilo
El labrador tranquilo
Ver coronadas de su afan las horas.

Mas sangre y fuego respirando viene
Con violento ademán Mavorte fiero,
Y á la cumbre escarpada
De la antigua Pirene
Sube ardiendo en furor; cruje el acero
De su carro espantoso, y empuñada
La mortífera lanza que blandea,
Mueve sañudo la execrable frente,

Y en su rabia impaciente
Cebarse en llanto y mortandad desea.

Tronó su voz; al escucharla entonces
El suelo en luto y en pavor gemía;
Destrozado, oprimido
Con los enormes bronces,
Vió la flor de la Hesperia que corría
De la bélica trompa al gran sonido.
¡Míseros! id donde el honor os lleva,
Ardiendo en ansia de funesta gloria;
Volad á la victoria,
Y haced de vuestro aliento heróica prueba.

¿Qué lograréis? El monstruo abominable
De vuestra insana ceguedad riendo,
Da la señal; ya sube
Del cañón formidable,
Al cielo vuestros crímenes diciendo,
De fuego y humo la ondeante nube.
Retumba el aire, y pavoroso esconde
Los gritos, el terror, el triste estrago;
El amago al amago,
La cólera á la cólera responde.

Muerte horrible á la muerte. Así espantoso
Bate las altas cimas de Apenino
El Aquilón sañudo;
A su ímpetu fragoso
El cedro añoso y el soberbio pino,
Sin encontrar á su defensa escudo,
Caen; y el hondo valle extremeciendo,

Por los ecos alígeros llevado,
Asorda dilatado
De caverna en caverna el ronco estruendo.

Y en medio de la lucha fulminante
Es el furor tan bárbaro y tan ciego,
Que ni la tierna esposa
Ni la afligida amante
Templar podrán de la contienda el fuego
Con su memoria tierna y dolorosa.
Todo cae, agoniza; ¡hombres crueles!
Y acaso aspiran á dorar su estrago
Con el falaz halago
Del carro triunfador y sus laureles.

Mas no; junto á la rueda sanginaria
Van la viudez y la orfandad que lloran.
Monarcas de la tierra,
¿La mísera plegaria
No escuchais de los pueblos que os imploran?
Poned, poned un término á la guerra;
Y si el rayo, el relámpago y el trueno
Vuestro poder mostraron á porfía,
Ya es bien que luzca un día,
Debido á vuestra unión, dulce y sereno.

Le dais por fin; á vuestra voz levanta
En el aire la paz de su alma oliva
La bienhechora rama.
¿No veis cuál se adelanta
A aplaudiros la tierra, y cuán festiva
Bendice vuestro nombre y os aclama?

¡Salud, divina paz! Eterna amiga
De la vida y del bien, ven, y en contento
Convierte el desaliento,
Y en sosiego apacible la fatiga.

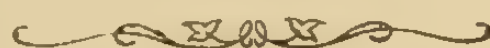
Ven, y que la amistad, que la preciada
Virtud prodiguen sus inmensos bienes:
En eso ¡oh Dios! emplea
Tu protección sagrada.
Tú fecundas el mundo y le sostienes,
Tú le das ornamento y se hermosea;
Bajo la sombra de tu augusto velo
Las artes viven en concierto amigo,
Y seguro contigo,
El Genio extiende su brillante vuelo.

Á tí en los templos el incienso humea,
Á tí las musas su divino acento
Sonoramente envían;
Y en cuanto el mar rodea,
En cuanto ilustra el sol y gira el viento,
De ti sola su bien los pueblos fían.
¡Ah! Maldición eterna al inhumano
Que, profanando la quietud del suelo,
Muestre en bárbaro anhelo
Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡Maldición, maldición! Corren veloces
Los ríos á la mar; nosotros ciegos
Al crímen y á la muerte
Nos llevamos feroces,
Sin atender á los humildes ruegos

De la virtud, sin escuchar la fuerte
Lección del tiempo, que incesante clama.
¡Triste destino! El hombre fascinado
Va siempre al carro atado
De la ambición frenética que brama.

Pues si negado á tantos escarmientos,
Siempre ha de ser que el universo gima
En guerra y en crueldades,
Dejad vuestros asientos,
¡Oh montes! y cayéndonos encima,
Feneced de una vez tantas maldades.
Irrita ¡oh ponto! tus voraces ondas,
Hasta que, sepultado el ancho mundo
En tu abismo profundo,
Por siempre en él nuestra impiedad escondas.



Á MELÉNDEZ

CUANDO LA PUBLICACIÓN DE SUS POESÍAS



Gloria al grande escritor á quien fué dado
Romper el sueño y vergonzoso olvido
En que yace sumido
El ingenio español; donde confusas,
Sin voz y sin aliento,
Se hunden y pierden las sagradas musas!

Alto silencio en la olvidada España
Por todas partes extendió su manto,
Cuando tu hermoso canto
Resonando, ¡oh Meléndez! de repente,
De orgullo y gozo llena,
Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos densas
Crecer las nieblas de ignorancia viendo
Natura, y sacudiendo
El ocio letargoso en que yacía,
Dijo: «Que Homero sea;»
Y Homero nace, y resplandece el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,
Bien como el fondo del etéreo cielo,
Gratos aun más que el vuelo
Del céfiro sonante en el estío,
Cuando las hojas mueve,
Y templa el rayo en delicioso frío;

Tus armoniosos versos á raudales
Del manantial fecundo se arrebatan,
Do fieles se retratan
Las flores y los árboles del suelo,
Las sierras enriscadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! Amable Anacreonte,
Tú, que de estro y amor mientras vivías,
Mísera Safo, ardías;
Y tú, divino Píndaro, que elevas

En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas;

Volad hacia las playas de Occidente
Desde la cumbre de Helicón divino,
Y ved el gran destino
Con que se ensoberbece el suelo ibero
Mirando en su poeta
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira
Cuando el canto de amor en ella suena;
Y apacible y serena
La belleza en sus versos vencedores
Se goza retratada,
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego á los amenos campos,
A la abundosa y apacible vega
Que el claro Tormes riega;
Y al escuchar su pastoral acento,
Ved florecer las rosas,
Reír el prado, embebecerse el viento.

Mas ¿dó su musa rápida se esconde?
¿Dónde se eleva? Á su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho,
Y al éter se encumbró; gozosa mira
Bajo de sí las nubes,
Y al campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,

Le seguiréis! Desde el fanal de Apolo
Al rutilante polo
Todo lo abarca en su inmortal porfía,
Y de fulgor se llena,
Y torrentes de lumbre al mundo envía.

Á esta pompa magnífica, á los ecos
De aplauso universal que resonaron,
Sus cuellos agitaron
Las sierpes de la envidia, y de su seno
Ya á lanzar se aprestaban
Con torpe lengua el infernal veneno;

Cuando un genio gritó: «¡Monstruos odiosos!
¿Qué sois, decid, para alcanzar victoria
De tan hermosa gloria?
Sabed que nunca de la niebla umbría
El insensato orgullo
Vencer presume en claridad al día.

Admirad y callad,» dijo. La envidia
Vióse aterrada, y su furor fué vano;
Y el genio abrió su mano,
Y el lauro descendiendo omnipotente,
Al inmortal poeta
Cercó de rayos la gozosa frente.

(1797.)





Al Armamento de las Provincias Españolas contra los Franceses.

ETERNA ley del mundo aquesta sea:
En pueblos ó cobardes ó estragados
Que ruede á su placer la tiranía;
Mas si su atroz porfía
Osa insultar á pechos generosos
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,
Estréllese al instante,
Y de su ruina brote el escarmiento».
Dijo así Dios: con letras de diamante
Su dedo augusto lo escribió en el cielo,
Y en torrentes de sangre á la venganza
Mandó después que lo anunciase al suelo.

Hoy lo vuelve á anunciar. En justa pena

De tu vicioso y mísero abandono
En tí su horrible trono
Sentó el numen del mal, Francia culpable;
Y sacudiendo el cetro abominable,
Cuanto sus ojos ven, tanto aniquila.
El genio atroz del insensato Atila,
La furia que el mortífero estandarte
Llevaban de Timur, mandan al lado
De tu feroz sultán; ellos le inspiran,
Y ya en su orgullo á esclavizar se atreve
Cuanto hay del mar de Italia á los desiertos,
Faltos siempre de vida y siempre yertos,
Do reina el polo engendrador de nieve.

Llega, España, tu vez; al cautiverio
Con nefario artificio
Tus príncipes arrastra, y en su mano
Las riendas de tu imperio
Logró tener, y se ostentó tirano.
Ya manda, ya devasta; sus soldados
Obedeciendo en torpe vasallaje
Al planeta de muerte que los guía,
Trocaron en horror el hospedaje,
Y la amistad en servidumbre impía.
¿Á donde pues huyeron,
Pregunta el orbe estremecido, á dónde
La santa paz, la noble confianza
La no violada fe? Vanas deidades,
Que sólo ya los débiles imploran.
Europa sabe, de escarmiento llena,
Que la fuerza es la ley, el Dios que adoran
Esos atroces vándalos del Sena.

Pues bien, la fuerza mande, ella decida;
Nadie incline á esta gente fementida
Por temor pusilámine la frente;
Que nunca el alevoso fué valiente.
Alto y feroz rugido
La sed de guerra y la sangrienta saña
Anuncia del león; con bronco acento
Ensordeciendo el eco en la montaña,
A devorar su presa
Las águilas se arrojan por el viento.
Sola la sierpe vil, la sierpe ingrata
Al descuidado seno que la abriga
Callada llega y ponzoñosa mata.
Las víboras de Alcides
Son las que asaltan la adorada cuna
De tu felicidad. Despierta, España,
Despierta, ¡ay Dios! Y tus robustos brazos,
Haciéndolas pedazos
Y esparciendo sus miembros por la tierra,
Ostenten el esfuerzo incontrastable
Que en tu naciente libertad se encierra.

Ya se acerca zumbando
El eco grande del clamor guerrero,
Hijo de indignación y de osadía.
Asturias fué quien le arrojó primero;
¡Honor al pueblo astur! Allí debía
Primero resonar. Con igual furia
Se alza, y se extiende adonde en fértil riego
Del Ebro caudaloso y dulce Turia
Las claras ondas abundancia brotan;
Y como en selvas estallante fuego

Cuando las alas de Aquilón le azotan,
Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia
Júpiter basta, ni los anchos ríos
Que oponen su creciente á sus furores;
Los ecos libradores
Vuelan, cruzan, encienden
Los campos olivíferos del Bétis,
Y de la playa Cántabra hasta Cádiz
El seno azul de la agitada Tetis.

Álzase España, en fin; con faz airada
Hace á Marte señal, y el Dios horrendo
Despeña en ella su crugiente carro;
Al espantoso estruendo,
Al revolver de su terrible espada,
Lejos de estremecerse, arde y se agita,
Y vuela en pos el español bizarro.
«¡Fuera tiranos!» grita
La muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,
Eco de vida, manantial de gloria!
Esos ministros de ambición ajena
No te escucharon, no, cuando triunfaban
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
Aquí te oirán saliendo
De pechos esforzados, varoniles;
Y la distancia medirán, gimiendo,
Que de hombres hay á mercenarios viles.

Fuego noble y sublime, ¿á quién no alcanzas?
Lágrimas de dolor vierte el anciano
Porque su débil mano

El acero á blandir ya no es bastante;
Lágrimas vierte el ternezuelo infante;
Y vosotras también, madres, esposas,
Tiernas amantes, ¿qué furor os lleva
En medio de esas huestes sanguinosas?
Otra lucha, otro afán, otros enojos
Guardó el destino á vuestros miembros bellos,
Deben arder en vuestros negros ojos.
«¿Queréis, responden, darnos por despojos
Á esos verdugos? No: con pecho fuerte
Lidiando á vuestro lado,
También sabremos arrostrar la muerte.
Nosotras vuestra sangre atajaremos;
Nosotras dulce galardón seremos
Cuando, de lauro y de floridos lazos
La vencedora frente coronada,
Reposo halléis en nuestros tiernos brazos».

¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
De cien provincias, que cual ley suprema
Adoraban tu voz, ¿callas ahora?
¿Á dónde están el cetro, la diadema,
La augusta majestad que te adornaba?—
«No hay majestad para quien vive esclava;
Ya la espada homicida
En mí sus filos ensayó primero.
Allí cayó mi juventud sin vida:
Yo, atada al yugo bárbaro de acero,
Exánime suspiro,
Y aire de muerte y de opresión respiro.»

¡Ah! respira más bien aura de gloria,

¡Oh corona de Iberia! Alza la frente,
Tiende la vista; en iris de bonanza
Se torna al fin la tempestad sombría.
¿No oyes por el Oriente y Mediodía
De guerra y de matanza
Resonar el clamor? Arde la lucha,
Retumba el bronce, los valientes caen,
Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,
Descubre al mundo el espatoso estrago.
Así sus llanos fértiles Valencia
Ostenta, así Bailén, así Moncayo;
Y es fama que las víctimas de Mayo
Lívidas por el aire aparecían;
Que á su alarido horrendo
Las franeesas falanjes se aterraban;
Y ellas, su sangre con placer bebiendo,
El ansia de venganza al fin saciaban.

Genios que acompañais á la victoria,
Volad, y apercibid en vuestras manos
Lauros de Salamina y de Platea,
Que crecen cuando lloran los tiranos.
De ellos ceñido el vencedor se vea
Al acercarse al capitolio ibero:
Ya llega, ¿no le veis? Astro parece
En su carro triunfal, mucho más claro
Que tras tormenta el sol. Barred las calles
De ese terror que las yermaba un día;
Que el júbilo las pueble y la alegría;
Los altos coronad, henchid los valles,
Y en vuestra boca el apacible acento,
Y en vuestras manos tremolando el lino,

«Salve, exclamad, libertador divino,
Salve,» y que en ecos mil lo diga el viento,
Y suba resonando al firmamento.

Suba, y España mande á sus leones
Volar rugiendo al alto Pirineo,
Y allí alzar el espléndido,
Que diga, «Libertad á las naciones».
Tal es, ¡oh pueblo grande! ¡Oh pueblo fuerte!
El premio que la suerte
A tu valor magnánimo destina.
Así resiste la robusta encina
Al temporal; arrójanse silvando
Los fieros huracanes,
En su espantoso vértigo llevando
Desolación y ruina; ella resiste.
Crece el furor, redoblan su pujanza,
Braman, y tiembla en rededor la esfera;
¿Qué importa que á la verde cabellera
Este ramo y aquel falte, arrancado
Del ímpetu del viento, y luego muera?
Ella resiste; la soberbia cima
Mas hermosa al Olimpo al fin levanta,
Y entre tanto meciéndose en sus hojas,
Céfiro alegre la victoria canta.

(Julio de 1808).



PARA EL ÁLBUM

DE

DOÑA DOLORES PERINAT DE PACHECO

Obedezco, y mi nombre en este pliego
Pongo con mano incierta y temerosa;
Porque versos escritos á una hermosa,
Otra edad necesitan y otro fuego.
Viniera á mí tan poderoso ruego
Al tiempo de mis años juveniles,
Cuando al brillante sol de Andalucía
En mí algún rayo de entusiasmo ardía.
Mas ya agobiado con setenta abriles
¿Pudiera yo cantar, y en versos bellos
Dar mi feudo poético á Dolores
Tal que la luz se reflejase en ellos?
Es imposible; en vano de las Musas
Implorara el favor: ellas lo niegan,
Y á cláusulas discordes y confusas
Mi ya exánime acento al fin entregan.
Vírgenes son: cual vírgenes lozanas
Á la vejez se muestran desdeñosas,
Y de la vista de Saturno huyen
Que agosta y quema sin piedad las rosas.

24 de Mayo de 1843.



ARIADNA

Se supone á Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña á la orilla del mar: á un lado una tienda, á otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.

¡NADIE me escucha!... ¡Nadie!... El eco solo,
Eterno compañero
De este silencio lóbrego, responde
A mi agudo clamor, y mudamente
Mi mal aumenta y mi dolor presente.

¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo
Sin mí partir, y pudo
Desampararme así?... ¡Pecho de bronce,
De todo amor y de piedad desnudo!
¿Qué te hice yo para tan vil huida?
Le ví, le amé; mi corazón, mi vida,
Toda yo suya fuí, toda... El ingrato,
¿Qué no me debe?... Encadenado llega
A la cretense playa,

Destinado á morir: su sangre odiosa
Al monstruo horrible apacentar debía,
¿Qué hubiera él sido sin la industria mía?
Entra, combate, vence, y coronado
De nueva gloria se presenta al mundo.
Esto era poco: enfurecida y ciega,
Frenética después, mi hogar, mi padre,
Todo lo olvido á un tiempo, y me confío
Al amable impostor, enajenado
Con su halago y su amor mi tierno pecho;
¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
Pasión tan viva y perdición tan loca?
Yo lloro aquí desesperada en tanto
Que el pérfido se rie
De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no; ¿cómo es posible
Que tan deliciosos lazos
Así los haga pedazos
Una horrenda ingratitud?
(*Levántase exaltada hacia la tienda.*)

¡Ah! no es posible. ¡Oh lecho! tú que has sido
Testigo de mi gloria y mi contento,
Vuélveme al punto el bien que en tí he perdido.
¡Así mientras sus labios me halagaban,
Y en tanto que sus brazos me ceñían,
Ya allá en su pecho las traiciones viles
Este lazo fatal me preparaban!
¡Oh unión inconcebible
De perfidia y placer! ¡con qué, engañoso
Puede ser el halago, y la ternura

Lleva tras sí maldad y alevosía!
Yo triste, envuelta en la inocencia mía,
Al delirio de amor me abandonaba.
Tú sabes cuál mi seno palpitaba,
Tú viste cuál mi sangre se encendía,
Y cómo de su boca engañadora
Deleite, amor y perdición bebía.

Dos ayer éramos,
Y hoy sola y mísera
Me ves llorando
A par de tí.
Mira estas lágrimas,
Mírame trémula,
Donde gozando
Me estremecí.
¿Qué se hizo el pérfido?
Mi angustia muévate,
Y haz que volando
Torne hacia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro y me lo abrasa,
Enjugarás; reclinaré en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazón, verás cuál bate
De anhelo palpitante y de alegría.
Mas ¡oh mísero y ciego devaneo!
Mientras imploro al execrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo.

¡Y esto, oh dioses, sufrís! ¡Y va seguro
Y contento el perjuro
Por medio de la mar, que le consiente
¡Sin abrirse y tragarle!... ¡Oh tú, divino
Astro del claro día, sol luciente,
Sagrado autor de la familia mía!
Mira el trance terrible á que he venido;
Mírame junto al mar volver llorando
La vista á todas partes, y en ninguna
Asilo hallar á mi fatal fortuna;
Mírame perecer sin un amigo
Que dé á mi suerte lamentable lloro.
¿Dónde, dónde volverme? ¿Á quién imploro?

«Muerte, no hay medio, muerte;» este es el grito
Que por do quiera escucho; esta la senda
Que encuentro abierta á mi infelice suerte.
Brama el mar, silba el viento, y dicen: «Muerte.»

Y muerte hallaré yo... La ondas fieras
Que senda amiga al seductor abrieron,
Me la darán... ¡Qué horror! Un sudor frío
Baña mi triste frente, y el cabello
Se eriza... Sí... Las veo;
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí á fenecer... Voy desgraciada
Víctima del amor...
...¡Ah! ¡Si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallara,
Quizá al verme llorar también llorara!
¡Mas no, mísera! Muere; el mar te espera,
El universo te olvidó, los dioses

Airados te miraron,
Y sobre tí, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzaron.

¡Oh qué triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüénzate, cielo tirano,
Avergüénzate, ó dobla inhumano
Mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿Temo? ¿A qué atiendo? ¿Qué espero?
Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,
Y las ondas escondan conmigo
Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.

(Arrójase al mar.)

Á Dafne, en sus días

ROMANCE

Á aquella airosa andaluza
Que en las riberas de Cádiz
Es, por lo negra y lo hermosa,
La esposa de los cantares;
Á la que en el mar nacida
La embebió el mar de sus sales,
Cada ademán una gracia,
Cada palabra un donaire;
Ve volando, pensamiento,
Y al besar los pies de Dafne,

Dila que vas en mi nombre
Á tributarle homenajes.
  Hoy son sus alegres días;
Mira cuál todo la aplaude;
Menos fuego el sol despide;
Más fresco respira el aire.
  Los jazmines en guirnaldas
Sobre su frente se esparcen;
Los claveles en su pecho
Dan esencias más suaves.
  Y ya que yo, sumergido
En el horror de esta cárcel,
Ni áun en pensamiento puedo
Alzar la vista á su imagen,
  Rompe tú aquestas prisiones,
Y vuela allá á recrearte
En el raudal halagüeño
De su sabroso lenguaje.
  Verás andar los amores
Como traviesos enjambres,
Ya trepando por sus brazos,
Ya escondiéndose en su talle,
  Ya subiendo á su garganta
Para de allí despeñarse
Á los orbes deliciosos
De su seno palpitante.
  Mas cuando tanto atractivo
A tu placer contemplares,
Guárdate bien, no te ciegues
Y sin remedio te abrases.
  Acuérdate que en el mundo
Los bienes van con los males,

Las rosas tienen espinas
Y las auroras celajes.
  Vistióla, al nacer, el cielo
De aquella gracia inefable
Que embelesa los sentidos
Y avasalla libertades.
  Los ojos que destinados
Al Dios de amor fueron antes,
Para que en vez de saetas
Los corazones flechase.
  Á esa homicida se dieron
Negros, bellos, centellantes,
Á convertir en cenizas
Cuanto con ellos alcance.
  Y cuentan que amor entonces
Dijo picado á su madre:
Pues esos ojos me ciegan,
Yo quiero ciego quedarme.
  Venza ella al sol con sus rayos;
Pero también se adelante
En su mudanza á los vientos,
En su inconstancia á los mares.
  Y fué así. Las ondas leves
Que van de margen en margen,
Los céfiros que volando
De flor en flor se distraen,
  No más inciertos se miran
En sus dulces juegos, Dafne,
Que tú engañosa envenenas
Con tus halagos fugaces.
  Dime, ¿aún se pinta el agrado
En tu risueño semblante,

Y respiran tus miradas
Aquella piedad suave
Para con ceño y capricho
Desvanecerla al instante,
Trocar la risa en desvío
Y el agasajo en desaires?
Y dime, á los que asesinas
Con tan alevosas artes,
¿Los obligas aún, cruel,
Á consumirse y que callen?
Mas no importa: que padezcan
Los que en tu lumbre se abrasen;
Que tú, con sólo mirarlos,
Harto felices los haces.
Yo también, á no decirme
La razón que ya era tarde,
Y á presumir en mis votos
El bello don de agradarte,
Te idolatrara, tú fueras
La mayor de mis deidades;
¿Pero quién es el que amando
No anhela porque le amen?
De amigo, pues, con el nombre
Fué forzoso contentarme;
Pero de aquellos amigos
Que en celo y fe son amantes...
Basta, pensamiento; vuelve,
Vuelve ya de tu mensaje,
Y una sonrisa á lo menos
Para consolarme trae.

16 de Julio de 1815.



Á GUZMÁN EL BUENO



Ya con lira sonora
Himnos dí á la beldad hija del cielo,
Y amor cante que sin cesar la adora;
Mas ¿cómo al fin mi generoso anhelo
Podrá exaltarse de la hermosa fama
Hasta el templo inmortal? Ella me llama,
Y ya en mi pecho hierve
El canto de loor, sin que mis ojos
En esta sirte miserable vean
El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantara yo las haces españolas
En Pirene temblando al eco horrendo
Con que Mavorte en rededor rugía?
¿Ó á las naves británicas huyendo
Nuestra mísera escuadra entre las olas,
Amedrentadas ya con su osadía?
No, España, patria mía;
No son eternas, no, las torpes huellas
Qne de tu noble frente
Empañan el honor; tú en otros días,

Con victorioso patriotismo bellos,
De gloria ornada y esplendor te vías.
¡Ah! ¿Por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,
El hijo de Jimena y gran Rodrigo,
Rayos horribles de la gente mora,
Con sus nervudos brazos no cansados
Desolación del bárbaro enemigo
Eran siempre en la lid espantadora.
¿Quién diera á mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fué campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo;
Los sitios mismos que el baldón miraron,
Miraron la venganza, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.

«Venid, venid, el árabe decía,
Volad, hijos de Agar; ya los esclavos
El yugo intentan sacudir que un día
En su arrollado cuello
Vuestro valor indómito cargara.
¿Lo sufriréis? Las naves aprestemos,
Y el ancho valladar con que el destino
La Europa y Libia dividió, salvemos.
Venid, venid; que nuestra fiera saña
Estremecida España
Sienta otra vez; acometed, y abiertas
De Calpe y de Tarifa os son las puertas».

Mas no las puertas de Tarifa entonces

Al pérfido Julián obedecían;
El valor y el honor las defendían;
El honor y el valor que siempre fueron
Escudo impenetrable el más seguro.
¿Qué sin ellos valer el alto muro
Ni el grueso torreón jamás pudieron?
El hombre es solo quien guarnece al hombre.
¡Oh pueblo numantino!
¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!
¿Quién sino tu constancia te ceñía
Cuando las olas del poder romano
Sobre tí vanamente se estrellaban,
Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzmán impertérrito defiende
La fortaleza en donde
Quebrada el moro su pujanza via;
Que ataca en vano, y de furor se enciende,
Y truena, al fin, con la espantable saña
De nube que se rompe
Con estruendo fragoso en la montaña.
«¿Así será que la esperanza mía
Un hombre solo á contrastar se atreva?
Oye, Guzmán: las leyes del destino
Esta prenda infeliz de tus amores
A mi venganza dieron:
Hijo es tuyo, ¿le ves? Si en el momento
Ante mis pies no allanas
La firme valla del soberbio fuerte,
Tú, que le diste el sér, tú le das muerte.»

Así la iniquidad habla á la tierra,

Cuando, de orgullo y de poder henchida,
Mueve á los hombres espantosa guerra.
¡Oh! ¡no tembleis! Magnánima á su encuentro
La virtud generosa se levanta,
Y sus soberbios ímpetus quebranta.
Ella elevó á Guzmán; de ella inspirado,
«Conóceme, tirano, respondía;
Y si es que espada en tu cobarde mano
Falta á la atrocidad, ahí va la mía;
Que yo consagro mi inocente hijo
Sobre las aras de mi patria amada.»
Esto sereno dijo,
Y arroja al campo la fulmínea espada.

Y estremécese el campo, y da un gemido
Al vacilar la víctima, do esconde
Su punta aguda el inclemente.
Calpe con gritos de dolor responde
Al grito universal, y del guerrero
También la faz valiente
Brotando riega involuntario el llanto.
¡Ah! tú padre de España eras primero;
Mira cuál ella la segura frente
Alza y su numen tutelar te aclama;
Mira á tu gloria despertar la fama,
Que, sus doradas alas desplegando
Y sonando la trompa refulgente,
Los grandes ecos de tu nombre envía
Del Norte al Mediodía,
Del templo de la aurora al Occidente.

Y esta soberbia aclamación oyendo,

De horror y espanto el berberisco herido,
Huye al mar confundido,
Entre sollozos trémulos diciendo:
«Huyamos ¡ay! á nuestra ardiente arena.
¿Cómo arrancar la tímida paloma
Podrá su presa al águila valiente
Del aire vago en la región serena?
Quiébrase el cetro á la africana gente,
Su trono se hunde, y la cruel venganza
Del godo vencedor, estrago y ruina
Contra el seno del Africa fulmina».

Así temblando el musulmán huía
Del español guerrero,
Que sobre él centelleando revolvía.
Bien como cuando su valor primero,
Sorprendido, el león pierde, y se amansa,
Y en sí el oprobio de servir consiente.
¿Cómo á tan vergonzoso vituperio
La generosa frente
Pudo ya doblegar? ¿Dó fué el espanto
Que dió á la selva atónita su imperio?
¿Nació quizá para vivir esclavo?
No, que llega su vez, y ardiendo en ira,
Rompe, y se libra, y con feroz semblante
Del vil ultraje á la venganza aspira,
Bañando en sangre las atroces manos;
Y ruge y amedrenta á sus tiranos.

(1800.)





La Danza

Á Cintia

Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violín? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera;
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazón de cuantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora
Y el cuello desviando

Blandamente hacia atrás, das gentileza,
Á la hermosa cabeza
Reposada sobre él; quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademán respira?

¡Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas;
Ya del contorno admira
La blanda morbidez, ya se distrae
Al delicado talle do abrazadas
Las gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron.
Ya, en fin, se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono,
Como el arco de amor, dulces se tienden;
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡Oh, imagen sin igual! Nunca la rosa,
La rosa que primera
Se pinta en primavera,
De Favonio al ardor fué tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azucena,
Cuando, de esencias llena,
Con gentileza y brío
Se mece á los ambientes del estío.

Suena, empero, la música, y sonando,
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza

Vuelve siempre á un compas; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente;
Mi vista, que te sigue,
¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría
Señalar de tus pasos
La undulación hermosa,
La sutil graduación? Cuando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro más bello desplegarse miro.
Así del íris, serenando el cielo
Con su gayado velo,
En su plácida unión son los colores;
Así de amable juventud las flores,
Do, si un placer espira,
Comienza otro placer. Ved los amores
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo,
Dulcemente reir; ved cuán festivo
El céfiro, en su túnica jugando,
Con los ligeros pliegues
Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando,
Suena y canta su gloria y se recrea;
Y ella en tanto cruzando
Con presto movimiento,
Se arrebata veloz; ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado
Enreda y juega la elegante planta;
Altiva ora levanta
Su cuerpo gentilísimo del suelo,

Batiendo el aire en delicado vuelo.
Huye ora, y ora vuelve, ora reposa,
En cada instante de actitud cambiando,
Y en cada instante ¡oh, Dios! es más hermosa

Atónita mi mente es conmovida
Con mil dulces afectos, y es bastante
Un silencio elocuente á darles vida.
Mas ¿qué valen las voces
Á par del fuego y la pasión que inspiran
En expresión callada
Los negros ojos que abrasando miran?
¿A par de la cadena
Que, ó bien me da de la amorosa pena
El tímido afanar, ó en ella veo
La presta fuga del desdén que teme,
Ó el duelo ardiente del audaz deseo?
¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste
De la amable alegría,
Y pintaste el placer; tú, que supiste
Conmover dulcemente el alma mía,
De cuadro en cuadro la atención llevando,
Y dando el movimiento en armonía.

Así tal vez de la vivaz pintura
Vi de la antigua fábula animados
Los fastos respirar. Aquí Diana,
De sus ninfas seguida,
Al ciervo en raudo curso fatigaba,
Y el dardo volador tras él lanzaba;
Allí Citéres presidiendo el coro
De las gracias rientes,

Y á amor con ellas en festivo anhelo,
Y en su risa inmortal gozoso el cielo;
El trono más allá cercar las horas
Del sol, miraba en su veloz carrera,
Y asidas deslizándose en la esfera,
Vertiendo lumbre iluminar los días.

¡Oh Cintia! tú serías
Una de ellas también, tú, la más bella;
Tú, en la que brilla la rosada aurora;
Tú, la agradable hora
Que vuelve en su carrera
La vida y el verdor de primavera;
Tú, la primavera los celestes dones
Dieras al hombre de la edad florida;
Volando tú, rendida
La belleza inocente,
Palpitara de amor; y tú serías
La que, bañada en celestial contento,
Del deleite el momento anunciarías.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
La magia que te sigue
Me lleva el corazón; cesas en vano,
Y en vano despareces, si aun en sueños
Mi mente embelesada
Tu imágen bella retratar consigue.
La magia que te sigue
Me lleva el corazón: ya por las flores:
Mire veloz vagando
La mariposa, ó que la fuente ría,
De piedra en piedra dando,

O que bullan las auras en las hojas;
Do quier que gracia y gentileza veo,
«Allí está Cintia», en mi delirio digo,
Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Así vive, así crece
Por tí mi admiración, y arrebatada,
No te puedo olvidar. Ahora mi vida
Florece en juventud. ¿Cómo pudieran
No suspenderla en inefable agrado
Tanta y tanta belleza que ya un día
Soñaba yo en idea,
Y en tí vivas se ven? Vendrán las horas
De hielo y luto, y la vejez amarga
Vendrá encorvada á marchitar mis días;
Entonces ¡ay! entre las penas mías
Tal vez en tí pensando,
Diré: «Vi á Cintia»; y en aquel momento
Las gracias, la elegancia,
Las risas, la inocencia y los amores
A halagarme vendrán; vendrá tu hermosa
Imagen placentera
Y un momento siquiera
Mi triste ancianidad será dichosa.

Á UNA NEGRITA

PROTEGIDA POR LA DUQUESA DE ALBA

En vano, inocente niña,
Cuando viniste á la tierra
Tu tierno cutis la noche
Vistió de sus sombras negras,
Y en vez del cabello ondeado
Que sobre la nieve ostentan
De su garganta y sus hombros
Las graciosas europeas,
Á tí de crespas vedijas
Ensortijó la cabeza.
Que el ébano de tu cuello
Á coronar jamás llegan.
¿Á qué la risa en tus labios,
Y en tus ojos la viveza,
Y la gentil travesura
Con que la vista recreas,
Para arrancarte y traerte
De las áridas arenas
De la Libia á estos paises,
Entre gentes tan diversa?
Allí vivió tu familia,
Allí crecer tú debieras,
Y allí en la flor de tus años

Tus dulces amores fueran.
Todo se trocó: los hombres
Lo agitan todo en la tierra;
Ellos á la tuya un día
La esclavitud y la guerra
Llevaron, la sed del oro,
Peste fatal; su violencia
Hace que los padres viles
Sus míseros hijos vendan.
¡Bárbara Europa!... Tú, empero,
Desenfadada y contenta,
Con dulce gracejo ríes
Y festiva traveseas.
¿Cómo así? ¿Piadoso el cielo
Se dolió de tu inocencia
Cuando te miró en el mundo
De todo amparo desierta,
Y te concedió á tí sola
Lo que á tantos otros niega,
El olvidar sus desdichas,
Y alguna vez no saberlas?
«¿Yo desdichada? No, huésped:
Contémplame bien, contempla
Mi fortuna, y en envidia
Trocarás esas querellas.
Esclava fuí, ya soy libre;
La mano que me sustenta
Miró con horror mi ultraje
Y quebrantó mis cadenas;
La misma que tantas almas
Esclavizó á su belleza,
Y cuyos ojos, si miran,

No hay corazón que no venzan.
Patria, familia y cariños
Me robó la suerte adversa;
Cariños, familia y patria
Todo lo he encontrado en ella.
Mira el maternal esmero
Cou que ampara mi flaqueza,
Y la incansable ternura
Con que mi ventura anhela.
Cuando risueña me llama,
Cuando consigo me lleva,
Cuando en su falda me halaga,
Cuando amorosa me besa,
Tal hay que trocara entonces
Por mi humildad su soberbia,
Y por mi atezada sombra
Sus bellos colores diera.
Excusa pues de decirme
Que desdichada me crea:
¿Yo desdichada? No hay nadie
Que pueda serlo á par de ella.»
¡Oh bien hayan tus palabras!
¿Con que no siempre se cierran
Del poderoso en el templo
A la humanidad las puertas?
Crece, dulce criatura,
Vive, y monumento seas
Donde de tu amable dueño
Las alabanzas se extiendan;
Monumento más hermoso
Que el que á la vista presentan
Los soberbios obeliscos,

Las pirámides eternas.
Así tal vez arrancada
Vi de la materna cepa
Con la agitación del cierzo
La vid delicada y tierna,
Y á los firmes pies llevada
De la palma que descuella
Levantando por los aires
Su bellísima cabeza;
Allí piedad, allí asilo,
Allí dulce arrimo encuentra,
Allí sus vástagos crecen
Y su verdor se despliega.
Ella al generoso apoyo
Con lazo amante se estrecha;
Y el viento dando en sus hojas,
Himnos de alabanza suena.



PARA EL ÁLBUM

DE

DOÑA CONCHA MARTÍNEZ DE FIGUERAS

RECIEN CASADA



Pues mi nombre, ya escrito en este libro,
No es bastante á mostrar mi buen deseo,
Y es preciso que en verso se presente
El tributo de honor que á Concha debo.
Obedézcase al punto; y acatando

De quien así lo manda el justo imperio,
Id á los pies de Concha, versos míos,
Bien poco dignos de llamaros versos.
  Yo la ví florecer desde la cuna;
Yo la ví, niña, en sus púeriles juegos
Triscar con sus alegres compañeras
Y vencerlas en gracia y en aseo.
  Creció después en gala y bizarría,
Ya respirando juvenil aliento,
Y era lo que en las selvas son las palmas,
Y lo que en las estrellas los luceros.
  Y modesta y amable en donde quiera,
Delicia de sus padres, embeleso
De cuantos su presencia contemplaban
En la espaciosa calle y en los templos.
  Un enjambre de amores la seguía:
¿Quién la tendrá? se preguntaban ellos;
Y avivando la duda y la esperanza,
¿Quién la tendrá? les replicaba el eco.
  Hubo uno, en fin, que venturoso pudo
Llevar la Ninfa al ara de Himeneo,
Y allí enlazar su vida con su vida,
Jurándose los dos amor eterno.
  Las palabras que entonces pronunciaron
Subieron á las bóvedas del cielo,
Y el lazo que los une será al mundo
El más hermoso y envidiable ejemplo.

Madrid 20 de Julio de 1850.





á Fileno

CONSOLÁNDOLE EN UNA AUSENCIA

Á par con mi amistad id, versos míos,
Id á Fileno, en cuyo pecho ahora
La hiel ingrata del dolor se ceba.
Él al fijar en vos sus tristes ojos,
Exclamará tal vez: «Viva en mi amigo
Mi memoria es aun, viva en su seno
Late la compasión. Sierras fragosas,
Llanos inmensos, presurosos ríos
Le separan de mí, y enternecida,
De allá tan lejos su oficiosa mano
Á embalsamar mis lágrimas se tiende».

Llora, Fileno, llora: este consuelo
Señaló ya el destino á la amargura
Cuando en un tierno corazón se anida.
Yo lloraré contigo: aun en mi oido

Suenan los tristes dolorosos ayes
Que al partirse tu bien al viento dabas;
Te miro aun, que palpitante, opreso
Del congojoso afán vuelves los ojos
Al sitio mismo en que arrancar la viste
De la rápida rueda, que sonando,
Tu pecho aun más que el pavimento hería.
«Ella se va,» con falleciente labio
Hondamente exclamaste; y repitiendo
El eco: «Ella se va,» de amargo luto
Tu desolado corazón llenaba.

¡Oh momento cruel! Huyen entonces
La risa alegre y el festivo gozo
Del amante infeliz, huye el deleite
Que le inflamaba. En tan inmenso duelo,
¿Dó su vista mover? ¿Hacia qué parte
Sus pasos llevará? Sólo un vacío
Mira, que el mundo en su tropel ruidoso
Ni llenó ni encubrió. ¿Dónde el halago?
¿Dónde el grato mirar? ¿Dónde los juegos?
Aquel contínuo querellarse aquellas
Iras dulces de amor, nubes suaves
Que su serena faz tal vez cubrían,
Y á deliciosa paz luego tornaban...
Todo huyó, todo fué: pasa un momento,
Llega el siguiente, y el dolor tan sólo
Con su amarga lazada es quien los une.
Volaban antes las fugaces horas,
Volaban, y á par de ellas el deseo
Avivaba su ardor; tras él venía
La esperanza feliz vertiendo flores,

Y de ilusiones mágicas ornada;
Coronábala el goce, y luego el curso
De afán tan delicioso renacía;
Ansiábase otra vez, y se esperaba
Y se gozaba ¡Ay Dios! Ya ¿qué le resta?
Amar, penar, gemir: tal su destino,
Tal es su triste y perdurable empleo.

¿Y qué? ¿Cerradas al ausente fueron
De un consuelo feliz las sendas todas?
No, amigo, no: si en tu aflicción amarga
Te tienes por el ser más infelice
De los que inflama amor, corre á la selva,
Corre, y en ella la frondosa cima
De un álamo verás alto y pomposo
Que aquel recinto de verdor corona;
Y entre sus frescos y gallardos ramos
Contempla el nido desolado y yermo
Que fué altar de placer, y ora es de llanto.
Dos tórtolas en él... ¿Quién compasivo
No lamentó su desastrada suerte?
Brilló el color del cielo en su plumaje,
Y el fuego del amor ardió en su seno
Juntas las miró el sol, juntas la noche,
Juntas volar á su cristal la fuente,
Juntas el valle; el eco embebecido
Su arrullo enamorado redoblaba.
Y al fin llegó la hora fatal: salieron,
Y sus ligeras alas desplegaron.
Infelices, ¡dó vais? Torced el vuelo,
En el bosque no entreis; y no me escuchan;
Y siguiendo inocentes su camino,

Dulces besos se dan, y amantes juegan.
Y de repente, al espantoso estruendo
De la tronante pólvora silvando,
Salió el plomo mortífero; un gemido
Dió el viento en derredor; volvió los ojos
Azorada la tórtola á su amado,
Que abierto el bello seno y moribundo,
La miró y espiró. «Cayó», gritaba
Bárbaro el cazador, cayó; y en tanto
Huye, y huyendo la infelice viuda,
Hiende la esfera en lastimosos gritos.
Y ronca y sorda de gemir, su vuelo
Lejos allá sentó, do triste y sola,
Ningún viviente su dolor distrae;
La muerte implora allí, la muerte airada
Se niega á su clamor, y envenenado
El curso puro de sus dulces días,
Los vive en llanto y sempiterno luto.
¡Mísera! que al destino ni aun es dado,
Con ser tan poderoso, devolverle
Su malogrado bien. ¡Oh! ¿Qué es la ausencia,
Qué son los breves límites que ahora
A tí te parten de tu bien, Fileno;
Límites que traspasan los suspiros,
Y por do hienden del amor las alas,
Con ese eterno y lóbrego silencio,
Con ese abismo impenetrable y hondo
Que hay del ser al no ser, que hay de la vida
Al sueño helado de la tumba oscura?

Y al fin, en pena tal, si amargo el duelo,
Si es inmenso el afán, llorase entonces

Un corazón donde el amor ardía;
Que el pecho entonces resonando en ayes,
Sobre él su trono la tristeza asiente
Sí, justo es el dolor, pene el amante,
Pene, y en llanto funeral inunde
Del bien perdido las cenizas frías.
Mas cuando al tierno amor asaltan fieros
El puñal del desprecio, la ponzoña
De la doblez, los hielos del olvido,
¡Triste mil veces, triste el miserable
Que á tales plagas condenado gime!
¿Quién fué el tigre cruel, quién fué el ingrato
Que un sentimiento tan hermoso y puro,
Al hombre dado en el amor del cielo,
Con ellas corrompió? Del negro abismo
Se desataron á infestar la tierra,
Á marchitar de la beldad las rosas,
Á desmayar la juventud. Entonces,
Cuantas las flores de esperanza fueron,
Tantos cuchillos de dolor se clavan.
Ama y ¡quién lo creyera! su tormento
Mas grande es el amar; la llama ardiente,
Á pesar de su afán, crece en su seno;
Y devora y abrasa, y sus entrañas
Con insano furor vuelve en pavesas.
¡Oh lastimoso y miserable estado,
Do de contínuo el corazón se lleva
De la rabia al dolor! Nunca la aurora
Le hallará al despertar embebecido
Ya en la memoria del placer pasado,
Ya en la esperanza del placer que viene.
Duerme agitado, empero, y despertando,

Siente la hiel que le atosiga, y llora
De viva afrenta y de vergüenza. En vano
Mueve la planta á huir; ¿podrá el mezquino
De sí mismo escapar? Honda en el seno
La enarbolada flecha trae consigo,
Y mientras huye más, más se la clava;
Que si el olvido al parecer despliega
Su suspirado velo, y un momento
Cesa el afán, ¡ay si los ojos miran
La tirano beldad que antes ansiaron!
Hínchase el corazón, el pie vacila,
Y á andar se niega; por sus miembros todos
Que la vida abandona, un sudor frío
Vaga y triste temblor; turbios los ojos,
Y en ronco son zumbando los oídos,
Ni ve ni escucha; la profunda llaga
Á abrirse torna con furor, y en ella
Se dilata el raudal de la amargura.
¡Piedad del infeliz! ¿Su resistencia
Ha de ser por demás? Si de su pecho
Quiere arrancar tal vez la bella imagen
Que amor grabó con su buril de llama,
¿En vano esfuerzo la impotente mano
Desgarrará su corazón y entrañas,
Y quedará inviolable entre despojos
Allí reinando el ídolo sangriento?
Más valiera no amar; sí, más valiera,
Cual se huye el silbo de engañosa sierpe
Esquivar la beldad, y á sus halagos
Con bronce duro amurallar el pecho.

Amor, terrible amor, yo, que en tributo

Te dí el abril de mis floridos días,
Y tantas veces adorné tu pompa,
Detrás del carro triunfador traído;
Yo sé que á tu violencia y tus furores
Nada puede bastar; sé que mi pecho,
Bien como el hielo se deshace en agua
De Febo al rayo en el ardiente estío,
Tal se deshace al contemplar la risa
De una boca rosada, al ver los orbes
De un seno que palpita, al ver los ojos
Que halagüeños mirando centellean.
¿Cómo á tal prueba resistir podría
Tan flaco luchador? Mas si otro tiempo
Llega en que torne á obedecer tus leyes,
Leyes de vida y de esperanza sean,
No de engaño ó desdén. Contento entonces,
Rosas suaves me serán tus grillos,
Y adorno al cuello el ponderoso yugo.

Doy que, envidioso á mi ventura el cielo,
Me arranque entonces de mi bien, y airado
Doy que me esconda en el opuesto polo.
Yo lloraré, pero amaré mi llanto
Y amaré mi dolor. ¿Podrá la suerte
La memoria cegar? Siempre al oído
Me halagará sonando el blando acento
De la divina voz, cuando amorosa
Por la primera vez se dijo mía.
Mis labios luego el delicioso néctar
Renovarán que de su fresca boca
Mi amor libara en los primeros besos.
Lejos de ella estaré; pero anhelante

Preguntaré á los céfiros que vuelan,
Preguntaré á los ecos que responden;
Y acordes todos, me dirán: «Te adora».
Lejos de ella estaré; más lleno de ella
Saldré á los campos, y embebido y solo
En cada flor contemplaré su imagen;
Que también ella es flor. Las ondas puras
Del plácido arroyuelo en sus remansos
Me la darán; me la dará la noche
En su faz melancólica y sombría,
En su fulgor hermoso las estrellas,
En su ilusión dulcísima los sueños.

Tú así también de tu dichoso tiempo
Podrás, Fileno, renovar la gloria:
Busca la soledad, ella en sus brazos
Dió siempre al triste favorable asilo;
Y dulce y melancólica, en su seno,
Renovando memorias deleitosas,
Templará tu amargura. Huye la vista
De esos hombres de mármol, que crueles,
A los suspiros del dolor se cansan
O con mofa sacrílega le siguen;
Huye de ellos, en tanto que tu amigo
Alas le pide á la amistad, y vuela,
Y llega, y estrechándote á su pecho,
El raudal de tus lágrimas mitiga.







Combate de Trafalgar

No da con fácil mano
El destino á los héroes y naciones
Gloria y poder: la triunfadora Roma,
Aquella á cuyo imperio
Se rindió en silenciosa servidumbre
Obediente y postrado un hemisferio,
¡Cuántas veces gimió rota y vencida
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!
Vedla ante Aníbal sostenerse apenas:
Sangre itálica inunda las arenas
Del Tresin, Trebia y Trasimeno ondoso;
Y las madres romanas,
Como infausto cometa y espantoso,

Ven acercarse al vencedor de Cánas.
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hácia el solio
Que Dido fundó un tiempo, sacudía
La nube que amagaba al Capitolio?
Quién con funesto estrago
En los campos de Zama el cetro rompe
Con que leyes dió al mar la grán Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo
Donde el cuchillo agudo
La adversidad embota; ella convierte
En deleite el dolor, la ruina en gloria;
Ella fija el dudoso torbellino
De la fortuna, y manda la victoria:
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.
¡Oh España! ¡Oh patria! El luto que te cubre
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;
Pero espera también, y con sublime
Frente, de vil abatimiento ajena,
La alta Gádes contempla y sus murallas
Besadas por las olas,
Que asombradas aún y enrojecidas
Tiéndese allí por las sonantes playas,
Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el bretón en el soberbio alcázar
Que corona su indómito navío,
Y ufano con su gloria y poderío,
«Allí están, exclamó; volved los ojos,
Compañeros, allí: nuevos despojos
Ya vuestra invicta mano
Va á conseguir en los endebles pinos

Que España apresta á su defensa en vano.
Libre de esclavitud no sea ninguno:
Hijos somos nosotros de Neptuno,
¿Y ellos osan surcar el Océano?
Acordaos de Abukir: sólo un momento
Llegar, vencer y devorarlo sea!
Dadme este triunfo, y de laurel ceñido
Que el opulento Támesis me vea».

Dijo; y tiende la vela: ellos le siguen
Abriendo el mar con sus nadantes proras
Del viento y de las ondas vencedoras;
Mientras que firme el español los mira,
Y despreciando su arrogancia fiera,
El noble pecho palpitando en ira,
Con impávida frente los espera.
¡Ira justa! ¡Ardor santo! Esos crueles,
Bajo las alas de la paz seguros,
Son los que nuestra sangre derramaron
Por vil codicia, á la amistad perjuros;
Esos los que á perpétua tiranía
Condenaron el mar, los que hermanaron
Del poder la insolencia y la soberbia
Con la rapacidad y alevosía;
Esos... La noche con su negro manto
Envuelve el mundo: sombras espantosas
En torno de los mástiles vagando,
Estragos, muerte anuncian, y acrecientan
La pavorosa espectación; el día
Abre el campo al furor, y horrendo Marte
Con clamores de guerra hinche la esfera
Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce,
Con mortal estampido el eco truena,
Y por el mar llevándose bramando,
Hasta en las costas de África resuena.
Vuelan, movidas de rencor, las naves
Con naves á encontrar: menos violentas
Despide el polo austral sierras de hielo,
Que con su mole inmensa y resonante
Por las fáciles ondas se deslizan,
Y al audaz navegante atemorizan:
Ni con estruendo igual turban el cielo
Las negras tempestades,
Cuando por Bóreas y Euro embravecidas,
A su furiosa guerra y duro encuentro
Hacen del orbe estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular avanza,
Creyendo en su pujanza
Romper de nuestra escuadra el fuerte muro;
Tres veces rechazado
Por el hispano esfuerzo, ya dudosa
Ve la victoria que esperó seguro.
¿Quién su despecho pintará y su saña
Cuando aquel pabellón, antes tan fiero,
Miró invencible al pabellón de España?
No hay saber, no hay valor, sólo ya fía
Su fortuna al poder: dobla sus naves
Y las redobla, en desigual pelea,
De popa á proa, en uno y otro lado
Cada español navío
De mil rayos y mil es contrastado;
Y él, con igual aliento

Que recibe la muerte, así la envía.
No: si cien voces yo, si lenguas ciento
Me diese el cielo, á numerar bastara
Las ínclitas hazañas de aquel día:
El humo al sol se las robaba entonces;
Pero la fama las dirá en su trompa,
Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento en fin, tiende la muerte
Su mano horrible y pálida, y señala
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,
Castaños, Móyua, intrépidos perecen:
Vosotros dos también, honor eterno
De Bética y Guipúzcoa (1)... ¡Ah, si el destino
Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarle
La oliva no bastó que unió Minerva
Á los lauros de Marte en vuestra frente?
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?
De vuestras sabias huellas
Llenos están de América los mares,
Las Cícladas lo están; viuda la patria
De tantos héroes que enlutada llora,
Pide á su corazón lágrimas nuevas
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.
¡Ah! ¡Viviérais los dos! Y en vez de llanto,
Del dolorido canto
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,
Pudiera yo contraponer el pecho
Al golpe atroz y recibir la herida:

(1) Don Dionisio Alcalá Galiano y don Cosme Churruca

Diera á la patria así mi inútil vida.
¡Y viviérais los dos! Y ella orgullosa
Con vuestra luz y espíritu valiente,
Al arduo porvenir hiciera frente,
De rayos coronada y victoriosa.

No, empero, sin venganza y sin estrago,
Generoso escuadrón, allí caiste;
También brotando á ríos
La sangre inglesa inunda sus navíos;
También Albión pasmada
Los montes de cadáveres contempla,
Horrendo peso á su soberbia armada;
También Nelson allí... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.
¡Oh golpe! ¡Oh suerte! El Támesis aguarda
De las naves cautivas
El confuso tropel y ya en idea
Goza el aplauso y los sonoros vivas
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto
Solo le verá entrar pálido y yerto:
Ejemplo grande á la arrogancia humana,
Digno holocausto á la aflicción hispana.

Así el furor de Marte
Impele el brazo de la parca, y siega
Vidas sin fin: lanzado por la rabia
Cunde el fuego voraz, las tablas arden.
Un volcán encendido
Es cada buque, por los aires vagos

Se alza y retumba el hórrido estallido,
Y los sepulta el mar. ¿Hay más estragos?
Sí; que el cielo, ominoso á tal porfía,
Manda á los aquilones inclementes
Separar los feroces combatientes
Y en borrascosa noche hundir el día.
Lo manda; ellos crueles,
Azotando las ondas con sus alas,
Se arrojan á los míseros bajeles.
Al nuevo asalto, al sin igual combate
Fallece el árbol trémulo y se abate;
Hiéndese la armazón, el Oceáno
Por el roto entrepuente entra bramando;
Y moribundo el español exclama:
«¡Ah! pereciese yo, pero lidiando.»

En tan atroz conflicto
Allá en las nubes la gloriosa frente
Asomaban los fuertes campeones
Que armados del tridente y del acero
Al pabellón ibero
Hicieron humillarse las naciones.
Lauria y Tovar se vían,
Avilés y Bazán, que, saludando
A los héroes de Hespería que morían,
Venid entre nosotros, les decían;
Venid entre los bravos que imitasteis.
Ya el premio hermoso del valor ganasteis;
Ya á vuestro ejemplo de constancia armada
España, concitando sus guerreros,
Magnánima se apresta á nuevas lides:
Volved la vista á la ciudad de Alcídes:

Gravina, Escaño, y Álava, y Cisneros,
Y otros ciento allí están, firme columna,
Dulce esperanza á nuestro patrio suelo:
Venid, volad al cielo,
Y sed astros de esfuerzo y de fortuna.»

(1805).

PARA EL ÁLBUM

DE

DOÑA AURORA DE FERRER

Al anunciar el alba el nuevo día,
Toman su propia forma y sus colores
El campo, el mar, los árboles, las flores,
Que la noche en sus sombras confundía.
Así da vida al mundo y alegría
Del rubio sol la blanca precursora;
Y así variando la apacible tinta
Da lustre y nuevo ser á lo que pinta
Con su diestro pincel la amable Aurora.

1.° de Noviembre de 1846.





A Célida

Hoy fué, ¡mísero! hoy fué cuando, irritado
Amor del ocio en que yacer me vía,
Tornó á embestir mi corazón cuitado.
Era de Mayo el más hermoso día,
Cuando naturaleza ostenta ufana
Toda su gentileza y bizarría,
Cuando más vivo el sol reina en la esfera,
Cuando en ramos la selva, el campo en flores,
En perfumes el aire, donde quiera
Todo respira amor y manda amores.
Entonces fué cuando á los ojos míos
Se presentó mi dulce vencedora:
¡Oh, cuán hermosa! El mundo parecía
Que, cuidadoso de aumentar su gloria,
De toda aquella pompa se vestía
Por festejar su triunfo y su victoria.
La vi, temblé, me estremecí: vencido
Vi ya que iba á quedar de tanto halago;

Pero no pude huir: su blando acento
Hasta el seno más hondo y escondido
Llegó del pecho, y completó el estrago.
Sacude al punto amor la abrasadora
Antorcha que arma su terrible mano:
«Arde,» me dijo; y la escondió encendida
Toda en mi corazón: «arde, esta llama
Que ora en tí prende, irresistible, inmensa,
Sea de hoy más el tormento de tu vida,
Y también tu delicia y recompensa.«

Ya un giro ha dado con su carro de oro
Desde entonces el sol al alto cielo,
Y no cesa un momento el vivo anhelo
Que me arrebata tras la luz que adoro.
Crecen corriendo hacia la mar los ríos,
Crece amando mi amor, Célida hermosa,
¿Cómo es posible que inmortal no sea
Este puro, este noble sentimiento
Que todas mis potencias señorea
Y es de mi ser el único alimento?
Tú le inspiraste, sí: mi alma abatida,
Cubierta de aflicción, sintió volverse
Por ti del bien á la ilusión perdida;
Tú le inspiraste. ¡Oh Dios! ¿Qué no alcanzaba
En mi agitado pecho y mis destinos
Tu poder celestial? Cuando halagüeña
Tus miradas tal vez á mí volvías,
Irís eras de paz que deshacías
El tormentoso horror de mis dolores,
Y yo sin defenderme, cada día
Iba en tus ojos á beber amores,

Y en tu risa y hablar me embebecía.

Encantos ¡ay! por siempre vencedores,
¿Qué importa que el destino á mis sentidos
Inhumano os esconda, si presentes
Siempre estais á mi ardiente fantasía?
Aquí os tengo, aquí os admiro, aquí os adoro;
Aun me embelesa el sin igual decoro
Que siempre reina en su nevada frente;
Aun contemplo la púrpura del alba
Vertida en su mejilla trasparente;
Y respirando sin cesar, me creo
Aquella pura y encendida rosa,
Aquel precioso aroma de las flores
En la boca gentil, nido de amores,
Donde la amable discreción reposa.
Sólo ya un Dios la centellante lumbre
Del sol desprender pudo, y en despojos
Darla por siempre á los celestes ojos,
Ojos que cuanto ven ceniza harían
Sin su inefable y grata mansedumbre.
¡Dichoso aquel que sin cesar los vea!
¡Y más feliz quien de sus dulces rayos
Buscado, ansiado y regalado sea!
¿Dónde está, dilo, amor, el que presume
Gloria tan alta? ¡Ah Célida! Quien sepa
En esa faz tan nítida y tan bella
Buscar, hallar la imperceptible huella
Del triste afán que dentro te consume
El que presente te respete, y llore
Por volver á tus pies cuando esté ausente,
Si siente al fin como mi pecho siente,

Ese te ame feliz, ese te adore.

Vientos, en vuestras alas vagorosas
Llevadle ardiendo los suspiros míos:
Id, veloces venid, y en cambio al menos
Un recuerdo traed. Si ella me oyera
Pidiéndola á los campos, á las selvas,
Y á los mares también; dando á los aires
Su dulce nombre, que repite el eco
Con el acento triste y lamentable
Con que le oye de mí; si ella me viera,
Fijos los pies en la sonante playa,
Tender la vista á descubrir de lejos
De sus divinas luces los reflejos,
Yo sé que, á tierna compasión movida,
Venir dejara hacia su triste amante
Un rayo al menos de esperanza y vida.

Paréceme á las veces que, sensible,
Compasiva á mi afán, este retiro
Viene á honrar con su vista, á hollar el prado,
Á respirar el aire que respiro.
¡Dichoso entoncess yo! Voy á su lado
Al bosque, al campo, á la apacible orilla
Del amansado mar; y si descansa,
También con ella á descansar me siento.
Del sol un árbol mismo nos defiende
Con su umbroso dosel, y de su acento
El sabroso raudal mi alma suspende.
No la hablo yo de amor, que amor la ofende;
Pero á par de ella estoy, y absorto y mudo
Contemplo á mi placer de su hermosura

La delicada flor; flor que no pudo
Ni aun ajar del dolor la mano dura;
Y enternecido, «¡Ah Célida! prorrumpo,
Tú sufres: un destino inexorable
El bien que indignamente á otros prodiga
Á tí te niega, y lleno de amargura,
El cáliz del dolor tu labio apura.
Yo así le apuro, idolatrada amiga,
Yo así le apuro: la inclemente mano
Del destino también á mí me oprime,
Y de un pesar recóndito y tirano
También mi pecho destrozado gime.
¿Temes acaso? ¿Por ventura ignoras
Que el cielo dió por bálsamo á las penas
Contarlas y llorar?... Célida hermosa,
No es más puro el albor de la mañana
Que lo es mi ardor, ni amó con más ternura
El dulce hermano á su querida hermana,
El nuevo esposo á su inocente esposa.»
Digo así, y entre tanto á la frondosa
Selva baja la noche, el sol apaga
Sus rayos en el mar, tú te levantas,
Y tierna y melancólica á andar vuelves;
Yo tierno y melancólico te sigo,
Embebido, extasiado en la ventura
De andar, de hablar, de respirar contigo.
Los céfiros entonces nos halagan
Con su grato frescor, y de las ondas
Sacan la frente las neréidas bellas,
Y nos saludan... ¡Ay! así otras veces
Nos vieron juntos ir, nos saludaban
Así las ninfas del undoso río

En cuya alegre y plácida ribera
Vi tu belleza por la vez primera
Y rendí á tus encantos mi albedrío.

Hierve en tanto á mi vista el mar, y el viento
Su seno agita y amenaza airado;
Hierve también con él mi pensamiento,
Y en raudo torbellino arrebatado,
Vuelvo á ser de mis bárbaros pesares
A la antigua tormenta sacudido.
Angel consolador, ¿dónde te has ido?
¿Qué has hecho de aquel bálsamo suave
Que, sobre el triste corazón vertido,
Su acerba llaga mitigar solía?
Contrario el cielo á la ventura mía,
Me le robó, dejándome inclemente,
Con esta amarga soledad presente,
Recuerdos triste de mi bien perdido.
Angel consolador, ¿dónde te has ido?



Para el Album de M. D.



De cuantos en este libro
Ya con versos elegantes
Ó ya con prosa ligera,
Te tributen su homenaje,

Unos serán tus amigos,
Otros quizá tus amantes,
Y todos en tu alabanza
Procurarán esmerarse.
Quién dirá que á Apeles vences
En dar la vida á un semblante,
Cuando juega entre tus dedos
Tan maravilloso el lápiz;
Quién, si tu sutil aguja
Oro y matices reparte
Sobre los lienzos que animas
Con tu labor admirable,
Dirá que asistir pudieras
Al fabuloso combate
En que igualar á Minerva
Le costó tan caro á Aracne;
Quién, cuando á tus formas bellas
Das movimiento en el baile,
Y en mil gratos laberintos
Llevas tus plantas fugaces,
Te dirá que en cada vuelta
Tu gentileza y donaire,
Como embelesan los ojos,
Arrastran las voluntades.
¿Qué no dirán? Mas yo dudo
Que, por mucho que se afanen,
Donde llegan tus primores
Sus alabanzas alcancen.
No te diré que á las mías
Fuera la empresa más fácil;
Pero tendrán de sinceras,
La que de halago les falte

El que fué tan caro amigo
De tu generoso padre,
Y gozó en su dulce trato
Tantas horas agradables;
El que te vió tantas veces,
Niña, en brazos de tu madre
Con tus pueriles caricias
Pagar sus besos suaves,
Ese, al preguntar si alguno
Con más versos que él te aplaude,
Razón será que le crean,
Cuando responda que nadie.





EL MAR

Calma un momento tus soberbias ondas,
Océano inmortal, y no á mi acento
Con eco turbulento
Desde tu seno líquido respondas.
Cálmate, y sufre que la vista mía
Por tu inquieta llanura
Se tienda á su placer. Sonó en mi mente
Tu inmenso poderío,
Y á las playas remotas de occidente
Corrí desde el humilde Manzanares
Por contemplar tu gloria,
Y adorarte también, Dios de los mares.

Que ardió mi fantasía
En ansia de admirar, y desdeñando
El cerco oscuro y vil que la ceñía,
Tal vez allá volaba
Do la eterna pirámide se eleva
Y su alta cima hasta el Olimpo lleva.

Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veía
Bullir dentro el gran horno,
Y por la nieve que le ciñe en torno
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno;
Mas nada, ¡oh sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.

Heme en fin junto á tí: tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea
Do entre temor y admiración te miro.
Inquieto centellea
En tu cristal el sol, que al occidente,
De majestad vestido, huye y se esconde,
¿Dónde es tu fin? ¿En dónde
Mis ojos le hallarán? Con pie ligero
Tú te tiendes y corres, y llevado
Cual en las alas de aquilón sonante,
Mi espíritu anhelante
Te sigue al Ecuador, te halla en el polo,
Y endeble desfallece
A tanta inmensidad. ¿Te hizo el destino
Para ceñir y asegurar la tierra,
Ó en brazo aterrador á hacerle guerra?

¡Ay! que ese resonante movimiento
Me abate el corazón. Yo ví las mieses
Agitadas del viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,

Y en seco son de su furor quejarse.
Vi el vértigo del polvo, y vi en las selvas,
Contrastados también los altos pinos,
Sacudirse y bramar; más no este ciego,
Este hervir vividor, estas oleadas
Que llegan, huyen, vuelven,
Sin cansarse jamás: tiembla la arena
Al golpe azotador, y tú rugiendo
Revuélveste y sacudes
Una vez y otra vez: al ronco estruendo
Los ecos ensordecen,
Los escollos más altos se estremecen.

Cesa ¡oh mar! Cesa ¡oh mar! Ten compasivo,
Piedad del flaco asiento
Que me sostiene exánime y pasmado.
¿No me oyes, no? ¿Y violento
Te ensoberbeces más? ¿Ya desatado
El horrendo huracán, silba contigo.
¿Qué muralla, qué abrigo
Bastarán contra tí? Negras las olas
Á manera de sierras se levantan,
Y en hondos tumbos y rabiosa espuma
Su furia ostentan y mi pecho espantan.
¿Llegó tal vez el día
En que, tras tanta guerra,
El paso vencedor des en la tierra,
Y bramando allá dentro, envuelvas ciego
Playas, imperios y hombres infelices,
Y al hondo abismo los sepultes luego.

Como cuando en tu vértigo espantoso

La Atlántica se hundió? Con fuerte mano
Las zonas todas de la tierra asidas,
Burlar pensaban tu furor, y en vano;
Que al golpe redoblado, impetuoso,
El eje poderoso
Se sintió vacilante, y estallando
Perdió su alto nivel: luchando entonces
Las ondas con las ondas se encontraron,
Y horrísonas cayeron,
Y el orbe estremecido desgarraron.
¿Dó la región vastísima que un día
Desde Atlas á la América corría?
Destrozada, anegada, hoy solo dura
En la fragosa altura
Que de tanto furor salvó la frente;
Dura ya solo en la memoria oscura,
Que lleva, ¡oh insano mar! de gente en gente
Los ecos voladores
De tu antigua violencia y tus horrores.

¡Y tanta fué del hombre la osadía,
Que los quiso arrostrar! Sube á los montes,
Y la tenaz porfía
De su mordaz segur humilla al suelo
Al cedro que resiste á las edades,
Al pino que se esconde allá en el cielo.
Gimieron ambos cuando, al mar lanzados,
En nadantes alcázares miraron
Trocar su antiguo ser y su destino,
Y al aire dando el vagoroso lino,
Los leves campos de cristal surcaron.
Adios, amada playa; adios, hogares:

El hombre audaz en la orgullosa popa
Os mira, os huye, y por los anchos mares
Al volver de las ondas se confía.
En vano el rumbo le negaban ellas;
Él le arrancó en el cielo
Al polo refulgente y las estrellas.

¿Qué pudo desde entonces
Negarse á su anhelar? Fiero y sañoso
El alto tormentorio amenazaba;
Con un mar de terror y proceloso
Las puertas del oriente defendía;
Mas vuela, rompe, y le sorprende Gama,
Y los hijos de Luso al punto hollaron
El golfo indiano y la mansión de Brama.
Colón, arrebatado
De un numen celestial, busca atrevido
El nuevo mundo revelado á él solo;
Y tres veces el polo
Ve al impávido Cook romper los hielos
Que á fuer de montes su rigor despide,
Descubriendo el secreto vergonzoso
Del yermo inmenso á que sin fin preside.
¡Gloria eterna á sus nombres! ¡Dadme rosas,
Dadme lauro inmortal que adorne y ciña
Sus frentes generosas!
Mirad la tierra á su divino esfuerzo
Enriquecerse toda, y mil tesoros
De su fecundo seno
Benéfica brotar; mirad la aurora
Unida al occidente,
Y al septentrion el Sur. Á este portento

Furioso el Oceáno,
Es fama que gritó: «¡Con que es en vano
Haber yo roto el orbe, y que, tendiendo
El valladar profundo
De mis terribles ondas,
Un mundo haya negado al otro mundo!»

¿Cómo después tan abundosa fuente
De amistad y de unión tornarse pudo
De estragos y violencias
Perenne manantial? Se alzó insolente
La vil codicia, y navegar con ella
Se vió el odio fatal en los navíos.
¿No era bastante, impíos,
Los vientos escuchar que en torno braman,
Los escollos temblar, mirar el cielo
Cubrirse todo de espantosas nubes
Y arderse en rayos, á los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo,
Y una tabla sutil ser vuestro escudo;
Sin que á tan tristes plagas
Añadieseis también la plaga horrenda
De la guerra cruel? Ardiendo en ira
Ella cruza, ella agita, y atronado
El ponto, en sangre enrojecer se mira.

Guerra: ¡bárbaro nombre! á mis oidos
Mas triste y espantoso
Que este mar borrascoso,
Tan terrible y atroz en sus rugidos.
¡Que no fuese yo un dios! ¡Oh cómo entonces
El horror que te tengo el universo

Te jurara también! Ondas feroces,
Sed justas una vez: ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impía
De Marte asolador brame en su seno,
Vosotras algun día
Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos
Que, preñadas de escándalo y rencores,
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastar se vean,
Y en ciego torbellino
Todas á un tiempo devoradas sean.
Tal vez así de la discordia el fuego
No osará profanar el Oceáno,
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

(1798.)

PARA EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

D.ª MARÍA ENCARNACIÓN FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA (1)

HIJA DE LOS MARQUESES DE MALPICA,

Á RUEGO DE SU TÍA LA MARQUESA DE CERRALBO

TARDE este libro á tus manos
Se vuelve, niña gentil,
Con el tributo de versos
Que me piden para tí.
Bien quisiera yo que fueran

(1) Marquesa de Santa Cruz.

Dignos de tu verde Abril,
Tan frescos como la rosa,
Tan puros como el jazmín;
Y que volando atrevido
Á modo de aura sutil,
Las alas de los amores
Te pareciera sentir.
Á haber gozado un momento
De tu amable trato, al fin,
Fueran más bellos, sin duda,
Como inspirados por tí.
Una vez sola al pasar
Cual relámpago te ví,
Y no es más dulce la aurora
Cuando comienza á reir.
Y al ver la gracia y la gala
Con que brillabas allí,
Entre las danzas festivas
De las bellas de Madrid,
¡Bien dichoso es quien la adora!
Sin poder más, prorrumpí,
¡Y el que la deba un suspiro
Mil y mil veces feliz!
Ni pienses tú que desdice
Este acento juvenil
De los años que severos
Ya se agolpan sobre mí,
Pues aunque no deba amar,
¿Por qué no podré aplaudir
En el tributo de versos
Que me piden para tí?

10 de Junio de 1835.



Fragmentos de una traduccion del Pastor Fido

I

DISCURSO DE LINCO Á SILVIO

Dime: si en esta tan alegre y bella
Estación, que renueva el mundo todo,
Vieses, en vez de florecientes valles,
De verdes prados y vestidas selvas,
Estarse el fresno y el abeto y pino
Sin su usada frondosa cabellera,
Sin verdura los prados,
Sin flores los collados,
¿No dijeras tú, Silvio: «El mundo ahora
Se marchita y desmaya»?

Pues la sorpresa y el horror que entonces
De tan extraña novedad tuvieras
De tí mismo la ten: diónos el cielo
Vida y costumbres á la edad conformes;
Y así como el amor nunca conviene
A pensamientos canos,
Así la juventud de amor contraria
Contrasta al cielo, y á natura ofende.
Mira en torno de tí: ¿ves la hermosura
Que adorna, Silvio, el universo ahora?
Ella es obra de amor: ama la tierra,
Ama también el mar, aman los cielos:
Aquella que allí ves luciente estrella,
Del alba precursora,
Bella madre de amor, de amores muere,
Y enamorada luce y enamora:
Mírala envuelta en esplendor y en risa;
Quizás en este punto el dulce seno
Deja del caro amante y sus delicias.
En bosques y florestas
Aman las fieras, y en las ondas aman
Las orcas graves y el delfín ligero.
El pajarillo aquel que dulcemente
Canta y lascivo vuela
Ya del haya al abeto,
Ya del abeto al mirto,
Si espíritu tuviese y voz humana,
«Yo me abraso de amor,» exclamaría.
Mas bien lo siente y en su voz lo dice,
Que su amada le entiende; y le responde
«A mí el fuego de amor también me inflama.»
Brama el toro en el campo, y cuando brama,

Al blando juego del amor convida;
El león en el bosque
Ruge, y aquel rugido
Es solo de su amor dulce gemido.
Todo, en fin, ama, ¡oh Silvio! ¡Y Silvio solo
En cielo, en mar y en tierra
Será alma sin amor ni sentimiento!
¡Oh! deja ya las selvas,
Simple zagal...

II

AMINTA Y LUCRINA

Te contaré la dolorosa historia
De nuestros males, que arrancar pudiera
Llanto y piedad á las encinas duras,
No sólo á humanos pechos. En el tiempo
Que el sacerdocio santo era obtenido
Por jóvenes también, hubo un mancebo,
Noble pastor, y sacerdote entonces,
Llamado Aminta; el cual amó á Lucrina,
Ninfa gentil á maravilla y bella,
Pero soberbia á maravilla y falsa.
Mostróse ella gran tiempo agradecida,
Ó lo fingió con vanas apariencias,
Al puro afecto del amante joven,
Y sustentóle de esperanzas falsas,
Mientras que el infeliz rival no tuvo.
Mas no bien fué de rústico mozuelo
Mirada la insconstante, cuando al punto,
Sin defenderse á su primer suspiro,
Al nuevo amor abandonóse toda

Antes que el mal se sospechase Aminta.
¡Mísero Aminta! que esquivado luego
Fué y despreciado tanto, que ni verle
Ni escucharle jamás quiso la impía...
Pues como al fin, tras el amor perdido,
Quejas también y lágrimas perdiese,
Vuelto, rogando, á la gran diosa: «¡oh Cintia!
Dijo, si ya con inocentes manos
Y puro corazón el sacro fuego
En tu altar encendí venga la llama
Que la pérfida ninfa en mí ha vendido».
Oyó Diana el llanto y las plegarias
Del fiel amante, su ministro amado,
Pues respirando en la piedad la ira,
Acrecentó la cólera, y cogiendo
El arco omnipotente, lanzó al seno
De la mísera Arcadia inevitables
Y ocultos dardos de espantosa muerte.
Sin piedad, sin socorro perecían
Gentes de toda edad y de ambos sexos:
Era tarda la fuga, el arte inútil,
Vano el remedio; y antes que el doliente,
El médico infeliz morir solía.
Una sola esperanza en tantos males
Quedó, y fué el implorar su auxilio al cielo:
Consultado el oráculo, respuesta
Dió, clara sí, pero funesta y triste;
Que Cintia estaba airada, y aplacarse
Sólo pudiera si la infiel Lucrina,
Ú otro de nuestra gente en lugar suyo,
En holocausto presentado fuese
Por las manos de Aminta á la gran diosa.

Ella en vano lloró, y esperó en vano
De su nuevo amador ser socorrida;
Que al fin, llevada con solemne pompa,
Fué miserable víctima á las aras;
Donde á los pies de su ofendido amante,
Á aquellos pies de quien seguida en vano
Ya tanto fué, las trémulas rodillas
Dobló, esperando su infelice muerte
Del mancebo cruel. Aminta entonces
Intrépido desnuda el sacro acero,
Y en su rostro inflamado parecía
Que el furor y venganza respiraban.
Á ella vuelto después, dijo, lanzando
Un gran suspiro anunciador de muerte:
Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,
Cuál amante seguiste, y cuál dejaste,
Contempla en este golpe». Esto diciendo
Clavó el cuchillo por su mismo seno,
Y cayó sin aliento en brazos de ella,
Víctima y sacerdote á un tiempo mismo.
A tan fiero espectáculo pasmóse
La mísera doncella; pero al punto
Que recobró la voz y los sentidos
Dijo llorando: «¡Oh fiel, oh fuerte Aminta!
¡Oh amante que tan tarde he conocido,
Y me has dado muriendo vida y muerte!
Si fué culpa el dejarte, ora la enmiendo
Eternamente uniéndome contigo».
Y esto diciendo, desclavó el cuchillo,
Teñido aún con la caliente sangre
Del tarde amado enamorado pecho;
Y atravesando el suyo, moribunda

Sobre Aminta cayó, que aún no bien muerto
De aquel golpe fatal suspiraría.
Tal fué de ambos el fin...

III

CORISCA

¿Quién ha visto jamás, ni quién ha oído
Mas extraña pasión, más importuna,
Ni más loca también? ¿Quién en un pecho
El odio á un tiempo y el amor unirse
Con temple tan sutil, que uno por otro
Se dilata y estrecha y nace y muere?
Si desde el pie gallardo hasta el semblante
Miro yo la belleza de Mirtilo;
Si sus modales y su hablar contemplo;
Y su hermoso ademán y sus miradas,
Me asalta amor con tan violento fuego,
Que toda yo me abraso, y me parece
Que vence esta pasión todas las otras.
Mas si después contemplo el obstinado
Amor que tiene á mi mujer, y pienso
Que de mí no se cura, y que por ella
Desprecia mi beldad idolatrada
De mil almas y mil, tanto le esquivo,
Y le aborrezco tanto, que imposible
Se me hace haberle alguna vez amado,
Y que ardiese por él el pecho mío.
Me digo así tal vez: «¡Oh, si pudiese
Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,
Tal que yo sola le tuviese, y nadie
Le poseyese nunca! ¡Oh, más que todas

Feliz Corisca! Y en aquel momento
Un ímpetu en mi seno se despierta,
Y hacia él tan dulcemente me arrebata,
Que á sus huellas seguir, y á suplicarle,
Y á descubrir el corazón camino.
¿Qué más? Así me punza este deseo,
Que si pudiera ser, le adoraría.
Por otra parte me revuelvo y digo:
«¡Un soberbio, un esquivo, un desdeñoso,
Uno que á amar otra mujer se atreve,
Un hombre que me mira y no me adora,
Y así de mi semblante se defiende,
Que no muere de amor! ¡Yo que debía,
Como á tantos he visto, verle ahora
Abatido y lloroso á los pies míos,
Abatida y llorosa á los pies suyos
Podré verme caer!» Y en esta idea
Ira tal, y tal cólera concibo
Contra él, y contra mí, por haber vuelto
A mirarle la vista, el pecho á amarle,
Que odio más que la muerte el amor mío
Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera
Ver el más infeliz, más afligido
Pastor que hubiese; y si le viera entonces,
Con mis manos allí le mataría.
Así el odio y amor, ira y deseo
Se combaten á un tiempo; y yo, que he sido
La llama de mil almas hasta ahora,
Y el tormento de mil, ardo y suspiro,
Y pruebo en mi dolor el mal ajeno.
Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo,
De amantes gentilísimos servida,

Fuí siempre insuperable, y burlé siempre
Todas sus esperanzas y deseos,
Ya de un rústico amor, de un vil amante,
De un zagalejo humilde soy vencida.
¡Oh Corisca infeliz! en este punto,
Si desprovista de amador te vieras,
Di, ¿qué fuera de tí? Dime, ¿qué harías
Para calmar tu enamorada rabia?
Aprendan á mi costa hoy las mujeres
A conservar y á acumular amantes.
Si ni otro bien ni pasatiempo alguno
Que el amor de Mirtilo yo tuviese,
¡Cierto que rica de galán me viera!
Mil veces simple la mujer que á un solo
Amante llega á reducirse: ¡oh! nunca,
Nunca tan necia se verá á Corisca.
¿Que es constancia? ¿Qué es fe? Fábulas vanas,
Nombres imaginados por celosos
Para engañar las simples doncelluelas.
La fe en el pecho de mujer, si acaso
Fe en hembra alguna aposentarse puede,
No es bondad, no es virtud; es una dura
Necesidad de amor, ley miserable
De menguada beldad que ama á uno solo,
Porque amada de muchos ser no puede.
Mujer bella y gentil, solicitada
De muchedumbre de amadores dignos,
Si á uno se acerca y los demás despide,
O no es mujer, ó si es mujer, es necia.
¿Qué vale la beldad cuando no es vista;
Y si vista, no amada; y si es amada,
Amada de uno solo? Que en el mundo

Cuanto más dignos y frecuentes sean
De una mujer los amadores, tanto
La fama crece y alabanza de ella,
Y su explendor y gloria se aseguran
En tener muchos. Las discretas damas
Así vivir en las ciudades suelen;
Y las que son más bellas y más grandes
Con mayor libertad; siempre es entre ellas
Despedir un amante gran locura;
Hacen muchos así lo que uno solo
Quizá no hará: quién para dar es bueno,
Quién á servir, quién á otra cosa es útil;
Y sucede tal vez que sin saberlo
Lanza el uno los celos que dió el otro,
Ó los despierta en el que no los tuvo.
De esta manera en las ciudades viven
Las mujeres ilustres, donde un día
Yo aprendí el arte del amor, guiada
De mi espíritu mismo, y del ejemplo
De una dama gentil que me decía:
«Es preciso tratar á los amantes
Cual si fuesen vestidos: tener muchos;
Uno ponerse, y remudarlos todos;
Que el largo conversar causa fastidio,
Y el fastidio desprecio y odio al cabo.
Es grande error, Corisca, que una dama
Llegue su amante á fastidiar; tú cura
De que aquel que soltares salga siempre
Quejoso, y no cansado. Y así siempre
He procedido yo; gusto tenerlos
En grande copia; entretener los unos
Con los ojos, los otros con las manos,

Pasar al pecho el que mejor me agrada,
Y al interior del corazón ninguno.
¡Mas ay! que de esta vez yo no se cómo
Ha venido Mirtilo, y me atormenta
Tanto, ¡infeliz! que á suspirar me obliga,
Y á suspirar de veras, y negando
A mis cansados miembros el sosiego,
También yo aprendo á desear la aurora,
Tiempo oportuno á los amantes tristes.
Cual ellos, ¡ay! por esta selva umbrosa
Ando buscando la adorada huella
De mi enemigo. ¿Qué te harás, Corisca?
¿Le rogarás? El odio no lo quiere,
Aunque lo quiera yo. ¿Le huirás? Ni aquesto
Lo consiente el amor, aunque debiera
Tal vez hacerlo así. Pues ¿qué resuelves?
Las súplicas primero y los halagos
Abrirán el camino, y descubierto
Le ha de ser el amor, mas no la amante;
Si esto no basta, acudiré al engaño;
Y si ni éste tampoco, memorable
Venganza hará la cólera...

IV

EL SÁTIRO

Cual hielo á plantas, sequedad á flores,
A ciervos red, á pajarillos liga,
Granizo á espigas, y gusano á trigo;
Así contrario amor fué siempre al hombre;
Y quien fuego le dijo, conocía

Su natural tan pérfido y malvado,
Pues si el fuego se mira, ¡oh cómo es bello!
Y si se toca, ¡oh qué cruel! El mundo
Más espantoso monstruo no conoce;
Como fiera devora, y como acero
Punza y traspasa, y como viento vuela;
Y donde afirma la imperiosa planta
Toda fuerza y poder cede á su fuerza.
No de otro modo amor, que si le miras
Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,
¡Oh cuál gusta y deleita¡ ¡Oh cuál parece
Que solo paz respira y alegría!
Mas si te acercas mucho y si le pruebas,
Si comienza á bullir, y luego crece,
No tiene tigre Hircania, ni la Libia
León tan fiero, ó pestilente sierpe,
Que en fiereza le venza ó se le iguale;
Crudo más que la muerte y que el infierno,
Contrario á la piedad, ministro de ira,
Y finalmente, amor de amor desnudo,
¿Mas para qué hablo de él? ¿Por qué le culpo?
¿Es él la causa de que el mundo ahora,
Amando no, mas delirando peca?
¡Oh femenil perfidia! A tí se impute
De la infamia de amor toda la culpa.
De tí sola. y no de él, viene y se engendra
Cuanto de duro y de malvado tiene;
Pues él, de suyo blando y apacible,
Al punto pierda su bondad contigo.
Tú no le dejas penetrar al pecho,
Y de pasar al corazón las vías
Le cierras todas; por defuera solo

Le adulas y le halagas, y es tan solo
Tu cuidado, tu pompa y tu deleite,
De un afeitado rostro la corteza.
No son tus obras ya, ni ya te empleas
En pagar con tu fe la fe de amante,
En luchar, en amar con quien te ama
Hacer de dos un corazón tan solo,
Y en una voluntad unir dos almas.
Pero te ocupas en teñir con oro
Un cabello insensato, ornar la frente
Con una parte de él envuelta en nudos,
Y lo demás, en red entretejido,
Prender el corazón de mil incautos.
¡Oh, cuán indigno á un tiempo y fastidioso
Es el verte tal vez con los pinceles
Pintarte las mejillas, y las faltas
De natura y del tiempo andar borrando!
¡Hacer se torne en púrpura brillante
La triste amarillez, blanco lo negro,
Las arrugas lisura, y un defecto
Quitar con otro, y aumentarle acaso!
Y esto es nada, aunque tanto: son iguales
Á las obras costumbres y caricias.
¿Qué cosa tienes tú que no sea falsa?
Si abres la boca mientes; si suspiras,
Mentido es este suspirar; si mueves
Hacia alguno los ojos, la mirada
Es mentida también: todos tus actos,
Todo ademán, y lo que en tí se mira,
Y lo que no se mira, hables ó pienses,
Andes ó llores tú, cantes ó rías,
Todo es mentira, y aún aquesto es poco

Vender más bien á quien mejor se fía,
Al más digno de amor amarle menos,
Y aborrecer la fe más que la muerte,
Tales las artes son que hacen tan crudo
Y tan perverso á amor. Tuya es la culpa
¡Oh pérfida mujer! de sus delitos,
Ó lo es más bien de quien de tí se fía.
En mí la culpa está, que te he creído,
Corisca perfidísima y malvada,
Aquí tan sólo por mi mal venida
De las regiones lujuriosas de Argos,
Donde la liviandad tiene su imperio.
Mas tú finges tan bien, y eres tan diestra
En mentir tus costumbres y palabras,
Que con las más honestas ora unida
La fama del pudor anda contigo.
¡Oh, cuánto afán he sostenido! ¡Oh, cuántas
Ignominias por ella! ¡Oh, cómo ahora
Me arrepiento de todo y me avergüenzo!
Aprende, incauto amante, de mi pena
Á no adorar cual ídolo un semblante;
Que la mujer idolatrada es cierto
Un numen infernal: de su belleza
Se lo presume todo, á fuer de diosa;
Sobre tí, que te humillas, elevada,
Como cosa mortal te tiene en menos;
Que ser por su valor ella se cree
Lo que la finges tú por tu vileza.
¿Para qué tanta esclavitud y tantos
Ruegos, suspiros, llantos? Estas armas
Úsenlas, sí, los niños y mujeres,
Mas nuestros pechos aun amando sean

Fuertes y varoniles. Hubo un tiempo
En que pensaba yo que suspirando,
Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra
La llama del amor se despertase.
Ora lo advierto, erré; que si ella tiene
El corazón de pedernal, es vano
El intentar con lágrimas suaves
Ó con el blando aliento de un suspiro
Hacerle echar centellas, si el acero
De un rígido eslabón no le combate.
Por tanto, deja el suspirar y el llanto,
Si el logro quieres de tu amor; y si ardes
Con fuego inextinguible, allá en el seno
De ese tu corazón más escondido
Tu afecto oculta, y ejecuta á tiempo
Lo que natura y el amor enseñan
Pues la virtud de la modestia sólo
En el semblante la mujer la ostenta,
Y es grande el error el que al tratar con ella
La tengas tú jamás, pues aunque tanto
La usa con los demás, consigo usada
La tiene en odio, y en su rostro quiere
Que la mire el amante, y no la emplee.
Con esta ley tan natural, si amares,
Tendrás gusto en tu amor; no ya Corisca
Á mí me encontrará tierno y rendido,
Sino fiero enemigo, que con armas
De un hombre de valor, no femeniles,
En crudo asalto la herirá. Dos veces
Cogí ya esta malvada, y no sé cómo
Se me fué de las manos; mas si llega
Por la tercera vez al mismo paso,

Ya yo la pienso asegurar de modo
Que escapar no podrá. Por estas selvas
Suele á veces vagar, y yo venteando
Como sagaz sabueso, ando tras ella.
¡Oh, qué terrible estrago y qué venganza
Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea
Que llega alguna vez á abrir los ojos
El que fué ciego y que por mucho tiempo
No ha de vanagloriarse en sus perfidias
Una mujer sin fe y engañadora.

PARA EL ÁLBUM

DE LA

Señora Marquesa viuda de Cerralbo

Ardua es la prueba, generosa amiga:
¡Versos yo en este libro, y los primeros!
Dormida estaba tu razón sin duda
Cuando diste cabida á tal deseo.
Bien quisiera tener para agradarte
Aquel vigor antiguo y aquel fuego
Que animaban mi pluma en otros días
Y algunos lauros á mi frente dieron:
Cuando del mar en la tendida playa
Canté la gloria y el poder inmenso,
Alternando los sones de mi lira

Con el son de las ondas y los vientos,
Ó cuando rayos sin cesar lanzaba
Contra el poder del Déspota europeo,
Dando en defensa de la patria mía
Ecos de libertad, entonces nuevos.
Aquel tiempo pasó; pedir ahora
La misma fuerza á mi cansado aliento,
Es en jardín pelado pedir flores,
Ó la pompa del mundo en un desierto.
Y áun si en este lugar me permitieses
Escribir todo el bien que de tí pienso,
Más fácil y agradable la tarea,
Más aplaudido fuera el desempeño.
Tú, empero, expresamente lo prohibes,
Acaso imaginando que el incienso
Rendido en tales libros á las damas
Tiene más de obligado que de ingenuo.
Cúmplase, pues, tu voluntad suprema;
Y exentos de lisonja, yo te ofrezco
Versos que en nada tu modestia ofenden,
Si es que son dignos de llamarse versos.
Y si alguno después cuando los lea
Quiere ceñudo comparar con ellos
Las galas que en las páginas siguientes
Prodigarán el arte y el ingenio,
Di que el yerro fué tuyo, y que escuchando
Sólo de tu amistad el noble afecto,
Diste un prólogo insulso á un bello libro,
Diste un pórtico pobre á un rico templo.

Madrid 20 de Febrero de 1848.





A D.n Gaspar de Jovellanos

CUANDO SE LE ENCARGÓ EL MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA

Pudo lucir el suspirado día
Que con sus votos la virtud llamaba,
Y la esperanza florecer que apenas
El sueño en sus halagos le pintaba?
Pudo: á este tiempo en repetido aplauso
Miro el viento batir, en dulces himnos
Los ecos resonar, y por do quiera,
De labio en labio sin cesar llevado,
El nombre de Jovino henchir la esfera.

Bien haya veces mil aquel momento
En que á las manos del saber se entregan

Las riendas del poder! En él cifrada
Su ventura ve el orbe; en tí, Jovino,
La suya ve tu patria. Ella anhelante,
Ya en el horror del precipicio puesta,
Auxilio implora y tu robusta mano;
Que sólo tú de sus profundos males
El abismo sondar, dar á sus llagas
El poderoso bálsamo, y en rayos
De luz clara y vivífica pudieras
Inundarla por fin. ¡Oh! presto sea,
Presto se cumpla la esperanza mía;
La nube ahuyenta del error, con ella
Huirán al punto las funestas plagas
Que nuestra dicha en su insolencia ahogaron
Y á tí sólo debida esta victoria,
Mi vista, ansiosa de tu honor, te vea
Brillar al fin con tan inmensa gloria.

Victoria más espléndida y más pura
Que las que en campos de pavor cubiertos
Consagra á Marte la fiereza humana;
No, empero, menos árdua: revestida
De mil formas y mil tiende su vuelo
Rastrera la ignorancia, y con sus alas
Cuanto toca consume; así en los campos
Que baña con sus ondas Guadiana
Crece el insecto volador, y muerta
Lamenta Céres su verdura ufana.
Ora insulta y desprecia: en su habla loca
Es ocioso el saber, frívolos sueños
Las obras del ingenio, al polvo iguales
Los altos pechos que Minerva inspira.

¡Bárbara presunción! Allá en el Nilo
Suele el tostado habitador dar voces,
Y al astro hermoso en que se inflama el día
Frenético insultar: la injuria vana
Huye á perderse en la anchurosa esfera,
Y Febo en tanto derramando lumbre
Sigue en silencio su inmortal carrera.
Ora feroz á la indolencia usada
Se niega, y de murallas espantosas
Cerca y ataja los senderos todos
Por do á la humana perfección se arriba.
De allí, alzando el cuchillo, armada en muerte
Cuantos su imperio detestable esquivan,
Tantos amaga. ¡Ay del cuitado que osa,
De generoso ardor el pecho henchido,
Sus nieblas disipar, buscar la lumbre,
Y á la cumbre trepar! Víctima entonces
De su ciego furor... Pero primero
Del cielo y de la tierra se vería
Suspenso el curso, y de las cosas todas
El lazo universal roto y deshecho,
Que la insolente estupidez su triunfo
Logre completo, y que sus impías manos
La sacra antorcha á la razón extingan.
¿Quién dió á la tempestad el loco orgullo
De sobrar á la luz? Tú, gran Jovino,
Insta, combate, vence: el monstruo horrible
Bramando espire; que reinar se vean
Benéficas las letras; que amparadas
De su inviolable independencia sean.

Ellas fueron tu amòr, ellas tu encanto

Siempre serán. ¡Oh bienhadado y digno
De envidia el que en su albergue solitario
Las fuentes del saber tranquilo apura!
Felices en su afán vuelan las horas:
Ya la lectura le embelesa, y lleno
De admiración, los altos monumentos
De la estudiosa antigüedad medita,
Y á sus genios se hermana, ecos grandiosos
Por do la serie de la ciencia humana
Se dilata á los siglos. Ya llevando
Al hermoso espectáculo que ostenta
Natura, su atención, busca sus leyes,
Sus misterios indaga, en su belleza
Atónito se arroba, y desde un punto
Se hace inmenso como ella. Ora á los hombres
La vista paternal vuelve, y llorando,
Exento del error, ve sus errores,
Y los señala y los combate, y libre
Muestran la senda en que á placer se lleven
De la mundana actividad las ruedas:
Tal vez sueña, y soñando en su delirio,
Nuevos mundos se finge, y de virtudes
Y de ventura celestial los llena.
¿Quién no envidia su error? Llora y suspira
En la dulce ilusión que le enajena,
Y del orbe en el bien el suyo mira.

Siquiera allí de la servil codicia,
De la ambición frenética no tiembla
La eterna agitación: á fuer de vientos
Que en partes mil el horizonte rompen,
Y furiosos batiéndose, á su impulso

La fiel serenidad huye turbada;
Tal en el centro del poder se acosan
La doblez, la maldad, los vicios viles,
Que en mentido disfraz vagan tras ellas,
Y en su mísero vértigo sepultan
De la virtud las esperanzas bellas.
¡Ay! que tal vez al formidable peso
Rebelde el hombro, y de luchar cansado
Con la depravación, los tristes ojos,
Jovino, volverás á aquellos días
De tu apacible soledad testigos;
Los volverás llorando; el desaliento
Su amarga hiel derramará en tus venas,
Maldiciendo afligido aquel momento
Que te arrancó á tu albergue, do tranquilo
La virtud, la verdad fueron tu asilo.

¿Y el ejemplo del bien que debe al mundo
Todo gran corazón? ¿Y la alta gloria
De aterrar la maldad? ¿Y los consuelos
De la opresa virtud?—Cuando lejana,
De hierro el cetro iniquidad violenta
Tienda á las veces, y afligido llore
El inocente en su opresión, tú entonces,
Tú serás su deidad. Antes venía,
Y con trémulo pie la aula pisaba,
La altiva majestad le confundía;
Demandaba justicia, y su semblante,
De incertidumbre tímida vestido,
Suspiraba un favor, Jovino ahora,
Jovino es quien atiende á sus querellas,
Quien enjuga sus lágrimas, quien tierno

También acaso le acompaña en ellas.
Lágrimas puras que, en placer bañada,
Derrama la virtud, ¡qué de consuelos
No dais al corazón! ¡Qué de pesares
No le quitais!—¿Y el inmortal testigo,
El premio hermoso de los grandes hombres,
Alta posteridad, que ya te mira
Y tu nombre señala entre otros nombres?

¡Oh porvenir! ¡Oh juez incorruptible
Del hombre que vivió! ¡Cuál se amedrenta
De tí el profano pecho que ya un día
El bien miró, de indiferencia lleno,
Ni osó el cerco salvar que le ceñía!
Cuando la noche del sepulcro ostente
La nada ante sus pies, cuando ya el sueño
De su vida falaz se torne en humo,
¿Qué verá tras de sí? Mísero olvido
Ó execración eterna que á los tiempos
La memoria en su voz vuelve contino.
Aquel, empero, que de ardor divino
Tocado fué, que en incesante anhelo
Siempre ansió por el bien, y que en su mente,
Á cuanto obró y pensó la faz terrible
Del tiempo que vendrá tuvo presente,
Ese vive inmortal; su excelso nombre
Colma el abismo de la tumba, y viva
Su gloria colosal queda en sus hechos;
Hechos que en ecos de alabanza suenan,
Que el campo inmenso del espacio ocupan,
Y el raudo giro de los siglos llenan.

Tiempo vendrá que en la dichosa Hesperia

Espaciando la vista alborozada,
Grite la admiración: «¿No es este el suelo
Que en otro tiempo á compasión movía?
Veinte siglos de error en él fundaron
El imperio del mal: en vano había
Pródigo el cielo de favor cubierto
Su seno en bienes mil, y codiciosa
La tierra por brotar, inagotables
Sus ópimos tesoros ostentaba.
Su sed en vano innumerables ríos
Mitigaban regándola, y en vano
Bañara el mar su costa al Occidente,
Al oriente y al Sur. ¿Qué la servía
Un clima placidísimo y sereno
Que en vida, en fuerza y en placer la henchía?
Todo fué por demás: su manto triste
Tendió la asolación: yermos los campos,
Mustios los pueblos, indolente el hombre,
Sin conocer su estrago, sin aliento
Para salvarse de él, ruina y silencio
Cual de peste mortífera abrigaban.

¿Quién fué el Dios que bastó de tantos males
El torrente á atajar? ¿Quién la carrera
Mudó á estas aguas, allanó los montes,
Los pantanos cegó? Cubren de Céres
Y de Pomona los celestes dones
El suelo antes erial, que abrojos solos
Y zarzales inútiles llevaba.
Trocóse todo: por do quier la mano
Del hombre señalada, y por do quiera
Su vivífica acción en movimiento

Despierta mi atención. ¿Do las cadenas
Están de la verdad? ¡Cuál se ha extendido,
En alas del espíritu llevada,
De mar á mar y de Pirene á Gades!
¿Quién volvió á sancionar la ley de vida
Que en su próvido amor naturaleza
Por la voz del deleite diera al mundo?
¿Qué numen creador pudo en un día
Verter aquí la plenitud y holganza,
Imprimir su vigor y su energía?»

¡Ah! que entonces el nombre de Jovino
Grande á la gloria y al aplauso viva,
Y aquel augusto galardón reciba
Digno de su virtud y alto destino.
¡Oh, hermosa emulación! Vendrán las artes
Hijas del genio imitador, y solas
Adornar ansiarán el bello triunfo
De su alumno y su dios: suyo las ciencias
Le aclamarán, con su divina mano
Allá en la playa astur mostrando alegres
La mansión que él les diera, altar primero
Que alzó á Minerva la razón hispana.
En medio el labrador, no como un día
Angustiado, infelíz, pobre y desnudo,
Sino contento y vigoroso, alzando
La agradecida voz, dirá: «Fué mío,
Y su alabanza es mía; si de flores
Primero se adornó su frente hermosa
Para mí maduró, y en fruto opimo
Gocé yo al fin de su favor los dones.
Si de su voz la persuasión salía

Como raudal de miel, ella á mis llagas
Dulce bálsamo fué. ¿No ahogó su mano
Una en pos de otra las odiosas sierpes
Que infestaban mi ser? Ved mi abundancia,
Ved mi contento, el delicioso halago
Con que de hijuelos el enjambre hermoso
Me alivia y me corona. ¡Ay! hubo un tiempo
Que el ser padre era un mal: ¿quién sin zozobra
Á la indigencia, al desaliento, diera
Nuevos esclavos? Pero huyó; al olvido
Lanzó Jovino tan amargos días:
Mi esperanza, mi paz, las glorias mías
Obras son de su amor, son de su anhelo;
Dadme pues solo el bendecir su nombre,
Y en dulces himnos levantarle al cielo.»



PARA EL ÁLBUM

DE LA NIÑA ELOISA D'HERBIL

EMINENTE PIANISTA



Cumplo lo que ofrecí, niña Eloisa:
Voy á escribir mi nombre en este libro,
Y así de los aplausos que en él leas
El tributo primero será el mío.
¡Ojalá fuera igual á lo qûe vales!

Mas el que no te ha visto ni te ha oído
No puede hablar de tí cual corresponde,
Aunque te admire como yo te admiro.
Felices sōn los que te ven y escuchan,
Los que gozan el mágico atractivo
Que tienen tu hermosura y la armonía
Para embargar el alma y los séntidos.
Y aunque niña inocente, ya en tus ojos
Ven el destello del albor divino
Que promete á su espléndida carrera
Un tan irresistible poderío.
Así el sol al nacer luce y no abrasa;
Mas dejadle que avance en su camino,
Y al llegar con su carro al medio día
Veréis que todo el aire esta encendido.
Tal serás tú, maravillosa niña,
Tal serás tú, lindísimo prodigio,
Cuando en alas del Genio alces el vuelo
Para honra de tu patria y de tu siglo.
Crece, vive feliz, corre la senda
Que á tu brillante gloria abre el destino;
Y yo que te le auncio, en estos versos
El más sincerò parabién te envío.

Madrid, 22 de Abril de 1855.





DESPEDIDA DE LA JUVENTUD

Creced y floreced, plantas hermosas,
Creced y floreced, y alzando al cielo
Esas ramas sonantes y frondosas,
Bañad en dulce lobreguez el suelo;
Que yo, angustiado, á vuestra sombra amiga
Me acogeré, y en ella
Tendré un asilo al fin donde no sienta
El vivo resplandor que el sol ostenta
Él, en eterna juventud luciendo,
Vuela, y vuela sin fin: ¿qué son los años
Qué los siglos ante él? Ruedan furiosos;
Y á contrastar su solio se amontonan,
Y en su feliz carrera
Nada marchita su beldad primera;
Todos su gloria y su esplendor coronan.

¡Oh, cuánta diferencia
Entre su fuerza y la flaqueza mía!
Sigue un día á otro día,
Y en su sorda inclemencia
Cada cual me amortigua, y me arrebata
Al término en que espira la alegría.
Vuelvo la vista, y angustiado miro
Yacer segadas de mi edad las flores,
Y la vida mostrárseme erizada
De espinas solamente y de dolores.

Tened ¡ay! compasión de mi amargura;
Que bien me la debéis, árboles bellos.
Decid: cuando los vientos bramadores
Á la voz del Noviembre se desatan,
Y sacudiendo frío,
En su furor horrísono maltratan
Vuestro verdor sombrío,
Y anunciándoos vejez, de angustia os llenan
Y á desnudez tristísima os condenan,
¿No sentís? ¿no lloráis? Y estremecidos,
¿No os acordais de Abril, cuando halagüeñas
Las manos de natura engalanaban
Vuestras frentes risueñas,
Cuando el aura os besaba con ternura,
Y los ojos distantes que os miraban,
Cual templos de frescura
Y asilos de placer os saludaban?

Tal de mi juventud y de mi gloria
Los venturosos días
Se pintan tristemente en mi memoria,

Al tiempo que volando
Huyen lejos de mí, sin que mis ayes
Solo un momento deterlos puedan.
Adios, divino amor, que desplegando
Las bellas alas de oro,
Me llevabas en ellas
Por senderos de flores,
Y el pecho y labio sin cesar colmabas
Del néctar celestial de sus favores.

Adios: la cruda mano
Del tiempo, á mis delicias enemigo,
Te arrebata consigo.
Y ¡oh cuántos otros bienes el tirano
Me arrebata también! ¿Con que la risa
Huyó por siempre de los labios míos,
Y la fiel confianza de mi frente?
Mis ojos, ¡ay! de lágrimas vacíos,
¿Será que nunca á desahogar ya tornen
Mi triste corazón, y que se vean
De él por siempre alejadas
La esperanzas que halagüeñas rien,
Las ilusiones que sin fin recrean?

Contigo, ¡oh juventud! contigo nace
El entusiasmo ardiente
Que arrebata hacia el bien, contigo espira,
Y tras él la virtud mustia y doliente
Privar de fuerza y marchitar se mira.
¿Qué á tu ferviente anhelo
Cuestan jamás los sacrificios? Oyes
La voz de la amistad, sientes la llama

Del patriotismo que tu pecho agita,
Ó bien la gloria que en honor te inflama;
Partes entonces desalada, y corres
Impávida á tu fin: como en la selva
El volador caballo,
Cuando en dichosa libertad respira,
Orgulloso se lanza á la carrera;
El viento no le alcanza, y vanamente
Á intimidar su ardiente lozanía
Las ramblas y torrentes se presentan;
Las ramblas y torrentes acrecientan
Su generoso aliento y su osadía.

Y en vez de tantos dones
Como en mi tierno corazón moraban
Y en su luz generosa me ensalzaban,
¿Qué ofreces á mi vida,
Obscuro porvenir? El triste freno
De la prudencia y su compás helado;
Mientras que, derramando su veneno
La vil sospecha, asida
Del funesto puñal del desengaño,
En cada halago temerá un peligro,
Tras cada bien me mostrará un engaño;
Y roto el velo á la ilusión, el mundo,
Que pintado en tan mágicos colores
Á mi inocente espíritu reía,
Será de hoy más á la tristeza mía
Yermo sin amistad y sin amores.

Morir fuera mejor; mas ¡ay, que abiertas
Ya á devorarme aspiran

De la siguiente edad las negras puertas!
La vista estremecida
Duda y se vuelve atrás: detén la mano,
Y no de bronce la eternal barrera
Corras, que esconde mi estación florida,
¡Dura necesidad! ¡Oye mi ruego!...
Mas no me escucha, y la corrió, y yo ciego,
Sin poderme valer, desconsolado,
Del carro del destino arrebatado,
Á su imperiosa voluntad me entrego.



PARA EL ÁLBUM

DE DOÑA FLORA DE FERRER
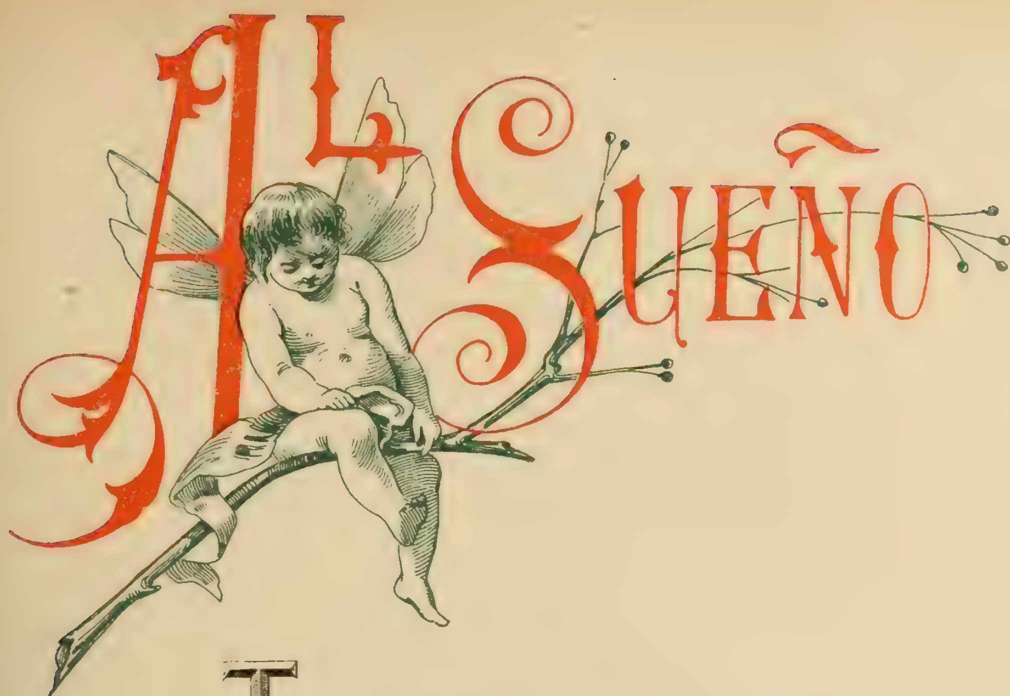


¿Qué pondré en verso yo aquí
Para Flora de Ferrer,
Que á su oido delicado
Pueda llegar sin desdén?
  Galanterías desdicen
De mi enfadosa vejez;
Consejos son importunos;
Lisonjas, yo no las sé.
  Mas diréle de su padre
Que le conocí y amé,

Y aunque han pasado ocho lustros
Es como si fuera ayer.
  Que unas miras, un deseo
Y una solícita fe
Estrecharon estos lazos
Que no se han roto después.
  Saludo, pues, á su hija
Con el más vivo interés;
Y en ecos, si no elegantes,
Los más ingenuos tal vez,
  Pido al cielo que de flores
Siempre sembrados estén
Los senderos de la vida
Para Flora de Ferrer.

(Madrid, 15 de Setiembre de 1846.)





AL SUEÑO

Tú, mudo esposo de la noche umbría,
¡Oh padre del sosiego,
Sueño consolador! ¿por qué te niegas
Á mi lloroso ruego?
¿Por qué á mis sienes con piedad no llegas?
Y no que lento y vagaroso bates
Lejos de mí tu desmayado vuelo,
Y esparces en el suelo
La niebla del balsámico rocío
Con que el dolor serenas
Y el vivo afán de las acerbas penas.

Duélete ¡oh sueño! al contemplar las mías;
Suspende, ¡ay Dios! suspende
Por un momento el velador cuidado,
Y en él tu velo vaporoso tiende.
¿No bastan, di, para penar los días?
Mi espíritu, rendido

A tanta agitación, mi triste pecho,
De palpitar cansado,
Y en ansia y fuego el corazón deshecho,
Tu celestial venida
Imploran ¡ay! á restaurar mi vida.

Para obligarte, en vano
Mezclarme quise al alborozo insano
Del ruidoso festín, y la ancha copa
Henchí tres veces de espumoso vino.
Tres veces la apuré, sediento y ciego;
Pero en mi yerta boca
Se heló la risa y se tornó en gemido.
Y el ardiente licor que entró en mi seno,
En vez de dar á mi dolor reposo,
Raudal fué impetuoso
De hiel ingrata y ponzoñosa lleno.

Fácil un tiempo mi clamor oías,
Y blandamente en derredor volabas,
Y halagüeño doblabas
La gloria de mis días,
Que tú en la noche á redoblar venías.
¡Oh ilusiones de bien! ¿Dónde habeis ido?
¿Tal vez á no tornar? Tal vez si ahora
¡Oh sueño! has de venir, vendrá contigo
A atormentarme airada
Del bien perdido la doliente idea;
Mas ven, sueño, á mi voz, aunque así sea.

Ven; que ya las dos osas
Al ocaso avecinan

Su refulgente carro, y presurosas
Las centellantes Pléyedas se inclinan.
La luna fatigada
Se retira hacia el mar, y ya la aurora
Precipita la hora
Que anuncia en el oriente
Su trémulo esplendor. ¡Ay! vendrá el día,
Vendrá, y mis ojos, de velar cansados,
Su luz no sostendrán ni su alegría.
¡Ríndete á compasión, sueño precioso!
Tu néctar delicioso
Mi triste frente halague,
Y blando y dulce y regalado vague...
¿Me escuchas? ¡Oh favor! Ya desmasyados
Mis sentidos fallecen,
Mis miembros se entorpecen,
Mis párpados se agravan,
Las penas mismas su inclemencia fiera
Con tu presencia acaban.
¡Quién de ellas libre al despertar se viera!

Á SOMOZA

ROMANCE

En vano el ingenio animas
Que ya olvidado reposa,
Y de mi lira pretendes
Que á tus acentos responda.

¡Versos yo! Si los cantara
Entre éstas ásperas rocas
Y en estos campos ingratos
Aborrecidos de Flora,
¿Cómo pudiera vestirlos
De la elegancia y la pompa
Con que los hijos de Apolo
Dan vida eterna á sus obras?
Quizá lo fuí yo algún día:
Y la délfica corona
Refrescó tal vez mis sienes
Con el verdor de sus hojas:
Cuando del Padre Océano
Canté el poder y la gloria
Escuchándome las Ninfas
Y aplaudiéndome las ondas;
Ó cuando rayos lanzaba
Al opresor de la Europa
En ecos antes no usados
De las Musas españolas.
Huyó aquel tiempo: los años,
Las desventuras me agobian,
Y lo que antes fué osadía
En desaliento se torna.
Huyó aquel tiempo, y no es fácil
Que yo con fuerzas tan pocas,
Para que el mundo me escuche,
Mi largo silencio rompa.
Canten los que son dichosos;
Pero el infeliz que llora,
Guarde para sí el gemido
Y sus lástimas esconda:

Que las orejas del mundo
Son esquivamente sordas
Al lamentador poeta
Que en vez de cantar solloza.

Cuando de la vida mía,
Ahora ya tan borrascosa,
Pero entónces tan serena,
Comenzó á rayar la aurora,

Mil grandiosas esperanzas
Eran mi existencia toda
Que el ánimo me exaltaban
Entre ilusiones hermosas.

La libertad y la patria
Con la luz que las corona,
La beldad con sus encantos,
Con sus laureles la gloria,

Númenes fueron celestes
Que mi alma nueva y fogosa,
Postrada ante sus altares,
Adoraba á todas horas.

¡Qué de incienso entre mis manos!
¡Cuántos himnos de mi boca
Salieron, poblando el aire
De alabanzas y de aromas,

Que después cambió la suerte,
Tan temeraria y tan loca,
En ponzoña que me abrasa
Y en dogales que me ahogan!

¿Dónde os fuisteis desde entonces,
Imágenes deliciosas,
Pensamientos grandes, dónde,
Dónde aquel númen?... Perdona,

Dulce amigo, si tan lejos,
Donde la suerte me es torva,
El bálsamo saludable
De tu voz consoladora,
Mi corazón hostigado
De tan acerbas memorias
Á la hiel del desaliento
Tristemente se abandona.
¿Quieres que cante? Pues alza
De sus ruinas lastimosas
Ese templo cuya afrenta
Á ira y lástima provoca:
Saca á la infeliz España
De la profunda mazmorra
En que aherrojada la tiene
La iniquidad de la Europa:
Despierta en sus hijos viles
Aquel sentimiento de honra
Que un tiempo los alentaba
Al laurel y á la victoria;
Y entonces quizá se anime
Mi voz trabajada y ronca,
Y á lucir vuelva en mi frente
Del Genio la sacra antorcha.
Entonces también mi lira...
Mas ¿qué esperanza traidora
Á tal delirio me lleva
Con sus falaces lisonjas?
Nunca ya en las manos mías,
Compañera de mis glorias,
Te verás hinchendo el aire
Con tu voz majestuosa,

Lira de oro: nunca. Un día
Como prenda ó como joya
Brillante en las nobles aras
De mi patria victoriosa

Cayó, y del ciprés infausto,
Que á su sepulcro da sombra,
Para padrón ó escarmiento
Te miras pendiente ahora.

Allí la lluvia te ofende,
Allí los vientos te azotan,
Y algún esclavo que pasa
Con vil furor te baldona.

Yo se que tú te estremeces,
Y en tus cuerdas, aunque rotas,
Algún eco sordo se oye
De indignación y congoja.

Sufre ¡oh lira!: igual destino
Á tu triste dueño acosa,
Juguete de la fortuna
Que en sus afrentas se goza.

Él calla, imita su ejemplo;
Y desamparada y sola
Déjate mecer del aire,
Guarda silencio y reposa.

Abril de 1826.



PARA EL ÁLBUM

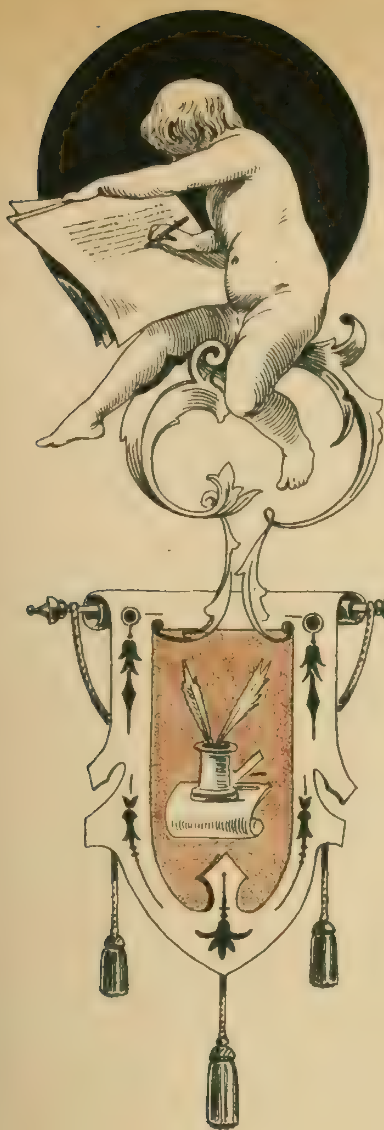
DE

DOÑA CARMEN QUINTANA

ESPOSA DEL MINISTRO Y GENERAL ROS DE OLANO

QUE eres amable, y como amable, hermosa,
Mil te lo han dicho ya; mil todavía
Te lo dirán también en verso y prosa,
Y yo, á ser más galán, te lo diría:
Que un destello tal vez de viva llama
Diera mi moribunda poesía
Para obsequiar tan elegante dama.
Mas lo veda mi edad; pausado y grave
Tengo que ser, como conviene á un viejo,
Y así, en vez de una flor, vaya un consejo;
Y ya que al lado del poder la suerte
Te puso como esposa y dulce amiga,
Haz que tu patria, complacida al verte
En esa cumbre, tu valor bendiga.
Un lauro que acrecientes á su gloria,
Un favor que te deba un desgraciado,
El bien que hagas, en fin, con más agrado
Se ha de pintar después en tu memoria,
Que ese esplendor de títulos y honores,
Que esa ilusión magnífica del mando,
Y más que ese tropel de adoradores
Que donde quier te sigue y te importuna
Colgada su esperanza en tu fortuna.

Madrid, 3 de Octubre de 1847



Á D. Ramon Moreno

Sobre el estudio de la poesía

Y nos dejas, infiel? Y así abandonas
Tantas horas de afan? Y así al olvido
La flor darás de tus primeros días,
Que tantos lauros á tu sien prometen?
Nosotras á tu oriente presidimos.
¿Quién de fuego tu pecho, y de ternura
Llenó tu corazón? Quién de armonía
Bañó el acento de tu voz suave,
Cuando Henares, oyéndola, sus ondas
Serenaba suspenso, y de tu canto
El eco por sus márgenes sonaba?

Así te hablaban las amables musas;
Y tú, esquivando su apacible halago,
Otra gloria, otra senda prevenías
Á tu noble ambición; ellas la vieron,
Y de tu ingrata deserción lloraron.
¿Fué desprecio tal vez? ¿Pudo en tu mente
Caber también la vergonzosa idea
Con que orgullosa la ignorancia humilla
Este celeste don, y en sus furores
Le dice vano y frívolo, y riendo

Marca en oprobio el nombre de poeta?

Ella sóla, entre nieblas asentada,
Puede desconocer el noble origen
Del talento que insulta, y ella sola
No respetar los sacrosantos nudos
Que con natura y la virtud le hermanan.

Cuando rompe la aurora en el oriente,
Y el rayo anuncia de la luz febea,
¿Quién entonces se niega á la alegría,
Al himno universal con que saluda
La tierra al nuevo sol? Quién, si la noche
Tiende su manto lóbrego, y el seno
De Olimpo con mil lumbres centellea,
De un horror melancólico y sublime
No se siente ocupar? Cuál es el pecho
Que en férvido entusiasmo no se agita
Al mirar de su cárcel desatarse
Los aquilones, que azotando el polo,
Que agitando la mar, tremendos braman,
Y estrago y noche y tempestad lanzando,
Estremecen el orbe en sus furores?

¡Oh tú, infeliz, que en tu insensible pecho
Jamás probaste el sentimiento hermoso
Que estos cuadros magníficos inspiran!
Tú solo puedes despreciar grosero
Al genio que los pinta; y si la suerte,
Avara de tu bien, negó á tus ojos
El conocer la luz, y á tus oídos
El sublime placer de la armonía,

Calla; ¿qué harán tus importunos gritos?
Mostrar patente tu ignorancia oscura,
Y hacer odiosa tu fatal dureza.

Entra, amigo, en tí mismo, y las dos fuentes
En tí hallarás del arte encantadora
Que debes admirar: fuentes eternas
De do su gloria y su poder descienden.
Mira el espejo rutilante y puro
De tu imaginación, que en su grandeza
El mundo todo, el universo entero,
Sin contenerse en límites, abarca;
Contempla luego la inexhausta hoguera
En cuyo fuego las pasiones arden
Y el sentimiento sin cesar se ceba;
Y así como en su curso van los ríos
Deslizando hacia el mar sus claras ondas,
Ondas que de él en vagarosas nubes
Salieron ya; verás la poesía
Del corazón y mente descendiendo,
Al corazón y mente arrebatarse.
En vano intentas resistir: tu oído
Su acento ganará, tu fantasía
Poblarán sus imágenes hermosas;
Y al volcán de su fuego y su vehemencia
Tu corazón ardiendo, vendrá el punto
En que, vencido, arrebatado, sigas
El carro triunfador de su alta gloria.

Tal será su poder, tal siempre ha sido,
Si lo niegas, pregunta al universo;
Sus fastos lo dirán: ve la violencia

Con que el torrente de los siglos corre,
Anonadando en su fugaz camino
Hombres, naciones; los imperios crecen,
Y otros imperios que á su vez se elevan,
Crecen, y llegan, y los tragan, y huyen,
Como impelidas de los euros frios
Huyen las nieblas sin dejar sus alas
Huellas ningunas por el aire vago.
Pues el genio inmortal de la armonía
Venció tanto furor; la faz del mundo
Trastornada se ve, y él resonando
En medio á tanta ruina, hasta la esfera
Los ecos lleva de su noble acento;
Y el hombre absorto de placer le admira.
¿Oyes el nombre del social Orfeo
Entre aplausos aun? Oyes cuál suena
La trompa heróica del cantor de Aquiles,
Y estrellarse en su nombre las edades,
Añadiendo en su honor nuevos trofeos?

¡Vivid, padres del canto! ¡Almas sublimes,
De la tierra esplendor! ¿No sois vosotros
Los que, admirando el universo, y llenos
De inmenso fuego al contemplar las leyes
En que el orden se asienta, arrebatados
De sagrado furor en vuestra lira,
El amor, la virtud, el bien cantabais,
Y de los hombres la rudez pulísteis?
Hélos cual tigres respirando ciegos
Estrago y sangre, con fatal crueza
Entre sí devorándose, y feroces,
Solos, desnudos habitar las cuevas

Que dió natura á los agrestes brutos.
¡Mísera humanidad! Padres del canto,
Venid; á vuestra plácida armonía
El hombre sorprendido alza la frente,
Y ledo mira al sol; ya en sus entrañas
Arde el amor; esposo, padre, amigo,
Hombre es ya, en fin; en sociedad se anida,
Y el cielo alegre á su ventura ríe.
¡Vivid, padres del canto! No la tierra
Tan ingrata será, que al hondo olvido
Dé la memoria de los faustos días
Que nuestras bellas fábulas recuerdan.
No las dará: si vuestros nombres mueren,
Será allá cuando el mundo hecho pedazos
En el estrago universal esconda
Los nombres que sus ámbitos llenaron.

Y este precioso don, que al arte un día
Debió la especie entera, en todo tiempo
Le goza el hombre. Dime: allá en tu infancia,
¿Quién suavizaba y de risueñas flores
De la instrucción la senda te cubría,
Sino su halago? Sus grandiosos himnos
Te elevan al Olimpo, sus canciones
Te inundan de placer en tus festines;
Y abate luego, si á abatir te atreves,
La grandeza del genio que elevado
En generoso vuelo arde, y te lleva
A amar y aborrecer; que yo entre tanto,
Al ver los mundos que á su arbitrio crea
Un numen bienhechor en él bendigo,
Y hombre, de un hombre en el grandor me elevo.

¿Serán tal vez sus formas agradables
Y la eterna beldad de que se ciñe
Las que en su oprobio á declamar te incitan?
¡Hombre feroz! en tu fatal dureza
Arranca al prado su vistosa alfombra,
Su verdura á los árboles, y nunca
Las auras templen el fogoso estío.
¡Ay! harto amargo de la vida el cáliz
Es al hombre infeliz, para que esquivo
También le niegues el escaso néctar
Que á veces baña de placer sus horas.

Y no siempre su honor la poesía
Fundó en el muelle acento y blando halago,
En los objetos frívolos que ahora
Por nuestra mengua sin cesar la emplean.
Si es que los ecos bélicos te agradan,
Si los hórridos cantos de Tirteo
Aun quieres escuchar, vuela conmigo
Al campo de Mesenia, y en él mira
Á los hijos de Esparta desmayados
Volver la espalda al desigual combate.
Y escucha de repente cómo truena
El canto de la guerra, y cuál discurre
De fila en fila, mortandad nunciando,
Y ahuyentando el temor; mira encenderse,
Con sus versos enérgicos airada,
La indignación violenta, y de la patria
El amor sacrosanto, á cuyo nombre
Ó morir ó triunfar los héroes juran.
«Pues os preciais de descender de Alcides,
Amigos, alentad; ¿qué os acobarda?

Sabed que nunca la oprobiosa fuga
Escudo fué contra el rigor del hado;
Con hombres como vos es el combate.
¿De qué temblais? Marchad; hermosa vida
Os dará la victoria, eterno nombre
Si en la lid pereceis el tiempo os guarda».
Y al belísono acento enfurecida,
La muchedumbre intrépida se arroja:
Salta, acomete, y el horror, y el fuego,
Y la muerte espantosa, que silbando,
Del dardo y lanza en el acero vuela,
Nada son á su ardor; lucha, porfía,
A sus pies los soberbios baluartes
Húndense, y el laurel de la victoria
Ciñe la patria á su robusta frente.

¡Ay! los sagrados venerables días
No son aun en que se torne al canto
Su generoso y sacrosanto empleo.
Pero ellos brillarán: yo, caro amigo,
Ya entonces no seré; nunca mi acento,
Hirviendo de entusiasmo, en grandes himnos
Se podrá dilatar, que grata escuche
Mi patria, y que en la pompa de sus fiestas
El coro de los jóvenes los cante,
El coro de las vírgenes responda,
Y el eco lleve mi dichoso nombre,
Y todo un pueblo con furor le aplauda.

¡Oh, tú, cualquiera que en mejores días,
Por don del cielo, de mi patria seas
El solemne cantor! ¡Tú, á quien guardada

Tan alta gloria está! Yo te saludo
¡Oh afortunado espíritu! y te adoro;
Vuelve, te ruego, la dichosa vista
Al fango vil de que á salir en vano
Aspira mi ambición. No, sus esfuerzos,
Sus débiles esfuerzos no podrían
Durar, llegar á tí, ¿Qué serán ellos
Si con tu excelsa elevación se miden?
Escucha, empero, los aplausos míos,
Que vuelvan á mezclarse á la alabanza
Con que tu siglo ensalzará tu nombre;
Y recibe estas lágrimas ardientes
De despecho y de envidia, que mis ojos
Al contemplar en tí vierten ahora.
En tanto pues que afortunado llega
Este tiempo, nosotros, dulce amigo,
Demos nuestro desprecio á la insolencia
Del poderoso, que, en su pompa hinchado,
Vincula en ella sus virtudes todas;
Démosle al vil, que ante sus pies se abate,
Y aquella frente que le dió el destino
Para mirar al sol hunde en el polvo;
Mas no suframos que los bellos dones,
Tesoros del espíritu, se vean
Escarnecidos nunca. Abandonemos
Tan delirante empeño á la ignorancia
Ó á la mediocridad, que insulta y muerde
El bronce de la fama, en cuyos ecos
Jamás el mundo escuchará su nombre.

(1798.)



En la muerte de un Amigo

En este melancólico retiro
Do la indulgente soledad me abriga,
Y con su sombra amiga
Templa el horror en que infeliz respiro,
¿Qué fúnebres clamores
En confuso tropel hieren el viento
Y vienen á mezclarse á mis dolores?
Callad, nuncios de muerte; ya mi pecho,
De palpitar deshecho,
No es bastante al raudal de la amargura,
Y el cáliz del dolor hasta las heces
Mi moribunda juventud apura.

¡Mísero! ¡Cuántas veces
Presente á algún festín, cuando rodaban
Por la mesa las copas de Lieo,
Y en risa y en placer nos inundaban,
Mi espíritu asaltado
De un súbito temor se estremecía,
«¡Si alguno de nosotros pereciera!»
En mi interior decía,
Y una indiscreta lágrima corría
Que atajaba el deleite en su carrera.
¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!
Tendió la muerte sus horrendas alas;
Como buitre voraz cayó en mi amigo,
Y en él sus garras con furor clavando,
Á la honda huesa le arrastró consigo.

En vano, ¡ay Dios! en vano
El bello sol, iluminando el día,
Derramará en el mundo
Su benéfica lumbre y su alegría;
De su seno frugífero y fecundo
En vano los tesoros
Ostentará la tierra;
¿Qué importa? Á otros darán la dulce vida,
No al sér helado que la tumba encierra.

¡Con que será ya en vano
Clamar yo en el dolor: «Álzate, amigo;
Ven como en otro tiempo á mí venías,
Cuando las ansias mías
Templar lograban su amargor contigo;
Levántate á valerme!» Que insensible

Me negará su oído,
Inmóvil á mi voz como esas rocas
Que rechazan mi lúgubre gemido.

Sí; que á nadie se atiende y se responde
En ese seno misterioso donde
Lejos del mundo el infelice vaga.
Pero el mundo me oirá, y enternecido
Dará que satisfaga
Mi luto y mi deber... ¡Oh lira mía!
Ven en mi afán á acompañarme, y demos
Á mi infeliz amigo
El canto de alabanza; que se vea
Su alma bella en mis versos retratada,
Y eterna al mundo su memoria sea.

¿Qué sirve, empero, recordar ahora
De su hermosa virtud la alta esperanza?
Cuando el viento fatal de Mediodía
De las arenas líbicas se lanza,
Y el seno de la Bética azotando
Con ala abrasadora,
La floreciente mies tala y devora,
¿Acaso la abundancia que esperaba
Podrá aliviar al labrador que llora?
¡Ah! ¡Son tan pocos los felices pechos
En que se anida la virtud! ¡Tan pocos
Aquellos en que enciende
Entusiasmo y valor!... ¡Un día, un hora,
Un momento infeliz hunde en el polvo
La esperanza y delicias de los buenos!
¡Y los perversos viven y se rien,

De todo miedo y sobresalto ajenos!

Huye pues, lira, de mi débil mano,
Ya que aliviarme en mi aflicción no alcanzas
Dolor manda la muerte, y no alabanzas,
Dolor y luto y lágrimas. ¡Oh amigos!
Venid, cercadme; y sosteniendo todos
Mi vacilante paso,
Hasta la tumba lúgubre lleguemos.
En ella plantaremos,
Un fúnebre ciprés; mi amargo lloro
Le regará, mi diligente mano
Le hará crecer, y su enlutada sombra
Cubrirá la inscripción, que en letras de oro
Diga: «Al hombre sensible, al fiel amigo,
Al exaltado patriota...» Un día
Vendrá que el pasajero,
Cuando este triste monumento mire,
Sobre él contemple á la virtud llorando,
Y de respeto y lástima suspire.

¡Ay! ¿Qué resta á mi vida, amigos míos,
Sino hiel y dolor? Tal vez la parca,
Que en él se probó á herirnos, inflexible
Ya la segunda víctima señala.
¿Quién de nosotros?... ¿Y será posible
Que destinado á contemplar me vea
De unos y otros el fin, llorar á todos,
Y verme en todos acabar? ¡Oh muerte!
Ven á mí de una vez: tu horrenda saña
Descargue al punto la fatal guadaña,
Y no me guarde á tan acerba suerte.



Á DON NICASIO CIENFUEGOS

CONVIDÁNDOLE Á GOZAR DEL CAMPO

Tú, á quien el cielo con benignos ojos
Miró desde el nacer; tú, en cuyo pecho
Imprimió la virtud, y en larga mano
El don divino de pintarla diera,
Nicasio respetable, ¿por qué tardas,
Y á la amistad qua ansiosa te desea
No te abandonas? De enlazados ramos
Espacioso dosel ora me ampara
Del crudo ardor del polvoroso estío,
Y los inquietos céfiros, vagando
En dulce fresco, en movimiento y vida,
Los senos bañan del jardín. Mi mente
Desalada entre tanto hacia tí vuela;
Vuela hacia tí, que á tu pesar sumido
En ese abismo pestilente y ciego,
Los campos y las selvas solitarias
Buscas, y aun dudas, y á gozar te niegas
Placer tan puro y celestial conmigo.

¡Oh! No tardes, no tardes: bien tus pasos
Lleves al bosque oculto, bien la vista
Tiendas alegre en la abundosa vega,
O la dulce corriente te embelese
Del río encantador; todo te llama

Con delicioso afan, todo convida
Tu enérgico pincel. No aquí ambiciosa
Natura ansiara desplegar su inmenso
Poder, y ornada en majestad sublime,
Nuestra vista asombrar: guardó el espanto,
Guardó el terrible horror allá do esconde
Su frente el Apenino entre las nubes.
Cúbrenle en torno las eternas nieves
Que en vano bate el sol: si el viento suena,
Es proceloso el astro, en cuyas alas
Retumba el trueno; entonces los torrentes
Bajan furiosos á asolar los valles.
¿Que es allí el hombre? Estremecido y solo
Atónito se para, y no cabiendo
Impresión tan soberbia en sus sentidos,
Al mudo pasmo y confusión se entrega.

Graciosa, empero, aquí, dulce, apacible,
Sus dones todos liberal reparte
Naturaleza y con placer se ríe.
Tal la beldad en su primer oriente,
De gracias solo y suavidad bañada,
Suele más tierna embelesar los ojos,
Y el corazón herir. Nicasio, el mío,
Mas amó siempre que admiró. Do quiera
Ternura aquí y amor. ¡Oh cuántas veces,
Cuántas mirando las sociales vides
Enlazarse á los olmos, y lozanas
Entre los ramos de su verde apoyo
Sus hojas ostentar y alegre fruto,
En dulce llanto se bañó mi pecho!
¡Cuántas pavesas del incendio antiguo

Plácidas se avivaron! Los suspiros,
Las ansias tiernas, la inquietud dichosa,
Las delicias inmensas que algún día
Me inundaron, ¡ay Dios! y acaso huyeron
Para nunca volver; todas volaron,
Todas á un tiempo con igual ternura
Me asaltaron allí; si desparece
Y huye el amor, á la memoria acuden
Padre, hermanos y amigos, y en punto
Afectos mil que á penetrar mi seno
Aquel boscaje solitario inspira,
Y absorto y melancólico me llevan.

Lejos allá su placentero ruído
La brillante cascada precipita
Por el senoso peñascal, adonde
Su curso rompe murmurando el río.
Corro y le miro ¡oh que placer! furioso
Del dique opuesto á su violencia en vano
Clamoroso agitarse, alzar la espalda,
Luchar, vencer; hervir, y en alba espuma
Deshecho y raudo arrebatarse al llano.
Vaga la vista entre los dulces juegos
Que mil y mil con variedad graciosa
Mágica el agua á su mirar presenta.
Bañan en ella sus sedientas alas
Los apacibles céfiros, y llenos
De su grato frescor, en vuelo alegre
Van á esparcirla á la tendida vega;
Mientras en dulce gratitud riendo,
La dócil caña el intratable espino
Y el álamo gentil en la ribera

Sus ramos tienden á besar las ondas:

Ondas preciosas que el colono activo
Supo en raudales dividir, y en ellos
Llevar la vida y la abundancia al campo.
Siquiera el cielo en su rigor se obstine
En negar el vivífico rocío,
Donde las nubes, los endebles diques
Rompe seguro el rústico, y al punto
Vieras la tierra que inundada embebe
El cristalino humor; y fuerzas nuevas
Con él cobrando, engalanar su frente
Un fruto y otro fruto, y cien tras ellos.

Así la vista por do quier se baña
En verdura eternal; así Pomona
Tiende su manto, y pródiga derrama
Del almo cuerno el celestial tesoro.
¿Qué mucho si su templo delicioso
Le plugo aquí sentar, y aquí adorada
Del hombre ser? Todo lo acata. El río,
En dos partido, con ardor la ciñe,
Y ella en sus brazos y en su amor se goza.
Yo allí, mientras los árboles se mecen
Al son del viento, en tanto que á sus hombros
Sube contento las opimas cargas
El hortelano y las zagalas rien
En trisca alegre y bullicioso juego,
Llego al altar de la deidad que en medio
Reina ostentando su silvestre pompa,
Y á reverencia y religión me inclina.
¡Árboles prodigiosos! ¿Cuál la mente

Que así os quiso agrupar? ¿Cuál fué la mano
Que así os plantó? De majestad vestido
El añoso nogal, su cima alzando,
Hasta la cumbre del Olimpo alcanza;
Sube, y en su ambición tiende los brazos
Lejos de sí, cual si ocupar con ellos
De la esfera los ámbitos quisiera;
Y eternos á par de él, y á par sublimes,
Seis lúgubres cipreses los lujosos
Ramos le cercan, y en su faz sombría
La luz quebrantan del ardor febeo.

¡Oh, delicias! ¡Oh, magia! ¡Oh, cómo hundida
Bajo esta hermosa bóveda se lleva
La mente á meditar! ¡Cuál se engrandecen
Sus pensamientos! Y á la par mirados,
¡Cuán breve el hombre, y su poder, su gloria,
Toda su pompa! ¡Oh, qué de veces vieron
De su opulento dueño aquestos troncos
La afanosa inquietud! Cuántas en vano
Con su grato silencio le brindaban
Al reposo, á la paz; y él orgulloso
En pos del mando y la ambición corría!
¡Qué de delitos no abortó el insano
Para saciar su ardor! Bañóse en sangre,
Domó la tierra, y ¿qué logró? Estas plantas
Le vieron perecer, y ellas quedaron:
Quedaron á esparcir sus ramos bellos
Sobre mí, que inclinado y reverente
Canto su gloria; y vivirán: testigos
Serán ¡ay! de mi fin cuando á su ocaso
Llegue el aliento de mi endeble vida.

Todo al tiempo sucumbe: ellas un día,
Ellas también... ¡Ah, bárbaro! repara
La inclemente segur; muévante al menos
Su sacro horror, su venerable sombra,
Su augusta ancianidad. Pudo hasta entonces
Respetarlas el tiempo, ¿y tú atrevido
Su hojosa copa abatirás? Detente,
Detente, y no en un punto así destruyas
La gloria del verjel. Nogal frondoso,
Altos y melancólicos cipreses,
Para siempre vivid, y que el ingrato
Cuya mano sacrílega se atreva
Vuestros troncos á herir, jamás encuentre
Sombra refrigerante en el estío
Cuando le hostigue el sol; nunca reposo,
Nunca halle paz, y de su injusto pecho
Huya por siempre la inocencia amable
Que en el campo y los árboles se abriga.

Lejos, empero, de la frente mía
Tan lúgubre pensar. Adios, cipreses,
Pomona, adios: los álamos del bosque
Ya con su dulce amenidad me llaman.
Salve, repuesto valle; el sol ardiente
Me hirió al venir, y fatigado el pecho
Late anhelante, y con dolor respira.
Acógeme en tu seno; que tu yerba
Verde, abundosa, á mis cansados miembros
Sirva de alfonbra; que el murmullo blando
Del grato arroyo en agradable sueño
Me envuelva y me regale, y que sacuda
Favonio en tanto el delicioso néctar

De su frescura, y mi sudor enjugue.
¡Ah! que ni aquí del velador cuidado
El tósigo alcanzó, ni las espinas
Del miedo agitador su punta emplean.
Todo es sosiego: al despertar, las aves
Con su armónico acento en mis oidos
Los ecos llevan del placer; las auras,
Árboles, cielo y arroyuelo y prado,
Todo me halaga y á mi vista rie.
Mientras la fuente retirada y pura
Me ofrece el cáliz de sus ondas frías
A mitigar mi sed; y yo, embebido
Con himnos mil, en mi delirio ciego
Á sus graciosas náyades imploro.

¡Oh Gesner! ¿dónde estás? Tú, á quien desnuda
Y llena de gracia y de inmortal belleza
Natura se mostró; tú, que inspirado
Fuiste de la virtud; tú, que en las selvas
La paz y la inocencia y los amores
Tan dulcemente resonar hacías,
¡Divino Gesner! ven; lleva mis pasos
Y enséñame á gozar. Contempla el suelo
Cuál nuestra planta engaña, y cuán hermoso
Se hunde aquí, se alza allá, forma ora un llano,
Después un seno; á la alameda vuelve
La vista embelesada, y mira en ella
Las gracias revolar; ve la ternura
Con que al abrigo del robusto padre
Del recio invierno y rigoroso estío
Los pequeñuelos árboles se amparan.
Pregunta al blando céfiro, que vuela

En sus copas dulcísimas moviendo
Los sones del amor, cuántas zagalas
Asaltó aquí festivo, y cuántas veces,
De su recato virginal burlando,
Besó su frente y se empapó en su seno.
Pídele los tiernísimos suspiros
Que, llevados en él, por esta selva
Andan vagando, y las querellas tristes
Que el eco sordamente repetía.

Dímelo, ¡oh dulce fuente! Así tu curso
Siempre abundante y puro, coronado
Eternamente de verdor se vea,
Las veces dí que el amador inquieto
Sus ansias vino á consultar contigo.
Aquí, en tus verdes márgenes sentado,
Tal vez se vió de la beldad que ansiaba
Gratamente acogido, y tal vez ella,
Timida, tierna, de rubor teñida,
Le declaró su amor, y de sus ojos
Se escapó alguna lágrima que en vano
Luchó por contener; allá más lejos,
Dentro de aquella gruta solitaria
Que guarda el olmo en cabidad sombría,
¡Quién sabe si el placer!... ¡Oh ameno valle!
No temas, no, que á revelar se atreva
Mi lengua tus misterios silenciosos;
Basta la envidia en que encender me siento,
Basta el encanto en que tu amor me inunda.

¿Y tú tardas, Nicasio? ¿Y con tan puros,
Tan mágicos placeres te convida

El campo, y tú le esquivas? Corre, vuela
Antes que el año en su incansable curso
Lleve al verano y al verdor consigo.
Cuidadoso el jardín te guarda flores;
Ven á gozarlas: si se agosta alguna,
Yo con los ojos del dolor la sigo,
Y pienso en tí, que su esperanza engañas.
Huye con pié veloz esos lugares,
Digna morada de los tigres fieros
Que los habitan, do respiran solo
El negro horror que en sus entrañas ceban:
De donde huyó el sosiego, huyó por siempre
La dulce confianza; el pensamiento,
De la opresión sacrílega amagado,
No se atreve á romper el claustro oscuro
En que le hundió el temor; y las palabras,
Cuando son de virtud, sordas, temblando,
Do quier hallar con la maldad recelan.

¡Oh, pechos sin virtud! Jamás preciaron
Los campos y las selvas que enmudecen
Cuando sus plantas con desdén las huellan.
Sí, que el sublime y celestial lenguaje
De natura entender sólo fué dado
Á la inocente sencillez, y en ellos
Los vicios viles y execrables moran
De esclavos ó tiranos. Dulce amigo,
Húyelos, y rendido á mis plegarias
Ven á acogerte á mi apacible asilo:
Los árboles no venden, los arroyos
No aprenden á mentir; sereno el aire,
Sereno el cielo, á respirar te brindan

En grata libertad: aquí segura
Podrá tu mente en sus grandiosas alas
El vuelo descoger; ora en los valles
Perderáste embebido, ora sonando
Tu lira de oro, invocarás las musas,
Y las musas vendrán; ellas amigas
Del campo siempre y soledad han sido.
Y en tanto que suspensa, embelesada,
La esfera atienda á tu sublime canto,
Y, templando la cítara á tu ejemplo,
Mi humilde acento ensayaré contigo.

(1797).

PARA UN CONVITE DE AMIGOS

CORO

COMPAÑEROS, silencio! El aura inquieta
Agita ya las cuerdas de la lira
Que anhela por sonar: cante el poeta,
Y que obedezca al numen que le inspira.

POETA

Cantar, yo cantaré; más ¿por ventura
Queréis también que á interrumpir me atreva
Su curso hermoso á tan sereno día?
¿Queréis que la voz mía

En sus robustos tonos,
Como ya lo acostumbra, airada y fiera,
Rayos despida á los soberbios tronos?
¡Vano tesón! Los hombres olvidados,
Como se llevan á la mar los ríos,
A la vil servidumbre así se llevan,
Y con sus hombros la injusticia elevan!
Allá se avengan; á los pies se humillen
De la siempre insolente tiranía,
En tanto que nosotros consagramos
Las horas al placer y á la alegría.
Bebamos pues; nuestro apacible acento,
Fuerzas cobrando en el licor divino,
Salga más grande á penetrar el viento,
Suba más dulce á celebrar el vino.

CORO

Bebamos pues; nuestro apacible acento,
Fuerzas cobrando en el licor divino,
Salga más grande á penetrar el viento,
Suba más dulce á celebrar el vino.

POETA

Cuando inspirado el lírico latino,
Glorias de Baco en su laud cantaba,
El oriente á su carro encadenaba,
Que de tigres fierísimos uncía.
¿Quién al dios de la risa y la alegría
En tan terrible pompa conociera?
Quién sin dolor contemplara á Lieo,
Ya llenando de horror los horizontes

Cuando apedaza bárbaro á Penteo,
Ya hinchendo en frenesí madres y esposas,
Y al grito de las Ménades furiosas
Las cavernas bramar, y arder los montes?
¡Triste alabanza! ¡Cántico inhumano!
Odiar, matar, despedazar furioso
Son dones propios de cualquier tirano.
Mas le quiero yo ver la sien ceñida
De pámpanos pacíficos, riendo,
En brazos de su Ariadna reclinado,
Besando á veces su turgente seno
Y á su presencia amiga
Desterrando el mortífero veneno
Del esquivo cuidado y la fatiga.
¿Quién basta ¡oh, Baco! á celebrar tus dones?
Tú, cuando braman las pasiones ciegas
Á modo de huracán dentro del pecho,
Eres iris de paz que las sosiegas.
Tu aliento al afligido
Las dolorosas lágrimas enjuga,
Y á la desconfianza sospechosa
La encapotada frente desarruga.
¿Qué más? Hasta el esclavo
Vilmente atado á la servil cadena,
Cuando el ardor de tu licor le llena,
Sacudiendo su pena, alegre canta,
Y á su señor insulta,
Y al Olimpo la frente audaz levanta.
¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
Del rubio dios que del oriente vino!
Bebamos en su honor, suya es la gloria.
¡Gloria sin fin al inventor del vino!

CORO

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
Del rubio dios que del Oriente vino!
Bebamos en su honor, suya es la gloria.
—¡Gloria sin fin al inventor del vino!

POETA

Mas ya no basta á contener mi acento
Este breve horizonte, ya ambicioso
Otros más anchos ámbitos desea.
¡Oh, si el eco de paz yo dar al viento
Pudiese, y que á mi voz quedase ocioso
El hierro que aterrando centellea!
Dame tu aliento, ¡oh Baco! dame el vuelo
De los bóreas aligeros, y al punto
Arrebátame allá donde irritado,
Con sangre hinchado y la corriente aun roja,
Al mar helado el Vístula se arroja.
Tres déspotas allí mandan la muerte:
¡Sacrílegos! Al tiempo
Que hace, el genio del mal, paz con el mundo,
Que todo vive y por vivir anhela,
Ellos matan: ¡qué horror!—Ved al oriente
La primavera hermosa
Mostrar festiva su purpúrea frente.
La copa de los árboles pomposa
Grata sombra nos dá, nido á las aves,
Y dulce juego al céfiro lascivo.
Brillante el sol, desde su excelsa cumbre
Inunda al universo
En torrentes de lumbre;

Mientras la flor brotando el prado esmalta,
Y en la torcida madre que le encierra
Por guijas de oro el arroyuelo salta.
¿Dónde el Vístula fué? ¿Dónde la guerra?
Cual cometa á mi vista aparecieron,
Como prestos relámpagos huyeron.
¡Oh! no vuelvan jamás: perdí el camino;
Le cobraré bebiendo; y que mi canto,
En vez de daros belicoso espanto,
Os dé el encanto que respira el vino.

CORO

¡Oh! no vuelvan jamás; perdió el camino;
Que le cobre bebiendo; y que su canto,
En vez de darnos belicoso espanto,
Nos dé el encanto que respira el vino.

POETA

Brindemos; ¿y por quién? Por la hermosura.
¿No veis al rebullir del fresco viento
Y á la vivaz fragancia de las flores
Despertar en enjambres los amores?
Que cada cual al punto por su amiga
Beba, que cada cual la encuentre siempre
Más fresca y más hermosa
Que por abril la rosa;
Siempre brillante y pura
Como es brillante el sol, puros los cielos,
Nunca sospecha ó ponzoñosos celos
Osen romper tan amorosos lazos;
Que á sus abrazos cedan los abrazos
Del álamo y la vid, y que á sus besos

Cedan también en fuego y en dulzura
Las deliciosas chispas centellantes
Que ora en este licor mi labio apura,
Bebamos: acordémonos que un día
Dijo riendo Vénus á Lieo:
«Tu ardor va á par con la belleza mía;
Tú igualas el poder con el deseo.»

CORO

Bebamos: acordémonos que un día
Dijo riendo Vénus á Lieo:
«Tu ardor va á par con la belleza mía;
Tú igualas el poder con el deseo.»

POETA

Mas dejemos á amor: amor se agrada
En el silencio, y delicado y niño,
Hasta el aire le ofende, y goza solo.
La amistad es social: próvido el cielo,
Dió á la dulce amistad ser el consuelo,
Ser el encanto de la humana vida..,
¡Ay! ¿por qué, amigos míos,
Por qué esta amarga lágrima vertida
Mi inflamada mejilla baña ahora?
¿En dónde están los pérfidos que un día
Con horrenda traición mi amor pagaron,
Y á modo de asesinos?... ¡Ah infelices!
Jamás su alma alevosa
Tendrá ya este placer, esta alegría
Que ora tan pura en mi interior rebosa.
Volvedme el vaso á henchir brindad conmigo
Y otra vez le apurad. Por este cielo,

Por este sol que nos alumbra y mira,
Por este puro céfiro que espira
Y en mi frente el sudor volando orea,
Por el vivo placer que nos recrea,
Tocad las copas, y juremos todos
Que tan dulce amistad eterna sea.
No importa al juramento estar beodos,
No importa, no; jurad, bebed sin tino;
Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
Hierva en los vasos rebosando el vino,
Y á voces torne á retumbar la selva.

CORO

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
Hierva en los vasos rebosando el vino,
Y á voces torne á retumbar la selva.

Abril de 1807.





A LA INVENCION DE LA IMPRENTA

SERÁ que siempre la ambición sangrienta
Ó del solio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta
Vuestro divino labio, hijos dé Apolo?
¿No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿Serán tal vez del nombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldición la historia?
¡Oh! despertad: el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,

Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno también del universo sea.

No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad; siempre las aras
De la invención sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
Ei precioso tesoro
De vivífica mies descubre al suelo;
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste también tú, que allá un día
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huía?

Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenía.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invención magnífica se deben:
Contémplala brillar; y cual si sola

A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rin helado
Nacer vió á Guttenberg. «¿Con que es en vano
Que el hombre al pensamiento
Alcánzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento,
En letargosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Oceano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano:
¿Qué les falta? ¿Volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invención la siga:
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse.»

Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita, agitada
Con el estruendo sordo y formidable
Que hace sañudo el viento
Soplando el fuego asolador que encierra
En sus cavernas lóbregas la tierra.
¡Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía!
El volcán reventó, y á su porfía
Los soberbios cimientos vacilaron.

¿Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio?

Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra;
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva, aunque ruinosa, todavía
La aterradora faz que antes tenía.
Mas llega el tiempo, y la estremece, y cae;
Cae, los campos gimen
Con los rotos escombros, y entre tanto
Es escarnio y baldón de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
Ornó de la razón, mientras osada,
Sedienta de saber la inteligencia,
Abarca el universo en su gran vuelo.
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubría,
Y allí contempla el eternal reposo

Del astro luminoso
Que dá á torrentes su esplendor al día.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar, la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío,
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuoso,
A modo de relámpagos huyendo,
Los astros rutilantes; mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.

«¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete al hombre.» Ella volvió, y furiosa
Lanzó su indignación en sus clamores.
«¡Con que el mundo moral todo es horrores!
¡Con que la atroz cadena
Que forjó en su furor la tiranía,
De polo á polo inexorable suena,
Y los hombres condena
De la vil servidumbre á la agonía!
¡Oh! no sea tal.» Los déspotas lo oyeron,
Y el cuchillo y el fuego á la defensa
En su diestra nefaria apercibieron.

¡Oh insensatos! ¿qué haceis? Esas hogueras,
Que á devorarme horribles se presentan
Y en arrancarme á la verdad porfían,
Fanales son que á su esplendor me guían,
Antorchas son que su victoria ostentan.
En su amor anhelante
Mi corazón extático la adora,
Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
No: ni el hierro ni el fuego amenazante
Posible es ya que á vacilar me obliguen.
¿Soy dueño por ventura
De volver el pie atrás? Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente
Si una vez hacia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano;
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Oceano.

Llegó pues el gran día
En que un mortal divino, sacudiendo
De entre la mengua universal la frente,
Con voz omnipotente
Dijo á la faz del mundo: «El hombre es libre».
Y esta sagrada aclamación saliendo,
No en los estrechos límites hundida
Se vió de una región; el eco grande
Que inventó Guttenberg la alza en sus alas;
Y en ellas conducida,
Se mira en un momento
Salvar los montes, recorrer los mares,
Ocupar la extensión del vago viento;

Y sin que el trono ó su furor la asombre,
Por todas partes el valiente grito
Sonar de la razón: «Libre es el hombre».

Libre, sí, libre: ¡oh dulce voz! Mi pecho
Se dilata escuchándote, y palpita,
Y el numen que me agita,
De tu sagrada inspiración henchido,
Á la región olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva.
¿Dónde quedais, mortales
Que mi canto escuchais? Desde esta cima
Miro al destino las ferradas puertas
De su alcázar abrir, el denso velo
De los siglos romperse, y descubrirse
Cuanto será. ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron,
Como la peste y las borrascas huyen
De la afligida zona, que destruyen,
Si los vientos del polo aparecieron.
Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos;
Que amor y paz el universo llenan,
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan.
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende;

Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía.

¿No la veis? ¿No la veis? ¿La gran columna,
El magnífico y bello monumento
Que á mi atónita vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna
Del que renombre entre opresión granjea.
Ante él por siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttenberg tributa:
Breve homenaje á su favor inmenso.
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró, sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
Gloria al que, en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo:
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

(Julio de 1860).



Á LA DUQUESA DE ALBA

PRESENTÁNDOLE UNA OBRA DE ESCULTURA CONSAGRADA Á SU BENEFICENCIA

Fiel la amistad, á tu presencia ofrece
Este precioso monumento, en donde
La reverente gratitud te adora;
Él tu dulce atención humilde implora;
Y una mirada de favor merece,
Pues llega á tí como al Olimpo sube,
Por manos inocentes enviada,
De grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria
De tu belleza, el poderoso halago
De tus ojos por siempre abrasadores,
Y tu tríunfo ostentar y tus victorias
De las gracias en medio y los amores;
Mas era la amistad quien le guiaba:
Ella dijo al artista: «De tu mano
Un monumento singular espero,
Donde el genio del bien solo respire;
Que de Alba la deidad en él se mire,
Y que por él eternizada sea
La bondad celestial, inagotable,
Que su apacible corazón recrea.

Y agradóse el cincel en su tarea;

Que al fin en ella á consagrar no aspira
Aquellos hijos del poder que triste
La tierra siempre y con terror admira.
Ellos del arte á profanar se atreven
El genio creador cuando en su gloria
Mandan tallar los mármoles y bronces
Para eterno blasón de su memoria.
Óyelo el arte esclavizado, y gime,
Y obedece. ¿Qué importa? El humo negro
Que sus atroces crímenes exhalan,
Allí fétido vaga; allí se escuchan
Los ayes tristes que lanzar hicieron
Aquel honor que sin pudor violaron,
Aquella fe que sin cesar mintieron;
La maldición del mundo, que oprimía
Su insolente ambición... ¡Ah! vanamente
Los esconde la tumba: ellos quisieron
Su fama eternizar; su fama vive,
Mas es de eterna execración cargada;
Y si la tierra á su pesar los nombra,
Ó bien de oprobio y de baldón los cubre,
Ó bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh, cuán diversa suerte, amable amiga,
El cielo á tí te preparó! Tu cuna
La humanidad y la amistad mecieron,
Y en tí encontraron sempiterno abrigo.
Creciste: tu poder y alta fortuna,
Cual raudales de bien, siempre se vieron
Llevar el gozo y la piedad consigo.
¿Cómo ó de dónde tan sublimes dones
De tu nombre á la pompa se hermanaron?

La pompa, siempre de soberbia henchida,
Sólo á temor y humillación convida;
Tú á agradecer y á amar. Dígalo el eco
De ansiedad y dolor con que tu nombre
De labio en labio sin cesar volaba
En estos tristes dolorosos días
Que la dolencia por tu ser vagaba,
Cuando, como serpiente ponzoñosa
Por tus entrañas débiles corriendo,
El mal las devoraba, y tú gemías.
Las noches sucedían á los días,
Los días á las noches; y el esquivo
Dolor triunfaba de tu endeble vida,
En su violencia atroz siempre más vivo.
Huye, ¡oh, muerte cruel! De aquí destierra
Tu faz odiosa y tu inclemente saña;
Hiera al perverso tu fatal guadaña,
Vengando de él á la ultrajada tierra,
Y perdona á su encanto... Oyólo el cielo,
Y el arte, que solícito empleaba
Á par de tí su infatigable anhelo,
Calmar pudo al dolor; la parca airada,
Que feroz amagándote ya estuvo,
Cedió, y la mano en tu exterminio alzada
Á su voz imperiosa se detuvo.

Vives, en fin, y conservada fuiste
Al amoroso llanto y los suspiros
De la amistad á los fervientes votos
Del agradecimiento. ¡Ah! si á la suerte
Plugo en tal riesgo separar la hora
Que á tu hermoso vivir última sea,

Arrójela bien lejos; y que entonces,
Sereno, sin dolor, sin agonía,
Se parezca el momento de tu sueño
Al dulce obscurecer de un bello día.
Morir es ley universal; no hay nadie
Que su sentencia redimir consiga;
Pero ¿morimos, adorable amiga?
No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde,
Vive y da vida; nuestra mente vive,
La del sabio en sus libros, la del bueno
De sus acciones en el grande ejemplo;
La virtud recordándolas se eleva;
Gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada
La suerte de los pueblos, que ahora deben
Á tu amoroso esmero su ventura,
Sientan soberbia á la opresión su azote
Sobre ellos extender, ¡oh cuántas veces
De tí se acordarán! ¡Cuántas, postrados
Ante este grupo, adorarán tu imagen,
Y dirán: «¿Dónde estás? ¿Cuál fué la mano
Que de tu amparo nos privó?» Y gimiendo,
Y en llanto triste el pedestal regando,
Exclamarán: «¡Oh Dios! si ella viviera,
Cesara nuestra mísera amargura;
Lloráramos tal vez, y el llanto fuera
De dulce gratitud y de ternura».





En los amargos días
Que serán luto eterno en la memoria,
Y á los siglos remotos indignada
Con hiel y llanto pintará la historia;
Cuando después de reluchar en vano
Con la dura opresión en que gemía
La tierra, sin aliento al yugo indigno
El cuello pusilánime tendía;
Al tiempo que el destino,
Las espantosas puertas desquiciando
Del imperio del mal, sus plagas todas
Sobre España lanzaba,
Y ella míseramente agonizaba:
Yo entonces afligido,
«Pide, dije á mi espíritu, sus alas
Á la paloma tímida, inocente;
Tómalas, vuela, y huye á los desiertos,
Y vive allí de la injusticia ausente».

Al punto presurosas
Mis plantas se alejaron
Á las sierras nevadas y fragosas,
Lindes eternos de las dos Castillas.
Ya sus cimas hermosas
Mi pensamiento alzaban
Del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas,
Cuando mis ojos la mansión descubren
Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes
Y albergue penitente á solitarios.
En vano el genio imitador su gloria
Quiso allí desplegar, negando el pecho
Á la orgullosa admiración que inspira
«¡Artes brillantes, exclamé con ira,
Será que siempre esclavas
Os vendais al poder y á la mentira!
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padrón sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?

¡Mas no, es tumba también!...» Y en esta idea
Embebecido el pensamiento mío,
Quise al recinto penetrar, en donde
Bajo eterno silencio y mármol frío
La muerte á nuestros príncipes esconde.
¡Salud, célebres urnas! En el oro,
En las pomposas letras que os coronan,
Decidme, ¿qué anunciais? ¿Tal vez memorias,
Memorias, ¡ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente

Pueda aliviarse al contemplar las glorias
Que un tiempo ornaban la española gente?
¡Sepulcros, responded!... Y de repente
Vuélvense de la bóveda las puertas
Sobre el sonante quicio estremecido;
La antorcha muere que mis plantas guía,
Y embargado el sentido,
Mil terribles imágenes se ofrecen
Á mi atemorizada fantasía.

Tú que ciñendo de laurel la frente,
Con austero semblante
Y en perdurable verso
Presentas la verdad al universo,
Sin que el halago pérfido te vicie
Ni el ceño de los déspotas te espante:
¡Oh Musa del saber! mi voz te implora;
Ven, desata mi labio, en digno acento
Dame que pueda revelar ahora
Lo que ví, lo que oí, cuánto escondido,
Sin que los hombres á entenderlo aspiren,
Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,
El silencio rompió que hondo reinaba,
Mientras las urnas lánguida alumbraba
Pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente,
Y en medio de la estancia pavorosa
Un joven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello
Del nudo atroz que le arrancó la vida

Aun mostraba la huella sanguinosa;
Y una dama á par de él también se vía,
Que, á fuer de astro benigno, entre esplendores
Con su hermosura celestial sería
Del mundo todo adoración y amores.
¿Quién sois? iba á decir, cuando á otra parte
Alzarse ví una sombra, cuyo aspecto
De odio á un tiempo y horror me estremecía.
El insaciable y velador cuidado,
La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucía;
El rostro enjuto y míseras facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubría
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:
Paráronse, y el jóven indignado,
«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro! exclamaba;
¿Conóces á tus víctimas?» «Respeta,
Dijo el espectro, á quien el ser debiste;
Por el bien del Estado al fin moriste.
Resígnate.»

EL PRÍNCIPE CARLOS

«¡Oh hipócrita! La sombra
De la muerte te oculta, ¿y aún pretendes
Fascinar, engañar? Cuando asolados

Por tu superstición reinos enteros,
Yo los osé compadecer, tú entonces
Criminal me juzgaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del fanático Felipe
No pudo sin delito haber clemencia,
¿Cuál fué, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa,
Ni su noble candor, ni su hermosura,
De tí pudieron guarecerla.»
Un hondo
Gemido entonces penetró los aires,
Que al desplegar sus labios dió la triste.

ISABEL DE VALOIS Ó DE LA PAZ

«¡Ay; prorrumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confíe,
Si la envidia en su daño no reposa,
Y la calumnia hiriéndola se ríe?
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.
Quise al cruel que se llamó mi esposo
Un horror impedir, y este es mi crimen.
Pedí por tí con lágrimas; mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte, perecí contigo:
¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!»

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto,
En los hombros del joven reclinada,

Sus ojos melancólicos y bellos
Fijaba en él, y la amistad más viva,
La más noble piedad reinaba en ellos.
Entre sus manos frías
Se miraba la copa envenenada
Que terminó sus días,
Y el Príncipe en las suyas agitando
Un sangriento dogal, con faz terrible
Á su bárbaro padre atormentaba.
El tirano temblaba; en sordos ecos
Deseperados ayes
Su boca despedía
Y de sus miembros trémulos
En convulsiones hórridas
Brotaba á su despecho la agonía.
Sí, nacer para el mal, romperse el velo
De la ilusión que arrebató hacia el crimen,
Presentes ver las víctimas que gimen,
Ser odio, execración del universo,
Mirar que niega la implacable suerte
Todo retorno al bien; ¡ay! al perverso
Este infierno tal vez en vida alcanza,
Si aún le sigue á los reinos de la muerte,
¡Qué terrible, oh, virtud, es tu venganza!

Sobrepujando, en fin por un momento
La agitación, y vuelto hacia su hijo:

FELIPE II

«Cesa, cruel, de atormentarme, dijo;
Tu muerte injusta fué; pero el Estado
Con ella respiró. Si tú vivieras,

Rota la paz, turbada la armonia
De un imperio hasta allí quieto y sereno,
Tú profanaras su inocente seno
Con la atroz sedición, con la herejía».

EL PRÍNCIPE CARLOS

«Mandar, sólo mandar, que se estremezca
La tierra á vuestro arbitrio, este es el orden,
Esta la ley con que regís el mundo
Tú y tus iguales, al ahogar la vida
De las naciones míseras que os sirven
Dais el nombre de paz al desaliento
De la devastación. ¡Oh de Felipe
Hijos, nietos imbéciles, decidle
Qué resta ya de la nación que un tiempo
Ál mundo dominó como señora,
Alzaos del polvo, y respondedle ahora».

A los tremendos ecos
De la imperiosa voz, que resonando
Fué como trueno bronco por los huecos
De aquellas tumbas, de repente abiertos
Sus mármoles, tres sombras abortaron,
Que en vez de amor ú horror, desprecio sólo
Y piedad injuriosa me inspiraron.
Alzaba al cielo sin cesar los ojos
Con apariencia mística el primero,
Dejando el cetro en tanto por depojos
A un mercenario vil, cuya avaricia,
Mientras más atesora, más codicia.
En juegos, danzas, farsas distraído,
Y al crótalo procaz dando el oído,
El segundo se entrega á los placeres,

Y el reino y el deber pone en olvido.
Trémulo el otro respiraba apenas.
¡Oh Dios! ¿Y esto era rey á tanto imperio?
Nulo igualmente á la virtud que al vicio,
Indigno de alabanza ó vituperio,
La estrella ingrata que su ser gobierna
Le destinó en el mundo
A impotencia oprobiosa, á infancia eterna.

Viólos Felipe, y en aquel momento
Lució en su faz la tempestad pasada;
Viólos, y dijo:

FELIPE II

¿Quiénes sois? ¿Qué hicísteis
Del inmenso poder que se extendía
Con pasmo universal de polo á polo?
Tal os le dí muriendo. Al nombre hispano,
A su esplendor y bélica fortuna
Tembló el francés, se estremeció el britano,
Y le oyó con terror la media luna».

FELIPE III

«Yo nací para orar: un solo dia
Quise mostrarme rey, y de sus lares
A las arenas líbicas lanzados
Un millón de mis súbditos se vieron.
Los campos todos huérfanos gimieron,
Llora la industria su viudez; ¿qué importa?
Su voz no llegó á mí».

FELIPE IV

«Ya el trono de oro,

Que á tanto afán alzaron mis abuelos,
Debajo de mis pies se derrocaba;
Mientras que, embebecido entre festines
Yo, olvidando mi oprobio respiraba
El aura del deleite en los jardines».

CARLOS II

«Yo inútil...»

FELIPE II

«Basta ya; ¿quién hay que al verte
Pueda ignorar la deplorable suerte
De este imperio, en tus manos moribundo?»

EL PRÍNCIPE CARLOS

«Aun no basta; responde: ¿á quién el mundo
Te vió dejar el vacilante trono?
¿Á quién diste el poder de Austria?»

CARLOS II

«A la Francia».

FELIPE II

«¡Á la Francia! Á esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mía!
¿Lo oyes, oh padre? Las legiones fieras,
Que en San Quintín triunfaron y en Pavía,
Bajo el yugo se ven de los vencidos.
¿Cómo España es tan vil, que lo consienta?
No hay duda, un astro pérfido, inclemente,
Se ha complacido en elipsar mi nombre,
Y el mundo en vano me llamó *el Prudente*».

Así en estos inútiles clamores
Su confusión frenético exhalaba,
Cuando las losas del sepulcro hendiendo,
Se vió un espectro augusto y venerable,
Que á los demás en majestad vencía.
El Águila imperial sobre él tendía
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentación de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se vía,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
De bélicos blasones
Ante sus pies indómitos yacía:
Despojo que á su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas, le rindieron.
Las sombras á su aspecto enmudecieron;
Y él, con fiero ademán vuelto al tirano,
Dijo:

CARLOS V

«¿Por qué culpar á las estrellas
De esa mengua cruel? Por qué te olvidas
De tu ambición fanática y sedienta,
Que de prudencia el nombre sacrosanto
A usurpar se atrevió? Yo los desastres
De España comencé y el triste llanto
Cuando, espirando en Villalar Padilla,
Morir vió en él su libertad Castilla.
Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza
Calló Aragón gimiendo. Así arrollados
Los nobles fueron, las sagradas leyes

Que eran del pueblo fuerza y energía,
¿Quién, insensato, imaginar podría
Que, en sí abrigando corazón de esclavo,
Señor gran tiempo el español sería?
¿Qué importaba después con la victoria
Dorar la esclavitud? Esos trofeos
Comprados fueron ya con sangre y luto
De la despedazada monarquía.
Mírala entre ellos maldecirme á gritos.»

Y era así; que agobiada con el peso
De tanto triunfo allí se querellaba
Doliente y bella una mujer; y en sangre
Toda la pompa militar manchaba.
Él prosiguió:

CARLOS V

«¿Las oyes? Esas voces
De maldición y escándalo sonando
De siglo en siglo irán, de gente en gente.
Yo el trono abandoné, te cedí el mando,
Te vi reinar... ¡Oh errores! ¡Oh imprudente
Temeridad! ¡Oh míseros humanos!
Si vosotros no haceis vuestra ventura,
¿La lograreis jamás de los tiranos?»

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra
Bramador huracán fué sacudido,
De tempestad horrísona asistido,
Para espantar y combatir la tierra.
Derramóse furioso por los senos
Del edificio; el panteón temblaba;

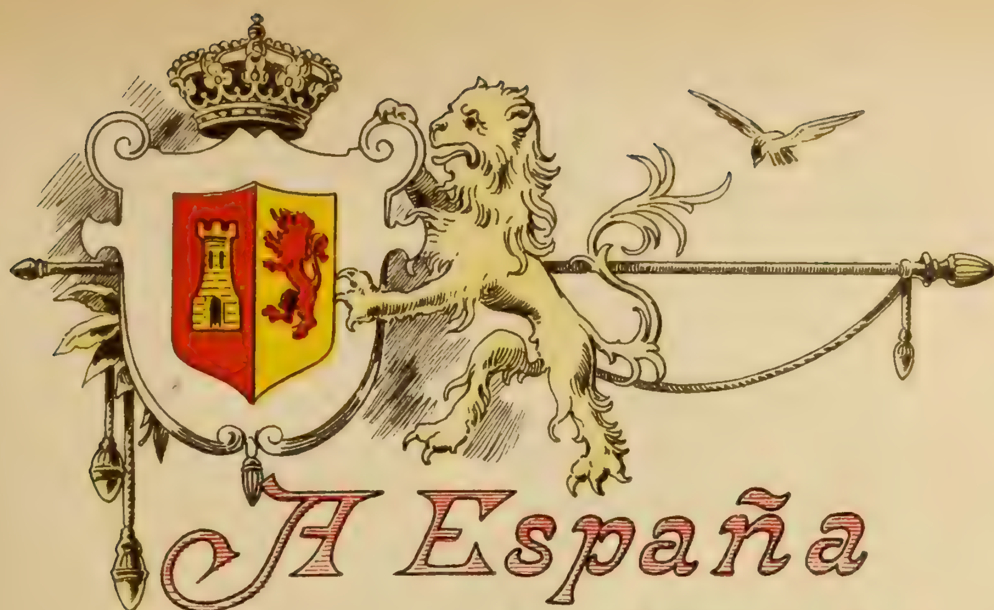
La esfera toda se asordaba á truenos;
Á su atroz estampido
De par en par abiertas
Fueron de la honda bóveda las puertas:
Entraron los relámpagos, su lumbre
Las sombras disipó, y enmudecido,
Y envuelto yo en pavor, cobro el sentido,
Cual si con tanta majestad quisiera
Solemnizar el cielo
La terrible lección que antes me diera.

(Abril de 1805).

Á LA SEÑORA
DOÑA PILAR SINUÉS Y NAVARRO
QUE HABÍA HECHO UNOS VERSOS Á MI CORONACIÓN

Tu pusiste una flor pura y graciosa
En la corona que adornó mi frente,
Y á mí es muy grato en la ocasión presente
Ceñir tus sienes de flamante rosa.
Vas, amable Pilar, á ser esposa,
Consagrando en las aras de Himeneo
Tu libertad y gracias juveniles.
¡Dichoso á quien se guarda este trofeo!
Yo, aunque agobiado con ochenta abriles,
Tomo, cual debo, parte en tu alegría,
Y en débil, sí, pero sincero acento,
Tu nombre doy, para aplaudirle, al viento,
Y acompaño tu triunfo en ese día.

(Madrid, 10 de Enero de 1856.)



A España despues de la Revolución de Marzo

Qué era, decidme, la nación que un día
Reina del mundo proclamó el destino,
La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blasón divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del África, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasía
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendía,
Sus perlas y coral el Oceano,
Y donde quier que revolver sus olas
El intentase, á quebrantar su furia

Siempre encontraba costas españolas.

Ora en el cieno del oprobio hundida,
Abandonada á la insolencia agena,
Como esclava en mercado, ya aguardaba
La ruda argolla y la servil cadena.
¡Qué de plagas, ¡oh Dios! Su aliento impuro;
La pestilente fiebre respirando,
Infestó el aire, emponzoñó la vida;
La hambre enflaquecida
Tendió sus brazos lívidos, ahogando
Cuanto el contagio perdonó; tres veces
De Jano el templo abrimos,
Y á la trompa de Marte aliento dimos;
Tres veces ¡ay! Los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.
¿Qué en tanto tiempo viste
Por tus inmensos términos, oh Iberia?
Qué viste ya sino funesto luto,
Honda tristeza, sin igual miseria,
De tu vil servidumbre acerbo fruto?

Así, rota la vela, abierto el lado,
Pobre bajel á naufragar camina,
De tormenta en tormenta despeñado,
Por los yermos del mar, ya ni en su popa
Las guirnaldas se ven que antes le ornaban,
Ni en señal de esperanza y de contento
La flámula riendo al aire ondea.
Cesó en su dulce canto el pasajero,
Ahogó su vocería

El ronco marinero,
Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frío;
Y él va á estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano
El tirano del mundo al occidente,
Y fiero exclama: «El occidente es mío».
Bárbaro gozo en su ceñuda frente
Resplandeció como en el seno oscuro,
De nube tormentosa en el estío
Relámpago fugaz brilla un momento
Que añade horror con su fulgor sombrío.
Sus guerreros feroces
Con gritos de soberbia el viento llenan;
Gimen los yunques, los martillos suenan,
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso
Pensais que espadas son para el combate
Las que mueven sus manos codiciosas?
No en tanto os estimeis: grillos, esposas,
Cadenas son que en vergonzosos lazos
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España
Del indigno rumor que cerca oía,
Y al grande impulso de su justa saña
Rompió el volcán que en su interior hervía.
Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;
Resuena el eco de venganza en torno,
Y del Tajo las márgenes responden:
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,

Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?
Su gloria fué, nuestro esplendor comienza;
Y tú, orgulloso y fiero,
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,
Precipitas al mar tus rubias ondas,
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»

¡Oh triunfo! Oh gloria! ¡Oh celestial momento!
¿Con qué puede ya dejar el labio mío
El nombre augusto de la patria al viento?
Yo le daré; mas no en el arpa de oro
Que mi cantar sonoro
Acompañó hasta aquí; no aprisionado
En estrecho recinto, en que se apoca
El numen en el pecho
Y el aliento fatídico en la boca.
Desenterrad la lira de Tirteo,
Y el aire abierto á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfría,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos,
Los ecos de la gloria y de la guerra.

¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,
Unico asilo y sacrosanto escudo
Al ímpetu sañudo
Del fiero Atila que á occidente oprime!
¡Guerra, guerra, españoles! En el Bétis
Ved del Tercer Fernando alzarse airada

La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
Del hijo de Jimena
Animarse los miembros giganteos,
En torbo ceño y desdeñosa pena
Ved cómo cruzan por los aires vanos;
Y el valor exhalando que se encierra
Dentro del hueco de sus tumbas frías,
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!

¡Pues qué! ¿Con faz serena
Vierais los campos devastar opimos,
Eterno objeto de ambición ajena,
Herencia inmensa que afanando os dimos?
Despertad, raza de héroes: el momento
Llegó ya de arrojarse á la victoria;
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.
No ha sido en el gran día
El altar de la patria alzado en vano
Por vuestra mano fuerte.
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte*
Que consentir jamás ningún tirano!»

Sí, yo lo juro, venerables sombras;
Yo lo juro también, y en este instante
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,
Ceñidme el casco fiero y refulgente;
Volemos al combate, á la venganza;
Y el que niegue su peeho á la esperanza,

Hunda en el polvo la cobarde frente.
Tal vez el gran torrente
De la devastación en su carrera
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura
No se muere una vez? ¿No iré, espirando,
Á encontrar nuestros ínclitos mayores?
«¡Salud, oh padres de la patria mía,
Yo les diré, salud! La heróica España
De entre el estrago universal y horrores
Levanta la cabeza ensangrentada,
Y vencedora de su mal destino,
Vuelve á dar á la tierra amedrentada
Su cetro de oro y su blasón divino».

(Abril de 1808).





La Diversión

ROMANCE

El amor se ha desprendido
De los brazos de su madre,
Y alegrando el universo
Se está suspenso en el aire.
  Él os contempla, zagalas,
Y mirándoos se complace
Al ver las gracias que os dieron
Las estrellas liberales.
  Él al placer os convida,
Al regocijo y al baile:
¿Y seréis sordas vosotras
Á sus influjos suaves?
  Mirad, cuál todo se anima!
De flor se visten los valles,

De yerba se cubre el campo
Y el viento pueblan las aves
Animaos también vosotras;
Gozad la estación amable,
Que sobrada vida os queda
Para devorar pesares.
Más rápido que una flecha,
Que vuela hendiendo los aires,
El tiempo vuela y se muere,
Muere el tiempo y no renace.
Tiempo vendrá en que os aflijan
Las memorias lamentables
De placeres que perdisteis,
De horas que desperdiciasteis.
Ea, pues: que nada se pierda,
Salid alegres al baile,
Los instrumentos resuenen
Y la risa os acompañe.
Ven tú, la alegre zagala,
Atención de mil amantes,
Y cuyos ojos, si miran,
No hay corazón que no abrasen:
Plácidamente severa,
Severamente agradable
Te acompañará tu hermana
Y alentaréis todo el valle;
Mientras que á encantarnos venga,
Mientras que enlazada sale
Con la gallarda Belisa
La linda y modesta Dafne.
Ven tú, en fin ninfa divina,
Ven en fin y no te tardes,

Tú en cuya tez los claveles
Con la azucena combaten:
  Tú en cuyos labios de rosa
Fabrica amor sus panales,
Y en cuyo soberbio seno
El placer viene á posarse.

¡Dichoso aquel que tu beldad admira,
Que tus gracias contempla atentamente,
Que el blando influjo de tu genio siente,
Que de amor puede hablarte, y que suspira!

(Mérida, 1792).



Á LICORIS

CONSOLÁNDOLA DE UNA INGRATITUD

ENDECHAS

Por qué de tus penas
Ir siempre seguida?
El duelo importuno
¿Por qué no mitigas?
  ¿No ves que cebadas
Así las desdichas,
Estragan, Licoris,
La flor de la vida?
  Ya un año ha corrido,

Y el mal que te agita
Pintado con llanto
Se ve en tus mejillas.
Tus ojos hermosos
Están todavía
Mirando el camino
Que lleva á Castilla;
Y al amado ausente,
Que cruel te olvida,
En alas del viento
Mil quejas envías.
Gustando memorias,
Soñando delicias,
Que luego despierta
Se tornan acibar,
Engañas las noches,
Consumes los días;
Y el dardo en tu pecho
Más hondo se fija.
¡Ay que los ingratos
No valen, amiga,
Los crudos pesares
Que da su perfidia!
Ya del año ríe
La estación florida
Y vuelve á los campos
La antigua alegría.
Vuelve tú á la tuya,
Y las auras mismas
Que el lóbrego luto
De invierno disipan,
También desvanezcan

Con ala benigna
Tus negros cuidados,
Tus penas esquivas.
  Torne á tu semblante
La apacible risa;
Las galas te adornen,
Los gustos te sigan.
  Que en honda tristeza
No quiere que giman
La Diosa de Gnido,
Las Gracias festivas.
  Tan amable aseo,
Discreción tan fina,
Y un pecho en que reinan
Verdad y justicia,
  Son prendas, zagala,
Que siempre cautivan,
Y es bien ciego el hombre
Que infiel las olvida.
  Tú de sus mudanzas
La venganza fía,
Que el cielo á los tales
Con ellas castiga.
  Llegará, no dudes,
Tiempo en que se rinda
Á quien su cariño
Le pague en delicias.
  Y desesperado
Volverá la vista
Lanzando suspiros
Á la Andalucía.
  Así abandonada

Del mar en la orilla
La suerte lloraba
De Minos la hija.
  ¿Qué fué del ingrato
Que así la afligía
Y ejemplo dió al orbe
De tanta perfidia?
  Abrazos helados
Y falsas caricias
Le daba tan sólo
Su cómplice indigna;
  Que adúltera luego,
Furiosa, perdida,
Llenó sus penates
De eterna ignominia.
  Ariadna entre tanto
Gozaba en su isla
Consuelos de Dioses
Regalos de Ninfas:
  Y esposa de un Numen,
Al cielo subida,
En trono de estrellas
Espléndida brilla.

(Marzo, 18 de 1825).





Canción

«Accipe fortunam generis, diadema resume,
Quod tribuas, natis, et in hæc penetralia rursus,
Unde parens progressa, redi».

CLAUDIANO.

Oh belleza! alto don, rico tesoro,
Precioso bien á la mujer guardado,
Con más vehemencia ansiado
Que el diamante oriental, y más que el oro;
¿Quien te dió ese poder? ¿De quién hubiste
La magia celestial? En donde quiera
Que muestres esa lumbre
Por siempre vencedora,
Reinar y avasallar como señora,
Rendir y embelesar es tu costumbre.
Vedla en los campos de Vertuno y Flora
Cuando los huella con gallardo brio,
Y allí en puros aromas y en colores
Humillará las flores
Hijas del sol y alumnas del rocío.

Ó si ya de la selva en el sombrío
Recinto, al eco ronco
Del resonante caracol, las fieras
Volando en su caballo alza y fatiga;
Ellas con planta alada huyen ligeras
De la Ninfa veloz, y huyen en vano:
Su vista penetrante las persigúe,
Y el rayo abrasador arde en su mano.
Arde y estalla; el plomo silba, caèn,
Y el eco suena en torno. El bosque adora
Su bella cazadora,
Ansiando ufano que á batirle vuelva
La que con su atractivo sobrehumano
Es Flora en el jardín, Cintia en la selva.

Y si en el rico estrado reclinada,
Cual dama delicada,
Habla discreta y apacible ríe,
¡Oh! cuál tras sí los corazones lleva,
Sea que el pie fugitivo en danzas guíe,
Sea que al sonoro acento
De su arpa, herida en delicioso tono,
Rinda las almas y embellezca el viento!

Subidla luego al resplandor del trono;
Y á su aire augusto, á su ademán divino,
Vereis la tierra enmudecer, postradas
Ante ella las naciones,
Y en aplausos sin fin y adoraciones
Sus destinos cifrar en su destino.
¿Qué la beldad no alcanza
Cuando se une al poder? El mismo cielo

Obedece á su anhelo,
Si al cielo acaso conmover le agrada:
Á una sola voz suya, á una mirada,
Apaga Jove el iracundo rayo,
Depone Marte la sangrienta espada.

¿No es tal, sacra Parténope, la excelsa
Joven real, cuya dorada cuna
Tú ya meciste en su primer oriente?
Ella en su faz purpúrea y noble frente
Lleva escrita su gloria y su fortuna.
Y espléndida y riente
Se lleva por los campos de la vida,
Cual la estrella de amor cuando en el cielo
Por los espacios lóbregos se lanza
Á abrir la puerta al venidero día;
Y brilla con la luz de la alegría,
Y es bella como es bella la esperanza.

¿No es ésta ya la que á la regia silla
Destina alegre el hado,
Con el pueblo español menos airado?
¿La misma que en la orilla
Del sebeto feliz creció primero
Á ser delicias del Monarca ibero,
Y astro de paz benéfico á Castilla?
¡Oh cuánto tarda ya! ¿Cómo no llega,
En alas de los céfiros traida,
Á contentar al público deseo?
Tú, que el soberbio tálamo preparas,
Mira arder el incienso ante las ara
Y ven á nuestra voz, santo Himeneo.

La sien ceñida de amaranto y rosas,
Con apacible vuelo
Del Olimpo á la tierra tú desciendes:
Por do quiera que tiendes
Las alas vagarosas
Huyen las nubes, se serena el cielo:
Y de la antorcha al sucumbir la llama
Que la adorable Esposa á Iberia guía,
Del Ebro á Guadarrama
Que todo se penetre en tu ambrosía.

Todo te aplauda: en resonantes himnos
Todo se inunde: el monte
Los diga al valle, y los repita el río,
Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!
¿No veis cuál resplandece
Del arrebol del alba enrojecida,
Por las gracias ornada,
Y de alta gloria y majestad cercada?
¿No veis cómo á los rayos de su frente
Todo con grata admiración se inclina?
Ella es la augusta *Reina* de Occidente:
Ella es la amable y celestial *Cristina*.

¡Nombre adorado, y en España ahora
Primera vez oido, ¡oh! siempre seas
Con tanto amor y gratitud cantado,
Como hoy estás de aclamación seguido!
Estrechamente al de *Fernando* unido
Escrito en letras de oro centelleas:
Y en medio á los magníficos festones
Á las bellas guirnaldas con que el arte

Tu cifra con la suya enlazar pudo,
Es más estrecho el nudo
Con que la voz dal regocijo alzando
Su alborozado aplauso al raudo viento,
Suben juntos á herir el firmamento
Los nombres de *Cristina* y de *Fernando*.

Ven, pues; y de tu estirpe ¡oh nueva Esposa!
La fortuna recibe: orne tu frente
La diadema esplendente
Que pases luego á tu progenie hermosa.
Aquí nació tu Madre virtuosa:
De aquí el destino á la dichosa Italia
Nos la robó; y al saludar contigo
Este albergue real, un tiempo suyo,
Ufana de la luz que la acompaña
Decir parece á su querida España:
«Áun más que te debí te restituyo».

¿Qué te suspende, oh Musa? Ya á Himeneo
Con su doble guirnalda
Ceñir la sien de los Esposos veo:
Ya el áureo velo tiende... ¡Oh! No te atrevas
Más adelante á penetrar... Un día
La antigua poesía
En el canto nupcial plácido y leve
De amor el triunfo celebrar solía;
Cuando más halagüeña que sublime
La zozobra pintaba, el gozo, el llanto,
El inefable encanto
Del tímido pudor, que cede y gime,
Y tanto halago, y tanto·

De que entonces te vistes, ¡oh hermosura!
Para más abrasar: la ufana rosa,
Cuando á besarla llega
El céfiro, amorosa
La pompa así de su beldad desplega.

No, empero, igual licencia ¡oh Musa mía!
Te es permitida á tí; mayor reserva
Se debe á la deidad alta y triunfante,
Venus sin duda en su gentil semblante,
Pero en decoro y majestad Minerva.
Deja ese tono, pues, de mil ya usado
Y cantado ya á mil: diverso acento
En este gran momento
Deberá ser el tuyo, otras las sendas
Son que el délfico Dios abre á tu gusto;
Y cuando al son del plectro el aire hiendas,
Cristina y la virtud te oigan sin susto.

Desde ese trono excelso en que sentada
Los ámbitos de Iberia señoreas,
Tiende la vista y mira en todas partes
Arcos sublimes, títulos, trofeos,
Y fiestas en tu honor: dulce tributo
Que vuelto en gala el doloroso luto
Rinde á tus plantas la Nación hispana.
Recibe tú su amor y sus deseos;
Recíbelos ¡oh Ninfa soberana!
Con dulce afecto á tus plegarias pío;
Y la suprema voluntad doblando
Del amante Monarca á tu albedrío,
Haz de tus ojos al clemente fuego

Benigno el mando y poderoso el ruego.

Que bien esta región merecedora
Es de tu afán y maternal cuidado:
Mira con cuánto agrado
La favorece el sol, qué rico el suelo,
Qué apacible es el aire; en donde quiera
Verás la primavera
Florecer y reir; y el siglo de oro
Renovando á tu voz, la dura encina
Y envejecido roble
De su áspero cabello
Miel para tí destilarán, *¡Cristina!*
¿Buscas un bello clima? ¡Este es tan bello!
¿Buscas un pueblo noble? ¡Este es tan noble!
¿Acaso palmas del honor preguntas?
El mundo te responda que asombrado,
Por la española intrepidez doblado,
Apenas pudo contenerlas juntas.

Su número fué escándalo; y la suerte,
El cáliz de favor con que algún día
Nos embriagó falaz, trocó á rigores:
Dos siglos de dolores
Vanse á cumplir, y aún viva
Parece arder su saña vengativa.
¡Oh discordia! ¡Oh rencor! Tristes pasiones,
Ministras viles de venganza extraña,
Y ajenas tanto al corazón de España,
¿No es tiempo ya de que ceseis? ¿No es tiempo
De que sus hijos alcen
La frente al cielo con vigor? ¡Pudieran

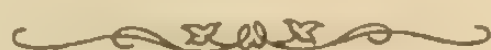
Los castellanos pechos,
Á tal fortuna y contratiempos hechos,
Ser tan grandes aún, si ellos quisieran!

Y habrán de serlo al fin: que decretado
Sin duda fué por el querer del cielo
Este enlace magnífico y sagrado
Para bien de un gran pueblo. ¡Oh digna Esposa
Del Monarca español, fiel compañera
De su incesante afán y alto desvelo!
Tú en obra tan sublime
Asístele eficaz; triunfo debido
Es ese á tu candor, á tu hermosura,
Á tu espíritu excelso... ¡Quién me diera
Romper el velo que la edad futura
Entre sombras esconde, y ver mi España
Acorde dentro, respetada fuera,
Vuelta á la gloria y rica de ventura!
Acelerad ¡oh cielos! tales días,
Y salgan ciertas las promesas mías.

¡Oh, cómo el Genio imitador entonces
El inmenso caudal que en sí atesora
Desplegará, y en mármoles y en bronces
La efigie hermosa y los ilustres hechos
Dará de la inmortal restauradora!
¿Podrá á tanto bastar la fatasía?
¡Ah! mientras que á porfía
Las artes ostentando sus primores
Contiendan en su honor, en medio alzada
Con dulce exaltación y ardiente brío
Dirá la gratitud: «vuestros loores
No pueden ser eternos sin el mío.

Este es el perdurable, el verdadero,
El que conviene á su bondad divina:
Yo la grabé en el pecho al pueblo Ibero
Cuando en letras de amor puse: *¡Cristina!*

(1829).



Á LA SEÑORITA DOÑA DOLORES FAXARDO



Rosa que nace en el jardín cercado,
Del viento acariciada y del rocío,
Crece allí con lozano señorío
Del pie rústico libre y del arado:
Así, Dolores, tú, bajo el sagrado
Del albergue paterno recogida,
Gozas la aurora de la dulce vida
Exenta de peligro y de cuidado.
Mas no siempre en la rama protectora
La rosa puede estar: llega su día,
Y el amante solícito la lleva
Como ofrenda votiva á su señora.
Tú eres feliz é independiente ahora;
Mas también pasarás por esta prueba
Cuando, asiendo tu mano, el Himeneo
Del seno de tu padre cariñoso
Te lleve á las delicias de un esposo.
¡Détele Dios igual á tu deseo!
¡Détele amable, firme, generoso,
De condición benévola y sincera,
Que como á esposa sinigual te estime
Y como á dama sin cesar te quiera!

PARA EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA

Doña Eladia Espartero de Montesino

Cumplo al fin mi palabra; y por ventura
Pudiera, amable Eladia, contentarte
El tributo de versos que te envío,
Si fuera tan feliz como tardío.
Porque falta el ingenio y falta el arte
Al que agobiado con ochenta abriles
Viene en esta contienda á tomar parte,
Propia sólo de alientos juveniles.
   Ellos con otra gracia, otros colores,
En este libro escribirán primores;
Yo que ya por mi edad soy más severo,
Llamaré tu atención á aquellos días
En que cercada de esplendor y gloria
Y debajo el laurel de la victoria
Sus bellas ramas por dosel tenías.
Modesta como flor allí crecías;
Modesta ahora también, tu hogar tranquilo
Fijas en el albergue respetable
Donde ciencia y virtud tienen su asilo,
Suerte por cierto digna y envidiable
Que tal vez no alcanzó mujer ninguna;
Pues ¿á quién, sino á tí, dió la fortuna
Tener siempre en su noble compañía
Gloria, valor, virtud, sabiduría?

8 Diciembre 1849.

La Puente de la Mora Encantada

ROMANCE

Oye, Silvio, ya del campo
Se va á despedir la tarde,
Y no es bien que aquí la noche
Con sus sombras nos alcance.
  Ya el redil busca el ganado,
Ya se retiran las aves,
Y en pavoroso silencio
Se ven envueltos los valles.
  Y tú en tanto embebecido,
Sin atender ni escucharme,
Las voces con que te llamo
Dejas que vayan en balde.
  ¿Qué haces, Silvio, en esa fuente?
¿Tan presto acaso olvidaste
Que los padres nos la vedan,
Que la maldicen las madres?

Mira que llega la hora;
Huye veloz y no aguardes
Á que el encanto se forme,
Y que esas ondas te traguen.

¡Vente!.... Mas ya no era tiempo:
La fascinadora imagen
Reverberaba en las aguas
Con sus encantos mortales.

Como ilusión entre sueños,
Como vislumbre en los aires
Incierta al principio y vaga
Se confunde y se deshace;

Hasta que al fin más distinta
En su apacible semblante
De sus galas la hermosura
Hace el más vistoso alarde.

La media luna que ardía
Cual exhalación radiante
Entre las crespas madejas
De sus cabellos suaves,

Mostraba su antiguo origen
Y el africano carácter
De los que á España trajeron
El alcorán y el alfanje.

Mora bella en sus facciones,
Mora bizarra en su traje,
Y de labor también mora
La rica alfombra en que yace,

Toda ella encanta y admira,
Toda suspende y atrae
Embargando los sentidos
Y obligando á vasallaje.

Mirábala el pastorcillo,
Entre animoso y cobarde,
Queriendo á veces huilla
Y á veces queriendo hablalle;
Mas ni los pies le obedecen
Cuando pretende alejarse,
Ni acierta á formar palabras
La lengua helada en las fauces.
Sólo la vista le queda,
Para mirar, para hartarse
En el hermoso prodigio
Que allí contempla delante.
Ella al parecer dormía;
Mas de cuando en cuando al aire
Unos suspiros exhala
De su seno palpitante,
Que en deliciosa ternura
Convierten luego y deshacen
El asombro que su vista
Causó en el primer instante,
Y abriendo los bellos ojos,
Tan bellos como falaces,
Á él se vuelve, y querellosa
Le dice con voz suave:
—«¿Viniste al fin? ¡Qué de siglos
De esperanzas y de afanes
Me cuestas! ¿Dónde estuviste
Que tanto tiempo tardaste?
Mirame aquí encadenada
Por la maldición de un padre
Á quien dieron las estrellas
Su poder para encantarme,

«Vive ahí, me dijo irritado,
Ten esa fuente por cárcel,
Sé rica, pero sin gustos,
Sé hermosa, pero sea en balde.
Enciéndante los deseos,
Consúmante los pesares,
De noche sólo te muestres
Y el que te viere se espante.
Y pena así hasta que encuentres,
Si es posible que le halles,
Quien ahí osado se arroje
Y entre esas ondas te abrace».
Ya otros antes han venido,
Que, pasmados al mirarme,
El bien con que les brindaba
Se perdieron por cobardes.
No lo seas tú: aquí te esperan
Mil delicias celestiales,
Que en ese mundo en que vives
Jamás se dan ni se saben.
Ven, serás aquí conmigo
Mi esposo, mi bien, mi amante;
Ven...» y los brazos tendía
Como queriendo abrazarle.
Á este ademán, no pudiendo
Ya el infeliz refrenarse,
En sed de amor abrasado
Se arroja al pérfido estanque.
En remolinos las ondas
Se alzan, la víctima cae,
Y el ¡ay! que exhaló allá dentro
Le oyó con horror el valle.

PARA EL ÁLBUM

DE

FACUNDITA HONRUBIA

Cuando el rigor de la desgracia un día
Me llevó encadenado al Pirineo,
Mísero triunfo y criminal trofeo
De la más ominosa tirania,
La aurora de tu edad amanecía,
Y eras purpúrea flor que alza su frente
Al halago del céfiro inocente,
Y se abre á la esperanza y la alegría.
Allí tu canto resonó en mi oído;
Allí tu candoroso y dulce trato
Me defendió contra el desdén ingrato
Del poder, en mi daño embravecido.
Vaya lejos de mí, puesta en olvido,
De su injusta opresión la triste idea.
Mas no así tu amistad consoladora:
No así la voluntad noble y sincera
Que desde aquellos tiempos hasta ahora
Se ha mantenido sin mudanza alguna
En mi adversa y mi próspera fortuna.

Madrid, 20 de Febrero de 1847.



ODA

EN LA MUERTE DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA PIEDAD
ROCA DE TOGORES, DUQUESA DE FRÍAS

Nos escuchas, Piedad? ¿Ó ya en tu oído,
Negado al sentimiento,
Tardo penetra el congojoso acento
Del lúgubre alarido?

Abre al menos los ojos, y cercado
Verás tu lecho triste
De los hijos de Apolo que ya viste
Con tan celeste agrado:

Que hora afligidos su doliente canto
Hasta el Olimpo envían,
Y arrancarte á los ámbitos porfían
Del reino del espanto.

Ni oye ni ve... Cual sierpe espantadora
En contemplar se agrada
La miserable cierva emponzoñada
Que atroz al fin devora.

Tal la muerte crüel á la agonía
De nuestra amiga atiende,
Y en el aire que infecta se suspende
Con bárbara alegría;

Y con su mano descarnada oprime
El anhelante pecho,
Que al fiero impulso del dolor deshecho
Y enronquecido gime.

Ya de la tumba la mansión postrera
Abre su centro obscuro,
Do con cien brazos de diamante duro
La eternidad la espera.

Y allí... ¿No hay compasión? ¿No habrá en el cielo
Un numen que propicio
Use con ella su piadoso oficio
Y acalle nuestro duelo?

¿Tú, Amor, lo sufrirás? ¿Tú que en la cuna
Su albor primero viste,
Y el don precioso de agradar la diste
Mayor que su fortuna?

¡Oh Dios! Esa beldad, flor de Castilla,
Que al Támesis, que al Sena
Con gracia noble y majestad serena
Fué encanto y maravilla;

Esa boca apacible, afectuosa,
Que en grata melodía
Sales sin fin y discreción vertía
De su flamante rosa;

Esos ojos purísimos, que sólo
Su patria dar pudiera,

En cuya luz alegre reverbera
El gran fanal de Apolo,

¡Todo, todo ceniza y horror ciego
Va á ser en un instante!
Detén ¡oh muerte! el brazo fulminante;
Deténle á nuestro ruego.

Déjala contemplar su hermoso día;
¿Quién vió á la flor lozana
Morir antes que cumpla una mañana
Ni el sol á medio día?

—«¡Temeraria ilusión! ¡Loca esperanza!
¿Atajar á la muerte en su camino?
¿A mí que sorda soy cual la venganza,
Y aun más inexorable que el destino?

Granos todos de incianso al fuego que arde
Delante de mi altar sois consagrados:
Que uno caiga más pronto, otro más tarde,
¿Por eso habréis de importunar los hados?

Piedad nació para morir ahora;
Á esta ley de rigor debió la vida.
El que por verla agonizando llora,
Su oriente acusa y su existencia olvida.

Bella fué, bella aún es, la amasteis bella:
¿Queréis que venga la vejez odiosa
Y en ella estampe su ominosa huella?
Muera más bien que envejecer la hermosa.

Muera más bien que su candor nativo
Empañe el tiempo y su esplendor deshaga;
El tiempo que tan impío como esquivo
Á la misma virtud vence y estraga.

Viva anheláis la que tan noble ha sido,
La que tan dulce fué: mas, ¿por ventura
Este lauro en su frente, hoy merecido,
De ostentarlo hasta el fin está segura?

¿No puede en vicios convertir mañana
Las que adoráis virtudes? ¡Oh insensatos!
Dejad esa querella injusta y vana,
Y no os mostréis al beneficio ingratos.

Yo en mi sueño letárgico y profundo
La doy estable paz, descanso cierto:
Yo contra el recio temporal del mundo
Aseguro su gloria, y soy su puerto.

¿Qué valen, pues, tan frívolos clamores?
No es á ello dado enternecer mi oído:
Y ya que no es posible á mis rigores,
Salvadla en vuestro canto del olvido.»—

Dijo así la feroz, y en risa amarga
Bañada el rostro horrendo,
Las espantables alas extendiendo
El golpe atroz descarga

Sobre la triste víctima, que herida

Cierra los bellos ojos,
Dando en un ¡ay! al monstruo los despojos
De su infelice vida.



PARA EL ÁLBUM

DE LA

SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

Ya la corona lírica tus sienes
Con no usado esplendor ceñido había,
Cuando tú, en tu magnánima porfía,
Lauro mayor á tu ambición previenes:
  Y á vista de Madrid estremecido,
Su puñal á Melpómene arrebatas,
Y al noble Munio en su dolor retratas,
Librándole por siempre del olvido.
  Aspira á más: y si el valor guerrero
Tal vez tu numen sinigual inflama,
Dale aliento á la trompa de la fama
Y venza en fuerza y majestad á Homero.
  Así crezca tu honor, Musa española.
Sé del Parnaso gloria y esperanza,
Y el mundo te tribute la alabanza
Que nadie mereció sino tú sola.

Madrid, 24 de Junio de 1844.

Á UN AMIGO

QUE, BAJO EL EMBLEMA DE UNA VIOLETA, ME ESCRIBÍA LISONJAS Y ESPERANZAS

SONETO

No con vana lisonja y blando acento
Me quieras engañar huésped del prado;
Yo no soy lo que fuí: rigor del hado
Me condena por siempre al escarmiento.
Nunca lozana á su primer contento
La planta vuelve que truncó el arado,
Por más que al cielo le merezca agrado
Y que amoroso la acaricie el viento.
Anda, pasa adelante; en otras flores
Más ricas de fragancia y más felices
Pon tu dulce cuidado y tus amores:
Que es ya en mí por demás cuanto predices,
Pues el aire del sol con sus ardores
Quemó hasta la esperanza en mis raices.





ANTE EL TRIBUNAL DE LA INQUISICIÓN (1)

ILMO. SR.:

DON Manuel José Quintana, contestando á la calificación y censuras dadas contra el tomo de sus *Poesías* impreso en 1813, de que se le ha comunicado traslado de orden de V. S. I., con el mayor respeto dice: que para proceder con el debido orden y claridad en este escrito, dividirá en tres

---

(1) En 5 de Julio de 1818 se presentó en mi prisión el Licenciado don Miguel Esparza, Comisario del Santo Oficio, para comunicarme, de orden del Tribunal de la Inquisición de Logroño, la calificación y censuras dadas á mis poesías, impresas en 1813, á fin de que contestase á ellas. Las proposiciones viciosas y reparos puestos por los censores, se deducen de la contestación extendida por mí.

clases las especies y proposiciones notadas por los Censores; unas políticas otras religiosas, y otras, en fin, morales, ó respectivas á costumbres.

Y empezando por las políticas, que son también las primeras en el orden de la censura, hallo que el primer cargo que se hace al autor es, que se llena de entusiasmo al pronunciar el nombre de Patria, y que parece no reconocer más virtud que la patriótica.

Tal vez es ésta, señor, la primera vez en que se culpa á un escritor de que ame fuertemente á su patria, y de que procure inspirar este mismo sentimiento á los que le lean. Si en la virtud patriótica, tal como los mismos Censores la definen, aquella que obra en bien y defensa de la patria, se encierran todas las virtudes humanas y sociales, ¿por qué no ha de ser objeto digno del entusiasmo de un poeta? ¿Ignoran los Censores que el que ama á su patria, esto es, el que obra en bien y defensa de ella, ama la autoridad que la gobierna, la religión y las leyes que la dirigen, los individuos que la componen? ¿No envuelve en sí esta virtud la justicia, el amor al orden, la generosidad, la humanidad, la buena fe, el desprendimiento, en fin, de los intereses propios, cuando es necesario sacrificarlos al bien público? Si esto es incontestable, como lo es, áun cuando Quintana hubiese alabado única y exclusivamente la virtud patriótica, no hubiera hecho en ello más que alabar el conjunto de todas las virtudes sociales comprendidas en ella, y esto no sería ni un error político, ni un error moral. —Pero se llena, dicen, de entusiasmo al pronunciar el nombre de Patria. —El entusiasmo es esencial á la poesía lírica, y estas son unas poesías líricas consagradas á la patria. Así, áun cuando el autor no tuviera amor ninguno á la suya, de lo cual está muy lejos, siempre debería revestirse de este afecto para no faltar á las leyes que la propiedad, la conveniencia y el buen gusto imponen á semejantes escritos.

Tampoco es justo decir que el autor no reconoce más virtud que la referida. No hay más que ver el índice de estas *Poesías* para reconocer por sus asuntos que el poeta ha empleado su entusiasmo en otros objetos diferentes, y que la beneficencia, la generosidad, la constancia y el valor militar, la paz, el buen empleo de los talentos, la amistad, en fin, son argumento muy principal de su canto y de sus aplausos. Véanse las composiciones *Á la Vacuna,*

A Guzmán el Bueno, Al mar, Al Combate de Trafalgar, Á Cienfuegos, Al estudio de la Poesía y *Á la duquesa de Alba,* por no mencionar otras menos importantes, y se verá que estos versos no tienen el carácter exclusivo que los Censores le atribuyen.

Entran después las acusaciones más graves, respectivas á las máximas políticas del autor, que son tachadas de filosóficas, revolucionarias, sediciosas, contrarias al respeto debido á los Soberanos, y á la obediencia y sumisión que deben tener los súbditos. Diferentes pasajes de los poemas *Á Padilla, Á la Imprenta* y *Al Panteón del Escorial* sirven como de pruebas á esta acusación, y las voces de libertad, tiranía, esclavitud, despotismo, igualdad é independencia, esparcidas en ellos con la exaltación y vehemencia usuales en estas composiciones, y entendidas por los Censores en toda la odiosidad de su significado, dan, al parecer, un apoyo irresistible al escándalo que se acrimina y á la condenación y prohibición que se pretende. Veamos si estas cosas, examinadas más de cerca y con más cuidado, comparándolas con los principios del autor, evidentes en esas mismas obras, y ajustándolas á las épocas de su composición y publicación, toman un aspecto algo diferente, y pierden el veneno que se las supone.

Mas, antes de entrar en esta justificación, debo protestar y protesto, que si recuerdo especies y principios que deben sepultarse en el olvido, lo hago por la obligación natural de defenderme, y no por otra mira ninguna. Respeto y obedezco, como todo buen español debe hacer, el presente orden de cosas que hay establecido en España; y espero que la equidad y justicia de V. S. I., admitiéndome esta salvedad, no consentirán que se dé á mis razones y palabras una interpretación siniestra y odiosa, que sería tan ajena de mi sana intención y buena fe, como inhumana y cruel en la situación en que me hallo.

Parece, pues, necesario, para poner la cuestión en su verdadero punto de vista, echar los ojos veinte años atrás, y recordar los sucesos que hemos visto en ellos: cuando por consecuencia de una privanza tan larga y tan ilimitada, toda ley, toda voz, toda opinión estaba muda; y las operaciones de cuantos individuos componían la nación no tenían, al parecer, otro objeto que la

gloria y engrandecimiento del favorito. Todo lo tenía á sus pies: su voluntad era la sola, y nadie podía representar ó aconsejar sin exponerse á desaires y á peligros. Cuantos esfuerzos se habían hecho en los tres reinados anteriores para la prosperidad y adelantamiento de la Monarquía, tantos se habían inutilizado: los establecimientos que robustecen un Estado y le defienden se arruinaron y perdieron, y España estremecida se vió al tiempo del peligro sin riquezas, sin luces y sin armas. ¿Qué resultó por fin de semejante abandono? La escandalosa causa del Escorial, la invasión de los franceses, el cautiverio de la Real Familia; y esa guerra cruel en que por seis años las provincias todas de España han sido llevadas á sangre y fuego por un enemigo atroz, que tratando á la nación española como una piara, llamaba la defensa desacato y la lealtad rebeldía.

En tales circunstancias fué cuando Quintana pensaba que las causas primarias de estos horribles males estaban cifradas en el abandono y olvido de las antiguas instituciones políticas de España, desusadas por el espacio de tres siglos. Y no sólo era Quintana quien pensaba así, sino que generalmente se creía entre los hombres sensatos, que si hubieran subsistido las Cortes como en lo antiguo, ni el poder del favorito se hubiera hecho tan exorbitante, ni se verificara el atentado del Escorial, ni Napoleón se atreviera á invadir la España ni á llevarse, como se llevó prisionero al Rey y á su Real Familia, ni nos hubiera insultado y desolado como lo ha hecho. ¿Por qué? Porque aquel Cuerpo, además de haber cuidado de que las cosas no llegasen á este extremo, hubiera podido legalmente y sin compromiso advertir á tiempo al Rey del peligro y del remedio.

Esta doctrina de moderación y templanza en la Autoridad Soberana, para que el Gobierno no degenere en opresión y en tiranía, no es tan nueva, Señor Ilmo., ni tan desconocida entre nosotros, que haya que ir á beberla en la filosofía y en la revolución francesa. Ella se deduce clara y distintamente de las máximas de nuestros publicistas, de los sucesos contados por nuestros historiadores, y de los mismos códigos de nuestras Leyes, llenos de estos recuerdos y documentos. Sería preciso dar á este escrito la extensión de un volumen si hubiese de amontonar las pruebas de hecho que resultan de estas

últimas fuentes á favor del influjo político que tuvieron las Cortes de Castilla y Aragón en los negocios públicos y en la institución de las Leyes hasta el siglo décimo-sexto.

Mas, prescindiendo de que en la situación en que me hallo no me es posible hacerlo con la extensión y puntualidad que quisiera, me parece que sería molestar sin necesidad la atención del Tribunal, cuando son cosas de hecho consignadas en libros comunes y usuales, cuales son nuestras crónicas é historias, y las diferentes recopilaciones de fueros y de leyes. Sólo sí, por lo que toca á principios teóricos, no creo fuera del caso citar, á lo menos, los pasajes siguientes de dos autores á quienes no puede oponerse excepción alguna racional.

SAAVEDRA

«Procuren los que asisten al Príncipe quitarle las malas opiniones de su grandeza, y que sepa que el consentimiento común dió respeto á la Corona y poder al Cetro; porque la naturaleza no hizo Reyes. Que la púrpura es símbolo de la sangre que ha de derramar por el pueblo, si conviniere; no para fomentar en ella la polilla de los vicios. Que el nacer Príncipe es fortuito, y solamente propio bien del hombre, la virtud. Que la dominación es gobierno, y no poder absoluto; y los vasallos, súbditos; no esclavos. No nacieron los súbditos para el Rey, sino el Rey para los súbditos. Ni ha de creer el Príncipe que es absoluto su poder, sino sujeto al bien público y á los intereses de su Estado. —Reconozca también el Príncipe la naturaleza de su potestad, y que no es tan suprema que no haya quedado alguna en el pueblo; la cual, ó la reservó al principio, ó se la concedió después la misma luz natural, para defensa y conservación propia contra un Príncipe notoriamente injusto y tirano. Á los buenos Príncipes agrada que en los súbditos quede alguna libertad. Los tiranos procuran un absoluto dominio.» *(Empresa 20).*

«Persuade también la ambición desordenada, el oprimir la libertad del pueblo, abajar la nobleza, deshacer los poderosos y reducirlo todo á la autoridad real; juzgando que entonces estará más segura, cuando fuese absoluta

y estuviese más reducido el pueblo á la servidumbre: engaño con que la lisonja granjea la voluntad de los Príucipes, y los pone en grandes peligros. La modestia es la que conserva los Imperios; teniendo el Príncipe tan corregida su ambición, que mantenga dentro de los límites de la razón la potestad de la dignidad, el grado de la nobleza y la libertad del pueblo: porque no es durable la Monarquía que no está mezclada y consta de la aristocracia y democracia. El poder absoluto es tiranía; quien le procura, procura su ruina». *(Empresa 41)*

EL PADRE FRAY DIEGO MURILLO

«Verdad es que, aunque es el mejor de todos (habla del gobierno monárquico,) tiene también sus imperfecciones como los otros; y en particular, dos inconvenientes qne son harto grandes. El primero es, que siendo el que gobierna uno solo, puede con facilidad engañarse en las leyes que hace, en el dictamen que sigue, en la decisión de las causas y en otras semejantes determinaciones. Porque como los entendimientos son dones de naturaleza, no por ser uno Rey está en su mano tomar el entendimiento que quiere; sino que ha de tener el que Dios le ha dado, y puede habérsele dado muy corto: que cuando los que gobiernan son muchos, el uno suple lo que al otro le falta. El segundo inconveniente es, que dado caso que tenga el entendimiento muy bueno y que no se pueda engañar en el juicio que hace, puede tener la voluntad depravada, y apasionándose ésta puede cortar el dictamen de la razón que le enseña lo bueno, á pesar de ella seguir lo peor; y esto es tanto más fácil, cuanto por ser uno solo el que tiene la suprema potestad, tiene sus acciones menos dependientes de otro. Y de aquí es, que todos confiesan que el gobierno monárquico declina más facilmente que los demás en tiranía.—Los aragoneses fueron los que acertaron á poner remedio en todos los dichos inconvenientes, tomando lo mejor de cada uno de los gobiernos, y dando de mano á las imperfecciones, para que su Monarquía fuese perfecta y perseverase con menos peligro y más seguridad. Porque primeramente tomaron lo bueno del gobierno democrático y popular, que es hacerse ellos

mismos las leyes con que han de ser gobernados, y á que después de hechas se han de sujetar. Porque en Aragón (según los fueros que el Roy tiene jurados) no puede haber ley alguna que obligue á los aragoneses, si no es consintiendo ellos y concurriendo su voluntad con la del Rey..... Demás de que donde las leyes son dadas por mano ajena (por buenas que sean,) parece que saben á servidumbre en cuanto tienen principio en la voluntad de otra persona que sin consulta de aquellos que las reciben les puede obligar. Y no se puede negar, sino que cuando el pueblo se hace las leyes á que ha de obligarse, las mide mejor con sus fuerzas, y considera con más circunspección, como más interasado, si le son útiles ó dañosas..... Las leyes, en Aragón, no se pueden hacer sino en Cortes generales donde concurren el Rey y el Reino, etc.» (*Fundación milagrosa de la Capilla del Pilar, y excelencias de Zaragoza,* tomo II, capítulo 5.º)

Así estos principios, lejos de ser erróneos y subversivos de la autoridad y del orden, están, al contrario, apoyados en escritos nacionales de la mejor nota y anteriores siglo y medio á la revolución francesa. Renováronse después en la mente de los españoles, cuando de resultas de la agresión atroz de Bonaparte se vieron en un momento sin su Rey, sin Gobierno, sin apoyo, sin centro alguno de actividad y de unión. Decir ahora que la apelación que se hizo entonces á este principio de vida y de patriotismo fué un atentado contra la autoridad Real y contra el orden y tranquilidad del Estado, es hablar á ciegas sin hacerse cargo de tiempos y de circunstancias, y proferir una calumnia al mismo tiempo que un absurdo. Muchos hombres sabios, moderados y piadosos, fueron entonces del mismo dictamen que el autor de las poesías censuradas: muchos escritos se publicaron con este objeto: muchos votos hubo que estarán consignados en los expedientes seguidos sobre estas materias. Todos están acordes en este punto: ninguno fué tachado de sedicioso ni impío: á nadie se acusó entonces de ir contra la autoridad de San Pablo, porque quisiese en aquella situación restablecer en España la Monarquía templada y mitigada por Leyes, que en los siglos pasados había regido los diferentes reinos de que se compone.

Sin buscar más apoyo en opiniones particulares y subalternas, acudiré á testimonio de más alto carácter, y recordaré que S. M. el Señor D. Fernando VII, desde Bayona, donde el alevoso tirano le tenía cautivo, encargó el restablecimiento de las Cortes, como medio importante de defensa en aquel extraordinario apuro; y que después de ganado el triunfo, á su vuelta á España en el año de catorce, por su real Decreto de 4 de Mayo prometió á la Nación un Gobierno constitucional, cuyas bases eran la celebración de Cortes, la seguridad individual, la justa y equitativa recaudación de las rentas públicas, la cuenta y razón más estrecha en su administración, en fin, las bases que forman lo que se llama libertad política y civil en un Estado. De que resulta, á mi parecer, que sin nota de desacato no se puede tachar de subversiva é impía esta doctrina, ni tampoco de sediciosa su publicación al tiempo en que se hizo, cuando tiene á su favor tan irrecusable y augusta autoridad.

Este orden de cosas, pues, es lo que Quintana ha llamado libertad en sus poesías, y lo que ha ensalzado y cantado como tal; no la licencia frenética y anárquica de los jacobinos franceses, como sus Censores tan sin razón le acusan. Que este sea así, se deduce claramente del tenor general de estas *Poesías,* en que se elogian las instituciones políticas antiguas de España y se llora su ruina y destrucción. Expresamente en boca de Carlos V se dice en *El Panteón del Escorial;*

Así arrollados
Los nobles fueros, las sagradas Leyes
Que eran del pueblo fuerza y energía, etc. (1).

Ahora bien, ¿cuál era la base fundamental, el principio primero de estos fueros y de estas Leyes? La autoridad suprema de un Monarca gobernando el Estado, aunque templada para bien y seguridad común con el influjo que se daba á la nación por medio de sus Cortes en los negocios públicos. Tal es la teoría política que sirve de cimiento á las composiciones censuradas. La vi-

(1) Pág. 234.

vacidad y exaltación de las expresiones con que se producen allí las mismas máximas, el color y atavío con que se pintan los personajes que se introducen, pertenecen ya á la disposición poética, y nacen de la diferencia de tono que debe reinar entre la prosa y el verso, entre la marcha tranquila y templada de un escritor doctrinal y el entusiasmo y vuelo arrebatado de un poeta lírico.

Sería ésta, por cierto, la primera vez en que se tomasen á la letra las frases vehementes de una oda ó los sueños fantásticos de una visión poética. Por lo mismo, Ilmo. Sr., no deben sacarse las palabras de su quicio cuando han de juzgarse imparcialmente, y más en negocios graves como el presente, en que se trata de calificar las intenciones de un autor que, por lo mismo que es muy desgraciado, es acreedor á mayores respetos. Hubieran escuchado los Censores esta regla de equidad, y no presentaran los diferentes pasajes que citan con una odiosidad y veneno que ellos en sí no tienen. Aseguran que en estas poesías los Reyes siempre están calificados de tiranos y los súbditos de esclavos. Mas esto no es verdad: Carlos V en *El Panteón del Escorial* (1) no hace el papel de tirano: tampoco los Alfonsos en la oda *Á Guzmán* (2): tampoco nuestros Príncipes en la del *Armamento de las provincias* (3), donde cabalmente se contrasta la denominación de Príncipes con la de tirano: tampoco, en fin, San Fernando en la última *Á España,* á quien el Poeta, si le creyera tal, no invocara como lo hace:

En el Betis
Ved del tercer Fernando
La augusta sombra (4).

Y es digna de notarse aquí otra inadvertencia de los Censores, nacida sin duda, de la prevención que los domina; citan como sedicioso el pasaje siguiente:

---

(1) Pág. 225.
(2) Pág. 97.
(3) Pág. 81.
(4) Pág. 240.

No ha sido en el gran día
El altar de la Patria alzado en vano
Por vuestro brazo fuerte:
Juradlo, ella os lo manda: antes la muerte
Que consentir jamás ningún tirano (1).

Mas ¿en boca de quién se pone este juramento? En la de los más célebres héroes de España, entre ellos aquel gran Monarca modelo de piedad, de valor, de justicia y de prudencia. Es forzoso, pues, atribuir al autor la extravagancia absurda é imposible de hacer á San Fernando cabeza de motín contra la autoridad real, ó concederle que el amor á la libertad y el odio al despotismo que hay en estas poesías se concilian bien y conciertan con el respeto á los Reyes y la adhesión á la Monarquía.

Igual exageración y falta de lógica se verifica en la acusación que se hace de aquellos versos

Tú el único ya fuiste
Que osó arrostrar con generosa frente
Al despotismo atroz, que ya insolente
Nuestra querida playa amenazaba (2).

«Esta proposición, dice uno de los Censores, es anti-monárquica, porque aludiendo á la entrada de Carlos V en la Monarquía española, dice que el depotismo atroz la amenazaba insolente: con que, según la proposición, Monarca y déspota son una misma cosa.» —Niego el supuesto, y la consecuencia es nula. La proposición alude, no á la entrada de Carlos V en España, sino á la entrada del despotismo que son cosas diferentes. ¿Quién ignora que para formar esa voluntad funesta que se llama despotismo, concurren muchas causas, entre las cuales tiene casi siempre poca parte, y muchas veces ninguna, la intención del Príncipe á cuyo nombre se ejerce? Y así sucedió cabalmente en el caso de que se habla. El despotismo entonces no entró con el Rey, entró con los ministros flamencos que le dirigían, los cuales, ignoran-

(1) Pág. 241.
(2) Pág. 45.

tes de las costumbres y leyes de España, y validos de la inexperiencia y juventud de Carlos, ocasionaron con su rapacidad, venalidad y atropellamientos aquellas alteraciones desgraciadas. Esta es una cosa reconocida por todos los historiadores, áun los que con más acrimonía reprueban el arrojo de las comunidades; y no se yo á qué conduce acudir á un sofisma para envenenar una proposición cuyo sentido es bien claro, apoyado como está en una noción histórica común hasta para los niños que leen el P. Duchesne.

Citan también en apoyo de la misma interpretación absoluta y maliciosa estos versos de la oda *Á la Imprenta:*

Los hombres todos su igualdad sintieron,
Y á recobrarla las valientes manos
Al fin con fuerza indómita movieron.
No hay ya ¡qué gloria! esclavos ni tiranos (1).

En donde se advierte, dice el Censor, que para el autor lo mismo es Monárca que tirano, lo mismo vasallo que esclavo. —Y yo digo: que lo que aquí se advierte es la intención declarada del Censor en salir con su empeño adelante, y confundir de propósito las cosas que son bien claras y distintas en la intención del autor. Esos versos Ilmo. Sr., corresponden á un trozo en que no se trata de España ni de Europa, sino del mundo en general; y en que recordando los males y desigualdades que han ocasionado la guerra y la ambición, se figura el poeta que la razón humana, adelantada por medio de la imprenta, arrojará esas pestes del mundo y no habrá en él ni esclavitud ni tiranía. Yo bien sé que esto es soñar, pero no es un sueño antimonárquico ni sedicioso; porque ¿qué hay de común entre esta ilusión de perfección y adelantamiento en la especie humana, con las miras estrechas y particulares que el Censor me supone? ¿Por ventura no ha habido nunca vejaciones ni tramas en el mundo? ¿No estamos desde la infancia acostumbrados á distinguir entre Nerón y Marco Aurelio, entre Luis II y San Luis, entre Pelayo y Mauregato? ¿Ignora nadie la desolación y horrores cometidos en el Asia por la ambición de sus déspotas feroces Gengis, Tamas, Tamorlan? ¿No se

(1) Pág. 219.

ha visto la Europa tratada y amagada de la misma triste suerte por Napoleón? ¿Puede desconocerse el estado miserable á que se halla reducido el género humano en África y en Asia, donde tres cuartas partes de hombres y todas las mujeres son tratados como brutos? ¿Y será herejía y jacobinismo desear, aunque sea poéticamente, que la razón haga allí los mismos progresos que en otros países, que los hombres vuelvan al estado de hombres, y que la guerra y la ambición desaparezcan del mundo?

Yo no sé á vista de esto qué hubieran dicho los Censores si hubieran encontrado en estas poesías los versos siguientes:

Comenzaron con bárbaras crueldades,
Intereses, envidias, injusticias,
Los adulterios, logros y codicias,
Los robos, homicidios y desgracias.
Y no contentos ya de Aristocracias,,
Emprendieron llegar á Monarquías.
La púrpura engendró las tiranías.

y más adelante:

¡Oh favor de los Reyes!
Del sol reciben rayos las estrellas:
Telas de araña llaman á las leyes,
El pequeño animal se queda en ellas
Y el fuerte las quebranta, etc.

Esto es decir bien claramente que entre los males y crímenes que han destruído la felicidad primitiva del linaje humano, entra primero la aristocracia, después la Monarquía, y, en fin, la tiranía hija de ella. Es decir, que el mundo es un degolladero en que los desvalidos solos sienten el freno de las leyes, mientras que los poderosos, con el favor de los Monarcas, se ríen de ellas. ¿Y quién es el que profiere estas máximas anárquicas y antisociales? ¿Es acaso algún adicto al filosofismo moderno, á los principios revolucionarios de los franceses? No: es un sacerdote español, conocido igualmente por su piedad y moderación que por sus talentos; que lleno de vejez y de experiencia escribía esto hacia el año de 1635, poco antes de morir. Es, en fin,

Lope de Vega que en su *Siglo de oro* pudo escribir estos versos harto más fuertes y osados que los que se ven en Quintana, sin que nadie por eso le haya tachado de sedicioso, ni de impío, ni de enemigo del orden, ni de contrario á los Reyes. La razón de ello es que no se toman allí estas frases por lo que rigurosamente suenan, sino por una exageración poética hija de la exaltación del escritor, que llora y lamenta de este modo los bienes que los hombres habían perdido con perder su inocencia y sencillez primitiva.

Pues esta equidad que tan justa y racionalmente se usa con un poeta muerto, no parece bien que se le niegue á un vivo: tanto más, que las palabras de *tiranos,* de *déspotas* y *esclavos* están tomadas en el libro censurado en significación directa y natural, no en la abusiva y torcida que los Censores suponen. El autor, cuando mienta á los tiranos, habla precisamente de los tiranos; esto es, de aquellas personas que usurpan una autoridad y poder que no les corresponde por las leyes, ó ejercen la autoridad que legítimamente les corresponde, de un modo contrario á lo que las leyes mandan. En este sentido es usada esta voz por todos los buenos escritores, y se aplica, no sólo á todos los Príncipes que gobiernan injustamente, sino á los Ministros que abusan de su confianza, á los Magistrados que sentencian por antojo y no por ley, á un General, á un Gobernador, en fin, á cualquiera autoridad grande ó pequeña que abusa de las funciones que ejerce en provecho suyo y daño de los otros.

Por último, los Censores insisten en que la pintura poco favorable que en algunos de estos opúsculos se hace de los Príncipes de la Casa de Austria, principalmente de Carlos V y Felipe II, manifiesta con evidencia la mala disposición del autor hacia los Reyes. La razón no es concluyente; porque puede muy bien exagerarse y aun equivocarse el carácter que se asigna poéticamente á los dos Príncipes en las composiciones censuradas, sin que por eso la mente del autor sea que todos los Reyes, por el mero hecho de ser Reyes, deban ser tenidos por tiranos. Es principio muy obvio en lógica, que de particular á general no vale la consecuencia.

Repito, Ilmo. Sr., que las ficciones y exaltación de un poema no deben ser tomadas á la letra. Mas aun cuando Quintana hubiera con otra formali-

dad que en una visión poética, manifestado la misma severidad respecto de los Reyes de la dinastía austriaca, no creyera por eso estar expuesto á la amarga imputación de antimonárquico y sedicioso que sus censores tan liberalmente le prodigan. Débese ciertamente á los Monarcas mientras viven aquel respeto, sumisión, fidelidad y obediencia que á su alta dignidad se deben, y el orden y las leyes prescriben. Mas luego que mueren, y principalmente cuando han transcurrido siglos después que gobernaron, quedan sujetos al juicio humano, como toda cosa que pasó. Su carácter, su capacidad, sus vicios, sus virtudes, el bien y el mal que hicieron, todo queda expuesto á ser objeto de controversia y crítica entre los hombre y los escritores. No hay político, no hay historiador, sea eclesiástico, sea civil, sea antiguo, sea moderno, que no haya usado de este derecho y noble libertad. Sin ella, ¿de qué servirían á los hombres las grandes lecciones del tiempo? ¿Cómo enmendarían sus yerros, corregirían sus faltas y escarmentarían en sus males? No entiendo que sea necesario hacinar ejemplos de ello ante la sabia ilustración de V. S. I. Pero ahí está Mariana que, por más común y más generalmente conocido, hará más fuerza en el caso presente. Sabida de todos es la severidad inflexible con que juzga las acciones de los Reyes pasados; pero particularmente con don Pedro IV de Aragón, don Pedro de Castilla, Enrique IV y su esposa doña Juana. Su tono toma una fuerza y una dureza sin ejemplo. Perverso y de mal corazón al primero; tirano cien veces, y áun bestia feroz al segundo; flojo, incapaz y de vida torpe al último; suelta y libre, y de mala fama á aquella Reina: tales son los dictados que le sugieren los sucesos de aquellos reinos. Y si bien ha habido escritores que han hecho la defensa y apología de algunos de estos personajes, han atacado á Mariana con las armas de la crítica y de la erudición; mas ninguno, que yo sepa, le ha llamado por eso temerario y sedicioso. Pues si en Mariana no desdice semejante franqueza y decisión escribiendo una historia donde todo se toma á la letra, ¿por qué se ha de tener á mal en un poeta componiendo odas y ficciones dramáticas, en que se da necesariamente más ensanche á la imaginación, y más vehemencia al estilo?

En cuanto á Padilla y á las Comunidades, ya he dicho anteriormente el

objeto y circunstancias con que he compuesto estas poesías, y por consiguiente, siendo el poema que trata de este argumento una especie de Elegía á la pérdida de nuestras instituciones políticas antiguas, he debido considerar poéticamente á aquel caballero como defensor y mártir de ellas, y al bando opuesto como opresor y contrario. Se escandalizan los Censores de que se prodiguen tantos elogios á un hombre que fué tan severamente castigado. Pero esta clase de juicios y sentencias, que nacen de la oposición y choque de partidos, no siempre son aprobados absolutamente y consentidos por la posteridad. Los Reyes mismos han sentido á veces el rigor á que las circunstancias ó la pasión los ha obligado. Ejemplo sea el arrepentimiento de Don Pedro IV de Aragón por haber hecho morir como reo de Estado á don Bernardo Cabrera, su Ministro; y el que, según Dormer, tuvo Felipe II por las severidades ejercidas cuando las agitaciones de Aragón. Aún no había pasado un siglo desde el triste suceso de las Comunidades de Castilla, y ya el Obispo *Sandoval*, en su *Historia de Carlos V*, hacía una pintura de aquellos acontecimientos, que además de ser la más extensa y puntual que hay de ellos, es al mismo tiempo la más imparcial y moderada. El tono general es, como ser debía, de desaprobación hacia los excesos y última resolución de los comuneros; pero el efecto que resulta de toda su narración, y las indicaciones que hace á veces, templan la severidad y dan al asunto un aspecto algo diverso. Véanse las siguientes:

«Materia por cierto lastimosa (dice así el preámbulo del libro V, entrando á referir estos sucesos), y que yo quisiera pasar en silencio, por tocar á algunas de las casas ilustres, ciudades y villas cabezas de estos reynos, que nunca desirvieron á sus Reyes, antes les fueron muy leales. Ni entiendo yo que ellos pensaban que les deservian, sino que le sacaban de una opresión en que sus privados le tenían. Y consta claro en que siempre apellidaron por su Rey, y que no se fuese del reyno, y que le querían ver y gozar de su real presencia. Lo cual no pidieran, si quisieran deservirle. Veráse todo y más en el progreso de esta historia.» =«Erraron los caballeros, erró el comun en lebantarse contra los Ministros de sus Reyes; pero no les neguemos, y es

fuerza que digamos que fueron valerosos... Pues maravillarnos y dar por traidores absolutamente á los que en esto fueron, yo no lo haría.» (Libro VIII, §. 1.°) —«Un caballero de los leales escribió un dia ántes de la batalla (la de Villalar) á otro del bando de la comunidad, diciéndole como este negocio había venido al rompimiento y estado que veía, que ya no había más que apretar bien los puños porque el que cayese debajo había de quedar por traidor. Como fuera sin duda: porque segun vemos, todas las acciones ó hechos de esta vida se regulan más por los fines y sucesos que tienen, que por otra causa. Si á Cortés le sucediera mal en México cuando prendió á Motezuma, dijéramos que habia sido loco y temerario. Tuvo dichoso fin su valerosa empresa, y celébranle las gentes por animoso y prudente.=Verdaderamente en todo lo que he leido de Juan de Padilla, hallo que fué un gran caballero, valeroso y de verdad.»

Estos y otros pasajes, que pudieran también acotarse, hacen transpirar claramente el juicio interior de aquel Prelado acerca de estos sucesos y sin duda el que da á entender que, lo que faltó á Padilla para ser aplaudido del mundo, fué tener en su empresa el mismo buen éxito que Hernán Cortés tuvo en la suya, no favorece menos á Padilla en calidad de historiador, que Quintana le honra en la de poeta.

La doctrina, pues, y hechos políticos que sirven de fondo á las poesías que se acusan, están libres de la tacha odiosa que sus Censores les imponen. Ni puede decirse que su manifestación fuese imprudente y temeraria y que contribuyese á perturbar el orden. Porque ¿cuándo se publicaron? En Septiembre ú Octubre de 1808. Cuando el trono español estaba usurpado por un tirano sostenido por su hermano el tirano de Francia: cuando la nación se hallaba sin gobierno fijo y casi en anarquía: cuando las provincias de España estaban amenazadas de esos estragos sin ejemplo á que las obligaba su heróica consagración: cuando era necesaria toda la exaltación de los sentimientos patrióticos para montar la fuerza de la resistencia al nivel de la violencia y poder de la agresión: cuando casi todos los españoles que pensaban y escribían indicaban el restablecimiento de las Cortes como un medio excelente

para contrarestar al déspota de la Francia: cuando nuestro mismo Rey, cautivo ya en Bayona, señalaba esta medida como remedio á su ultraje.

Entonces fué, Sr. Ilmo., cuando se imprimieron esas poesías con las formalidades requeridas por la ley, y precedidas las censuras eclesiástica y civil. Todo el mundo las creyó entonces útiles á la causa nacional, conformes con el espíritu público, y muestras de un celo laudable por el bien y gloria del Estado. Nadie vió en ellas esos principios de subversión y sedición que los Censores suponen tan evidentes. Y ciertamente, Señor, si en una época en que, por un efecto manifiesto y necesario de tiranía, estaban los españoles, desde su legítimo Rey hasta el último de los vasallos, padeciendo los enormes males que han escandalizado y maravillado á la Europa; si en esta época, repito, no se podía hablar en España con valor de libertad, de tiranía y servidumbre, es necesario, ó borrar de los diccionarios estas palabras para que nadie las use, ó cerrar el corazón á los sentimientos que la naturaleza inspira contra la opresión, la violencia y la injusticia.

Pasando ahora á los reparos respectivos á la Religión, lo primero que los Censores acusan son las indicaciones que en estas poesías se hallan contra la superstición, y los dictados de superticioso y fanático dados á Felipe II. Dicen ellos, que aquí por superstición entiende el autor la Religión Católica; y yo digo, que el autor, en cuantas partes habla de la superstición, habla de la superstición y no de la Religión. ¿No es cosa, por cierto, bien extraña, que se ha de juzgar á un autor por lo que se le supone, y no por lo que él expresamente dice? Si hay una diferencia muy grande entre las dos cosas, como la hay, señor Ilmo.; si la una es la verdad, y la otra el exceso ó abuso; si es cierto que la superstición y el fanatismo acarrean muchos males al mundo; si como yo entiendo, con bastantes escritores sabios y piadosos, mucha parte de la decadencia de España se debe atribuír á este exceso ó abuso, ¿qué extraño es que Quintana, en su exaltación poética, le haya señalado como tal? El que invoca para la libertad de España, la augusta sombra de un Príncipe tan religioso como San Fernando, ¿pensará tachar el verdadero espíritu de religión en Felipe II? Jamás pasó semejante idea por la imaginación del autor de estas *Poesías*: ha pensado sí, que este Monarca cuyo amor á la fe y cuya capacidad no disputo,

tomó muchas veces su ambición por celo, sus prevenciones por justicia, y sus temores por prudencia; y que estas causas le impelieron á entrar en tales empresas y tentativas, y obstinarse en ellas de un modo tal, que con ser su poder mayor que el de cualquiera otro potentado de Europa, no sólo la mayor parte de ellas se le desgraciaron, sino que la Monarquía, arruinada y exhausta con aquellos jigantescos esfuerzos, perdía la primacía en Europa; y de revés en revés, de infortunio en infortunio, su descaecimiento fué tal, que en los infelices tiempos de Carlos II no era ya ni una sombra de lo que antes había sido.

Fruto funesto de este estado ruinoso y decadente fué la degradación de las luces y el atraso de las ciencias y de las letras. Habíamonos distinguido brillantemente en ellas por casi todo el siglo décimo-sexto; pero la decadencia del poder trajo también la de la ilustración. La ignorancia fué general, y de ella se produjeron las consejas, los cuentos, las leyendas, las brujerías, los duendes, las apariciones, y todo el cúmulo de patrañas y embaimientos de que la pluma de Feijóo nos empezó á curar al principio del siglo anterior, y que después las luces han disminuído mucho, aunque no enteramente disipado. Esta credulidad ciega y pueril, es la que en todos tiempos se ha llamado superstición por los hombres verdaderamente sensatos y piadosos. Contra ella es contra quien declama el autor de las *Poesías* como contra una dolencia que, en su concepto, ha entorpecido el espíritu nacional, degradado el generoso aliento de los españoles, fomentado la indolencia y la pereza, y apagado la industria y el valor.

Que ésta sea la intención del autor, y no la temeraria que se le supone, se deduce evidentemente de la época á que se refiere la invectiva. Puesto que la exicial *superstición* de que habla Padilla en su prosopopeya, está allí señalada expresamente como una novedad bastante posterior á él; no ha podido significarse por ella la Religión cristiana establecida y dominante en España tantos siglos antes. Lo mismo digo de las demás indicaciones que hay sobre este objeto, todas relativas á la misma época de nuestra decadencia. El autor no confunde los tiempos: caracteriza la superstición como un mal nuevo añadido á los demás que cayeron sobre la Monarquía después de la destruc-

ción de sus fueros y leyes políticas, y, por consiguiente, es claro que no la ha confundido con un establecimiento tan antiguo y respetable como el de la Religión.

El segundo reparo religioso que se hace en las censuras, se refiere al pasaje de la oda *Á la Imprenta,* en que hablándose del triunfo que esta invención consiguió del error é ignorancia general, se dice asi:

«Qué es del monstruo, decid...» etc.

No hay acusación á que se dé más importancía, si se considera la prolijidad y la agrura con que uno de los Censores analiza y tizna este pasaje. Yo le perdono las injurias que me dice, en consideración al celo que se las dicta; aunque entiendo que son poco conformes á la caridad cristiana. Si hubiera escuchado los sentimientos que ella inspira, procediera con más circunspección, y no partiera tan de ligero á condenar lo que equivoca. Para él *es evidente* que esos versos hablan de la Santa Sede y de los Sumos Pontífices. Mas ¿dónde está esa evidencia? ¿Cómo es que no lo vieron los primeros Censores á quienes se sujetó esa oda para su impresión en el año de ocho? ¿Cómo es que tampoco lo ha visto ahora el autor de la primera censura, que al acusar tantos pasajes se deja ese en que la impiedad está tan de bulto? Leyeron, sin duda, éste y aquéllos el tal trozo do buena fe y sin ir á buscar lo que no había; mientras que el censor que le acusa, ó bien por prevención, ó por no hacerse cargo de la fuerza y licencias del lenguaje poético, ha tomado á la letra la expresión *sobre el despedazado Capitolio;* y en ella ha establecido su batería para fulminar rayos contra el desgraciado poeta.

Pero, á la verdad, si se considera que esa expresión no puede entenderse materialmente, pues que materialmente no es cierto que el Solio del Sumo Pontífice esté sentado sobre los pedazos del Capitolio, no cabe duda en que es una expresión figurada para significar la ruina del Imperio romano en el Occidente. Ahora bien, como esta ruina aconteció á fines del siglo quinto, cuando hacía ya más de cuatrocientos años que la Religión cristiana se había introducido en Roma y establecido la Silla Pontificia; el poeta no ha podido

hablar de esta sagrada institución, y es preciso buscar otro objeto posterior á aquella época á quien aplicar la monstruosidad moral que allí se pondera. Este no es otro que la barbarie grosera y feroz que se deplegó sobre todas las provincias occidentales del Imperio romano, luego que triunfaron de él las naciones septentrionales. Ella acabó con las artes, con las ciencias, con toda clase de civilización, corrompió y endureció las costumbres, confundió todos los derechos y todas las ideas, devoró el mundo con las guerras intestinas é interminables que ocasionaba, lo llenó de escándalo con sus horrores, y de ridiculeces con sus sofismas pueriles. La invención de la imprenta, por medio de las luces que introdujo y de la mayor comunicación á que dió lugar entre los hombres, empezó á disipar las nieblas, suavizar las costumbres y enmendar los errores crueles que en tantos siglos rudos se cometieron. Es verdad que no ha triunfado enteramente de ellos; pero el transcurso del tiempo y los adelantamientos humanos lo lograrán, y entonces el edificio del error y de la ignorancia, caído por el suelo, moverá á risa á los que lo contemplen. Estas son las ideas generales que el poeta tuvo presentes al hacer esos versos: ideas que cuadran perfectamente con la época que indica en ellos, y que nada tienen que ver con la intención temeraria de que se le acusa.

Lo que parecerá más extraño, y acaso singular, es que el mismo Censor, después de calificar estas poesías de irreligiosas, las tache inmediatamente después de inductivas á idolatría: de modo que, según él, no sólo se manifiesta el autor poco buen cristiano en ellas, sino también semi-pagano. Sírvenle de ocasión á esta acriminación extraordinaria los versos en que encuentra la atribución de Dios y de divino dadas á objetos enteramente diferentes del verdadero Dios, y las alusiones á las divinidades gentílicas como Apolo, Ceres, Pomona, Venus, etc. Pero Ilmo. Sr., ¿á qué poeta jamás se le ha hecho semejante objeción? ¿Cuándo, ni por pensamiento, se ha atribuído á los que en sus versos ó en sus ficciones han usado de estos adornos, una intención tan extravagante, ni á sus lectores una estúpida simplicidad? Estos seres mismos están figurados en pinturas y en estatuas en los paseos públicos, en los salones y en los jardines de los Príncipes y de los Grandes con toda la valentía y el decoro que la imaginación de los artistas ha alcanzado

á darles. ¿Y por ventura los que los pagaron y los que los hicieron tienen el concepto de fautores de idolatría? ¿Cibeles, Neptuno, Apolo, que coronan el principal paseo de la capital, están allí para que el vulgo los adore, ó para servir de ornato en aquel sitio? Según eso, Camoens, que se vale de la mitología gentílica para la parte maravillosa de sus *Lusiadas:* Tasso, que adorna muchas veces con ella los versos de su religioso poema: nuestro obispo Balbuena, que en su *Bernardo* da una existencia igual á los héroes que allí celebra que á las diosas y dioses que hace intervenir con ellos: en fin, el inmortal Fenelon, que en su admirable *Telémaco* hace obrar estas mismas divinidades ficticias de un modo tan animado y tan interesante, serán inductores á idolatría, y proscriptas por ello esas obras, que son hoy las delicias de toda Europa.

No hizo, en fin, parecer tal á Jacobo Sanazaro, que hizo de estos adornos en su *Parto de la Virgen*, ni ver en él al dios Proteo vaticinar la venida de Jesucristo. Lejos de incurrir en ninguna reprensión por ello, aunque al parecer ningún argumento podía sufrir esta clase de licencias menos que el suyo, su celo y su trabajo fueron aplaudidos, y los Sumos Pontífices León X y Clemente VII le llenaron de elogios por él. Prescindo de citar textos de poetas líricos en que se usa el mismo lenguaje en esta parte que en los pasajes apuntados por el Censor, porque sería necesario citar toda nuestra poesía lírica desde Garcilaso hasta Meléndez, y amontonar pasajes sobre pasajes de que la sabia ilustración de V. S. I. no necesita seguramente para conocer el poco fundamento de la acusación. En ella el Censor da una nueva prueba de la prevención rigorosa con que ha examinado este libro, y manifiesta que, ó ignora los primeros elementos de las bellas letras, y en tal caso debió abstenerse de decidir en materias que no entendía, ó que sabiéndolas no ha querido hacerse cargo de que en lenguaje poético, y á veces en el común, las atribuciones de divino, de dios, de inmortal, etc., no significan más que calidades eminentes, extraordinarias, fuera del orden común de la humanidad; y que estas divinidades de Júpiter, Ceres, Pomona, unas veces son alegorías, otras adornos de imaginación, otras hipérboles y figuras de estilo.

En cuanto á la última clase de reparos expuesta sólo por este Censor, y

relativa á costumbres, como se contenta con decir en general que el amor se pinta en estas poesías con excesiva vivacidad, y que hay en ellas muchas imágenes inductivas á torpeza, sin citar particularmente ninguna, limitaré mi defensa á estas solas indicaciones. Primera: que la pintura del amor es lícita y permitida; y prueba de ello es que toda la poesía lírica, bucólica y dramática, y todas las novelas y todos los cantares populares no tratan generalmente de otra cosa, y no por eso están prohibidos. Segundo: que la vivacidad y animación de la pintura no es lo mismo que deshonestidad ú obscenidad, que es lo que realmente sería culpable. Tercera: que ninguna de las expresiones del poeta tira á excitar ó recomendar las acciones que la moral y la religión igualmente proscriben, como son el estupro, el adulterio, el incesto, etc. Cuarta: que los colores con que el autor ha pintado esta pasión ne excluyen por ningún modo su legitimidad.

Pongo aquí, Sr. Ilmo., fin á esta contestación que mi situación triste y aislada, la falta de libros y otros medios no me han dejado hacer tan fundada y autorizada como yo quisiera. Mas las consideraciones que comprende creo que basten á mostrar: que la doctrina política que sirve de base á las tres composiciones principalmente censuradas, está apoyada en la práctica de los siglos antiguos, en las leyes, y en autoridades de la mejor nota, anteriores siglo y medio á la revolución francesa, y, por consiguiente, que no es nueva, ni revolucionaria, ni subversiva; que cuando el autor publicó estos versos patrióticos lo hizo con las formalidades prevenidas por las leyes, y en circunstancias públicas y notorias, en que, lejos de ser perjudicial la exaltación que hay en ellos, era útil para animar el espíritu público de los españoles contra la tiranía de Napoleón, y por consiguiente, están muy lejos de tener el carácter de sediciosos; que los Censores, en los pasajes que citan, dan á las frases y palabras que acusan una interpretación exagerada y siniestra, extrañas del sentido recto y natural que ellas presentan, y poco conforme al tenor general de las ideas del autor, como se deduce de las diferentes citas examinadas en este escrito, no habiéndolo hecho con todas, una por una, por evitar prolijidades y repeticiones; que los reparos opuestos respectivamente á religión no tienen fundamento, puesto que estriban en una

inteligencia equivocada; y que igualmente carecen de él la nota que se les pone de licenciosos, como falta absolutamente de prueba y de razón.

Mas si á pesar de mis intenciones explicadas y manifestadas en esta exposición, todavía ó por inatención y descuido, ó por la exaltación del entusiasmo, ó por la inexactitud y licencias del lenguaje poético, hubiese en este libro, algún pasaje ó composición que presente un sentido menos conforme y dé á los lectores poco advertidos ocasión de siniestras interpretaciones, desde ahora yo mismo la repruebo y estoy pronto á suprimirla ó corregirlo todo á satisfacción del Tribunal, á cuya superior ilustración y prudencia respetuosa y enteramente me someto.

Por todo lo cual pido á V. S. I. se sirva absolver lisa y llanamente este libro de la calificación y censuras contra él dadas, ó en su caso tomar el temperamento que acabo de indicar, y que espero de la justicia, prudencia y equidad del Tribunal. Ciudadela de Pamplona, á 9 de Agosto de 1818.

Entregada esta contestación al señor Esparza en el día de la fecha.

Hasta 29 de Marzo del año siguiente de 1819 no hubo resultas de este incidente. Pero en dicho día volvió á presentarse el Licenciado Esparza, y me comunicó la resolución del Santo Oficio, que fué la que resulta de la representación adjunta que hice en seguida y le entregué con la que acompaña.



Ilmo. Sr.

Don Manuel Joséf Quintana á V. S. I. con el respeto debido digo: que se me ha comunicado por el Licenciado don Miguel Esparza, Comisario del Santo Oficio, la decisión de ese Tibunal en el expediente seguido sobre el libro de mis *Poesías* por lo cual ha tenido á bien V. S. I. resolver que no cursen las composiciones *Á Juan de Padilla* y *Al Panteón del Escorial*, ni

tampoco dos estrofas de *La Imprenta*, condescendiendo con el allanamiento que hice en mi anterior escrito de corregir ó suprimir lo que encontrase responsable en el tal libro.

Doy reverentemente gracias al Tribunal por su benigna condescendencia, y respetando, como debo, las consideraciones que han motivado la expresada resolución, me conformo enteramente con ella. Pero habiendo examinado detenidamente las dos composiciones primeras, hallo que son de muy difícil corrección, y que sería preciso hacerlas casi enteramente de nuevo para dejarlas defendidas de toda clase de reparo; trabajo que exigiría mucho tiempo, y sobre todo otra disposición y tranquilidad de espíritu que la que mi desgraciada situación me permite. Por lo cual abandono esos dos poemas á su mala suerte; protestando otra vez de la sinceridad de mi intención al componerlos y publicarlos.

Las dos estrofas de la oda *A la Imprenta* pueden fácilmente suprimirse, poniendo en su lugar, para enlazar el sentido, los versos que acompaño, los cuales creo que no pueden dar lugar á reparo ni interpretación ninguna siniestra, y por lo mismo espero que sean de la aprobación de V. S. I.

Es cuanto mis circunstancias actuales me permiten hacer en prueba de mi docilidad. Muerto, como me hallo, á la sociedad y al mundo, y absolutamente privado de medios, no puedo proceder á una nueva edición de esos opúsculos en que fuesen suprimidas las composiciones mencionadas, puesta la otra corrección en su lugar, y arreglado todo á satisfacción del Tribunal, á cuya superior circunspección y sabiduría los sujetaría. Mas siéndome esto enteramente imposible, ahora espero que el Tribunal tenga á bien satisfacerse con mis buenos deseos.

Ciudadela de Pamplona á 20 de Abril de 1819.

ILMO. SR.

Manuel Josef Quintana

CORRECCIÓN

EN LA PAGINA 216 DEL LIBRO DE POESÍAS A QUE SE REFIERE ESTE ESCRITO

Se suprimen todos los versos de la primera y los catorce primeros de la siguiente, y se ponen estos en su lugar:

Dijo; y al punto su industriosa mano,
Como un fanal inmenso, inapagable,
La imprenta apareció. Viérase entonces
La noche deshacerse tenebrosa,
Y el letargo profundo
Romper la inteligencia en que yacía.
¿Qué ya en los anchos ámbitos del mundo
Pudo ocultarse á su impaciente anhelo?
Levántase Copérnico hasta el cielo, etc.





Tragedias

Las dos siguientes composiciones dramáticas, hijas de la inexperiencia, y tal vez de la temeridad del autor, no se publicarían de nuevo á no haber sido impresas y representadas á veces sin las enmiendas y correcciones que en otro tiempo se hicieron en ellas. Mas una vez que se dan en el teatro y corren en el público, llevando al frente el nombre de quien las escribió, vale más que se den como él ha querido que estuviesen, y no como la incuria y la ignorancia las hacen correr ahora.

Al cabo de tantos años y enmedio de los grandes objetos que ocupan á los españoles, el recuerdo de los debates á que estas piezas dieron lugar sería ciertamente inoportuno y pueril. Por otra parte, decir cómo se censuró, cómo se satirizó, cómo también se calumnió al autor con este motivo, sería repetir lo que sucede siempre que sale á la luz alguna obra que, por un aspecto ó por otro, llama la atención del público. Él opuso á las calumnias el desprecio, el silencio á las sátiras, y á la buena crítica la docilidad y la enmienda. Y cuando algún tiempo después se trató de volverlas á representar, creyó que debía de dar una prueba de gratitud y de respeto al público, revisándolas y corrigiéndolas para hacerlas menos indignas de su atención. Estos nuevos esfuerzos fueron acogidos favorablemente, y las dos piezas han sido oi-

das desde entonces con bastante benevolencia siempre que los actores se han querido tomar el trabajo de representarlas con algún esmero.

Está el autor, sin embargo, muy ajeno de creer que con esta revisión prolija hiciese desaparecer los principales defectos de que adolecían. La corrección y la lima pueden sin duda añadir perfección á las obras que ya tienen bastante mérito en sí mismas, pero no alcanza jamás á allanar los inconvenientes que nacen de la mala elección del asunto, de la falta de experiencia, y mucho menos de la de talento.

No era posible, con efecto, dar al *Duque de Viso* la verosimilitud, el interés histórico y la dignidad de que su argumento carece. Sedujeron al autor unos cuantos pasajes llenos de novedad y de energía que hay en el drama inglés de donde tomó el asunto de su poema; y le pareció que ajustándolos á un cuadro menos apartado de nuestra escena, podrían producir efecto en los espectadores españoles. Mas no vió entonces, como ve ahora, que sacar estas bellezas de allí era quitarles mucha parte de su nativo valor. La licencia de un drama, el prestigio de la música, y el sistema más abierto en que trabajan los autores ingleses y alemanes, autorizan las libertades, cubren las inverosimilitudes y agrandan las proporciones; de modo que la exageración y la violencia se hacen notar menos; y las bellezas que el asunto proporciona se despliegan con mayor vigor. Reducir estas composiciones al rigor exacto de las reglas establecidas por los legisladores poéticos del Mediodía, es mutilarlas miserablemente, violentar su carácter y anonadar su efecto. Si á esto se añade la inexperiencia del poeta, que en muchas partes no ha hecho más que indicar las situaciones, en vez de desenvolverlas, y ha puesto la hipérbole y la dureza donde debieran reinar la delicadeza y la verdad, se verá que aun cuando haya algunos aciertos en esta composición, de que á mí no me toca hablar, están más que bastante compensados con los inconvenientes expuestos.

Advirtióse en el *Pelayo* algún adelantamiento: mejor ordenada la fábula, más bien desempeñadas las escenas, mejor preparadas las situaciones, más propiedad y verdad en el estilo. Es cierto que el escritor aun no había sabido crear un interés dramático suficiente para llenar cumplidamente los cinco

actos; que faltaba el equilibrio debido entre los personajes, puesto que el de Munuza no es más que un bosquejo, y muy ligero; que el estilo aun no tenía la firmeza y la igualdad correspondiente, y que el diálogo no estaba tampoco acabado de formar. Pero todo lo cubrió al parecer el interés patriótico del asunto: los sentimientos libres é independientes que animan la pieza desde el principio hasta el fin, y su aplicación directa á la opresión y degradación que entonces humillaban nuestra patria, ganaron el ánimo de los espectadores, que vieron allí reflejada la indignación comprimida en su pecho, y simpatizaron en sus aplausos con la intención política del poeta.

Esta indulgente acogida le obligaba á redoblar sus esfuerzos para hacerse más acreedor á la estimación pública, y justificar con nuevas producciones la consideración que se le dispensaba. Con esta mira, y arrastrado también de su afición á este género de poesía, tenía ya bastante adelantadas tres tragedias, *Roger de Flor*, *El Príncipe de Viana*, y *Blanca de Borbón;* asuntos en que á catástrofes interesantes y patéticas se reunía la ventaja de poder retratar en grande costumbres y caracteres de pueblos, de tiempos y de personajes muy señalados. La agresión francesa vino, y la revolución estalló. Desde entonces la obligación de atender exclusivamente á trabajos harto diferentes, la necesidad de trasladarse de una parte á otra, y el torbellino bien notorio de infortunios, persecuciones y encierros que el autor ha sufrido, dieron al traste con sus papeles, con los mejores años de su vida, y con todos sus proyectos literarios, que las circunstancias en que hoy día se ve la patria, no le consienten renovar. Otros escritores gozaran tiempos más serenos, y serán sin duda más felices.

Madrid, 1.º de Marzo de 1821.





TRAGEDIA EN TRES ACTOS

REPRESENTADA LA PRIMERA VEZ POR LOS ACTORES DEL COLISEO DEL PRÍNCIPE EN 19 DE MAYO DE 1801

PERSONAS

ENRIQUE, *usurpador de Viseo.*
EDUARDO, *hermano suyo y duque legítimo.*
VIOLANTE, *hija de Eduardo con el nombre de* MATILDE.
EL CONDE DE OREN.
ATAIDE, *alcaide.*
ASÁN, *esclavo negro.*
ALI, *esclavo negro.*
GUARDIAS DE ENRIQUE.
SOLDADOS DE OREN.

La escena pasa en Portugal en una fortaleza del duque de Viseo.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

MATILDE *estará sentada en ademán afligido:* ATAIDE *en pie, algo separado de ella, observándola.*

ATAIDE. ¿Siempre llorando? La mortal tristeza,
El amargo cuidado que en vos miro
Desde que á esta mansión os condujeron,
¿No darán al consuelo algún camino?

¿Ni este respeto universal que os sigue,
Ni el obsequio del Duque y los cariños,
Ni las galas, la pompa y las riquezas
Que halagan vuestros ojos de contino,
Os pueden distraer?

MATILDE. ¿Pensáis, Ataide,
Que puede acaso al sentimiento mío
Esconderse esta triste servidumbre
Entre un vano oropel que yo no admiro?
Ocho veces el sol ha iluminado
Las formidables torres del castillo,
Desde que en él, sin el amor de un padre
Y sin mi libertad, llorando vivo.
¿Qué intenta el Duque? ¡Oh, Dios!

ATAIDE. Más bien señora
Que súbdita aquí os veis: sus beneficios...

MATILDE. El bien que hace la fuerza es una injuria:
Cargáronme de joyas y atavíos,
Y me privaron de la paz dichosa
Que yo gozaba en mi inocente asilo.
¿Qué sirvió resistir? El Duque airado
Dijo: «Yo así lo mando;» y fué preciso
Humillarse y ceder. Yo conducida
Por esos negros fuí, dignos ministros
De tal violencia, en tanto que á mi padre
Hablaba el Duque... Ataide, si el gemido
De una mísera víctima os conducle,
¿Qué es, decid, de su suerte? ¿En este sitio
Quién la entrada le niega? ¿Quién estorba
Que yo vierta en su seno mis suspiros?

ATAIDE. En salvo está, aunque ausente: consolaos,
Y por él no temáis.

MATILDE. No siempre han sido
Tan injustos los dueños de Viseo;
Y si el noble Eduardo fuera vivo,
No aquí se viera la infeliz Matilde
Su afan al cielo denunciando á gritos.
Aquél si que era grande y virtuoso.
¡Cuántas veces mi padre su benigno
Carácter me pintaba y sus virtudes,
Dignas de mejor suerte! Yo en oirlo
Lloraba de placer. ¡Cuántas decía
Que en su fiel corazón cual tiernos hijos
Amaba á sus vasallos! Él es muerto,
El fiero Enrique manda; ¡y yo he nacido
En tiempo tan fatal!

ATAIDE. Bella Matilde,
Esos nobles afectos son bien dignos
De la augusta memoria de Eduardo.
Cuando sepais... Enrique al conduciros
A este palacio os rinde el homenaje
Que mandan la virtud y el atractivo.
Siempre afable con vos, siempre halagüeño...

MATILDE. ¿Puedo yo comprender lo que es conmigo?
Tímido á veces, vergonzoso y triste,
Clavando en mí sus ojos doloridos,
Tiembla y suspira, y por hablar anhela,
Y la palabra entre sus labios fríos
Helada espira; á veces obsequioso,
Con rostro alegre y ademán festivo
Elogios prodigándome y halagos,
Quiere que mi dolor dé yo al olvido.
Otras, en fin, cuando á saber mi suerte
Me presento á su vista de improviso,

Se estremece aterrado, y me despide,
De un horror tan funesto poseído,
Que se extiende hasta mí, y huyo al instante
Sin poderme valer.

ATAIDE. Yo no me admiro
Que aun no entendais la desigual porfía
Que esconde en su interior. Mas si de un vivo,
Si de un vehemente amor...

MATILDE. Esto faltaba,
Que á herir mi corazón y mis oidos
Viniesen esas voces de ignominia
Y viniesen de vos. ¡Ah! yo os he visto
Tal vez á mi desgracia y á mis penas
Mostrar semblante tierno y compasivo;
Pero erré, ya lo advierto; y la inclemencia
De mi cruel estrella me ha traído
A morar entre fieras, donde nunca
La piedad y el honor hallan abrigo. *(Vase.)*

ESCENA II

ATAIDE

¡Fiereza hermosa! ¡Oh cuál se muestra en ella
Su generosa cuna! En vano ha sido
Temer yo que el poder y la opulencia
Hallasen á sus ojos atractivo.
Ya en fin es tiempo de acabar mi obra,
Y el velo que cubrió tantos delitos
Se rompa de una vez.

ESCENA III

ENRIQUE, ATAIDE

ENRIQUE. Detente, Ataide,
Y escucha á tu señor: es ya preciso

De una vez explicarse y que se acabe
La afanosa inquietud en que ahora vivo.
¿Cuál, dime, es la mudanza que en tí veo?
Tú, de mis penas confidente antiguo,
Tú, que fuiste mi cómplice, me olvidas,
Y me niegas tu amparo en el abismo
Donde hundido me ves. No te recuerdo
La vida y libertad que me has debido,
Los bienes y el favor que largamente
Mi incansable amistad partió contigo;
Mas ¿por qué, dime mi presencia evitas?
¿Por qué con ceño y ademán esquivo
Te he de hallar siempre? Si de tí pendiera
Derramar el balsámico rocío
De la tranquilidad sobre las penas
Que en este triste corazón abrigo,
¿No fueras tú el primero á consolarme?
No hallara en tí mi agitación su alivio?

ATAIDE. No lo dudeis, señor; por mí conozco
El peso que tras sí deja el delito.
Sabed que ya no basto á sostenerle,
Y ¡oh cuántas veces la fortuna envidio
De aquellos que al furor de vuestro brazo
Lanzaron tristes el postrer suspiro!
¿Qué no dierais, decid, porque á la vida
Volver pudiese del sepulcro frío
El mísero Eduardo?

ENRIQUE. Escucha, Ataide;
¿Porqué mentar su nombre á mis oídos?
Mi pecho por mi mal aun no es de bronce;
Y á pesar del horror donde impelido
fuí por mi frenesí, sabe que á veces

Aun de ternura y de dolor suspiro.
Él me amaba en un tiempo, y yo le amaba,
Y era inocente... ¡Oh sin igual delito!
¡Oh Eduardo! ¡Oh Teodora!... Mas la ingrata
¿No le prefirió á mí? No dió al olvido,
Por el suyo mi amor?... ¿Ves la agonía,
Ves el remordimiento y el martirio
Que desde el punto de su infausta suerte
Sin poderlos calmar traigo conmigo?
Pues no son tan funestos á mi pecho
Como la gloria, la fortuna, el brillo
Que siempre coronaban á Eduardo
Para eterno baldón y oprobio mío.
Yazca por siempre en la espantosa tumba
Donde por mí precipitado ha sido,
Y no perturbe su memoria amarga
El dulce instante en que á mi bien camino.
Si, Ataide; aquel amor irresistible
Que pudo conducirme al parricidio,
Ahora me tiende su amigable mano,
Y me va á libertar del precipicio.

ATAIDE. ¡El amor! Perdonad: yo imaginaba
Que eternamente en vuestro pecho escrito
El nombre de Teodora viviría,
Á pesar de los tiempos y el olvido.
Su amor por Eduardo, su himeneo,
Á vuestro negro afán dieron principio
Y á los atroces celos que afilaron
Para su muerte el vengador cuchillo.
Murieron; desde entonces vuestros días
De amargura y dolor fueron vestidos,
Y pronunciar el nombre de Teodora

Se os oye siempre en lastimoso grito.

ENRIQUE. ¡Ah! yo adoro á Teodora más que nunca:
¡Olvidarla! jamás; pero el destino
Vida la vuelve á dar, y ella renace
Á atormentar de nuevo mis sentidos.
¿Respirar no la miras en Matilde?
La misma gentileza, el mismo brío;
Suyas son sus bellísimas facciones,
Suyo en los ojos el ardor divino.

ATAIDE. Mas ¿qué vana ilusión os arrebata?
Volved en vos, señor; ese prestigio
Dilatará vuestra profunda herida,
En vez de darla, cual pensáis, alivio.
Otras sendas buscad, que distraeros
Podrán; volved al bélico ejercicio,
Que en el ardor de vuestra edad primera
Toda su gloria y sus delicias hizo.
La guerra con Castilla se prepara;
El Rey gustoso os llevará consigo,
Y Marte ahuyentará vuestros pesares
Mejor que un amoroso desvarío.
¿El nombre del amor no os amedrenta?
¿No llega á estremeceros el peligro
De dar los labios á la copa en donde
Sólo hiel y dolor habéis bebido?
Sacudid la ilusión que va á perderos.

ENRIQUE. No es ilusión, Ataide: por mí mismo
Muerte me viste dar á la que amaba;
Y agitado sin fin y consumido
En imposible abrasador deseo,
¿Qué tormento jamás se igualó al mío?
Desde el momento aquel, beldad ninguna

Mis ojos aduló con su atractivo,
Ni voz ninguna en agradables ecos
Resonó dulcemente en mis oídos.
La rabia sola de mi inútil crimen
Halló en mi pecho su funesto abrigo
Hasta que vi á Matilde. ¡Oh! ¡cómo al verla
Mi corazón pasmado, estremecido,
Sintió delante á la infeliz Teodora
Y embravecerse su tormento antiguo!
Mientras más la contemplo más la adoro;
No ya tras una sombra, un bien perdido,
Se exhalarán mis áridos deseos:
Cese ya aqueste afán, este delirio;
Amor va á coronarme, y venturoso
Á Teodora en Matilde al fin consigo.

ATAIDE. ¿No veis que os engañáis? Nadie el sosiego
En la violencia halló ni en el delito;
Ella no os puede amar

ENRIQUE. ¿No puede amarme?
¿Y por qué?

ESCENA IV

MATILDE.—DICHOS.

MATILDE. Perdonad si á interrumpiros
Me atrevo ahora: ¿á las palabras mías
Concedereis, señor, atento oído
Un momento siquiera?

ENRIQUE. ¡Ah! ¿cuál momento
De mi vida no es tuyo? De este sitio,
Ataide, te retira. *(Vase Ataide.)*

ESCENA V

ENRIQUE, MATILDE

ENRIQUE. Habla, no tiembles:
¿Por ventura en poder de un enemigo,
De un señor irritado, estás ahora?

MATILDE. ¿Qué se yo? Contemplad en mis gemidos,
Y contemplad mi suerte: aprisionada,
Arrancada al halago de los míos,
Aquí suspiro en vano, y aun ignoro
De tal suceso el infeliz motivo.
Si es castigo tal vez, sepa yo al menos
Cuál vuestra ofensa y mi delito ha sido;
Y si es favor, vuestras bondades busquen
Otro objeto, señor.

ENRIQUE. No le hay más digno
En la tierra. Pues qué, ¿tú sola ignoras
Que en la humildad de tu anterior destino
El valor y beldad que te dió el cielo
Se hallan indignamente obscurecidos?
Eleva tu ambición: el más excelso
Señor de Portugal, que aun al Rey mismo
Quizá se iguala, tu hermosura adora,
Y rinde á tus encantos su albedrío.
Tus labios hablarán, y mil esclavos
Adorarán tu gusto y tus caprichos.
Tu estancia harán los mármoles y el oro,
La pompa del Oriente tu atavío.

MATILDE. No, señor, no; los mármoles que adornan
El oro con que brilla este recinto
Se niegan al contento y al sosiego,

Que de aquí para siempre ausentes miro.
¡Ay! cuánto valen más las frescas flores,
Sencillo adorno del albergue mío,
Flores que mi Leonardo me llevaba
En tiempos más alegres y tranquilos!

ENRIQUE. Calla, cruel. *(Ap.)* ¡Con que á sufrir de nuevo
De los amargos celos el cuchillo
Condenado he de verme!) Ese Leonardo
¿Quién es?

MATILDE. ¿En qué, señor, os ha ofendido,
Para que sólo de escuchar su nombre
Tan de repente os irriteis conmigo?

ENRIQUE. ¿Quien es?

MATILDE. Nacido como yo de un padre
Al campo consagrado y su cultivo,
Leonardo es un soldado valeroso
Que del conde de Orén siempre fué amigo;
Él le llevó á la guerra, y con él vive
En el fuerte cercano á este castillo.

ENRIQUE. ¿Y le amas?

MATILDE. ¿Si le amo? Preguntadlo
Á aqueste corazón, en donde al vivo
Está en rasgos de fuego retratado;
Preguntadlo á los montes convecinos,
Que de nuestros dulcísimos amores
Ya tantas veces cómplices han sido.

ENRIQUE. ¿Y así te atreves á decirlo?

MATILDE. ¿Acaso
Es, señor, el amar algún delito,
Para ocultarlo?

ENRIQUE. *(Ap.)* ¡Con que yo soy solo,
Yo solo el que, abrasado, consumido

En fuego criminal, nunca á mis labios
Puedo pasar los sentimientos míos!
Mas pues padezco yo, padezcan todos:
Olvidar á Leonardo es ya preciso;
Matilde, yo lo mando.

MATILDE. Es imposible;
Que el amor no se manda ni el olvido.

ENRIQUE. La fortuna á su trono te convida,
Y ese amor te envilece.

MATILDE. ¡Ah! Que es tan rico
De bello honor y de virtud Leonardo,
Que en vez de avergonzarme en su cariño,
Mil veces más y mil le idolatrara
Si fuese dable acrecentar el mío.
¡Faltarle yo! Jamás: el alto cielo
De las tiernas palabras fué testigo
Con que juré ser suya; y sabe el cielo
Cómo mi corazón ansia cumplirlo.

ENRIQUE. ¡Oh mujer temeraria! No prosigas.

MATILDE. Excusadme, señor; yo me retiro.
Permitidme...

ENRIQUE. Detente... Yo te amo;
¿Lo sabes?

MATILDE. ¿Vos, señor?

ENRIQUE. El pecho mío
Es un volcán furioso que va á ahogarme
Si templarle en tus brazos no consigo:
No pretendas huír, es imposible.
Escúchame: mi mano, el poderío
Con que me ves lucir, todo es ya tuyo,
No lo desdeñes: si ultrajar me miro
Con tal desprecio, la violencia entonces...

MATILDE. ¡La violencia! Ese oprobio es tan indigno
De vos...

ENRIQUE. Piénsalo bien; piensa, Matilde,
Que estás en mi poder.

MATILDE. Sí y eso mismo
Es lo que al cabo á defenderme basta.
Vos sois noble, señor; vos de mi asilo
Á este opulento alcázar me trajisteis;
Y si en él un perverso, un foragido
Amagase mi honor, ¿quién me escudara,
Sino vos sólo, en tan fatal conflicto?
Dadme, pues, contra vos seguro amparo.
Yo arrodillada á vuestros pies le pido,
Y en mi llanto bañándolos, imploro
La piedad que se debe al desvalido.
Respetad mi inocencia, y no en un punto
Á los ojos del mundo y á los míos,
Y á los vuestros también, objeto sea
De ignominia y baldón.

ENRIQUE. *(Ap.* Á su atractivo
Mi furor se desarma). Oye, Matilde:
La ansiosa agitación en que te miro
Disculpe tu osadía; mas es fuerza
Sacudir de su pecho aquese indigno
Amor, que de tí misma y de tu amante
Va á ser la perdición si preferido
Es por más tiempo á las finezas mías.
Yo, que soy tu señor, á tí me rindo,
Y á tu belleza y gracias inocentes
Mi nobleza y mi gloria sacrifico.
Decídete en el término de un día,
Y sepa yo por fin si mi destino

Ha de ser siempre el de encontrar ingratos
Y usar de la violencia y del castigo.

ESCENA VI

MATILDE

¡Mísera! ¿Dónde estoy? ¿Quién me ha arrojado
Al doloroso trance en que me véo,
En las garras de un tigre abandonada,
Sin poderme valer? ¡Oh, Dios eterno!
Si de la gloria de tu excelso trono
El llanto ves que de mis ojos vierto,
Sé composivo á mi plegaria humilde,
Y escuda á esta infeliz en tanto riesgo.
¿Qué hay de común entre mi baja suerte
Y el señor soberano de Viseo?
¡El bárbaro! ¡Y afirma en sus furores
Que se abrasa de amor su injusto pecho!
Oprimir no es amar... Leonardo mío,
¿Dónde estás, que no escuchas mis lamentos?
¿Dónde estás? Ven, rescata á tu Matilde
De tan inesperado cautiverio.
Ven volando, mi bien... Mas ¡desdichada!
¿Qué pronuncio? ¡Ah! No vengas: tus esfuerzos
Se estrellarán contra poder tan grande,
Y sin fruto los dos nos perderemos.
Sola yo debo perecer.

ESCENA VII

OREN, *en traje de soldado.*—MATILDE.

OREN. ¡Matilde!
MATILDE. ¿Qué escucho? ¡Ay Dios! Él es.
OREN. Al fin te encuentro

Tras de tanto afanar.

MATILDE. ¡Oh, vida mía!
¿Dónde te arrastra tu amoroso empeño?
¿Cómo, dí, penetraste en este alcázar,
Albergue de opresión y de tormento?
Tú vienes á morir.

OREN. ¿Y qué es la muerte
Si en tu defensa y á tu vista muero?
¿Puede acaso igualar en su amargura
Á la triste aflicción, al desconsuelo
Que al encontrarme sin tu dulce vista
Sobre este ansioso corazón cayeron?
Llegó la hora: del amor guiado,
Volé en sus alas á tus ojos bellos,
Y el puesto solitario me recibe.
Perdóname: culpable aquel momento
Te contemplé, y lloré: corro á tu albergue
Sin detenerme, y viéndole desierto,
Pregunto á todos, y confirman todos
De mi desdicha el infernal recelo.
Perdóname otra vez: harto he sufrido
En escuchar mis ponzoñosos celos,
En sospechar que la ambición pudiera
Lanzar á amor de tu inocente pecho.
La entrada á este castillo me abre el oro,
Y yo por él frenético corriendo,
Te encuentro al fin, y á tu presencia olvido
Mi mortífera duda y mis tormentos.

MATILDE. ¿Y añadiste, cruel, esa sospecha,
Indigna tanto de los dos, al trueno
Que repentinamente en nuestro daño
Lanzó irritado el enemigo cielo?

Tú quizá en tu furor me maldecías,
Y yo, postrada ante el tirano fiero,
Despreciando su orgullo y su opulencia,
Juraba á voces tu cariño eterno.
Pero tú no lo dudas... ¡Ay, Leonardo!
Sálvate por piedad; tu fin es cierto
Si te halla el Duque; á mi dolor no añadas
El dolor de mirarte en tanto riesgo,
Y aun tu muerte quizá. ¡Si tú supieras
Á qué aspira el tirano en sus deseos!
Mas no receles; sin tu amor ¿qué valen
Su pompa toda y su insolente imperio?

OREN. ¡Con que usurparme el bárbaro pretende
Tu corazón!

MATILDE. ¿Qué importa? Atiende: el tiempo
Corre, y con él acaso la esperanza
De poderte librar. Huye: si el cielo
Alas con que seguirte á mí me diera,
¡Oh, cual tendiera fugitiva el vuelo
Lejos de esta prisión triste y horrenda!
Mas no es posible huir, ni hay otro medio
Que resistir, sufrir, y si la muerte
Llega, morir.

OREN. No al congojoso miedo
Te abandones así; pronto, no dudes,
Te verás salva de él.

MATILDE. ¿Cómo á su inmenso
Poder contrarrestar? Tú ya te olvidas
De la distancia que fortuna ha puesto
Entre tu humilde condición, Leonardo,
Y el tirano que atroz manda en Viseo.

OREN. No hay tanta, no.

ESCENA VIII

ENRIQUE, ATAIDE, ASAN, ALI, GUARDIAS. — DICHOS

ATAIDE. Aquel es; vos de su labio
Os podeis cerciorar.
MATILDE. ¡Oh Dios eterno!
El es, él es: ¡ay tristes de nosotros!
ENRIQUE. ¡Insensato! Sin duda el justo cielo
Por castigar tu atrevimiento loco
Aquí te trajo delirante y ciego.
¿Quién eres? Mas ¿qué dudo? El miserable
Que de Matilde sorprendió el afecto,
Y que en engaños pérfidos envuelve
Su tierna edad y su inocente pecho.
OREN. Sí, yo soy; no quien debe á los engaños
De su apacible amor el bien inmenso;
Mi fé llamó su fé sencilla y pura,
Su dulce llama se encendió en mi fuego.
ENRIQUE. Pues sabe que esa llama es en tu daño
Un espantoso inapagable incendio
Que te va á devorar: tiembla. ¿Conoces
En mí el rival de tu infeliz deseo?
OREN. Sí, te conozco: en tu insensato orgullo
Piensas que al verme en tu presencia tiemblo,
Y tu poder frenético me inspira
Solo abominación y menosprecio.
¿Yo temblar? Pues, tirano, ¿soy acaso
Quién la ha arrancado del hogar paterno?
¿Soy el que aspira á conseguir cariños
De un corazón con la violencia opreso?
Tu bárbara injusticia tiemble sola,
No yo, que á tí tan superior me veo.
Aquí. en tu alcázar, á tus mismos ojos,

De tus viles satélites en medio,
Y de tu furia entera amenazado,
Triunfando estoy de tí. ¿No lo estás viendo?
Ella me ama. A nuestros dulces votos
Mirándote presente á tu despecho,
Allá dentro de tí mi suerte envidias,
Y yo la tuya sin cesar detesto.

MATILDE. *(Poniéndose en medio de los dos.)*
¡Ah! ¿Qué haces, infeliz? Ve que te pierdes.—
Y vos, señor, en vuestro noble pecho
Recordad vuestro nombre, y no á mancharos...

ENRIQUE. *(Separándola.)*
Quítate,—¿Tú quien eres? En el seno
De tu fortuna humilde no se crían
Una arrogancia y ademán tan fieros.
Dilo; no aguardes á exhalar tu vida
Al rigor de los hórridos tormentos
Que te preparo.

OREN. A vista del peligro
Jamás mi nombre se miró encubierto;
Soy tu igual en poder, igual en sangre;
Es el conde de Orén quien estás viendo.

MATILDE. ¡Desdichado! ¿Qué escucho? ¡En cuál abismo
Me quisisteis hundir, injustos cielos!
¡Uno me oprime! ¡Otro me engaña! ¡Ingrato!

OREN. Perdona; te engañé, yo lo confieso:
Quise deber tu amor á mi amor solo,
No á la opulencia ni al poder ni al miedo.

ENRIQUE. Pues bien, ni tu poder ni tu opulencia,
Ni el amor que te trajo aquí encubierto,
Ni el amor que te tienen y es tu gloria,
Te librarán de mi rencor violento.—

Ataide, que á una torre del castillo
Sea prontamente arrebatado; y preso
De Orén el conde, se acostumbre en ella
Á respetar al duque de Viseo.

(Ataide y una parte de los guardias rodean á Oren.)

OREN. ¡Infame! En insultarme, en oprimirme,
Cuando me ves sin armas indefenso,
La ley de los cobardes has seguido,
No la prez ni el honor de caballero.
Si digno fueras de tú noble sangre,
Si digno de tu nombre, en campo abierto
La dama á tu rival disputarías,
Blandiendo airado el generoso acero.
¿Escuchas al valor? Mas los crueles
Siempre cobardes y menguados fueron:
Responde; tu igual soy.

ENRIQUE. Tu fin entonces,
Sin ser por el combate menos cierto,
Más bello y más espléndido sería.
Tú has entrado en mi alcázar encubierto
Y á fuer de un miserable disfrazado;
Yo no conozco así los caballeros.
Muere pues como un vil oscuramente.—
Llevadle.

(Ataide y los guardias salen con Oren.)

MATILDE. Á mí con él, ministros fieros,
Sacrificad también; vedme aquí pronta.

ENRIQUE. Separadlos.—Asán, llévala lejos
De mí, donde la ingrata se decida
Entre su elevación ó su escarmiento.

(Asán y Alí se llevan á Matilde por un lado, y Enrique y el resto de los guardias se van por el otro.)

ACTO SEGUNDO

Este acto pasa de noche: la escena estará alumbrada con una sola hacha que habrá á un lado del teatro.

ESCENA PRIMERA

MATILDE

Todo reposa. ¡Oh Dios! ¿cómo es posible
Que estos perversos con descanso duerman,
Y que solo el silencio se interrumpa
Por el triste gemir de la inocencia?
Mi dulce amante y yo velamos solos;
Y nuestras quejas lúgubres se estrellan
De este albergue funesto en las murallas,
Cuando á encontrarse desaladas vuelan.
En otro tiempo, al envolver la noche
Al fatigado mundo en sus tinieblas
Para darle descanso, yo solía,
Yéndome á adormecer, decir contenta:
Feliz hoy fuiste y lo serás mañana;»
Y el sueño luego en mi apacible idea
Los objetos queridos de mi pecho
Pintaba en sus imágenes risueñas.
¡Qüé diferencia! El venidero día
Aun será más cruel... Pero ¿quién llega?

ESCENA II

MATILDE, OREN, ATAIDE; UN SOLDADO *detrás de ellos, que se quedará en el fondo del teatro.*

MATILDE. Tres son. ¿Quiénes serán? Los ojos míos
En tan escasa claridad no aciertan

Á distinguir. ¡Mísera! ¿Qué horrores
Se irán á preparar?

OREN. ¿Dónde me llevas?
¿Dónde estoy?

ATAIDE. No tiembles.

OREN. ¿Pecho cobarde
Me juzgas por tí mismo? Orén no tiembla.
¿Qué manda tu señor? ¿Su alevosía
Va á verse con mi sangre satisfecha?

ATAIDE. Nada ha resuelto aun; de sus furores
La dura agitación ha dado treguas
Por un momento al sueño, y él reposa.

OREN. ¡Y Matilde?

MATILDE. Héla aquí que á tu presencia
Se siente revivir; que afortunada
De perecer contigo se contempla,
Si vas á perecer. ¡Oh amigo mío!
No nos separarán, no habrá violencia
Que baste á tal rigor.

ATAIDE. En este punto
Vais, señor, á ser libre; pero es fuerza
Que salgais de este alcázar peligroso
Sin vuestra amante.

MATILDE. ¡Bárbaro!

ATAIDE. Lo ordena
La suerte así.

OREN. Mi bien, ¿cómo podremos
Fundar nuestra esperanza en sus promesas?
Ya reconozco al pérfido; él fué solo
Quien aquí me vió entrar, y su vil lengua
Es la que á su señor me ha descubierto.

ATAIDE. Es cierto, os descubrí; ni yo os pudiera

De otra suerte salvar. Si á denunciaros
Acaso alguno de los negros llega,
Matilde, vos y yo somos perdidos;
Así gané su confianza entera;
Y encargando á mí solo vuestra guarda,
Así os vengo á librar de su fiereza.

OREN. ¿Dónde estamos, Matilde? En todas partes
La maldad, la perfidia nos redean.
¿Seremos pues tan viles, que fiemos
Nuestra ventura y libertad en ellas?

ATAIDE. Esas dudas me ofenden y no os salvan:
El peligro nos insta, el tiempo vuela;
Temed que este momento malogrado,
Quizá el momento que vendrá nos pierda
No dudeis de mi fé.—Soldado, al punto
Las puertas del castillo abiertas sean
A este joven: condúcele; tu vida
Responde de la suya.

MATILDE. ¡Oh mi defensa!
Oh mi Dios tutelar! ¿Cómo es posible
Que en esta infausta y lóbrega caverna
Quede Matilde sola, abandonada
A ese monstruo cruel que en ella alberga?

OREN. ¡Ataide!

ATAIDE. En este trance es ya preciso
Que cedais ciegamente á mi prudencia.
Vos no sabeis quien sois; cuál es la suerte *(A Matilde.)*
De aquel á cuyo amor hoy en la tierra
Todo amor pospondréis: vuestro destino
Es hasta aquí un misterio que mi lengua
Puede sola en el mundo revelaros,
Y que aquí dentro me escucheis es fuerza.

Vos entre tanto huid, y recordaos, *(A Oren.)*
Que del valor heróico y la presteza
Vuestro libertador y vuestra amante
Aguardan en tal riesgo su defensa.

OREN. Adios, Matilde, adios; pues la fortuna
Las sendas todas á elegir nos niega,
Rindámonos por fin; mas el combate
Va al instante á encenderse; tú no temas;
Las torres que tu ultraje han presenciado
Al suelo desplomadas y deshechas
Caerán, y de mi amor y mi venganza
Serán en la comarca eternas pruebas.
Condúceme soldado. *(Vase.)*

ESCENA III

MATILDE, ATAIDE

MATILDE. Ya está libre.
¿Por qué no lo estoy yo? Por qué esta negra
Cárcel escucha los suspiros míos,
Cuando á su lado respirar debiera?

ATAIDE. Libre os veréis también, pero es preciso
Que este servicio sin igual merezca
Alcanzar mi perdón de aquel cautivo
Que tanto tiempo entre sus hierros pena.

MATILDE. ¿Qué cautivo? Qué hablais? Yo no os entiendo.

ATAIDE. ¡Ay señora! Escuchad. Desde su tierna
Infancia siempre he acompañado á Enrique,
Y de todos sus gustos y sus penas
Depositario y confidente solo
He sido por gran tiempo. Él en la negra
Envidia que abrigó contra su hermano

Bebió el veneno que su pecho encierra.
El cielo en el nacer le hizo segundo;
Y la segura y alta preferencia
Que por su gran carácter Eduardo
Logró siempre en la paz, siempre en la guerra,
Para el perverso y envidioso Enrique
Perenne fuente de tormentos era.
Rivales en amor, ambos ardieron
Por Teodora Moniz; su mano bella
Fué de Eduardo, y el furioso Enrique
Vió despreciada su pasión violenta.
En mengua tal sacrificar su hermano
Á su venganza despechado piensa,
Y que después la miserable viuda
La mano entregue al opresor por fuerza.
Yo fuí iniciado en el fatal secreto:
El halago, el obsequio, las promesas,
Las amenazas... ¡Dios! ¿Qué no hizo Enrique
Porque ministro de sus iras fuera?...
Señora, él me sedujo.

MATILDE. ¡Desdichado!

ATAIDE. No he sido el solo yo. Cuando de Ceuta
La venturosa expedición lograda,
En paz al fin se reposó la tierra,
El del África trajo esos dos negros,
Cuya intrépida y bárbara obediencia
Al odioso tropel de sus delitos
Pudo allanar la abominable senda.
Ellos y yo, señora, le seguimos
Á este mismo castillo, en que la escena
Desventurada fué, donde de alcaide
Me dió la autoridad por recompensa.

Mis manos del estrago se abstuvieron:
El mismo Enrique fué quien de su ciega,
De su violenta cólera arrastrado,
Bañó en la sangre fraternal su diestra.
Iba el golpe á doblar, cuando Teodora,
Volando de su esposo á la defensa,
Lanzóse en medio, y del atroz cuchillo
Al rigor implacable cayó muerta.

MATILDE. ¡Qué horror!

ATAIDE. Enrique, al contemplar tendidos
Sus dos hermanos, con el alma llena
De improviso pavor, huyó á otra estancia;
Y obedeciendo á su temor, ordena
Que cuantos á Eduardo acompañaban
Al punto allí sacrificados sean.
Asán y Alí los degollaron todos.
Violante misma, la inocente prenda
Del amor de los tristes, ya cortado
Miraba el hilo de su vida tierna
Por la espada de Alí: yo la dí vida.
Señora, recordaos de la ligera
Cicatriz que aun se mira en vuestro cuello,
Y al fin vendréis á conocer por ella
Quién debe el ser á la infeliz Teodora.

VIOLANTE. ¡Yo Violante! ¡Gran Dios!

ATAIDE. Á la heredera
Del poderoso Duque de Viseo
Un fiel anciano en su mansión secreta
Prestó seguro asilo; allí crecisteis,
Allí una educación noble y modesta
Adornó esa belleza sin segunda
Con que os enriqueció naturaleza.

Igual en todo á vuestra augusta madre,
Vos la representabais en la tierra,
Cuando vuestra desgracia á aquel retiro
Condujo á Enrique, y permitió que os viera,
Y al veros se inflamó.

VIOLANTE. ¡Monstruo inhumano!
Hé aquí la causa del horror bien cierta
Que de sólo mirarle yo sentía.
Del negro fratricida á la presencia
Toda la sangre en mi interior se helaba;
Y era mi madre, que con voz secreta
Me gritaba: «Aborrece á mi verdugo.»
¡Qué no os debo yo, Ataide! Y vuestra lengua
El perdón de su error de mí imploraba;
¡Pluguiese al cielo que premiar pudiera!...

ATAIDE. Escuchadme hasta el fin: yo no merezco
Sino piedad. De la cruel tragedia
El último el teatro abandonaba,
Cuando unos ayes desmayados llegan
A mis oidos, que en sus ecos tristes
Mi ansioso pecho de dolor penetran.
Vuelvo á atender y á oir: era Eduardo
Que en su palpitación aun daba muestras...

VIOLANTE. ¡Ah bárbaro! ¿Y tu mano, sanguinario,
Ahogó en su vida la postrer centella?

ATAIDE. Ved que no soy culpable de su muerte.

VIOLANTE. ¿Vive mi padre?

ATAIDE. Vive, si existencia
Puede llamarse tan funesta vida,
Entre la noche y el dolor envuelta.
Cuando volvió en sí el triste, ya amarrado
Halló su cuerpo á la fatal cadena

Con que oprimido por tan largo tiempo
De su perdida libertad se queja.
Diez años ha que el mísero Eduardo
De voz humana ni aun los ecos llegan.

VIOLANTE. ¡Eterno Dios! ¡Oh crímenes! Oh día,
Día de revelación! Y en mis querellas
Yo mi infortunio denunciaba al cielo,
Cuando mi padre... Ataide, ¡qué fiereza
En tu insensible corazón escondes!

ATAIDE. Yo, obedeciendo mi piedad primera,
Le dí la vida, y á ocultarlos luego
Me persuadió el temor. ¿Cómo pudiera,
Sin resolverme á exterminar á Enrique,
Sacarle ya de su prisión funesta?
A veces esperé (¡cuán vano engaño!)
Que á una dichosa paz abrir la puerta
Pudiese el roedor remordimiento
Que desde entonces al tirano aqueja.
Tal vez el punto de vencerle he visto;
Pero los celos, el rencor, la afrenta,
La misma enormidad de sus maldades
En él abogaban las endebles quejas
Del arrepentimiento. Así mi alma,
De incertidumbre y confusiones llena,
Ni fiel á Enrique ni á Eduardo ha sido
Entre el terror y la piedad suspensa.
Tal, señora, es mi crimen; yo no anhelo
A disculparle; mas la vida vuestra,
Mas la de vuestro padre, al fin merecen
Que concedido mi perdón me sea.
¿Lo será? Responded.

VIOLANTE, Tú has sido, Ataide,

Bien culpable y cruel; pero haz que vuelva
Mi triste padre á mis amantes brazos;
Que vuelva libre, y perdonado quedas.
Llévame donde está: cada momento
Que sufra más en su fortuna adversa
Redobla mi aflicción. Vamos.

ATAIDE. ¡Qué miro!
Aquí los negros bárbaros se acercan;
Ellos son más temibles que el tirano,
Y si juntos nos ven, todo se arriesga. *(Vase)*

VIOLANTE. ¿Qué decretais, en fin, de esta infelice,
Omnipotentes cielos? Ayer era
Matilde, hoy soy Violante. ¡Ah! ¿cuándo, cuándo
Será que tanta confusión fenezca?

ESCENA IV

ALÍ, ASÁN

ALÍ. Mírale, Asán, huir de nuestra vista:
Los esclavos humildes la amedrentan
Y la ahuyentan de sí. ¡Bien desdichada
Es por cierto su suerte!

ASÁN. Que padezca.
¿No ha nacido de blancos y en Europa?
Flor engañosa de venenos llena,
Amor ahora y compasión inspira
Con su tierna hermosura y su inocencia;
Mas aguarda, y verásla abrir su seno
Bien pronto á la perfidia, á la soberbia:
Frutos de esta región abominable,
Que todo lo corrompe. Que padezca,
Que la atormente Enrique; yo gustoso
Me prestaré á su cólera.

ALÍ. Tú esperas
Que agradecido en libertad te ponga,
Y así le sirves.
ASÁN. Busca en las tinieblas
La claridad, abrigo en las heladas,
Y la seguridad en las tormentas,
Antes que gratitud de un europeo.
ALÍ. Si eso es verdad, Asán, ¿por qué te empeñas
Del duque en merecer la confianza?
Tu boca siempre bárbara y funesta
Su natural ferocidad inflama,
Y si él piensa un estrago, á otro le lleva.
En él ¿qué puedes apreciar?
ASÁN. Sus vicios:
Ellos son los que amable le presentan
A mi sañudo espíritu; por ellos
Mi vengativo corazón recrea.
Su furor, su crueldad, son el azote
De cuantos blancos por su mal le cercan;
Y yo me gozo en las terribles plagas
De que su atroz iniquidad se ceba.
Los blancos, de mi patria me arrancaron,
Ellos á mi valor dieron cadenas,
Y del respeto en vez que allá gozaba,
Aquí soy un objeto de vergüenza.
¿Cuál es el blanco que buscó de un negro
Jamás de la amistad la unión estrecha?
¿Y qué mujer no escucha horrorizada
De su infeliz amor las tristes pruebas?
Patria, esposa, familia, amores, todo,
Todo lo tuve... ¡Oh Dios! Una hora adversa
De todo me privó. No, no es posible

Que aquel instante á mi memoria venga,
Sin que toda esta raza de hombres duros
Con odio interminable yo aborrezca,
Ni me es posible contemplar mis males
Sin que los suyos mis delicias sean.
¿Piensas que yo amo á Enrique? ¡Oh, cuál te engañas!
Amo en él esa bárbara fiereza,
Verdugo de sí mismo y de los otros,
Que llena mi venganza toda entera;
Amo el devorador remordimiento
Que le destroza cuando ansioso piensa
En el abismo de tormentos fieros
Con que la horrenda eternidad le espera.
Ser el ministro yo de tantos males,
¿Con quién, si no con él, lograr pudiera?
¿Con quién, si no con él, de tantos blancos
El despecho gozar y amargas quejas?

ALÍ. Pero entre tanto víctimas nosotros
Somos también: yo, Asán, de esta caverna
Pienso escapar; mi corazón no puede
Tanta infamia sufrir.

ASÁN. Yo mientras pueda
Con Enrique hacer mal, seré de Enrique;
Mas si él se abate ó si los cielos cesan
De sufrirle... ya entonces...

ENRIQUE. *(Dentro.)* Socorredme.

ATAIDE. *(Dentro).* Aquí estoy yo señor.

ESCENA V

ENRIQUE, *sostenido por* ATAIDE.—DICHOS.

ENRIQUE. Ellos me aquejan;
¿No los veis? ¡Qué rigor! Yo á defenderme

No basto ya.

ALÍ. ¿Qué es esto? ¡cómo tiembla!
¡Cuál los ojos revuelve y se estremece!

ATAIDE. Hablad, señor, hablad.

ENRIQUE. ¿Qué voz es esta?
¡Ataide! ¡Asán! ¡Alí! ¿Con que no ha sido
Mas que una sombra en mi engañada idea,
Un sueño? ¿Mis oídos no escucharon
Las pavorosas voces que aún resuenan
Acá en mi mente? Ataide, el más terrible
Suplicio un lecho de deleites fuera
Comparado al dolor que yo he sufrido.

ASÁN. Pero volved en vos, y la funesta
Causa á tanta agitación patente
A vuestros fieles servidores sea.

ENRIQUE. Escuchad, pues, ministros de mis crímenes,
Escuchad y temblad. Era la hora
En que mis tristes miembros fatigados
Del sueño hallaban la quietud sabrosa;
Entonces por las bóvedas vagando
Estar me pareció, donde reposan
De mis muertos abuelos las cenizas
Bajo el mármol de honor que las custodia.
Sus fúnebres emblemas me asustaban;
Cuando, á lo lejos, entre aquellas sombras
Diviso una mujer que en dulce risa
Grata me llama y mi atención provoca.
Pienso ver á Matilde en la que veo,
Y al mismo instante con ardor se arrojan
Mis presurosos pasos á alcanzarla,
Á estrecharla mis manos venturosas;
Pero en el punto de abrazarla ¡oh cielos!

Su florida beldad se descolora,
Y de una herida que su pecho afea
En copioso raudal la sangre brota.
Mírola entonces más atento, y era...
¡Teodora, Ataide!

ATAIDE. ¡Oh Dios!

ENRIQUE. Era Teodora,
Con aquel ademán, aquel semblante
Qué, fijos hondamente en mi memoria,
Su fin desventurado me presenta,
Y destrozan mi pecho á todas horas.
«Al fin volvemos para siempre á unirnos
(Con eco sepulcral dijo su boca;)
Para siempre... Mis brazos cariñosos
Van á galardonar tu amor ahora;
Mas contempla primero lo que hiciste,
Y cuál me puso tu fiereza loca.»
Sus ojos de sus órbitas saltaron,
Todos sus miembros, sus facciones todas
Se deshacen de pronto, y en la imagen
De un esqueleto fétido se torna.

ATAIDE, ALÍ. ¡Horror! ¡Horror!

ENRIQUE. Entre sus brazos secos
Ella me aprieta y con furor me ahoga,
Me infesta con su aliento, y me atormenta
Con su halago y caricias espantosas.
«No más, ¡ay Dios! no más,» ante tus plantas
Digo cayendo exánime; «perdona,
Espíritu cruel. ¿Cómo es posible
Que tal rencor los túmulos escondan?»
Huye entonces la sombra, y cuando pienso
Libre mirarme, retumbar las losas

Y desquiciarse los sepulcros siento,
Y en fuego hervir sus cavidades hondas;
Y de la llama al resplandor sombrío
Sus frentes los cadáveres asoman,
Gritando: «¡Fratricida! Entre nosotros
Baja, y el premio de tus premios goza.»
La fuerza del horror sacudió el sueño;
Pero ¡ay! que mis martirios, mis congojas,
Ni entenderlas jamás podreis vosotros,
Ni explicarlas jamás podrá mi boca.

ATAIDE. Señor, aqueste sueño misterioso
No es una vana sombra, es un aviso
Que los cielos os dan, y que os convida
Á que pongais un término al delito.
Dejad ese sendero peligroso
Que hasta aquí habeis hollado; arrepentíos,
Y tal vez la virtud...

ENRIQUE. ¡Ah! Es imposible:
¡La virtud! Mi execrable fratricidio,
El rencor y la envidia la arrojaron
Para siempre jamás del pecho mío.
¿Quieres verme feliz? Pues al instante
De la mísera sangre que he vertido,
Y que aun hierve reciente en mi tormento,
Ataja los raudales vengativos;
Abre las puertas al sepulcro, y osa
Sus leyes suspender á los destinos,
Y aquellos dos objetos miserables
De mi inícuo furor vuélveme vivos.
Entonces, quizá entonces, mis excesos
Encontrarán perdón, y condolidos
Los cielos de mi afán, disiparían

Este negro terror en que agonizo.

ATAIDE. *(Ap.)* ¡Dios! ¿Será este el momento afortunado?...
Esclavos, retiraos de aqueste sitio:
Yo quedo á obedecerle.

ESCENA VI

ENRIQUE, ATAIDE

ENRIQUE. «Para siempre
Nos volvemos á unir,» la sombra dijo.
Salid de mí, palabras ominosas;
Dejad de retumbar en mis oidos...
¡Mas aun truenan!... La muerte y el infierno
El premio van á ser de los delitos
Con que al mundo espanté... Triunfa, Eduardo,
Triunfa de tu frenético asesino;
La suerte que le aguarda es tan tremenda,
Que de ella al fin te apiadarás tú mismo.

ATAIDE. Calmaos, señor; el cielo inexorable
No rechaza al mortal que arrepentido,
Detestando sus crímenes, se vuelve
De la virtud al generoso abrigo.
Si aquesos sentimientos rencorosos
Que en vuestro corazón siempre han vivido
Sacudís de una vez, quizá escuchados
Serán de la piedad vuestros gemidos.

ENRIQUE. ¿Si me arrepiento? ¡Oh Dios! He aquí mi sangre;
Viértela si con este sacrificio
Me consigues la paz que tanto anhelo.

ATAIDE. Vos la obtendreis en fin.

ERIQUE. ¿Cómo?

ATAIDE. Si vivo

Fuese Eduardo y perdonar quisiese...

ENRIQUE. ¡Eduardo vivir! ¿Qué es lo que has dicho,
Ataide?

ATAIDE. La verdad.

ENRIQUE. ¡Gracias al cielo
Que de tal peso aligerar me miro!
Viva Eduardo, Ataide; que su muerte
No se escriba en el libro del destino,
Y á mi condenación tampoco sirva.
Mas ¿quién le dió la vida, si yo mismo
El acero cruel clavé en su pecho,
Y en su caliente sangre fuí teñido?

ATAIDE. No fué mortal la herida, y yo salvarle
Diligente logré; pero escondido
Debajo de la tierra, encadenado,
Y ensordeciendo el aire con suspiros,
Su mísera existencia ablandaría
Las fieras sierpes é insensibles riscos.
Ceda ya á tanta lástima la envidia;
Dios por mi mano quiere conduciros
Á la virtud.

ENRIQUE. Que él viva y me perdone;
Que ore al cielo por mí; del pecho mío
Salga esta agitación, aquestas sombras
Que aun ofuscan y aterran mis sentidos.
Puras como él, y nobles, sus plegarias
Acogida tendrán: yo no me animo
Á rogar; fuera en vano: de mi labio
¿Qué ruegos ¡ay! saldrán que sean oidos?
Mas dime ¿tú lo esperás? ¿Perdonarme
Podrá al fin Eduardo?

ATAIDE. Yo confío

En que mañana el venturoso día
Será de paz y de perdón. Tranquilo
Vos entre tanto, preparad el pecho
Á esta acción generosa; ella el destino
Va á hacer de vuestra vida; ella desarma
Los rayos todos del rigor divino.

ESCENA VII

ENRIQUE

Sí, me perdonará: siempre mi hermano
Generoso y leal era conmigo;
Mientras que yo con él pérfido, ingrato
En todos tiempos é inhumano he sido...
El peso de mis crímenes me agobia,
Y es fuerza de mis hombros sacudirlo...
¡Oh! ¡Si lo alcanzo yo!... Matilde entonces
Quizá muestre á mi amor menos desvío.
¡Matilde! ¡Oh cómo al pronunciar su nombre
Mi ansiosa agitación recibe alivio,
Y la serenidad vuelve á mi pecho!
Mañana será mía si respiro,
Á despecho de Orén. Amargos celos,
No así alteréis, mortíferos y activos,
Los dulces sentimientos que me animan.
¿Mas qué puede ya Orén? Preso, cautivo,
Pendiente de mi enojo ó mi clemencia,
Renunciar debe...

ESCENA VIII

ASAN, ENRIQUE

ASAN. Ataide os ha vendido:
Las puertas de la torre han sido abiertas

Por él al Conde, y lejos del castillo,
Ya de vuestro poder viéndose libre,
Se prepara tal vez á combatiros.

ENRIQUE. ¡Cielos! ¡Con que en mis labios infelices
El nombre de perdón jamás se ha oído
Hasta esta vez, y al pronunciarle ahora
Me cercan la perficia y los peligros!

ASÁN. ¿Qué peligros, señor?

ENRIQUE. De todos tiemblo:
De Eduardo, de Orén, y aun de mí mismo.

ASÁN. ¡De Eduardo! ¿Y por qué? ¿La ilusión vana
Que os agitó entre sueños, un prodigio
Para vos ha de ser que abra el sepulcro
Y anime los cadáveres ya fríos?

ENRIQUE. ¡Ah! que él vive no hay duda; el vil Ataide
Le salvó por mi mal; él me lo ha dicho.
Mañana intenta que la paz juremos,
Mañana mira el mundo mi exterminio.

ASÁN. ¡Entre vosotros paz! ¡Qué error! ¿Acaso
Perdonaros podrá? ¿Dar al olvido
La muerte de su esposa, sus desgracias,
Sus heridas, le causa del delito,
Vuestro adúltero amor? ¿Y lo creísteis?
¡Oh error!

ENRIQUE. ¿Qué debo hacer?

ASÁN. En tal conflicto
Mengua es dudar: busquemos á Eduardo...

ENRIQUE. ¿Cómo, si ignoro el misterioso asilo
Donde respira? Asán, este secreto
De Ataide solamente es conocido.

ASÁN. Pues bien, señor, el crimen siga al crimen,
Y la sangre á la sangre: otro camino

No teneis de salud. Que Ataide preso,
Á vista del tormento y los snplicios
Su secreto fatal haga patente.
Vos, dueño de Eduardo, á vuestro arbitrio
Dispondreis de su vida; que Matilde,
Aun antes de que Orén venga en su auxilio,
Sufra su suerte rigorosa y dura.

ENRIQUE. ¿Y cuál es?

ASÁN. ¿No nació en vuestros dominios?

ENRIQUE. Sí. Asán.

ASÁN. ¿De vida y muerte ahora sobre ella
No es vuestro el gran poder?

ENRIQUE. Sin duda es mío.

ASÁN. ¿Quién osará contrarrestarle?

ENRIQUE. Nadie.

ASÁN. Pues antes que dé el sol su nuevo giro
Arrastradla al altar.

ENRIQUE. ¿Y si resiste?

ASÁN. Si resiste, que muera.

ENRIQUE. ¿Y yo asesino
Dos veces he de ser de lo que adoro?

ASÁN. ¿Y sufriréis dos veces que el destino,
Á despecho de vos, á vuestros ojos
Se la entregue á un rival favorecido?
¿No vale más vengarse, y presentarle
De su adorada amante el cuerpo frío,
Y escarneciendo su dolor, decirle:
«¿Ni tú ni yo?»

ENRIQUE. Sí, Asán: consejo es digno
De mí, de tí; mi corazón le aprueba;
De todo su furor se tú el ministro.
Anda, sorprende á Ataide; yo entre tanto

Á Matilde veré. Cielos divinos,
¿Por qué de amor el frenesí me arrastra
Por tan desesperados precipicios?
Vuelve en Matilde á respirar Teodora,
Y vuelvo á ser un monstruo... ¿En mis delitos
Reposo, pues, no habrá?... Mas así sea,
Puesto que así lo decretó el destino.

(Vanse cada uno por diferente lado.)

ACTO TERCERO

La escena representa un subterráneo oscuro, compuesto de varios ramales de bóvedas. Un banco de piedra cubierto de pajas sirve de lecho á Eduardo: junto al banco habrá un poste de donde estarán colgadas las cadenas que le han sujetado. Se supone que Eduardo acaba de despertar.

ESCENA PRIMERA

EDUARDO

¿Cuándo será que mis amargos males
Termine de una vez piadoso el sueño,
Y á nunca despertar yo me adormezca,
En sus dulces imágenes envuelto?
¡Dulces, pero engañosas! ¿Qué me sirve
Que venga á regalar por un momento
Mis tristes penas, y á mi mente ilusa
Libertad y venturas ofreciendo,
Me parezca abrazar mi hija y mi esposa,
Si al fin después en mi prisión me encuentro,
Donde de luz y libertad las voces
Ni aun pronunciar en esperanza puedo?

Mis cadenas, gastadas por los años,
Rotas al cabo, á su impresión cedieron;
Sólo el destino atroz que me persigue
Ni desmentirse ni ceder le siento...
Más de una vez las lágrimas del triste
Por estas manos enjugar se vieron;
Más de una vez de sus fatales grillos
Me vió el cautivo aligerar el peso.
¡Oh, justo Dios! ¿Y tu bondad consiente
La dura esclavitud en que me veo?
(Se oye el ruido de la barra que asegura la puerta.)
Mas ruido se oye, y el instante llega
De que venga mi duro carcelero
El sustento á traer con que la vida
Se prolonga y prolonga mis tormentos.
¡Qué extraña novedad! ¡Luz!

ESCENA II

EDUARDO, VIOLANTE, ALÍ

VIOLANTE — ¿Es aquesta
Caverna de terror el duro encierro
En que el tirano sepultarme manda?
ALÍ. — Ella es, señora.
VIOLANTE. — ¡Inexorables cielos!
Diéraisme ver á mi angustiado padre
Antes de despedir mi último aliento;
Diéraisme el estrecharle entre mis brazos,
Y bañando en mis lágrimas su seno,
Exclamar y decirle: «¡Oh, padre mío!
Reconoce á tu hija en el acerbo
Destino que la sigue.»

EDUARDO. ¡Desdichada!
Llama á su padre. ¿Si afligido y preso
Tal vez, como yo estoy, se verá ahora?

ALÍ. (*Ap.* ¡Quién dar pudiera á su aflicción consuelo!)
Señora, perdonad á un siervo humilde,
Que, forzado á seguir el duro imperio
De su airado señor, apenas puede
Allá en su corazón compadeceros.
Lejos de mí la bárbara fiereza
Que otro pusiera en tan fatal empleo;
Mas aun mirar la agitación terrible,
Aun escuchar los temerosos ecos
Del Duque me parece, y la sentencia
Que pronunció su labio al conoceros.
Os cegasteis, dijisteis vuestro nombre,
Declarasteis quien erais, y á despecho
Del amor que domina en sus entrañas,
De sólo su furor oyó el acento.
Pero ¿por qué ultrajarle y obstinaros?
Una sola palabra á su amor ciego
Que dieseis de esperanza apaga el rayo
Que sobre vuestra frente está suspenso.
Ceded.

VIOLANTE. ¡Esclavo vil! Cese tu lengua;
Anda, guarda esos pérfidos consejos
Para tus semejantes infelices.
Cumple con tu execrable ministerio,
Y del dolor de verte y de escucharte
Libértame al instante.

ALÍ. (*Ap*). Yo no debo
Detenerme ya más; su desventura
Caiga sobre ella. Adiós, señora. (*Vase.*)

ESCENA III

VIOLANTE, EDUARDO

VIOLANTE. ¡Oh, centro
De silencio y de horror! ¡Prisión acerba!
¡Fúnebre tumba! Al cabo en vuestro seno
Queda ya soterrada esta infelice,
Arrancada á la luz y al universo.
Aquí olvidada, abandonada y sola
Deberé perecer... *(Se deja caer sobre las gradas de la puerta.)*
¿Por qué naciendo,
Piadosamente fieras no me ahogaban
Las manos que en la cuna me pusieron?
No así de mal en mal, de pena en pena
Precipitar me viera adonde muero
La más desventura de los míos;
Adonde sin testigo, sin consuelo...
EDUARDO. Esto, siquiera, mientras yo respire
No os faltará, señora, en tanto extremo.
VIOLANTE. ¿Qué oigo? ¡Ay de mí! ¿Quién sois? En este sitio...
EDUARDO. Otro infeliz cual vos, blanco funesto
De la más espantosa alevosía
Que debajo del sol los siglos vieron.
Del cielo y de la tierra abandonado,
Y sepultado aquí por tanto tiempo,
Al fin de soledad tan congojosa
El primer ser humano en vos contemplo.
No sé si acaso á acrecentar mis males;
Pero entre tanto con placer me entrego
A aliviar vuestra amarga desventura,
Si á tanto alcanzan la piedad y el ruego.

En vuestra edad florece la inocencia,
Y amor inspira vuestro rostro bello;
¿Quién puede ser tan duro que os persiga?

VIOLANTE. ¡Ah maldita beldad, don que los cielos
Para mi perdición me dispensaron!
Señor, es mi destino tan adverso,
Que un momento seguro de fortuna
En mi carrera señalar no puedo.
Crecí sin conocer mis dulces padres;
Cuando sé quienes son vengo á perderlos;
Mi madre indignamente asesinada
En otro tiempo fué, mi padre preso
Devora su desgracia, y yo inocente
Víctima gimo del furor violento
De un tirano que el cielo por castigo
Lanzó á este clima: Enrique de Viseo...

EDUARDO. ¡Enrique! ¿Y vive aún? ¿Y no se cansa
De verle el sol, de sustentarle el suelo?
¡Ah! Si vuestro infortunio es obra suya,
Pereced, desdichada; no hay remedio.
La estrella que á ese bárbaro os entrega
Se goza en afligiros y en perderos.
¡Enrique! ¡Ah monstruo!

VIOLANTE. ¡Por piedad! Las ansias
Calmad de mis sentidos; ya en mi pecho
El corazón se agita palpitando,
Entre la duda y la esperanza incierto.
Decid, decid quién sois.

EDUARDO. Soy Eduardo,
Hermano de ese vil.

VIOLANTE. ¡Mi padre! ¡Oh cielos!

EDUARDO. ¿Qué dices?

VIOLANTE. No dudeis: los ojos míos,
La dulce prueba de que el ser os debo
Os dan en estas lágrimas que os bañan,
Y que de gozo y de ternura vierto.
La mano á un tiempo cruda y piadosa
Que nos salvó de los puñales fieros
Nos reservó á este encuentro inesperado
Para acaso otra vez en él perdernos.
Reconocedme: vez en mí la sangre
De vuestra sangre, ved cómo los cielos,
De la desventurada esposa vuestra
En mí la viva semejanza han hecho.
EDUARDO. Sí, ciertamente es ella. ¡Oh semejanza!
Ni la inefable agitación que siento,
Ni el placer que me inunda en su dulzura,
Ni las caras facciones que en tí veo
Me permiten dudar; ven, hija mía,
Ven, y reposa en el paterno seno.
VIOLANTE. ¡Oh inefable placer!
EDUARDO. Dios de clemencia,
Tú, que me diste un corazón de acero,
Bastante á resistir las tristes plagas
Que sobre mí tan sin piedad cayeron,
Dame también un corazón que pueda
Sufrir la inmensidad de este contento.
¡Hija mía!
VIOLANTE. ¡En qué estado miserable,
En qué penosa situación te encuentro,
Señor! Aquí sumido, respirando
De este ambiente el mortífero veneno,
¿Cómo en tal soledad y desamparo
Pudisteis resistir?

EDUARDO. El que en su pecho
De la inocencia el sentimiento abriga
No se rinde, hija mía, al desaliento.
Vino el azote á sepultarme en vida,
Y una nueva virtud sentí aquí dentro;
Una fuerza que, igual á mis destinos,
Bastaba sola á contrastar con ellos.
Crecía el mal, y mi valor crecía
Á par que su violencia. ¡Ah! Si los cielos
Quisieron esta lucha formidable,
Los cielos de Eduardo están contentos.

VIOLANTE. De admiración, señor, y de ternura
Me haceis estremecer.

EDUARDO. Tal vez en sueños
La bella imagen de tu madre amada
Y la tuya también con dulce afecto
Consolaban mi afán. ¡Oh Dios piadoso!
¡Y tras tanta ilusión, tras tanto tiempo,
Mi adorada Violante al fin me envías!
Abrázame otra vez: este consuelo
No nos le robarán.

VIOLANTE. ¡Oh padre mío!

(Óyese ruido como de gente que baja al subterráneo.)

¿Qué siento? ¡Qué rumor!.. El riesgo inmenso
En que estáis se acrecienta; á devorarnos
Se precipita el tigre.

EDUARDO. No tu esfuerzo
Desmaye así, hija mía; nuestra suerte
Está en manos de Dios; en estos senos,
Que tan oscuros son como ignorados,
Algún arbitrio á nuestro bien busquemos;
Y si el hado le niega...

VIOLANTE. Sí, muramos;
Pero juntos ¡oh padre! moriremos.
(Abraza á Eduardo, y sosteniéndole, salen de la escena.)

ESCENA IV

ENRIQUE, ASÁN, Y GUARDIAS,

ENRIQUE. Ya penetré: las puertas de este albergue
Con voces de terror me rechazaban,
Y al entrar en su lóbrego recinto,
Mi ansioso corazón tiembla y se espanta.
Pero es más fuerte mi rencor: sigamos.
Asan, él no está aquí. ¿Si nos engaña
También Ataide ahora? Su vil pecho
Enflaqueció á la vista, á la amenaza
Del suplicio, y sus labios declararon
Que aquí preso Eduardo respiraba;
Mas yo no le descubro.
ASÁN. Pues no hay duda;
Los hierros aquí ved que le amarraban,
Ved su lecho de pajas.
ENRIQUE. ¡Ah! Y en ellas
Sobre él el sueño tenderá sus alas
Con más dulzura que los miembros míos
Le hallaron nunca entre las plumas blandas.
Pero, ¿en qué os detenéis? Sin perder tiempo
Entrad por esas bóvedas; que salgan
Los fugitivos á mi vista al punto;
¿Me entendéis? Mi poder, mi vida y fama,
Todo peligra, todo, si Eduardo
De mi justo furor ahora se salva.

ESCENA V

ENRIQUE

Quiero andar y no puedo. ¡Ah! ¿Quién tan débil
Hace mi corazón? ¿Quién de mis plantas
La fuerza apoca? Es el fatal delito
Sin duda el que me sigue y acobarda.
¿No tuve aliento un tiempo? ¿Por qué ahora
Para acabarle de cumplir me falta?
Estas piedras, heridas tantas veces
Con sus gemidos, que aún por ellas vagan,
Á mi atronado y espantado oído
Con acentos de horror parece que hablan.
¡Oh, vil abatimiento! ¡Oh, cómo tiemblo!
De mi ultrajado hermano las miradas
¡Cuál caerán sobre mí! ¡Cómo su pecho
Al ver á su opresor va á arder en saña!
¡Y yo, trémulo ante él, con voz incierta
La sentencia fatal que le amenaza
Pronunciaré sin que Eduardo tiemble!
Él será el juez, yo el reo, y la alta palma
De triunfar sobre mí siempre los cielos
En vida y muerte le darán. ¡Oh rabia!

ESCENA VI

ASÁN, ENRIQUE

ASÁN. Señor, en esas bóvedas oscuras
Perdidos, y perdida la esperanza
De poderlos hallar, ya hacia este sitio
Pensábamos volver, cuando bien claras
Unas palabras de repente oímos,

Con llanto interrumpidas y plegarias:
«Huye, hija mía, huye, yo lo ruego,
Yo te lo mando: tu ligera planta
Podrá escapar tal vez al gran peligro
Que en su ciego furor á ambos amaga.
Yo no puedo seguirte, y si tardamos
Moriremos los dos». Ella lloraba;
Mas ella huyó y obedeció el mandato.
Corrimos: Eduardo se adelanta
Á recibirnos, y con frente altiva
Donde la majestad se ve pintada,
«Aquí tenéis á quien buscáis, nos dijo;
Llevadme al punto adonde Enrique manda.»
Los guardias le cercaron y le traen:
Yo os lo vengo á anunciar.

ENRIQUE. Por piedad, anda,
Vuela, si es tiempo, aún, y antes que venga
Á confundirme su presencia infausta...

ESCENA VII

EDUARDO, *en medio de los* GUARDIAS.—DICHOS.

EDUARDO. ¡Oh, justo Dios! Conduélete de un padre;
Tiende de tu poder las grandes alas
Sobre aquella infeliz.

ENRIQUE. Ya está presente.
¡Ah! ¡Que la tierra ante mis pies no se abra!

EDUARDO. Héme, Enrique á tu vista conducido
Como un vil criminal: los ojos alza,
Y contemplando los inmensos males
Que amontonaste sobre mí, tu alma
Digna de su intención goce un deleite,

Pues tales son, que á tu crueldad se igualan.
¿Qué más quieres? La víctima que hundida
Para siempre en la tumba imaginabas,
Resucita á segundo sacrificio
Y á doblarte el placer de degollarla.
¡Privilegio infernal dado á tí solo!...
Gózale pues: la atrocidad pasada
Renueva, y en la sangre de tu hermano
Baña otra vez tu mano ensangrentada.
Termina, en fin, mi deplorable suerte.
¿Qué esperas?

ENRIQUE. Temerario, ¿así mi saña
Osarás despreciar?

EDUARDO. Yo la provoco.
La muerte misma, con que atroz me amagas,
De tí me va á librar; ella me lleva
Ante el trono de Dios, que ya me aguarda,
Á darme el galardón dulce y eterno
De tanto afán y de opresión tan larga.
Tú, en tanto, el vaso á su venganza apura;
Su sentencia en tu frente está pintada,
El terror en tus ojos, y el infierno
Ya arde en tu pecho.

ENRIQUE. Tu insolente audacia
Ocupa en insultarme los momentos
En que fuera mejor que te humillaras.
Quizá Enrique triunfante y poderoso
Viniera en conceder á tus plegarias
Un perdón que rechazan tus injurias.

EDUARDO. ¿Perdón tú á mí, vil parricida? ¿Á tanta
Ignominia Eduardo descendiera,
Que vida á costa de su honor comprara?

Mi honor siempre fué puro, y á la tumba
También conmigo bajará sin mancha.
Tú vive; del cruel remordimiento
Las sierpes roedoras te deshagan,
Entre tanto que el rayo en estallidos
El cielo, en fin, á castigarte lanza.
Acaba: yo ni espero ni te imploro.

ENRIQUE. Dices bien: no te resta otra esperanza
Ya que la de morir: eterno objeto
Para mí de rencor, de envidia y rabia,
¿Qué otro don que la muerte y exterminio
De mi terrible corazón buscaras?
Muere, Eduardo; á mi pesar aun vives.
El vil traidor que te ocultó á mi saña
No te librará ya; solo el sepulcro
Alzar podrá la insuperable valla
Que entre nuestras discordias haber debe.
Muere pues, yo lo mando.

EDUARDO. Así en tí haya
Igual valor á contemplar mi muerte,
Como yo tengo en recibirla.

ENRIQUE. Basta.
Soldados, arrastradle, y que al instante
En medio de esas fúnebres moradas
Lejos de mí fenezca: yo no quiero
Verle espirar.

ESCENA VIII

VIOLANTE.—DICHOS.

VIOLANTE. Ministros de venganza,
Deteneos: sabed que él es mi padre,

Ved que es vuestro señor.

EDUARDO. ¡Oh desdichada!

¿Así te obstinas en morir conmigo?

VIOLANTE. ¿Tú, Enrique, aun quieres más? Mira á tus plantas

La hija de Eduardo y de Teodora.

¿No bastan, dime, á tu rencor, no bastan

Tantos años de angustia, esta miseria,

Sin que un segundo parricidio vayas

Á cometer? Tu estado no peligra:

Si la riqueza y el poder te agradan,

Manda en Viseo, y que Eduardo oscuro

Viva conmigo en un rincón de España.

¿No me escuchas, cruel? ¡Ah! Si aun tu enojo

En sed de sangre y de dolor se abrasa,

Aquí tienes mi cuello, aquí mi vida,

Y tu ardiente inclemencia en ella sacia.

ENRIQUE. *(Á los guardias.)* Aguardad. *(Ap.* ¡Que no puedan mis furores

Resistir la impresión de sus palabas!)

Oye, Eduardo: el único camino

De ser nuestras discordias acabadas

En tu arbitrio está ya.

EDUARDO. ¿Cuál es?

ENRIQUE. Que al punto

Violante me consagre ante las aras

La ternura y la fe que indignamente

El venturoso Orén tiene usurpadas.

Vive, mas á este precio.

VIOLANTE. ¿Qué contento,

Bárbaro, dime, en violentar un alma

Has de hallar? Una víctima infelice

¿Qué amores puede darte, ó qué esperanzas?

Eterno albergue de dolor sería

Su triste pecho, y sin cesar clamara
Por tu muerte...

ENRIQUE. Si vive, es á este precio.

EDUARDO. ¡Qué frenesí tan ciego te arrebata!
¡Violante tuya! ¡Su inocente mano
Enlazada á esa mano sanguinaria!
¿Y lo esperas, tirano? Y yo pudiera
Á mis tormentos añadir la infamia,
Y el incesto al horror? ¡Oh tú, hija mía!

VIOLANTE. ¡Señor!

EDUARDO. Ven, y en mis brazos estrechada,
Jura un odio sin fin á ese tirano.

VIOLANTE. Yo, señor, se lo juro, aunque se caigan
Los cielos con furor sobre nosotros.

ENRIQUE. Soldados, de sus brazos arrancadla.

VIOLANTE. ¡Oh! no podrán.

ESCENA IX

ALÍ.—DICHOS.

ALÍ. Señor, poneos en salvo:
Ya con su gente Orén tiene forzadas
Las murallas y puertas del castillo.
Ataide, que está libre, en voces altas
Clamando que Eduardo aquí respira,
Ganó por fin á sus feroces guardias.
Ellos el nombre de Eduardo oyendo,
Sin defenderla, la anchurosa entrada
Á Orén abrieron, y á su gente unidos,
Todos hacia estas bóvedas se lanzan.

VIOLANTE. ¡Oh, cielos! socorrednos.

ENRIQUE. ¿Si el Eterno

Mandará ya pesar en su balanza
La irrevocable suerte que me espera?
¿Si estará mi sentencia pronunciada?...
¡Eh! amigos, sedme fieles, y la nube
Podremos conjurar que nos amaga.
Cercad esas dos víctimas; su vida,
Más que su perdición, ahora nos valga.
Tú, Asán, pronto á mi voz, clava en su seno
Sin detenerte la homicida espada.
Todos así pereceremos. *(Á Eduardo.)*

ESCENA X

ORÉN, ATAIDE, SOLDADOS.—DICHOS.

ORÉN. ¿Dónde
Ni quién podrá esconderte á la venganza
Que mi encendida cólera fulmina
Ya sobre tí, vil asesino?

ENRIQUE. Calla,
Detente, mira; si á mover te atreves
Un paso más la temeraria planta,
Mueren los dos.

ATAIDE. Señor, ya la violencia
Es aquí por demás, pues que su rabia
Ha encontrado el camino á defenderse
Con el riesgo de vidas tan sagradas.
Deteneos... Y vos, á quien mis ojos *(Á Eduardo.)*
No osan volver sus tímidas miradas,
Vos, que años tantos de prisión tan dura
Debéis, señor, á mi inclemencia ingrata,
Dignaos de que en un trance tan terrible
Yo á vuestra salvación la senda os abra.

Una sola palabra en vuestro nombre
Permitidme que dé, y está embotada
La cuchilla cruel con que ese monstruo
Vuestra preciosa vida ahora amenaza.
¿Puedo darla, señor?

EDUARDO. Yo la permito,
Pero digna de mí, libre de infamia.

ATAIDE. Sí lo será: yo en nombre de Eduardo
Prometo á Asán su libertad, su patria,
Si las preciosas vidas que ahora ofende,
Con generoso aliento las ampara.
Elija Asán entre quedar tendido
En esta triste y desigual batalla
Con el verdugo bárbaro á quien sirve,
O ir á buscar en su nativa playa
La dulce esposa, los amados hijos,
Y en sus abrazos recrear su alma.
¿Lo escuchaste africano?

ASÁN. Ya he elegido.
¡Salir de esclavitud, ver á mi patria,
Mis amores gozar!—Tú eres blanco, *(A Eduardo.)*
¿Puede un negro fiar en tu palabra?

EDUARDO. Á nadie faltó nunca.

ENRIQUE. Asán, no escuches
Su cobarde promesa: esas ventajas
Y aun más te ofrezco yo.

ASÁN. Tú siempre has sido
Un infame, un traidor; ¿qué confianza
Puede en tí haber? Ninguna. Sed, pues, libres.

(Diciéndo esto coge á Eduardo y Violante, y los entrega á Orén.)

ENRIQUE. ¡Pese á mi horrible suerte!

ASÁN. Ya acabadas

Están tu usurpación y tiranía:
Húndete en el infierno, que te aguarda,
Y deja libre respirar la tierra.

OREN. *(Cogiendo una espada de manos de un soldado, y presentándola á Enrique.)* Y yo ¿á qué espero ya? Toma esa espada;
Defiéndete.

EDUARDO. Aguardad: ingrato Enrique,
Cuando más fiera tu execrable saña
Irritaba tu brazo, y tu cuchillo
Sobre Violante y sobre mí brillaba,
No quise recordarte mis favores
Ni abatirme al dolor y á las plegarias;
Mas ya en aqueste instante en que te veo
Agonizando entre tu misma rabia,
Y que con ciega confusión revuelves
La muerte, la prisión, las tristes ansias,
El insufrible afán que en mi cargaste,
Yo no puedo olvidar que en las entrañas
Donde recibí el ser, el ser tuviste;
Yo no puedo olvidar que en nuestra infancia
Tierno amigo me fuiste, y que conmigo
Por los senderos del honor entrabas.
Escucha: tras tus crímenes no hay medio
De darte la amistad, la confianza
De un hermano; mas vive: el pecho mío
Se niega estremecido á tal venganza.

OREN. ¡Cómo! ¿Y ofensas tantas sin castigo
Quedarán?

VIOLANTE. Sí, que viva, y que su alma,
Si es capaz de virtudes, en vosotros
Á adorarlas aprenda.

ENRIQUE. Esto faltaba;

Este oprobio cruel que me confunde
Y mi encendido pecho despedaza.
¿Yo deberte la vida? No, Eduardo,
No me la des .. Si acaso la aceptara,
Llegara tiempo en que beber tu sangre
Á saciar mi furor aun no bastara.
¿No te lo dije ya? La tumba sola
Puede á nuestras discordias ser muralla.
¡Vida de tí!... ni aun muerte!

(Arranca de repente el puñal que tiene Alí, se hiere, y cae en sus brazos.)

VIOLANTE. ¡Desdichado!
Su rencorosa condición le acaba.

ENRIQUE. *(Con voz desfallecida.)* Alí, tu sólo aquí no me has vendido;
Tal vez mi suerte compasión te causa:
Sácame tú de aquí, llévame adonde
Sin que la pueda ver rinda yo el alma. *(Muere.)*

CAE EL TELÓN



TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

REPRESENTADA LA PRIMERA VEZ POR LOS ACTORES DEL COLISEO DE LOS CAÑOS DEL PERAL EN 19 DE ENERO DE 1805

PERSONAS

PELAYO.		ALVIDA.		ISMAEL.
HORMESINDA.		ALFONSO.		UN SOLDADO GIJONÉS.
VEREMUNDO		MUNUZA.		VARIOS NOBLES ASTURIANOS.
LEANDRO.		AUDALLA.		GUERREROS.—MOROS.

La escena es en Gijón.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón de la casa de Veremundo, adornado con varios trofeos de armas.

ESCENA PRIMERA

ALFONSO, VEREMUNDO

ALFONSO. Sí, respetable Veremundo, hoy mismo
De las murallas de Gijón me ausento,
Donde tanta flaqueza y tanto oprobio

Están mis ojos indignados viendo.
El moro triunfa, los cristianos doblan
Á la dura cadena el dócil cuello,
Sin que uno solo á murmurar se atreva
De opresión tan odiosa: no, aunque en medio
De esta vil muchedumbre apareciese
Del gran Pelayo al animoso aliento,
En vano á libertad los llamaría;
Ya nadie le entendiera.

VEREMUNDO. Él en el seno
De la etérea mansión goza sin duda
La palma que á los mártires da el cielo
En premio á su virtud. Fiero, incansable,
Los llanos de la Bética le vieron
Casi arrancar él solo la victoria
Que vendió la perfidia al agareno.
Él atajó el raudal á la fortuna
Del soberbio Tarif cuando en Toledo
Del victorioso ejército sostuvo
La terrible pujanza un año entero.
De igual valor fué Mérida testigo;
Hasta que, puesta su cabeza á precio
Por el infame Muza, y escondido
Desde entonces su nombre en el silencio,
Ni de él, ni de Leandro, el hijo mío,
La fama volvió á hablar.

ALFONSO. ¡Dichosos ellos
Que así por fin descansarán! Sus ojos,
Cerrados ya con sempiterno sueño,
No verán el escándalo, la afrenta
De su sangre, el sacrílego himeneo
Que hoy se va á celebrar... ¡Oh Veremundo!

Perdona esta vehemencia á mi despecho;
Ser Hormesinda esposa de Munuza
Es duro oirlo y afrentoso el verlo.

VEREMUNDO. Mal pudieran las débiles mujeres
Resistir al halago lisonjero
Del moro vencedor, cuando sus armas
Domaron ya los varoniles pechos.
Mira á la hermosa viuda de Rodrigo
Ganar desde su triste cautiverio
El corazón del joven Abdalásis,
Y ser su esposa, y ocupar su lecho.
Mira á Eudon de Aquitania dar su hija
Á un árabe también, y hacerla precio
De una paz...

ALFONSO. ¿Y la hermana de Pelayo
Debió seguir tan execrable ejemplo?
Excederle debió.

VEREMUNDO. Yo, deudo suyo,
Que la eduqué, la amé cual padre tierno,
Disculpo su flaqueza, aunque la lloro.

ALFONSO. ¿Cabe disculpa en semejante yerro?

VEREMUNDO. Sí, Alfonso, cabe: ¿por ventura ignoras
El bárbaro y terrible juramento
Que hizo Munuza? ¿Ignoras que asolada
Gijón hubiera sido en escarmiento
De su noble defensa, si Hormesinda
No la hubiera salvado con sus ruegos?
Si nuestra servidumbre es más suave,
Si aun ves en pie nuestros sagrados templos,
Los cristianos, Alfonso, á su hermosura,
Á ese amor que te indigna lo debemos.

ALFONSO. ¡Abominable amor! ¡Unión impía

Que Dios va á castigar! Y ya estoy viendo
Á esa desventurada, á quien seducen
Los engaños del moro, ser muy presto
Objeto miserable de sus iras.
¿Ignoras tú su condición? Violento,
Implacable y feroz, si es generoso
En la prosperidad, lo es por desprecio,
Por arrogancia. Las inquietas hondas
Que baten las murallas de este pueblo
No son más de temer en su inconstancia
Que su alma impetuosa.

VEREMUNDO. Hasta este tiempo
Gijón sólo conoce su clemencia.

ALFONSO. Ella se acabará; que no está lejos
(Y plegue al cielo que me engañe) el día
En que, soltando á su violencia el freno,
Del tirano engañoso que ahora alabas
La rabia al fin confesarás gimiendo.
Yo tiemblo su frenética arrogancia,
Y esta llegada repentina tiemblo
Del fiero Audalla; Audalla, conocido
Por su celo fanático y sangriento.
Adios: á darme asilo las montañas
Bastarán de Cantabria, cuyos senos
Ofrecen á la sed del africano,
En vez de oro y placer, virtud y fierro.
Ellas me esconderán... Mas Hormesinda...

ESCENA II

HORMESINDA.—DICHOS,

HORMESINDA. *(En el fondo del teatro.)* ¿Qué le diré, infeliz? A andar no acierto,
Y mis rodillas trémulas se niegan

A sostenerme.

VEREMUNDO. Acércate.

HORMESINDA. No puedo,

Señor; que el corazón á vuestros ojos
Siente aumentar su tímido recelo.

VEREMUNDO. ¿Dudas ya de mi amor, cara Hormesinda?

HORMESIRDA. *(Adelantándose.)* ¿Dudar yo? No, señor, en ningún tiempo:
A vos mi infancia encomendó mi hermano,
Cuando acudiendo de la patria al riesgo,
Voló precipitado al mediodía
A probar en los árabes su acero.
Huérfana y sola, planta abandonada
En temporal tan largo y tan deshecho,
Sola la protección de vuestro asilo
Pudo abrigarme del rigor del viento.
En vos hallé mi padre, en vos mi hermano:
¡Que no pueda mi amor satisfaceros
Tanta solicitud, tantos afanes!
Pero imponente el corazón á hacerlo,
Su inmensa deuda agradecido aclama,
Y para el pago la remite al cielo.
Él, señor, él os recompense; en tanto...
(Perdonad el rubor, el triste miedo
Que me acobarda), en tanto vuestros brazos
Dad á una desdichada que al momento
Va á dejar este asilo de inocencia,
Donde sus años débiles crecieron;
Y sobre ella implorad una ventura
Que su dudoso y angustiado pecho
No se atreve á esperar.

VEREMUNDO. ¡Ah! si bastasen

Mis ruegos á alcanzarla, ni otro premio

Ni otra fortuna al cielo pediría
Este infeliz y lastimado viejo.

(Asiéndola de la mano afectuosamente.)

Pero hija mía...

HORMESINDA. ¡Ay! no; que las palabras
Salgan de vuestra boca en son tremendo:
Llamadme ingrata, pérfida; llamadme
Infiel á la virtud, sorda al consejo.
¿Qué me podreis decir que yo á mí misma
Con dureza mayor no esté diciendo?
Sabed que aqueste cáliz de dulzura,
Tras el que anhela el corazón sediento,
A fuerza de amarguras á martirios
Está ya en mi interior vuelto en veneno.
Sabed...

ALFONSO. Si eso es así, ¿por qué un instante
No levantais, señora, el pensamiento
Á ser quien sois? La religión sagrada
De la virtud os mostrará el sendero,
Y la sangre que anima vuestras venas
Para marchar por él os dará aliento.
Mostráos hermana de Pelayo, y antes
De ver que sois escándalo á los vuestros,
Ludibrio de los bárbaros infieles,
Esposa de un tirano...

HORMESINDA. Deteneos;
Que si temí las quejas del cariño,
Á la voz del insulto me rebelo.
¿Por qué, si soy escándalo á los míos,
Si tan injustos me condenan ellos,
Por qué á la seducción, á los halagos
Del moro vencedor no me escondieron?

Cuando el furor y la venganza ardían,
Cuando ya el hambre y el violento fuego
Prestos á devorar nos amagaban,
Era justo, era honroso en aquel tiempo
Que yo á los pies del árabe irritado
Fuese á ablandar su corazón de acero.
Fuí: mis plegarias el camino hallaron
De la piedad en su terrible pecho;
Y libre del azote que temblaba
Este pueblo, su frente alzó contento.
Todos entonces, sí, me bendecían,
Todos; y en tanto que, al enorme peso
De sus cadenas agobiada España,
Mira asolados sin piedad sus templos,
Hollados con furor sus moradores,
Violadas sus mujeres, en el seno
De la paz más feliz Gijón descansa.
¡Tirano le llamais, y él en sosiego
Nos deja respirar, cuando podría
Con sola una mirada estremecernos!
¡Es un tirano, y amoroso aspira
Á llamarse mi esposo! ¡Ah! no lo niego,
Inexorables godos: á su halago,
A su tierna afición, á su respeto
Mi corazón rendí; vuestra es la culpa,
Y el fruto, hombres ingratos, también vuestro.

ESCENA III

ALVIDA.—Dichos.

ALVIDA. Llegó el momento, el séquito está pronto
Que debe acompañarte al himeneo: *(Á Hormesinda.)*

Munuza espera á su adorada amante,
Anunciando su gozo y sus deseos
Con su esplendor hermoso las antorchas,
La música festiva en sus acentos.

HORMESINDA. ¡Esto es hecho, gran Dios!

ALFONSO. Seguid, señora,
Por donde os lleva tan culpable fuego.
¿Qué teneis que temer? Las luminarias
Que han de solemnizar vuestro contento,
Solemnicen también y hagan patente
De vuestro hermano y patria el fin funesto.
Mi lengua, Veremundo, poco usada
De la lisonja á los infames ecos,
Deja este parabién á los amantes. *(Vase.)*

HORMESINDA. ¡Qué horrible parabién! Mas ya no hay medio
De volver el pié atrás; que mi destino,
Más fiero y más cruel cada momento,
Tras sí me arrastra, y sin poder valerme,
Á su imperiosa voluntad me entrego.
Adios, señor, adios...

(Le besa la mano, y se va precipitadamente con Alvida.)

ESCENA IV

VEREMUNDO

¡Mísero anciano!
Ya ¿qué te resta? El lúgubre silencio,
La amarga soledad que te rodean
Fieles te anuncian tu postrer momento;
¡Y cuán acerbo!... ¡Oh suerte! ¿Á qué guardarme
Para tal desamparo?

ESCENA V

VEREMUNDO, LEANDRO, *y después* PELAYO

LEANDRO. Amigo, entremos;
Nadie nos sigue, la fortuna misma
Nos ha guiado hasta el solar paterno.
VEREMUNDO. ¡Qué voz es la que escucho! Mis sentidos
Me engañan... Mas no hay duda, ellos son, ellos.
¡Oh providencia eterna, yo te adoro!
¡Hijo! *(Corre á abrazarlos.)*
LEANDRO. ¡Padre!
PELAYO. ¡Señor!
VEREMUNDO. ¡Pelayo! ¿Es cierto,
Es cierto que vivís? ¡Ah! que aun se niega
Á tal ventura incrédulo mi afecto,
Y abrazándoos estoy. ¿Cómo os salvásteis?
Decid, ¿cómo vencísteis tantos riesgos
Que la desgracia y el rencor del moro
Amontonaron ya para perderos?
El silencio, el olvido en que os hundisteis
Eran señal de vuestro fin sangriento
Para toda la España, que afligida
Cifró en vosotros su postrer consuelo.
PELAYO. ¡Ah! si bastantes á salvarla fuesen
La constancia, el ardor, el noble celo,
Firme aun se viera, Veremundo, y dando
Envidia con su gloria al universo.
Nuestras fatigas, el valor ilustre
De los que el nombre godo sostuvieron,
Hacer pedazos el infausto yugo
Pudieran ya que la sujeta el cuello;
Mas vano ha sido nuestro afán, y en vano

Por el nombre de Dios lidiado habemos;
Él retiró su omnipotente escudo,
Y coronar no quiso nuestro aliento.
Vednos pues en los términos de España,
Prófugos, solos, deplorable resto
De los pocos valientes que mostraron
Á toda prueba el generoso pecho.
La guerra en su furor devoró á todos;
Yo los vi perecer. ¡Oh compañeros,
Que en el seno de Dios ya descansando
De vuestro alto valor gozais el premio:
Mis votos recibid y mi esperanza;
Vengue yo vuestra muerte, y muera luego!

VEREMUNDO. ¡Admirable constancia! Mas, Pelayo,
¿De qué nos sirve contrastar al cielo?
Cuando á nuestros intentos la fortuna
Les niega su laurel en el suceso,
Ceder es fuerza, inútil es el brío,
Pernicioso el tesón. Si estando entero
Contra el fiero rigor de esta avenida
No pudo sostenerse nuestro imperio,
¿Te sostendrás tú solo? ¿A quién consagras
Tan heróico valor, tanto denuedo?
No hay ya España, no hay patria!

PELAYO. ¡No hay ya patria!
¿Y vos me lo decís?... Sin duda el hielo
De vuestra anciana edad, que ya os abate,
Inspira esos humildes sentimientos
Y os hace hablar cual los cobardes hablan.
¡No hay patria!... Para aquellos que el sosiego
Compran con servidumbre y con oprobios,
Para los que en su infame abatimiento

Más vilmente á los árabes la venden
Que en los que Guadalete se rindieron.
¡No hay patria, Veremundo! ¿No la lleva
Todo buen español dentro en su pecho?
Ella en el mío sin cesar respira:
La augusta religión de mis abuelos,
Sus costumbres, su hablar, sus sanas leyes
Tienen aquí un altar que en ningún tiempo
Profanado será.

VEREMUNDO. Tu celo ardiente
Te hace ilusión, Pelayo: ¿en quién tu esfuerzo
Puede ya confiar? Quien pierde á España
No es el valor del moro; es el exceso
De la degradación: los fuertes yacen,
Un profundo temor hiela á los buenos,
Los traidores, los débiles se venden,
Y alzan solo su frente los perversos.

PELAYO. Y porque estén envilecidos todos,
¿Todos viles serán? yo no lo creo:
Mil hay, sí, Veremundo, mil que esperan
Á que dé alguno el generoso ejemplo,
Y el estandarte patrio levantando,
Despierte á todos de tan torpe sueño.
Yo vengo á levantarle: aquestos montes
Serán mis baluartes, á su centro
Volarán los valientes, y el Estado
Quizá recobre su vigor primero.
Entremos pues; que mi Hormesinda abra
A su hermano, señor, y que tendiendo
La noche el manto lóbrego, á seguirme
Se prepare.

VEREMUNDO. ¡Buen Dios! llegó el momento

Desgraciado y terrible.

PELAYO. ¿Desgraciado
El instante feliz que ansió mi anhelo
De abrazar á mi hermana?

VEREMUNDO. ¡Ay triste! calla:
Ese nombre en tu boca es un veneno.

PELAYO. ¿Por qué, decid, por qué? ¿Vive?

VEREMUNDO. Sí, vive;
Pero su muerte te afligiera menos.

PELAYO. ¡Qué misterio! acabad: ¿infiel?

VEREMUNDO. Tu hermana
Atajó los estragos de este pueblo...

PELAYO. Seguid.

VEREMUNDO. Tu hermana á los feroces ojos
Del bárbaro halló gracia... Ella es consuelo
De todos los cristianos que la imploran...
Ella hace nuestros grillos más ligeros...
Nada resiste al vencedor... Munuza,
Rendido, enamorado, al himeneo
De Hormesinda aspiró... Y ella, vencida...

PELAYO. Por piedad no acabéis... ¿Estos los premios
Son que á tanto afanar, tantos servicios
El cielo reservaba? ¡El vilipendio,
La mengua, las afrentas! ¡Oh, Leandro!
¿Por qué al rigor del musulmán acero
Á par de tantos héroes no caímos
Allá en los campos de Jerez sangrientos?

LEANDRO. Repórtate, Pelayo; á este infortunio
Opón tu alta constancia, opón tu esfuerzo.
En tí la patria su esperanza fía;
No desmayes: aleja el pensamiento
De esa flaca mujer; para tí es muerta.

PELAYO. ¡Muerta! ¡Pluguiera á Dios! ¿Por qué sabiendo *(A Veremundo.)*
Tal abominación, al mismo instante
Un agudo puñal no abrió su pecho?
Ella con su inocencia moriría,
Yo no viviera con borrón tan feo.

VEREMUNDO. Á apoyar su virtud ya vacilante
Siempre acudió mi paternal consejo;
La violencia jamás.

PELAYO. ¡Costumbre impía!
Tiránica opinión! ¡Injusto fuero!
¡Las mujeres sucumben, y en nosotros
Carga el torpe baldón de sus excesos!
¿Ella esposa de un moro?... Mas decidme,
¿Desde cuándo un enlace tan funesto
Se ha estrechado?

VEREMUNDO. Ahora mismo, en este instante
Se celebra quizá.

PELAYO. Pues aún es tiempo:
Volemos á la pérfida; mi vista
La llenará de horror; este himeneo
No se hará, no; si por desgracia es tarde,
La ahogará en mi presencia el sentimiento.

(Vase precipitadamente.)

VEREMUNDO. Él en su ardiente frenesí se ciega;
Sigámosle, Leandro, y á lo menos,
Si regir su furor no conseguimos,
Con él cuando perezca moriremos.



ACTO SEGUNDO

La escena en este acto representa un salón del alcázar de Munuza.

ESCENA PRIMERA

MUNUZA, HORMESINDA *en un sofá sostenida por* ALVIDA, *en actitud de ir volviendo de un deliquio;* AUDALLA *algo separado y mirándolos desdeñosamente desde un lado del teatro.*

MUNUZA. ¡Oh, ingratitud! ¡Oh, femenil flaqueza!
¿Con que, cuando debiera la alegría
Su corazón henchir, y este momento
Ser el más delicioso de su vida,
Dudar?... ¿Temblar?... ¿Desfallecer?... Y apenas
Dan sus labios el sí, cuando oprimida
De congoja mortal yerta la miro
Á mis plantas caer?

ALVIDA. Señor, mitiga
Tu enojo; ya en sí vuelve.

HORMESINDA. ¿En dónde, ¡oh, cielos!
En dónde estoy?

ALVIDA. Recóbrate, Hormesinda;
Mis brazos te sostienen; á tu lado
Á tu esposo contempla.

MUNUZA. Ella le irrita
Con esa turbación.

HORMESINDA. Ten, oh, Munuza,
Piedad de esta infeliz: ¿por qué á afligirla
También los ecos de tu labio airado
Y esas miradas de furor conspiran?

MUNUZA. ¿Cuál es, pues, dime, la funesta causa
De aquesta agitación tan repentina,

De ese pavor horrible que en tu frente
Y en tus ojos atónitos se pinta?

HORMESINDA. El cielo ve la pena, los temores
Que mi interior ahora martirizan;
Y ve también á mi amorosa llama
Explayarse por él siempre más viva.
Sed contento, señor; vos ya vencisteis;
El triunfo es vuestro, la vergüenza es mía.
¡Ah! ¿Qué dirán ahora los cristianos
De esta mujer desventurada? *(Á Alvida.)*

MUNUZA. Olvida
Sus inútiles quejas. Ellos deben
Inclinar á tus plantas la rodilla,
Y servirte en silencio.

HORMESINDA. ¿En dónde queda
El venerable anciano que solía
Con su amor y consejos ampararme?
Todo me abandonó: tú sola, Alvida,
Tú sola no desdeñas mi fortuna.

ALVIDA. Eterno mi cariño, dulce amiga,
Siempre te seguirá.

HORMESINDA. De estas ideas
Tiranizada ya mi fantasía,
Trémula y vacilante, á vuestro alcazar
Á juraros mi fe fuí conducida.
Jurada está, señor, no me arrepiento;
Soy vuestra, lo seré... Cuando salían
Las fatales palabras de mi boca
Y el acto solemnísimo cumplían,
Me pareció que, alzándose Pelayo
En medio de los dos, y ardiendo en ira,
«¿Qué te hicieron ¡oh, pérfida! los tuyos

Para así abandonarlos?» me decía.
Tiembla entonces el suelo, ante mis ojos
La luz de las antorchas se amortigua,
Baña el sudor mi frente, el pie me falta,
Y opresa del afán, caigo sin vida.
¡Oh, deliquio cruel!

MUNUZA. ¡Oh, ilusión vana
Que todo mi placer vuelve en acíbar!
¿Ha de romper Pelayo á perseguirte
La noche eterna de la tumba fría
Que ya le esconde?

HORMESINDA. ¿Y si viviese acaso?
¡Ah, cuál entonces su dolor sería!
¡Desdichada de mí!

MUNUZA. Lanza esas sombras
Que tu tímido espíritu atosigan:
Serénate, ya, en fin. ¿Es tan difícil
Coronar el amor, labrar la dicha
A un amante, á un esposo?

HORMESINDA. ¡Ah! No: Pelayo,
Ya en el cielo ante Dios dichoso asistas,
Gozando el premio á tu valor debido,
Ya proscrito en la tierra y triste aún gimas,
Oye la voz de tu angustiada hermana:
Perdónala. Tu esfuerzo y osadía
Á defender la patria no bastaron,
Sufre que yo la alivie en sus desdichas;
Que yo la madre y protectora sea
De los vencidos que en su amor confían.
Él lo quiere, ¿no es cierto? ¡Ah, yo me entrego

(Mirando tiernamente á Munuza.)

Al afecto imperioso que me guía,

Noble Munuza; mas consiente ahora
Que sola un breve tiempo, recogida,
Tu esposa pueda contemplar su suerte,
Acallar los temores que la agitan,
Y llenar sólo su tranquilo pecho
Del tierno y dulce amor que tú la inspiras. *(Vase con Alrida.)*

ESCENA II

AUDALLA.—MUNUZA.

MUNUZA. ¿Es temor? ¿Es desdén? ¿Qué es esto, Audalla?
¿Pude esperar en semejante día
Tal confusión?

AUDALLA. El sucesor augusto
Del sublime Profeta acá me envía,
No á arreglar tus querellas con tu esclava,
Sino á que España nuestro rito siga
De grado ó fuerza. Nunca los caprichos
Del amor entendí, ni las caricias
Del sexo engañador rendir pudieron
Un momento jamás el alma mía.
Cercado siempre de armas y soldados,
Entregado á las bélicas fatigas,
Sé pelear, y no amar; sé hacer esclavos.
Nunca servir; que nuestra ley divina
Por siempre triunfe, y que ante el gran Profeta
El universo incline la rodilla,
Fué la eterna ambición del pecho mío:
Pues ¿qué son con la gloria las delicias?
Por eso siempre vencedor mi brazo
En la guerra triunfó: tú, de esa indigna
Pasión ya poseído, teme al cielo,

Que la flaqueza en el valor castiga;
Teme que te abandone la victoria.

MUNUZA. ¡Ah! ¡Si tus ojos vieran á Hormesinda
Cuando, anegada en llanto y desolada,
Por la primera vez ante mi vista
Se presentó! Su tímida hermosura,
Su ademán, sus palabras compasivas,
Llenas de encanto y de dolor, no sólo
Las entrañas de un hombre ablandarían,
Mas rindieran también á las serpientes
Que abortan las arenas de la Libia.
Yo la escuché, y venció; Gijón por ella
Del bélico furor libre se mira.

AUDALLA. ¿Y no temes que al fin tanta flaqueza
Llegue á causar tu irremediable ruina?
¡Ay del que es opresor, si abre el oído
Á la piedad, y si imprudente olvida
Que ante él deben marchar la servidumbre,
La amenaza, el terror! Si así no humillas
Esta fiera nación que á nuestras plantas
Yace más espantada que vencida,
Teme tu perdición. Goza en buen hora
Del amoroso halago y las caricias
De esa cristiana; los demás perezcan,
Ó en vergonzosa esclavitud nos sirvan
Mientras el dios del Alcorán no adoren:
Así lo manda nuestro gran califa.
¿Osarás resistir? ¿Olvidar puedes
Que al partir de Damasco, esa cuchilla
Para extender su ley puso en tus manos?

MUNUZA. ¿Y contra quién, Audalla, he de esgrimirla
Contra unos miserables que, rendidos,

Ante mis ojos con pavor se inclinan?

AUDALLA. Esos que tu arrogancia así desprecia
Serán los que castiguen algún día
Bondad tan temeraria.

(*Corta pausa.*)

MUNUZA. Aun soy Munuza;
Pendiente de mis hombros todavía
El formidable alfanje centellea
Que huérfanas dejó tantas familias:
Tiemblan de mí velando, aun se estremecen
Si su atemorizada fantasía
Mi aterradora faz les pinta en sueños.

ESCENA III

ISMAEL.—DICHOS.

ISMAEL. Dos cristianos, señor, á vuestra vista
Pretenden parecer: es uno de ellos
Aquel anciano, el deudo de Hormesinda;
El otro un joven que dolor y enojo
En su semblante intrépido respira.

MUNUZA. Entren al punto. (*Vase Ismael.*)

AUDALLA. Aguárdate, Munuza,
Que el decreto supremo del Califa
Se tiene al fin que promulgar mañana,
Y aun hoy debiera ser...

MUNUZA. Basta. (*Vase Audalla.*)

ESCENA IV

PELAYO, VEREMUNDO, MUNUZA.

MUNUZA. ¿Qué os guía,
Decid, á mi presencia?

VEREMUNDO. Una ventura
Para la gente mora, una desdicha
Para el pueblo español: murió Pelayo.
Testigo de su muerte la confirma
Este guerrero, y á Hormesinda trae
La fúnebre y amarga despedida
De su hermano infeliz.

MUNUZA. *(Ap.* Quizá esta nueva
Los temores disipe que la hostigan.)
Con que ¿murió Pelayo? ¿Veis, cristianos,
En la fortuna nuestra ley escrita?
El cielo la consagra con victorias,
Y os abandona. ¿En qué os parais? Seguidla.

PELAYO. Grande, pues, fué mi engaño cuando, oyendo
Lo que la fama en tu loor publica,
A pesar de tu secta y de tu sangre,
Virtudes de un valiente en tí creía.
La muerte de un contrario generoso
Solamente el que es vil la solemniza.

MUNUZA. ¿Y quién eres tú, di, que tan osado?...

PELAYO. Sabe, moro, que alienta todavía
Pelayo en mí...

VEREMUNDO. *(Interrumpiéndole.)* Señor, disculpa sea
De tal temeridad su aflicción misma.
En Pelayo su gloria y su esperanza
Los españoles míseros ponían.
Ya pereció: las lágrimas que damos
Al esquivo rigor de su desdicha
No te ofendan, Munuza.

MUNUZA. Yo á Pelayo
Ni amé ni aborrecí; mas su porfía,
Su temeraria obstinación pudiera

Sernos fatal; así, cuando nos libra
Alá de su furor, gracias le rindo
De que siempre propicio nos asista.
Cristianos, sois perdidos.

PELAYO. No te fies
En tu prosperidad. Dios pudo un día
Separar su favor de aqueste pueblo
Y abandonarle á su terrible ira.
De los godos contempla el poderío,
La suerte en un momento le derriba;
La suerte puede hacer que en un momento
Caiga también vuestra soberbia altiva.
¿Quién sabe si, aplacado con nosotros
Ya el cielo, un brazo vengador anima
Que ataje vuestra próspera bonanza?

MUNUZA. ¿Será el tuyo tal vez?... Mas Hormesinda
Va aparecer delante de vosotros:
Tú, imprudente, refrena esa osadía;
Usa un lenguaje y ademán conformes
A tu fortuna humilde y abatida,
Y no al león irrites que te escucha
Y por desprecio tu arrogancia olvida. *(Vase.)*

ESCENA V

VEREMUNDO, PELAYO

VEREMUNDO. ¡Gracias al cielo! Al cabo con su ausencia
Mi temeroso corazón respira.
¡Cuál me has hecho temblar! Ni tus promesas,
Ni el velo que á sus ojos te encubría
Á asegurar mi agitación bastaban.
Del tirano al aspecto enardecida

Tu mente, se arrojaba toda entera,
Y en tus miradas fieras se veía
La mal cubierta indignación. En vano
La desolada España en tí confía
Si no atiendes la voz de la prudencia.
¿No sabrás moderarte?

PELAYO. ¿Y quién me obliga
A tan torpe disfraz? Nunca Pelayo
Descendió á la flaqueza, á la ignominia
De engañar: el que engaña es un cobarde
Que confiesa su mengua y su perfidia.
¡Y yo miento mi nombre! ¡Yo le escondo
Delante de ese moro! ¡Oh fementida
Mujer!

VEREMUNDO. Ella se acerca.

ESCENA VI

HORMESINDA.—DICHOS.

HORMESINDA. ¡Padre mío!...
Con que ¿aun no me olvidais?...—Pero ¿qué miran
(Viendo á Pelayo.)
Mis ojos?... ¡Ay! Él es: ¡valedme, cielos!

VEREMUNDO. ¿La ves á tu presencia confundida?
Calle la indignación; hable, hijo mío,
La sangre solamente.

HORMESINDA. Ya á tu vista
Tienes á esta infeliz, esta culpable,
A quien Dios en su cólera dió vida;
Á quien antes de verse en tal momento
La negra muerte aniquilar debía.
No imploro tu piedad, no la merezco,

Ni cabe en el honor que en tí respira;
Pero permite que tu hermana ahora
Con lágrimas rescate de alegría
Las lágrimas que un tiempo dió á tu muerte
En luto acerbo y en dolor vertidas;
Sufre que al gozo me abandone.

PELAYO. Aparta.

¿Mi hermana tú? Jamás. Quien aquí habita,
Quien se complace en la estación odiosa
De la superstición y tiranía
No puede ser mi sangre. En otro tiempo
Tuve una hermana yo, que era delicia
De Pelayo y de España; virtuosa,
Inocente y leal, siempre fué digna
De todo mi cariño y mis cuidados,
Que con mi patria la infeliz partía.
El cielo, encarnizado en perseguirme,
Me la robó; la que mis ojos miran
Es una infame apóstata que ahora
Mi vista indignamente escandaliza.
Ella insulta á los males de la patria,
Ella desprecia las desgracias mías,
Ella, en fin, me aborrece.

HORMESINDA. ¿Y qué? ¿No basta

Ya mi pasión para encender tus iras,
Sin que también destierres de mi seno
Á la naturaleza, que en él grita
Con más fuerza que nunca?

PELAYO. ¿Y no gritaba

Cuando la vil pasión que te perdía
Te atreviste á escuchar, y te entregaste
Al árabe feroz que te esclaviza?

¿No pensabas en mí? No contemplabas
Que era clavar en las entrañas mías
Un acero mortal, y atar la patria
Al yugo atroz del musulmán tú misma?

HORMESINDA. ¿Qué peso puede hacer en la balanza,
Que los reinos del mundo alza ó inclina,
De una flaca mujer la resistencia?
Pelayo ¡ah! ¡Cnánta compasión tendrías
De esta desventurada, en quien ahora
Tu enojo todo sin piedad fulminas,
Si vieras mi amargura y mis combates!
Yo pudiera decirte...

PELAYO. ¿Y qué dirias?

HORMESINDA. Que este amor á la patria que te enciende
Es la sola ocasión de mi desdicha.
Yo inocente viví, nunca en mi pecho
La llama del amor se vió encendida:
En todas tus fatigas y peligros
Mi llanto y mi memoria te seguían;
Cayó España, Pelayo, y ya aguardaba
Á verme sepultada en sus cenizas,
Á que me arrebatase en su violencia
El torrente feroz de la conquista,
Cuando Gijón amenazada... El cielo...
Perdona... El cielo mismo mi caída
Consiente... España opresa, los cristianos
Mi favor implorando, y cada día
De ese moro tan bárbaro á tus ojos
La generosidad siempre más viva.
Los ejemplos, tu muerte... ¡Oh cuantas veces
Dije: «Pelayo, á defender camina
Tu amada hermana de tan fiera lucha!»

Y Pelayo implorado no venía;
Y la triste Hormesinda, abandonada
Del cielo y de la tierra...

PELAYO. ¿Y qué? ¿Por dicha,
Aunque tu hermano perecido hubiese,
La gloria de su nombre no vivía?
¿No reflejaba en tí? ¿Tú no debiste
Defenderla, guardarla sin mancilla,
Y antes morir que recibir los dones
Con que el moro doró nuestra ignominia?
Yo ví, yo ví la patria desplomarse
Del Guadalete en la funesta orilla,
Y sin perder aliento á sostenerla
El hombro puse y la constancia mía.
Tres años siempre combatiendo, España
De mi sangre y sudor toda teñida,
El rencor de los árabes, al mundo
Mi celo y mi furor publicarían.
Todo es ya por demás. ¿Qué soy ahora?
Un vil aliado de la gente impía
Que oprime mi país. ¡Desventurada!
Los ojos vuelve en derredor y mira;
No hallarás sino mártires: los unos
Pereciendo al rigor de las cuchillas
Del atroz sarraceno en las batallas,
Los otros en las cárceles agitan
Su pesada cadena, otros, desnudos,
Opresos, de hambre y de miseria espiran.
Todos te enseñan á sufrir: ¿qué importa
Que otras mujeres débiles ó indignas
Se hayan rendido al musulmán halago?
En medio del contagio debería

Mantenerse Hormesinda ilesa y pura,
Como á su hermano el universo mira,
Cuando el Estado se desquicia y cae,
Impertérrito y firme entre sus ruinas.

HORMESINDA. Pues bien: tú ves mi error y le detestas;
Yo también le detesto, y á mí misma.
Hé aquí mi seno: hiere, y en un punto
Acaba con tu afrenta y con mi vida.

PELAYO. ¿Tienes valor? ¿Eres mi sangre? Aun tiempo
Es de enmendar tu ofensa: esas vecinas
Montañas van á ser el fuerte asilo
De los cristianos que á vivir aspiran
Libres de la opresión. Deja ese moro
Que con su infame seducción fascina
Tu corazón, y atrévete á seguirme
Adonde lejos del oprobio vivas.
¿No respondes?

HORMESINDA. Pelayo, es doloroso
Sin duda aqueste lazo que abominas;
Mas ya la suerte le estrechó, y...

PELAYO. Acaba.

HORMESINDA. El deber no consiente que te siga.

PELAYO. ¿El deber? ¡el amor!

HORMESINDA. Yo llamo al cielo
En testimonio...

PELAYO. Calla, y no su ira
Despiertes contra tí.

HORMESINDA. Si yo le llamo;
Él ve mi corazón y tu injusticia.

PELAYO. Él ve triunfar tu abominable llama
De tu sangre y su ley. Pues qué, ¿no miras
Que no es tuyo su Dios?

HORMESINDA. Yo ofrecí al mío
Vivir siempre con él.
PELAYO. ¡Promesa impía!
HORMESINDA. Yo la dije, él la oyó, mi pecho nunca
La negará.
PELAYO. ¡Qué horror!
VEREMUNDO. Tu ardor mitiga,
Y acuérdate que la infeliz España
De tí su bien y su esperanza fía.
Huyamos de la vista del tirano.
PELAYO. Adios, mujer sacrílega; acaricia
Al insolente moro á quien adoras,
Conságrale tu abominable vida;
Será por poco. Escucha: los valientes
Se van á levantar; la tiranía
Contrastada va á ser, y si vencemos,
Fuerza será que al ver á la justicia
Alzar su brazo inexorable, tiemble
La prevaricación. Tú de tí misma
Quéjate entonces si el horrendo crimen
En el estrago universal expías. *(Vase con Veremundo.)*
HORMESINDA. ¡Bárbaro! Mi suplicio está aquí dentro;
No es posible mayor para Hormesinda.



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

LEANDRO, VEREMUNDO

LEANDRO. Resuelto está, señor: aquí debemos
Perecer ó triunfar. Pelayo intenta
Que el mismo sitio que miró el agravio
También presente á la venganza sea.

VEREMUNDO. ¡Oh qué temeridad! Él, hijo mío,
Incauto al precipicio se despeña;
Que rara vez corona la fortuna
Lo que el furor frenético aconseja.
El suyo le arrebata; aun me estremezco
De las amargas y terribles quejas
Con que culpó á Hormesinda: al fin salimos
Del peligroso alcázar; y su pena,
Sumida en un silencio formidable,
Cuanto menos patente, era más fiera.
Te vió, y al punto te arrastró consigo;
Dónde, no se; pero quizá ya os cercan
Tantos riesgos...

LEANDRO. Mayor que todos ellos
El alma de Pelayo, los desprecia.
En esta misma noche en este sitio
Á los patricios de Gijón espera,
Y enardecer sus ánimos confía
Á que le sigan en su heróica empresa.

VEREMUNDO. ¿Y vendrán?

LEANDRO. No dudéis: los más valientes

Lo prometieron, Teudis y Fruela,
Eladio, Sancho, Atanagildo, Alfonso,
Alfonso, que dejaba estas riberas,
Y ya no parte. Todos deseaban
De Pelayo saber, todos esperan
Que ha de ser á su vista en esta noche
La suerte de Pelayo manifiesta.
La hora se acerca en fin, y por ventura
El momento feliz también se acerca
De empezar otra lid más peligrosa,
Pero de más honor que la primera.
Tras de tantas fatigas y combates
Rendir el cuello á la servil cadena
Fuera insufrible mengua, y no es posible
Que nuestro corazón consienta en ella.
Mas ya llegan aquí.

ESCENA II

ALFONSO, VARIOS NOBLES DE GIJÓN.—DICHOS.

ALFONSO. De tí dolidos
Lós cielos, Veremundo, te conservan
Á tu amado Leandro, y no consienten
Que en tan amarga soledad padezcas.
Todos, gozando en la ventura tuya,
El parabién te dan.

VEREMUNDO. ¡Cuál lisonjea
Ese tierno interés mi anciano pecho!
Él os le paga en gratitud eterna,
Nobles astures, ¡y pluguiese al cielo
Que este bien que su mano me dispensa
Á todos los cristianos se extendiese!

El generoso celo que os alienta
Me alcanza á mí, y al contemplarlo hierve
La sangre que la edad heló en mis venas.
¡Oh! si en aquesta vez consejos dignos
De ventura y honor de aquí salieran!
Mas no es posible; el mal que nos agobia
Vence á un tiempo al valor y á la prudencia:

ALFONSO. ¿Y por qué desmayar? ¿No es un anuncio
Ya de ventura la imprevista vuelta
De ese joven? Mis ojos se complacen
En ver un hombre al fin donde antes vieran
Sólo viles esclavos... ¡Oh, Leandro!
Tú, que á su lado en las batallas fieras
Con generoso esfuerzo combatiste,
Responde, da este alivio á mi impaciencia:
¿Vive Pelayo?

ESCENA III

PELAYO. —DICHOS.

PELAYO. Vive, si es que vida
Se consiente llamar una existencia
De infortunios sin término acosada,
Condenada al ultraje y á la afrenta.
Pelayo soy, el hijo de Favila,
El que por tanto tiempo en la defensa
Del Estado luchó; cuyos trabajos
Por toda España su renombre llevan.
Soy él que, siempre independiente, libre,
De entre la ruina universal ostenta
Exento el cuello de los hierros torpes
Que sobre el resto de los godos pesan.

¿Qué me sirven, empero, estos blasones,
Cuyo bello esplendor me envaneciera,
Si ajados ya, por tierra derribados,
¡Oh, indignación! un árabe los huella,
Y Hormesinda los vende? .. Ciudadanos,
Si de vos por ventura alguno tiembla
Que en semejante infamia sumergida
Su hija, su hermana ó su consorte sea;
Si en él se escucha del honor el grito,
Como en mi pecho destrozado truena,
Ese me siga á castigar mi injuria,
Y así la suya con valor prevenga.

ALFONSO. Sí, yo te seguiré; deja, Pelayo,
(Acercándose á Pelayo y estrechando su mano.)
Á tu diestra valiente unir mi diestra,
Alborozarme viéndote, y contigo
Jurar al moro inacabable guerra.
Alfonso de Cantabria te saluda,
Y los buenos con él, que en tu presencia
Ven renacer las dulces esperanzas
Que ya en tu aciago fin lloraban muertas.
No solamente á castigar tu injuria
Te seguiré, sino á vengar con ella
Á España, que reclama nuestros brazos
Y de tanto abandono se querella.
Será su primer víctima Munuza.

PELAYO. ¡Oh, ardimiento feliz! Yo bendijera
Mis propios males si ocasión dichosa
De que la patria respirase fueran.
Bien lo sabéis: mis débiles esfuerzos
Osaron contrastar en su carrera
Al feroz musulmán; nunca mi pecho

À la esperanza falleció; mas piensa
Que el árbol encorvado en la borrasca,
Sus ramas levantando ya dispersas,
Se enderece más bello y más frondoso,
Y con su sombra á defendernos vuelva.

VEREMUNDO. Si el peligro arrostrando denodados,
Y pereciendo en él, se consiguiera
El magnánimo fin, mi vida entonces
Al altar de la patria por ofrenda
La primera á inmolarse correría;
Mas la fuerza se abate con la fuerza
Volved la vista atrás, mirad la plaga
Que levanta en la Arabia un vil profeta,
La Asia y la Libia devastar, y al cabo
En la Europa caer: á su violencia
Arrolladas las huestes españolas,
El gótico poder cayó con ellas,
Y sobre él orgulloso el agareno,
De mar á mar tremola sus banderas.
El español, atónito en su estrago,
Y ya domesticado en su cadena,
Ni de su daño y su baldón se irrita
Ni á los clamores del valor despierta.

PELAYO. ¡Qué es, pues, el hombre, oh, cielos! ¡À su audacia
Se ven ceder las indomables fieras,
Los montes rinden su orgullosa cima,
La explosión del volcán aún no le aterra,
¡Y un hombre le subyuga!... Nuestros nietos
Vendrán y exclamarán: ¿Por qué se sienta
Sobre nuestra cerviz desventurada
Del ajeno temor la injusta pena?
¿Somos quizá los que en Jerez huyeron,

Ó los que, abandonando la defensa
De la patria, labraron con sus manos
Este yugo cruel que nos sujeta?
Así España hablará contra nosotros,
Recordando ¡oh dolor! que á tanta afrenta,
Á una opresión tan mísera, pudimos
Añadir el baldón de merecerla.

ALFONSO. ¡Perezca aquel que sobre sí le llame!
El pueblo, me decís, duerme y se entrega
Á los serviles hierros que le oprimen:
¿Quién sabe si esa mar, ahora serena,
El soplo de los vientos solo aguarda
Para bramar y amenazar soberbia?

VEREMUNDO. No así tan presto en la esperanza fíe
Vuestro arrojado ardor. Y si se niega
Á seguir vuestros pasos la fortuna,
Si sois vencidos en tan ardua empresa,
¿Quién guarecer á la infeliz España
Podrá de la venganza que violenta
En luto y sangre cubrirá al momento
Las míseras reliquias que aun le quedan?

PELAYO. Es justa nuestra causa; el alto cielo
La dará su favor.

VEREMUNDO. También lo era
Cuando en Jerez lidiábamos.

PELAYO. No, amigos,
No lo fué; yo os lo juro por la inmensa
Pérdida que los godos allí hicieron.
Aun indignado el corazón se acuerda
Que la molicie, el crimen nos mandaba.
En ruedas de marfil, envuelto en sedas,
De oro la frente orlada, y más dispuesto

Al triunfo y al festín que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldición eterna.
¡Ah! yo lo vi: la lid por siete días
Duró; mas no fué lid, fué una sangrienta
Carnicería: huyeron los cobardes,
Los traidores vendieron sus banderas,
Los fuertes, los leales perecieron.
No lo dudeis: los vicios, la insolencia
De Witiza y Rodrigo á Dios cansaron;
Y ya la copa de su enojo llena,
Abrió la mano y la vertió en los godos,
Que tan torpes escándalos sufrieran.

VEREMUNDO. Cedamos, pues, al celestial decreto
Que á afán y cautiverio nos condena.
Cuando menos debiéramos, sufrimos;
¿Y habremos de escuchar nuestra impaciencia
Al tiempo que, oprimidos y dispersos,
Sin fuerzas, sin apoyo, se nos cierran
Las puertas hacia el bien? Dios nos castiga;
Pleguemos ya la frente á su sentencia.

PELAYO. Quizá en tantas desgracias ya cumplida
¡Oh españoles! está. Ved la halagüeña
Ocasión que nos muestra la fortuna:
Ella, moviendo su voluble rueda,
Nos manda la osadía: ved al moro,
Ansiando en su ambición toda la tierra,
Salvar los montes, inundar las Galias,
Que hollar también y esclavizar desea.
Allá se precipitan sus guerreros,
Y á España en tanto abandonada dejan
A los que, ya de combatir cansados,

Al ocio muelle y al placer se entregan.
Llena Gijón de nobles fugitivos,
Llenas también las convecinas sierras,
Brazos y asilo á un tiempo nos ofrecen,
Y acaso culpan la tardanza nuestra.
Demos, pues, la señal. ¡Oh, cuántos pueblos
Nos seguirán después! Mas si se niegan
A tan bella ocasión... sirva en buen hora,
Y la frente cobarde al yugo tienda
El débil y estragado mediodía:
Hijos vosotros de estas asperezas,
A arrostrar y vencer acostumbrados
De la tierra y los cielos la inclemencia,
¿Temblaréis? ¿Cederéis? No; vuestros brazos
Alcen de los escombros que nos cercan
Otro estado, otra patria y otra España
Mas grande y más feliz que la primera.

ALFONSO. ¡Joven sublime! tú el camino hermoso
De la virtud y gloria nos presentas;
Tu ardimiento á imitarte nos anima.
Sigámosle, españoles; mas es fuerza,
Si se ha de conseguir tan arduo intento,
Que uno mande, los otros obedezcan.
Rodrigo pereció; y el cetro godo,
Vilmente roto en su indolente diestra,
Clama imperiosamente que otras manos
En su primer honor le restablezcan.
Nosotros, que aspiramos á esta gloria.
Aquí debemos á la usanza nuestra
El caudillo elegir que nos conduzca,
El rey alzar que nuestro apoyo sea.
Mi voz nombra á Pelayo.

PELAYO. Nobles godos,
No abrigueis tal error: ¿con qué vergüenza
Se afligiera la sombra de Ataulfo
Descansar viendo su real diadema
Sobre una frente que el rubor humilla?
Buscad otra más digna en que ponerla,
Ilustres campeones.
ALFONSO. No así injuries
Á tu espléndido nombre, á tus proezas,
Al celo de los buenos que te admiran:
¿Degradarte? Jamás. ¡Ah! no lo creas:
No es dado á una mujer frívola y débil
Manchar la gloria y trasladar su afrenta
Á aquel que sin cesar los pasos guía
Del honor y virtud por la ardua senda.
Ese escándalo torpe que te ofende,
En lugar de apocarte, te engrandezca
Al terrible castigo y la venganza.
El pueblo adora en tí, la patria espera.
¿Podrás dudar? Valientes españoles,
Respondedme: ¿quién es, dónde se encuentra
El que con más ardor se ha ennoblecido
En esta grande y desigual contienda?
¿Quién, de tantas desgracias á despecho,
Jamás desesperó? ¿Quién nos alienta,
Y en nombre de la patria nos inflama?
LOS NOBLES. Pelayo.
ALFONSO. ¿Quién, pues, ser nuestra cabeza
Más bien merece, y fundador y lustre
Del nuevo estado que á rayar comienza?
LEANDRO. Pelayo.
ALFONSO. Él nuestro rey, caudillo nuestro

Debe ser, ciudadanos.

LOS NOBLES. Él lo sea.

ALFONSO. ¿Oyes el voto universal? Ahora
Vil deserción tu resistencia fuera.

(Coge un escudo, y se presenta á Pelayo en actitud reverente.)

No es el trono opulento de Rodrigo
Cercado de delicias y riquezas,
Sumergido en el ocio y la molicie,
El que á tí los cristianos te presentan:
Los peligros, la muerte, las batallas
Tu débil solio sin cesar asedian;
Mas la gloria y la patria al mismo tiempo
A par de tí se acercarán con ellas.
Tus vasallos son pocos, mas leales,
Todos por mí te ofrecen su obediencia;
He aquí el escudo, emblema del esfuerzo
Con que debes velar en su defensa.
Hasta aquí mi igual fuiste: desde ahora
Yo te llamo mi rey; á tus excelsas
Virtudes y á tu gloria el homenaje
Rindo que un tiempo les dará la tierra.
Plegue á Dios que la nueva monarquía
Que hoy por un punto tan estrecho empieza,
Abarque toda España, y que tu espada
Cetro del mundo con el tiempo sea.

PELAYO. *(Poniendo la mano sobre el escudo.)*

Pues yo ofrezco á mi vez, ínclitos godos,
Ser en la dura lid que nos espera
Siempre el primero, y siempre conduciros
Donde las palmas del honor se elevan.
Respeto eterno á la justicia juro:
Si en algún tiempo lo olvidare, puedan

Verter en mí su indignación los cielos
Con más rigor que el que en Rodrigo emplean.
Deshecho entonces mi poder...

ESCENA IV

UN GIJONÉS.—DICHOS.

GIJONÉS. Cristianos,
Volved la vista á la desgracia nueva
Que asalta á nuestra patria: ya Munuza
Su indigna atrocidad descubre entera.
La indulgencia y piedad que antes mostraba
A nuestra desventura, á nuestras penas,
Fingidas fueron, cebo pernicioso
De su vil seducción: la ley perversa
De ser esclavo ó musulmán el godo
Se publica mañana.

ALFONSO. ¡Oh si pudiera
Mañana ser el venturoso día
De oprimirle!

GIJONÉS. Sabed que ahora se observa
Un repentino y grande movimiento
En su alcázar; las armas centellean,
Y la guardia se dobla: un mensajero,
De Mérida enviado, es quien altera
El tranquilo silencio de la noche.

LEANDRO. Prevengámosle, godos; que perezca
El tirano mañana á nuestras manos.

VEREMUNDO. ¿Y no temeis la muchedumbre fiera
De sus soldados? Dilatadlo os ruego:
Bastantes aun no sois; haced que vengan
Á unirse con vosotros los cristianos

Que esconden, fugitivos, esas sierras.

PELAYO. ¡Ó mañana ó jamás! ¿Quereis, por dicha,
Vuestra fortuna abandonar expuesta
Á la cobarde sugestión del miedo,
De la perfidia á la doblez funesta?
Mañana cuando el bárbaro en la plaza,
Haciendo ostentación de su insolencia,
Diere esa ley fanática, y el pueblo
Hervir de oculta cólera se sienta,
Entonces todos levantad á un tiempo
El fiero grito de improvista guerra,
Y proclamando en él la fe y la patria,
Los fieles concitad á defenderlas.

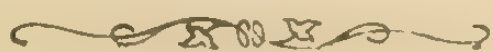
ALFONSO. Al ardor que en mí siento, á la esperanza
Que en este instante el corazón me alienta,
No hay que dudar, vencemos: ¡Oh cristianos!
Traidor se llame y maldecido muera
El que sin la victoria ó sin la muerte
Su brazo aparte de tan santa empresa.
Sobre este acero, al Dios que nos escucha,
Ó vencer ó morir, juro.

LEANDRO. *(Asiendo la mano de Alfonso.)* En tu diestra
Lo juro yo también.

VEREMUNDO. *(Acercándose á ellos en ademán de asir sus manos.)*
Y yo.

LOS NOBLES. *(Todos hacen el ademán de Alfonso, jurando por su espada.)*
No hay nadie
Que ansioso no lo jure.

PELAYO. ¡Oh Providencia!
Sí, que mañana al acabar el día,
Ó vencer ó morir el sol nos vea.



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

HORMESINDA, ALVIDA

ALVIDA. Vuelve en tu acuerdo al fin, mísera amiga.
¿De qué te sirve tu agitada planta
Aquí y allí mover, y en hondos ayes
Los ámbitos llenar de aqueste alcázar?
Á tu anhelante afán nadie responde;
Y el ceño con que escuchan tus palabras,
Doblándote la duda y la zozobra,
Doblan también de tu dolor las ansias;
Ven á tu estancia, y el querer del cielo
Aguardemos allí.

HORMESINDA. Sólo desgracias
Ordenará: tu ves cómo en mi daño
Cuanto pensé ¡infeliz! todo se cambia.
El amor de mi patria y de los míos
Prendió en mi pecho la funesta llama
Que me va á consumir; este himeneo
Juzgaba yo que á la afligida España
Anuncio fuese de quietud, y al moro
De templanza y quietud prenda sagrada.
¡Qué engaño tan cruel! Formado apenas,
Mi hermano se presenta, me amenaza,
Me aterra... ¡Ah! ¿por qué el suelo en aquel punto
No se abrió y me tragó?

ALVIDA. Tú misma agravas
El peso de tu afán: aunque á Pelayo
Ardiendo ves en repentina saña

Por este enlace, al fin de la prudencia
Escuchará la voz, cuando cerradas
Las sendas todas á vengarse encuentre.

HORMESINDA. ¡Prudencia, Alvida, en él! ¿Cuándo escucharla
Se le vió si á su vista se presentan
Gloria, virtud y pundonor y patria?
Vino á perderme y á perderse; él fía
En gentes abatidas y humilladas,
Donde hallar encendida espera en vano
De su mismo valor la noble llama.
¿Quién sabe si á estas horas?... ¿Tú lo viste
Cuando llegó la misteriosa carta
Que á Munuza de Mérida se envía,
Todo agitarse aquí, doblar las guardias,
Y salir Ismael... Tiemblo al pensarlo.
¿Si fué un aviso? Incierta y agitada,
No se qué hacer. Escucha, no á mi esposo
Vida le dió una tigre en sus entrañas,
Ni las sierpes de Libia sustentaron
Con ponzoña y rencor su tierna infancia.
De hombres nació, y es hombre; y pues que ha sido
Ya sensible al amor, también entrada
Dará en su pecho á la piedad. Alvida;
Puede ser que arrojándome á sus plantas,
Diciéndole yo misma...

ALVIDA. ¡Oh! no te fies,
No al eco atiendas de esperanzas vanas.
¿Munuza usar clemencia con Pelayo?
Error ¡funesto error! Quizá ignorada
Su suerte aun es del moro; ¿y tú serías
La que le señalase á su venganza?

HORMESINDA. Con que ¿el perdón á tantos concedido

Sólo á mi sangre ese crüel negara?
¿Y nada, al fin, conseguirá mi llanto,
Mis tiernos ruegos, mi cariño?...

ALVIDA. Nada.
¿Qué vale todo al tiempo que le gritan
La voz terrible del sangriento Audalla,
La ambición de mandar que le devora,
Su ley feroz, que á la crueldad le arrastra?

HORMESINDA. ¡Asi huirán, pues, mis esperanzas todas,
Todas las ilusiones de bonanza
Que mi amor se fingió!... Sí; de los cielos
La saña incontrastable desplomada
Siento que viene sobre mí: la tumba
Me espera y allá voy; pero manchada
Con sangre fratricida, odiosa á un tiempo
Á mi hermano, á mi amante...

ALVIDA. ¡Ay triste! calla:
Él se acerca; en tí vuelve, hunde en tu pecho,
Por no irritarle, tus amargas ansias.

ESCENA II

MUNUZA, *después* AUDALLA.—DICHAS.

HORMESINDA. Señor... ya que el rigor fiero y terrible
De que está vuestra frente acompañada
Otro nombre más dulce usar me veda...
Decid, señor, ¿qué súbita mudanza
Es la que encuentro en vos? ¿Cuáles cuidados
Ora os perturban? Movimiento y armas,
Agitación, sospechas, ¡qué aparato
Tan diverso de aquel que yo esperaba
En estas horas ver, en estas horas

Destinadas á amor y á confianza!

MUNUZA. ¿Qué mucho, al fin, que las sospechas velen
Donde su acero la traición prepara?...
Vos misma... quizá cómplice...

AUDALLA. Munuza,
Ya está tu orden cumplida.

MUNUZA. Á vuestra estancia,
Señora, os retirad.

HORMESINDA. Ya os obedezco;
Pero entre los consejos de la saña
Memoria haced de mí, de las promesas
Que un tiempo vuestro labio pronunciaba
En favor de este pueblo: nuestro enlace
Iris debe de ser...

(Munuza mueve la cabeza irritado en señal de que se vayan; Hormesinda se estremece, y se van las dos.)

ESCENA III

MUNUZA, AUDALLA

MUNUZA. ¡Oh cómo tardan!

AUDALLA. Mas yo la causa á concebir no alcanzo
De la inquietud, de la impaciencia extraña
Que desde el punto mismo te atormenta
En que á tus manos se entregó la carta.
Guardarte de Pelayo, ella te avisa;
La fama de su muerte ha sido falsa,
Y hacia Asturias camina, donde acaso
Alguna nueva rebelión se trama.
¿Qué más alto favor de la fortuna
Pudieras esperar? Ella le arrastra
Á tu poder, y el golpe que le acabe

Hace espirar la agonizante España.

MUNUZA. Llegó el instante, sí, que yo me acuerde
De dónde tuve el ser, que yo renazca,
Al noble ardor, á las costumbres fieras
Que el amor de mi pecho desterraba.
Nunca hasta en este punto la sospecha
Su atroz ponzoña derramó en mi alma:
Supe lidiar, vencer, y despreciarlos,
Y dejarlos vivir. ¿Qué me importaba
Que impacientes mordiesen sus cadenas,
Si ya á romperlas su valor no basta?
¿Quieres saber mi agitación? Pues vuelve,
Vuelve la vista á la mujer ingrata,
Por cuyo amor y artificioso halago
El ímpetu detuve á mis venganzas,
Y mírala también, cual yo la miro,
Cómplice ser de tan inicuas tramas.

AUDALLA. Tú sabes bien si mi rencor perdona:
Cristianos todos son, y esto me basta
Para odiarlos sin fin; mas por ventura
También, como nosotros engañada,
La muerte de Pelayo ella creía,
Y es inocente en su traición.

MUNUZA. No, Audalla,
No es inocente: el joven que aquí mismo
Hablablarla consiguió, vino á avisarla
De esta traición acaso. ¿Por qué ahora
De la tristeza en vez que antes mostraba,
De incertidumbre congojosa y viva
La miro palpitar? Pues tiembla y calla:
La perjura me vende; y... sangre, sangre
Pide á voces mi amor, vuelto ya en rabia.

AUDALLA. Ahora sí que en tí encuentro aquel Munuza
Educado en los campos de la Arabia;
Ahora sí que en tí mira el gran Profeta
El firme musulmán que antes no hallaba.
No haya lugar á la piedad.

ESCENA IV

PELAYO, LEANDRO, ISMAEL, GUARDIAS.—DICHOS.

LEANDRO. ¿Qué intentas?
¿Por qué así á tu presencia nos arrastran?
¿Por qué se ha hollado el respetable asilo
De la hospitalidad, sin que las canas
De un desarmado anciano librar puedan
Su inocente mansión de vuestras armas?
MUNUZA. En todos tiempos, en cualquiera sitio,
Al que os venció en el campo, y ahora os manda,
Debéis razón de vuestros pasos todos.
¿Quiénes sois? ¿Dónde vais?
LEANDRO. Es nuestra patria
Gijón; mi padre el lastimado viejo
Que hoy sin respeto tu violencia ultraja,
Este guerrero, en mis desgracias todas
Amigo fiel, me alivia y me acompaña.
Sin fuerza á quebrantar nuestra coyunda,
Sin paciencia bastante á tolerarla,
Venir y saludar nuestros hogares
Y huir por siempre de la triste España
Ha sido nuestro intento.
MUNUZA. Alma cobarde,
No encubras la verdad en tus palabras.
Di presto á qué vinisteis.

PELAYO. Si lo sabes,
¿Para qué lo preguntas? Si en tu alma
Ya las sospechas sin cesar te gritan
La suerte que mereces, ¿á qué aguardas?
Junta á la usurpación la tiranía,
Y ahuyente tu temor nuestra desgracia.

MUNUZA. Mal el orgullo que tu lengua anima,
Y esa arrogante ostentación de audacia
Con la bajeza infame y alevosa
De tus acciones pérfidas se hermana.
Rebelde vil y miserable espía
Viniste á sorprender mi confianza,
Mi esposa á acongojar, y de este pueblo
Á alterar la obediencia á mi jurada.
Pelayo, que os envía, no os defiende
Del peligro mortal que os amenaza;
Y si aun negáis lo que saber deseo,
La muerte y los tormentos os lo arrancan.
¿Dónde está ese insensato? Respondedme:
¿Cuáles son sus intentos y esperanzas?

PELAYO. Quizá si lo supieses temblarías;
Mas tú, arrogante musulmán, te engañas
Cuando, en la fuerza y el poder fiando,
Piensas que todo á tu querer se allana.
No cuanto sabe ansiar logra un tirano:
Talar los campos, demoler las casas,
Inundarlas en sangre, esto le es fácil;
Mas degradar por miedo nuestras almas,
Mas mover nuestro labio á tu albedrío,
Bárbaro, á tanto tu poder no alcanza.

AUDALLA. No así oscurezcas tu esplendor supremo
Dando ocasión á su arrogancia vana:

Jamás así se explica la inocencia,
Y ya culpables son, pues que te ultrajan.
Mueran, y sirvan de escarmiento á todos.

MUNUZA. Caerán, pero no solos; también caigan
Los nobles de Gijón, Téudis, Früela,
Alfonso, Atanagildo...

PELAYO. De mi audacia,
De mi silencio cómplices no han sido:
Respétalos tirano.

MUNUZA. Sin tardanza
Vuela, Ismael, y encadenados todos
Vengan á mi presencia en este alcázar.
(Sale Ismael.)
Pelayo allá donde se esconde tiemble,
Viendo así fenecer sus esperanzas,
Y aguarde con terror la suerte que ellos.

ESCENA V

HORMESINDA.—DICHOS.

HORMESINDA. No tan gran sacrificio á la venganza
(Corriendo á su hermano y en ademán de defenderle.)
Permitido ha de ser.—Pelayo, el cielo
No ha concedido á tu infeliz hermana
Ser grande como tú; pero á lo menos
Te defiende en tu riesgo, te acompaña
En tu muerte. Munuza, este el camino
(Puesta entre los dos y señalando su pecho.)
Es el que se ha de abrir tu injusta espada
Si va á buscar su corazón.

AUDALLA. ¡Pelayo!

MUNUZA. ¡Su hermano!

LEANDRO. ¿Qué pronuncias, desdichada?
¿Sabes lo que revelas?

PELAYO. ¿Ya qué importa?—
Pelayo soy: la suerte se declara *(Á Munuza.)*
Entera á tu favor, no la desprecies:
Suelta la rienda á tu impaciente saña,
Envuelve á esa infeliz en mi destino,
Y en el morir iguálanos: ¿qué tardas?
Yo te aborrezco y te persigo, y ella
(No hay delito mayor), ella te ama.

HORMESINDA. Cesa, cesa, crüel. ¡Divinos cielos!
¿Á quién irán primero mis plegarias?
Á quién persuadirán que de su pecho
Despida esa altivez, esa arrogancia,
Que al uno lleva á perdición segura,
Y á buscar de su fuerza al otro arrastra?
Si mis suspiros débiles no os vencen,
Si este llanto que vierto no os ablanda,
Saciad en mí los dos á un mismo tiempo
Esa sed de venganza que os abrasa.
Nadie es culpable aquí sino yo sola;
Yo he faltado á mi sangre y á mi patria,
Y á mi esposo también: ¿cuál es el brazo
Que de una vez mi desventura acaba?
¡Oh Munuza! Ese alfange tan teñido,
Ya enseñado á verter sangre cristiana,
Será más diestro á derramar la mía.
Siega al punto con él esta garganta;
Siégala, y presta á tu infeliz esposa
En tan fiero rigor su última gracia.

MUNUZA. No abuses más de la indulgencia mía, *(Á Hormesinda.)*
Que, aun á pesar de tus ofensas, habla

En favor tuyo; y con silencio y miedo
Mis soberanas órdenes aguarda.
Tú el duro estrecho en que te ves contempla. *(Á Pelayo.)*
Ni arbitrio ya te queda ni esperanza
Sino en mi compasión.

PELAYO. Yo no la imploro.

MUNUZA. Conozco tu valor, sé tu constancia,
Y entiendo bien que á contrastar tu pecho
Vano es el riesgo, inútil la amenaza;
Pero esos infelices que arrastrados
Son en aqueste instante bacia el alcázar;
Pero toda Gijón, que al pronto incendio
De mi furor se mirará abrasada;
Todo te manda obligar tu orgullo:
¿Quiéres salvarlos? Dí, ¿quiéres salvarla?

PELAYO. ¿Qué pretendes de mí?

MUNUZA. Que á su presencia
Humilles esa frente temeraria,
Y de obediencia dándoles ejemplo,
La autoridad augusta y soberana
Del Califa respetes. De perfidia
Sé que no eres capaz; tu fe me basta:
Júralo por tu honor y el Dios que adoras,
Y Gijón y tus cómplices se salvan.

PELAYO. Dices bien, musulmán, en este pecho
Jamás halló la falsedad entrada,
Y primero faltara el sol al día
Que á sus pactos Pelayo y sus palabras;
Mas oye: si en mi vida algún momento
Hubo en que esta lealtad idolatrada
Pude animarme á profanar, es este
En que me incitas á jurar mi infamia.

Fe te jurara, sí, mas solamente
Por librar de la muerte que ahora amaga
Ese afligido pueblo y mis amigos;
Mas sólo por el tiempo que tardara
En hallar un puñal que en sangre tuya
Lavase al fin de mi baldón la mancha.
Pero nunca el oprobio salva á un pueblo;
Nunca aquel que cobarde se degrada
Á la opresión doblando la rodilla,
Después su frente hacia el honor levanta.
Esto bien lo sabeis, viles tiranos

MUNUZA. Tú dictas, insensato, en tus palabras
Tu sentencia.

PELAYO. Ejecútala.

MUNUZA. Al instante.

ESCENA VI

ISMAEL.—DICHOS.

ISMAEL. Pronto acudid, señor; Gijón alzada
Se niega á obedecer; los nobles fieros
De la atroz sedición soplan la llama,
Y al nombre de Pelayo, que repiten,
El pueblo ciego con furor se exalta.
La sangre corre, vuestros guardias caen;
Todo es ya confusión.

MUNUZA. ¡Qué escucho! Audalla,
Vamos á alzar el formidable azote
Sobre esa muchedumbre vil esclava.

AUDALLA. Mas ¿qué ordenas, en fin, de estos cristianos?

MUNUZA. Ellos á las mazmorras del alcázar,
Ella á la torre.

PELAYO. Su tremendo brazo
Ya el Dios de los ejércitos levanta
Contra tu usurpación: tiembla; caiste,
Tu hora llegó.

MUNUZA. Di que la tuya: murcha;
Sé mi esclavo hasta el fin: cualquier que sea
La suerte que me aguarda en la batalla,
Vencedor te condeno al escarmiento,
Vencido te consagro á la venganza.



ACTO QUINTO

El teatro representa una mazmorra.

ESCENA PRIMERA

PELAYO, LEANDRO

LEANDRO. En esta cárcel lóbrega, espantosa,
Donde toda esperanza se nos niega,
Donde tiene la muerte en nuestro daño
Su mano inevitable ya suspensa,
No al fin el hado adverso que nos pierde
Enteramente su rigor desplega,
Y el alivio, aunque amargo, nos permite
De unir nuestro dolor y nuestras quejas.
Mas tú entre tanto silencioso escuchas,
Y sumergido en tu profunda pena,
Ni aun levantas los ojos á tu amigo.
¿Acaso el heroismo, la firmeza
Que tantos males superaba un tiempo,
En el último trance ya flaquea?

PELAYO. ¡Tu amigo desmayar! ¡Ah! tú lo sabes
Si de tan santa causa en la defensa
Esquivé alguna vez riesgo ó fatiga.
¡Mas, mientras dura la mortal pelea,
En ocio vil y vergonzoso verme
Esperando la muerte como espera
La maniatada víctima el cuchillo!...

LEANDRO. Cuando el forzoso termino se acerca,
¿Qué vale murmurar contra el camino
Que sin recurso á fenecer nos lleva?
No, empero, sin venganza al fin morimos,
Y ya nuestros amigos...

PELAYO. ¡Ah! pudiera
Llamarlos con mi voz, darles aliento,
Al eco ronco de las armas fieras
Exaltarme y lidiar! Y si el destino
Triunfaba de mi vida en la pelea,
Muriera; pero al menos combatiendo
Contra esos fieros árabes muriera.
Así el fin á mi vida igualaría,
Así el poder y dignidad suprema
Á que ayer me ví alzar se autorizaban;
Mas yo preso aquí estoy, y ellos pelean;
Ellos mueren con honra, yo en oprobio.

LEANDRO. Basta á tu gloria tu inmortal carrera;
Y el mundo todo al contemplar tu suerte,
Llanto y admiración hará sobre ella.
Tú, cual Pelayo morirás; mi alma,
De ardor sublime y de constancia llena,
Se elevará á tu ejemplo, y del destino
Sabrá á tu lado resistir la fuerza.
Digna de tí será mi última hora;

Y cuando en las edades venideras
Los hijos de la patria honren tu nombre,
También de mí se acordarán sus lenguas:
«En vida, en muerte acompañó á Pelayo,»
Dirán; y mi alabanza será eterna.

PELAYO. ¿Sabes si tienes patria todavía,
Infeliz? ¿Si á este tiempo, ya deshecha
La flaca resistencia de los nuestros,
Coronan sus cabezas las almenas
En los muros del pueblo?... ¡Oh Dios del mundo!
Señor de la victoria y de la guerra,
¿Has resuelto otra vez abandonarnos?
¿Viven pintadas en tu mente excelsa
Las culpas de Vitiza y de Rodrigo,
Sin que ya nuestra fe borrarlas pueda?
¡Piedad, piedad! Tiempo es aún; perdona.
Cuando entregada esta región se vea
Á la superstición abominable
Con que tu nombre el árabe blasfema,
¿Será mayor tu gloria?... ¡Ay! que algún día
Ha de llegar en que sereno vuelvas
Hacia España tus ojos, y mirando
Las plagas que tu enojo echó sobre ella,
De tan fiero rigor Tú mismo llores,
Y entonces tarde á la clemencia sea!

LEANDRO. ¿Oyes, Pelayo? La mazmorra se abre;

(Ruido de puertas.)

Llegó el momento de morir.

PELAYO. Que venga:
Yo á Dios bendigo en él; venga, y acabe
La horrible incertidumbre, la impaciencia
Que ya no puedo tolerar.

ESCENA II

HORMESINDA, ALVIDA.—DICHOS.

PELAYO. ¿Qué buscas,
Desventurada? ¿Acaso la fiereza
De ese bárbaro atroz aquí te envía
Para que á nuestro fin presente seas?

HORMESINDA. No, Pelayo: tu riesgo y mi cariño
Me hacen volar ansiosa á tu presencia.
Vengo á salvarte.

PELAYO. ¡Oh Dios! Con que ¿vencido
Es también nuestro esfuerzo en esta prueba?

HORMESINDA. Tal vez ya lo será: desde la torre
Vi con terrible estrépito las puertas
Abrirse del alcázar, y furiosos
Arrojarse los árabes por ellas.
Ya allí el tumulto bélico llegaba,
Cuando al ver á Munuza, al ver su diestra
Armada del alfanje irresistible
Que tantas veces vencedor le hiciera,
En aquel primer ímpetu arrollados
Los nuestros, de repente titubean;
Y aunque siempre luchando, al fin el campo
Les es fuerza ceder. La lid se aleja,
Y entre los espantosos alaridos
Que al batallar horrísono se mezclan,
De cuando en cuando el eco se distingue
En que *Pelayo* y *Libertad* resuenan.
Un momento después esos guerreros
Á quienes nuestra guardia y la defensa
De aqueste alcázar encargada ha sido,
Casi todos ardiendo á la pelea

Se precipitan; los demás al ruego
Cediendo y á mis dádivas, nos dejan,
La senda libre que hasta el mar conduce.
Armas allí teneis; el tiempo vuela;
Venid, huyamos; que Hormesinda al menos...
¡Ah, perdona estas lágrimas postreras
Que un desdichado amor saca á mis ojos!
Que Hormesinda en salvarte feliz sea.

PELAYO. ¿Qué pronuncias? ¿Huír? Leandro... *(En ademán de marchar.)*

HORMESINDA. ¿A dónde, *(Deteniéndole.)*
Á dónde vas, crüel? ¿No ves mi pena,
No contemplas tu riesgo?

PELAYO. Á la batalla,
Á la victoria voy: ya nos entrega
El Dios omnipotente ese tirano,
Pues al fin libres combatir nos deja.
(Dirigiéndose hacia el sitio del combate.)
Amigos, alentaos; nuestro es el día,
Como fué suyo el de Jerez: mi diestra
Victoriosa os conduzca hacia este alcázar,
Ella os enseñe á derribar sus puertas,
Á arder sus techos, derrocar sus muros,
Á no dejar en él piedra con piedra. *(Vánse.)*

ESCENA III

HORMESINDA, ALVIDA

HORMESINDA. ¿Cómo de un frenesí tan desatado
El ímpetu atajar?... Mas ¿quién me veda
Correr también de la batalla al campo,
Y entre esos fieros adversarios puesta,
Sus golpes recibir? Quizá uno y otro

Con sólo mi morir contentos sean.

ALVIDA. ¿Así qué lograrás? Buscar tu daño
Y aumentar su furor con tu presencia.
Ya ni á la sangre ni al amor te fíes:
Cuando retumba el eco de la guerra
Ellos exhalan sus endebles gritos,
Y escuchados no son.

HORMESINDA. Naturaleza,
Si éste no me conoce por hermana,
Y de esposa el cariño aquel me niega,
Aun de esposa y de hermana el dulce afecto
Para mayor tormento en mi conserva.
Ya en tan amarga situación yo debo
Al que más infeliz de ellos se vea
Acudir, defender... Sé que el destino
No me deja elección; sé que la senda,
De espinas erizada y de amargura,
Por donde al precipicio me despeña,
Me es fuerza andarla toda: tú entre tanto
Abandona á esta victima dispuesta
Para el golpe fatal...

ESCENA IV

MUNUZA, *sin alfanje;* ISMAEL, MOROS.—DICHAS.

MUNUZA. Moros cobardes,
No así me aconsejeis: tras de la mengua
De ser vencido, la venganza sola
Es el placer que el cielo me reserva.
¡Oh confusión! ¿Quién de las manos mías
Ha arrancado el alfanje? ¿En dónde quedan
Audalla y sus valientes? ¿Por ventura

Todos han muerto en la fatal pelea,
Ó todos ya, mirándome caído,
De seguir á Munuza se avergüenzan?

HORMESINDA. Tu esposa no: por medio á los contrarios,
Sin aterrarse de sus armas fieras,
Ella te salvará; su tierno pecho
Será el escudo en que los golpes hieran:
Ellos se acordarán de tus piedades...

MUNUZA. ¿Quién te trae ante mí? ¿Por qué renuevas
En mi mente hostigada la memoria
De mi descuido y criminal flaqueza?
Ella es ahora mi mayor verdugo;
Por tí perdonó un tiempo mi clemencia
Á esta ciudad rebelde que al instante
Debió ser igualada con la tierra.
Por ti dejé vivir sus moradores;
Por tí, en fin, sin arbitrio, sin defensa
En la horrenda traición que me asesina
Me miro fenecer.

HORMESINDA. ¡Cómo te ciega
Tu imprudente furor! No desconozcas
La postrera esperanza que te queda:
Yo soy tu asilo.

MUNUZA. ¿Tú? Cuando mi imperio,
Cuando mis muertos árabes me vuelvas;
Cuando mi gloria... di por tantos bienes
Como tu desastrado amor me lleva,
Ya ¿qué te resta por hacer?

HORMESINDA. Salvarte:
Queda en esta mansión de tu grandeza;
Yo saldré, yo á las plantas de Pelayo
Me arrojaré, le rogaré, y es fuerza

Que respete tu vida, ó que contigo
Perecer á Hormesinda se conceda.

MUNUZA. ¡De Pelayo! ¿Qué dices? Al instante
Arrástrale, Ismael, á mi presencia.
Quiero partirle el corazón yo mismo, *(Saca un puñal.)*
Quiero lanzar al pueblo su cabeza;
Decirle: «Ahí le tenéis;» y complacerme
Cuando se cubran de terror al verla.

HORMESINDA. No le busquéis.

MUNUZA. Corred.

HORMESINDA. Él está libre;
No le busquéis. ¡Oh, Dios! quizá se acerca
Ya vencedor aquí: cede á su suerte.

MUNUZA. Mas ¿quién fué el temerario que las puertas
Abrió de su prisión?

HORMESINDA. No lo preguntes.

MUNUZA. ¡Ah, infeliz! ¿fuiste tú? Muere, pervesa, *(La hiere.)*
Y que mi mano en el abismo te hunda,
Donde tu aleve ingratitud me lleva.

HORMESINDA. ¡Ay de mí! *(Cayendo en los brazos de Alvida.)*

MUNUZA. Me vengué; corred conmigo
A encontrarle, á acabar...
(Óyese ruido de los cristianos que llegan)

ISMAEL. Pelayo llega;
Los cristianos le siguen vencedores:
¿Qué resolvéis, señor? La resistencia
Es aquí por demás.

ESCENA V

PELAYO, LEANDRO, ALFONSO *y demás* NOBLES.

PELAYO. Volad, amigos;
Á Hormesinda salvad; Munuza muera.

MUNUZA. Munuza muere, sí; mas por su mano;

(Se hiere, y señala donde está Hormesinda.)

Mas después de vengarse: mira.

(Cae: Pelayo y los cristianos acuden á Hormesinda, dejando á Munuza y á los moros detrás de sí.)

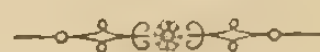
PELAYO. Es ella,
Y espirando... ¡Ah, cruel!... *(Mirando á Munuza.)*
Hermana mía,
Hormesinda, ¿no me oyes?

HORMESINDA. ¡Cuál penetra
Esa voz amorosa en mis oídos!
¡Cómo el rigor de mi agonía templa!...
Mi amor no halló perdón... Vino el castigo,
¡Y por cuál mano!... Adios: venciste... reina...
Pero tal vez en tus gloriosos días
Algún recuerdo esta infeliz te deba...
Esta infeliz... que por tí muere... *(Espira)*

PELAYO. ¡Oh, cielo!
¿Está ya tu justicia satisfecha?
Españoles, la sangre de Pelayo
Bañando está la cuna que sustenta
Vuestro imperio naciente y otro duelo
Que vano luto y lágrimas espera.
Muerto el tirano veis: ya no hay reposo;
Siglos y siglos duren las contiendas;
Y si un pueblo insolente allá algún día
Al carro de su triunfo atar intenta
La nación que hoy libramos, nuestros nietos
Su independencia así fuertes defiendan,
Y la alta gloria y libertad de España
Con vuestro heróico ejemplo eternas sean.

CAE EL TELÓN

Advertencia (1)



El siguiente opúsculo se escribió treinta años ha para el concurso abierto á los poetas por la Academia Española en 1791. Á ninguna de las obras presentadas se adjudicó entonces el premio; y en verdad que si todas eran como ésta, ninguna le merecía. Olvidada después, y aun perdida por largo tiempo, ha venido casualmente á manos del autor uno de sus antiguos borradores, cuando se estaba acabando la edición de estas *Poesías*. Su imperfección es tal, que no puede darse á luz sino como mera tentativa de un principiante, el cual no había cumplido á la sazón veinte años de su edad, y por lo mismo carecía de las fuerzas y doctrina necesarias para una empresa tan ardua. Se ha creído conveniente, sin embargo, añadirle aquí, para evitar que alguno se tome en adelante la libertad de imprimirla con todo su desaliño y sus descuidos, habiéndose procurado ahora limpiarla algún tanto de ellos, para hacerla menos indigna del público.

(1) Esta advertencia se puso en estas *Poesías* el año 1821.



LAS REGLAS DEL DRAMA

ENSAYO DIDÁCTICO

PARTE PRIMERA

PRECEPTOS GENERALES

AQUEL noble artificio y dulce encanto
Con que el drama en la escena se atavía
Voy en verso á mostrar, si puedo tanto.
  Sabia naturaleza, que allá un día
De este don de imitar fuiste inventora,
Sé mi maestra, y mis acentos guía:
  Tú, que del Tajo aurifero á la aurora
Ya en danzas le presentas, ya en escenas,
Donde se alegra el hombre y donde llora,
  Á pesar de sus míseras cadenas
Del español á vista el peruano
Renueva y pinta sus antiguas penas;

Y al ver el espectáculo inhumano
En que el inca infeliz gimiendo espira,
Grita y maldice su opresor tirano.
Si baila el iroqués, ¿á quién no admira
La fuerza sin igual del movimiento
Que horror, fiereza y mortandad respira?
Crece por puntos su furor violento;
Á quien le atiende á estremecerse obliga;
Las voces parten, y resuena el viento.
Hay, pues, un arte de imitar, que amiga
Dicta naturaleza en donde quiera
Para alivio del hombre en su fatiga.
Arte, cual las demás, pobre y grosera,
Cuando de instinto aun rudo era guiada
En el principio de su gran carrera.
Creció después, y por el genio alzada,
Fué á la cumbre del Pindo, en que se asienta
De majestad y gloria coronada.
Tú, que con frente de laurel sedienta
Ansías allá subir, ¿has por ventura
Visto si el genio tu ambición alienta?
Si en tí no sientes de su llama pura
El generoso ardor, el arte en vano
Tu mente estéril recurrir procura.
Podrá sin duda señalar la mano
Del sabio Estagirita aquel camino
Que evite yerros al talento humano.
Mas sus áridas reglas el divino
Estro jamás vivificar supieron
Que preside al poético destino.
Así las obras de Alcidón cayeron,
Á despecho del lánguido artificio

Y el helado compás con que se hicieron.
   En vano en un solemne sacrificio
Rogó al délfico dios que le prestase
Su dulce fuego y su favor propicio.
   Por más que ofrendas mil le presentase,
Del dios ingrato en galardón recibe
Que cualquier que le oyera bostezase.
   Aprenda á escribir bien, puesto que escribe;
Y solícito indague los primores
Que el gusto, unido á la razón, prescribe.
   Mas no basta el estilo: de colores
Se viste el iris y también la rosa,
Él en las nubes y ella entre las flores;
   Y apenas llega en su ilusión graciosa
Los ojos á halagar, cuando perdida
Se ve entre sombras su apariencia hermosa.
   Tal, de nervio y saber destituída,
Á pesar de su halago va cayendo
Toda liviana fábula, y se olvida.
   Antes que escribas, piensa; y disponiendo
Desnudo el argumento allá en tu mente,
La pluma irá adornándole y vistiendo.
   Que en el germen se encierra estrechamente
El árbol antes que crecer se vea,
Y ornar de frutos su pomposa frente.
   Una acción sola presentada sea
En solo un sitio fijo y señalado,
En solo un giro de la luz febea (1).

---

(1) Tal es el precepto de las unidades en todo el rigor de la escuela. El autor, que escribía su obra al salir del colegio y con la leche de la retórica en los labios, no podía menos de decidirse entonces por su más estrecha observancia. Ahora no piensa con tanto rigor respecto de las dos unidades de

En ningún episodio extraviado
Escena suelta ó de interés vacía
Su curso ha de pasarse acelerado.
Que atenta á complacer el ansia mía
La dramática acción, siempre animarse
Quiere y crecer, y por su fin porfía.
Con igual rapidez suele mirarse
De una piedra al caer el movimiento,
Y siempre más y más acrecentarse.
Do nazca el interés, su nacimiento
Ha de tener la fábula; exponerla
Con arte y brevedad debes atento.
Después adelantándose, envolverla
Puede el choque de afectos é intereses,
Y los mismos también desenvolverla.
Si trazar temerario pretendieses
Un enlace difícil, y cansarte
Y agotar tu cerebro en él quisieses,
¿Quién de aquel laberinto ha de sacarte?
¿Un pariente que allí de Indias viniera?
¿Un billete arrojado en cualquier parte?

---

tiempo y lugar; y advierte que si hay grandes razones en pró, hay también grandes ejemplos en contra. Prescindiendo de las pequeñas licencias que se toman aun los más adictos á las reglas, y que á las veces no dejan de ser tan inverosímiles como las que se censuran en los escritores más laxos; prescindiendo asimismo de las impropiedades bien notables á que el riguroso cumplimiento de las reglas los obliga, no hay duda que los clásicos griegos han faltado á ella muchas veces, y que los dramáticos ingleses, los alemanes y los españoles antiguos la desconocen abiertamente. Y no por eso sus fábulas dejan de cautivar la atención y de producir todo el interés y efecto que se desea en la poesía dramática. No se trata aquí de resolver ligeramente una cuestión que las disputas actuales sobre la preferencia entre los dos géneros clásico y romántico ó romancesco han hecho cada vez más cumplida, y que por lo mismo exigiría una discusión más prolija que lo que conviene en este lugar. Pero acaso podría establecerse por principio que la severidad es necesaria en todo lo que pertenece á la verosimilitud, y que no deben concederse al arte más licencias que aquellas de donde puedan resultar grandes bellezas.

Un dios que baja de su augusta esfera,
Y con su omnipotencia rompe el nudo
Que el autor deslazar por sí debiera?
Si su ingenio es tan pobre, yo no dudo
Que, descontentos patio y galerías,
De aplauso al fin le dejarán desnudo.
El capricho, el temor, las fantasías,
Del sexo delicado á cada instante
Llevan su genio por diversas vías.
Así ligero, fácil, inconstante,
Cede al impulso, cual el junco cede
Al aliento del céfiro sonante.
Nunca elevarse como el hombre puede
Ni á la gloria aspirar; mas en finura
De ver y de sentir siempre le excede.
La sencilla inocencia y la dulzura
Órnanle á veces, otras la mentira
Le acompaña y la pérfida impostura.
Aquí amarás la candidez de Alcira (1)
Allá la falsedad de Celimena (2)
Desprecio á un tiempo y compasión te inspira.
Mas cuando la pasión le desenfrena,
Audaz entonces y violento grita;
Rompe los diques, de furor se llena.
Entonces al horror se precipita,
Y esposo y prole con terrible muerte
La maga fiera (3) castigar medita.
Diversos fines y diversa suerte
Natura al hombre dió: más energía,

(1) En la tragedia de este nombre.

(2) En el *Misántropo* de Moliére.

(3) Medea.

Mayor constancia y ánimo más fuerte.
Su robustez, empero, en grosería
Verás volverse en unos, rodeada
De altivez y de orgullo y de osadía.
En tanto que en su pecho otros morada
Prestan á los más bellos movimientos
De la franqueza y rectitud sagrada.
Las pasiones en él, los sentimientos
Del todo se descubren, no oprimidos,
Cual son en la mujer, ni tan violentos.
Que menos fieros cuando están tendidos
En su llanura inmensa son los mares,
Que bramando y luchando comprimidos.
De aquí mil diferencias singulares
Podrás de un sexo y otro hallar, si atento
Con vista penetrante las buscares.
Á la manera que del raudo viento
Las aves hienden las regiones frías,
Cada cual con su rumbo y movimiento;
Así los hombres por diversas vías
Cruzan el ancho mundo, y diferentes
En genio son, costumbres y manías.
Á nadie sin carácter me presentes:
Defecto tan mortífero en la escena,
Como vicio insufrible entre las gentes.
La misma ley sin excepción ordena
Que el que una vez le diste ese le guarde,
Ó á silbo y menosprecio te condena.
Pinta al mancebo que en amores arde
Siempre brioso; débil al anciano,
De experiencia y consejo haciendo alarde.
Arrastrado, engañoso al cortesano,

Abatido al plebeyo, al juez severo;
Sea suspicaz y pérfido el tirano.
  El pueblo con aplauso lisonjero
Ieterrumpe mil veces impaciente
Á aquel cuyo pincel es verdadero,
  Y que con fácil diálogo elocuente
Anima vivamente á sus actores,
Según la situación que le presente.
  ¡Oh vosotros, sensibles escritores,
Que por la gloria ardeis, si venerados
Ser quereis de los siglos posteriores,
  Si en cualquiera región idolatrados,
Tened en el gran libro de natura
El estudio y afán siempre ocupados;
  Que eterna duración no se asegura
Quien de bellas solo y de pasiones
Y gustos de un país su fondo apura.
  El tiempo, que anonada las naciones
En el mismo sepulcro, al fin derriba
Sus efímeros usos y opiniones;
  Mas no la ley que permanente y viva
Manda y anima al corazón humano,
Y en el orden del mundo eterna estriba.
  Lloramos aun de Antígona el temprano
Y horrendo fin, y aun hiere nuestra mente
La triste Electra en brazos de su hermano.
  No debe, empero, el escritor prudente
Oponerse con ciego atrevimiento
Del pueblo al gusto y de la edad presente.
  Como sabio pintor, el ornamento
Ceda al gusto local, mas las figuras
Tomen del natural su movimiento.

Á fuer de caprichosas hermosuras,
Que desdeñan tal vez un tierno amante,
Y se agradan de un fatuo en las locuras:
Así yo he visto al público inconstante,
Á la divina Fedra despreciando,
Apladir un bufón vil é ignorante.
Pero tú, sus caprichos no cuidando,
Harás que siempre en tu labor unidos
El genio y la razón vayan guiando.
Tus escritos entonce esclarecidos
Se grabarán del mundo en la memoria,
Consolando los pechos afligidos.
De la envidia y la crítica, victoria
Alcanzarán, y de esplendor vestida,
En torno de ellos volará la gloria.
¡Cuán lejos de ella están, cuán abatida
La suerte es de los míseros que escriben
Por dar sustento á su arrastrada vida!
Las nueve diosas que en el Pindo viven
De su codicia sórdida se ofenden,
Y la entrada á su templo les prohiben.
Ellos en tanto á la ganancia atienden,
Y absurdo sobre absurdo amontonados
Contempla la razón en cuanto emprenden.
Naturaleza y arte abandonados,
Los gustos del vulgacho extravagante
Son allí solamente regalados;
La decencia olvidada... Tú, brillante
Deida de la ultrajada poesía,
Este agravio fatal venga al instante.
Castiga la famélica osadía
De la caterva estúpida y grosera

Que anubla el lustre de la patria mía (1).
Dejad, oh miserables, la carrera,
Dejadla á los espíritus sublimes,
Á quienes solamente es lisonjera.
Espíritus celestes, que tú animes,

---

(1) Á la sazón que esto se escribía, el teatro estaba ocupado por una nube de autores miserables é ignorantes, de quienes *La Comedia nueva* hizo una severa, bien que necesaria, justicia. Sin disposición bastante y sin aplicación para dedicarse á alguna de las otras profesiones útiles de la sociedad, pensaban hacer del teatro una granjería, careciendo absolutamente del ingenio y del saber precisos para sostenerle, si no con honor, á lo menos con decencia. Sus composiciones, insípidas ó desatinadas, han desaparecido ya de la escena, y probablemente no resucitarán jamás. Pero en estos casos el rigor de la censura debe caer solamente sobre su ignorancia y atrevimiento, y no sobre su miseria. Nunca es bueno insultar á la pobreza, y en la suposición de que el teatro presentase medios suficientes para sostener con decencia á quien se dedicase á él, no se yo qué pudiera tener de vergonzoso el que un hombre de talento se mantuviese con este recurso. Uno de los más grandes poetas del mundo ha dicho de sí mismo:

Paupertas impulit audax
Ut versus facerem.

Y si el hacer versos por hambre no fué parte para que los de Horacio dejasen de ser tan bellos, tampoco en ley de razón será bien decir á todo autor dramático que se halle en este caso: «Tú haces comedias para comer, luego las has de hacer mal.» Tantos como se mantienen de lo que escriben, de lo que cantan, de lo que pintan y de lo que predican, debieran hacernos más circunspectos para no decidir tan de ligero.

Tal vez una de las principales causas de nuestra escasez actual en este ramo de literatura es que el arreglo y disposiciones económicas de nuestros teatros no hayan abierto un recurso honesto y decente de subsistir á los autores que les surtiesen de composiciones á propósito para excitar la concurrencia del público. Por ventura una ocupación para la cual se necesita de tanto talento, de una aplicación tan exclusiva y de unos estudios tan profundos y contínuos: ocupación, por otra parte, destinada á llenar un objeto tan importante y necesario de policía y de educación pública, como es el teatro, ¿no merece sacar de sí misma la recompensa y producto que sacan tantas otras de menos trabajo, menos delicadeza y cortísima utilidad? Las tentativas hechas en estos últimos tiempos para remediar este mal han sido infructuosas, acaso por no convenir ni con las personas ni con la época ni con las circunstancias. Es probable que tarde el remedio mucho tiempo todavía, porque esto pide otros medios, otro sosiego y otro gusto que el presente. Quizá será necesario que acabe de reducirse el arte á una nulidad absoluta, para que á su restauración puedan mejor combinarse los medios de fomentar y alentar los diferentes elementos de que se compone.

Sagrado Febo, y do la llama pura
Del genio ardiente y creador imprimes
Para gloria del mundo y su ventura.



PARTE SEGUNDA

TRAGEDIA

Bien fué sin duda venturoso y digno
De renombre inmortal el hombre osado
Que al ver la fiesta celebrar del vino,
Del carro á la vendimia consagrado
Supo alzar á Melpómene sangrienta
Su terrible y magnífico tablado.
¡Evoe! clamaba ronca y turbulenta
La viñadora gente: *¡Evoe!* sonaba
El eco en torno que el aplauso aumenta.
Mofaba ora mordad, y ora cantaba,
Y la faz insolente y atrevida
Con heces y con pámpanos velaba.
Ora de alguna acción esclarecida
La gloria discantaba en noble acento,
Siempre con gusto y suspensión oída.
Y en medio del bullicio y del contento
Que el agreste espectáculo esparcía
Por todo el campo, á su impresión atento,
Dando vuelo á su inmensa fantasía,
Y aspirando á más gloria, Esquilo dice:
«Ceda esa estéril rústica alegría
»Á impesión más augusta: el infelice
Gemido de dolor el alma hiera,

Y el destino crüel la aterrorice.
»Tome vida y acción lo que antes era
Simple contar; el diálogo lo anime,
Y que actor con actor hable y confiera.
»Sea su lenguaje espléndido, sublime
Cual lo es su dignidad y sus pasiones,
Cual lo es la acción que en su ademán exprime.
»Y den fuerza y valor á sus razones
Grande local, majestuoso arreo,
Máscara que ennoblezca sus facciones».
Dijo; y muestra clavado á Prometeo
En la cima del Cáucaso eminente,
Á las iras de Jove alto trofeo.
Alza el puñal la esposa delincuente,
Y ante sus mismos lares confundidos
Cae y agoniza Agamenón valiente.
Y de orgullo y piedad á un tiempo heridos,
Los griegos ven confuso y derrotado
Al déspota del Asia dar gemidos (1).
Y siempre al fiero contrastar del hado
Desplomada mostrar la gran columna
Do el humano poder se ve asentado.
Tal la tragedia apareció en su cuna,
Grande, terrible; escuela y escarmiento
Á la adversa y la próspera fortuna.
Aquel, pues, que levanta el pensamiento
Y la áurea palma conseguir desea
Que promete este campo á su talento,
No entienda, incauto, que á expresar la idea
Del modelo moral que anda buscando

(1) Alusión á las tres tragedias de Esquilo. *Los persas, Agamenon* y *Prometeo.*

La condición común bastante sea.
¿Por ventura el arroyo que, vagando
Entre flores y guijas mansamente,
Aduerme el valle en su murmurio blando,
Podrá expresar al rápido torrente
Cuando, precipitándose y cayendo,
Los árboles arranca ferozmente,
Las rocas arrebata, y con su estruendo
Atronando las selvas, espantadas
Se ven fieras y ninfas ir huyendo?
Siempre formas en grande modeladas,
Peligros siempre en la borrasca fiera
De pasiones violentas y encontradas,
Siempre terror. Cuando la vez primera
Melpómene á los genios se mostraba
Delicias dulces de la Grecia entera,
En su ademán augusto respiraba
El vivo afán, el sentimiento crudo
Que su agitado corazón llenaba.
Sobre su pecho cándido desnudo
Ondeaba el dolor; su mano hermosa
Armada estaba de puñal agudo.
La cólera terrible, impetuosa,
La ambición, la venganza ensangrentada,
En pos marchan de la triste diosa.
Y ella entre tanto sin cesar guíada
De un inflexible aterrador destino,
Que en ordenar catástrofes se agrada;
Menos fiera después, otro camino
La moderna Melpómene escogiendo,
Más que aterrar, á enternecer se avino.
Y despojada del severo atuendo

Que en la escena ateniense la seguía,
De sólo amor se la escuchó gimiendo.
  Más dulce voz, más plácida armonía
Adquirió así tal vez; mas degradarse
Se vió el coturno con vergüenza un día.
  Fuerte, desesperada ha de pintarse
La pasión del amor, dominadora,
Que no pueda esconderse ni enfrenarse:
  Es la llama de Venus vengadora,
Que en alas de un frenético deseo
Inhumana su víctima devora.
  Tal con piedad y con espanto veo
Hecha presa de bárbaros dolores
Á la infeliz esposa de Teseo;
  Ella sabe y conoce sus furores,
Y teme que aun las bóvedas y muros
Han de ser de su culpa acusadores (1).
  Triste desecho de los seres puros,
Huye del sol que avergonzarla debe,
Y á los recintos se recoge oscuros.
  Se alimenta de hiel, lágrimas bebe,
Y la muerte espantosa que la espera
Es el dios solo que á implorar se atreve.
  Dolor, siempre dolor, y cuando muera
Ni un momento el más corto de bonanza
Habrá gustado la infeliz siquiera.
  Perdida, en fin, paciencia y esperanza,

(1) Este terceto y los siguientes aluden á diferentes pasajes de la *Fedra*, de Racine, que, como ha dicho un gran maestro del arte, «es el carácter más teatral que se ha visto nunca.» Modelo, todavía no igualado, de versificación, de gusto y de vehemencia, este admirable papel reune todos los dotes poéticos y dramáticos, y ha sido hasta ahora la desesperación de cuantos se han propuesto imitarle.

Á nadie atiende, en su aflicción sumida,
Y de sí contra sí toma venganza.
 Rinde á su ciego frenesí la vida,
Amor ostenta su terrible mando,
Y el alma lo contempla estremecida.
 Hubo en tanto un mortal (1) que, abandonando
De piedad y terror la usada vía,
Con nuevo lauro su cabeza ornando,
 Otra supo elegirse. Todavía
Una mente mayor le diera el cielo
Que á aquellos héroes que pintar debía.
 Y él, elevando el generoso vuelo
Á la región etérea, allí domina
Y de allí instruye el admirado suelo.
 En Roma Augusto perdonando á Cina,
De su rival el defensor severo,
Y la sensible y celestial Paulina;
 De Leontina el arrojo noble y fiero,
Y el gran Pompeyo en su fatal caída,
Haciendo estremecerse al mundo entero,
 Arrebatan mi mente, complacida
Al ver la fuerza de la sabia mano,
Y á la naturaleza ennoblecida.
 ¡Salve mil y mil veces, soberano (2)

---

(1) Corneille.

(2) Elogio bien desigual respecto del gran poeta á quien se dirige, pero que manifiesta bastante la predilección que entonces tenía el autor por el padre del teatro francés. La pintura de los sentimientos heróicos y elevados tiene tanto atractivo para la juventud, que no es de extrañar sucediese al escritor de este ensayo lo que á casi todos los principiantes, que es gustar más de Corneille que de Racine. Más adelante sucede lo contrario; y á medida que la razón y el gusto se perfeccionan, se aumenta la afición al segundo y se conoce su inestimable valor. Queda, sin embargo, siempre la admiración por Corneille, queda el desaliento de seguirle en aquella elevación y grandeza, que parecen en él un instinto singular, un privilegio divino; queda, en fin, el respeto que se debe á la razón supe-

Genio inmortal que digno debería
Ordenar el espectáculo romano,
  Cuando la libertad engrandecía
De los hijos de Marte el fuerte seno,
Y el orbe al Capitolio obedecía!
  Mas no por tanto de alabanza ajeno
Es del vicio el pintor, si lo expusiere
De horror funesto y de vergüenza lleno.
  Igual provecho á mi razón adquiere
El feroz Catilina, que bramando
Odia á su patria y destrozarla quiere,
  Que el generoso Régulo, espirando
Al rigor de la púnica fiereza,
Á Roma y al honor su fe guardando.
  La sencillez hermana á la riqueza
El genio cuando imita, y hermosura
Añade á tu beldad, naturaleza.
  Mas otra tosca imitación impura
Amontona y recarga los colores
Como para dar fuerza á la pintura.
  En el potro presenta los dolores,
Empapa con la sangre á la venganza,
Y no saciada en lástimas y horrores,
  Á los sepulcros lóbregos se lanza,
Y se complace al ver estremecerse
Del placer inhumano que me alcanza.
  ¿Por qué á la vista, bárbaro, ponerme
Acciones tan horribles? ¿Es tu intento
El pecho desgarrarme, ó conmoverme?

---

rior que introdujo en la escena francesa la regularidad, la decencia, las costumbres y el decoro teatral. Es verdad que hay en sus escritos desigualdades muy grandes. ¿Qué importa? Él abrió la carrera, y quien la abre como él, puede errar mucho, y errar sin perjuicio de su gloria.

¿Por qué Fayel frenético, violento,
Presentar á la mísera Gabriela
Del triste amante el corazón sangriento? (1)
El trágico escritor que dar anhela
Fuerza y verdad á su pincel lozano,
La historia estudie en incesante vela.
Otro color requiere el africano
En sus costumbres bárbaras dobladas,
Que el pulido francés y el fuerte hispano.
Y pide diferentes pinceladas
La ligereza de la edad presente
Que la fuerza y candor de las pasadas.
Presentó en nuestra escena un imprudente
Al héroe de Suecia enamorado,
De la historia á pesar que le desmiente:
Burlóse el mundo de él. Tú, escarmentado,
Siempre darás al héroe conocido
El genio que la fama le haya dado.
Hipólito, en el campo endurecido,
Aborrezca, deteste á las mujeres,
Por razón, por capricho, ó por olvido.
Si al vencedor del Asia me expusieres,
Magnánimo, colérico, ambicioso,
Juguete de la gloria y los placeres.
Catón firme, sublime, virtuoso,

(1) Crebillon concibe la tragedia como una acción funesta, presentada al espectador con imágenes interesantes, y que debe conducir á la piedad por medio del terror, pero con movimientos y rasgos que no repugnen á la delicadeza ni á la decencia. Este célebre autor ha procurado desempeñar esta idea en sus robustos escritos. Mas Arnaud y sus imitadores han corrompido el verdadero terror trágico, llevándole á un exceso reprensible en asuntos que esencialmente no son poéticos. El terceto alude á la *Gabriela de Vergi*, de De Belloi: tragedia que sin lo horroroso de su catástrofe, y á estar escrita con el estilo de Racine y de Voltaire, pasaría muy bien entre las mejores, por su progresión dramática, por la energía de los caracteres y por la verdad história y local de las costumbres.

Cual fuerte escollo á turbulentos mares,
Resista á los tiranos valeroso.
  Si nuevos personajes inventares,
Que dignos todos del coturno sean; (1)
Y aunque excedan los límites vulgares,
  Nunca es bien que fantásticos se vean,
Ni que en sus gigantescas expresiones
Absurdamente deslumbrarme crean.
  Tienen, sí, su lenguaje las pasiones:
Siempre van arrojándose con ruido,
Del furor inflamadas las razones;
  Pero el triste dolor es abatido,
Y Edipo, cuando rey soberbio y fiero,
Derrocado gimió, lloró caído.
  Muéstreme sentimiento verdadero
Quien mover quiera el sentimiento mío:
Para hacerme llorar llore primero;
  Porque ó bien me adormezco, ó bien me río,
Reina infeliz de Troya, al contemplarte
Ante tu desolado poderío,
  En vez de suspirar y lamentarte,
Los pueblos describir pomposamente
Que enemigos vinieron á arruinarte. (2)

---

(1) Algunos preceptistas han querido establecer la necesidad de hacer siempre la tragedia de un hecho y personajes conocidos. La razón que alegan es que donde no hay esta base de realidad histórica, no hay base tampoco en que se funde el interés. Tendrá esta razón toda la fuerza que se quiera; mas las excepciones vienen de tropel á contradecirla de una manera harto poderosa. En la tragedia antigua intitulada *La Flor,* mencionada por Aristóteles, todo era fingido, y no por eso interesaba menos á los griegos. Entre las piezas modernas no hay ninguna que se aventaje en este efecto á la *Zayra,* á la *Alcira,* al *Tancredo*, donde, si se exceptuan los nombres generales de naciones y países, todo es fingido también.

(2) Abre Hécuba la escena en *Las troyanas* de Séneca con una declamación harto importuna, censurada ya por Boileau en su *Arte poética*, y que ningún hombre de verdadero gusto se atreverá

Cuide, por fin, el escritor que intente
Llegar del arte á la eminente cima
Y su aplauso extender de gente en gente,
Que el trágico puñal con que lastima
El pecho del oyente estremecido
Verdades grandes y útiles imprima.
Pues es seguramente afán perdido
Afán que sólo en deleitar se emplea
Y el fruto del saber pone en olvido.
Tú á más noble ambición alza la idea,
Y de pueblos y príncipes á una
Lección insigne la tragedia sea. (1)

á disculpar. Mas no por éste y otros defectos de igual naturaleza que hay en las tragedias de aquel hombre célebre, se debe nadie arrogar el derecho de despreciarle, como han hecho tantos preceptistas, incapaces de presentar entre todos veinte líneas que tengan la mitad del nervio y del ingenio que se encuentra á cada paso en el escritor que desdeñan. Sus *Troyanos*, su *Hipólito* y su *Medea*, si bien de un gusto diferente y muy lejano de la simplicidad griega, presentan bellezas superiores dignas del mayor talento, y estudiadas é imitadas después por los mejores dramáticos. La hermosura incomparable de su estilo y de sus versos, cuando no se destempla ni declama, la riqueza de poesía y de números que hay en sus coros, la vivacidad y energía de sus diálogos, la abundancia de sus pensamientos; en fin, el tesoro inagotable de sentencias sublimes que está esparcido por aquellas tragedias con tan inagotable profusión, no consienten juzgarlas con el sobrecejo injusto de tantos estrechos humanistas, que ó no las entienden ó no las estudian. Algo más que ellos valen Corneille, Racine, Metastasio, Alfieri y otros ciento, en cuyos escritos lucen como diamantes bien engastados las imitaciones del trágico latino. No hay duda que es un escritor más bien de gran talento que de muy buen gusto; pero si sus vicios pueden extraviar á los jóvenes que no le tengan bien formado todavía, los que estén ya fuera de este riesgo no pueden menos de aprovechar y enriquecerse infinito con su lectura y su estudio.

(1) No falta quien diga, en oposición á esta máxima, que nada desnaturaliza más las obras de imaginación que proponerse en ellas un objeto político ó moral, cualquiera que sea. Una tragedia ciertamente no debe ser ni un sermón ni una disertación, y la intención demasiado descubierta de instruír y de enseñar puede disminuír el efecto dramático y destruír el halago. Pero si un gran poeta, Voltaire, por ejemplo, se propone destruír en los ánimos del fanatismo, como lo hace en su *Mahoma*, ó dar lecciones de humanidad, como en su *Alcira*, no se ve que en tal caso se haya destruído el efecto dramático por la intención moral ó política del escritor, ni en qué ha dañado la instrucción á la poesía. La tragedia griega era á un tiempo política y moral; y los grandes hombres que así la concibieron, y los

Ella les muestre sin reserva alguna
El miserable término á que llegan
Los hijos del poder y la fortuna,
Cuando su mente á la prudencia niegan,
Y al horrendo huracán de las pasiones
Ó ilusos ó frenéticos se entregan.
Deliran ellos, sufren las naciones,
Se ofende el cielo, y su terrible ira
En crímenes estalla, en aflicciones,
Que el pueblo espectador temblando admira. (1)

---

más de sus modernos imitadores, no han querido sin duda que el esfuerzo grande del ingenio humano al presentar en un espectáculo público el cuadro terrible de las pasiones de los príncipes, y de los crímenes y desgracias que ellas producen, se redujese á una vana y estéril conmoción, desvanecida tan pronto como ss desvanecen lae imágenes pintadas en la fantasía. «Yo firmemente creo, decía Alfieri á Casabigi, que los hombres deben aprender en el teatro á ser libres, fuertes, generosos, exaltados por la verdadera virtud, impacientes de toda violencia, amantes de su patria, verdaderos conocedores de sus derechos propios, y en todas sus pasiones, vehementes, rectos y magnánimos.

(1) No pueden negarse sin injusticia al pueblo español las dotes de ánimo propias para gustar de la tragedia: imaginación pronta, que se afecta vivamente de las desgracias ajenas; sensibilidad, que simpatiza con ellas; nobleza y elevación en sus pensamientos. Sin embargo, á pesar de los esfuerzos que desde Montiano acá se han hecho entre nosotros para aficionarle á este espectáculo, es fuerza confesar que no se ha conseguido todavía. Unos echan la culpa al poco talento de los escritores que se han ensayado en este género, lo cual no me toca examinar á mí que, aunque indigno, me cuento en este número; otros, á que no se ha verificado aquel conjunto de requisitos cuya combinación es precisa para el progreso de esta clase de producciones, como son autores, actores y público; otros, á que no ha habido todavía un hombre que, independiente en su fortuna, fuerte y resuelto por carácter, y dotado de gran talento y de una afición exclusiva á la tragedia, haga de ella la ocupación de toda su vida y el único título de su reputación y de su gloria; él, dicen, hubiera dominado al público y al teatro, habría dado al arte el impulso que necesita, y una emulación noble y provechosa á los ingenios.

Sin negar el influjo más ó menos poderoso que pueden tener estas diferentes causas, creo que hay otra, de la cual depende principalmente esta indiferencia. Apenas ha habido en el tiempo de que se trata, humanista alguno de crédito, entre nosotros, que no haya dado su tributo á Melpómene, y compuesto su pieza de ensayo. Yo prescindo del diferente éxito que han tenido estas tentativas, y estoy muy lejos de desconocer el incontestable mérito que hay en muchas de ellas. Obras las unas de hombres que han sido mis maestros, las otras de amigos y compañeros míos, mi interés y mi aprecio están por ellas, y no puede caber en mí la intención de desacreditarlas. Pero los escritores modernos no

PARTE TERCERA

COMEDIA

Tú siempre amable, celestial maestra
De la vida y costumbres, oh Talía,
Ven, y á mi vista los halagos muestra,
Y que enseñando la difícil vía
En que tú esparces tus preciosas flores,
Tenga dichoso fin la empresa mía.
Tú, enemiga de lástimas y horrores,
Con burla aguda y con festiva frente
Das á entender al mundo sus errores.
Tú, aunque el vicioso dispararse intente
Sorprendes la mirada, el movimiento
Que su intención oculta hace patente.
Tú acechas en su arcón al avariento,
Y en la faz del hipócrita embaidora
Descubres la perfidia en un momento.
Tú, en fin, pintas al hombre. Él atesora
En sí tantos motivos de mudanza,

---

han contado con la imaginación, con el carácter y con los hábitos propios de nuestra nación. Para que la tragedia pueda llamarse nacional, es preciso que sea popular, esto es, que el pueblo se afecte de ella y la juzgue, como habla y juzga de un acontecimiento público, cual es un incendio, una muerte, una alevosía, una catástrofe cualquiera que sucede á su vista. Lejos de dirigirse á esto nuestros autores, han tratado de naturalizar en España, quién la tragedia griega, quién la inglesa y alemana, quién la italiana al gusto de Alfieri, quién, en fin, y éstos han sido los más, la francesa, por parecerles la más acabada y perfecta. Mas estas plantas no podían realmente prosperar en nuestro suelo, donde nada había que estuviese en armonía con ellas. Reflejos más ó menos vivos de una poesía, de un gusto y de unas costumbres que no son las nuestras, las tragedias modernas carecen generalmente de aquellas gracias nativas, de aquel aspecto original que constituyen un carácter propio, distinto de otras naciones y de otros autores. Aquél, pues, llevará la palma (y yo realmente se la envidio), que sepa dar á esta composición la vida, la marcha, el aire propio y acomodado á nuestra índole y á nuestras costumbres: entonces podrá decirse que hay una tragedia verdaderamente española.

Que nunca fué después lo que es ahora.
Si en nada pues el alma se afianza,
¿Dó está, dime, aquel punto inalterable
En que se fija el fiel de su balanza?
¿Será por las costumbres explicable?
¿Será por los principios? La fortuna
En los suyos á Alcino hizo mudable.
¿Serán las opiniones? Mas ninguna
Dejará de afectar el vil Dorante
Cuando á su torpe fin es oportuna.
Explora la pasión mas dominante,
El loco en ella sola es consiguiente,
Y por ella se fija el inconstante;
Y ella sola encontrada, fácilmente
El cuadro resplandece iluminado,
Y Alipio se descubre enteramente.
Sabio aquí, loco allá, siempre vezado
Á engañar y á mentir, ¿cómo podría
Ser el pérfido Alipio retratado?
La vanidad, el interés le guía;
Así dicterios lanza y acumula
Aun contra aquellos que elogiar debía.
Fíngese tierno, y altivez simula:
¿El menor interés le es ofrecido?
Vende á un amigo, y al poder adula.
Por su sal y donaires acogido,
De mil buscado con ardor comienza,
De mil acaba siempre aborrecido.
¡Oh, si es dable en tal ánimo vergüenza,
Bien haya aquel que se la inspire cuando
Tan profunda doblez imite y venza!
Estúdiese la corte, y comerciando

Veráse allí la adulación grosera
Con el humo enfadoso que está echando.
  Y también la arrogancia que, altanera,
Aquel humo en sustancia convirtiendo,
Lo paga neciamente, y más espera.
  Ve por plazas y fondas discurriendo,
Y mil necias locuras y manías
Irás de todas partes recogiendo.
  Mil necedades de que tú te rías,
Que puestas y adornadas en la escena,
Las de otros mil enmienden y las mías.
  Moliére así para admirar al Sena,
Ántes de la moral filosofía,
El alma tuvo en los tesoros llena.
  Después ceñido el zueco de Talía,
Su nación y los hombres estudiaba,
Y provincias y pueblos discurría.
  Así marqueses fatuos azotaba,
Y la ignorancia y frases fastidiosas
De charlatanes médicos burlaba.
  Así de las pedantas, aunque hermosas
El falso gusto y el saber mezquino
Desterró con sus sales poderosas.
  Así al vil impostor del rostro indigno
La máscara arrancaba... ¿Á tus pinceles
Quién igualó jamás, pintor divino?
  ¡Oh cuánto precipicio estos laureles
Por todas partes cerca, y cuán forzoso
Es, oh poeta, que en tu riesgo veles!
  Del sueño y de la noche el vergonzoso
Hijo (1) también se burla de las gentes,

(1) Momo.

Y persigue sus faltas malicioso;
Pero con carcajadas insolentes,
Con torpes gestos mil desvergonzados,
Con dicterios insulsos ó indecentes.
Mil autores le siguen desalados
Á los templos de Baco, do se arrean,
Y de inmundicia y hiel salen cargados.
Después todo to manchan y estropean,
Y con sus truhanescas expresiones
Las gracias todas de la escena afean.
De ella escapad, frenéticos bufones;
Coplas infames componed, y dignas
De vuestros corrompidos corazones.
Romances que, aturdiendo las esquinas
En boca de algún ciego que los cante,
Del Avapiés diviertan las vecinas.
Dichoso aquel que con su sal picante
Sazonando el estilo, en la soltura
Es á la mariposa semejante;
El que con mano fácil y segura,
Como quien en su intento va burlando,
Da chiste y semejanza á su pintura;
El que, genios con genios contrastando,
De belleza en belleza siempre gira,
Situaciones felices encontrando.
Tartuf se escandaliza y se retira
Al ver de una sirvienta libre el seno,
Y en el nombre de Dios busca el de Elmira.
Mira á Harpagon que, de codicia lleno,
Va á prestar su dinero á enorme usura,
Haciendo logro con el vicio ajeno;
Y escúchale en su cómica aventura

Herir con maldiciones repetidas
Del hijo que allí encuentra la locura. (1)
Aquí el amor sus flechas encendidas
Anda á los corazones disparando,
Mas de ponzoña y hiel nunca teñidas.
No es aquel fiero dios que desgarrando
Se presenta en Melpómene inclemente,
Más festivo y artero, activo y blando.
Si se ve complacido, alegremente
Bate las alas; un mirar le irrita,
Y otro mirar le aplaca fácilmente.
Sus artes todas, inventivo, excita,
Cuando padres avaros ó severos
Combaten con el ansia que le agita.
¡Oh delirios, delirios lisonjeros,
Qué tiernos movimientos excitarse
Siento en mi mente, y qué placer al veros!
Mas á exacta verdad siempre ajustarse
Debe el amor, cual las demás pasiones,
Sin excederse nunca ni abultarse.
Que si delante de mis ojos pones
Vestida cual Melpómene á Talía,
Y de tristeza y llanto la compones,
¿Cómo quieres que al verla no me ría,
Perdido el chiste y la genial soltura,
Lúgubre y fiera, ó fastidiosa y fría?
Á veces, es verdad, su ingenio apura
En la vida ordinaria, y se divierte

(1) Alusión á las primeras escenas del acto segundo del *Avaro*, de Moliére, en que el protagonista, prestando su dinero á un interés sórdido y escandaloso, se halla con que su propio hijo es el disipador insensato á quien arruina con su usura; situación, á mi parecer, la más cómica que ha podido ocurrir á la imaginación de un poeta, y diga lo que quiera Rousseau, al mismo tiempo la más moral.

Llena de gravedad y compostura.
   Tan en el bello templo se la advierte
Que tú, culto Terencio, la elevaste,
Digno de eterna y venturosa suerte.
   No hay á tal perfeccion gloria que baste:
Tú un gran talento, de imitar seguro,
Con la decencia y la elegancia ornaste.
   El remanso más plácido y más puro
De clara fuente en el ameno prado,
Jamás tocada de animal impuro,
   Donde se ve fielmente retratado
Cuanto hay en torno de él: así es tu estilo
Gracioso siempre, y siempre delicado.
   Fuera buscar su nacimiento al Nilo
Buscar en dónde la comedia hispana
Tuvo naciendo su primer asilo.
   Vagando aquí y allá, su edad temprana
Pasaba festejando los altares,
Que con sus rudas fábulas profana;
   Ó bien con despropósitos vulgares
En pobre estilo ocupación grosera
Daba en pública plaza á sus juglares.
   Y todo su artificio entonces era
Remedar con donaire y desenfado
Ya un simple, ya un rufián, ya una ramera.
   Pudo con más estudio y más cuidado
Buscar la sencillez griega y latina,
Y en ella alzarse á superior traslado.
   Mas esquivó, cual sujeción mezquina,
La antigua imitación, y adulta y fuerte
Por nueva senda en libertad camina.
   Desdeña el arte, y su anhelar convierte

Á darse vida y darse movimiento
Que á cada instante la atención despierte.
Igualó con su audacia su talento;
Y el vuelo de su ardiente fantasía
Llevaba enagenado el pensamiento.
De sus versos la plácida armonía,
Su rica acción, su diálogo animado,
En que el ingenio nacional lucía,
Eran el manantial del dulce agrado
Con que á un pueblo impaciente arrebataba,
Más de valor que de saber dotado.
En vano austera la razón clamaba
Contra aquel turbulento desvarío
Que arte, decoro y propiedad hollaba.
Á fuer de inmenso y caudaloso río,
Que ni diques ni márgenes consiente,
Y en los campos se tiende á su albedrío,
Tal de consejo y reglas impaciente,
Audad inunda la española escena
El ingenio de Lope omnipotente;
Y con su dulce inagotable vena,
Con su varia invención, con su ternura,
De asombro y gusto á sus oyentes llena.
Más enérgico y grave, á más altura
Se eleva Calderón, y el cetro adquiere
Que aun en sus manos vigorosas dura.
Dichoso si á la fuerza con que hiere,
Si al fuego, si á la noble bizarría,
En que hacerle olvidar ninguno espere,
Uniera su valiente poesía
La variedad de formas y semblante
Que á cada actor diferenciar debía.

Nadie pudo emular su luz brillante
Entre tanto rival; Moreto solo
Osó tal vez ponérsele delante,
Cuando, inspirado por el mismo Apolo,
Pintó el desdén de la sin par Diana, (1)
Haciéndola admirar de polo á polo.
Tales de la comedia castellana (2)
Los astros fueron ya; y en su destino
Enseñan claro á la razón humana,
Que si asiste al poeta el don divino
De interesar y de animar la escena,
Siempre se abre al aplauso ancho camino
Y el ceño de la crítica serena.

---

(1) Preguntado un hombre de mucho ingenio y de muy buen juicio, de cuál comedia española querría con preferencia ser autor, respondió al instante que de *El desdén con el desdén*. Yo creo que habrá muchos que sean de su gusto. Una acción sencillísima perfectamente graduada, la oposición de los caracteres puestos en situación, y tres ó cuatro diálogos llenos á la verdad de expresión, de discreción, de fuego y de sentimientos naturales, excitan un interés que en vano se buscaría en el estrépito de lances, episodios y aventuras que se amontonan en otras fábulas, para las cuales se necesita ciertamente de mucho menos talento. Al cabo de siglo y medio todavía reina esta bella comedia en el teatro, y con un lustre tal, que apenas hay otra alguna que la compita. Todo el mundo la sabe de memoria, todo el mundo va á oirla cuando hay actores capaces de desempeñarla; y al llegar la escena de la máscara, la suspensión y el silencio embargan el ánimo de los oyentes, manifiestan el interés profundo que los penetra, y proclaman el triunfo del poeta.

(2) No están á la verdad debidamente caracterizados en estos pocos versos los padres del teatro español; y sería inoportuno, si no pedantesco, hacer para ello una nota, cuando fuera más propio de una disertación literaria. Sólo sí diré que en gracia de su bella dicción, de sus dulces versos, de tal cual diálogo ingenioso, y de los rasgos de ternura que á veces presenta, se disimulan demasiados delirios y extravagancias á Lope de Vega, y que sus fábulas están muy lejos de la coordinación, de la unidad de intención y de interés, y de la propiedad que ofrecen las de sus dos sucesores, aun bajo el sistema de licencia y abandono que unos y otros adoptaron y siguieron. Falta á nuestra literatura una colección atinadamente hecha de comedias españolas, empresa hasta ahora fallida en las manos que la han acometido: falta igualmente una buena historia de nuestro teatro. Si fuese verdad que de este último trabajo se está ocupando mucho tiempo ha la misma pluma que con tanta felicidad y aplauso ha resucitado la comedia de Terencio entre nosotros, la obra no ha podido caer en mejores manos, y nuestros autores dramáticos serán al fin pintados y juzgados con tanta destreza como justicia.



INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Á

UNA COLECCIÓN DE POESÍAS CASTELLANAS

ARTÍCULO PRIMERO

DEL PRINCIPIO DE NUESTRA POESÍA, Y SUS PROGRESOS HASTA JUAN DE MENA

Se ha convenido generalmente en dar á la poesía el primer lugar entre las artes de imitación. Ya se mire la antigüedad de su origen, ya la extensión de los objetos que la ocupan, ya la duración y el agrado de sus impresiones, ya, en fin, las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustración humana. Dícese que ella y la música han civilizado á los pueblos; y esta proposición, que en rigor es exagerada y aun falsa, manifiesta por lo menos el influjo que una y otra han tenido en la formación de las sociedades. Las lecciones que los primeros filósofos dieron á los hombres, las primeras leyes, los sistemas más antiguos, todos se escribieron en verso, al paso que la fantasía de los poetas,

con el halago de sus pinturas y la pompa de las funciones que ideaban, interrumpía con una distracción apacible y necesaria la fatiga de los trabajos campestres.

Es cierto que la poesía después no se presenta con la dignidad consiguiente al ejercicio absoluto y exclusivo de estos diversos ministerios; pero conserva todavía un influjo tan poderoso en nuestra instrucción, en nuestra perfección moral y en nuestros placeres, que podemos considerarla como dispensadora de los mismos beneficios, aunque bajo diferentes formas. Ella sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable, ó de velo para defenderla; enseña á la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus cuadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroismo. Tantas ventajas, unidas á tanto halago, han excitado en los hombres una admiración y una gratitud eternas.

Su ocupación primaria y esencial es pintar á la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruír. Así, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus proporciones, sus distancias y las reglas de su movimiento, el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginación y en sus sentidos hacen la luz con que brillan, la armonía que reina entre ellos, y los beneficios que dispensan á la tierra. La dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesía es enorme, aun cuando, por la prontitud de sus progresos en algunos géneros, no parezca tan grande á primera vista. Desde la máxima vaga ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonía y elegancia sostenida y los cuadros complicados y sublimes de la *Iliada* ó la *Eneida;* desde el carro y las heces de Téspis hasta el grande espectáculo que ofrecen la *Ifigenia* ó el *Tancredo*, la distancia es inmensa, y sólo pueden superarla los esfuerzos mayores de la aplicación y el ingenio.

Algunas naciones favorecidas del cielo la recorren con más prontitud, y pasan ligeramente desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamientos más grandes y combinaciones más acabadas. Tal fué la suerte

de la Grecia, donde el genio de la poesía, contando apenas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con menos brillo y perfección, fué la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbarie sucedidos á la ilustración romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y el buen gusto. Otros pueblos menos dichosos luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles más tarde á los halagos de la elegancia y la armonía; y la perfección, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos á fuerza de tiempo y de fatiga. Una gran parte de las naciones modernas se halla en este caso, y entre ellas es preciso contar también á nuestra España.

Precedió aquí, como en casi todas partes, el verso escrito á la prosa, siendo el *Poema del Cid*, hecho á mediados del siglo XII, el primer libro que se conoce en castellano, y al mismo tiempo la obra primera de poesía. Comenzaba ya entonces, en medio de la confusión de lenguas causada por la invasión de los bárbaros del norte, á tomar alguna forma aquel romance que después había de presentarse con tanto brillo y majestad en los escritos de Garcilaso, Herrera, Rioja, Cervantes y Mariana. Á considerar la obra por el argumento solo, pocas habría que la aventajasen, del mismo modo que pocos guerreros podría disputar á Rodrigo de Vivar la palma de las proezas y el heroismo. Su gloria, que eclipsó entonces la de todos los Reyes de su tiempo, ha pasado de siglo en siglo hasta ahora, por medio de la infinidad de fábulas que la admiración ignorante ha acumulado en su historia. Consignada en poemas, en tragedias, en comedias, en canciones populares, su memoria, semejante á la de Aquiles, ha tenido la suerte de herir fuertemente y ocupar la fantasía; mas el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero.

Ni era posible encontrarle al tiempo en que el rudo escritor de aquel poema se puso á componerle. Con una lengua informe todavía, dura en sus terminaciones, viciosa en su construcción, desnuda de toda cultura y armonía; con una versificación sin medida cierta y sin consonancias marcadas;

con un estilo lleno de pleonasmos viciosos y de puerilidades ridículas, falto de las galas con que la imaginación y la elegancia le adornan, ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espíritu y el oído? No está, sin embargo, tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intención poética, ya en la invención, ya en los pensamientos, y ya en las expresiones. Si, como sospecha don Tomás Sánchez, editor de éste y de otros poemas anteriores al siglo XV, no faltan al del Cid mas que algunos versos del principio, no deja de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida de su héroe anteriores al destierro que le intimó el Rey Alfonso VI. Entonces empieza la verdadera gloria de Rodrigo, y desde allí empieza el poema; contando después sus guerras con los moros y con el conde de Barcelona, sus conquistas, la toma de Valencia, su reconciliación con el Rey, la afrenta hecha á sus hijas por los infantes de Carrión, la solemne reparación y venganza que el Cid toma de ella, su enlace con las casas reales de Aragón y de Navarra, donde finaliza la obra, indicando ligeramente la época del fallecimiento del héroe. En la serie de su cuento no le faltan al escritor vivacidad é interés, usa mucho del diálogo, y á veces presenta cuadros que no dejan de tener mérito en su composición y artificio. Tal es, entre otros, la despedida de Rodrigo y Jimena en San Pedro de Cardeña, cuando él parte á cumplir su destierro, Jimena, postrada en las gradas del altar donde se celebra el oficio divino, hace al Eterno una oración pidiendo por su esposo, que concluye así:

Tú eres Rey de los reyes é de todo el mundo padre:
A tí adoro é creo de toda voluntad,
E ruega á san Peydro que me ayude á rogar
Por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal,
Cuando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar,
La oración fecha la misa acabada la han:
Salieron de la Eglesia, ya quieren cavalgar.
El Cid á doña Ximena ibala abrazar,
Doña Ximena al Cid la manol' va á besar,
Lorando de los ojos que non sabe que se far,

E él á las niñas tornolas á catar,
Á Dios vos acomiendo, fijas,
É á la mugier é al Padre spiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar:
Lorando de los oios que non viestes á tal;
Asis' parten unos d'otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de cavalgar,
Á todos esperando, la cabeza tornando va.
Á tan grand sabor fabló Minaya Alvar Fanez:
Did, ¿do son vuestros esfuerzos?
En buen hora nasqueistes de madre:
Pensemos de ir nuestra vía, esto sea de vagar:
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán;
Dios, que nos dió las almas, consejo nos dará.

Hay sin duda gran distancia entre esta despedida y la de Héctor y Andrómaca en la *Iliada;* pero es siempre grata la pintura de la sensibilidad de un héroe al tiempo que se separa de su familia, es bello aquel volver la cabeza alejándose, y que entonces le esfuercen y conforten los mismos á quienes da el ejemplo del esfuerzo y la constancia en las batallas. Aun es mejor, en mi dictamen, por su graduación dramática y su artificio, el acto de acusación que el Cid intenta á sus alevosos yernos delante de las Cortes congregadas á este fin. El choque primero de los infantes y los campeones de Rodrigo en el palenque no deja de tener animación y aun estilo.

Abrazan los escudos delant' los corazones,
Abaxan las lanzas abueltas con los pendones
Enclinaban las caras sobre los arzones,
Batien los caballos con los espolones,
Tembrar querie la tierra dod' eran movedores.
. . . .
Martin Antolinez mano metió al espada:
Relumbra tod' el campo.

No ha quedado noticia de quién fué autor de este primer vagido de nuestra poesía. En el siglo siguiente florecieron dos escritores, en quienes se descubre ya el adelantamiento y progresos que habían hecho la versificación y

la lengua. Una y otra tienen en los poemas sagrados de don Gonzalo de Berceo, y en el de *Alejandro*, de Juan Lorenzo, más fluidez, más trabazón, y formas determinadas. La marcha de estos autores, aunque penosa, no es tan arrastrada y seca como la del poema precedente. La diferencia que hay entre los dos poetas posteriores es que Berceo, por la naturaleza de sus argumentos, la mayor parte leyendas de santos, fuera de su narración y de algunos consejos morales, consiguientes al estado que tenía y á la materia que trataba, no presenta riqueza de erudición, ni variedad de conocimientos, ni fantasía en la invención. Juan Lorenzo, al contrario, se eleva más con su asunto, y manifiesta una instrucción tan extensa en historia, mitología y filosofía moral, que hace á su obra ser la más importante de cuantas se escribieron en aquella época. Los versos siguientes sobre un objeto mismo pueden ser muestra del estilo de uno y otro.

Yo, maestro Gonzalo de Berceo nomnado
Yendo en romería, caecí en un prado
Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadvero para un home cansado.
Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes.
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frías, en hibierno calientes.

(BERCEO.)

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso,
Cuando facen las aves un sola deleitoso,
Son vestidos los prados de vestido fermoso,
Da suspiros la duenna, la que non ha esposo.
Tiempo dolce é sabroso por bastir casamientos,
Ca lo tempran las flores é los s osos vientos,
Cantan las doncellas, son mucl as á con vientos,
Facen unas á otras buenos pronunciamientos.
Andan mozas é vieias cobiertas en amores,
Van coger por la siesta á los prados las flores,
Dicen unas á otras: bonos son los amores,
Y aquellos plus tiernos tiénense por mejores.

(LORENZO.)

Reinaba entonces en Castilla Alfonso X, príncipe á quien la fortuna, para completar su gloria, debió dar mejores hijos y vasallos menos feroces. La posteridad le ha puesto el sobrenombre de *Sabio*, y sin duda alguna le merecía el hombre extraordinario que en un siglo de tinieblas pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y conocimientos de historiador y los laureles de poeta. Él fué quien puso én el debido honor la lengua patria, cuando mandó que se extendiesen en ella los documentos públicos, que antes se escribían en latín. Mariana, poco favorable á este Rey, asegura que esta providencia fué la causa de la profunda ignorancia que se siguió después. Pero ¿que se sabía antes? El latín de que se usaba era tanto y más bárbaro que el romance; los nuevos usos á que éste se aplicaba por aquella resolución, la dignidad y autoridad que adquiría, era fuerza que influyesen en su cultura, pulimento y progresos. ¿Puede por ventura creerse que estas utilidades de la lengua no tuvieron influjo ninguno literario, ó que hay ilustración y literatura nacional cuando la lengua propia no se cultiva? Considérese pues la aserción de Mariana como hija de las preocupaciones un poco pedantescas del siglo en que vivía; y nosotros, aun prescindiendo de la conveniencia política de dicha ley, mirémosla como una de las causas que, influyendo en la mejora de la lengua, debió también influír en el adelantamiento de nuestra poesía.

Hay un libro entero de cantigas ó letras para cantarse, compuestas en dialecto gallego por este Rey, de que pueden verse muestras en los *Anales de Sevilla,* de Ortiz de Zúñiga; otro intitulado *El Tesoro,* que es un tratado de piedra filosofal, á lo que se cree, pues hasta ahora no se ha podido en gran parte descifrar; y también se le atribuye el de las *Querellas,* del cual no se conservan más que dos estancias. Uno y otro están escritos en versos de doce sílabas, con los consonantes cruzados: versificación á que se dió el nombre de coplas de arte mayor, y que fué un verdadero adelantamiento para la poesía, pues la marcha que tenía el verso alejandrino usado por Berceo y por Lorenzo era insufrible por su monotonía y pesadez. Cotéjense con los versos que van citados estas coplas con que empieza el libro de *El Tesoro.*

Llegó pues la fama á los mis oidos
Quen tierra de Egipto un sabio vivía.
É con su sabor oí que facia
Notos los casos que no son venidos:
Los astros juzgaba, é aquestos movidos
Por disposicion del cielo fallaba,
Los casos que el tiempo futuro ocultaba
Bien fuesen antes por éste entendidos.
Codicia del sabio movió mi aficion,
Mi pluma é mi lengua con grande humildad
Postrada la alteza de mi majestad,
Ca tanto poder tiene una pasion:
Con ruegos le fiz la mi peticion,
É se la mandé con mis mensajeros,
Averes, faciendas é muchos dineros
Allí le ofrecí con santa intencion.
Repúsome el sabio con gran cortesia:
Magüer vos, señor, seais un gran rey,
Non para yo mientes en aquesta ley
De oro nin plata nin su gran valía:
Serviros, señor, en gracia ternia,
Ca non busco aquello que á mí me sobró,
É vuestros haveres vos fagan la pro
Que vuestro siervo mais vos querria.
De las mis naves mandé la mejor,
É llegada al puerto de Alexandria,
El físico astrólogo en ella salia,
E á mí fué llegado cortés con amor:
É habiendo sabido su grande primor
En los movimientos que face la esfera,
Siempre le tuve en grande manera,
Ca siempre á los sabios se debe el honor.

Todavía son mejores en estilo, número y elegancia las dos coplas con que empezaba el libro de las *Querellas*.

Á tí, Diego Perez Sarmiento, leal
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mios homes por cuita les callo
Entiendo decir plañendo mi mal;

Á tí, que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faciendas en Roma é allende,
Mi péndola vuela, escúchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.
¡Cómo yace solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que foé,
Aquel que los Reyes besaban el pie,
É Reinas pedian limosna é mancilla!
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo é tres dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones
Foé por sus Tablas, é por su cochilla.

Parece que hay diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua; y lo más raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito, así en la dicción como en la cadencia, es preciso saltar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena (1).

Si el moviento que dió este gran rey á las letras hubiera sido auxiliado por sus sucesores, la ilustración española, contando dos siglos de antelación, contaría también más grados de perfección y más riquezas. No lo consintió la naturaleza feroz de aquellos tiempos crueles. Empezó á arder la llama de la guerra civil en los últimos años de Alfonso con la desobediencia y alzamiento de su hijo y siguió casi sin interrumpción por un siglo entero, hasta que llegó el último grado de atrocidad y de horrores en el reinado borrascoso y terrible de Pedro. Los hombres de Castilla en esta miserable época parece que no tenían espíritu sino para aborrecer, ni brazos sino para destruír. ¿Cómo era posible que en medio de la agitación de aquellas turbulencias pudiese lucir tranquilamente la antorcha del ingenio, ni oirse los cantos de las musas? Así es que solo se cuenta en ella un cortísimo número de poetas: Juan Ruíz, arcipreste de Hita; el infante don Juan Manuel, autor del *Conde Lucanor;* el judio don Santo, y Ayala el cronista. Los versos de estos escri-

(1) Algunos eruditos dudan de que estas dos obras pertenezcan al tiempo y autor á que se atribuyen, y el adelantamiento que presentan la versificación y el lenguaje forma una presunción muy fuerte á favor de esta opinión.

tores unos se han perdido, otros existen todavía inéditos; habiendo salido solamente á la luz pública los del Arcipreste, que por fortuna son tal vez los más dignos de conocerse.

El argumento de sus poesías es la historia de sus amores, interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes, y aun devociones. Vencía este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron después en facultad de inventar, en vivacidad de fantasía y de ingenio, en abundancia de chistes y de sales; y si hubiera tenido cuenta con elegir ó seguir metros más determinados y fijos, y su dicción fuera menos informe y pesada, esta obra sería uno de los monumentos más curiosos de la Edad Media. Pero la rudeza de las formas exteriores hace insufrible su lectura. Sean muestras de su versificación y estilo las coplas siguientes, en que el poeta pide á Venus que interponga su favor para con una dama á quien amaba, la cual era, según la pinta,

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Donegil muy lozana, plasentera et fermosa,
Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa et risueña, amor de toda cosa...
Señora doña Venus, muger de don Amor,
Noble dueña, omillome yo vuestro servidor,
De todas cosas sodes vos el Amor señor,
Todos vos obedescen como á su facedor.
Reyes, duques, et condes, é toda criatura
Vos temen é vos sirven como á vuestra fechura,
Complid los mios deseos, é dadme dicha é ventura,
Non me seades escasa, nin esquiva, nin dura...
So ferido é llagado, de un dardo so perdido,
En el corazon lo trayo encerrado et escondido;
Non oso mostrar la laga, matarme ha si la olvido,
E aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido.
El color he perdido, mis sesos desfallescen,
La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen,
Si vos non me valedes, mis miembros desfallescen.

Venus, entre otros consejos le dice:

Toda mujer que mucho otea, ó es risueña,
Dil' sin miedo tus coitas, noñ te embargue vergueña,

Apenas de mil una te desprecie...
Si la primera onda de la mar airada
Espantase al marinero cuando viene turbada,
Nunca en la mar entrarie con su nave ferrada,
Non te espante la dueña la primera vegada.
Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tómanse las cibdades, derríbanse los muros,
Caen las torres altas, álzanse pesos duros,
Por arte juran muchos, por arte son perjuros!
Por arte los pescados se toman so las ondas, etc.

Podríanse citar otros trozos mucho más picantes, entre ellos la descripción del poder del dinero, que tiene una mordacidad y una libertad de que difícilmente se hallarán ejemplos en otros escritores de dentro y fuera de España en aquel tiempo, aunque entrase en la comparación el independiente Dante; ó la chistosa apología y alabanza de las mujeres chicas, que empieza:

Quiero vos abreviar la predicacion;
Que siempre me pagué de pequeño sermon,
E de dueña pequeña, et de breve rason;
Ca de poco et bien dicho se afinca el corazon, etc.

Pero bastan á mi propósito los ejemplos citados. Alguna vez el poeta, cansado acaso de la monotonía y pesadez, varía del metro que generalmente usa, é introduce otra combinación de rimas en cantigas que mezcla con su narración; como, por ejemplo, la siguiente:

Cerca la tablada
La sierra pasada
Fallem con aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio;
E de ese rocío,
E de grand helada.
A la decida

Dí una corrida,
Fallé una serrana,
Fermosa, lozana,
E bien colorada.
Dixe yo á ella:
Homillome, bella, etc.

Don Tomás Antonio Sánchez ha publicado las obras de casi todos los autores mencionados con ilustraciones excelentes, así para dar noticia de ellos como para la inteligencia del texto, que la ancianidad y rudeza del lenguaje y los vicios de los códices han oscurecido á porfía. Allí están como en una armería estas venerables antiguallas: objetos preciosos de curiosidad para el erudito, de investigaciones para el gramático, de observación para el filósofo y el historiador; pero que el poeta, sin gastar tiempo en estudiarlos, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.



ARTÍCULO II

DE NUESTRA POESÍA HASTA EL TIEMPO DE GARCILASO

Uno y otro se presentan ya más formados y vigorosos en los versos escritos por los poetas del siglo XV; y no es de extrañar este progreso si se atiende á la muchedumbre de circunstancias que entonces concurrieron para favorecer á la poesía. Los juegos florales, establecidos en Tolosa á mediados del siglo anterior, y traídos por los Reyes de Aragón á sus estados en fines del mismo, el concurso de ingenios que contendían por ganar los premios señalados en estas solemnidades, las ceremonias observadas en ellas, la consistencia y consideración dada al arte de trovar, la afición de los príncipes, los libros antiguos más generalmente conocidos, las luces que ya brotaban por todas partes y deshacían la caliginosa niebla de tantos siglos bárbaros, la imitación de la Italia, que, más feliz y más pronta, se había ilustrado pri-

mero: todo contribuyó poderosamente á la acogida que logró este arte, la primera que se cultiva cuando los pueblos se acercan á su civilización. Así, al echar la vista á los antiguos Cancioneros, donde están recogidas las poesías de esta época, lo primero que se admira es la muchedumbre de autores, y lo segundo su calidad. Juan el Segundo, que se complacía mucho en oir los decires rimados, y á veces también rimaba, introdujo este gusto en su corte, y casi todos los grandes, á imitación suya, ó le protegían ó le cultivaban. Coplas hacía el condestable don Álvaro, coplas el duque de Arjona, coplas el célebre don Enrique de Villena, coplas el marqués de Santillana, coplas, en fin, otros ciento tanto ó más ilustres que ellos.

La forma que se había dado á la versificación era mucho menos imperfecta que la de los siglos anteriores. Prevalecían las coplas de arte mayor y los versos octosílabos sobre la pesadez fastidiosa del alejandrino; las rimas cruzadas herían más agradablemente el oído, y no le aturdían con las groseras martilladas del sonsonete cuadruplicado; y el período poético más despejado y rotundo venía de cuando en cuando al espíritu con las pretensiones de la gracia y la elegancia. Suavizóse un poco el austero semblante que el arte tenía, y dejando los largos poemas, las leyendas de devoción y la serie pesada y fastidiosa de preceptos áridos y secas sentencias, se dedicó á argumentos más proporcionados á sus fuerzas; y la pintura del amor y el tono de la elegía eran lo que más comúnmente se sentía en sus acentos. En fin, la lectura de los escritores latinos, más generalizada ya, les enseñaba unas veces el modo de imitar, otras les proporcionaba alusiones, símiles y exornaciones con que engalanar sus versos.

Entre el crecido número de poetas que entonces florecieron, el que más descuella sobre todos, por el talento, saber y dignidad de sus escritos, es Juan de Mena. Éste elevó en su *Laberinto* el monumento más interesante de nuestra poesía en aquel siglo y con él dejó muy lejos de sí á los otros escritores. El poeta en esta obra se supone con el intento de cantar las vicisitudes de la fortuna, y al tiempo que teme las dificultades de la empresa se le aparece la Providencia, que le introduce en el palacio de aquella divinidad y le sirve de guía y de maestra. Allí primeramente ve la tierra, cuya des-

cripción geográfica hace, y después se descubren las tres grandes ruedas de la fortuna, donde voltean los tiempos pasados, presentes y venideros. Cada rueda se compone de siete círculos, emblemas alegóricos del influjo que los siete plantas tienen en la suerte de los hombres, por las inclinaciones que les dan; y en cada uno hay gentes innumerables que tuvieron la disposición del planeta á quien el círculo pertenece: los castos á la luna, los guerreros á Marte, los sabios á Febo; y así de los demás. La rueda del tiempo presente está en movimiento, las otras dos paradas, y á la de lo futuro cubre un velo de tal modo, que aunque aparecen formas é imágenes de hombres, no deja distinguirlos bien. Concebida la obra bajo este plan, se divide naturalmente en siete órdenes; y el poeta, describiendo lo que ve, ó conversando con la Providencia, pinta todos los personajes importantes de que tiene noticia, cuenta los hechos célebres, asigna sus causas, manifiesta cuanto sabe en historia, mitología y filosofía moral y política, y deduce de cuando en cuando preceptos y máximas excelentes para la conducta de la vida y gobierno de los pueblos. Así, el *Laberinto*, lejos de ser una colección de coplas frívolas é insignificantes, donde á lo más que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos, debe ser mirado como la producción de un hombre docto en toda la extensión que aquel tiempo permitía, y como el depósito de todo lo que se sabía entonces.

Si la invención de este cuadro, que sin duda tiene grandiosidad y filosofía, perteneciese exclusivamente á nuestro poeta, su mérito sería infinitamente mayor, y no se le pudiera negar el don del genio en una parte tan principal. Pero siendo ya conocidas entre nosotros las terribles visiones de Dante y los triunfos de Petrarca, el esfuerzo de espíritu necesario para crear el plan y argumento del *Laberinto* aparece mucho menor, no habiendo hecho Mena más que imitar á estos escritores, variando el sitio de la escena en que coloca su mundo alegórico. Los pensamientos son nobles y grandes, las miras justas y honestas. Se le ve tomar fuerzas de su asunto y apostrofar aquí al Monarca castellano, advirtiéndole que sus leyes no sean telas de araña, y que deben contener igualmente á los grandes que á los pequeños; en otra parte pedirle que reprima el horror que iba introduciéndose en los lares do-

mésticos, de envenenarse los esposos; ya indignarse de la barbarie con que se habían quemado los libros de don Enrique de Villena (1), ya mostrar los estragos y desórdenes de Castilla, como castigo del reposo en que los grandes dejaban á los infieles, por atender solamente á su ambición y á su codicia.

Los pedazos que van al frente de esta colección manifestarán el carácter de su fantasía, de su versificación, de su estilo y su lenguaje. Él se expresa generalmente con más fuerza y energía que gracia y delicadeza; su marcha es desigual, sus versos, á veces valientes y numerosos, decaen otras por falta de cadencia y de medida; su estilo, animado, vivo y natural en partes, de cuando en cuando toca en hinchado ó en trivial; en fin, la lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle y seguir de grado ó fuerza el impulso que le da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones más altas: él suprime sílabas, modifica la frase á su arbitrio, alarga ó acorta las palabras, y cuando en su lengua no halla las voces ó los modos de decir que necesita, acude á buscarlos en el latín, en el francés, en el italiano, en donde puede. Aún no acabado de formar el idioma, prestaba ocasión y oportunidad para estas licencias, que se hubieran convertido en privilegios de la lengua poética si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor y más permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente, puliendo la rudeza de la dicción, haciendo una innovación en los metros y en los asuntos de sus composiciones, no conservaron la noble libertad y las adquisiciones que en favor de la lengua habían hecho sus anteceso-

---

(1) Otra y aun otra vegada yo lloro
Porque Castilla perdió tal tesoro
No conocido delante la gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exequias te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego,
Y otros sin orden no bien repartidos:
Cierto en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,
Con cerimonia mayor se quemaron
Cuando al Senado le fueron leídos.

res. Si en esto los hubieran seguido, el lenguaje castellano, y sobre todo el lenguaje poético, tan numeroso, tan vario, tan majestuoso y elegante, no envidiaría flexibilidad y riqueza á otro ninguno.

El *Laberinto* ha tenido la suerte de todas las obras que, saliendo de la esfera común, forman época en un arte. Se ha impreso y reimpreso diferentes veces, muchos le han imitado, y algunos críticos respetables le comentaron, entre ellos el Brocense. Así ha pasado hasta nosotros, si no leído en su totalidad con placer, por la rudeza del lenguaje y monotonía de la versificación, por lo menos registrado con gusto, citado con oportunidad y mentado siempre con estimación. Mayor respeto se hubiera conciliado si el autor, al proponerse escribir sobre las cosas de su tiempo, se manifestase más ajeno y distante de las maquinaciones y partidos que entonces había en Castilla. Este era el medio de verlas mejor y de juzgarlas con más independencia. Juan de Mena á la verdad no era continuo en la corte; pero el cronista del Rey, el amigo de don Álvaro de Luna, el corresponsal de los principales señores, no podía llenar debidamente la obligación que había tomado sobre sí. El poema que hoy hacía debía verse mañana por el Condestable, por el Almirante, por el marqués de Santillana, ó por cualquiera de los demás ricos-hombres, todos aficionados á la poesía, pero más opuestos todavía entre sí en gustos, intereses y pasiones. ¿Cómo era posible explicarse con entereza y verdad? (1) Así es que su vigoroso espíritu, no empleando más que la mitad de su fuerza, se quedó muy lejos de la dignidad y altura á que de otro modo pudiera fácilmente elevarse.

Los otros poetas más distiguidos de este siglo fueron el marqués de Santillana, uno de los caballeros más generosos y valientes que hubo en él, hombre docto y poeta fácil y dulce en los amores, cuerdo y grave en las sentencias; Jorge Manrique, que floreció después, y que en sus coplas á la muerte de su padre, dejó el trozo de poesía más regular y puramente escrito de aquel tiempo; Garci Sánchez de Badajoz, que escribió coplas con mucho calor y

---

(1) El mismo da á entender en su obra la circunspección y reserva á que se veía obligado. Véase la *Orden de Mercurio*, copla 92, y la epístola 20 del *Centon epistolario* del bachiller Cibdad Real.

agudeza; en fin, Macías, anterior á todos, autor de solas cuatro canciones, pero que no será olvidado jamás, por sus amores y muerte deplorable (1).

Se engañaría cualquiera que buscase en los Cancioneros antiguos una poesía constantemente animada, interesante y agradable. Después de haber

(1) Macías era gentilhombre del maestre don Enrique de Villena. Entre las damas que servían á este señor, había una de quien se prendó el poeta, y de cuyo amor no pudieron arrancarle ni el verla casada con otro, ni las reprensiones del Maestre, ni, en fin, la prisión en que éste le mandó custodiar. El esposo, lleno de celos, se concertó con el alcaide de la torre en que estaba su rival, y halló modo de arrojarle por una ventana la lanza que llevaba y atravesarle con ella. Cantaba entonces Macías una de las canciones que había hecho á su dama, y así, espiró con el nombre de ella y del amor en los labios. Las dos calidades de trovador y de amante, unidas en él le hicieron un objeto solemne y casi religioso entre los poetas del tiempo. Los más de ellos le celebraron, y su nombre, á que se unió el dictado de *enamorado,* quedó como proverbial para designar la fineza de los amantes. No disgustará á los lectores ver aquí las coplas que Mena le destinó en el *Laberinto.*

Tanto anduvimos el cerco mirando
Á que nos hallamos con nuestro Macías,
Y vimos que estaba llorando los días
En que de su vida tomó fin amando:
Llegué mas acerca, turbado yo, cuando
Ni ser un tal hombre de nuestra nación
Y vi que decia tal triste cancion,
En elegíaco verso cantando:
«Amores me dieron corona de amores
Para que mi nombre por más bocas ande,
Entonces no era mi mal menos grande
Cuando me daban placer sus dolores:
Vencen el seso sus dulces errores,
Mas no duran siempre según luego aplacen,
Y pues me hicieron del mal que vos hacen,
Sabed al amor desamar, amadores.
»Huid un peligro tan apasionado,
Sabed ser alegres, dejad de ser tristes,
Sabed deservir á quien tanto servistes,
Á otro que á amores dad vuestro cuidado;
Los cuales si fuesen por un igual grado
Sus pocos placeres según su dolor,
No se quejara ningún amador

visto tal cual composición en que la indulgencia con que se lee suple á las vece- por el mérito que le falta, el libro se cae de las manos y no se vuelve á coger con facilidad. Es cierto que frecuentemente se encuentra un pensamiento ingenioso, una imagen oportuna y una copla bien construída; pero allí mismo se tropieza con puerilidades, bajezas, trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la dureza de la lengua, con la pesadez de la versificación; y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresión ni con la bella armonía. Conocían y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demás poetas antiguos, pero si á veces se servían de ellos con oportunidad, más frecuentemente abusaban de su lectura para alusiones incoherentes ó absurdas, y para hacer ostentación de pueril é impertinente pedantería (1).

Ni desesperara ningún desamado.
»Bien como cuando algún malhechor
Al tiempo que hacen de otro justicia,
Temor de la pena le pone cobdicia
De allí en adelante vivir ya mejor;
Mas desque pasado por aquel temor,
Vuelve á sus vicios como de primero,
Así me volvieron á do desespero
Amores que quieren que muera amador.»

(1) Esta canción de Santillana, no desprovista enteramente ni del afecto ni de gracia, puede ser ejemplo de cómo estos escritores se aprovechaban de la erudición.

Antes e rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto,
E pavoroso Metelo;
Que yo jamás olvidase
Tu virtud,
Vida mia y mi salud,
Nin te dejase.
El César afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Priámides armado;

No acertaban á imitar de ellos la sencillez de sus planes y el admirable artificio con que en sus composiciones sabían desenvolver y vigorizar su pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por

---

Antes que yo te dejara,
Idola mia,
Ni la tu filosomía
Olvidara.
Sinón se tornara mudo
E Tarcides virtuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo;
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura,
Cuya so.
Etiopía tornará
Húmeda, fria ó nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío.
Nin pudiese.
Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento,
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;
Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suyo
Otra alguna.
Ca tu eres caramida,
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad non fingida.
Pero non es maravilla,
Ca tú eres
Espejo de las mujeres
De Castilla.

último, los versos aunque más tolerables que los del tiempo antiguo, tenían el gran inconveniente de la monotonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevación y grandeza que deben tener los períodos poéticos, según las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.



ARTÍCULO III

DESDE GARCILASO HASTA LOS ARGENSOLAS

Se atribuye generalmente á Juan Boscan la introducción en nuestra poesía de los endecasílabos y artificio de la versificación italiana. Andrés Navagero, embajador de Venecia en España, aconsejó á Boscan esta novedad, que, empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante al arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el *Conde Lucanor*, escrito en el siglo XIV; y el marqués de Santillana en el XV compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habían tenido consecuencia; y sólo al tiempo de Boscan fué cuando se dedicaron generalmente á esta clase de versificación. Y si bien yo creo que más influjo tuvo en esto la relación íntima que yo por aquel tiempo había entre las dos naciones, que la autoridad de un poeta mediano como Boscan, todavía, sin embargo, es muy glorioso para él haber sido autor de tan felíz revolución, y contribuír con su ejemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificación antigua, levantaron al instante el grito contra la innovación, y trataron á sus fautores como reos de lesa poesía y alevosos á la patria. Al frente de ellos Cristobal de Castillejo, en las sátiras que escribía contra los *Petrarquistas* (que así se llamaban), comparaba esta novedad á las que Lutero introducía entonces en la fe; y haciendo comparecer en el otro mundo á Boscan y á Garcilaso ante el

tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trovadores del tiempo anterior, ponía en su boca el juicio y condenación de las nuevas rimas. A este fin supone que Boscan dice un soneto y Garcilaso una octava delante de sus jueces y luego añade:

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova pulida,
Contentamiento mostró.
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida.
Y dijo: según la prueba
Once sílabas por pié,
No hallo causa porqué
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo también las usé.
Don Jorge dijo: no veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro deseo
De copias que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova á la verdad
Por el contrario denota
Obscura prolijidad...
Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores:
Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores.
Muy melancólicas son
Estas trovas á mi ver,
Enfadosas de leer,
Tardías de relación,
Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entonces algún sentimiento, fuera en el de no hallar establecida ya la versificación nueva cuando escribieron; el genio fogoso y atrevido del uno, el grave y sesudo del

otro, habrían hallado para la expresión de sus pensamientos y pinturas un instrumento á propósito en el endecasílabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor, reducidas á sus elementos, eran una combinación continua y cansada de versos de seis sílabas; que los octosílabos aconsonantados servían más para el epigrama y el madrigal que para la grande poesía; y que las coplas de pie quebrado, esencialmente opuestas á toda armonía y á todo placer no debían sostenerse. Esto no lo podía conocer Castillejo: escribía sí la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza; pero el numen, la invención, las imágenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor de los afectos, la variedad, la armonía; todas estas dotes, sin las cuales, ó á lo menos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así, no es de extrañar que, encastillado en sus coplas, suficientes para la expresión de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenía nuestra poesía de la versificación nueva para salir de su infancia. Ésta tenía más libertad y soltura, daba más libertad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba la infinita variedad de formas que tiene la imitación la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocación de los verso largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sistema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron; pero para ello era preciso tener la cualidad de poeta, y Castillejo, rigorosamente hablando, no la tenía.

Esta circunstancia era par la disputa mucho más necesaria de lo que parece, pues aunque no hubiese la grande diferencia que existía entre unos y otros metros, siempre llevaría la palma aquel partido que pusiese en su favor mejores versos y composiciones más agradables. En tal posición el solo talento de Garcilaso debía anonadar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable! Un joven que muere á la edad de treinta y tres años, entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento, auxiliado de su aplicación y buen gusto, saca de repente á nuestra poesía de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los más célebres modernos que entonces se conocían; y rivalizando á veces con ellos, la

engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguaje puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, más delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imágenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegía. Tenía una fantasía viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos y de la comunicación con los italianos, produjo aquellas composiciones que, aunque tan pocas, se conciliaron al instante una estimación y un respeto que los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Desearan algunos que se hubiese entregado más á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos, no se dejase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sugería, por las imágenes y afectos ajenos; que ya en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último, quisieran que la disposición de sus églogas tuviese más unidad, y hubiese más conexión entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos no pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesias contienen, y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. Garcilaso es el primero que dió á nuestra poesía alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban más talento y más fuerza, sin comparación alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

A las prendas sobresalientes que tiene como poeta se añade la de ser el escritor castellano que manejó en aquel tiempo la lengua con más propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporáneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido; el lenguaje de Garcilaso al contrario, si se exceptuan algunos italianismos que su continuo trato con aquella nación le hizo contraer, está vivo y floreciente aún, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy día.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre sólo excitaron la admi-

ración de su siglo, que le dió al instante el título de príncipe de los poetas castellanos: los extranjeros le llaman el Petrarca español; tres escritores célebres le han ilustrado y comentado, entre ellos Fernando de Herrera; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poéticas le han respetado. Sus bellos pasajes corren de boca en boca por todos los que gustan de pensamientos tiernos y de imágenes apacibles; y si no es el más grande poeta castellano, es el más clásico á lo menos, el que se ha conciliado más aplauso y más votos, aquel cuya reputación se ha mantenido más intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesía castellana.

El impulso dado por Garcilaso fué seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron don Hernando de Acuña, Gutierre de Cetina, don Luis de Haro, don Diego de Mendoza y otros pocos; pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algún progreso, es preciso buscarle en fray Luis de León. Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudición, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fué uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió más, por el nervio y propiedad con que la escribía, y el que dió á nuestra poesía un carácter no conocido hasta él. Las canciones y sonetos de Garcilaso estaban escritos en el tono elegíaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flor de Gnido* era la composición en que se acercó más al carácter de la poesía lírica antigua. Luis de León, lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una dicción natural y sin aparato, supo manifestar elevación, fuerza y majestad. Su profesión y su genio le inclinaban más al género lírico moral que al heróico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido hacer en este último; pero en aquel dejó unas cuantas odas excelentes, que se acercan mucho si no igualan, á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su carácter en ellas es el de producir pensamientos majestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningún esfuerzo, y con la mayor sencillez. La dicción y el estilo son animados, puros y abundantes, como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la

versificación: aunque dulce; flúido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. Á este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictamen, que es el de que nadie tiene menos poesía cuando el calor le abandona: lánguido entonces y prosáico, ni toca ni mueve ni enajena, y sólo le queda el mérito de su dicción y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun cuando no tengan vida ni color.

Á este mismo tiempo pertenecen en mi opinión las poesías de Francisco de la Torre, publicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entonees que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros días un hombre de mucho mérito (don Luis Velázquez) las reimprimió con un discurso al frente, en que aseguró era una producción de Quevedo, el cual había querido publicar con nombre ajeno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias de tal Francisco de la Torre; el ejemplar de Lope de Vega que había publicado, con el nombre de Burguillos, poesías conocidamente suyas; la semejanza de estilo que creía ver Velázquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones menos importantes, fueron los fundamentos de esta opinión, que por entonces se siguió sin contradicción alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que, además de no afianzarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se examinan la naturaleza y carácter de aquellas poesías. El que no sepa distinguir los versos de Quevedo de los de Garcilaso ú otro poeta cualquiera de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á Francisco de la Torre. No son bastante prueba de semejanza unos cuantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesías de Francisco de la Torre pueden ser ó no de Quevedo, es preciso, después de leer las primeras, buscar en la *Erato* ó *Euterpe* del segundo las poesías que allí se dan por pastoriles; entonces es cuando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la dicción, ya el estilo, ya los versos, ya las imágenes, ya la composición, ya el todo. No es posible equivocarlos, como no es posible equivocar jamás á las muje-

res que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo.

Con efecto, estas poesías de Francisco de la Torre son de los frutos más exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y guardan la propiedad más rigurosa con él. Sus dotes más eminentes son la sencillez de la expresión, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y la amenidad risueña de la fantasía. Ningún poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórtola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caída le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos, en que estas poesías abundan, están refundidas tan naturalmente en su carácter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguaje no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales prosaicas. Á veces también la locución se manifiesta obscura por dislocaciones ú omisiones de expresión, acaso hijas del descuido y corrupción de los manuscritos. Por último, se echa de menos en sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposición y contraste entre las situaciones de los interlocutores; el poeta que pinta y siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierta á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la poesía conservaba las galas naturales y sencillas que había tomado de Garcilaso; y si bien Luis de León le dió alguna elevación y grandeza, se inclinaba más á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenía ornamentos de gusto, pero sin ostentación ni riqueza, y su lenguaje era más puro y gracioso que majestuoso y brillante. Mantenedores de este carácter natural, modesto y sencillo, fueron Francisco de Figueroa, que en su égloga de *Tirsi* dió el primer ejemplo de buenos versos sueltos castellanos; Jorge de Montemayor, que con su *Diana* introdujo el gusto y la afición á las novelas pastorales; y Gil Polo, uno de sus continuadores que menos feliz que él en la invención le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á obscurecerle. Pero pasando de

estos escritores á los andaluces (1), ya se ve al arte mudar de gusto, tomar un tono más elevado y vehemente, enriquecer y engalar la dicción, y manifestar la intención de sorprender y arrebatar; en suma, aspirar al *mens divinior atque os magna sonaturum,* por donde Horacio caracteriza la verdadera poesía.

Al frente de estos autores debe, sin disputa, nombrarse á Fernando de Herrera, hombre á quien la elocución poética debe más que á ninguno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó, á imitación de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguaje poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situación de Juan de Mena, y que no tenía facultades para suprimir sílabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte física de la lengua estaba ya fijada por Garcilaso y sus imitadores, y no podía sufrir alteración. Pero la parte pintoresca podía recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya había, introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura por la oportunidad con que los aplicó, y usó, en fin, de más frases y modos de decir separados de la lengua usual y común que ningún otro poeta. Á este esmero añadió otro no menos esencial, que fué el cuidado de pintar al oído, por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imagen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspereza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren flúidos y fáciles, otras penetran el oído con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de Herrera en el mecanismo de su lenguaje, los hacen distinguir de la prosa en tal manera, que, descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que más conservan el carácter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á Herrera en fuerza y osadía de imaginación, muy pocos

---

(1) Luis de León, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca, y por consiguiente, no contradice á esta observación general.

en el calor y vivacidad de las afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesías se reducen á elegías, canciones y sonetos en el gusto de Petrarca. Fué este poeta el primero que, separándose del modo con que los antiguos habían pintado al amor, dió á esta pasión un tono más ideal y más sublime. Él la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religión, y redujo su actividad á estar continuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. Herrera, apasionado toda su vida por la condesa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de Luz, de Sol, de Estrella y de Eliodora le consagró una pasión fogosa, tierna y constante, pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podía alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay más adoraciones, más enajenación de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafísica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. Á este mal, que de cuando en cuando se deja notar en Herrera, se añade que su dicción, demasiado estudiada y esmerada, peca casi siempre por afectación, y no pocas veces por obscuridad. El estilo y lenguaje del amor quieren ir más descargados y ligeros para ser graciosos y delicados. Así Herrera, que sin duda amaba con vehemencia y con ternura, parece, al decir sus sentimientos, más ocupado del modo de expresarlos que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que menos versos amorosos ha hecho propios para andar en bocas de las gentes.

Pero en donde esta dicción rica y poética luce á la par de su imaginación ardiente y vigorosa, es en la oda elevada, donde Herrera, feliz imitador de la poesía griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El poeta, poseído de una exaltación que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros

públicos, al frente de los ejércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El numen que le inspiraba le hacía volar entonces á otras regiones y ver cosas escondidas al común de los hombres. Desde allí, en un lenguaje de fuego y por todas sus circunstancias maravilloso, hacía descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abría las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes, ó llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posición, el poeta lírico no debía parecer un hombre como los demás: su agitación, su lenguaje, los números á que le reducía, la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debía contribuír á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la Divinidad, una sibila, un profeta.

Tal fué en la antigüedad el carácter de la oda, que después las naciones modernas han introducido con más ó menos buen éxito en su poesía. Pero despojada del canto y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas, no ha sido más que un débil reflejo de la inspiración primera. Los grandes poetas modernos han creído que para restituirle el carácter exaltado y divino que tuvo en su origen, era preciso trasplantarla otra vez al país en que nació , y llenarla de las ideas, imágenes y aun frases antiguas. Fué Herrera el primero que la concibió así entre nosotros; Horacio habría adoptado con gusto su canción á don Juan de Austria; el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebráica; y la canción elegíaca al rey don Sebastián, animada del mismo espíritu que el himno, está llena de la melancolía y agitación que debía producir en una imaginación viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su oomposición se hallan vuelos osados y dignos de Píndaro, sobresaliendo siempre aquel esmero en la dicción, aquella poesía de estilo, por la cual jamás podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningún poeta. Servirán de muestra en esta parte los siguientes, sacados de su canción á San Fernando, que no es de las mejores:

Cubrió el sagrado Bétis de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo.

Al citar Lope de Vega estos versos como un modelo de locución poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo, lleno de entusiasmo, exclamaba: «Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera».

Sus paisanos le dieron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. Á pesar de esta gloria y de las alabanzas de Lope, su estilo y sus principios tuvieron pocos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle don Juan de Arguijo en sus sonetos, descargando un poco el estilo del excesivo ornato que tiene en Herrera; pero, quien le mejoró infinitamente más, fué Francisco de Rioja, sevillano también como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años después.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, Rioja hubiera fijado sin duda los verdaderos entre la lengua prosaica y la poética si hubiese escrito más ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese más que una canción, una epístola, trece silvas y unos cuantos sonetos? Más fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha que-

dado es suficiente, sin embargo, á darnos idea de su carácter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y elección de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo, que es siempre culto sin afectación, elegante sin nimiedad, sin hinchazón grandioso, y adornado y rico sin ostentación ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus períodos, los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por prolijos; defecto grande y frecuente en los más de nuestros poetas, cuyas cláusulas, no bien distribuídas, fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo XVI, y del falso oropel de los del siguiente; pero, además de que son rarísimos, debe tenerse que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos: disculpa bastante de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no podrán quitar la primacía que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica canción á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del siglo XVI corresponden otros poetas, célebres entonces, pero de mérito y orden muy inferior á los ya nombrados: Juan de la Cueva, que pertenece más bien á la historia de la comedia, entre cuyos primeros corruptores se le cuenta comúnmente; Luis Barahona de Soto, autor del poema *Las lágrimas de Angélica*, aplaudido mucho en su tiempo, y de nadie leído ahora; Pedro de Padilla, escritor recomendable por la pureza de dicción y fluídez de los versos, pero pobre de imaginación y de calor; y algunos otros que, aunque menos señalados, no dejaron de contribuír á los progresos del arte. Á esta época pertenece Pablo de Céspedes, pintor, escultor y poeta, en cuyas bellas octavas sobre la pintura respira frecuentemente el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio. Pertenece, en fin, á la misma Vicente Espinel, inventor de la quinta en la guitarra y de las décimas en la versificación, que de su nombre se llamaron *Espinelas*. Aunque este poeta carecía de gusto y de doctrina, manejaba la lengua con tanto despejo y pureza, tenía tanto talento y tan buen oído, y sus períodos poéticos son por lo

regular tan sueltos, llenos y sonoros, que no es de extrañar la grande estimación en que sus contemporáneos le tuvieron; y su ejemplo contribuyó poderosamente á dar á los versos más facilidad, más número y abundancia.



ARTÍCULO IV

DE LOS ARGENSOLAS Y OTROS POETAS HASTA GÓNGORA

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los Argensolas en circunspección y en cordura, en facilidad de rimar, y en corrección y propiedad de lenguaje. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decía de ellos que habían venido á Castilla desde Aragón á enseñar la lengua castellana. Su erudición, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande protección que les dispensó el conde de Lémos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que ejercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el título de *Horacios españoles,* y siempre se les reputó como poetas de primer orden, conservando una opinión casi tan intacta como la del mismo Garcilaso.

Sin intentar disminuir la justa estimación que se les debe, ni contender con sus muchos apasionados, yo diría que su fama me parece mucho mayor que su mérito, y que si la lengua les debe mucho, por el esmero y la propiedad con que la escribían, la poesía no tanto, donde su reputación está al parecer más afianzada en los vicios que les faltan que en las virtudes que poseen. En el género lírico son fáciles, cultos, ingeniosos; pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad de fantasía. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesía erótica pide, y si se exceptúa algún otro soneto de Lupercio, no puede citarse en esta parte composición

ninguna de ellos, que merezca llamar la atención y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alejandra,* porque todos convienen, hasta los menos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias más que el nombre y las muertes fríamente atroces con que se terminan. Su carácter sesudo, la índole de su espíritu, más ingenioso y discreto que florido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabían esparcir, tenían más cabida en la poesía satírica y moral, donde realmente han sido más felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la profundidad y valentía, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, aquella facilidad y propiedad de expresión que los constituye proverbiales.

Y el vulgo dice bien que es desatino
El que tiene de vidrio su tejado
Estar apedreando el del vecino.

. . . .

La grave autoridad de la moneda
Del áspero desdén nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda.

. . . .

Los lechos conyugales y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa.
El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro;
En la familia toda infunde sueño.

. . . .

Así tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos
Celos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercibidos.
Culpa á los siervos, con la limpia ira
De los celos legítimos bramando:
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido y obligado, y dando
Satisfacción inútil á su aleve,

La abraza y pide el corazón más blando.
Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces
Que de los ojos bien mandados llueve.
Cuyo llanto, oh marido, cuyas voces,
Te dirá su escritorio si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.
¡Oh santo Dios! ¡Qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar!

. . . .

Y si es de plata ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico,
¡Aplacarte ha la sed más que el de barro!
Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno,
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia.

Estos pasajes, sacados de varias sátiras de Bartolomé, y otros muchos de mérito igual ó superior que pudieran citarse, así de él como de Lupercio, prueban su feliz disposición para esta clase de poesía. Se los ha comparado á Horacio, y sin duda tienen con él más semejanza, sin embargo de la preferencia que Bartolomé daba á Juvenal (1). Pero ¡á cuánta distancia no están de él! La vivacidad, la soltura, la variedad, la concisión, la mezcla exquisita y delicada de censura y de alabanza, el abandono amable y la efusión amistosa que encantan y desesperan en su admirable modelo; todas les faltan y acusan la condescendencia excesiva ó el defecto de gusto con que sus contemporáneos les dieron el título de Horacios. La facilidad de rimar les hacía encadenar tercetos sin fin, en que si no se encuentran ripios de palabras, hay muchos de pensamientos. Esto hace que sus sátiras y epístolas parezcan fre-

(1) Pero cuando á escribir sátiras llegues,
A ningún irritado cartapacio
Sino al del cauto Juvenal te entregues,
Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamás con tanto acierto,
Con permisión de nuestro insigne Horacio.

cuentemente prolijas, y aun á veces cansadas. Horacio, por ejemplo, hubiera aconsejado á Lupercio que abreviase la entrada de su sátira á la Marquesilla, y otros muchos pasajes prolijos que hay en ella; á Bartolomé que suprimiese en la fábula del *Aguila y la Golondrina* la larga enumeración de las aves, inutil é inoportuna para un poeta, superficial y escasa para un naturalista; hubiera, en fin, advertido á uno y otro que los rasgos satíricos, semejatnes á las flechas, deben llevar plumas y volar, para herir con ímpetu y certeza. Es triste, por otra parte, ver que no salgan jamás de aquel tono desabrido y desengañado que una vez toman, sin que la indignación hacia el vicio los exalte, ni la amistad ó admiración les arranque un sentimiento ni un aplauso. Elige uno amigos entre los autores que lee, como entre los hombre que trata: yo confieso que no lo soy de estos poetas, que, á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.

Discípulo del menor Argensola fué Villegas, que si al talento natural hubiera hermanado alguna parte del juicio y sensatez de su maestro, nada dejara que desear en los géneros que cultivó. Él fué el primero que nos dió á conocer la anacreóntica; y si en sus cantinelas y monóstrofes se ofende á veces el gusto con los falsos conceptos, los equívocos y retruécanos que encuentra, más frecuentemente se agrada con la vivacidad, la ligereza y la gracia que la anima, con aquella libertad y travesura tan propias de un muchacho, con aquella cadencia, en fin, y aquel acento que halagan y cautivan el oído y hacen perdonarlo todo. No sucede lo mismo con sus versos mayores: fácil generalmente y numeroso en ellos, rima con desahogo y maestría, y descubre de cuando en cuando un seso y una doctrina muy superiores á sus pocos años. Pero ¿qué son idilios sin sencillez y sin afectos, elegías sin melancolía, ni ternura, odas sin elevación ni entusiasmo? Aun cuando estuviesen libres de estos defectos capitales, siempre perderían mucho de su valor por la continua afectación y pedantería, por las locuciones viciosas, antítesis y falsas flores de que abundan (1).

---

(1) ¿Pues qué diré del ganadero Anquíses?
Mas pregúntalo á Vénus Citerea,

Otra novedad intentó, que pedía, para arraigarse, más fuerzas que las suyas. Probóse á componer sáficos, exámetros y dísticos castellanos; y aunque las muestras que publicó no sean del todo infelices, especialmente en los sáficos, por su analogía con nuestro endecasílabo, no ha tenido después quien le siga en esta empresa. Pide el exámetro una prosodia más determinada y fija que la que tiene nuestra lengua, para contentar el oído, y por lo mismo su imitación, es tanto más difícil, por no decir imposible. Sin duda hubiera ganado el arte en el establicimiento de esta novedad, pero para ello se necesitaba que hubiese estado entonces en sus principios; que la lengua, dócil y flexible, se prestase á la voluntad del poeta, y que éste tuviese un genio colosal que subyugase á los otros, y les hiciese una ley de versificar como él. Era mal tiempo de introducir otros ritmos aquel en que se conocían tan bellos versos endecasílabos de Garcilaso, León y Herrera; y la consistencia y fijación que tenían la lengua y la poesía no las permitían retroceder á su infancia, como era preciso para adiestrarse en el manejo de la versificación latina.

La reputación de este poeta no correspondió entonces á las esperanzas orgullosas de que se alimentaba, cuando publicó su libro. En él insnltó á Cervantes, motejó á Góngora, se burló de Lope de Vega; y creyéndose un astro superior que iba á eclipsar á sus contemporáneos, se representó al frente de sus eróticas como sol naciente que amortigua con sus rayos á las

---

Quién es el hortelano de sus lises
O el pincel en el Ida de su idea:
¿Agrícola de mares no era Ulises?
¿Pues cómo de Calipso gozó dea?

¡Qué ridícula jerigonza! ¿Podrá nadie creer que estos versos son del mismo autor y de la composición misma donde se hallan estos otros?

Vén pues, serrana, ven y no te escondas,
Serás, con ser esposa de este río,
Tétis feliz de las mejores ondas
Que bajan á dar lustre al mar sombrío,
Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvío.

estrellas, llevando el arrogante lema: *Sicut sol matutinus: me surgente, quid istæ?* Aun cuando hubiera reunido en sí los talentos de Horacio, Píndaro y Anacreonte en toda su extensión y pureza, de lo que estaba muy lejos, siempre era imperdonable esta jactancia, que ni aun puede disculparse con sus pocos años. El público es siempre mayor que cualquiera escritor, por grande que sea; y es preciso presentarse delante de él con modestia, á menos de querer pasar ó por loco ó por necio. Villegas, púes irritó impertinentemente á sus iguales, no hizo sensación ninguna en el público, y se atrajo los sarcasmos groseros y mordaces de Góngora, y la reprensión justa y moderada de Lope (1). Sepultado en olvido hasta la aparición del *Parnaso español,* en cuya colección tuvo gran lugar, fué reimpreso por aquel tiempo con un discurso al frente, en que su autor, don Vicente de los Ríos, le atribuyó la primacía de la poesía lírica entre nosotros. Semejante condescendencia, en un hombre de la erudición y gusto exquisito de Ríos, pareció tan extraña como excesiva. Las eróticas á la verdad, consideradas como producción de un joven de veintitres años, son una muestra bien extraordinaria de talento; pero de aquí al lugar preeminente en que las coloca aquel elegante humanista, hay una distancia muy grande. Así es que una crítica más severa y más justa no ha conservado después á Villegas la palma que tan liberalmente le concedió su biógrafo.

Habían cultivado nuestros poetas hasta este tiempo casi todas las especies de versificación italiana. La octava numerosa y rotunda, el terceto exac-

---

(1) Anacreonte español, no hay quien os tope
Que no diga con mucha cortesía
Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras suavidades son de arrope...
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.

(GÓNGORA.)

Aunque dijo que todos se escondiesen,
Cuando los rayos de su ingenio viesen.

(LOPE.)

to y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, la canción en sus infinitas combinaciones, el verso suelto, aunque por lo común pésimamente manejado (1), eran los instrumentos de sus composiciones todas, las cuales venían á ser reflejos más ó menos luminosos de la poesía antigua y la toscana. Algunas coplas y trovas se hacían, bien que poquísimas, en que duraba el gusto anterior á Garcilaso; pero cuando el uso del asonante se generalizó en el último tercio del mismo siglo XVI, el gusto y afición á los romances se generalizó también, y con ellos se continuó y como que vino á perpetuarse la antigua poesía castellana (2).

Desnudos verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitación en los otros géneros, cuidándose poco sus autores de que se pareciesen á odas de Horacio ó á canciones de Petrarca, y componiéndose más bien por instinto que por arte, los romances no podían tener el aparato y la elevación de las odas de León, Herrera y Rioja. Pero ellos eran propiamente nuestra poesía lírica, en ellos empleaba la música sus acentos, ellos eran los que se oían por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela; servían de vehículo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban felizmente las costumbres moriscas y las pastoriles, y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin, más flexibles que los otros géneros, se plegaban á toda clase de asuntos, se valían de un lenguaje rico y natural, se vestían de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un carácter original que procede sin violencia y sin estudio.

Hay en ellos más expresiones bellas y enérgicas, más rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demás de nuestra poesía. Los *romances* moriscos principalmente están escritos con un vigor y una lozanía de estilo que en-

---

(1) La égloga de *Tirsi*, de Figueroa, y la traducción del *Aminta* por Jáuregui, son las únicas excepciones de esta decisión general, y los únicos ejemplares que pueden citarse, entre nuestros antiguos poetas, de versos sueltos bien construídos.

(2) Este juicio de nuestros romances ha sido publicado ya por el colector en otro opúsculo suyo, así como el de Quevedo, que sigue mas adelante, aunque con alguna alteración.

cantan. Aquellas costumbres en que se unían tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros y tan tiernos, aquel país tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonorosos y tan dulces: todo contribuye á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintan. Los poetas después se cansaron de disfrazar las galanterías con el traje morisco, y se acogieron al pastoril. Entonces á los desafíos, cabalgatas y divisas, sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que con esta mudanza perdieron en vigor los romances, lo ganaron en amenidad y sencillez

La invención en unos y en otros es bellísima, y admira ver con cuán poco esfuerzo y con qué brevedad describen el sitio, el personaje y los sentimientos que le agitan. Aquí es el alcaide de Molina, que entra alarmando á los moros contra los cristianos que les talan los campos; allá es el malogrado Aliatar, que en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que el día anterior le vió salir lleno de lozanía; ya es una simplecilla que, habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se aflige pensando en las reconvenciones que la esperan; ó bien en un pastor que, solo y desdeñado, se ofende de ver que dos tórtolas se besen en un álamo, y las espanta á pedradas.

Los defectos de estas composiciones nacen de la misma fuente que sus buenas prendas, ó por mejor decir, son el exceso ó el abuso de ellas mismas. Su facilidad y soltura se convierten muchas veces en abandono y desaliño; su ingeniosidad en afectación; los equívocos, los conceptos, las falsas flores se introdujeron en ellos con tanta mayor libertad cuanto más ayudaban tales juguetes á la galantería, que las tenía por discreciones, y porque parecían más disimulables en unas obras que se hacían como jugando. No pueden determinarse fijamente los autores principales de esta poesía; pero la buena época de los romances es aquella en que Lope de Vega, Liaño y otros mil desconocidos aún, no se habían acabado de corromper con el pésimo gusto que después lo ahogó todo; comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina en el príncipe de Esquilache, que fué el único que después de ellos acertó á dar á los romances el colorido, la gracia y ligereza que antes tuvieron. Pero si este gusto, por una parte, contribuyó á popularizar la poe-

sía y darle mayor amenidad y soltura, y á sacarla de los límites de la imitación, á que los anteriores poetas la habían reducido, influyó también para descorregirla y desaliñarla, convidando á este abandono la misma facilidad de su composición. Así es que los poetas que florecieron á fines del siglo XVI y principios del siguiente, más numerosos, más fáciles, más amenos, y sobre todo, más originales que los anteriores, serán al mismo tiempo más descuidados, y tendrán menos artificio, menos esmero y menos pureza y corrección en su dicción y en su estilo.

Vivían en este tiempo los tres poetas que más amenidad, más abundancia y facilidad han poseído. El primero es Valbuena, nacido en la Mancha, educado en Méjico, y autor del *Siglo de oro* y del *Bernardo*. Nadie desde Garcilaso ha dominado como él la lengua, la versificación y la rima, y nadie, al mismo tiempo es más desaliñado y desigual. Su poema, semejante al Nuevo Mundo, donde el autor vivía, es un país inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas más sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la expresión, por el gran talento de describir, en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadía y profundidad de la sentencia, más frecuentemente ofende por su prodigalidad importuna y por su inconcebible descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extensión excesiva, siendo moralmente imposible dar á una obra de cinco mil octavas, la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composición que el poema, y gozan en la estimación pública el lugar más próximo á las de Garcilaso. Sin duda la merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y frescura de las imágenes y la sencillez de la invención. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos, si hubiera tenido un cuidado más constante con la elegancia en la dicción y con la belleza en los incidentes; si pusiera, en fin, más variedad en la versificación, reducida casi enteramente á tercetos, no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacía.

El segundo de estos poetas es Jáuregui, célebre por su traducción del *Aminta,* poeta florido, versificador elegante y numeroso. Este escritor es el que con más facilidad y cultura ha expresado sus pensamientos en verso; pero tenía poco nervio y espíritu, y era también escaso en la invención. Su gusto en sus primeros tiempos fué muy puro, como sus rimas lo manifiestan; mas después de haber sido uno de los más acérrimos impugnadores del culteranismo, se dejó al fin arrastrar de la corriente, y en su traducción de la *Farsalia* y en su *Orfeo* se abandonó á todas las extravagancias de que antes se burlaba.

Pero el hombre que recibió de la naturaleza más dones de poeta, y el que abusó más de ellos, fué sin duda Lope de Vega. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que quería, flexibilidad de fantasía y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una afluencia que jamás conocía estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una lectura, sino acendrada, por lo menos grande, aplicación infatigable, que aumentaba la facilidad que naturalmente tenía. Con estas armas se presentó en la arena, no conociendo en su ambiciosa osadía ni límites al freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya, todo lo recorrió, todos los géneros cultivó y en todos dejó señales de desolación y talento.

Avasalló el teatro, llamó á sí la atención universal; los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobación para todo: las gentes le seguían en las calles, los extranjeros le buscaban como un objeto extraordinario, los monarcas paraban su atención á contemplarle. Hubo críticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniaban; ejemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad, puesto que ni la amable cortesanía del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros, pudieron desarmar á sus detractores ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenía en sus manos, ni la conside-

ración que tantos y tan célebres trabajos le habían adquirido. Su muerte fué un luto público, su entierro una concurrencia universal; hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas; y viviendo y muriendo siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, admirado como un portento y aclamado *fénix de los ingenios.*

¿Qué queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos que entonces fatigaron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra más estudiada y querida, su *Jerusalen* (1), ès un compuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavía más deplorable el abuso de su talento; que de tantos centenares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin, que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto, no puede menos de exclamarse: «¿Dónde están, pues, los cimientos de aquel edificio de gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivía, y que asombra y da envidia á la imaginación que los contempla desde lejos?»

(1) Mientras que llega el fiador que obligo
De la *Jerusalen,* de aquel poema
Que escribo, imito, y con rigor castigo.

Así escribia Lope á su amigo Gaspar de Barrionuevo poco antes de publicar la *Jerusalen*. Dudoso se hace el rigor de semejante castigo al ver el carácter de facilidad que presenta aquel poema, y los muchos defectos que hay en su ejecución. Sin embargo, Lope variaba y enmendaba mucho sus versos al tiempo de escribirlos. He visto un libro manuscrito de borradores suyos que contienen diferentes poesías líricas y pastoriles, donde asombra el sinnúmero de enmiendas, correcciones y variaciones que hay en cada período, en cada verso; tanto, que apenas pueden descifrarse y entenderse. Un soneto al papa Urbano VIII, que empieza: *Con dulce amor, con religioso culto,* ocupa dos hojas y media de escritura en cuarto, en que apenas se pueden sacar seis versos en limpio, y el soneto queda por concluir. ¿Qué serían, pues, los borradores de otras obras más importantes, el de la *Jerusalen*, por ejemplo, que tanto castigaba su autor? El hecho es curioso, y más tratándose de Lope de Vega; porque cuando se considera la voluminosa colección de sus obras poéticas, no se acierta á concebir tan prodigiosa fecundidad con tan grande indecisión al componerlas.

El manuscrito á que se refiere esta nota existe en la selecta librería de mi caro amigo el señor don Agustín Durán.

No era posible que tuviesen otro resultado de trabajos hechos con tal precipitación, con semejante olvido de todos los buenos principios y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparación, sin estudio ni atención á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él había acostumbrado al público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma priesa y el mismo abandono á todos sus demás escritos (1). Así es que, á excepción de algunas poesías cortas, en que la buena inspiración del momento podía aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invención, de composición y de estilo. ¡Facilidad fatal, que corrompió en él todo cuanto bueno había! Ella le hizo deslucir la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia, y aun la fuerza, de que también estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas, pedantescas é importunas, á explicaciones frías y prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible, en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su dicción y sus versos.

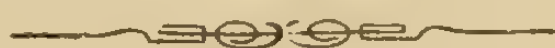
Era, pues, bárbaro, se dirá, el siglo que consentía tales extravíos y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro, aunque sí condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desorden, pero no podían contrastar al aura popular que la clase de trabajos de Lope se llevaba consigo, y que en algún modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su ex-

---

(1) Si no me embarazara el libre cuello
De la necesidad el fiero yugo,
Por lo que al cielo plugo,
Yo viera en mi cabello
Algún honor que á la virtud se debe,
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicité la risa,
Siempre ocupado en fábulas de amores:
Así grandes pintores
Manchan la tabla aprisa.

(LOPE, *égloga á Claudio.)*

presión, inteligible casi siempre al menos docto; el lenguaje de la galantería fina y culta, que él inventó y puso en uso en las comedias; el decoro y aparato con que autorizó la escena (1), los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta, el papel sobresaliente y brillante que las mujeres hacen generalmente en sus obras; en fin, su imperio absoluto en el teatro, donde los aplausos tienen más solemnidad y energía: todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el cual no era injusto en admirar más á quien más placer le daba (2).



ARTÍCULO V

DE GÓNGORA Y QUEVEDO, Y SUS IMITADORES

Para dar á la poesía castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueron suficientes Horacio y Virgilio con la grandeza de su ingenio,

---

(1) Pintar las iras del amado Aquiles,
Guardar á los palacios el decoro,
Iluminados de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, en sentencioso viejo,
¿A quién se debe, Claudio?

(2) Muerto él, Calderón, Moreto y otros, que en vida suya se hubieran contentado con el título de discípulos suyos, le oscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fué siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observación más atenta de los buenos principios y de los grandes modelos; hasta que últimamente algunas de sus comedias, representadas con aplauso y concurrencia general, han vuelto á restablecer su reputación vacilante. En francés se ha hecho en estos últimos años una buena traducción de algunas poesías suyas, por el señor marqués de Aguilar, y en Inglaterra un hombre tan respetable por su dignidad y carácter como por su erudición, filosofía y buen gusto (milor Holland), ha publicado una disertación excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto bien extraña, y que prueba á lo menos que, aun cuando Lope sea un escritor muy imperfecto, está, sin embargo, muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras.

la perfección de su gusto y la alta protección que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa: los dos de gran talento, pero de un gusto depravado y de diferentes estudios. Sus vicios, que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y produjeron consecuencias más fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

El primero fué don Luis de Góngora, padre y fundador de la secta llamada de los cultos. Todos saben que después de un siglo de adoraciones que logró en los secuaces de su estilo, Luzan y los demás humanistas que restablecieron el buen gusto se aplicaron á destruir la secta, desacreditando á su fundador; y para ellos Góngora y poeta detestable todo fué uno. Mas esto era injusto, y deben distinguirse siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano, del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir y de imitar á nadie; su imaginación, en extremo fogosa y viva, no veía las cosas de un modo común; y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparación con la bizarría, si así puede decirse, de su expresión y su estilo. ¿En cuál de ellos se encuentran períodos poéticos que en riqueza de lenguaje, en lozanía y en número puedan competir con los siguientes?

> Rey de los otros ríos caudaloso,
> Que en fama claro, en agua cristalino,
> Tosca guirnalda de robusto pino
> Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.
>
> . . . .
>
> Raya, dorado sol, orna y colora
> Del alto monte la dorada cumbre,
> Sigue con apacible mansedumbre
> El rojo paso de la blanca aurora;
> Suelta las riendas á Fabonio y Flora...

¿En cuál imágenes más delicadas, más oportunas y más naturalmente expresadas que éstas?

> La dulce boca que á gustar convida...
> Amantes, no toquéis, si queréis vida,

Que entre el un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

. . . .

Dormid; que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.

. . . .

Ondeábale el viento que corría
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del día.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella canción en que, presentando unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habían dado las abejas que las guardaban. Si de la poesía italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, Góngora es el rey de este género, que de nadie ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesía. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos ejemplos tan comunes, que no dejan para demostrarlo otro trabajo que el de escoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de *Angélica y Medoro:*

Todo es gala el africano:
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Vénus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin orden:
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge...
Todo sirve á los amantes;
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,

La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores;
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol
Ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresco sin letra,
No hay blanco chopo sin mote,
Si un valle «Angélica» suena,
Otro «Angélica» responde.

¿Cómo un hombre que poseía esta fuerza y esta abundancia pudo después abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguaje de la poesía se enervaba, y reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujeción, y la facilidad por abandono, aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía, y dióse á inventar un nuevo dialecto que remontase el arte, de la llaneza rastrera á que, según él, estaba reducido. Este dialecto se había de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicación, por la extrañeza y la dislocación de la frase, por la osadía y abundancia de las figuras; y no sólo compuso en él sus *Soledades* y su *Polifemo*, sino que afeó del mismo modo casi todos sus sonetos y canciones, salpicando también con él bastantes pasajes de sus romances y letrillas.

Si Góngora, á las excelentes disposiciones que tenía, hubiese juntado la instrucción y el buen gusto que le faltaban; si hubiera hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su carácter, su caudal y su armonía, tal vez consiguiera lo que deseaba, y tendría la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos: dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios, en una jerigonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza, y que al paso fué seguida de una muchedumbre de ignorantes, fué reprobada de cuantos conservaban todavía un poco de juicio y sensatez.

«Quiso, dice Lope de Vega, enriquecer el arte y aun la lengua con tales

exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas... Bien consiguió lo que intentó, á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo... Á muchos ha llevado la novedad hacia este género de poesía, y no se han engañado, pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo día, porque con aquellas trasposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas, se hallan levantados adonde ellos mismos no se conocen ni sé si se entienden. Lipsio escribió aquel nuevo latín, de que dicen los que le saben que se han reído Cicerón y Quintiliano en el otro mundo... Todo el fundamento de este edificio es el trasponer, y lo que le hace más duro es el apartar tanto los sustantivos de los adjuntos donde es imposible el paréntesis... Esto es una composición llena de tropos y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio, ó de los vientos de los mapas... Las voces sonoras, las figuras esmaltan la oración; pues si el esmalte cubriese todo el oro, no sería gracia de la joya, sino fealdad notable». Y en otra parte dice: Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeites lo que falta de facciones, y enflaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuervó: cosa que ha destruído gran parte de los ingenios de España, con tan lastimoso ejemplo, que poeta insigne que, escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia fué leído con general aplauso, después que se pasó al culteranismo lo perdió todo.»

No contento con estas demostraciones de severidad, este hombre apacible, que apenas conocía la malignidad ni la hiel, creyó que debía perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesías burlescas de Burguillos, en el *Laurel de Apolo*, y en otras mil partes burló y maldijo semejante poesía, que él caracterizaba de invención odiosa para hacer bárbara la lengua. Auxiliáronle en esta guerra Jáuregui, Quevedo y algún otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio, pues aunque no se les pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componían el dialecto, como fueron las trasposiciones violentas, las hipérboles extravagantes y las figuras incoherentes. Góngora entre tanto, que no había conocido jamás ni sujeción ni

freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dicterios groseros que su mordacidad le sujería, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. Á esto se añadió la recomendación que daban á su partido el célebre predicador fray Hortensio Paravicino, por el influjo grande que tenía con los teólogos y oradores sagrados, y el malogrado conde de Villamediana, por el favor secreto y poderoso con que se le suponía en palacio. Los dos imitaron á Góngora y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguaje hasta mediados del siglo pasado, en que Luzan y los demás buenos críticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos, vinieron los conceptistas, los equivoquistas y los friamente sentenciosos, entre quienes descuella don Francisco de Quevedo, así por su mérito como por su influjo en el nacimiento y progresos de estas sectas diversas. Quevedo para algunos es el padre de la risa, el tesoro de los chistes, la fuente de las sales, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros, al contrario, es un hombre ominoso á la belleza y decoro del ingenio: «su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que, antes nobles y decentes, son ya por culpa suya bajos é indecorosos; y si alguna vez divierte, es por la extravagancia original de sus delirios.» Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el carácter de este escritor, se ve cuánto fundamento tienen unos y otros para sus críticas y sus aplausos. Quevedo era extremado: de la misma manera que nadie en lo serio ostenta una gravedad tan seca y una moral tan austera, nadie en lo jocoso muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La elección de sus asuntos se resiente también de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, terceras, maridos fáciles, rufianes, y mujercillas componen generalmente el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces los zahiere maestramente. Teólogo y estóico por otra parte, traduce á Epitecto, comenta á Séneca, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafísica: trabajos perdidos, que en

su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudición inmensa.

De esta contradicción nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo, en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocoso, es siempre cortado, sin trabazón ninguna, sin progresión, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageración y á la hipérbole. Su imaginación era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada; y el genio poético que le anima centellea y no inflama, sorprende y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevación sostenida. La manía, ó más bien la rabia, de expresar las cosas con novedad, le hará llamar «ley de arena» á la orilla del mar, al amor «guerra civil de los nacidos», «rústico libro escrito en esmeralda» á los troncos donde están grabadas las cifras de los amantes. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un jaque, para denotar cuán sentida ha sido su desgracia, dirá que le han llorado soga á soga, y no hilo á hilo; dirá que ha tenido más «grillos que el verano, más guardas que el monumento, más registros que el misal». Yo bien sé que Quevedo se divierte frecuentemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con más felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semejante prodigalidad, en vez de agradar, causan fastidio.

La misma incorrección y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los cuales se ven mezclados unos con otros sin economía, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusión mejor que descripción ninguna:

Falleció César fortunado y fuerte.
Ignoran la piedad y el escarmiento
Señas de su glorioso monumento;
Porque también para el sepulcro hay muerte.
Muere la vida, y de la misma suerte
Muere el entierro rico y opulento,
La hora con oculto movimiento

Acalla el grito que la fama vierte.
Devanan sol y luna noche y día
Del mundo la robusta vida; ¿y lloras
Las advertencias que la edad te envía?
Risueña enfermedad son las auroras,
Lima de la salud es su alegría,
Licas, *sepultureros* son las horas.

Á pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leído con estimación, y admirado justamente en muchos pasajes. En primer lugar, sus versos son de ordinario llenos y sonoros, sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta, no sea el principal, nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos excelentes, unos por la viveza de los colores, otros por la robusted y el vigor. Su poesía nerviosa y fuerte, va impetuosamente á su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectación y mal gusto del escritor, se la ve marchar no pocas veces con una fiereza, una audacia y una singularidad que sorprende. Sus versos de cuando en cuando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros, vienen á herir el oído con su vibración fuerte y sonora, ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen, ó por la novedad y energía de la expresión. De nadie pueden citarse tantos bellos versos aislados como de él; de nadie períodos poéticos más pomposos y valientes:

Todas matronas y ninguna dama.

. . . .

Joya era la virtud pura y ardiente.

. . . .

Fatigó su furor el hemisferio.

. . . .

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

. . . .

Vencida de la edad sentí mi espada.

. . . .

De amenazas del ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,

Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Más aplausos te da que no cuidado
Reinas con majestad, escollo osado
En las iras del mar.

. . . .

De estéril osas acusar al suelo
Porque á los gritos tuyos no se mueve;
¿Presumes, necio, de mandar la nieve,
Y al invierno tasar quieres el hielo!

. . . .

Y antes que los desórdenes del vientre
Satisfagan sus ímpetus violentos,
Yermos han de quedar los elementos
Para que el orbe en sus angustias entre.

Al encontrar en sus obras estos pasajes brillantes, después de tributarles la justa admiración que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignación viendo el lastimoso abuso que Quevedo ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de Quevedo fué D. Francisco Manuel Melo, portugués y escritor tan infatigable como activo político y guerrero. Manejaba con igual facilidad el idioma castellano que el suyo nativo; y poeta, historiador, moralista, autor político, militar y aun ascético, es sobresaliente en algunos de estos ramos y en ninguno despreciable. El libro de sus versos es rasísimo, y aunque algunos le han hecho imitador de Góngora, tiene más puntos de semejanza con Quevedo. El mismo gusto en versificar, la misma austeridad de principios, la misma afectación de sentencia, la misma copia de doctrina. Tiene además con Quevedo la conformidad de haber publicado sus versos distribuídos por musas, bien que tres de ellas están en portugués. Hay en el español colores más brillantes y rasgos más valientes, en Melo más sobriedad y menos extravagancias. Su estilo, aunque elegante y culto, apenas tiene poesía; y sus versos amatorios carecen de ternura y de fuego, como sus odas de entusiasmo y de elevación. Tampoco tenía índole para los muchos versos burlescos de que está lleno el gran volumen de sus poesías; mas cuando la materia es seria y grave, entonces su filosofía y su doctrina le sostie-

nen y su expresión iguala á sus ideas. Naturalmente inclinado á las máximas y á las sentencias, era más á propósito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género, si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguaje y estilo, sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el carácter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor están más bien afianzados en sus obras prosaicas: En el *Eco político,* por ejemplo, en su *Aula militar,* y sobre todo, en la *Historia de las alteraciones de Cataluña*, la producción más sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba: martirizada por estos energúmenos, no podía recobrar su belleza y su frescura con el auxilio de algunos pocos que todavía componían con circunspección y escribían con más pureza. Rebolledo no tenía fuerza ni fantasía, y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada. Esquilache, aunque con alguna más gracia en los romances, lamido y amanerado, carecía también del espíritu y nervio necesario para composiciones más altas. Ulloa nada hizo bueno sino su *Raquel.* Solís, en fin, que se mostró alguna vez poeta en sus comedias, y frecuentemente en su historia, no es más que un coplero en sus poesías líricas, que ya nadie lee. ¿Cómo pudieran las endebles fuerzas de estos escritores eunucos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible: el mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de Gracián, *Agudeza y arte de ingenio,* que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios más absurdos y apoyado con ejemplos buenos y malos, confundidos entre sí de la manera más repugnante. Este mismo Gracián es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones, con el título de *Selvas del año:* el primero, según creo, que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguna el peor. Para muestra de su estilo y de la risible degradación á que había llegado la poesía, bastarán los versos siguientes sacados de la *Entrada del estío:*

Después que en el celeste anfiteatro
El ginete del día
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la aurora;
Después que en singular metamorfosi
Con talones de pluma
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo
Entre los pollos del tindario huevo.

No hay más que ver ni más que decir; todo el poema está escrito de este modo bárbaro y ridículo, y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitación ni vestigios de elocuencia. Los ornatos propios del madrigal y del epigrama pasaron á los géneros mayores, y todo se volvió conceptos, retruécamos, equívocos y antítesis. Así acabó la poesía castellana: en su juventud más tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la había engalanado Garcilaso; en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentación de una hermosa dama ricamente ataviada; en Valbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona después á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos; sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrépita, no hace más que delirar puerilmente, secarse y perecer.

ARTÍCULO VI

REFLEXIONES GENERALES

Si en este estado se echa una ojeada por los pasos que había dado el arte en poco más de un siglo que había tenido de vida, se verá que nada había dejado por intentar. Estaban traducidos todos ó buena parte de los autores antiguos; se habían hecho poemas épicos de todas clases; el teatro había tomado una extensión y presentaba una abundancia que tuvo para comunicar de sus riquezas á los extranjeros; la oda, en fin, en todas sus especies; la égloga, la epístola, la sátira, la poesía descriptiva, el madrigal, el epigrama: todo se había recorrido y cultivado.

Si esta extensión y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicación y osadía, no es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya, en primer lugar, las traducciones son casi todas malas ó medianas. ¿Quién puede decir de buena fe que la de la *Odisea,* por Gonzalo Pérez; la de la *Eneida,* por Hernández de Velasco; la de los *Metamorfóseos,* por Sigler, pueden suplir por el original? ¿Cuál es el hombre que, teniendo algún gusto en el lenguaje poético y en la versificación, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad están convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas épicos; y aunque de ellos se pueden entresacar algunos trozos de buena poesía, no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada y que corresponda en su interés y dignidad á su título y argumento (1). Es notorio que los defectos de nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Más felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegías, sonetos, romances y letrillas se acercan más á la perfección. Pero aun en éstos, ¡qué

(1) Los dos poemas épicos castellanos que tienen mejor disposición y están escritos más correctamente son la *Gatomaquia* y la *Mosquea;* pero no me atrevo á decir si esto nos debe causar más satisfacción que vergüenza.

olvido de decoro, qué desaliño á veces, y á veces qué de pedantismo y cuánto falso gusto no hay que disimular! En los mejores escritores, en las composiciones más esmeradas se ofende el espíritu de hallar frecuentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo XVI es que su genio poético no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes le rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspondían á la dignidad y majestad del imperio. Lucano después, aunque muy distante de la perfección de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribía y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la facción, las disensiones civiles y la exaltación de los ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galantería de su tiempo, en sus triunfos está al nivel de la altura y de la ilustración á que ya iba subiendo entonces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la Península; el mundo desdoblado presentando un nuevo hemisferio á la fortuna española; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del Océano, acompañadas de terror y volviendo cargadas de las riquezas de Oriente y Occidente; la religión cristiana desgarrada por la facción de Lutero; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas; la potencia otomana arrollada en las aguas de Lepanto; Portugal cayendo en África para después unirse á Castilla; la espada española agitándolo todo en la tierra por espíritu de heroísmo, de religión, de ambición y de codicia: ¿qué tiempo hubo nunca más lleno de prodigios ni más propio para exaltar la fantasía y el ingenio? Y, sin embargo, las musas castellanas sordas, indiferentes á esta agitación universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galanterías (1).

(1) Tres canciones de Herrera y algún trozo poco importante no son más que una excepción de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Carolea*, ni la *Austriada*, ni el *Carlo famoso* se acercan con mucho á su argumento. En la *Araucana* misma, si hay algo bien pintado no son los españoles, son los indios.

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una cualidad moral que distingue á aquellos poetas y los recomienda infinito. Ni en Garcilaso, ni en Luis de León, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ninguna de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera ni de adulación servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder se contienen en aquel justo comedimiento y decoro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario no empezó á manifestarse esta degradación moral, compuesta de bajeza con los mayores, de insolencia con los iguales y de olvido de todo respeto hacia el público: vicios harto contagiosos, por desgracia, y que disfaman y destruyen la nobleza y dignidad de un arte que, por la naturaleza de su objeto y de sus medios, tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudición extensa y gran manejo en los clásicos antiguos; y sin embargo, no es común en ellos la elegancia sostenida y la perfección de gusto que otros autores modernos han bebido en las mismas fuentes. Á esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí; faltaba un centro común de urbanidad y de gusto, una legislación literaria que trazase la línea entre la hinchazón y la grandeza, la exageración y la fuerza, la afectación y la elegancia. Las universidades donde había más conocimientos no podían serlo por la naturaleza de sus estudios, más escolásticos que amenos. La corte, donde se perfecciona más pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido más á propósito; pero vagante con Carlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atención necesaria para perfeccionarse; y ya entonces, y mucho más en tiempo de su sucesor, el gusto estaba estragado, y la protección y afición de los príncipes y grandes no podía hacer otra cosa que autorizar la corrupción. En suma, faltó en España una corte como la de Augusto, la de León X, la de los Duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversación, la afición á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfección de los grandes escritores que vivían en ellas.

Otra causa es el lugar secundario que tenía la poesía en muchos de los que la cultivaban. Hacían versos para distraerse de otras ocupaciones más serias; y el que hace versos para divertirse, no es, por lo común, muy cuidadoso de la elección de asunto ni muy esmerado en la ejecución. ¡Suerte fatal que ha cabido entre nosotros á la más bella y más difícil de todas las artes! La poesía, que es una diversión y un entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupación muy seria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran tener un lugar distinguido en la reputación. Cuando se considera que Homero, Sófocles, Virgilio, Horacio, Tasso, Racine, Pope y otros pocos más han sido los más grandes poetas y los más laboriosos, no debe extrañarse que se hayan quedado tan detrás de ellos los que, aun suponiéndoles igual talento, no los han igualado ni en aplicación ni en constancia.

A este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestros buenos poetas publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de León, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz después de su muerte por sus herederos y amigos, con más ó menos inteligencia. ¡Cuánto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, cuántas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y cuántos lunares de desaliño, de mal gusto y de oscuridad no hubieran hecho desaparecer!

Pero aun cuando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfección, no por eso deja de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos, á quienes algunos reputan como modelos excelentes, mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto, como en todo, la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los críticos más allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos, no viene á ser en ellos otra cosa que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas, aun prescindiendo de esta circunstancia, puede decirse que esta enorme diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparación. Cotejados León, Garcilaso, Herrera, Rioja y otros pocos con

las extravagancias monstruosas que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos ó les han excedido, viene ya á descubrirse la razón por qué muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinión particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diría que, aunque contemplo nuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfección, todavía, sin embargo, producen en mi espíritu y en mi oído el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me atrevería también á decir que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesía, la epopeya y el drama, con el esmero y felicidad que la oda y demás géneros cortos, podríamos estar contentos del lote que nos cabía en esta amena parte de literatura. Añadiré, en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la índole de la lengua, y para formar el gusto y el oído en el número y fluidez de los versos y en la estructura del período poético castellano. No sería difícil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en nuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiración exclusiva ó el desprecio exagerado de los padres de la poesía española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi carácter ni en mis principios.

SOBRE LA POESÍA CASTELLANA DEL SIGLO XVIII

ARTÍCULO PRIMERO

RESTAURACIÓN DEL ARTE, SU NUEVA DIRECCIÓN Y CARÁCTER--LUZAN Y SUS CONTEMPORÁNEOS

Es queja común y frecuente de los críticos que entre nosotros aspiran el lauro de severos y puristas, acusar á las letras francesas de haber estragado y destruído el carácter propio y nativo de la poesía castellana. Pero esto en realidad no es así; porque mucho antes de que los escritores franceses empezasen á ser el estudio y el modelo de los nuestros, ya los españoles habían abandonado todos los buenos principios en las artes de imitación, y dejado apagar en sus manos la antorcha del ingenio. La pintura había muerto con Murillo, la elocuencia con Solís, la poesía con Calderón; y en el medio siglo que pasa desde que faltan estos hombres eminentes hasta que aparece Luzan, ningún libro, ningún escrito, si se exceptúa tal cual comedia de Cañizares, basta por su aspecto literario á llamar hacia así la atención y el interés ni de los más indulgentes. No se degrada, pues, ni se corrompe lo que no existe; y la imitación francesa pudo en buen hóra dar á nuestro gusto y á nuestras letras un carácter diferente del que había tenido en lo antiguo, pero no desfigurar lo que ya no era, ni dar muerte á lo que no vivía.

Las artes del ingenio, que sirven de decoración al edificio del Estado, vienen también al suelo cuando él cae, y no se levantan hasta que la fábrica arruinada se vuelve á poner en pie, y entonces fuerza es que tomen el gusto y el carácter de las manos á quienes deben su restauración. Así sucedió en España á principios del siglo pasado: cayó su imperio, cayó su influjo en el mundo, y cayeron también sus artes sus letras y sus ciencias. Una nueva dinastía y una estrecha alianza con la nación que entonces estaba al frente de la Europa, por su civilización y su poder, vinieron á reanimar esta agonizante monarquía. También entonces despertó el ingenio español de su

mortal y dilatado letargo, y la nueva vida y movimiento que recibió era preciso que tuviesen algún principio y siguiesen alguna dirección. ¿Cuál podía ésta ser? El gusto italiano-latino, que animó nuestra poesía en el siglo XVI, dió lugar á otro gusto más original y más libre, que puede llamarse nacional, siguió y cultivado con un éxito prodigioso en los dos tercios del siglo siguiente. Desapareció éste después en el caos de extravagancias y despropósitos que entre buenos y malos escritores introdujeron y fomentaron. La literatura propiamente alemana no existía aun; la inglesa, aunque floreciente entonces con los escritores eminentes que ilustraron el reinado de Ana, no era conocida de los españoles, separados á la sazón de la nación británica, menos todavía por el Océano que por la religión, los intereses políticos, los hábitos y las costumbres. No había, pues, otro rumbo que seguir, dado que no era fácil, ni acaso posible, tener uno propio, que el que señalaba el ingenio francés. Todo concurría á este efecto inevitable: nuestra corte, en algún modo francesa, el gobierno siguiendo las máximas y el tenor observados en aquella nación; los conocimientos científicos, las artes útiles, los grandes establecimientos de civilización, los institutos literarios, todo se traía, todo se imitaba de allí: de allí el gusto en las modas, de allí el lujo en las casas, de allí el refinamiento en los banquetes; comíamos, vestíamos, bailábamos, pensábamos á la francesa; ¿y extrañábamos que las musas tomasen también algo de este aire y de este idioma? Yo no decidiré aquí si esto era un bien ó un mal; por ahora basta que sea un hecho incontestable y necesario, el cual nos da la clave para entender el carácter particular que toma nuestra poesía en el siglo XVIII, y la razón de no parecerse ni á la pródiga libertad del anterior ni á la compostura y pureza del siglo XVI (1).

---

(1) A estas razones puede añadirse otra muy poderosa, nacida del infinito mérito de las producciones que las letras francesas presentaban á la admiración y al ejemplo. ¿Dónde irían los poetas á buscar modelos más grandes ni más perfectos que Corneille, Racine, Moliére, La-Fontaine, Quinault y Despreaux? ¿Dónde los oradores, ejemplares de elocuencia más alta, más nerviosa, más natural ó más expresiva que en Pascal, Bossuet, Fenelón, Massillon y La-Bruyére? Y la admiración y el culto que las obras admirables de estos inmortales ingenios se atraía, no se les tributaba sólo en España: de toda la Europa culta los recibían en aquella época; y en Inglaterra, en Alemania y en Italia se veían los mismos efectos, se formaban las mismas quejas, se oían los mismos clamores.

La poesía francesa, sin entrar en la índole propia de cada uno de sus escritores, se recomienda generalmente más por la exactitud de sus planes, por la regularidad de sus formas, por la plenitud y delicadeza de sus pensamientos, que por la armonía de sus sonidos, la audacia de sus figuras y vuelo de su fantasía. Así la castellana en la época de que hablamos ganará en decoro, en corrección y en saber, será más cuidadosa de evitar defectos que atrevida y ambiciosa de producir bellezas; querrá más bien contentar la razón que regalar el oído y arrebatar la fantasía; tendrá, en suma, con más corrección y mejor gusto, menos libertad, menos riqueza, menos encanto, menos halago.

El primer escritor que se presenta en el orden del tiempo es don Ignacio de Luzan; no dejando de ser un fenómeno notable y análogo á esta misma dirección y carácter que acaba de expresarse, que el primer poeta de quien se haya de hablar sea también un maestro de poética. La suya, publicada en 1737, tiene el mérito de ser un libro muy bien hecho, y el mejor de los que en aquella época se publicaron. Sano y seguro en principios, oportuno y sobrio en erudición y en doctrina, juicioso en el plan y claro en el estilo, presentaba unas dotes de seso, de arte y de buen gusto, que no se reunían fácilmente en los talentos que á la sazón cultivaban las letras; unos depravados con el mal gusto que aun dominaba en la opinión vulgar, otros dados á un fárrago indigesto de noticias y discusiones ya pueriles, ya importunas, y siempre fastidiosas. Notóse entonces que algunas cosas estaban ligeramente tratadas en este libro, y otras omitidas; notóse también la severidad excesiva con que eran juzgados algunos poetas españoles, principalmente Góngora y Lope de Vega (1). El autor justificaría tal vez su rigor con la necesidad de oponerse á la licencia y abusos que la abundancia y abandono del uno y los delirios del otro habían introducido en la poesía. Pero lo que en mi opinión desluce más esta obra, es la poca amenidad con que está escrita y el poco interés que inspira. Al ver el tono seco y desabrido con que Luzan

---

(1) Puede verse en el tomo IV del *Diario de los literatos de España*, artículo primero, la crítica que aquellos juiciosos periodistas hicieron de la nueva poética: la última parte del artículo es de don Juan de Iriarte, y es curioso en ella ver á un gramático tomar la defensa de Góngora contra un poeta.

habla de una arte tan halagüeña y seductora, nadie le creyera penetrado de las bellezas del argumento que trata, ni menos le tuviera por poeta. No es de extrañar, pues, que fuese poco leída entonces y que por de pronto su influjo en el progreso y mejora del arte fuese corto, ó más bien nulo. Las obras de crítica en lo general dirigen y no estimulan, enseñan y no inspiran; la poética de Luzán, por el modo de su ejecución, debía estar expuesta más que otra alguna á este efecto escaso y limitado; y útil á los maestros para enseñar, á los críticos para reprender, no podía servir mucho á los ingenios para producir.

Á este fin era mejor el ejemplo, siempre más activo y poderoso que los preceptos: Luzán tiene la gloria de haberle dado tambien, y sus escritos poéticos, comparados con los versos destinados que á la sazón se componían, tienen por su invención y disposición, por su armonía y por su estilo, un mérito bien sobresaliente. Las dos canciones á la conquista y defensa de Orán, compuestas hacia los años de 1732, son dos exhalaciones hermosas en medio de una obscuridad muy profunda; pocos ó ninguno estaban todavía en estado de igualarle, cuando veinte años después hacía resonar estos acentos en la academia de San Fernando:

Solo la virtud bella,
Hija de aquel gran Padre en cuya mente
De todo bien la perfección se encierra,
Constante dura sin mudanza alguna.
En vano la fortuna
Hace contra su paz rabiosa guerra,
Cual contra firme escollo inutilmente
Rompe el mar sus furiosas ondas; ella,
Como la fija estrella
Que el rumbo enseña al pálido piloto,
Cuando más brama el aquilón y el noto,
Al puerto guía nuestro pino errante,
¿Quién con esto se acuerda
De envilecer el plectro resonante,
Donde de vista la virtud se pierda,
Ó un falso bien ó un engañoso halago
Sirva de asunto al canto, y más de estrago?

Parece que Luzán en esta noble y grave poesía daba el tono á su siglo, y señalaba al genio el rumbo que debía seguir para hacerse respetar. Pero sus versos, como los de casi todos los preceptistas, se recomiendan más por el artificio, la gravedad y el decoro, que por el fuego, la imaginación y la abundancia. Aun cuando tuvieran un carácter más ardiente y seductor, como no fueron muchos los que escribió, y esos inéditos en gran parte hasta mucho tiempo después, resulta que no pudieron servir al público ni de estímulo ni de dechado. Para los pocos, sin embargo, que entonces cultivaban las musas, y eran todos ó amigos ó apreciadores de Luzán, no dejaron de concurrir á acreditar los principios de circunspección y de buen gusto que él observaba cuando escribía.

Puede contarse en este número á don Agustín Montiano, el cual corresponde más bien á la historia de la poesía dramática por sus laudables esfuerzos para reformarla, y por sus tragedias, apreciables mucho entonces, leídas después muy poco, y creo que nunca representadas. Á aquella época pertenecen también el supuesto Jorge Pitillas, escritor satírico, genio fuerte, despejado y agudo, de quien, por desgracia, no se conserva más que una composición, publicada por primera vez en 1741 en el *Diario de los literatos de España,* y reimpresa otras muchas después; el conde de Torrepalma, que en su imitación ovidiana del *Deucalion* hizo prueba de un eminente talento para versificar y describir; y en fin, don José Porcel, autor de unas églogas venatorias aplaudidas mucho entonces, pero nunca publicadas (1).



ARTÍCULO II

DE DON NICOLÁS DE MORATÍN, Y DE CADALSO

Pero todos estos escritores eran más bien aficionados á la poesía que verdaderos poetas. Faltábales, para ser considerados tales, aquel entusiasmo por

(1) Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas para dar alguna idea de su mérito y su carácter, han escapado á todas mis diligencias; y si son tales como se dice, hacen mal los que las

las musas, aquel ejercicio continuo, aquel gusto exclusivo y apasionado que mide sus placeres por lo que produce, no cesa un momento en sus esfuerzos, enriquece el arte cada día con nuevos tesoros, inflama y domina la opinión pública con el espectáculo de su actividad, y entre envidias y aplausos arrebata al fin la corona y se la ciñe á su frente. Ingenio de este temple no se encuentra ninguno hasta don Nicolás de Moratín, nacido en el mismo año en que se publicó la *Poética*, de Luzán, como si la naturaleza marcara en aquel nacimiento el más activo atleta de aquellos principios de razón y de buen gusto sentados por su juicioso predecesor. Moratín ya es un verdadero poeta cuyo elemento es el arte, y que, al parecer, no vive y no respira sino por él y para él. Y á la verdad que si sus medios correspondieran á su anhelo, y sus producciones á sus medios, él solo restableciera la poesía, no sólo en la pureza del gusto, sino también en la gala y en la abundancia antigua. Porque en su noble ambición nada dejó por intentar, y su alma ardiente y atrevida se ensayó en todos los géneros, dando en los más de ellos muestras de ingenio y de destreza, y en algunos altas y admirables pruebas de un talento muy superior. El epigrama, la sátira, la égloga, la lírica en todos sus tonos, el poema dialáctico, la comedia, la tragedia, el poema épico; en todos estos ramos se ensayó; y lo que es más de admirar, no son los más difíciles en los que se señaló menos. La naturaleza le había dotado de una imaginación más grande y robusta que amena y delicada, y su ingenio se inclinaba más á lo fuerte que á lo apacible. Así es que en su poema de *La caza*, en muchas obras líricas, en algunos trozos de sus tragedias, y sobre todo, en su ensayo épico sobre la destrucción de las naves de Cortés, donde quiera que la materia cuadraba con el carácter de su espíritu, mostraba fuego, fantasía, viveza, audacia y originalidad en el decir, y sacaba de la lira española tonos

---

poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas. Don Luis Velázquez, en sus *Orígenes de la poesía castellana,* hace mención de ellas dos veces, y siempre con particular estimación; pero como este escritor era demasiado indulgente en la aplicación de la crítica á los casos particulares, no puede darse enteramente crédito á su recomendación. Los *Orígenes* son un libro muy apreciable por su excelente plan, y por las noticias que en él se encuentran, mas no por el gusto ni por el discernimiento crítico.

mucho más altos y felices que los demás poetas de su época y dignos de los mejores tiempos de la musa castellana. Es lástima que se abandonase tan fácilmente á su buen deseo, que escribiese tan de priesa y que, confiado en sus felices disposiciones y en el conocimiento que tenía de las reglas del arte, creyese que esto bastaba para ejercitarse en géneros tan distintos entre sí, y algunos tan opuestos á la índole de su ingenio. Faltóle un Aristarco que le supiese contener en los límites debidos, le manifestase con franqueza la senda por donde debía marchar para adquirir la gloria á que aspiraba, y cuya severidad le hiciese trabajar más su estilo y sus versos, y no ser tan desigual á sí mismo; porque hasta sus mejores composiciones, en medio de llamaradas admirables de ingenio y de entusíasmo, se resienten frecuentemente de incuria y desaliño. Fué gran perjuicio á su gloria y también á nuestras letras su temprana muerte, cuando su talento iba, sin menoscabo de su fuerza, ganando en corrección y en riquezas. El *Canto épico,* escrito en sus últimos años, manifiesta cuáles eran sus progresos y de cuánto era capaz á haber vivido más tiempo. Adviértese en aquella obra y en otras que se han publicado después, el prolijo estudio que entonces hacía de nuestras tradiciones históricas, de las genealogías, blasones y costumbres caballerescas de los tiempos antiguos, y el partido poético que su imaginación sabía sacar de estos objetos para dar más novedad y consistencia al fondo de sus versos, que no siempre se señalan por la profundidad del pensamiento ni por la gravedad y fuerza de la sentencia. Tuvo para ello, además de este motivo puramente literario, otro muy poderoso en el ardiente amor á su país, que era la prenda moral más sobresaliente en él. Todo lo que le rodeaba era para él bello y poético y tomaba en su imaginación el aspecto más agradable y majestuoso. Jamás se pintaron con más amor ni efusión las circunstancias locales y las costumbres de un pueblo; y Madrid, sus contornos, sus calles, sus teatros, su circo, sus mujeres, sus concursos y sus funciones, toman en la fantasía de Moratín unas formas grandes, elegantes y poéticas, que se manifiestan frecuentemente con rasgos breves y expresivos, generalmente los más felices de su estilo, y descubren que aquel noble y bello sentimiento era un numen que le inspiraba.

Por el mismo carácter se distingue y recomienda también su amigo el coronel Cadalso, que con sus *Eruditos á la violeta,* con sus *Ocios,* con su amable carácter y con sus conexiones literarias ha dejado un nombre tan grato y dulce á las letras y á las musas. Él hizo revivir la anacreóntica, que estaba enterrada con Villegas siglo y medio hacía; él fué el elogiador y sostenedor de Moratín; él quien formó, y puede decirse que nos dió á Meléndez. Sus talentos á la verdad eran bastante inferiores á los de los dos; pero la ingenuidad y el entusiasmo con que exaltaba la gloria actual del uno y las hermosas esperanzas que el otro prometía (1), como que le igualaban con ellos y le asociaban á su gloria. Yo pongo mucha duda en que sean suyos los primeros escritos que se le atribuyen; más si realmente lo son, no hay autor que haya mejorado tanto su estilo, ni aprovechado más con la lectura de los buenos autores propios y extraños, á que después se aplicó. Siendo lo más

---

(1)
Y yo, siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mía,
Diré: «Yo fuí su amigo,
Y por tal me tenía,
Y en dulcísimos versos lo decía...»
Y con igual ternura
Que el padre cuenta de su hijo amado
Las gracias y hermosura,
Y se siente elevado
Cuando le escuchan todos con agrado,
Responderé contando
Tu nombre, patria, genio y poesía,
Y asombraránse, etc.

Tal era el tono afectuoso y lisonjero con que Cadalso hablaba de Meléndez: cuál fuese su entusiasmo por Moratín lo dicen todos sus escritos, pero especialmente las dos canciones donde hace lo más que puede hacer un poeta, que es sacrificar su amor propio en las aras de la gloria ajena. Cuando se compara este proceder tan simpático y tan noble con el ceño orgulloso que algunos escritores ya formados usan con los que les vienen siguiendo, ó con el desabrimiento áspero y rencoroso que afectan con sus iguales, da tentación de reducir su valor al bajo nivel de sus miserables recelos. Es preciso que para estos hombres el mundo de la opinión sea bien estrecho, cuando les parece que no caben en él más que ellos solos. Y á fe que se engañan mucho: por más que hagan, por más que digan,

est locus uni-
cuique suus.

notable que no se debió esta mejora á los estudios que hizo fuera de España en su primera juventud, sino á los que hizo vuelto á ella después de haber dado á luz su insulsa *Optica del cortejo*. ¿Quién, en el estilo gongorino y campanudo de esta obra y en los detestables versos con que de cuando en cuando la acababa de echar á perder; quién, repito, podrá reconocer ni por sueño al chistoso y satírico maestro de los semisabios petimetres, al discípulo de Anacreonte, y al autor de los bellos rasgos que se cuentran en su elegía á la fortuna, en algunas odas eróticas y en sus canciones á Moratín? Faltábanle ciertamente tono y fuerza para sostenerse en la alta poesía; pero su mérito inconteslable en los versos cortos, los buenos ejemplos dados en los mayores, y su aplicación y celo incansable por el adelantamiento de las letras, le dan un lugar muy distinguido entre los restauradores de la poesía, y haran que se miente siempre su nombre con aprecio y con amor.

En Cadalso es en quien empieza ya á observarse una tendencia más señalada de imitación extranjera. No precisamente en sus versos, aunque son á veces más raciocinados que poéticos, sino por el aspecto que presenta el conjunto de sus trabajos. El fondo de doctrina, noticias y principios en que están fundados sus *Eruditos á la violeta,* se puede llamar extranjero, aun cuando el donaire, las ocurrencias y el estilo sean verdaderamente castellanos. La lectura de las *Cartas persianas* produjo la desigual imitación de las *Cartas marruecas*. Un lance funesto en sus afectos juveniles le dió ocasión á exhalar su dolor en sus *Noches lúgubres*, imitación también harto infeliz de las Noches de Young, ejecutada en una prosa extraña y defectuosa, ajena enteramente de la índole castellana. En fin, en su *Sancho García* sigue servilmente las formas del teatro francés, hasta el extremo de sujetarse á versificación de los pareados, tan poco á propósito para el diálogo y la expresión, y tan poco grata á oidos españoles. No cayó, sin embargo, en mal caso por ello: el mérito de sus demás escritos, la jovialidad afectuosa y caballeresca de su carácter, y el espíritu verdaderamente patrio que le animaba, le pusieron á cubierto de la censura en esta parte; y él acabó en paz su carrera sin verse tratar de innovador ó corruptor, y respetado, querido y aclamado por uno de los favoritos de Apolo que más honor dieron á las musas de su tiempo.

ARTÍCULO III

DE HUERTA.—GUERRA LITERARIA

En el tiempo de estos dos poetas florecía también don Vicente García de la Huerta, muy diferente de ellos en carácter, en miras y en estudios. Su talento era bastante, su doctrina poca, su gusto ninguno. Pertenecía á la escuela puramente española, y de ésta, por desgracia, á los que habían corrompido la poesía con el estilo hueco y oscuro introducido por Góngora y sus discípulos. Góngora sin duda puede llamarse el modelo que Huerta se propuso imitar; pero la inclinación ya diversa del tiempo en que éste vivía, el gusto algo más seguro, y los ejemplos de los demás escritores, no dejaban abandonarse ya á iguales extravíos. Así Huerta, que no alcanzó nunca á la fuerza de imaginación y vivacidad de colorido de su antecesor, tampoco pudo seguirle en su desenfreno y sus delirios. Sus versos sobresalen casi siempre por el número y la cadencia, algunas veces por la elegancia y por el brío. Flaquean por la sentencia, que carece de nervio y de vigor; flaquean por los afectos, cuya expresión en ellos es generalmente trivial y desabrida; flaquean, en fin, por los argumentos, que en sus poesías líricas son casi siempre frívolos ó mandados por las circunstancias: cosas una y otra de igual inconveniente. Él sabía poco, y su orgullo le alejaba de estudiar en las fuentes antiguas y modernas, de donde pudiera aprender á variar de tonos y á ejercitarse en objetos más acomodados á la índole de su ingenio y á las ideas del tiempo en que vivía. A pocos es dado entrar en el templo de las musas guiados de su instinto solo y sin atención ninguna á doctrinas, á principios ni á modelos. Para ello, se necesita un natural muy feliz y un talento muy superior; y yo en nuestra poesía moderna no conozco más que un escritor á quien esta especie de independencia le haya sido próspera y gloriosa. Por manera que Huerta, á quien no se puede negar talento ni aprecio tampoco, ha dejado dos tomos de poesías, en que, exceptuándose la *Raquel* y algunos trozos de versos buenos con que ha animado la fría prosa de Oli-

va en el *Agamenon vengado* (1), no hay composición ninguna que pueda satisfacer á un hombre de gusto. Una sola se ha puesto por muestra en la colección presente, y quizá se acusará al colector de excesiva indulgencia por ello.

Sin embargo, el movimiento literario que excitó alrededor de sí con sus contiendas y debates no permitirá nunca que se le pase por alto en la historia de las letras de su tiempo. Cuando, antes de terminar sus estudios, la amistad y la protección de uno de nuestros próceres le trajeron á Madrid, eran tan pocos los versos que se escribían, que los de Huerta, aunque escasos de jugo y de colorido, debieron darle un gran lugar y hacerle aspirar á la primacía. Joven, bizarro y agraciado, protegido y aplaudido de las primeras personas de la corte, arrogante por carácter y vano por circunstancias, pudo con alguna disculpa considerarse el primero de los hijos de Apolo, y pudiera acaso haberlo realmente sido, á igualar sus estudios con su talento. Pero las fáciles palmas que entonces conseguía le llenaron de orgullo y de

---

(1) *Principio de la tragedia en Oliva.*

Estos, Orestes, son los campos de Grecia, do te han traído tus altos deseos; aquella que allí ves lejos es Argos, la antigua ciudad. Y mira á esta otra parte, verás el bosque de Io, hija de Inaco, la que cobró su figura en las riveras del Nilo. Y á tu parte izquierda se parece el templo de Juno, de altos edificios, cerca de do están los valles do sacrifican lobos los sacerdotes de Apolo.

En Huerta.

Estos, Orestes, son los griegos campos,
Donde te han conducido tus deseos;
De Argos, ciudad antigua y populosa,
Aquellos muros que se ven de lejos
Aquel que miras es el triste bosque
Donde, su forma natural perdiendo,
Io bramó furiosa hasta que el Nilo
La vió cobrar su ser y honor primero.
A tu izquierda se ven los edificios
En donde Juno tiene hermoso templo,
Y cerca de él los valles donde el rito
Lobos voraces sacrifica á Febo.

seguridad, y en vez de redoblar en esfuerzos y en afán para adelantarse hácia la perfección, veíasele siempre firme en los principios de su mal gusto, y por ignorancia, por tesón ó por pereza, tener cada novedad por un error, y por flaqueza el reconocimiento de la superioridad ajena, extraña ó nacional. La adversidad vino á probarle con un acontecimiento que ha llegado á nosotros con caracteres bien tristes, aunque oscuros, y de cuyas resultas fué arrojado de Madrid y confinado á la plaza de Oran. El sentimiento profundo de su inocencia y la noble elevación de su ánimo le sostuvieron allí contra el infortunio, y las musas fueron su asilo y su recreo. Pero como en Oran no hubiese quien le igualase en talento ni en destreza, ni quien le inspirase tampoco mejor gusto y más saber, sus versos, aunque en algún modo africanos, eran reputados por divinos, y contribuían poderosamente á mantenerle en su ciega confianza.

Vuelto á Madrid, aquella desgracia, que sin duda añadió algún lustre á su talento y celebridad á su nombre, parecía haber aumentado también el temple de su carácter tenaz, fuerte y altanero. Él desdeñó restablecerse en el empleo que antes ocupaba, porque las gestiones que para ello le era forzoso hacer le parecían opuestas al decoro de su inocencia y al resentimiento de su agravio. Su porte con los que le habían favorecido en su peligro era agradecido y consecuente, con sus enemigos inflexible, con los indiferentes desabrido y arrogante. Pero esta conducta, que en el mundo moral podía y debía hacerle honor, usada también por él en el mundo literario, no era posible, que dejase de atraerle un diluvio de contradicciones y de pesadumbres. Sus palabras eran soberbias, sus pretensiones insensatas: él se creía siempre el primero, y no veía, ó no quería ver, el camino que habían hecho y estaban haciendo los demás. La invasión del gusto francés en nuestras letras estaba en su mayor fuerza á la sazón. Ya el festivo y natural Samaniego había trasladado al apólogo castellano una parte de las bellezas del sin igual La Fontaine; Iriarte había publicado sus *Fábulas literarias*, su *Arte poética de Horacio*, y su poema de la *Música*. Forner empezaba á mostrar su talento y carácter belicoso con la sátira que le premió la Academia Española, en que atacaba los vicios de la poesía castellana con

armas que parecían tomadas, aunque realmente así no fuese, en los arsenales de la crítica extranjera. Este origen era todavía más visible en la *Lección poética* de don Leandro Moratín, que también premió entonces la Academia. Jovellanos había escrito su *Delincuente honrado*; otros ciento se ejercitaban al mismo tiempo en imitar y traducir tragedias y comedias francesas, aunque sin tanto talento ni fortuna. La avenida amagaba, sobre todo, inundar sin remedio la escena española, que se dejaba ocupar de tantas composiciones extrañas á su gusto y á su carácter, y los padres de nuestra comedia parecían amenazados de tener que salir de ella, y dejar su lugar y reputación sacrificados en las aras de los dramaturgos franceses. Yo indico solamente el hecho sin entrar á calificar la parte que en él tenían la moda y el capricho, y la que también cabía al buen gusto y á la razón: esto pertenece á otro lugar. Pero Huerta se indignó de que unos escritores á quienes en su orgullo consideraba como pigmeos se atreviesen á darle lecciones y á censurar los autores que habían sido siempre objetos de su veneración y de su culto. Constituyóse, pues, en campeón de la antigua poesía castellana, y empezó á arrojar sobre aquellos follones traspirenáicos, que así los llamaba, todos los sarcasmos, dicterios y bravatas que su ira, su arrogancia y el desprecio que tenía por ellos le sugerían. Mas como no sabía lo bastante para encontrar los verdaderos medios de defensa que presentaba su causa, nunca acertó á distinguir en los autores y sistema poético que defendía, las bellezas de los defectos, las licencias indispensables y precisas de los despropósitos y abusos repugnantes y bajo ninguna posición defendibles. Veíase en sus esfuerzos más orgullo que doctrina, y menos celo que capricho y terquedad. Todo lo defendía igualmente y con razones en parte frívolas y en parte absurdas, expuestas en un estilo chocante por su presunción, poco recomendable por su mérito, y hasta extravagante por su ortografía.

Si sus fuerzas le ayudaban poco, el tiempo le favorecía menos. El viento de la opinión estaba enteramente en contra suya; y sus adversarios, más jóvenes, más instruídos y más diestros en aquel género de esgrima, le volvían desprecios por desprecios, sarcasmos por sarcasmos, se reían de su vanidad, hacían ver su poca instrucción, y se burlaban de él como de un ignorante ó

un loco (1). Llovían en daño suyo los folletos, las sátiras y los epigramas de autores conocidos y desconocidos, y todos creían vengar la razón y el buen gusto de los atentados de aquel jayán temerario, que mostraba un desprecio tan solemne hacia las fuentes de instrucción y de crítica en que ellos tan religiosamente bebían. No se estimaba por bueno el que no rompía en él una lanza; y podíase entonces decir de Huerta lo que de Ismael: *Manus ejus contra omnes, et manus omniun contra eum.* Hasta el insigne Jovellanos no creyó desautorizar su carácter y sus estudios entrando en la palestra, y le asestó dos romances burlescos á modo de jácaras de ciegos, en que hizo burla de sus escritos, de sus pretensiones y de sus combates. El campo quedó por ellos, y Huerta, que terminó sus trabajos por una traducción de la *Zayra* (2), plegaba la frente al parecer al gusto y opinión, contra la cual tan largo tiempo y con tanto tesón había combatido.

Era entonces el tiempo de esta clase de contiendas. El honor y favores esparcidos por el gobierno de Carlos III sobre las artes y las letras; el concurso de premios abierto por la Academia Española á los ingenios para obras de elocuencia y poesía; el que abrió la villa de Madrid para solemnizar la paz ajustada en 1783 con la nación británica; la atención pública llevada con interés á los productos de ingenio, que en tiempos felices como aquellos

---

(1) De juicio, sí, más no de ingenio escaso,
Aquí Huerta el audaz descanso goza;
Deja un puesto vacante en el Parnaso,
Y una jaula vacía en Zaragoza.

(IRIARTE).

(2) Dióle el título de *Xaira*, para no dejar de poner alguna extravagancia en esta especie de tributo que rendía al gusto moderno. La traducción está como todas sus cosas, muy desigual, y el sentido original en no pocas partes estropeado. Pero ¡cómo se luce á veces el versificador numeroso! Con qué valentía resuenan en el teatro algunas de sus cláusulas, cuando se saben decir! Aun no se ha olvidado el efecto que hacía el célebre Máiquez cuando se entraba por los bastidores declamando aquel bello final del acto 3.º:

El sexo que amenaza
Con su blandura avasallar al mundo,
Mande en Europa y obedezca en Asia.

ocupan agradablemente y embellecen la sociedad; mil otras circunstancias, en suma, habían excitado en gran manera la aplicación y el talento y despertado también la emulación y la rivalidad. Unos y otros aspiraban á la palma y á la primacía, y en vez de procurársela con obras verdaderamente de ingenio y de saber, se la querían arrancar unos á otros con disputas frívolas, cavilaciones y rencillas. Huerta, como hemos visto, estaba contra todos, y todos estaban contra Huerta; Forner contra Iriarte, Iriarte contra Forner; los apologistas de nuestras letras contra sus censores, y los censores de nuestras letras contra ellos. ¿Sobre qué no se escribió y de qué no se disputó? Fatigábanse las prensas y hervían las gacetas en publicaciones de folletos, sátiras y epigramas, que se lanzaban unos á otros los ingenios españoles, sin otro objeto que el de desacreditarse, desdorando el arte y perdiendo miserablemente el tiempo. Yo no decidiré aquí si el escándalo y perjuicios que esto ocasionaba eran suficientemente compensados con la actividad que estas guerrillas daban al espíritu literario, con los adelantamientos que en ellas se procuraban el arte de la crítica y del raciocinio, con las investigaciones, en fin, y con los descubrimientos que se hacían en el campo de la crítica y de la historia. Aun cuando se concedan fácilmente estas ventajas bajo un aspecto, siempre queda mucha duda de que el arte ganase algo con tan interminables debates. El verdadero culto de las musas consiste en versos, no en críticas; y la opinión que lleva á la estimación y á la gloria es la que uno se adquiere por sí mismo, y no la que quita á los demás. ¿Dónde estarían las artes, dónde las ciencias, dónde la moral, si estuviera en manos de la petulancia y de la mala fe, ayudadas en buen hora de la agudeza y del talento, convertir lo verdadero en falso, en feo lo hermoso, en malo lo bueno? Esto no es posible, y toda obra que tiene en sí un principio de vida, suficiente para poder subsistir, está á descubierto de estos esfuerzos impotentes de la contradicción y la malicia. ¿Qué queda de tantas satirillas, unas chistosas y otras insulsas, como se escribieron contra Huerta? Nada; pero queda su *Raquel*, y sus adversarios tendrían á buena dicha que sus composiciones dramáticas, si alguna hicieron, ocupasen en la escena el lugar honroso y distinguido en que aquella pieza está colocada. Todas las invectivas

de Forner contra Iriarte no han podido quitar á las fábulas literarias la opinión pública que cada día las favorece más, y todos los desprecios de Iriarte hacia Forner no le han podido arrancar el concepto ventajoso que se merecía, por su disposición poco común para la poesía elevada, por el brío y resolución con que escribía la prosa, por su constante aplicación y por su inmensa doctrina. Y por el contrario, ¿qué necesidad tenía la *Riada* de la carta fulminante de Varas para venir al suelo? Por su mismo peso cayera aquel tan pobre poema, al modo que se han sepultado también en el olvido más profundo, sin que nadie les ayudase á caer, las anacreónticas del supuesto Melchor Díaz, los versos y demás escritos del malhadado Trigueros,



ARTÍCULO IV

IRIARTE--SAMANIEGO--PROSAISMO

Don Tomás de Iriarte, que tuvo demasiada intervención activa y pasivamente en estas contiendas, ocupaba entonces un lugar muy distinguido en nuestra literatura, debido en gran parte á sus talentos, pero también á circunstancias que no eran absolutamente literarias. Todo lo que una razón bien formada, una erudición escogida, una discreción natural cultivada con el trato más urbano de la corte, podían procurar de regularidad, de juicio, de tersura y de elegancia á un ingenio vivo y depejado, otro tanto ponía este escritor en sus obras, que de pronto excitaron notablemente la atención pública y le dieron mucha nombradía. Pero si estas calidades bastaban para ejercitarse felizmente en los géneros medios y templados, no así en los que exigen mucha elevación de alma, gran vuelo de fantasía, viveza en la expresión de los afectos, gala y fuerza en los colores, número y flexibilidad en los sonidos. De estas dotes, que son los grandes y verdaderos medios poéticos, Iriarte enteramente carecía. Así es que, siendo poeta frecuentemente en sus fábulas, y alguna vez en sus epístolas, epigramas y poesías, ligeras, no lo es

nunca en el poema de la *Música*, que es más bien un tratado que un poema; no lo es en sus descripciones campestres, faltas donde quiera de sencillez, de amenidad y de halago; no lo es en su *Guzmán*, imitación infeliz de un modelo que debió ser el único ejemplar en su género; y menos, en fin, lo es en su traducción de la *Eneida*, de la cual se puede decir que comprendía perfectamente bien el sentido, pero no la poesía. Difuso, laxo, frío, sin color, y (lo que es más extraño en un músico) falto de ritmo y de armonía (1), aun cuando sus versos sean tersos y elegantes, ni pinta, ni conmueve, ni interesa; y sus escritos quedan como ejemplo y escarmiento de cuánto pierde un autor cuando se empeña en seguir sendas á que su natural no le inclina, y en donde no le bastan sus fuerzas.

Eran, sin embargo, tales su autoridad y su crédito, que Samaniego, al publicar por el mismo tiempo sus *Fábulas morales*, le decía al frente del libro 3.º de ellas:

En mis versos, Iriarte,
Ya no quiero más arte
Que poner á los tuyos por modelo;
A competir anhelo

---

(1) Causa ciertamente maravilla que un hombre que por su afición y práctica en la música debía tener un oído tan delicado, diese principio á su poema con un verso á quien falta la cadencia y acentuación de tal; y que jamás quisiese corregirle, sin embargo de ser tan fácil. De cualquiera modo que se coloquen haciendo sentido las palabras que le componen, resulta siempre un verso bien construído, menos en la combinación en que él las puso: él escribió:

Las maravillas de aquel arte canto;

lo que no es propiamente verso, pudiendo serlo de estos otros tres modos:

Canto las maravillas de aquel arte,
Canto del arte aquel las maravillas,
Del arte aquel las maravillas canto.

Contábase entonces que Huerta, recientemente reconciliado con Iriarte, y convidado á una lectura del poema, al oir el primer verso y extrañando su disonancia, se le hizo repetir dos veces, preguntó si había allí alguna errata, y viendo que el autor no convenía en la necesidad de reformarle, se levantó de su asiento y dejó la concurrencia, sin que ni el ruego, ni el respeto, ni consideración alguna le pudiesen reducir á que continuase escuchando.

Con tu numen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira;
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser; ordena Apolo
Que digno sólo tú la pulses solo.
¿Y por qué sólo tú? Pues cuando menos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases
Y desde allí cantases,
«Risco tramonto de época altanera»,
Góngora que te siga te dijera.
Pero si vas marchando por el llano,
Cantándonos en verso castellano
Cosas claras, sencillas, naturales,
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende poesía
Dice «Eso yo también me lo diría»;
¿Por qué no he de imitarte? etc.

Sin duda Samaniego, en obsequio de la doctrina que predica y del modelo que admira, se esfuerza aquí á dar el ejemplo con la regla; y lo hace en versos tan naturales y tan llanos, que tocan ya en triviales y rastreros. Pero sin insistir en ello, por los respetos que se le deben, podría reponérsele que semejante estilo y versificación, propios de una fábula, de una epístola familiar ó de un cuento alegre y picaresco, no lo son en modo alguno de los géneros elevados de la poesía, donde

Non satis est puris versum perscribere verbis

Podría manifestársele también que él mismo, por más que diga, no sigue tan puntualmente las huellas del escritor madrileño. Él no ponía en sus apólogos igual cultura, igual limpieza de ejecución, igual mérito de invención y de oportunidad que el que luce en las *Fábulas literarias*. Samaniego procede con más abandono, y á veces con descuido y desaliño; pero ¿con cuánta más gracia, con cuánta más poesía de estilo cuando el objeto lo re-

quiere, con cuánto más jugo y flexibilidad? Iriarte cuenta bien, pero Samaniego pinta; el uno es ingenioso y discreto, el otro gracioso y natural. Las sales y los idiotismos que uno y otro esparcen en su obra son igualmente oportunos y castizos; pero el uno los busca, el otro los encuentra sin buscarlos, y parece que los produce por sí mismo: en fin, el colorido con que Samaniego viste sus pinturas, y el ritmo y armonía con que las vigoriza y les da halago, en nada dañan jamás al donaire, á la sencillez, á la claridad ni al despejo. Si en él hubiera algo más de candor é ingenuidad, si descubriera menos malicia, si supiera elevarse á las profundas miras y grandes pensamientos morales á que debe remontarse á veces La-Fontaine, sin dejar de ser fabulista; si diera, en fin, más perfección á sus versos cortos, que no corren cuando los escribe solos con la misma gracia y fluídez que cuando los combina con los grandes, sería difícil negarle el primer lugar entre los más felices imitadores del fabulista francés. Aun así, ¿quién se lo podrá disputar? Por opinión y por uso ya sus fábulas se han hecho clásicas, no hay niño que no las aprenda con facilidad y con gusto, no hay hombre hecho que no les tenga afición; las ediciones se repiten á porfía, y el gran calificador del mérito de los escritos, el tiempo, confirma cada día más el feliz desempeño del autor en el útil y noble objeto que se propuso.

Este gusto abandonado y natural, introducido y autorizado con las obras de estos dos escritores, fué seguido por don Francisco Gregorio de Salas, autor de algunos epigramas chistosos y del *Observatorio rústico,* en que, por el aprecio y amor que el autor se concilia, se desea que hubiese más poesía; por don Vicente María Santibáñez, traductor de la *Heróida* de Pope, con cuyo estilo y carácter tenía el suyo tan poca analogía y semejanza; por el marqués de Ureña, autor del poema burlesco de la *Pasmodia;* por el conde de Noroña que, exceptuada la oda *A la paz,* donde levantó algún tanto el tono, lo demás que escribió está también en este estilo; por otros escritores, en fin, de mucho menos nota y tan pronto nacidos como olvidados.

La poesía en aquel tiempo, libertada de los últimos delirios del culteranismo apadrinados por Huerta, se veía expuesta á otros vicios, por ventura más contrarios á su naturaleza, que eran el prosaismo y la flojedad. La ma-

yor parte de los versos que entonces se escribían, á fuerza de aspirar á la llaneza, á la claridad y á la sencillez, rayaban en los términos de lo bajo y lo trivial. Pensaban sus autores que por haber ajustado sus pensamientos en renglones de once sílabas, con alguna cadencia métrica y buenos consonantes al fin, dispuestos en una simetría exacta y puntual, estos renglones eran versos, y ellos, por consiguiente, poetas; pero Horacio ha dicho que no son propiamente poemas aquellos donde

Acer spiritus ac vis
Nec verbis nec rebus inest;

y en los escritos de que hablamos ni había fuerza ni vigor en los pensamientos, ni color en el estilo, ni ritmo en las palabras. Esta última falta es la que menos se disimula á un poeta; porque como siempre se le supone cantando, y por medio del oído se ha de dirigir al corazón y á la fantasía, resulta que la parte música, ó llámese *ritmo,* del discurso, es la calidad primera y la más esencial de su arte y de su talento.

Cuando leemos en Virgilio:

Jam mihi per rupe videor lucosque sonantes
Ire: libet Partho torquere Cydonia cornu
Spicula: tamquam haec sint nostri medicina furoris,
Aut Deus ille malis hominum mitescere discat,

lo que llama comunmente la atención, es la belleza y vivacidad de las dos imágenes primeras, y la melancólica expresión de los dos sentimientos con que se termina el pasaje. Pero el delicado y exquisito gusto con que están enlazadas las cláusulas que le componen, las inflexiones, los cortes suspensivos, el suave y querelloso desaliento de la frase final, la magia prosódica, en fin, que anima y da vida á todo este admirable período, será sentida y conocida de solo aquellos pocos cuya alma y cuyo oído simpaticen en algún modo con el alma y el oído de Virgilio.

Si se nos preguntase en qué consiste este ritmo, responderíamos con un elocuente escritor cuyas ideas aquí resumimos, que el ritmo consiste en un conjunto particular de expresiones delicadamente escogidas; en una distri-

bución de sílabas lentas ó rápidas, sordas ó agudas, ásperas ó suaves, alegres ó melancólicas, en un encadenamiento, en fin, de onomatopeyas análogas á las ideas de que el poeta está fuertemente poseído; á los sentimientos que le agitan, á las imágenes que le ocupan, á las sensaciones que quiere producir, á la naturaleza, movimiento y carácter de las acciones y pasiones que se propone expresar. Así el ritmo es la imagen de lo que pasa en el alma del poeta, manifestada por las inflexiones de su voz, por sus degradaciones sucesivas, por los pasajes y tonos diversos de un discurso; don natural que nace de la sensibilidad de los órganos y de la movilidad del alma; secreto que ni se aprende ni se comunica, ni puede tampoco reducirse á reglas. Lo único que el arte puede hacer en él es perfeccionarle; pero aun esta perfección, siendo buscada, tiene un no sé qué de preparación y de aparato que ya perjudica á su efecto. El ritmo de reflexión agrada siempre menos que el de instinto, porque el instinto se plega de suyo á las infinitas variedades del ritmo, y esto á la reflexión no le es fácil. De aquí nace una de las diferencias que los grandes humanistas hallan entre Homero y Virgilio, entre Ariosto y el Tasso. Sucede igualmente así entre nuestros poetas. Herrera, que busca el ritmo con tanto esmero, no siempre acierta á encontrarle, mientras que sus discípulos Arguijo y Rioja le suelen hallar con más facilidad; y que en poetas menos perfectos, pero más naturales, viene á veces por sí mismo á colocarse en sus versos, como sucede á veces con Lope de Vega y Valbuena.

El estudio y el gusto que se adquiere con la instrucción pueden señalar el sitio donde conviene poner este verso:

Por el puro, adormido y vago cielo;

también podrán dar la idea de empezar un soneto á una batalla naval con este otro:

Hondo ponto, que bramas atronado;

pero la naturaleza sola es la que dicta la acentuación verdadera, el ritmo propio de un período poético entero; ella sola es la que ha dictado á Valbuena esta octava, en que pinta, en las últimas palabras de una joven que se muere, su desaliento y agonía;

Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada;
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento.
¡Cielos! ¿Á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

La naturaleza es también la que inspiró á Lope de Vega estos versos, en que tan bien retratados están el delirio y la confusión de la desdeñada Eco cuando Narciso le dice repeliéndola:

Primero se verá firme la luna,
Parado el sol, constante la fortuna,
Y yo sin alma, que á mi cuerpo toques
Y á escuchar tus regalos me provoques:
¡Vete, loca mujer! ¡Vete, infelice!
Eco, por las oscuras
Sombras de aquellas espesuras
También huyendo, dice:
«¡Vete, loca mujer! ¡Vete, infelice!»
Hermosa llora, y desgraciada muere, etc.

Y este bellísimo trozo tiene tanto más el carácter de inspirado, cuanto que está confundido en un tropel de malísimos versos atestados de extravagancias y pedanterías. Pero ¿qué no se perdona á un poeta cuando acierta á producir esta música divina? Se le ve á veces por lograrla sacrificar hasta la propiedad de los términos; y el hombre sensible que le escucha no sólo le perdona, sino que le agradece también este sacrificio (1). Sin esta armonía no valen ningunos versos la pena de leerse, porque carecen de movimiento y de color. Ella es la que da á los escritos una gracia siempre nueva y la que produce el placer que se siente en oir ó declamar buenos versos, aun cuando se sepan de memoria; porque, si bien pueden retenerse las ideas y las imágenes, no así el encadenamiento de las inflexiones fugitivas de la armonía.

---

(1) *Impetratum est á consuetudine, ut peccare suavitatis causa liceret.* (Cic., *Orator.*, 47.)

Y lo peor es que sin la facilidad de encontrar esta acentuación no sólo no se escribe bien en verso, pero ni tampoco en prosa, ni aun se lee ni se habla bien. Todo esto se hace con el alma, y el ritmo que la retrata de ella nace y á ella se dirige. Y así, cuando un poeta es seco, duro y desabrido no se diga de él que no tiene oído, lo que debe decirse es que no tiene alma.

Disimúlese esta digresión á la necesidad de fijar y aclarar ciertas ideas, y téngase por una transición que ocasiona la diferencia observada entre los poetas de que acabamos de hablar y los que van á ser objeto de nuestra atención ulterior.



ARTÍCULO V

MELÉNDEZ.--JOVELLANOS

Formábase entre tanto y empezaba á florecer en Salamanca el ingenio que había de dar al arte un rumbo y carácter enteramente diverso; el único que el siglo XVIII puede, sin recelo de quedar vencido, oponer á los líricos españoles de los siglos anteriores. Imaginación viva y flexible, sensibilidad ardiente y delicada, tino y gusto en observar los accidentes de los fenómenos que la naturaleza presenta á los sentidos y al alma, un espíritu fácil á la exaltación y entusiasmo; en fin, un oído exquisito y delicado para sentir y producir los atractivos de la armonía, fueron las dotes con que la naturaleza enriqueció á Meléndez, y que los excelentes estudios, en que Cadalso le sirvió de guía, cultivaron y desenvolvieron con el éxito más feliz. Ayudaba á ello desde Sevilla con sus continuos avisos y exhortaciones el inmortal Jovellanos, y sosteníanle en su aplicación y en sus esfuerzos sus dos amigos y compañeros, el festivo Iglesias y el agustiniano González. No tardó mucho en salir á volar con sus propias alas y en recibir las palmas debidas á su laudable anhelo y justas esperanzas; su *Batilo,* su oda *Á las artes,* sus *Bodas de Camacho* (que aquí consideramos sólo por su aspecto lírico y no por el dra-

mático); en fin, el tomo de sus poesías, publicado en 1785, fueron otros tantos triunfos que, asegurando los progresos y el carácter del arte, coronaron al autor de una gloria que se va haciendo más sólida y brillante cada día, y probablemente no perecerá jamás.

Veíase sin duda en aquellas poesías un estilo y una entonación semejantes á la que en los versos cortos habían puesto Góngora y Villegas, y á la que en los mayores usaron Garcilaso, Luis de León, Herrera y Francisco de la Torre; pero con infinito más gusto, con una elegancia más continua y más esmerada, con una poesía de estilo más vigorosa y pintoresca, con una elección de asuntos y pensamientos harto más interesante, efecto necesario y natural de una instrucción bebida en libros y en autores que habían venido después. No era posible á Villegas hacer una anacreóntica tan pura como la de *El viento,* ni á Góngora un romance tan ideal y melancólico como el de *La tarde,* ni á ninguno de los otros escritores tomar un vuelo tan alto y tan sostenido como el que se admira en las dos odas *A las artes,* en la fúnebre *Á Cadalso* y en la de *Las estrellas.* No es mi ánimo aquí preferir talentos á talentos y sacrificar el concepto bien merecido de los padres de nuestra poesía en las aras de su sucesor, porque fué mi maestro y mi amigo. Lejos de mí tan injusta y temeraria parcialidad. Yo comparo solamente las obras, y hallo que el escritor moderno, si bien formado por el ejemplo de los antiguos, ha podido, ayudado de los adelantamientos del tiempo en que vivía, dar mayor interés y consistencia á sus ideas, más grandeza y regularidad á su composición, más fuerza y seguridad á su movimiento.

No hay duda que en los géneros cortos, especialmente en los romances y anacreónticas, ha alcanzado á una perfección no conocida hasta él, y todavía no seguída, ni aun de lejos, por los que se han propuesto seguirle. La opinión no le es tan favorable en los versos mayores y en los géneros de más alta y grave composición; mas aun cuando pueda concederse fácilmente que es mucho más perfecto y agradable en los unos que en los otros, sería injusto negarle el tributo de gratitud y admiración que se le debe por el gran talento que mostró y por el adelantamiento que supo dar á muchos de esos géneros, en los cuales podrá en buen hora encontrársele desigual á sí mismo,

pero no menos grande si se le compara con los demás escritores. Sus versos endecasílabos, cuando se emplean en asuntos bucólicos ó descriptivos, tienen todo el gusto y la perfección del género á que corresponden. Si el argumento es lírico, cualquiera que sea su elevación ó dificultad, Meléndez se alza y se iguala con él y le desempeña con tanta destreza como felicidad. Su estilo está lleno de poesía y de color, sus versos son apacibles y sonoros, sus períodos en general bien y convenientemente construídos y distribuídos; su *Batilo,* en fin, sus silvas, sus epístolas, algunas elegías y tantas odas excelentes, así en el género templado como en el sublime, le calificarán siempre de un poeta de primer orden, aun sin el auxilio de sus anacreónticas, de sus romances y de sus idilios.

Es preciso confesar, sin embargo, que su carácter propendía más á la gracia, á la morbidez y á la ternura que al vigor y á la energía. El carácter pastoril que ha dado á la mayor parte de sus poemas les quita el halago y el interés de la variedad y contribuye también á darles un tono de afeminación y de molicie que descontenta al ánimo, por poco austero que sea. Era singular sin duda su talento para describir; pero le sucede lo que á todos, que es abusar de lo que se tiene en demasía, y por abundante da en difuso, y por volver frecuentemente á unos mismos objetos es cansado; bien que este defecto sea por ventura más propio del género que del escritor. En las composiciones doctrinales y filosóficas suple la falta de fuerza con la declamación, y lo vago de las ideas con el lujo del estilo. Por último, en la parte de invención y composición deja siempre algo que desear; el interés no es progresivo, las terminaciones no son siempre felices y bien graduadas, y el arreglo del todo no corresponde siempre al mérito de la bella ejecución en cada una de sus partes. Siente bien, describe bien, cuenta poco y dialoga mal. Nunca debió arrojarse á tratar asuntos que no estaban ni en su cuerda ni en su carácter; y la *Caída de Luzbel,* el *Sistema del universo,* la *Inmensidad de la naturaleza* y otros argumentos de igual clase prueban con la infelicidad de su desempeño que si el objeto y el conjunto de las ideas cabían en los principios y en el saber del autor, no se avenían de modo alguno con los medios poéticos que poseía.

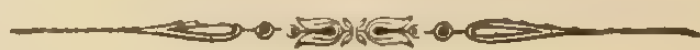
Esta desigualdad en sus obras se notara menos y su gloria fuera harto más pura si en las diferentes ediciones que hizo de sus poesías hubiera procedido con más esmero y otra severidad. La última, sobre todo, que él dejó arreglada antes de morir, y en que sus editores siguieron puntualmente sus instrucciones, no debiera ya resentirse de tan excesiva indulgencia. Y así como en la segunda que hizo en Valladolid tuvo la resolución de desechar diferentes composiciones que acusaban demasiado los pocos años y la inexperiencia del autor, debió también tener en la última la misma entereza y excluír todo aquello que el tiempo había calificado como poco digno del resto; con tanta más razón, cuanto que salía enriquecida de tantos versos nuevos y exquisitos. Cuatro volúmenes de anacreónticas, romances, odas, églogas y elegías, todas de una misma pluma, y las más sobre materia campestre y pastoril, son por cierto demasiados; y no era fácil, ó más bien, era imposible, distribuír por todos ellos el interés y la variedad suficiente para poderse leer con igual placer que estimación. Esto obligaba á entresacar de todas aquellas obras lo que mereciese la unánime aprobación de la razón y el buen gusto, y desechando irremisiblemente lo demás, hacer de lo escogido solamente dos tomos, y estos dos tomos fueran de oro.

Al fijar en esta época literaria la vista sobre Meléndez, se presenta al instante á par de él el ilustre Jovellanos como amigo, como Mecenas y como compañero en los progresos del arte. La variedad de talentos y de conocimientos que este hombre insigne poseía, y la muchedumbre de trabajos útiles en que se ejercitó, formarían un cuadro tan singular como interesante y glorioso á nuestras letras y á nuestra civilización, si este fuese el lugar propio de trazarlo. Él pertenecía á la elocuencia por sus bellos elogios; á la historia por su discurso sobre los espectáculos, y por mil investigaciones curiosas y eruditas sobre nuestras antigüedades; á las nobles artes por su pasión, por su gusto exquisito en ellas y por la protección que les daba; á la economía por su admirable ley agraria; á la política por sus elocuentes Memorias; á las ciencias por el instituto que fundó; á la filosofía por el grande espíritu que animó todos sus trabajos; á la virtud por los ejemplos de dignidad, de justicia, de entereza y de amor á su patria y á los hombres, que

toda su vida dió con el anhelo más vivo y con la constancia más noble. Era, por cierto, un espectáculo tan bello y grato como raro y singular ver la afluencia de todos los estudios, de todos los talentos, á aquella casa, que parecía el asilo y el templo de las musas. El artista, del mismo modo que el orador, el historiador y el poeta, el jurisconsulto y el economista, el hombre de letras consumado y el alumno que apenas empezaba; todos eran recibidos con benevolencia y afición, todos entendidos y contestados en su lengua y en su ramo: los unos recibían aviso, los otros lecciones, otros fomento, algunos auxilio, y todos placer y honor. El respeto y el amor que se conciliaba con este atractivo general era consiguiente al bien que las letras y las artes y los que las cultivaban recibían de esta conducta grande y generosa. Todos le amaban, todos le veneraban. y una mirada de aprobación, una sonrisa de Jovino era la recompensa más grata que entonces podían recibir la aplicación y el ingenio.

Pero aquí le consideramos sólo por sus relaciones con la poesía, arte que siempre amó, que cultivó en muchos de sus géneros de un modo siempre apreciable y á veces sobresaliente, y á cuyos progresos puede decirse contribuyó todavía más con sus consejos y su influjo que con su ejemplo, con ser este tan grande y poderoso. Comenzóse á formar en Sevilla al mismo tiempo que Meléndez en Salamanca: y amigos comunes les hicieron conocerse, escribirse y formar aquella conexión que duró la mayor parte de su vida, y que tan provochosa fué á Meléndez y tan gloriosa á los dos. Allí escribió su *Delincuente honrado,* su *Pelayo,* su traducción del libro primero de *El Paraíso perdido*, y diferentes poesías líricas que corren manuscritas. En todas estas producciones se descubre bien el talento, el sano juicio y las buenas ideas y gusto de su autor; pero el estilo, no bien formado todavía, es más bien una prosa noble y culta, que una dicción verdaderamente poética: los versos no tienen el halago, el número y la armonía que necesitan para herir agradablemente el oído y grabarse en la memoria. Los cortos, sobre todo, están generalmente mal construídos, faltos de gracia, de cadencia y de rotundidad. Quizá en Sevilla no tenía con quién aconsejarse oportunamente cuando componía, ó no había podido hacer en nuestros poetas el estudio ne-

cesario para adquirir en esta parte la práctica que le faltaba; quizá el trato más frecuente que tuvo después con Meléndez, con el maestro González y con otros humanistas, le dió luces y máximas que él supo aprovechar con envidiable destreza: lo cierto es que hasta que compuso la *Descripción del Paular* y las dos sátiras que tantas veces se han reimpreso, ni sus versos ni su estilo tienen, rigorosamente hablando, el carácter de verdadera poesía. Ya estos escritos lo son; y por la belleza, brío y perfección con que están ejecutados, el autor pudo ponerse en primera línea á par de los que entonces cultivaban el arte con más acierto y mayor reputación. Pudieran dolerse las musas de que un escritor dotado de tan ventajosas cualidades no se ocupase exclusivamente de ellas. Los géneros nobles y elevados, á que él por carácter y estudios propendía, ganaran mucho sin duda con su aplicación á ellos. Pero en las altas y nobles atenciones en que estuvo ocupado sin cesar, no le era posible frecuentar más el Parnaso, y sólo puede considerársele como un ardiente apasionado de los ejercicios de las musas. A ellas debió su educación primera, á ellas después sus más dulces distracciones, á ellas, en fin, la elegancia y la armonía de su prosa majestuosa y elocuente. En sus brazos nació, y en sus brazos también puede decirse que murió: su último escrito fué un canto patriótico á los astures, y en este eco de su voz agonizante resonaron por última vez en los labios de Jovino la patria y la poesía.



ARTÍCULO VI

DE CIENFUEGOS Y OTROS POETAS.—CONCLUSIÓN

Iglesias, amigo también y compañero de estudios de Meléndez, siguió diverso rumbo que él, y con sus epigramas y letrillas ha logrado un aplauso general y bien merecido. Para esta clase de poesía satírica y juguetona, su talento era sin duda eminente, y á nadie cede sino á Quevedo, del cual, si á la verdad no tiene el raudal ni la vivacidad, tampoco presenta el mal gusto

y las extravagancias. Faltóle estar en un teatro mayor para dar más extensión á sus miras, y poder tender su azote sobre vicios y defectos que en el retiro en que vivía no podía conocer ni adivinar. Faltóle también más caudal de instrucción: la que tenía era superficial y poco correspondiente á la época en que escribía, y sus estudios se limitaban al manejo casi exclusivo de los poetas antiguos españoles, que leía, copiaba y aun desmenuzaba para aprovecharse de sus fragmentos (1). Esta exclusión de estudios pudo sin duda limitar el caudal de sus pensamientos y de sus medios; pero le afianzó una calidad poco común entre sus contemporáneos, la de ser eminentemente puro en la dicción, y que todas sus frases, palabras y modismos, tan castizos como claros, puedan usarse con seguridad y confianza. A la misma escuela pertenece el agustiniano fray Diego González, exacto y puntual observador del lenguaje y formas antiguas, y cuya modesta ambición se contentó con el título de hábil imitador de un gran poeta.

Pero de todos los discípulos de aquella escuela, fundada por Cadalso y tan ilustrada por Meléndez, el que después de este lírico insigne ha llamado más la atención pública, así para la crítica como para el aplauso, es Cienfuegos. Los humanistas afectan ahora tratarle con un rigor tanto más extraño, cuanto más favorable había sido la acogida que sus escritos lograron en un principio. Los ánimos se hallaban entonces mejor preparados á recibir las impresiones que les daba un escritor entregado todo á la ilusión de la filantropía más exaltada, á las sensaciones deliciosas y tristes de la melancolía más profunda, y defensor valiente de todas aquellas virtudes en que consisten la dignidad y la elevación humana. Su imaginación, tan ardiente como

(1) Entre la confusión de papeles que dejó al morir se encontraron muchos que no eran más que centones de versos de diferentes poetas antiguos, unas veces descompuestos, otras literales, pero siempre combinados de manera que formasen un todo regular. De esta clase son algunas de sus odas y la mayor parte de sus villanescas, de sus églogas y de sus idilios. Las principales fuentes donde bebía para este trabajo eran Valbuena y Quevedo. Ignórase el uso que pensaba hacer en adelante de estos estudios, y sus editores los publicaron conforme vinieron á sus manos. Lo más particular es que en ellos lo raro y extraño de la ejecución no perjudica á la sencillez del pensamiento principal, ni á la regularidad del todo, ni á la gracia en las letrillas, ni al fuego y expresión melancólica de las odas y de los idilios.

viva, se ponía fácilmente al nivel de estos sentimientos, y los ecos en que se exhalaban eran tan enérgicos como robustos. Nadie le excede en fuerza y en vehemencia, y no sería mucho decir que tampoco nadie le iguala. Aunque el fondo de ideas sobre que su imaginación se ejercita pueda decirse tomado de la filosofía francesa, no ciertamente el tono ni el carácter, que guardan más semejanza con la poesía osiánica y con la poesía alemana. Pero si el estilo, por llevar el sello robusto y fogoso de su índole y de su ingenio, se hacía respetar de los lectores, no así la dicción, á que daban cierto aire de afectación y extrañeza el uso excesivo de palabras compuestas, los arcaismos poco necesarios, y sobre todo las frases y palabras inventadas por el escritor, y usadas por su autoridad particular. Disimuláronse de pronto estas libertades en obsequio de las nobles miras, grandeza de pensamientos, bellas imágenes y calor arrebatado con que se enriquecían y animaban aquellos versos, de un carácter nuevo hasta entonces en nuestra poesía. Meléndez á la sazón había dejado de escribir, don Leandro Moratín se hallaba fuera de España, otros escritores que entonces comenzaban no habían adquirido aun la fuerza ni el nombre que después. Así, Cienfuegos, desde que empezaron á conocerse los primeros ensayos, parecía la sola esperanza de nuestro Parnaso, y los amantes de las musas le respetaron y saludaron como á tal. Mucho antes de que sus versos saliesen á luz, uno de los que más agriamente los han censurado después decía públicamente que cuando llegasen á imprimirse «tendría la España un poeta». Jovellanos, tan propio por su carácter y por la propensión de su espíritu para juzgar y apreciar los nobles cantos del nuevo escritor, decía «que Cienfuegos había puesto el punto muy alto». Realmente era así, y el yerro de este poeta consistía en haber llevado la exaltación de sus ilusiones y sentimientos ideales hasta un grado difícil de ponerse en armonía con el temple de los demás.

Esta aura de favor se ha convertido después en una severidad, en mi opinión injusta, y sin duda alguna excesiva, dándose como dificultosamente el título de poeta á quien por ventura el defecto real que manifiesta es el de serlo en demasía. Por unas pocas locuciones, viciosas si se quiere y desdeñadas del gusto y uso común, se le tacha de escritor extravagante y conta-

gioso, de quien la juventud debe huir si no quiere corromperse. Yo no trataré aquí ni de acusar ni de defender estas innovaciones de lenguaje, porque su examen no es de este lugar; pero sí diré que ellas solas no constituyen la poesía de Cienfuegos (1). Cuando se haya manifestado que sus versos no tienen ni cadencia ni armonía, que están faltos de imaginación y de fuego, que sus miras son pobres, sus asuntos malos, y su ejecución peor, entonces podrá parecer fundado el ceño con que se le mira. Pero los dos poemas líricos de *El Otoño* y de *La Primavera,* sus bellas epístolas morales y afectuosas, el primero y tercer acto de la *Zoraida,* el papel de Rodrigo en *La condesa de Castilla*, el conjunto grande y majestuoso que presenta el *Idomeneo,* el fácil desempeño del *Pítaco,* tantos trozos, en fin, admirables ó por la sentencia, ó por la fantasía, ó por el calor de la expresión, reclamarán siempre contra esta prevención injusta, y ponen al autor en un lugar harto eminente para que su nombre puede ser repetido jamás con indiferencia ó con desprecio.

Meléndez, Jovellanos, Cienfuegos y sus imitadores habían introducido en la poesía española un gusto extraño, que parece tomado del francés, del alemán y del inglés. Otros han seguido diverso camino, y han preferido la imitación italiana, cuyas formas tienen más analogía con las nuestras, y por lo mismo su carácter ha podido parecer más puro y más natural. La índole propia de esta escuela es poner todo su esmero en la puntual simetría de los metros, en el halago de les números y en la elegancia y pureza del estilo, en la facilidad y limpieza de la ejecución. Las dotes exteriores son su principal cuidado; los asuntos y los pensamientos no tanto: por manera que no

(1) Todo poeta que tiene que formarse una dicción porque la que encuentra hecha no le basta para la expresión de lo que siente ó de lo que pinta, por más esmero que ponga, se resiente siempre de la predilección que da á ciertas expresiones ó palabras, que, por repetidas ó por poco conformes al estilo y gusto común, constituyen lo que se llama *afectación ó manera.* Herrera tiene la suya, Meléndez la tiene también, y á Cienfuegos ha sucedido respectivamente lo mismo. Todos ellos, cuál más, cual menos, presentan un vicio en esta parte, que sus buenos imitadores procuran evitar y que los talentos mediocres exageran. Acaso las innovaciones hechas por Cienfuegos no son tan extrañas por sí mismas como por el lugar en que las introduce; y lo que más le ha perjudicado es el uso que ha hecho de ellas en sus tragedias, género que por su naturaleza se presta menos que el lírico á semejantes tentativas.

siempre se encuentran en ella la elevación, la fuerza y el vigor de expresión que serian de desear. Mas no por eso se la debe tener en menos, si es cierto que las gracias, la facilidad y la música son una parte tan esencial de la poesía. Este estilo, á lo menos en gracias y en halago, no es vencido ni por ventura igualado de otro alguno. No hacemos aquí mención de los escritores que más se han señalado en este género, porque los unos aun viven, y es tan corto el tiempo que ha pasado desde el fallecimiento de otros, que puede considerárseles todavía como vivos, y por más imparcialidad que se guardase al hacer el examen crítico de su carácter y mérito poético, la censura podría parecer contradicción, y los aplausos lisonja.

Si después de recorrido este período se preguntase cuáles son los progresos que el arte debe á los ingenios que le han cultivado, puede responderse que la poesía les debe todo, pues que les debe su restauración en un tiempo en que ya no había musas en España. Ellos se las restituyeron, haciéndolas cantar con un tono más grave y sostenido, en composiciones más esmeradas y regulares, y con formas, en fin, más elegantes y decorosas. El apólogo es todo de este siglo, la tragedia clásica lo es también, y lo es la comedia de Terencio, no conocida tampoco en toda su pureza hasta que con tanto aplauso la presentó en el teatro Moratín. Hay asimismo en los poetas modernos un caudal de ideas, de documentos de filosofía y de instrucción, que no se encuentra, geralmente hablando, en los de los siglos anteriores. Pero es preciso confesar también que en abundancia, en facilidad, y en riqueza de fantasía no pueden competir con los antiguos, y que en esta última época el raudal de la poesía española ha sido más escasa, con menos galas, menos armonía, y por consiguiente, con menos efecto y menos agrado. Las causas de esta diferencia son muchas, pero aquí solo indidaremos algunas.

Atiéndase primero á que el sistema clásico, seguido constantemente por los autores de este siglo, les ha quitado mucha parte de su fuerza para volar con desahogo y producir con profusión. Corre mucho el que va libre, y sería injusto exigir igual osadía y presteza del que tiene que ir sujeto á tantos otros miramientos de conveniencia y verosimilitud. Venciérase sin duda esta dificultad, á mostrar el público y los poderosos un gusto y una pasión más

declarada en favor de este ramo de cultura. Pero entre los que han tenido en sus manos los destinos de la España y el manejo de sus negocios, ninguno ha tenido afición particular á la poesía, pocos han querido ó sabido apreciarla, muchos menos comprenderla. De aquí la estimación escasa, el ningún fomento, el corto estímulo y la poca estimación (1): fenómeno tan natural como necesario, atendidos los progresos que iban haciendo cada día entre las naciones de Europa, de una parte la razón, y de otra parte el interés. La poesía, hija de la imaginación, tiene su principal valor y su influjo más poderoso en la infancia y en la juventud de los pueblos, más sujetos entonces á dejarse vencer de los prestigios que el arte lleva consigo. Pero cuando la razón empieza á prevalecer, y las miras de utilidad á dominar en los ánimos, ya es preciso en tal caso que la poesía decaiga.

España en el siglo XVIII ha empezado á pensar, á analizar y á calcular; ha tratado de adquirir artes útiles y productivas, de fomentar las ciencias, sin las cuales estas artes no pueden sostenerse ni progresar, y de ponerse, en cuanto le fuese posible, al nivel de las demás naciones en prosperidad y en riqueza. En tal estado y con semejante ahinco, ¿cómo podría dar interés y atención á estos juegos del ingenio que sirven de distracción un momento, y después no se estiman y se olvidan? Tampoco era tan rica, que lo pudiese pagar, y por consiguiente, el arte, falto de gloria y de recompensa, no podía dejar de ir á menos (2). Sola la poesía dramática, por su particular carácter y por las aplicaciones necesarias que tiene, podía en tales circunstancias prosperar; pero por causas cuya explicación pertenece más bien á la historia

---

(1) Á esta observación natural no se opone el período de favor que lograron las artes y las letras en el reinado de Carlos III: este período fué muy corto, y quince años de intermedio, por felices que fuesen, no podrían contrapesar el influjo siniestro de todo un siglo.

(2) No es decir con esto qu los ingenios fuesen despreciados y desatendidos: al contrario, una gran parte de los que más se han distinguido han sido elevados á destinos importantes y honoríficos por solo el mérito de sus estudios y de sus talentos. Pero cuando Meléndez era agraciado con una plaza en la audiencia de Aragón, Forner con otra en la de Sevilla, Cienfuegos con una en la secretaría de Estado, y otros á este tenor, ellos en buen hora podían ganar mucho en fortuna y en consideración civil, pero el arte perdía otro tanto, no pudiendo ya contar con sus trabajos para enriquecer su caudal.

del teatro que á este discurso, no podía pasar entre nosotros de meras tentativas. Cerrados. pues, todos los caminos á la emulación y á la prosperidad, los ingenios que más prometían se han visto obligados á abandonar un arte que tan pocas ventajas les presentaba, y se han entregado á otras ocupaciones que ofrecían mejor perspectiva á su ambición y mayor campo á sus esperanzas. Por manera que, bien considerado todo, es aun más de admirar y agradecer lo que se ha hecho, que de culpar y quejarse de lo que falta. Los poetas sin duda han sido en esta época menos en número que en lo pasado, y menos grandes, si se qniere; pero el siglo era también infinitamente menos poético que los anteriores.

SOBRE LA POESÍA ÉPICA CASTELLANA

Suelen los pueblos cultos, cuando logran tener en su lengua un poema heróico bien hecho, considerarle como el blasón principal de su literatura. Y no sin razón á la verdad, porque una obra de esta clase viene á ser su libro clásico, su archivo maestro. Allí es donde naturalmente y sin violencia se hace intervenir al cielo en el origen de las naciones, y su cuna se adorna y se rodea con toda la pompa y majestad de la religión. Lo que por la lejanía de los tiempos y por la obscuridad é incertidumbre de los monumentos no le es dado descubrir y contar á la historia, la musa épica se lo inspira y revela al poeta, que se hace oír y creer, subyugando los ánimos á fuerza de imaginación y de armonía. Armas, leyes, artes, costumbres, familias, lenguaje, pasiones, todo cuanto constituye el carácter y fisonomía de un pueblo, todo lo que concurre á su prosperidad y á su gloria, todo está allí, y todo se aprende y se cita con igual aplauso que veneración.

Pero joya de tan inestimable precio es menos una adquisición de industria y diligencia que lance de buena fortnna; porque son tantas y tales las dificultades que ofrecen para su ejecución estas obras complicadas y majestuosas, tantas y tan eminentes las dotes del escritor que se proponga vencerlas, y tan singulares, en fin, las circunstancias que han de cooperar á su triunfo, que el concurso de todas estas ventajas á una época dada y en un hombre sólo es ciertamente un prodigio más bien que un fenómeno ordinario. Y como los prodigios son raros, los poemas verdaderamente épicos no lo son menos. Así es que el desenfado de algunos rigoristas llega á decir que no se ha escrito más que uno y medio en el mundo; no siendo, en su concepto, los otros más que imperfectos bosquejos ó débiles y frías imitaciones del primero que abrió este áspero camino y dejó tan lejos de sí á los que se propusieron seguirle.

Rigor por cierto injusto, y en algún modo insensato, puesto que por ensalzar á dos grandes ingenios de la antigüedad, ó más bien á uno solo, se sacrifican en sus aras los eminentes escritores á quienes la Europa moderna debe en este género sublime, cuadros tan magníficos y bellos. Gusto bien desabrido fuera el que se negase á la impresión profunda y terrible que causa el viaje de Dante por el mundo de la eternidad, pintado en su extraño y singular poema con colores tan originales y terribles; al agrado indecible que resulta de la ilimitada y maravillosa variedad prodigada por Ariosto en su inimitable *Orlando;* y al respeto é interés con que se contempla el trofeo regular y majestuoso levantado por Torcuato Tasso á la gloria de los cruzados. No es de Homero, por otra parte, de quien tomó el épico inglés los rasgos nuevos y bellos con que cantó el principio del mundo, la inocencia del hombre y su caida fatal; ni es en la *Iliada* tampoco donde ha ido el original Klosptok á aprender los ecos austeros y sublimes con que en el siglo pasado ha celebrado la redención y el Mesías. Si algún otro poema de los señalados en los fastos del género se lleva más tímidamente por las pisadas antiguas, y no alcanza ni en fuerza de invención ni en vivacidad de fantasía á la gloria de los otros, no por eso es acreedor á este desprecio intolerante; y en su ejecución y en sus miras presenta bellezas bastante grandes y sólidas para

compensar de algún modo las dotes que le faltan, y justificar el respeto y admiración con que se le mira.

De todos modos resulta que son muy pocas las obras de esta clase dignas de atención y de memoria; por cuya razón más parece desgracia que mengua de nuestras letras no poder señalar uno suyo en el número de estos grandes monumentos del ingenio humano. Y no consiste ciertamente en falta de escritos y de escritores: larga lista forman de ellos nuestros eruditos desde los lineamientos informes que se llaman entre nosotros *Poema del Cid*, hasta la silva en que el presbítero don Ángel Sánchez escribió su *Titiada,* y las octavas en que el señor Escoiquiz nos dió su *Méjico conquistado*. Pero la razón y el buen gusto, no pudiendo leer sin pena ni acabar sin fastidio la mayor parte de estas producciones, ya informes é indigestas, ya desaliñadas y frías, les niegan irremisiblemente el nombre de epopeyas, respondiendo á las pretensiones vanas ó ambiciosas de la erudición y de la bibliografía, que en este género de competencia y concurso la muchedumbre perjudica en vez de aprovechar, y que cuando se trata de poemas épicos, ó se señala con seguridad y confianza uno solo ó no debe mentarse ninguno.

Lo más singular es que no se sabe á qué atribuír este vacío de nuestras letras, bien extraño ciertamente por cualquier aspecto que se le considere. ¿Consistirá por ventura en la falta de imaginación y doctrina de los poetas que se dedicaron á este objeto? No por cierto, pues aunque muchos á la verdad no presumían ni aun por sueños el tamaño de la empresa que acometían, ni la desproporción de sus fuerzas para llevarla á cabo, no así otros, como Ercilla, Valbuena, Lope, Hojeda, que no carecían de talento para entrar en la carrera y prometerse con alguna esperanza la palma á que aspiraban. Tampoco pudo ser por falta de acciones grandes y acontecimientos heróicos maravillosos que exaltasen la fantasía, y diesen ocasión oportuna y feliz á estas pinturas sublimes. Jamás los españoles, ya lo hemos dicho otra vez, se vieron rodeados de sucesos tan grandes y de hazañas tan portentosas en que eran á un tiempo actores y testigos, como cuando tan infelices pruebas daba de sí la Calíope castellana. ¿Diríase acaso que consistía en la imperfección de los instrumentos que debían servirla: cosa que tanto suele retrasar los

progresos de las ciencias y de las artes? Pero el idioma castellano, tan majestuoso de suyo, era ya en aquella época rico, armonioso, bien formado; la rima y la versificación habían adquirido todo el número y la elegancia que cabe en las lenguas modernas, y la bella combinación métrica de la octava se usaba ya en castellano con tanta destreza como en Italia, de quien la habíamos aprendido. Modelos de estas grandes obras, demás de los que nos dejó la antigüedad, teníamos las de Dante, Ariosto, Tasso, Camoens, que nuestros poetas no sólo conocían, sino continuamente estudiaban. No hay, por último, que atribuirlo tampoco á la indiferencia del público á semejante leyenda: el interés y la curiosidad del vulgo de los lectores estaban exclusivamente entregados á ella, y los libros de caballerías, que no venían á ser otra cosa que unas epopeyas informes, llenaban su imaginación de hazañas, de gloria y de portentos. Aun las muestras épicas que nuestros poetas dieron entonces, por infelices que fuesen , prueban con su número y con las varias ediciones que de ellas se hacían, que el público, lejos de desanimarlos con su indiferencia y olvido, los alentaba, al contrario, y los estimulaba á merecer la corona.

Ya en primer lugar los pasos en que se ensayó al principio nuestra musa heróica llevaban consigo un principio de error, que no podía conducirla á ningún éxito glorioso y afortunado. Quisieron nuestros épicos tener el crédito de historiadores, y al mismo tiempo el halago y aplauso de poetas: mezclaron la fábula con la verdad, no fundiéndolas agradablemente, cual debe hacerlo la fantasía para conseguir su objeto, sino agregándolas una tras otra; y creyeron que contando hazañas grandes, coetáneas, ruidosas entonces tanto en el mundo, y contándolas en el verso que se llamaba heróico, ya podían creerse autores de epopeya y decirse alumnos de Homero y de Virgilio. El mal venía de muy arriba: nuestros antiguos poemas como *el Cid, el Alejandro, las Leyendas piadosas* de Berceo, *la Vida de Fernán González,* y otros que se escribieron por este estilo, carecían de poesía y de ficciones. Lo mismo sucedía con los romances históricos, que por ventura tuvieron la culpa de semejante sequedad, por seguir los autores de obras largas este gusto estéril y pedestre que tenían los cantos populares. Complacíase el

vulgo en oír y leer cuentos, pero los quería desnudos de invención y de adornos: el hecho sencillamente referido, bien comprensible, y nada más. Los poetas contraían una especie de mérito en sacrificar las galas de la ficción á la calidad de verídicos. Cuando contaban prodigios y milagros era porque los creían hechos positivos, y hubo poeta que al mezclar en su narración histórica episodios de invención propia, tenía cuidado de señalarlos con un asterisco para que no se confundiesen con los hechos verdaderos.

Tal fué el camino que siguieron don Luis Zapata en su *Carlo famoso,* don Jerónimo Semper en su *Carolea,* y Juan Rufo en su *Austriada.* Fueron asunto á los primeros los hechos de Carlos V, y al último los de don Juan de Austria, su hijo; fiando unos y otros el interés y el aplauso de sus poemas en la maravilla y entusiasmo que en el mundo español causaban entonces estos dos nombres tan célebres. Mas prescindiendo del inconveniente que había en tratar cosas tan recientes, indóciles, por lo mismo, á las formas á que la fantasía debía plegarlas para construír un poema, la misma grandeza de los hechos y la altura y celebridad de los personajes ponía más en claro la desigualdad de las fuerzas en los poetas que las escribían. *Neque purá, neque poeticá dictione,* dice el juicioso Nicolás Antonio hablando de la *Carolea;* y lo mismo, y aun más, podría decir del *Carlo famoso,* donde no hay poesía, ni versos ni gramática, y que sólo es consultado alguna vez por la curiosidad escrupulosa de los investigadores eruditos, que van á buscar allí algún hecho desconocido y oscuro, omitido por los historiadores y conservado en la puntualidad prosáica de Zapata.

No tan infeliz en versificación y lenguaje es la *Austriada,* cuyo autor, algo más instruído y más culto, pudo dar á sus versos y octavas mejor estructura, y tal cual regularidad y sentido á su dicción. Mas no hay que buscar en él ni invención en las cosas, ni interés y fuerza en los pensamientos, ni nobleza y color en la expresión, ni música en los sonidos. El escritor arrastra penosamente su cuento, sin artificio ni intención poética ninguna, desde que los moriscos se rebelan en Granada hasta que los turcos son vencidos en las aguas de Lepanto. Su objeto, al parecer, no es más que referir en verso las cosas mismas que otros han contado en prosa, y sin compara-

ción mejor que él. Porque en Mendoza, Labrera, Vander Hammen y demás historiadores del tiempo se halla y se siente, harto mejor que en el poeta, aquel interés picante y novelesco, aquella lauréola de singularidad y de gloria que lleva consigo desde que nace el personaje extraordinario que se propuso pintar: astro fugaz y brillante que ilustra y aclara algún tanto el fondo sombrío de aquella época melancólica. Criado niño en una aldea, sin madre conocida, y reputado al principio por hijo de un caballero particular, es reconocido de pronto por hijo del triunfante Carlos V, por hermano del poderoso Felipe II. Uno y otro monarca, atendiendo á miras de política y de conveniencia, le destinan á la iglesia; él escuchando sólo los estímulos generosos del valor que hierve en su sangre, se escapa de la corte para arrojarse á los campos de la guerra. Vuelve desde Barcelona, dócil á la voz de su hermano, que le llamaba; y Felipe, condescendiendo con sus deseos, muda de consejo y le destina al mando y á las armas. Don Juan aparece en las Alpujarras, y los rebeldes moriscos se someten; se muestra en los mares del Oriente, y la potencia otomana es arrollada en Lepanto; es enviado á Flandes, negocia al principio en vano, y después apelando á las armas, vence antes de fallecer. Grande donde quiera, y más brillante que grande, subyuga cuanto se le acerca con su valor y osadía, y encadena los ánimos con su nobleza y su gracia: galán y bizarro con las damas, afectuoso y liberal con sus amigos, respetuoso con su hermano. Pero ya demasiado alto con los sucesos y con la fortuna para contentarse con el lugar segundo, anhela un reino donde mandar el primero, y con esto da celos al monarca de quien depende. Desde entonces la desconfianza y las sospechas vienen á acibarar su vida, su impaciente ambición la envenena, y muere en la flor de sus días entre las solicitudes y penas de su misma grandeza y sus deseos. ¿Qué objeto mejor pudiera escoger un poeta para acalorar su fantasía y fecundarla de grandes cuadros y altos pensamientos? Pero el pobre Juan Rufo estaba muy ajeno de lo que que su argumento encerraba, ni, aunque lo comprendiese, tenía medios para desempeñarlo (1).

(1) El que los tenía sin duda era el poeta que, siguiendo las huellas de Virgilio, hablaba así del vencedor de Lepanto:

El *Monserrate*, de Cristobal de Xirués, publicado hacia el mismo tiempo que la *Austriada*, tuvo entonces igual fama, y mayor aprecio después. Es verdad que poseía más instinto de armonía y de estilo que Rufo, y que puso algo más de invención en la composición de su poema. Lo primero que se hace notar al echar la vista sobre el título y argumento de la obra, es la es-

---

Aquel en quien las horas presurosas
El curso abreviarán con tal corrida,
Que apenas á las puertas deleitosas
Llegar le dejarán de nuestra vida,
Cuando entre negras sombras tenebrosas,
La tierna faz de amarillez teñida,
Dejará el aire claro y nuevo día
Que en su real presencia aparecía;
Yo digo de aquel príncipe famoso
Que á España vestirá de luto y llanto,
Después que su valor vuelva espantoso
El seno de Corfú y el de Lepanto;
Y desde, allí con triunfo victorioso,
Al espanto del mundo ponga espanto,
Mostrando en esto ser hijo segundo
Del Carlos Quinto, emperador del mundo.
¡Oh estrellas! ¡Cómo fuísteis envidiosas
A la gloria de España! ¡Oh duro hado!
Si al golpe de sus huestes valerosas
No les faltara tiempo señalado,
Tú solo á mil regiones poderosas
Pusieras yugo y freno concertado,
Desde donde se hiela el fiero scita
Adonde el abrasado Mauro habita.
Dadme, oh hermosas ninfas, frescas flores
Para esparcir sobre la tierna frente,
En sacrificios y debidos loores,
De este mi soberano descendiente;
Y vosotros, divinos resplandores,
Deshaced los agüeros felizmente,
Y aquella sombra y triste centinela
Que sobre su cabeza en torno vuela.

(Valbuena, *Bernardo*, lib. 2.)

pecie de contradicción que envuelven con la condición y gustos habituales del autor. Que un religioso ascético y melancólico, dotado del talento de hacer versos, se ejercitase en pintar el pecado y penitencia del ermitaño Juan Garín, nada tendría de extraño; pero que un hombre de guerra, un capitán que corre el mundo y está acostumbrado á escribir comedias para el teatro, tome para emplear el ingenio poético con que se supone, un asunto de tal naturaleza, no sólo tiene mucho de singular, sino que inspira gran desconfianza de que le desempeñe bien. El solitario Garín, seducido por el diablo, desflora por fuerza á una ilustre doncella que su padre le confía, y después, para ocultar su delito, bárbaramente la asesina, y con sus propias manos la entierra. Va á Roma, impelido de su remordimiento, confiesa sus culpas al Padre Santo, el cual, visto su sincero arrepentimiento, le absuelve de ellas, imponiéndole por penitencia que vuelva á su retiro de Monserrate haciendo su viaje á cuatro pies á manera de bestia. El monje llega de este modo á su cueva, donde se esconde, y allí es cazado y cogido con redes, como si fuese una fiera, llevado á las caballerizas del conde de Barcelona, padre de la doncella desflorada; escarnecido, maltratado, agarrochado, hasta que un niño de tres meses, hijo también del Conde, en palabras bien articuladas le dice de parte de Dios que se levante, pues ya sus crímenes están perdonados. Él se levanta y confiesa otra vez sus culpas delante del Conde, que le perdona. Búscase el cadáver de la doncella, que milagrosamente es restaurada á la vida, tan fresca y lozana como el día antes de su desgracia; y todo esto se une, de la misma manera que está consignado en las tradiciones antiguas, á la aparición de la Virgen en la sierra y la fundación del santuario.

Tal es sumarialmente el asunto del *Monserrate*, que pudiera muy bien ser la materia de una leyenda ejemplar, propia para edificar y conmover á las almas piadosas, mostrando las pocas fuerzas de la virtud humana para resistir por sí sola á tan seductoras tentaciones, y el poder del arrepentimiento y de la penitencia, bastante á lavar pecados tan bárbaros y feos. Pero ponerse á escribir sobre semejante materia un poema épico, y esperar conseguir por este camino el efecto á que aspiran los que tales obras emprenden en literatura, absurdo grande fué concebirlo, y mucho mayor fué

realizarlo. Porque nunca, por grandes que fuesen los talentos de Virués, era posible vencer las dificultades que presentaba un asunto tan austero y espinoso, y darle aquel halago, aquella elevación y aquel interés profundo y extenso que necesitan estas grandes composiciones. Aun prestándonos por un momento á las miras y suposiciones del escritor, hallaremos que, pobre de imaginación y de recursos, escaso de arte y de doctrina, poco diestro en vencer las dificultades de la versificación y del estilo poético, no acierta á sacar partido de los pocos datos felices que le presentaba de suyo el asunto, ó que le salen al paso en su camino. Los dos trozos que se ponen adelante, como muestras de este poema, manifestarán el modo incierto y penoso con que generalmente procede el autor en su desempeño, sea que cuente, sea que pinte, sea que haga hablar á sus personajes, sea que manifieste su juicio en máximas ó sentencias. Debemos, sí, confesar que ni en la invención y disposición de la obra, ni tampoco en su dicción, presenta los errores y las extravagancias en que después dieron otros poetas más grandes y fecundos que él. Pero esto no basta: «en las obras de ingenio el ingenio es lo más;» (1) y siendo tan escaso el del autor del *Monserrate*, ni su sano gusto y circunspección juiciosa, ni el tal cual artificio de que á las veces suele usar, ni algunas vislumbres poéticas que se divisan en medio de la lobreguez de la materia, bastan á levantar el *Monserrate* del grado inferior y subalterno en que la razón y la buena crítica tienen que colocarle por fin.

Y de él sin embargo, unido á la *Austriada* y á la *Araucana,* decía Cervantes en su famoso escrutinio, «que eran los mejores libros que en verso heróico se habían escrito en castellano, y podían competir con los mejores de Italia». ¿Con cuáles? podríamos preguntar al autor del *Don Quijote:* ¿Con el *Orlando furioso* por ventura, ó con la *Jerusalen?* Pero veinte octavas solas de cualquiera de estos dos poemas valen más que toda la *Austriada* y el *Monserrate*. Cervantes, en los desmedidos elogios que daba á sus contempo-

(1) Expresión de un escritor muy señalado de nuestros días, y tanto más ingénua de su parte, cuanto que sus obras todas se recomiendan infinitamente más por el arte y el buen gusto que por el ingenio.

ráncos cuando no los zahería, lejos de dar estimación á las obras que tan sin seso ponderaba, ó desacreditaba su propio juicio ó hacía dudosa su buena fe (1).

Bien podía también sonrojarse Ercilla de que en esta balanza se le pusiese al igual de poetas que le eran tan inferiores. No porque la *Araucana*, considerada rigorosamente como fábula épica, se acerque más á serlo que la *Austriada* y el *Monserrate,* según veremos después, sino porque en calidad de libro les lleva tantas ventajas, ora se considere el talento del escritor, ora el mérito de la ejecución, que confundirlos de este modo es desconocer su valor respectivo y no hacer justicia á ninguno. Ya primeramente en la obra de Ercilla el arte de contar, arte más difícil de lo que se piensa, está llevado á un punto de perfección á que ningún libro de entonces, en verso ó prosa, pudo llegar ni aun de lejos. Esta narración, además, se ve hecha en un lenguaje que, en propiedad, corrección y fluidez se antepone también á casi todos los escritos de su tiempo, y es tan clásico en esta parte como los versos mismos de Garcilaso. Por manera que la dicción de uno y otro, formada, fija y perfecta cuando apenas la lengua castellana había salido de andadores, no se resiente ahora de los tres siglos que han pasado por ella, y son poquísimas las frases y las voces que dejen de usarse hoy en el mismo sentido que estos escritores las usaron: ventaja concedida á muy pocos de los libros, aun entre los más insignes de los que en aquel tiempo se escribieron, y aun después.

El argumento de la *Araucana,* á juicio de muchos, y del mismo autor también, podría por ventura parecer estéril, humilde y obscuro. La porfía de un puñado de bárbaros que disputan á españoles un rincón de tierra pedregoso y escondido en los remotos senos del Nuevo Mundo, era á primera vista tan indigna de la trompa épica como de la fama; pero no hay asunto,

---

(1) Por lo mismo que Cervantes es quien es, se hace preciso notar estos errores de su crítica, no sea que los extranjeros vayan á buscar el gusto general de nuestra literatura en los fallos poco atinados de aquel admirable escritor. Por lo demás, ellos no pueden quitar nada á su gloria ni añadir ninguna al que los advierte: puédese muy bien conocer la distancia inmensa que hay del *Monserrate* al *Orlando,* y no acertar á escribir ocho líneas del *Don Quijote.*

por seco y pobre que sea, que el ingenio poético no pueda enriquecer y amenizar. Este de la *Araucana,* además del interés que presentaba un espectáculo, tan nuevo en poesía, de hombres y países, tenía el de los motivos morales y sentimientos que animan á los indios, con los cuales simpatiza siempre el corazón humano en todas las edades de la vida y en todos los parajes del mundo. Si los araucanos eran unos salvajes obscuros, sus adversarios los españoles eran harto conocidos en uno y otro hemisferio, teniendo asombrado y agitado el antiguo con su ambición y su poder, y con su osadía descubierto y subyugado el nuevo. La duración y tenacidad de la lucha entre fuerzas tan desiguales, la oposición de caracteres y de costumbres, daban por sí mismas un realce casi maravilloso á la pintura, sin que la imaginación del poeta tuviese que esforzarse mucho para darle interés y añadirle solemnidad.

De estos datos épicos que su argumento le presentaba, alcanzó fácilmente Ercilla algunos, y supo aprovecharlos con envidiable maestría. Admíranse hasta por los maestros del arte aquella imparcial exposición de las causas de la guerra, la junta primera y discordia de los caciques, el discurso de Colocolo, y la extraña manera de elegir su general. Débese admirar todavía más la natural expresión y graduación conveniente de los caracteres, dibujados á la manera de Homero, tan semejantes al parecer entre sí, y en realidad tan distintos. Caupolican, Lautaro, Rengo, Tucapel, Orompello, Galvarino: todos son bravos, feroces y membrudos; pero cada uno con distintas proporciones, con distinto espíritu y diversa animación. Lo mismo puede decirse de los viejos Colocolo y Peteguelen; lo mismo de las mujeres Glaura, Tegualda y Fresia, que ni en palabras ni en hechos se equivocan y confunden entre sí, y que se pintan en nuestra fantasía con tanta novedad y distinción, efecto de la claridad con que el poeta las ha visto en la suya y las ha sabido expresar en sus versos.

Igual mérito, y aun mayor, hay en la descripción de las batallas, que tanta parte ocupan en esta clase de poemas. Podrán otros haber dado á estas acciones terribles de guerra más grandeza y aparato y más variedad, pero no igual calor, no igual movimiento, no una expresión más interesante y ani-

mada. Y así como en la descripción de las tempestades se conoce entre los grandes poetas quiénes las pintan de fantasía y quiénes las han visto en el mar, así en Ercilla se descubre bien clara la parte que él mismo tuvo en los peligros y encuentros con los indomables araucanos. Vense allí las cosas, no se leen: los bárbaros gallardos se animan con tal brío, acometen con tal furia y descargan sus golpes con tal fuerza, que se oyen estallar las celadas y abollarse los arneses de los castellanos, á quienes la ligereza de sus caballos no salva, ni su valor y disciplina defienden. ¿Dónde más bien que en el cantor de Arauco está expresado aquel ímpetu imprevisto y fuerza irresistible en el ataque que obliga á ceder á los acometidos, por valientes que sean; aquella vergüenza que los constriñe á volver al peligro para no pasar por la afrenta de vencidos; aquel desengaño cruel de que la resistencia es en balde, y convierte el valor y la esperanza en terror y en agonía; en fin, el flujo y reflujo de desgracia y de fortuna, de aliento y desaliento que hay en los combates cuando están sostenidos menos por la táctica y la disciplina que por el esfuerzo personal y las pasiones?

Pero el autor apura, al parecer, todos sus medios épicos en los araucanos, y nada le queda para los españoles. Valdivia, Villagrán, Mendoza, Reinoso y demás castellanos están muy lejos de compararse con los jefes indios, ni presentar el mismo interés y la misma bizarría. No bastaba decir que cuanto más realce se diese á los vencidos, tanta mayor gloria cabía á los vencedores (1); esta no es más que una razón de inferencia, y el poeta está obligado, como tal, á esmerarse igualmente en la pintura de los unos que en la de los otros, y no dejar su obra falta del justo equilibrio y graduación que el arte y la conveniencia le prescribían.

Quizá esto era muy difícil, ó por mejor decir, imposible: los indios, por

---

(1) Que no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Esta sentencia, expresada á la verdad en términos demasiado llanos, parece, por el lugar en que se halla, una disculpa anticipada de la especie de propensión y preferencia que el autor manifiesta hácia los indios.

lejanos é ignorados, se prestaban más á la voluntad de la fantasía, y podrían recibir las proporciones y el color de personajes verdaderamente poéticos, mientras que los jefes españoles, conocidos de todos, y vivos aún algunos de ellos, no podían, so pena de hacerlos ridículos, ser presentados en otra forma que la que tenían, esto es, prosáica, histórica y común. Así respondería tal vez Ercilla á la dificultad propuesta, añadiendo que tuviésemos presente lo que él ha dicho, no una vez sola, en el texto y prólogos de su obra, á saber, que su intento en ella ha sido hacer una historia de aquellos acontecimientos, y no un poema épico sobre ellos.

No es justo, pues, pedir en su libro lo que él no ha querido poner, y los preceptistas poéticos se hallan extrañamente desconcertados cuando, después de tal protesta, quieren ajustar la *Araucana* al cánon de sus teorías. Y cierto que sería bien menester un abandono inconcebible ó una ignorancia impropia de tal escritor, para que, tratando de hacer una fábula épica en el género de Homero y de Virgilio, comenzase su obra por el alzamiento del valle de Arauco, y la terminase con un manifiesto sobre la guerra de Felipe II á Portugal; que la acción tuviese principio y medio, y no se le viese el fin, puesto que los araucanos no quedan vencedores ni vencidos, dejándolos el autor en la elección de su segundo general, por la muerte del primero; que no hubiese allí un héroe principal en quien se reunieran todos los efectos de interés, de admiración y de ejemplo que se buscan en estas composiciones; que los episodios con que el poeta quiso vigorizar y enriquecer su fábula, los unos estuviesen débilmente enlazados con ella, como son los de Tegualda y Glaura, los otros fuesen absolutamente extraños y aun incompatibles con el argumento, como sucede á la batalla de San Quintín, á la de Lepanto, á la descripción del mundo, á la narración de la muerte de Dido, y al manifiesto que se ha mencionado arriba. Semejantes defectos saltan á los ojos de cualquiera, por poco versado que esté en este género de crítica, y no prueba en el que los nota más discernimiento y saber, que descuido ó ignorancia en el autor que los comete. Toda esta máquina de reparos doctrineros viene al suelo con sólo responder que la *Arucana* no es una epopeya, sino una narración verídica de aquellos acontecimientos, algún tanto ame-

nizada con los halagos de la versificación y del estilo y con algunos episodios, siendo esto, y no otra cosa, lo que el autor quiso hacer.

A objeciones más sólidas, y por ventura incontestables, está expuesta la obra si se la examina rigorosamente por la parte de la amenidad que Ercilla se propuso dar á su ejecución. Aquí no cabe la misma disculpa, puesto que se había de escribir en octavas, éstas debían ser en su generalidad bellas, dulces y sonoras, y una vez que el estilo había de ser poético y conveniente á la materia, debía también parecer por donde quiera noble, pintoresco y elegante. Ahora bien, á juicio de los más indulgentes críticos, los versos de Ercilla decaen frecuentemente por falta de tono en el número y en los sonidos, y de esmero y elegancia en las rimas; mientras que la dicción, si bien pura y natural, se muestra llena de frases triviales, familiares y prosáicas, que desdicen del asunto y de la poesía. En vano se alegará, para excusar este desaliño, el ejemplo del Ariosto, á quien no sólo por los pensamientos, sino también por la forma de expresarlos, se conoce que quiso seguir nuestro poeta. Aquel admirable escritor podía usar convenientemente desde el tono más alto hasta el más bajo poema que por su naturaleza y carácter los podía admitir todos; pero el argumento de Ercilla, consistiendo sólo en hazañas heróicas y militares, y no teniendo nada de burla y de comedia, se negaba á toda frase que no fuese culta y noble. Superfluo sería poner ejemplos de estos defectos de versificación y de estilo que abundan tanto en la *Araucana,* y cualquier lector los hallará por sí mismo. Baste decir que ninguno de nuestros buenos poetas se ha cuidado menos de esto que los humanistas llaman lenguaje poético. Hay sin duda un mérito bien grande en producir efecto con poco estilo y armonía, así como en pintura con pocos colores. Pero es resbaladizo en extremo el límite que media entre la sencillez y el desaliño, entre la naturalidad y la bajeza: y Ercilla, tanto más laudable cuanto es más natural al tiempo en que el interés de las cosas y de su argumento le sostiene, incurre demasiadamente en falta de tono y negligencia cuando este interés le abandona.

Lo más singular, así como lo más recomendable que hay en la *Araucana,* es el personaje del autor, no porque él se cante á sí mismo y celebre sus *altos*

hechos, ó sean proezas, en la fábula en que interviene, según ha dicho un preceptista moderno que probablemente no le habrá leido (1), sino por el bello carácter moral que Ercilla presenta en los sucesos que refiere. Joven, bizarro y valiente, deseeoso de ver países y de adquirir gloria, oye en Inglaterra que hay un levantamiento de indios en Chile, y se embarca para América á servir á su patria en aquella lucha porfiada. Cumple allí á la verdad con los deberes de militar y español, pero contemplando las costumbres extrañas y curiosas, el carácter indómito y el valor heróico que presentan sus intrépidos enemigos, su ingenio poético se exalta; y celebra en sus versos por la noche á los mismos que ha combatido por el día. Esta genial disposición de ánimo le hace entrar en las causas de la guerra movida á los españoles, de un modo tan equitativo é imparcial, que le hace indicar la balanza á favor de los araucanos, y como que los justifica. Movido del mismo impulso, trata á los esclavos que la suerte de las armas pone en su poder, más como protector y amigo que como amo y vencedor; da libertad á Glaura y á Cariolano, consuela á Tegualda, y la entrega el cadáver de su esposo, muerto en un encuentro; defiende no una vez sola la vida del feroz é implacable Galvarino aún de sus mismos furores; y ya que por estar lejos no puede salvar

---

(1) *On doute des hauts faits d' Alonso Ercilla, qui se chante lui même dans la fable dont il se montre l' un des acteurs,* dice monsieur Lemercier en su *Curso analítico de literatura,* sesión 28. Se creería por este pasaje que nuestro poeta se presenta en su obra como un soldado vanaglorioso, cuyo principal intento es ensalzar sus propias hazañas. Cabalmente es todo lo contrario; y ningún escritor que ha hablado de hechos de guerra á que él ha asistido ha sido más modesto en hablar de su persona. Ercilla no se pinta ni como capitán ni como conquistador, sino como un voluntario que sirve en aquella guerra como los demás españoles, y no hace ni más ni menos que los demás, aunque sus sentimientos son más humanos y generosos para con los indios. Quizá monsieur Lemercier no sabe de la *Araucana* más de lo que ya mucho antes había dicho de ella en su *Discurso sobre el poema épico* el autor de la *Henriada,* de quien es también de dudar que tuviese paciencia para leerla toda. Pero á lo menos el cantor de Enrique IV hace imparcialmente justicia á los bellos pasajes del poema español; y aun cuando supongamos que le conociese imperfectamente, su ordinaria vivacidad y penetración le dan pintado y apreciado con bastante exactitud en estas palabras con que principia su artículo sobre la *Araucana: Sur la fin du seizième siecle l' Espagne produisit un poéme épique, célébre par quelques beautés particulieres qui y brillent, aussibien que par la singularité du sujet; mais encore plus remarquable par le caractére de l' auteur.*

al fuerte Caupolican del inexorable Reinoso, vierte á lo menos lágrimas de dolor y admiración sobre su acerbo y doloroso castigo. Así, en medio de aquel campo en que sólo se veían y se oían la agitación de la independencia, los esfuerzos de la indignación y los gritos de la rabia de parte de los indios; y de la de sus dominadores irritados el orgullo de su fuerza, el desprecio hacia los salvajes, y los rigores de una autoridad ofendida y desairada, el jóven poeta es el solo que en su conducta y sus versos aparece como hombre entre aquellos tigres feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la compasión, y siguiendo las máximas de la equidad y de la justicia. Los hechos, pues, de Ercilla pertenecen á otra categoría harto más respetable que la de *altos*, porque son magnánimos y buenos; y en este concepto ningún poeta épico se ha mostrado al mundo de un modo tan interesante. Vuelve á Europa durando la guerra todavía, y presenta su libro á Felipe II, sin recelo alguno de caer en mal caso por la justicia que hacía á los enemigos que había combatido y se mantenían aún en pié. El público recibió la obra con el aplauso extraordinario debido justamente á su mérito, entonces singular en España, y con el respeto que inspiraban el carácter y merecimientos del autor. El aplauso ha cesado, pero el respeto subsiste, y la *Araucana,* aunque rigorosamente hablando no sea un poema épico, y mucho menos una historia, es y será, á pesar de las variedades y el gusto de los tiempos, uno de los libros castellanos más estimables, así por las bellezas de dicción y de poesía que contiene, como por los nobles sentimientos del autor, que excitarán siempre la simpatía de todo corazón bien inclinado y generoso.

No nos detendremos aquí en *las Lágrimas de Angélica,* de Luis Baraona de Soto, poema muy recomendado entonces por la urbanidad de sus contemporáneos, que estimaban el carácter y profesión del autor; pero olvidado ahora y no leído ni aún por los que le poseen, aún cuando le aprecien como libro de difícil adquisición. Propúsose el poeta contar las aventuras de Angélica la Bella desde que se casa con Medoro hasta que logra tomar posesión de su reino de Catay, que le tenía usurpado y le disputa con armas otra reina de Oriente. Por consecuencia es una especie de continuación, y aún imitación del *Orlando furioso:* empresa muy desigual á las cortas fuer-

zas del imprudente Baraona. Además de estar ejecutado en un estilo seco y prosáico, y en versos lánguidos y desaliñados, es su invención tan extravagante, y al mismo tiempo tan pobre, tan poco interesantes las aventuras, tan nulos los caracteres, que la paciencia más obstinada se cansa al instante de semejante lectura, y sólo puede el libro citarse como un ejemplo más de reputaciones mal adquiridas. (1)

Pasemos, pues, á la *Betica conquistada*, de Juan de la Cueva, que, aunque no en muchos grados es sin duda alguna mejor. (2)

Floreció este poeta á fines del siglo XVI, y dedicóse, como era costumbre en los ingenios de aquel tiempo, á todo género de poesía; pero con más doctrina que capacidad, con más celo y confianza que verdadera disposición y talento. Sus versos líricos y pastoriles no se citan ya para nada y están completamente olvidados: él alteró la simplicidad que tenían nuestras primeras comedias, y fué el primero que mezcló en el teatro los reyes y los príncipes con las personas ordinarias; hizo unas cuantas tragedias que no tienen de tales más que el título; trabajó un *Arte poética*, donde se encuentran á veces seso y precisión en los preceptos, pero ningún enlace ni graduación en ellos, ninguna amenidad é imaginación en el estilo; y en fin, se atrevió á lo más difícil del arte, que es un poema épico, eligiendo para objeto de su canto la conquista de Sevilla por Fernando III.

Esta elección hacía honor á su juicio, puesto que indudablemente el asunto es grande, patriótico, interesante. La lucha, incierta y nunca interrumpida por cinco siglos con los bárbaros usurpadores, tomó en los días de aquel heróico príncipe el aspecto majestuoso de un triunfo continuado. Arrancadas á los moros Córdoba, Murcia, Jaén y la poderosa Sevilla, la ba-

---

(1) No queremos decir por esto que ese escritor careciese absolutamente de talento poético. En la fábula de *Acteon* y en las sátiras insertas el tomo IX del *Parnaso español* no deja de haber chispas de ingenio, facilidad y soltura en la dicción, versos bastantes fluidos y agradables. A no ser por las fuertes pruebas de identidad que allí pone el colector, nadie las creyera del mismo autor que *Las Lágrimas*.

(2) Este juicio de la *Bética* es, con poca variedad, el mismo que el colector tiene publicado mucho antes de ahora en otro opúsculo suyo.

lanza del destino se inclinó decisivamente á favor nuestro, y señaló á los enemigos su última desolación en Granada. Viéronse entonces reunidas sobre el trono de Castilla y en la persona de su rey todas las virtudes de un hombre, todas las cualidades brillantes de un héroe y todos los talentos de un monarca. Prudencia, rectitud, firmeza, inocencia de costumbres, piedad sin igual, amor al órden, celo incesante por la perfección civil y moral de su pueblo: todo inspiraba á los suyos amor y reverencia, todo llenaba á los extraños de respeto y admiración. Los castellanos perdieron en él un legislador y un padre; los enemigos mismos, debelados por su valor, hicieron demostraciones de sentimiento en su muerte; la historia le ha puesto en el templo de la gloria; la iglesia, para la veneración de los fieles, le ha colocado en los altares.

Ni los moros, aunque ya decayendo, dejaban de presentar para su defensa una fuerza y poder suficiente á mantener por algún tiempo el equilibrio y dar interés á la contienda: ricos con sus artes, con su comercio y con su población inmensa, animados del mismo espíritu de valor y de caballería que los cristianos; señores todavía de lo mejor de España, y apoyados fnertemente con los socorros de África, que tan fácilmente podían venir á sus costas.

Hé aquí los objetos que la verdad histórica ofrecía al pincel del poeta, y las virtudes y costumbres que debía poner en acción; pero, es preciso confesarlo, Juan de la Cueva se quedó muy inferior al asunto que con tanto tino había sabido elegir. El plan de su fábula estaba pensado con simplicidad y madurez, la acción tiene su grandeza proporcionada, y marcha á su fin libre y desembarazadamente, sin perderse en episodios eternos que la ofusquen y la ahoguen. Pero este movimiento es muy tardo, y el plan concebido sin elevación y sin genio, no sale de los estrechos límites señalados por las crónicas que tuvo presentes el poeta para formarle. Su héroe, frio, sin actividad y sin energía, jamás obra por sí mismo, jamás se anima, y es, de las primeras figuras del cuadro, la que está dibujada con menos fuerza, siendo así que todas las demás son bien débiles. Diráse acaso que Cueva, á manera de Tasso, quiso darle majestad y decoro á costa de la vivacidad y de la ac-

ción; pero, prescindiendo que hay mucha distancia del Fernando de la *Bética* al Godofredo de la *Jerusalén*, el épico italiano ha sabido compensar la falta de movimiento en su héroe con el fuego que anima en su fábula los bellos personajes de Reinaldo y de Tancredo. ¿Dónde encontrar en la *Bética* un Tancredo y un Reinaldo? ¿Dónde se verá en ella resaltar el heroísmo de sus guerrilleros, si no hallan dificultades dignas de ellos, y no sienten pasiones que los combaten? Los moros son siempre desiguales á los cristianos, y éstos lo vencen todo con una facilidad que cansa y no interesa; ni se halla en todo el poema una desgracia imprevista, un peligro inminente y terrible que despierte la atención y avive la curiosidad.

Así es que los episodios son generalmente infelices, y alguna vez indecorosos. En poema ninguno se hallan tantos consejos de estado y guerra menos dramáticos y nobles, visiones menos maravillosas, aitificios de magia más comunes. No nos detendrémos en aquella mezquina ermita, tan poco digna de una epopeya; pero ¿cómo no reirse de lo discordia levantada en el campo cristiano por las alabanzas que los caballeros se dan unos á otros? Jamás disensión más miserable nació de motivo más vano, y tan pronto apagada como encendida, no puede producir otro efecto que risa ó que fastidio. (1) El episodio en que el poeta quiso esmerarse, y que realmente está

---

(1) Lo que se piensa mal, se escribe regularmente peor; en este pasaje es donde hay aquella octava que avergonzaría al más miserable coplero.

Honrar es gran virtud y es tener honra,
Dejar de honrar es bárbara torpeza;
Aquél es más honrado que más honra,
Y de honrar se denota la nobleza;
Y aquél que de dar honra se deshonra
Da claro indicio de servil bajeza;
Bajo es aquél que por honrar se huye
De honrar, y baja condición arguye.

¡Que pensamiento! ¡Qué dicción! Este poeta, que había escrito las reglas de su arte, se había olvidado bien extrañamente del primer precepto que allí puso.

El verso advierta el escritor prudente
Que ha de ser claro, fácil, numeroso,
De sonido y espíritu excelente.

mejor contado que todo lo demás, es el de Botalhá y Tarfira, que sirve como de general ornato á la acción y se enlaza con toda ella; pero aún aquí hay defectos capitales y negligencias inexcusables. La más bella poesía no fuera bastante á dar decoro é interés á aquel infame berberisco que deja abandonada en África á la esposa á quien ha prometido su fé; que ha violado la hospitalidad del rey de Sevilla, robándole la hija; que se pasa con ella al campo cristiano, y es pérfido á su ley y á su nación, combatiendo contra ambas. Tarfira, en quien quiso dar un traslado de la Clorinda del Tasso, está por cierto bien lejos de la admirable gallardía de su modelo: baste decir que á Clorinda nadie la vence sinó Tancredo, mientras que en la *Bética*, casi todos atropellan á la desdichada Tarfira.

Juan de la Cueva no había meditado bien sobre la naturaleza de la obra que emprendía: no conoció que sus fuerzas eran flacas para ella, y que jamás podría elevarse á la grandeza y perfección que necesitaba. Si en la invención de su fábula hay tanta escasez de ingenio y de grandiosidad, este vacío está lejos de compensarse con las bellezas de la ejecución; porque faltaba á este poeta aquella vivacidad de fantasía precisa para describir con animación y con gracia, y carecía también de la elocuencia patética con que se pintan las pasiones y se da vida á los diálogos. En la narración es más feliz á veces, y este es su verdadero mérito cuando no se descuida ni cae demasiado por falta de esmero y de elegancia (1). Da dolor, por no decir ira, ver continuamente salpicadas las octavas de la *Bética* de ripios, de frases triviales, de transiciones forzadas, y de modos de decir tan bajos, que el cuento más humilde se desdeñaría de admitirlos. Su dicción, ya dura, ya violenta, ya pobre, se arrastra casi siempre con pena, desnuda de garbo y de fantasía. Y esto no absolutamente por falta de talento en el escritor, sino por no poner al ejecutar su obra aquel esmero y dilegencia precisos, y en nadie más que

---

¿Por cuál de estos carácteres podría dar Cueva el nombre de versos á los viles renglones de once sílabas que componen esa desdichada octava?

(1) De este desaliñado prosaísmo adolecen las octavas desde la que empieza «Proponle el caso», hasta acabar el extracto. Se hubieran suprimido todas á no ser necesarias para completar la narración del episodio.

en un poeta; porque la primera obligación del que escribe es escribir bien, y con más razón del que escribe para agradar. Qué de yerros, qué de faltas pudiera haber encubierto Cueva en su poema si todo él estuviera escrito con la fuerza y la gallardía que tiene la siguiente comparación, con la cual damos fin á este artículo!

No el soberbio león con igual ira
Revuelve, lleno de cruel despecho,
Al jinete Masilio, que le tira
La gruesa lanza y le atraviesa el pecho;
Que estimulado á la venganza aspira,
Y arremetiendo al ofensor, derecho
Paró, impedido de vengar su saña,
Y de bramidos hinche la montaña.

Mientras que Juan de la Cueva levantaba este imperfecto monumento al conquistador de Sevilla, un religioso dominicano en América se ocupaba con mejor fortuna en otro argumento mucho más alto y sagrado, y por lo mismo infinitamente más arduo. La *Cristiada,* de fray Diego de Hojeda, no sólo es muy superior á los demás poemas españoles escritos sobre el mismo asunto, sino que frecuentemente iguala y au aventaja á la *Cristiada* latina de Jerónimo Vida, publicada cerca de un siglo antes que la castellana. Ni sería muy temerario afirmar que, si bien muy distante casi siempre en grandeza, en decoro y en fuerza, no deja de alcanzar á veces en sublimidad de invención, en abundancia y calor de estilo, á los dos poemas célebres que sobre la caída del primer hombre, y sobre su redención por el Mesías, se escribieron después en Inglaterra y Alemania, y son clásicos en toda Europa.

El argumento épico de Hojeda es la pasión de Jesucristo, y contra la costumbre de casi todos nuestros poetas, que, siguiendo los caprichos de su desarreglada fantasía, han confundido el hecho que se proponían contar con una muchedumbre de episodios que le envuelven y anonadan, la *Cristiada,* al contrario, presenta una acción sencilla y desembarazada, que principia en la cena de Jesús con sus discípulos, y concluye en el punto en que es desclavado de la cruz y guardado en el sepulcro: Adórnanla episodios que, naciendo del mismo asunto y enlazándose á él con un artificio bastante in-

genioso, dan razón de lo pasado y de lo por venir; y completan el conocimiento de la grande obra de la redención humana. Así, por ejemplo, en la vestidura que el Salvador lleva al huerto cuando va á orar, están pintados los pecados del mundo, con los cuales se carga el Hombre-Dios para redimir de ellos al linaje humano. Así la Oración, personificada, sube al cielo y expone al Eterno, para moverle á piedad hacia su Hijo, todos los padecimientos que ha sufrido desde su nacimiento hasta entonces. Así el arcángel Gabriel, para aliviar la aflicción de la Virgen María, le pinta con todo el calor y vivacidad que da de sí el ingenio del poeta, las delicias y consuelos que va á tener en su resurrección milagrosa. Las glorias futuras de la Iglesia, sus doctores, sus confesores, sus patriarcas, aun sus peligros, con las persecuciones y herejías que después se han de levantar contra ella, entran y tienen su lugar conveniente en el cuadro, y se hallan naturalmente anunciados y pintados como en perspectivas para explicar los destinos adversos y prósperos que se le preparan. No diré yo que este artificio sea igualmente oportuno en todas partes, ni que Hojeda haya sacado de él siempre todo el partido poético que era de esperar; pero no hay duda que es las más veces ingenioso; y el autor ha conseguido así el objeto que se propuso de dar á la acción toda la riqueza y variedad posible, sin romper la unidad y sencillez de su plan, sin alterar en un ápice la religiosa austeridad que le caracteriza.

La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condición épica es, según la opínión general, un accesorio preciso en ellos, era en la *Cristiada* la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportunidad no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho más arduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la *Cristiada* esta alta composición, en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su salvador; en que los espíritus infernales, inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, después tratan de impedirlo por medios de equidad y de blandura, y desengañados al fin, y furiosos de

no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia y crueldad de los sayones, como una venganza de la mengua que van á padecer; mientras que los moradores del cielo; conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra, á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, más allá firmeza y resignación, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni castigo: Dios, en lo alto, inmoble en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres; y su Hijo en la tierra presentándose al sacrificio, y sufriendo con toda la majestad y constancia de su carácter divino aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en acción en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intención y de los pensamientos.

¡Ojalá pudiera decirse otro tanto de los caracteres! Porque si el poeta no desmiente el concepto general de los personajes que intervienen en su composición, según los datos que tuvo presentes para constuirla, tambien es cierto que nada ha inventado en esta parte, nada ha añadido, y que no presenta ninguna belleza propia suya por donde merezca particular alabanza. No insistamos, sin embargo, mucho en este defecto: la falta de originalidad y de fuerza en las fisonomías morales es en la que flojean principalmen nuestras comedias, nuestros poemas, nuestras novelas, y pudiera añadirse también. bajo otros aspectos, nuestra historia. La causa de ello es clara, y por eso no hay necesidad de expresarla; pero el hecho es incontestable y notorio, y Hojeda por lo mismo no es más responsable de ello que cualquiera otro de nuestros autores.

El lenguaje de la *Cristiada* es propio, puro, natural, ajeno enteramente de la afectación, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron después la elocuencia y la poesía castellana. Pero no siempre es tan claro cual debiera, unas veces por la naturaleza de las ideas, que pertenecen á un orden

escolástico y teológico, poco inteligible al común de los lectores; otras porque, no pudiendo vencer la dificultad de la versifición y de la rima, deja las cláusulas indecisas, y el sentido confuso y enredado; no pocas, en fin, á causa del desaliño y descuido con que se hizo la impresión en Sevilla, estando él tan lejos para corregirla, y quedando el texto viciado sin culpa suya. Su estilo sube y desciende naturalmente, según los objetos que tiene que pintar aunque, su temple general es el de la facilidad y el agrado, más tierno y patético que fuerte y que sublime. Los versos son también generalmente fluidos y agradables, pero carecen muchas veces de plenitud y cadencia; y las octavas no se sostienen siempre con aquella igualdad, despejo y brillantez que en Céspedes, Lope, Jáuregui y Valbuena. Penetrado el poeta de la santidad y majestad de su asunto, como que desdeña entrar en este artificio y elegancias de versificación y de estilo, propias tal vez, según él, de los escritores profanos, y extrañas á la austera materia en que él se ejercitaba. Así es que no se hallan en su poema imitaciones de otros poetas antiguos y modernos: el lenguaje de la *Escritura* y de los libros ascéticos son las fuentes de su dicción, que hierve toda de expresiones sublimes á veces, á veces tiernas y dulces, y frecuentemente también tocando en familiares y bajas por su extremada naturalidad y sencillez.

A un poema, pues, concebido con tanta fuerza de fantasía, construído con tanto acierto, y escrito, en lo general, con tanta facilidad y pureza, ¿qué le falta para ser colocado entre las epopeyas de primer orden? No hay duda en que, atendidas estas cualidades, *Cristiada* es por ellas igual, ó más bien superior, á las demás obras de esta clase escritas en castellano. Mas para llegar á la altura en que se hallan los verdaderos modelos del género ya faltan á esta obra muchas de las condiciones absolutamente precisas. Primero, la debilidad en los caracteres ya mencionada arriba, de donde nace el poco nervio de los pensamientos y la poca fuerza y energía en su parte dramática. Segundo, la poca dignidad con que están desempeñadas ideas grandes por sí mismas, y que por el modo con que están tratadas se hacen menudas y aun indecorosas. Tercero, la difusión y la declamación en que el escritor incurre frecuentemente, olvidándose de que está haciendo las veces

de poeta, y no las del expositor ó misionero (1). Cuarto, en fin, la falta de nobleza y elegancia continua en el estilo, que raya muchas veces en prosáico y familiar, y ofende no pocas por las expresiones triviales y aun pueriles que el autor se permite (2). Tan graves defectos disminuyen sobremanera el mérito de la *Cristiada;* y Hojeda, que supo abrirse un campo tan nuevo y rico, que muestra un talento de invención tan fuerte, y tanto tino en la disposición de su obra, no alcanza á los grandes modelos de quienes pudo fácilmente ser émulo, y por falta del conveniente esmero y diligencia no acertó desgraciadamente á igualar la ejecución con la idea.

Sigue en el orden de estos extractos la *Invención de la Cruz,* de Fracisco López de Zárate, poema publicado en 1648, aunque escrito y concluído muchos años antes. Los ingenios del tiempo le conocían, puesto que Cervantes le anunciaba ya en su *Persiles;* y según su costumbre de alabar sin medida, igualándole nada menos que con la *Jerusalén* del Tasso. Aunque no con tanta ponderación, pero siempre con bastante aprecio, hacen memoria de esta obra

(1) Este defecto le es común con Dante y con Milton, los cuales muchas veces son más controversistas que poetas: escollo inevitable, ó llámese condición precisa, de semejantes asuntos.

(2) Basta este ejemplo por muchos. En el libro 2 de la Oración, después de esta octava, en que habla de la aclamación de los ángeles en el nacimiento del Hijo de Dios, y de la adoración de los Reyes,

Bien sé que á Dios la gloria en las alturas
Los convecinos valles resonaron,
Y al hombre paces con verdad seguras
En los cóncavos montes retumbaron,
Y que tres reyes con entrañas puras
Del Niño tierno el grave pie besaron,
Postrando en tierra sus coronas de oro
Y dándole en ofrenda su tesoro.

Añade en seguida:

Pero, Señor, sus tiernos pucheritos,
Sus niñas quejas, sus pueriles llantos
Granos de aljófar, con razón benditos
Y blandas perlas de sus ojos santos,
¿No son merecimientos infinitos? etc.

don Nicolás Antonio en su *Biblioteca,* Luzán en su *Poética,* Velázquez en sus *Orígenes.* No faltaban á Zárate juicio y dignidad en los pensamientos, y algún talento poético para la expresión y los versos. Pero aun cuando con estos medios alcanzase á dar alguna amenidad á las máximas filosóficas y morales á que era naturalmente inclinado, faltábanle el gran raudal de ingenio y el poder de fantasía, absolutamente precisos para desempeñar dignamente el cuadro épico que se propuso.

La *Invención de la Cruz*, bien que sea un suceso tan santo é interesante por sí mismo, no presentaba las condiciones necesarias para formar una epopeya, y sólo podía dar materia á un episodio de asunto más extenso. Así es que el autor, aun cuando en su proposición le anuncia como el objeto principal de su designio, y después invoca á la cruz misma para que le inspire en lo que va á cantar de ella; aun cuando en los primeros libros se ocupa del viaje y peregrinación de la piadosa Elena en busca del santo madero, después se distrae á las guerras de Constantino, en que se dilata por toda su obra, dividiendo así la contextura de su fábula en dos ramales desiguales y distintos, que no tienen el menor influjo uno sobre otro, y que el autor enlaza penosamente entre sí. Una vez que el objeto del poeta era en último resultado cantar el triunfo del cristianismo sobre la idolatría, este gran conflicto no debía presentarse en las orillas del Eufrates y junto á los muros de Babilonia. En los campos del Tíber y junto á la metrópoli del mundo era donde debían contender la religión que nacía y la religión que espiraba, la ferocidad tiránica de Majencio y la magnanimidad heróica de Constantino. Allí es donde los prestigios antiguos, las tradiciones históricas, la celebridad de los nombres de familias, y la majestad de los lugares podía ponerse noble y poéticamente en oposición con la virtud y el fervor de los primeros cristianos, con sus costumbres puras y sencillas, con la fe y celo del príncipe que los guía y con el entusiasmo religioso que los anima. Y al tiempo en que más enlazada y dificultosa fuese la lucha entre estas causas opuestas, que las pasiones estuviesen en su punto más alto de vehemencia y de calor, y que la crisis fuese más dudosa y terrible, entonces es cuando la insignia sagrada de la redención, apareciendo en los aires rodeada de rayos de gloria, podría

inspirar una confianza prodigiosa á sus campeones, llenar de pavor y espanto á sus enemigos, arrojarlos precipitados en las ondas del Tíber, y apagar para siempre los rayos de Júpiter en el Capitolio.

Estos datos grandes y fecundos que le presentaba naturalmente su argumento, tomado de más arriba, si no fueron del todo desconocidos por Zárate, se ve que fueron muy desatendidos, pues se arrojó al país de las ficciones y de las quimeras, para las cuales su imaginación, poco inventiva, era suficiente. Él sueña una expedición de Constantino al Asia, que jamás hizo, y una guerra en Babilonia, que jamás hubo; y allí establece el campo de su Iliada, siguiendo más los pasos de Tasso que los de Homero, y tan lejos del uno como del otro, Un fantástico Serpeno, rey de Persia. á cuyo lado figuran el general de su ejército, un anciano estadista, un mago, una heroína, un gigante y otros personajes de su laya, todos infelices copias de la *Jerusalen* italiana, son los que, ayudados de cuando en cuando por el invisible poder de los espíritus infernales, se ponen en oposición con Constantino y los capitanes que le acompañan, igualmente obscuros y ficticios, que no toman existencia y fisonomía ni de la realidad histórica ni de la verosimilitud y conveniencia. Las aventuras, los encuentros, las batallas, los discursos con que unos y otros obran y se combinan entre sí, se resienten generalmente del desacierto con que están concebidos: puestos de ordinario fuera de lo natural, por lo exagerados, ó inferiores, por triviales, á la dignidad del cuadro y del asunto, no producen en el ánimo ni admiración, ni curiosidad ni simpatía.

El estilo y los números con que el poeta ha animado su composición, no son generalmente tan viciosos como su invención y contextura. Hállanse con frecuencia nobleza y vigor en los pensamientos, y no carecen tampoco de pompa y gravedad la dicción, de cadencia los versos, de plenitud los períodos. Pero en esta parte también no deja poco que desear, porque la ejecución se resiente del escaso raudal poético que Zárate poseía. Muchas veces la imagen, la comparación, el período, que empiezan con envidiable felicidad, decaen por falta de aliento en el escritor; y pasajes de alta y bella poesía se desgracian empezando ó terminando en máximas comunes y generales, ex-

presadas en frases vagas é insignificantes. En vano aspira el autor á llenar este vacío encareciendo á veces los objetos que describe con varias y gigantescas ponderaciones: este recurso desdice de la índole templada y grave de su talento, y los objetos así exagerados rayan en pueriles y absurdos por su extravagancia. Es probable que, contra lo que ordinariamente acontece, el poema perdiese algo en esta parte por la tardanza de su publicación. Cuando el autor le escribía aún no estaba estragada la dicción poética castellana: Zárate tenía demasiado seso para entregarse del todo á los caprichos y delirios que con talentos harto más grandes que los suyos introdujeron después Góngora y Quevedo; mas no pudo libertarse enteramente del contagio, y creyendo dar mayor hermosura á su poema, puso en él lunares que antes por ventura no tuvo, reputándolos adornos precisos para agradar al falso gusto de su tiempo. En él, sin embargo, estos vicios son más frecuentemente de pensamiento que de lenguaje. Añádase, en fin, la falta, más grave aún, de variedad, de flexibilidad y de ternura: la lira del cantor de Constantino carecía absolutamente de cuerdas patéticas y amenas, y cuando sonaba bien, desgraciadamente no sonaba más que de un modo.

Por aquel mismo tiempo se ocupaba Lope de Vega de su *Jerusalen conquistada,* y cierto que al fénix de la poesía española, como entonces se le llamaba, no se le podrán oponer las mismas objecciones de sequedad, esterilidad y monotonía que se hacen al anterior. En flexibilidad de talento, variedad de tonos, amenidad, dulzura, abundancia y destreza en versificar, pocos son los poetas, acaso ninguno, que pueda competir con Lope de Vega; pero también pocos ó ninguno le igualarán en el lastimoso abuso que ha hecho de los dones admirables con que la naturaleza le dotó. Confiado en ellos, de nada dudaba y á todo se atrevía. Después de intentar seguir el rumbo de Ariosto en las aventuras de Angélica, quiso dar á su patria un poema épico á la manera del Tasso, en que quedasen eternizadas de una manera noble y digna las glorias de su país, y su propia gloria también. Todas las demás obras suyas se hicieron como jugando; no así la *Jerusalen conquistada,* donde quiso hacer prueba de todo el ingenio, de todo el juicio y doctrina de que era capaz, como que había de ser el fiador de su fama en Italia, contra la

mala opinión que le resultaba de las obrillas despreciables que allí se le atribuían (1).

Pero por desgracia este fiador correspondió muy mal á sus promesas, y ni la Italia ni la España entonces, ni la posteridad después, le han admitido en el tribunal de la opinión como título de gloria bastante á justificar la sobrada confianza del poeta. Y no porque en ella no prodigase cuanta lozanía había en su imaginación, cuanta amenidad tenía su estilo, cuanta elegancia y encanto sabía dar á sus versos cuando quería. Lope en estas dotes es superior á sí mismo en muchas partes de su *Jerusalen* donde también toma á veces una solemnidad de acento y una audacia de dicción poética poco frecuentes en las demás obras suyas. Pero todo está deslucido y miserablemente desgraciado con el desconcierto del plan, con los vicios capitales que hay en la formación de los caracteres, y con la poca grandiosidad y decoro que dió á los diferentes miembros del edificio que se propuso construir.

Su intento fué contar los sucesos de la tercera cruzada, cuando, vencido el rey de Jerusalen Guido de Lusiñan cerca de Tiberiades, y ocupada la ciudad Santa por Saladino, los principales potentados de Europa se cruzan y arman para pasar al Oriente y libertar á Jerusalen de sus manos. El poeta abraza todos los acontecimientos de aquella expedición infeliz, desde la rota de Lusiñan hasta la retirada sucesiva de los príncipes coligados y muerte de Saladino: todo contado por su orden natural, sin artificio ninguno poético, sin centralizar la acción para simplificarla, y adornándolo con los episodios

---

(1) Ya en otra parte de estos Estudios hemos citado los versos que escribía á su amigo Gaspar de Barrionuevo.

Desengañad á Italia, Barrionuevo
  Mientras que llega el fiador que obligo
De la *Jerusalen,* de aquel poema
Que escribo, imito, y con rigor castigo.

Estaba tan infatuado con su poema, que sólo temía le condenasen los que no le leyesen. Por eso le puso por lema aquel pasaje de San Jerónimo: *Legant priùs et postea despiciant, ne videatur, non ex judicio, sed ex odii præsumptione ignorata damnare.*

de caballería y galantería, á que propendía tanto el gusto del tiempo y la imaginación del poeta. La máquina, aunque tomada de la religión, de la magia y de la alegoría, es lo menos importante de la obra, y puede considerarse en ella más como un adorno accesorio que como una de las cosas que forman el equilibrio de la composición.

Causa por cierto extrañeza ver el título de *Jerusalén conquistada* en un poema en que Jerusalén no se conquista; pero esta ambigüedad aparente se explica después y se aclara con la marcha general de la obra, y con la calificación de epopeya trágica que la atribuye su autor: circustancia que más de una vez inculca en sus escritos (1). Así el verdadero argumento del poema es Jerusalén conquistada por Saladino, y no recuperada por los príncipes cristianos. Esto podía no ser satisfactorio ni glorioso para ellos, pero es trágico y lamentable para Jerusalén, que esperaba por su medio ser rescatada, como lo fué antes por Godofredo. De aquí nacen los frecuentes apóstrofes del poeta á la Ciudad Santa, á la que después de cada desgracia que sucede, se vuelve para anunciarla otros sucesos más tristes, darla consejos duros, ó afligirse y lamentar con ella al modo de los profetas. Desde este punto de vista, el cuadro tiene unidad de intención y de interés; y los acontecimientos de aquello infeliz cruzada, emprendida por tan grandes príncipes y ejecutada con tanto poder y tanto valor, concurren todos á descubrir el designio de la Providencia, y Jerusalén queda atada con cadenas de hierro incontrastables al yugo de los infieles.

Hubiera Lope dado á su poema el carácter y dirección que le presentaba este pensamiento feliz, y otra cosa fueran su contextura y su ejecución: por lo menos fuera nuevo. Pero él anuncia desde el principio que va á cantar las glorias del rey Ricardo y las de los españoles en el Asia; el poema lleva generalmente la marcha de una empresa que se va a lograr, y esta empresa

---

(1) . . . . Mas la *Iliada*
De la tragedia fué famoso ejemplo,
A cuya imitación llamé epopeya
A mi *Jerusalén*, y añadí trágica.

(Arte nuevo de hacer comedias.)

es interrumpida y abandonada de un modo que induce á indiferencia, y por ventura á desprecio, respecto de los personajes que así faltan á sus promesas y á su voto. El emperador Federico Barbarroja, que acude primero al socorro de la Palestina, se ahoga en las aguas del Cidno sin haber hecho cosa de momento. Felipe Augusto se vuelve á Francia por no contribuir á las glorias de Ricardo, á quien invidía la conquista de Ptolemaida; Ricardo, á pesar de las protestas y juramentos hechos de no ceder en la santa empresa hasta morir ó dar libertad á la Ciudad Sagrada, no aprovecha la gran victoria que gana en los campos de Belén, y para defender sus estados, atacados por Felipe, se vuelve á Europa, y peregrinando disfrazado por Alemania, es preso por el duque de Austria y detenido allí por más de un año. Alfonso de Castilla, á quien, contra el testimonio de la historia, y aun contra la conveniencia, Lope hace intervenir en la expedición (1), se vuelve también á su reino, donde después de casado con su adorada Leonor, da el escándalo de entregarse siete años seguidos á los amores de una judía, hasta que sus mismos ricos-hombres se la matan. Saladino, en fin, muere de su enfermedad, pacífico y tranquilo poseedor de los Santos Lugares, y con la descripción de sus exequias se da conclusión al poema. Así da cuenta Lope de todos sus héroes; y á la verdad que no había para qué escribir veinte libros de octavas, y prodigar en ellos tanta amenidad y lozanía de estilo, tanto halago y número en versos, para no dar más realce con ellos á sucesos tan prosáicos y resultados tan infelices.

Vengamos á los caracteres, examinemos la fisonomía, las formas y proporciones que ha dado el poeta á los personajes que pone en acción, y hallaremos que todo es fantástico, caprichoso, ajeno igualmente de la tradición y de la

---

(1) Son de ver, por le frívolas y enredadadas, las razones que alega Lope en su prólogo para persuadir á sus lectores y á sí mismo que Alfonso VIII acompañó al rey Ricardo en la expedición de Palestina, reduciéndose todas en suma á que Alfonso estuvo allí porque pudo estar, y á que no hay contradicción ninguna en que estuviese. Excusado era por cierto enredarse en los laberintos de la crítica histórica para venir á parar en semejante resultado; pero este prólogo, uno de los más infelices escritos de nuestro poeta, muestra por su indigesta y vulgar erución, y por sus raciocinios extraños y triviales, cuánta confusión de ideas había en la cabeza de Lope, y cuán superior era lo que escribía como poeta á lo que escribía como crítico y humanista.

historia que de la majestad de la epopeya. Vanamente se buscaría en el príncipe inglés, héroe principal del poema, aquel carácter tan orgulloso y soberbio como franco y popular, aquel guerrero de la incontrastable lanza, mano de hierro y corazón de león (1). El Ricardo de Lope no es el Ricardo de la historia ni el de las novelas ni el de los trovadores. Es un comandante de príncipes y reyes en una expedición militar, solamente grande y espantoso porque el poeta lo dice, mas no por sus palabras y acciones, que son generalmente ordinarias y comunes, y alguna vez no muy justas y decorosas. El político Felipe Augusto es un vulgar envidioso; Afonso, uno de los reyes más respetables que ha tenido Castilla, es representado como un galán de comedia, subordinado á Ricardo, eclipsado por Garcerán, que hace en el poema un papel harto más brillante que él, y no realzado en esta posición subalterna por ningún hecho, ninguna proeza que le revista de dignidad y le dé interés alguno. Saladino, en fin, cuyo nombre ha pasado á la posteridad seguido del respeto y estimación que la imparcialidad de amigos y enemigos tributaba á sus talentos y á sus virtudes; Saladino en la *Jerusalén* ya digno príncipe, ya tirano, ya clemente, ya cruel; ya valiente, ya cobarde, según el escritor le conviene ó se le antoja en cada momento, y siéndole todo menos Saladino (2). El mismo desconcierto hay en los caracteres de segundo y tercer orden. Sirasudolo, el hermano del

---

(1) El terror que el valor personal y las proezas de Ricardo infundieron á la redonda en Palestina fué igual al que Alejandro en otro tiempo había inspirado en la Persia y en la india. Las madres ponían miedo en sus niños con sólo mentarles su nombre, y cuando á algún jinete se le asombraba el caballo, solía decirle con ira: «¿Piensas que el rey Ricardo está allí?» Lope ha conservado este rasgo, pero en honor de su valiente Garcerán,

Dicen, si algún caballo se alborota
En el campo que ahora el turco tiene,
O desatada va la rienda rota,
«¿Piensas que contra tí Garcerán viene?»

(Lib. 13.)

(2) Para que se vea la inconsecuencia de Lope en la pintura de los caracteres, principalmente en el Saladino, véanse estos tres pasajes, que están inmediatos uno á otro en su poema,

Cuando la sangre hasta los piés alcanza
Del nuevo «Diocleciano y Eccelino,»

Soldán, que al principio se muestra como un coloso de fuerza y de pujanza, se convierte al fin en un fanfarrón ridículo y cómicamente envelecido. Isabela es una mujer vulgarmente voltaira y fácil, tan bien hallada con sus robadores como con sus diferentes maridos; la heroina Ismenia, infeliz imitación de la Clorinda del Tasso, ni es hombre ni es mujer: tan empalagosa de dama con sus amores, como enfadosa de caballero con sus baladronadas. Alguna excepción favorable podría hacerse de Guido y de Sibila, más regularmente dibujados; del maestre del Temple don Juan de Aguilar, que, aunque en bosquejo, tiene dignidad heróica y poética; y sobre todo de Garcerán Manrique, no siempre á la verdad digno de la epopeya, pero que con mucha vida y movimiento presenta donde quiera aquel compuesto de valor, lealtad, devoción, galantería, generosidad y jactancia, que formaban en tiempo de Lope el tipo del carácter español.

No hablaremos de la disposición y enlace que ha dado el poeta á los diversos incidentes que le prestaba su argumento, ó que le sugirió la fantasía, para adornarle y robustecerle. Todos los críticos convienen en que la *Jerusalén* carece en esta parte del artificio, graduación y encadenamiento que los poemas épicos requieren para que se unan en ellos la variedad y la riqueza con la unidad y el interés. De la disposición que Lope ha dado á las diferentes partes de que su fábula se compone, resulta una confusión que fatiga el ánimo y no le permite reconocer bien la totalidad del objeto que ha tra-

---

. . . .
Parte el rico despojo con su gente,
«Liberal, apacible y generoso.»
. . . .
Que un «bárbaro sin ley» á todo Oriente
En cumplir su palabra ejemplo ha sido;
Más parece «que serlo contradice»
Quién cumple vencedor lo que antes dice.

(Lib. 1).

El personaje que es apacible, generoso, liberal, y cumple, aunque bárbaro sin ley, cuando ha vencido, la palabra que dió antes de vencer, no puede merecer los nombres de Diocleciano y Eccelino en el sentido que Lope les da.

tado de pintar. El cargo es justo, pero menos quizá por la falta del conveniente artificio, aunque á la verdad no hay mucho, que por el sinnúmero de episodios, unos extraños, otros menudos, otros indecorosos, con que interrumpe á cada paso y desluce los principales incidentes de la acción. Quien le ve distraerse á la pueril cruzada de los niños de Toledo, á los sucesivos matrimonios y galanterías de Isabela, á la indecente lucha de Garcerán con Ismenia, á la cómica provocación de Sirasudolo, que los va á desafiar á uno y á otro, para darse el lauro de tan vil y ridícula bravata; á las vulgaridades con que García Pacheco ensalza las cosas de Castilla á Saladino, al recuento en fin de las aventuras de unos y otros príncipes después que dejan la Tierra Santa; dice, y dirá muy bien, que el poeta no sabía por dónde iba, ni cuál era su objeto, ni á qué punto debía llegar el efecto que se pro- en su obra. Creía Lope, por el aplauso general que conseguían sus versos y su estilo, principalmente en el teatro, que cuanto dijese en ellos sería bien recibido; pero se engañaba mucho en esta confianza, y bien que sus versos estuviesen generalmente bien hechos, y su estilo fuese fácil, florido y agradable, no estaba en ellos tan exento de defectos, que pudiese en gracia suya disimularse una aberración tan grande en la composición y en las ideas.

Porque además del desaliño y llaneza en que de ordinario cae por la falta de esmero y diligencia á que se había acostumbrado trabajando siempre tan á la ligera, ofenden también frecuentemente los conceptos alambicados y oscuros, las metáforas viciosas, los juegos de palabras pueriles, y sobre todo aquella afectación pedantesca de lucirse á cada paso con una doctrina, por lo común trivial, y las más veces impertinente. (1) Suelen los gran-

---

(1) Ya desde el principio, después de la grata y fácil entonación de estos primeros versos:

> Yo canto el celo, y las hazañas canto
> De aquel varón, soldado y peregrino
> Qué á ser del Asia universal espanto
> Desde la selva Calidonia vino;

se hallan estos otros:

> Haciendo á un tiempo de Minerva infusas
> Llorar las armas y cantar las musas.

des coloristas disimular en sus cuadros las faltas de dibujo y de composición con la gracia y variedad de las actitudes y con el brillo y riqueza de las tintas: en esto á lo menos, en que se conocen superiores, no se descuidan jamás. Pero en el poema de Lope, aunque la ejecución sea brillante casi siempre, y frecuentemente fácil y apacible, hay demasiados rasgos que, con su falta de verdad, de sencillez y de buen gusto, vienen á viciar y entorpecer aquella corriente de poesía tan abundante y tan bella, y estorban, por lo mismo, que pueda el mérito del desempeño compensar debidamente el vacío de la composición.

Estas consideraciones, por severas que parezcan, como no son injustas, servirán á dar razón de la indiferencia con que los contemporáneos de Lope y la posteridad han recibido la *Jerusalén conquistada,* á pesar de los esfuerzos de su autor para que fuese el mejor florón de su corona poética. Yo no la creo, sin embargo, merecedora del total olvido en que hoy día se la tiene, y pienso que no es perdido el tiempo que se gaste en leerla y aun en estu-

---

Hermosas Drías del ilustre río,
Que baña en oro la nevada espuma,
De vos y de su margen me desvío,
Que á más dorado Tajo doy la pluma:
Pasad sin miedo el sol, Dédalo mio:

. . . .

Perdona la humildad de mi Talía,
Que hay piedra que del brazo me derribe,
Pues cuando el del ingenio alzar deseo,
Me trasforma en Adonis Praxileo.

Podía preguntarse á Lope qué entendía él por «llorar las armas infusas de Minerva»; á qué propósito en un poema de tanta gravedad, permitirse el equívoco ridículo del «tajo» que se da á las plumas de escribir, con el rio «Tajo»; como el nombre de «Dédalo» es sinónimo de ingenio; qué sentido tiene la expresión de «que hay piedra que le derribe del brazo»; ni á qué cuento viene la oscurísima é impertinente alusión al mal poema que sobre Adónis escribió en griego la antigua Praxila, y quedó por prototipo de necedades: esto en las cuatro octavas primeras. Y cuando prosiguiendo la lectura se hallan con más ó menos frecuencia semejantes despropósitos, dudamos con razón de que Lope castigase su poema con el rigor que decía, ó á lo menos, de que tuviera verdadera idea de cómo debía hacerse el este castigo.

diarla, sea para el agrado, sea para el provecho. Los trozos que van escogidos y colocados adelante, manifestarán la mezcla desdichada que había en aquel escritor de superioridad y flaqueza, de bizarría y pequeñez, de elegancia y descuido. Sobresalen, sin embargo, en ellos las bellezas, y bastan por sí solos á dar una idea del talento de Lope, aun en un género que puede decirse con verdad no era para el que le había criado la naturaleza.

No diremos lo mismo del obispo de Puerto Rico Valbuena, autor del *Bernardo,* ó sea *La victoria de Roncesvalles,* que ha sido entre nosotros quien nació con más dones para esta alta poesía, aunque por el tiempo y modo de emplearlos no acertase á sacar todo el partido que prometían para su gloria y la de nuestras letras. Él nos dice en su prólogo que aquella obra era fruto de sus primeros trabajos y una aplicación que quiso hacer, cuando joven, de las reglas de humanidades que acababa de aprender en las aulas de retórica. Aun cuando él no lo dijese, la obra misma lo manifestaría. Las frecuentes imitaciones que hay en ella de Lucano, Ovidio y Virgilio, y el modo con que están hechas, muestran cuáles eran los autores favoritos de sus primeros estudios, al paso que se descubren donde quiera sus primeros años, por la licencia y abandono con que escribe y por la monstruosa prodigalidad con que abusa del dón que tenía para inventar, y del mayor que aún le asistía para versificar y describir. Un poema heróico no es ciertamente obra de ensayo, y pudiera decirse de Valbuena lo que se ha dicho de otro gran poeta, épico también y no muy fuerte en los principios de su carrera, que «acabado de destetar por las musas, tenía todavía en las venas más leche que sangre». De cualquier modo que sea, el *Bernardo,* considerándole sólo como prueba de fuerzas poéticas, es un joven que acaba de salir de las aulas; no sólo es una obra estimable, sino en cierto modo maravillosa.

Despejemos el hecho principal que sirve de fundamento á la fábula, y prescindiendo por un momento del diluvio de incidentes que le confunden y entorpecen, veamos cuán desahogadamente se pinta en la fantasía, cuán oportunamente se comienza, cuán épicamente se termina y cuánto interés y atención inspira por su elevación y sencillez. El orgullo de Carlo-Magno y de sus Doce Pares, su poder inmenso, sus desafueros y demasías tenían opri

mido y cansado el mundo, y ofendidas sobremanera las hadas, que en el sistema maravilloso adoptado por el poeta se supone tener bajo su gobierno las cosas todas de la tierra. Ninguna de ellas había que no estuviese agraciada por alguno de aquellos insolentes paladines, y todas tenían concertado vengarse de ellos y derribar la Francia por el suelo al tiempo en que se creía en el punto de su mayor altura. Criábase ya en poder de Oróntes, sabio y virtuoso mago, el príncipe Bernardo, nacido de la sangre real de los godos, hijo del amor, huérfano de sus padres, á quienes el rey Casto, su tío, tiene encerrados por vida en pena de sus ilícitos amores. Oróntes le inspira todas las virtudes que debe tener un caballero, y le adiestra en todas las artes y habilidades de la guerra, á la manera que en aquellos tiempos lo había sido Rugero por Atlante, y en los antiguos Aquiles por Chiron. Éste es el que por disposición de las hadas, principalmente de Alcina, ha de ser el grande ejecutor de aquella ruidosa venganza; el que, revestido de las armas del vencedor de Héctor, ha de combatir y matar al encantado Orlando y derribar el poder francés en Roncesvalles. Bernardo aparece primero como un relámpago en España, y sin ser conocido liberta al Rey su tío de una emboscada y encuentro en que le iban la corona y la vida. Hecha esta hazaña, y conducido por el invisible poder que le guía, se entra en el mar y encuentra un navío donde va Orimandro, rey de Persia, que á petición suya le arma caballero, y con quien al instante se desafía y combate por la libertad de Angélica la Bella, á quien aquel rey llevaba forzada consigo. Entra después en la grande aventura de las armas de Aquiles, que á fuerza de intrepidez y de osadía, entre peligros y portentos, se las arranca al fin á Ayax Telamón, que desde la guerra de Troya las tenía sepultadas consigo en su sepulcro. Revestido de ellas, sale otra vez al mar, libra de unos corsarios en medio de una tormenta á Arcangélica, hija de Angélica y de Marte, cifra única en el mundo de valor y de belleza humana; gana el premio en las justas de Acaya, no admite la mano y reino que le ofrece Crisalva, princesa de Creta; y célebre ya y ennoblecido con pruebas tan señaladas de esfuerzo y de virtud, y digno ya de más gloria, vuelve á España, tiene un primer encuentro y duelo con el famoso Roldán, preludio y anuncio del que ha de haber después entre

los dos; acomete y acaba la grande empresa del castillo de la Fama, saca libres de allí á su ayo Oróntes y otros trescientos caballeros españoles, y al frente de ellos se dirige al campo del Rey su tío, que iba ya á encontrar con el ejército francés en el paso de los Pirineos. La batalla de Roncesvalles se da; mil agüeros la preceden y anuncian; unos y otros hacen prodigios de ella, hasta que, cayendo Roldán muerto á los pies de Bernardo, el destino de la Francia viene al suelo, el combate cesa y el poema se acaba. Así la acción, aunque perdida y confundida á la mitad del poema en el sinnúmero de incidentes y episodios con que, abusando de la libertad novelesca el poeta la recarga y la destruye, vuelve á tomar su curso épico desde que Bernardo sale del castillo de la Fama y se junta con el Rey su tío, hasta que concluye con la grandeza heroica conveniente en la gran jornada de Roncesvalles; á la manera que un río caudaloso llega á desaparecer enfangado y perdido entre pantanos y arenales, y luego, desembarazado de ellos, vuelve á tomar su corriente y entra raudo y majestuoso en el Océano.

El hecho, pues, en que el poeta fundó su fábula, escondido en la oscuridad de los tiempos remotos y en los orígenes de la monarquía, y por lo mismo más flexible á las formas que quisiera darle la imaginación, célebre ya en las leyendas y tradiciones vulgares y en las ficciones de la poesía caballeresca, era alto, grande y en extremo interesante para los españoles del tiempo de Valbuena, que la rivalidad que entonces existía entre las dos naciones limítrofes. En él obran caractéres, si no profundos y enérgicos, propios á lo menos de la época y consecuentemente dibujados; diálogos discretos, bizarros, urbanos y á veces sentidos y patéticos; episodios, entre los infinitos que contiene, no pocos que son oportunos, nuevos y felices; descripciones admirables de países, de fenómenos naturales, de edificios y de riquezas; antigüedades de pueblos, de familias y de blasones; sistemas teológicos y filosóficos; alegorías morales; sentencias y pensamientos profundos y nerviosos; comparaciones abundantes, vivas y bellísimas; una dicción poética llena de frases notables por su novedad y atrevimiento; una versificación fácil, agradable donde quiera, no pocas veces alta y pomposa, según los objetos lo requieren, y todo escrito con tal confianza y osadía, con un aire tal de liber-

tad y desahogo, que el poeta parece que juega con las dificultades de su arte sin conocerlas como el poeta se burla de los peligros, y sin aprensión ni recelo acomete burlando las empresas más arduas, arrollando todo cuanto le sale al encuentro en su camino.

Tales son las riquezas poéticas con que el ingenio del autor supo dotar á su *Bernardo;* veamos ahora con la misma imparcialidad los yerros con que pudo deslucirlas. El principal es la difusión monstruosa y la prolijidad con que, dando rienda á su imaginación inventiva, amontona episodios sobre episodios, que, cruzándose y confundiéndose entre sí, forman un laberinto sin salida, donde el autor se pierde miserablemente y el lector se aburre y deja caer el libro de la mano, sin deseo de volverlo á tomar otra vez, por no volverse á fatigar en balde. Otro grave yerro es que muchos de los personajes que llenan el campo de estos episodios, desaparecen sin que se sepa en qué paran ni vengan á manifestarse á la conclusión del poema; como parecía necesario, atendida la importancia que el autor les ha dado en la composición de su fábula. Tal sucede con Arcangélica, con Ferragut, con Orimandro; figuras casi de primer término en el cuadro, y que, por lo mismo que son tan interesantes á veces, no debiera finalizarse el poema sin que su suerte quedase convenientemente determinada.

Valbuena, adoptando el sistema poético en que estaban escritas las epopeyas caballerescas, de cuyas fábulas y personajes quiso hacer uso en la suya, creyó en su juvenil confianza que podía seguir felizmente las huellas de su antecesor Ariosto, de cuya fábula viene á ser una continuación el *Bernardo*. Con algún esmero y diligencia no le hubiera ésto sido difícil en la parte alta y noble de la poesía, principalmense en la descriptiva, para la cual tenía talentos no muy inferiores á los de aquel gran poeta, y superiores sin disputa á los de cualquiera otro de nuestros autores (1). Pero faltábale la capacidad

---

(1) Esta superioridad la tiene hasta cuando describe en prosa, sin embargo de que la suya sea por otros aspectos tan reprensible. ¿Hay por ventura muchos trozos, no digo en español, sino en otras lenguas, que en originalidad, en grandeza y robustez puedan competir con este pasaje de su introducción á la *Grandeza Mejicana?*

«En los más remotos confines de estas Indias Occidentales, á la parte de su poniente, casi en

necesaria para entretejer artificiosamente el sinnúmero de hilos que hizo entrar en su disforme composición y darles la unidad y sencillez que supo Ariosto dar á los suyos en la composición de su poema. Carecía también nuestro autor de la gracia y donaire con que el poeta italiano sabía animar los personajes y escenas cómicas de la vida: por manera que cuando quiere Valbuena en esta parte no sólo es frío é insulso, sino hasta trivial y chabacano.

Añádase el poco juicio con que están distribuídos los grandes adornos de la alta poesía, la muchedumbre de las descripciones, la prodigalidad con que se ven empleados por todas partes, á la manera oriental, el oro, las perlas, los diamantes, los rubíes; la declamación, en fin, que no pocas veces interrumpe el tono genuíno y candoroso de que es genial al escritor, y destruye el nervio y la energía á que de cuando en cuando alcanza. No hay duda que tenía gran talento para dar colores poéticos á las descripciones geográficas; pero abusa de él como de todo, y cansan, por ser tantas, en las revistas de los ejércitos y en el viaje aéreo de Malgesí y Orimandro, que tan importunamente ocupan gran parte del poema. Ofenden los desatinos de vieja delirante que alguna vez se permite, la trivialidad de muchas máximas y sentencias, á que sola la inexperiencia de su juventud podía dar importancia; las bajezas en que incurre por falta de esmero y elegancia, aun en los

aquellos mismos linderos que, siendo límite y raya al trato y comercio humano, parece que la naturaleza, cansada de dilatarse en tierras tan fragosas y destempladas, no quiso hacer más mundo, sino que, alzándose con aquel pedazo de suelo, lo dejó ocioso y vacío de gente, dispuesto á solas las inclemencias del cielo y á la jurisdicción de unas yermas y espantosas soledades, en cuyas desiertas costas y abrasados arenales á sus solas resurta y quiebre con melancólicas intercadencias la resaca y tumbos de mar, que, sin oirse otro aliento y voz humana, por aquellas sordas playas y carcomidas rocas suena; ó cuando mucho, se ve coronar el peinado risco de un monte con la temerosa imagen y espantosa figura de un indio salvaje, que en suelta y negra cabellera, con presto arco y ligeras flechas, á quien él en velocidad excede, sale á caza de alguna fiera, menos intratable y feroz que el ánimo que la sigue; al fin, en estos acabos del mundo, remates de lo descubierto y últimas extremidades deste gran cuerpo de la tierra, lo que la naturaleza no pudo, que fué hacerlos dispuestos y apetecibles al trato y comodidades de la vida humana, la hambre del oro y golosina del interés tuvo maña y presunción de hacer, plantando en aquellos baldíos y ociosos campos una famosa población de españoles, cuyas reliquias, aunque sin la florida grandeza de sus principios, duran todavía,» etc.

pasajes más altos y nobles; y los equívocos, en fin, y conceptos insulsos y fríos con que, aunque, rara vez, salpica su dicción y no pueden consentirse en tan grave poesía. Los versos mismos, que tanto cuidado tuvo en que saliesen llenos y sonoros, suelen, por las muchas dicciones de que se componen, declinar, á pesar de las sinalefas, en ásperos y duros, á menos que se pronuncien con un artificio particular, que tal vez Valbuena poseería.

A estas diversas fuentes de desacierto pueden reducirse los defectos del *Bernardo*. Son muchos á la verdad y bien grandes; y la crítica, cuando se arma de rigor y de inflexibilidad, tiene poco que hacer en hallarlos donde quiera y señalarlos á la reprobación y á la censura: quizá ningún otro poeta castellano da tanta margen para ello; mas también quizá otro ninguno ofrece tantas ocasiones de alabar y de admirar. Los primores, las bellezas están mezcladas en él con los borrones y el desaliño, á la manera que aun en la mina más preciosa el oro está ligado con las tierras y escorias que le deslustran y le afean. Pero no hay duda que hay oro en gran cantidad y de elevados quilates; y el libro no por ser tan defectuoso deja de ser un riquísimo minero de invenciones de fantasías admirables, de dicción poética y de versificación. El raudal poético de Valbuena no es á la verdad ni trasparente ni puro, pero siempre es fácil, abundante, impetuoso; los primores que puede dar de sí el instinto están prodigados en él á maravilla. Dañó sin duda á su perfección la extensión misma del poema: ¿cómo es posible escribir cinco mil octavas con concierto y buen gusto? Sintamos que el autor, entregado después de componerle á las atenciones y estudios de teólogo y prelado, no pudiese ponerse de propósito á limpiarle de los defectos esenciales de composición que hay en él, más graves aun que los de ejecución. En el juicioso prólogo que le puso delante cuando le dió á luz, da á entender bien claro cuáles eran las justas proporciones y la distribución que debía darse á la fábula que había construído. Ya entonces no era tiempo de empezar de nuevo la tarea; pero sin gran trabajo de su parte podía haber mejorado mucho el libro, metiendo el hacha por aquella selva inmensa de aventuras y de octavas, para talar sin piedad su mortífera exuberancia, y abrir así al lector cómodas sendas en tan impenetrable espesura. No lo hizo así, y su gloria

pierde en ello, sucediéndole lo que á tantos otros escritores, de quienes se ha dicho que venía el punto de perfección á que debían tocar, y por debilidad ó por negligencia no acertaban á llegar á él. Valbuena lo confesaba de sí mismo, cuando con tanto entusiasmo como laudable desconfianza decía:

A alcanzar con mi pluma adonde quiero
Fuera Homero el segundo, yo el primero.

Después de hablar del Bernardo, en quien se terminan los estractos épicos que nos propusimos publicar, no hay para qué tratar de otros poemas escritos entonces y después. Uno solo á primera vista podría merecer excepción, celebrado como un modelo por la adulación de sus contemporáneos, que atendieron más á la alta clase del autor que al mérito de la obra. Este es la *Nápoles recuperada,* del príncipe de Esquilache, que por la facilidad de su ingenio y mayor destreza en versificar, podía dar alguna más amenidad y gusto de verdadera poesía á su composición, que otros escritores menos ejercitados á las suyas. Preciábase él de haber seguido todas las reglas del arte, como si las reglas del arte pudiesen criar vida donde no la hay ni dar alas á quien no las tiene. Olvidóse por cierto de la primera y más esencial, que es la de consultar sus fuerzas y asegurarse de si había nacido para poeta épico ó no. Podía el Príncipe dar gracia á bagatelas, discretear en romances, juguetear en endechas y en letrillas; pero

...Sectantem levia nervi,
Deficiunt animique;

desnudo de la fuerza, de la gravedad y del poder de fantasía que pide la poesía heróica, el autor de la *Nápoles recuperada* no hizo más que abortar un poema pobre de invención, amanerado en el estilo, empalagoso en los versos. Apenas se han leído de él seis octavas, cuando su lectura se hace insufrible, por el fastidio que causan aquellas antítesis acompasadas de que todo él está compuesto, aquella cadencia siempre simétrica y monótona. No puede, pues, esta obra tener otra suerte que la que han tenide *las Navas de Tolosa* y los otros dos poemas de Cristobal de Mesa; *el Pelayo,* de Alfonso López, dicho el Pinciano; *la Mejicana,* de Gabriel Laso; *la Numantina,* de

Francisco de Mosquera; *el Macabeo,* de Silveira; *el Alfonso* y *Nuevo mundo,* de Botello; *la Hernandia,* de Ruíz de León. Todos ellos y los demás de su laya pueden figurar en buen hora entre los artículos de una bibliografía, mas no entre los monumentos del arte: pocos son los que no conozcan sus títulos, pero apenas hay quien los lea, y menos aun quien los estime. Queden, pues, en el descanso en que yacen, y no nos empeñemos en levantarlos de allí, y darles por cualquiera título algún interés en la atención de los lectores. Nuestros esfuerzos serían en balde; porque por su propio peso volverían irremediablemente á caer en el mar del olvido donde su nulidad los tiene anegados.





MIGUEL DE CERVANTES (1)

NADA de nuevo, al parecer, hay ya que decír sobre Cervantes: los acontecimientos de su vida han sido averiguados con la más exquisita diligencia para sus diferentes biógrafos; una muchedumbre de críticos y humanistas respetables y juiciosos ha examinado y ponderado sus escritos, al paso que su celebridad y sus aplausos corren de labio en labio por el mundo sin límites ni diferencia alguna ni en clases ni en naciones. Superfluo, por tanto, podría parecer el trabajo que aquí se emprende. El público le dará en su estimación el lugar que le corresponda, si es que mereciese alguno; pero de todos modos, quién ha dedicado muchos estudios de su vida á bosquejar

(1) Este opúsculo, escrito para la edición del *Don Quijote* hecha en la imprenta Real en 1797, y publicado antes que los señores Pellicer y Navarrete diesen á luz sus trabajos sobre Cervantes, era una noticia demasiado sucinta, que por el tono de declamación y por la inconsiderada ligereza de sus censuras daba á entender bien claro los pocos años que entonces tenía su autor. Ahora sale ampliada, rectificada y casi refundida del todo. En los hechos principales, demás de los que dan de sí los escritos de Cervantes y de otros autores coetáneos, se han tenido presentes sus biógrafos principales, Mayans, Ríos, Pellicer, y Navarrete. El último, sobre todo, nada deja que desear en esmero y diligencia, en proligidad de investigaciones y en copia de erudición. Así, en la parte histórica la noticia presente no es más que un resúmen de lo que han escrito los autores citados, especialmente los dos últimos; en lo demás hay la diversidad indispensable y necesaria entre quienes se ocupan de un mismo objeto, pero con diferente gusto y diferentes principios.

vidas de españoles célebres no podía menos de pagar este tributo al autor del *Don Quijote.*

Miguel de Cervantes Saavedra nació en Alcalá de Henares, y fué bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor en 9 de Octubre de 1547. Su familia era noble y distinguida, pero pobre. Sus padres, Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas, le dedicaron desde niño á las letras, probablemente con la intención de siguiese en ellas alguna carrera útil. La teología ó la jurisprudencia le hubieran proporcionado una subsistencia segura, una vida menos agitada y menesterosa, tal vez su elevación á los honores. Pero Cervantes, embebido desde luego en los encantos de la poesía y de las bellas letras, se dejó llevar tras ellas, y siguió el impulso del ingenio y de la gloria, cuyas voces, para la juventud generosa, son más imperiosas siempre que las del interés ó la ambición.

No se sabe con certeza quiénes fueron sus primeros maestros, mas no cabe duda que tomó en su juventud lecciones del profesor Juan López de Hoyos, que enseñaba á la sazón con mucho crédito las humanidades en Madrid. El mismo Hoyos le llama «su muy caro y amado discípulo», en la relación de las exequias hechas por el ayuntamiento de Madrid á la desgraciada Isabel de Valois. Cervantes compuso una elegía y otros diferentes versos á la muerte de aquella princesa, que su maestro incluyó en su escrito, y eran las primicias del talento de su alumno. Pero estas primicias, no más felices que las demás poesías compuestas en el resto de su vida, estaban muy distantes de anunciar lo que su ingenio había de ser después.

Inmediatos á esta aparición suya, en el mundo literario, fueron su salida de España y su viaje á Roma (1569). Las causas verdadoras de esta expatriación se ignoran, y cuanto sus biógrafos han dicho en esta parte no es otra cosa que conjeturas, más ó menos probables si se quiere, pero que no pueden entrar en la serie de las noticias históricas que se tienen de nuestro escritor. Si la desgracia le echó de su país, la desgracia le persiguió también fuera de él. Al principio fué camarero de monseñor Acuaviva, que por aquellos días estuvo en España de legado de la Santa Sede; mas cansado de una condición tan impropia sin duda de su índole generosa, se alistó á muy poco

tiempo en uno de los tercios españoles que militaban en Italia. Preparábase entonces el armamento de la liga formada entre España, Roma y Venecia contra Selim II, y como el tercio en que servía Cervantes fué destinado á la escuadra combinada, él se embarcó también en ella, y logró así la ocasión de hallarse en la memorable batalla de Lepanto.

Las acciones de un simple soldado en estas grandes jornadas, si no son extraordinariamente favorecidas de la fortuna, se pierden y confunden entre la muchedumbre de las de los demás que combaten. A no ser por las *Novelas* y el *Don Quijote*, nadie supiera ahora que hubo en la batalla de Lepanto un Miguel de Cervantes, que enfermo y postrado por unas calenturas, y aconsejado de su capitán que no entrara en acción, se hizo sordo á estas sugestiones, pidió el puesto de mayor peligro, y allí peleó todo el tiempo que duró la batalla con la más heróica bizaría. Dos arcabuzazos en el pecho, y uno en la mano izquierda, que se la dejó estropeada y manca para siempre, fueron testimonios perpetuos de su arrojo, y él se honró toda su vida con el más noble entusiasmo de haberlas recibido en aquella grande ocasión.

La reputación y el mérito adquiridos en ella y en las campañas siguientes, el aprecio distinguido con que le miraban sus jefes, y las recomendaciones tan honoríficas como eficaces que debió á don Juan de Austria y al duque de Sesa cuando pensó en volver á su patria, le daban derecho á esperar alguna recompensa que corrigiese el rigor con que al principio le había tratado la fortuna. Pero estas esperanzas fueron destruídas con otro golpe más cruel; porque volviendo á España después de seis años de ausencia, en la galera llamada *Sol,* con su hermano Rodrigo, que había servido en las mismas campañas, y con otros caballeros y militares distinguidos, una escuadra de galeotas argelinas mandada por Arnaute-Mamí los encontró en su camino (26 de Setiembre de 1575): la galera fué al instante embestida y apresada á pesar de la vigorosa defensa que hizo, y nuestro escritor con sus compañeros llevado cautivo á Argel.

Cupo á Cervantes por amo uno de los arraeces de la escuadra apresadora, comandante de la galeota que más se había señalado en el combate. Llamábase Dali-Mamí, y era un renegado griego, inhumano y cruel con sus escla-

vos, como casi todos aquellos bárbaros; pero todavía más codicioso que inhumano. Éste, viendo las cartas de recomendación que Cervantes traía consigo, se dió á entender que era un caballero poderoso y principal, y se prometió un rescate á medida de su codicia. Cargóle, pues, de hierros para tenerle sujeto, y añadió á las prisiones el mal trato y toda clase de incomodidades para avivarle el deseo de rescatarse.

La imaginación de Cervantes, tan fecunda después en inventar trazas ingeniosas para divertir á los demás, se empezó á ejercitar y á desplegar entonces en provecho suyo para verse libre. Su primer designio fué el de escaparse por tierra con otros cautivos á Orán, y con efecto lo puso en ejecución. Pero un moro que les servía de guía los abandonó á la primera jornada, y tuvieron que volverse tristemente á la ciudad, donde recibieron de sus amos irritados el áspero tratamiento á que se habían hecho acreedores con su fuga. Sus males se redoblaron, y con ellos se redobló el anhelo de sacudir su intolerable esclavitud. Los padres de Cervantes, á la sazón noticiosos de la desgracia de sus hijos, y ansiosos de remediarla, les habían enviado la corta cantidad de dinero que pudieron juntar vendiendo la mayor parte de la poca hacienda que tenían; pero este socorro no bastaba para el socorro del rescate de los dos hermanos, ni tampoco al del solo Miguel, por el gran precio en que su amo le ponía. Tuvo, pues, que concertarse primero la libertad de Rodrigo, el cual partió para España (Agosto de 1577) instruído por su hermano de todo lo que tenía que practicar para concurrir al proyecto, que ya tenía ideado; de procurarse la libertad á sí mismo y á otros cautivos amigos suyos, cómplices en aquella conspiración.

Cnando Cervantes creyó que podrían estar ya puestas en ejecución las medidas que tenía encargadas, se huyó de la casa de su amo, y fué á esconderse en una cueva de un jardín á las orillas del mar. El jardín era de un alcaide llamado Aran, y el jardinero un cautivo, que, de acuerdo con Cervantes, tenía abierta y preparada la cueva. Allí, con otros quince compañeros, estuvo esperando á que volviese por ellos, según se lo tenía prometido, un mallorquín llamado Viana, rescatado poco antes. Entre tanto el cautivo jardinero servía de atalaya, un renegado llamado el Dorador les surtía de

víveres, y Cervantes, alma y autor de la empresa, los animaba y cuidaba de todos. Viana fué hombre de honor y cumplió su palabra: de vuelta á su patria equipó una embarcación, y se arrimó á la costa de Argel en busca de sus amigos. Mas quiso su mala suerte que al tiempo de saltar en tierra, unos moros que casualmente acertaron á pasar por allí le reconocieron; y viendo Viana que alarmaban la tierra, tuvo que hacerse á lo largo y aguardar mejor ocasión. Presentóse esta con efecto, pero con mayor desgracia todavía, porque no sólo fué descubierto por los moros, sino sorprendido también y hecho cautivo.

Los infelices soterrados, que habían visto su llegada y su repentina desaparición, alentados por Cervantes, que les aseguraba su retorno, se entregaban otra vez á la esperanza, cuando fueron vendidos por el que les servía de vivandero. Éste pérfido descubrió á Azan, rey entonces ó bajá de Argel, el secreto de la cueva, y se ofreció descaradamente á servir de guía á los soldados que se enviaron á reconocerla. Cervantes, sin perderse de ánimo por un golpe tan inesperado, se echó á voces á sí mismo toda la culpa de aquel hecho para salvar á sus compañeros, y lo repitió con igual entereza delante del rey Azan, á quien inmediatamente fué llevado. Y con este generoso propósito se mantuvo en todo aquel conflicto, con tal ánimo y destreza, que ni él ni los otros cómplices suyos recibieron castigo alguno. Sólo el pobre jardinero, restituído al alcaide cuyo era, no pudo recibir el beneficio de estos generosos esfuerzos: su cruel amo le mandó ahorcar al instante, pagando así el infeliz la ocasión que había dado al proyecto con la abertura de la cueva.

También fué Cervantes restituído entonces á Dali-Mamí, el cual por avaricia ó por respeto no hizo demostración alguna de severidad con su esclavo fugitivo. Mas él, lejos de desmayar por el mal éxito de sus primeras tentativas, concertó sucesivamente otras que también se desgraciaron. Probó segunda vez si le sería fácil huirse por tierra, y no siéndole la suerte más favorable que la primera, volvió á sus pensamientos, á sus proyectos de mar, que eran al parecer menos aventurados. Con efecto, ya en una ocasión, ayudado de los mercaderes valencianos que residían en Argel y de un renegado granadino que, arrepentido de su apostasía, quería volver al seno de la

Iglesia, tuvo dispuesto un bajel para escaparse, y avisados con el mismo objeto setenta cautivos, la flor de los cristianos de Argel, según él mismo decía. Pero como el proyecto llegase á traspirar entre los moros, los mercaderes, temiendo que, cogido Cervantes, le fuese arrancada la verdad á fuerza de tormentos, le ofrecieron rescatarle prontamente, y proporcionarle su salida de Argel en unos buques que iban á dar la vela en aquellos días. Él se negó á tal propuesta, teniendo á mengua salir solo del peligro y dejar en él á sus compañeros. Aseguróles, pues, con la noble franqueza y autoridad que sobre ellos tenía, que no tuviesen temor ninguno, y dijo que él se encargaba de todo. Tranquilos ellos, él se escondió en casa de un amigo y dió lugar á que las primeras pesquisas de los moros y su primera irritación calmasen algún tanto. Mas viéndose buscado después y pregonado con pena de la vida al que le ocultase, dejó el asilo donde se escondía, y se presentó voluntariamente al rey Azan (Setiembre ú Octubre de 1579).

Allí, atadas las manos á las espaldas y con un cordel en el cuello, amenazado por instantes de ser ahorcado, sostuvo con igual serenidad que discreción las amenazas y preguntas de aquel tigre, ansioso de descubrir cómplices de la fuga, para tener esclavos que apropiarse ó víctimas que sacrificar. Él se dió á sí solo la invención y la culpa del proyecto, según lo tenía de costumbre, señaló como sabedores á cuatro caballeros que ya habían salido libres de Argel, y aseguró que nada sabían aún los otros que debían acompañarle. Sus contestaciones claras y precisas desconcertaron las pesquisas del Bajá y vencieron su malignidad: de manera que Azan, parte por no poder averiguar nada, y parte también por interesarse un privado suyo á favor del cautivo, se contentó con encerrarle en la cárcel de los moros, situada en su misma casa, y allí le tuvo cinco meses custodiado con el mayor rigor y aherrojado con grillos y cadenas.

No se sabe ciertamente á qué atribuir esta templanza en un hombre como Azan, de quien el mismo Cervantes decía que «era natural condición suya ser homicida del género humano». El no darle muerte, como por los motivos más leves lo hacía con tantos otros, pudiera atribuirse á avaricia; pero no castigarle, no maltratarle, «ni aun decirle mala palabra», según él

mismo también lo asegura, fué una gracia ó fortuna particular, en que por honor á la humanidad sería de desear que entrase por algo la estimación debida al carácter y virtudes de Cervantes. De cualquiera modo que esto fuese, él en aquel tiempo le compró de Dali-Mamí en quinientos escudos de oro, y por precaución ó por codicia quiso hacer suyo aquel cautivo. Y como Cervantes, acrecentando su audacia y su energía con los mismos reveses de la fortuna, idease, por último, alborotar los esclavos, darles libertad á todos, y alzarse con Argel, Azan, á quien llegó la noticia de este pensamiento arrojado y temerario, le hizo custodiar con más cuidado, y solía decir «que como él tuviese bien guardado al estropeado español, tenía seguros sus cautivos, su reino y sus bajeles».

Tantos y tan heróicos esfuerzos debían ser todos inútiles para el objeto á que se encaminaban, y Cervantes estaba ya en peligro de ser llevado á Constantinopla, adonde el Bajá se disponía á partir, cumplido el tiempo de su gobierno en Argel. Por fortuna llegaron á aquella sazón de España los religiosos trinitarios encargados de la redención de los cautivos de Castilla. Llevaban éstos en su poder trescientos ducados para el rescate de Cervantes, que su madre, ya viuda, y su hermana doña Andrea, ansiosas de su libertad, le enviaban; pero Azan pidió al principio mil escudos de oro por su cautivo, que después bajó irrevocablemente á quinientos; y no bastando la cantidad dada por la familia, Cervantes estaba ya embarcado en los navíos del Bajá dispuestos para hacerse inmediatamente á la vela. Moviéronse á piedad los religiosos redentores, y aplicándole diferentes limosnas de la redención y buscando algún dinero prestado, consiguieron completar la suma que Azan pedía, con lo cual pudo el concierto ajustarse al fin; y Cervantes salió ya libre de los navíos en 26 de Septiembre de 1580, día mismo en que aquel virrey tomó su rumbo para Constantinopla.

Pero si con aquel sacrificio de su familia y con la caridad de los padres el redimido esclavo pudo considerar su persona franqueada de las amargas penalidades de la servidumbre, no así su reputación, expuesta entonces á los tiros más alevosos de la malignidad de la envidia. Había entre los cautivos de Argel un doctor Blanco de Paz, fraile dominico en otro tiempo, des-

pués clérigo seglar, y últimamente esclavo, pero compañero incómodo, hombre alevoso y sin fe, embustero, descarado, de una arrogancia insufrible y de una perversidad sinigual. Este había sido el que descubrió vilmenne por dinero al rey Azan el último proyecto de fuga de Cervantes, poniéndole á él y á sus compañeros en tan manifiesto peligro de la vida. Y siendo natural condición en los malvados aborrecer á quien una vez ofendieron, él se dió por esto mismo á ser detractor de Cervantes, á amenazarle, á perseguirle y á suscitarle toda clase de molestias y desabrimientos. Fingióse comisario del Santo Oficio, para aprovechar así más fácilmente las armas traidoras de la pesquisa misteriosa y de la alevosía hipócrita; y ya había empezado á tomar informaciones y á corromper testigos, gloriándose de que le había de quitar por este medio la buena acogida que cuando volviese de su cautiverio podía esperar del rey de España. Cervantes conocía su país, y debía temer con razón hallarse precedido en él de una difamación personal que no sólo le cortase los pasos en su carrera, sino que comprometiese también su sosiego en el resto de sus días. Fuéle, pues, necesario, sacudir aquel áspid venenoso que á su salida de África se le enredaba en los pies, y hubo de recurrir al triste arbitrio de una información judicial para acreditar en España no sólo sus servicios y sus trabajos, sino hasta sus calidades personales (1). Los más principales y virtuosos cristianos de Argel depusieron amplia y honoríficamente en su favor; y él, asegurado con aquel irrecusable testimonio, regresó, en fin, á su patria, á últimos del mismo año.

Pudo su familia regocijarse con su vuelta de tanto de ausencia y de infortunios; pero empobrecida con los mismos sacrificios que había hecho para rescatarle, ni podía proporcionarle medios seguros de subsistencia ni abrigar esperanzas de verle progresar. Así es que, no teniendo otro camino para proporcionarse alguna ventaja que la carrera de las armas, quiso continuar sus servicios en la guerra, y se alistó de soldado en las tropas empleadas á la

(1) Esta información, hallada casualmente en el archivo de Indias, y aprovechada oportunamente por el señor Navarrete en su copiosa y apreciable obra, es, en mi dictamen el único documento que merecía conocerse de cuantos la curiosidad diligente de los aficionados á Cervantes ha logrado desenterrar en estos últimos tiempos.

sazón en la empresa de Portugal. Servía también en ellas su hermano Rodrigo, y juntos se hallaron en las expediciones marítimas que se hicieron entonces para reducir las Terceras y contener las demasías de los ingleses y franceses por aquellos mares, teniendo así Cervantes la satisfacción y el honor de militar á las órdenes y contribuir á las glorias del marqués de Santa Cruz.

Pero tres campañas añadidas á las antiguas, y que nada sirvieron ni á su fama ni á su fortuna, acabaron de desengañarle de lo poco que podía aprovechar por aquel camino. Veíase ya entrado en la edad madura, perdidos los años de su juventud, perdidas sus fatigas, perdidos sus servicios, sin estado, sin nombre, y no quedándole por tantos sacrificios más que su espada y su pundonor. Empezaba ya tal vez á fermentar en su cabeza, y le incitaba poderosamente á escribir, aquel conjunto de sucesos extraordinarios, de caracteres y costumbres interesantes, y de cuadros y pinturas grandes y apacibles, que sus contínuos viajes por tan diversos países habían acumulado en su fantasía. Quizá también la composición de la *Galatea*, en que por entonces se ocupaba, le manifestó la necesidad de abandonar el bullicio y agitación de las armas si había de seguir el instinto de su talento y cultivar sosegadamente las letras. De cualquiera modo que esto fuese, él dejó de una vez la carrera militar, y en 1584 publicó aquella novela pastoral, con la que se granjeó inmediatamente un nombre distinguido en el mundo literario.

Eran entonces del gusto popular las pastorales, que la *Diana* de Monte mayor había hecho de moda. Esta obra, además de tener para sus contemporáneos el interés de la verdad, rebozada con la máscara pastoril, presentaba también el mérito de una invención agradable, escrita con buena prosa y adornada con algunos versos felices. Sus defectos son muchos. Cervantes en el famoso escrutinio notó algunos y omitió otros; pero el episodio del moro Abindarráez podía compensar muchas faltas. Gil Polo, uno de sus continuadores, fué quien más se acercó á su reputación. Sin embargo de ser su invención más pobre, y menos natural su estilo, la *Diana enamorada*, compuesta por un poeta más hábil, salió adornada de mejores versos, y esto bastó para que se la tuviese por igual ó superior á su modelo: con efecto, ni en

Montemayor ni en ningún otro poeta de entonces se podía encontrar un idilio tan bello como la *Canción de Nerea.*

La *Galatea,* escrita con más fuerza de imaginación y con un estilo más valiente y pintoresco, fué recibida con bastante aplauso, pero no pudo alcanzar á la celebridad de las otras pastorales. Cervantes no conocía todavía el verdadero carácter de su talento, y aquel mundo ideal y ficticio, sin fundamento ninguno en la realidad ni en la naturaleza, no convenía á su pincel. Así es que sus pastores dejan frecuentemente de ser sencillos y tiernos, por hacerse ingeniosos, pedantes y disputadores. La acción principal se olvida con el tropel de episodios, brillantes á la verdad, pero que ninguna conexión ni armonía tienen con ella; y los versos, en fin, siendo tantos y generalmente tan malos, acaban de amortiguar el gusto que podía producir su lectura con la ingeniosidad que se encuentra en muchos pasajes y con la brillantez general de los colores. Él mismo la juzga con una severidad bien laudable en su escrutinio, y no hay para qué apelar de una sentencia tan imparcial y tan justa (1).

Poco después de publicada la *Galatea* se casó Cervantes con doña Catalina de Palacios Salazar, una señora de Esquivias á quien por aquel tiempo galanteaba (2). Estrechada con el nuevo estado su situación ya miserable,

---

(1) «Su libro tiene algo de buena invención, propone algo y no concluye nada: es menester espe»rar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que »se le niega.»—*(Don Quijote,* parte 1.ª, cap. 6.)

(2) Dícese que Cervantes, con la publicación de su obra, hizo un obsequio á esta dama, á quien se supone por unos retratada con el nombre de Galatea, como Cervantes con el de Elicio. Ya antes se les había dado otros papeles en aquella fábula, y Ríos se inclina á que Cervantes es Damón, y su esposa la pastora Amarílis. Mas cualquiera que sea el fundamento de estas conjeturas, es de recelar que sean más ingeniosas que acertadas. Ya en primer lugar, por poca delicadeza y discreción que se suponga en Cervantes, repugna que pintase tan ventajssamente al pastor bajo cuyo nombre intentaba retratarse á sí mismo. La *Galatea,* por otra parte, es obra compuesta en los tres años que mediaron desde su vuelta á España y su casamiento. Él residió la mayor parte de ellos en Portugal ó en las armadas; en aquel tiempo tuvo unos amores, de que resultó doña Isabel de Saavedra, su hija natural, y todo excluye la idea de otro galanteo coetáneo con doña Catalina, su esposa; lo cual sería preciso para que su obra tuviese la intención que se propone. Conjeturas sobre conjeturas, que por lo mismo tienen muy poco valor, y yo las abandono gustoso al juicio de los eruditos.

fuéle forzoso buscar nuevos medios para subsistir, y creyó encontrarlos en su talento poético, dedicándose al teatro. La necesidad, pues, le obligó á hacer comedias, recurso incierto y precario para los autores, y nada ventajoso á los progresos del arte, en que el talento, envilecido, en vez de dar la ley, la recibe del capricho y de la ignorancia ajena, y convertidas mercaderías las producciones del ingenio humano, se trabajan á destajo y se venden con menosprecio. De esta ocupación á que entonces se entregó Cervantes, resultaron veinte ó treinta comedias (1), que si han de juzgarse por *El trato de Argel* ó *La Numancia,* dadas á luz en nuestros días, bien merecían todas el olvido en que desde luego quedaron sepultadas. Acaso de tan severo fallo pudiera salvarse *La Confusa,* comedia de capa y espada de que Cervantes hace mención en diferentes escritos con una predilección particular y como representada con mucho aplauso. Y en efecto, si en la invención, caracteres, costumbres y diálogo de aquel drama había ya algún anuncio de lo que el autor había de ser después en el *Quijote* y en las *Novelas,* su pérdida debe ser sensible á cuantos se interesan en la historia de las letras españolas.

No debieron ser muy grandes los provechos que Cervantes se proporcionaba con esta poco noble ocupación, cuando á los cuatro años de empezarla se le ve seguir otros rumbos de subsistencia y de fortuna. Errante y vagando por diferentes partes de España, buscaba y no hallaba una colocación que sus talentos, sus virtudes y sus servicios tenían tan merecida. Ocupóse muchos años en comisiones temporales, como la de ayudar á los proveedores de las armadas de Sevilla, la de recaudar atrasos de la real Hacienda en el reino de Granada y en otros encargos de igual naturaleza, que, si bien remediaban la necesidad presente, no le dejaban recursos para lo futuro. Por los años de 1590 solicitó que se proveyese en él alguno de los empleos vacantes en Indias, y el despacho que tuvo su demanda fué que buscase por acá en qué se le hiciese merced. No la buscó, ó no la halló, ó no se la quisieron hacer,

(1) Cervantes mismo no sabía á punto fijo cuántas fuesen: prueba de la poca importancia que »daba á aquella tarea: «Compuse, dice, en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta, que todas »ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza: corrieron »su carrera sin silbos, gritas ni baraundas.» (Prólogo de las *Comedias* impresas en 1615.)

puesto que se le ve volver á la faena precaria de sus ejecuciones, y con tan poca fortuna, que tuvo la desgracia de ser reconvenido por ellas, y aun encarcelado en Sevilla. Poco después fué puesto en libertad bajo fianza, para que viniese á rendir sus cuentas en la corte y satisfacer el pequeño alcance que contra él resultaba. Á estas poco gratas noticias que han dado de sí las investigaciones hechas últimamente sobre esta época de su vida, añade la tradición que no mucho tiempo después fué también preso en un lugar de la Mancha, de resultas de una comisión cuyo objeto no ha podido averiguarse todavía.

Maltratado así de los hombres y contrariado por la fortuna, había entrado Cervantes en la jurisdicción de la vejez sin que se hubiese desenvuelto en su ingenio aquella fuerza colosal que le iba á dar la primacía entre los escritores españoles; mas ni los años ni los contratiempos, ni la naturaleza de sus ocupaciones, igualmente triviales que enfadosas, podían apocar aquel ánimo, ya otro tiempo tan generoso y libre en las mazmorras de Argel. Detenido en las prisiones de Argamasilla, donde la misma tradición señala el punto de su último desaire, concibe la idea de su *Don Quijote,* y la realiza con la portentosa facilidad que su mismo contexto manifiesta. La obra se publicó en 1605, cuando Cervantes contaba cincuenta y ocho años de edad: así un vuelo de fantasía tan alto y extraordinario es dado en una época de la vida en que apenas hay escritor, por vigoroso que sea, que no sienta demayar sus bríos; y el libro más ingenioso y festivo que ha producido el entendimiento humano se escribe en una cárcel, «donde, como su autor dice, toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruído hace su habitación».

Estaba entonces entregada la mayor parte de los hombres á una clase de lectura extravagante, que viciaba la educación, corrompía las ideas de la moral, estragaba las costumbres y usurpaba, con las invenciones más monstruosas, la atención debida sólo á la belleza. Inundaban los libros caballerescos á España, y sus despropósitos eran la admiración de los idiotas, el entretenimiento de los ociosos y tal vez distracción indigna de los discretos. «Yo acaberé con esta peste», dijo entre sí Cervantes, y su imaginación grande y festiva le presentó el héroe que había de anonadar á tantos y tan acre-



Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

ditados paladines. No eran bastantes ya contra ellos ni una invectiva seca, ni un juicio aislado como los que se habían hecho hasta entonces; débiles reparos contra un contagio tan grande, y que, incorporado la mayor parte en obras que el pueblo no leía, de nada servían al pueblo. ¿Qué aprovecha que un crítico escriba para otros críticos lo que ellos acaso se pensarán sin él? Por esto las declamaciones de Luis Vives, Alejo Venegas y otros sabios contra los libros caballerescos eran supérfluas, cuando el vulgo, embebecido con ellos, ni las leía ni las podía entender. Es preciso para desarraigar un vicio general que el remedio también lo sea.

Y aun se necesitaba más entonces. Puesto que las gentes se agradaban tanto de la lectura que se intentaba destruir, el fin no se alcanzaba si no se sustituía con otra que fuese igualmente grata y si no se suplía la pérdida de tantos libros con uno que venciese á los demás en novedad y en placer; que, rico con todos los adornos de la imaginación, se apoyase en los principios del gusto y de la verdad, y en donde la invención y la filosofía, acordes, agradasen y suspendiesen á toda clase de personas en todos los estados de la vida.

Tal fué el *Don Quijote,* donde no se sabe qué admirar más, si la fuerza de fantasía que pudo concebirle ó el talento divino que brilla en su ejecución. Cuando en la conversación llega á mentarse este libro, todos á porfía se extieuden en su elogio, y el raudal de sus alabanzas jamás se disminuye, como si saliera de una fuente inagotable. El uno ensalza la novedad y felicidad del pensamiento, el otro la verdad y belleza de los caracteres y costumbres; éste la variedad de los episodios, aquél la abundancia y delicadeza de las alusiones y de los chistes; quién admira más el infinito artificio y gracia de los diálogos, quién la inestimable hermosura del estilo y la propiedad de su lenguaje.

Todas estas dotes, que esparcidas hubieran hecho la gloria de muchos escritores, se encontraron reunidas en un hombre solo y derramadas con profusión en un libro. Y no deja de entrar á la parte de la maravilla la consideración de la época. Pues aunque el siglo XVI sea por tantos respetos acreedor á nuestra admiración y gratitud, ni el carácter que entonces tenía

la ilustración, ni la calidad y mérito de los autores que á la sazón sobresalían entre nosotros, ni, en fin, el tono general de nuestras letras, ni aun de nuestros gustos y usos, podían prometer una producción tan original y tan grande, y al mismo tiempo tan graciosa. Ella á nada se parece, ni sufre cotejo alguno con nada de lo que entonces se escribía; y cuando se compara el *Quijote* con la época en que salió á luz y á Cervantes con los hombres que le rodeaban, la obra parece un portento y Cervantes un coloso.

Empéñense en buen hora los que se precian de críticos en analizar las bellezas de esta fábula y examinar cómo el escritor supo hacer de su héroe el más ridículo y al mismo tiempo el más discreto y virtuoso de los hombres, sin que tan diversos aspectos se dañen unos á otros; cómo en Sancho empleó todas las formas de la simplicidad; qué de recursos se supo abrir en estas variedades imperceptibles, sin ofender á la unidad de los caracteres; cómo supo enlazar á su fábula los lances que parecían más lejanos de ella, y hacerlos servir todos para realizar la locura del personaje principal; de dónde aprendió á variar las situaciones, á contrastar las escenas, á ser siempre original y nuevo, sin dementirse ni decaer nunca, sin fastidiar jamás. Todo esto pertenece al genio, que se le encuentra por sí solo, sin estudio, sin regla y sin ejemplares.

Así aparece tanto más vano, por no decir importuno, el empeño de los hombres doctos que se han puesto á desentrañar las bellezas de este libro, ajustándole á reglas y á modelos que, no teniendo con él ni semejanza ni analogía alguna, de ningún modo pueden compararse le. Si su autor pudiera levantarse del sepulcro y viera á los unos apurar su ingenio, á otros su erudición, á otros su cavilosa metafísica y á todos sudar para hacer del *Quijote* una obra á su modo, quizá les dijera con compasión y con risa: «En vano os afanáis si con esa disposición doctrinera pensáis gustar de mi libro ni hacer entender lo que vale. ¿Qué hay en Homero de común conmigo, ni en Aquiles con Don Quijote, ni qué tienen que hacer aquí Macrobio y Apuleyo, Aristóteles y Longino? Todo ese aparato de erudición y principios podrá servir á vuestra ostentación; mas para explicar mi obra es del todo insignificante y supérfluo. La naturaleza me presentó á Don Quijote, mi imaginación

se apoderó de él, y un feliz instinto hizo lo demás. Así, cuando habláis de imitaciones épicas, de intenciones metafísicas y sutiles, de artificio y pulimento, me asombro de ver que haya en mi libro tantas cosas en que no pensé, y que sea menester tanto trabajo para descifrar y dar precio á lo que á mí no me costó ninguno».

Cervantes tendría razón; la gracia no se explica ni el genio se compara, ni caen uno y otro bajo la jurisdicción estrecha de reglas convenidas y de ejemplares anteriores. El elegante académico que analizó el *Quijote* al frente de la bella edición española, hizo prueba en su discurso de erudición acendrada, de gusto exquisito, de penetración y de filosofía; pero su obra, estimable á tantas luces, flaqueó desgraciadamente por la base, y descontenta por el tono. La mayor parte de las reglas y ejemplos de que el crítico se vale son supérfluos, y aun contrarios á veces á lo mismo que se propone; y su gravedad, su método, su aliño y su compostura desdicen de la gracia y abandono inimitable del libro que así diseca. Engañóle el ejemplo de Addison, y creyó que podía hacerse con el *Quijote* lo que aquel sabio inglés había hecho con el *Paraíso perdido* (1). Pero la diversidad es inmensa, para no ser vanos sus esfuerzos; y una página de Sterne, que en su humor y en su espíritu tenía tanta analogía con Cervantes, nos enseñaría su secreto harto mejor que las laboriosas vigilias de sus doctos comentadores.

Al tratar Voltaire en sus *Misceláneas* de que el espíritu humano no hace otra cosa que reproducirse, y que las obras que más admiramos son imitaciones de otras más antiguas, dice que el tipo de Don Quijote fué el Orlando del Ariosto (2). Es preciso sin duda admirar á este escritor como uno de los

---

(1) Por ventura se dejó llevar también del ejemplo de Ramsy, autor de un discurso sobre el poema épico, que suele ir al frente de algunas ediciones del *Telémaco*. Pero este discurso es tan superficial y tan seco, que da pena acordarse de él cuando se trata de una obra como la de Ríos.

(2) El mismo Cervantes pudo quizá contribuir á aquella comparación en aquellos versos de Urganda la Desconocida:

Damas, armas, caballe-
Le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-

mayores pintores que ha tenido la poesía. Pero ¿cuál es la relación que puede haber entre dos locos de manía tan diferente? ¿Entre un cuadro todo quimeras y otro todo verdad? ¿Entre un libro de caballerías y una sátira de semejantes libros? ¿Entre la libertad que se permite el italiano y el tino y sabiduría con que camina el español?

Y aunque se concediese que en algunos pasajes la manera del uno es semejante á la del otro, ¿cuántos requisitos más acompañan al *Quijote* que no pudieran tomarse de Ariosto ni de otro escritor ninguno? ¿Se halla por ventura en aquel poeta el tono de sensibilidad dulce y afectuoso que tan frecuentemente se halla en el libro de Cervantes? ¿Quién le enseñó el arte dificilísimo del diálogo, en que nuestro escritor no ha encontrado hasta ahora quien le venza, y á duras penas encontrará quien le iguale? ¿De dónde, en fin, pudo aprender el encanto continuo de aquella dicción maravillosa, tan apacible y tan pura, tan en armonía siempre con el objeto que pinta; candorosa, natural y fluída en las narraciones, ingeniosa y festiva en las burlas y donaires, animada y verdadera en los razonamientos, soberbia, rica y ambiciosa en las descripciones?

No: el *Quijote* no tuvo modelo, y carece hasta ahora de imitadores (1); es una obra que presenta todos los carácteres de la originalidad y del genio,

---

Templado á lo enamora-
Alcanzó á fuerza de bra-
Á Dulbinea del Tobo-

No se crea, sin embargo, que el escritor francés por comparar á Don Quijote con Orlando pretetende disminuir el mérito de nuestro libro. Véase lo que dice de él con ocasión del *Hudibras* de Butler: *Á force d' esprit l' auteur d'* Hudibras *a trouvé le secret d' être eu dessous de* Don Quichotte: *le gout, la naïvité, l' art de narrer, celui de bien méler les aventures, celui de ne rien prodiguer, valent bien mieux que de l' esprit: aussi* Don Qhichotte *est lu de toutes les nations, et* Hudibras *n' est lu que des anglais.—(Diccionario filosófico,* artículo *Prior Butler et Swift.)*

A este elogio puede agregarse el de Juan Santiago Rousseau en el prefacio de la *Nueva Heloisa: Mais les longues folies n' amusent guéres; il fant écrire comme Cervantes pour faire lire six volumes de visions.*

(1) *Cándido, Sublevo, Fray Gerundio* y otros libros escritos en la manera del *Quijote,* prueban más que ninguna otra cosa, la superioridad de Cervantes: copias miserables de un admirable original.

un poema divino á cuya ejecución presidieron las gracias y las musas. Su publicación fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería; y el tropel de libros que atacó, tan universalmente derramados y tan gratamente acogidos, desapareció de tal modo que ya sólo en el *Quijote* dura la memoria de que fueron: triunfo admirable y singular digno de mérito de la obra, y gloria en que autor ninguno puede competir con Cervantes. (1)

Así, contra el destino y condición de las sátiras, cuya vida por la naturaleza misma de su objeto y de sus medios, es por lo común tan corta (2), se reservó al *Quijote* el privilegio extraordinario de ir adquiriendo nueva vida y lustre nuevo al cabo de dos siglos que los libros de caballería y sus ilusiones extravagantes están sepultados en olvido. El interés vivo é inmenso que anima todas las partes de esta fábula no se limita á una sola época ni tampoco á un solo país. Desde que su autor la dió á luz, las prensas no se cansan de estamparla ni los ojos de leerla. Todas las naciones cultas la han hecho suya: los nombres de Don Quijote y Sancho son conocidos en las regiones más apartadas, y mentados en los ángulos más remotos de la tierra; y estos dos personajes humildes nacidos en la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes más ilustres de la fábula y de la historia.

No es posible ciertamente hablar de esta obra singular sin una especie

---

(1) Esta desaparición de los libros de caballerías fué muy pronta; ya Calderón decía en su *Maestro de Danzar*:

En ti
Todas las locuras dejo
De Esplandión, de Belianis,
Amadis y Beltenebros,
Que, á pesar de Don Quíjote,
Hoy á revivir han vuelto.
(Jornada I, escena I.)

(2) Está en la naturaleza que así sea: si la sátira es vaga no interesa; su vida y su interés nacen de la aplicación ingeniosa y oportuna á circunstancias y personas determinadas: cuando estas dejan de existir, la sátira cae también con ella, y sólo puede conservarse á fuerza de ingenio y mérito en la ejecución.

de entusiasmo, ó si se quiere, de intolerancia, que se rebela contra toda idea de crítica y de examen. Por eso causa tanta extrañeza, y no sé si diga ira, la gravedad impertinente conque algunos desdeñan este libro, tachándole de frívolo y de insípido á boca llena, llamar la atención de estos hombres á su mérito y hermosura sería tiempo perdido. ¡Frívolo á un libro que corrigió á su siglo! ¡Insípida una lectura que por su portentosa invención, su discreción ingeniosa y sus sales inimitables y nativas se ha hecho universal en el mundo! Que señalen pues una donde el agrado, efecto inseparable y eterno de las buenas obras de inverción, sea tan completo y suba un grado tan alto. Extravagante censura á la verdad y cuyos autores, tan ingratos como inconsecuentes, se hacen más dignos de compasión que de respuesta; sus labios jamás se abrieron á la risa ni su corazón a las gracias.....

Todavía es más infeliz el anhelo de los que, poseídos de la rabia gramatical ó de la manía de singularizarse, pretenden hacerse valer buscando y señalando lunares en lo que admiran los demás, ¿Y qué es lo que consiguen al fin, con sus miserables reparos y con sus quisquillas pueriles? Los pasajes notados como defectuosos hacen con su donaire salir la risa á los labios de los oyentes; el descuido, aunque le haya, se cubre con la magia del talento; la gracia triunfa, y la crítica, desairada y corrida, se ve reducida al silencio.

Pues qué, ¿no tiene defectos el *Quijote*? Tiénelos sin duda, y con ser tan fáciles de conocer, todavía eran más fáciles de enmendar. El autor al parecer no quiso hacerlo, y estoy por decir que hizo bien, pues con ellos campea más el singular ingenio que recibió de la naturaleza. Táchense en buen hora como supérfluas las dos novelas del *Curioso impertinente* y del *Capitán cautivo*; pero quién es el que se atreve á arrancar estas preciosas narraciones de la fábula en donde sobran? Hay en ella descuidos de lenguaje, repeticiones, inadvertencias de narración, anacronismos; más ¿qué otra cosa prueban la facilidad y abandono con que la obra se escribía? escapábase como riendo y jugando de la pluma de Cervantes aquel raudal inagotable de gracias y de bellezas, sin que le costasen el menor esfuerzo ni la más leve fatiga. Así

los defectos del *Quijote*, partiendo, como parten, del exceso mismo de su fuerza, en vez de consolar á la flaqueza humana, no sirven á otra cosa que á confundirla y á desesperarla (1).

Las cuatro ediciones que se hicieron de esta obra en el mismo año (1605) en que se dió á luz, prueban de una manera nada equívoca la grande aceptación que tuvo desde luego. Parecía, pues, excusado, como han dicho muy bien sus dos últimos biógrafos, que Cervantes escribiese el *Buscapié* con el fin de excitar la curiosidad del público hácia su libro porque ninguna necesidad tenía de ello; mas la tradición conservada hasta nuestros días, y el testimonio de una persona veraz, que aseguraba haber visto y leído este opúsculo (2), desvanecían al parecer nuestra duda sobre su existencia. Pellicer, sin embargo, ha combatido después esta opinión con razones harto poderosas, y la existencia del *Buscapié*, tal como se le ha pintado hasta aquí, es ahora muy dudosa, y mucho más que Cervantes le escribiese. La cuestión en el estado que hoy día tiene, está reducida á conjeturas más ó menos probables, y por lo mismo es ociosa mientras no se descubra algún ejemplar de aquel opúsculo. El hallazgo sería sin duda precioso, pues en la suposición de ser obra del mismo Cervantes para indicar la intención segunda y misteriosa de su libro el *Buscapié* sería el más excelente comentario del *Quijote*, y enseñaría el verdadero rumbo para explicar sus alusiones secretas, las cuales,

---

(1) En ninguna parte se ven de manifiesto los efectos de esta prodigiosa y negligente facilidad como en el docto y esmerado comentario de mi excelente amigo y compañero don Diego Clemencín: trabajo á que no se puede negar la más alta estimación, por la erudición copiosa y sana crítica con que está desempeñado. El sabio comentador ha creído de su deber señalar todos los lunares descuidos é inexactitudes que iba hallando en la obra que ilustraba, siendo muchísimas las observaciones de esta clase que aquellas notas comprenden, sobrado menudas á veces, pero generalmente atinadas. Del conjunto de ellas resulta que este libro admirable se escribía con el mismo abandono con que se habla, y que Cervantes no volvía los ojos atrás para examinar lo que una vez tenía escrito: con sola esta diligencia aquellas pequeñas faltas desaparecieran. Todo es, pues, en el *Quijote* obra de instinto y de talento, en que tuvo poco lugar el arte, y ninguno la meditación y el trabajo: á la manera que decía el célebre Mengs que se había pintado el cuadro de las Hilanderas de Velázquez, «no con la mano, sino con sola la voluntad».

(2) Véase en las *Pruebas á la vida de Cervantes*, por don Vicente de los Rios, la carta de don Antonio Rui Díaz sobre el *Buscapié*.

si es que las hubo, en sentir de muchos están todavía por descubrir (1).

Al tiempo en que se publicó la primera parte del *Don Quijote* vivía Cervantes con su familia en Valladolid, donde la Corte se hallaba, y como la suerte quisiese hacerle pagar con un desaire la palma literaria que acababa de conseguir, aguardó aquella ocasión para uno de los más amargos desabrimientos que pudieran sucederle. En un encuentro que hubo junto á su casa entre dos caballeros la noche del 27 de Junio de aquel año (1605), fué herido mortalmente uno de ellos, don Gaspar de Ezpeleta, natural de Navarra, joven y dado, según la costumbre de entonces, á rondas y á galanteos. Dió voces, pidió socorro, y cayendo y levantando, con la espada desnuda en una mano y el broquel en la otra se acogió al portal de la casa de Cervantes. Acudió éste á los gritos del herido, y entre él y otro morador de la casa le subieron á la habitación de doña Luisa Montoya, viuda del cronista Esteban de Garibay, que también allí vivía. Murió Ezpeleta en la mañana del 29, y de resultas de las diligencias judiciales practicadas para la averiguación de aquel funesto lance, Cervantes, su hija doña Isabel de Saavedra, su hermana doña Andrea, y la hija de ésta, doña Constanza de Ovando, fueron puestas en la cárcel, sin que valiesen al escritor sus canas y sus respetos, ni á ellas su sexo y su calidad. Sospechóse de pronto que la pendencia había sido originada por competencia de galanteo dirigido á la hija ó á la sobrina de nuestro escritor, lo cual dió motivo á aquel rigoroso procedimiento, que por fortuna duró pocos días, porque, desvanecidas las sospechas con las declaraciones de los interesados, ó calmadas con las diligencias que se hicieron en su favor, se les dejó primeramente salir de la prisión bajo fianzas, y poco después se les alzó la carcelería, terminándose así la causa sin resulta ninguna de consecuencia (2).

---

(1) En estos últimos tiempos se ha dado á luz un *Buscapié*; pero lejos de allanar las dudas y dificultades, esta publicación no ha hecho más que aumentarlas, según las agrias disputas á que ha dado ocasión.

(2) Este proceso se halló original años pasados, y el nombre de Cervontes, interesado principalmente en él, le dió un valor infinito. Pellicer insertó en su Vida un extracto sobradamente prolijo. De él se deduce su permanencia en Valladolid por aquel tiempo, las personas de que se componía su

Luego que la corte se restituyó de Valladolid á Madrid, se vino también Cervantes á esta villa, donde estableció su sesidencia por el resto de sus días. Allí vivió pobremente á la verdad, pero apartado de negocios y de afanes, entregado todo á las letras, y procurando conservar con sus estudios y sus tareas el distinguido nombre que había sabido adquirir entre los escritores de su nación. Á esta época de su vida, que se puede llamar exclusivamente literaria, pertenece la ejecución de la mayor parte de sus obras, el favor que encontró en algunos grandes, sus disgustos y rencillas con los poetas de su tiempo, y también sus devociones, pues en estos últimos años es cuando se le ve alistarse en las cofradías religiosas más acreditadas de Madrid. De estos diferentes objetos lo verdaderamente interesante son las producciones pero es fuerza decir algo de los demás, siquiera por no pasar absolutamente en silencio unos hechos que los demás biógrafos refieren, y que, aunque sean de menos importancia, no dejan de tenerla en todo caso por pertenecer á Cervantes.

La reputación del *Don Quijote*, que al principio fué toda popular, pasó al cabo de algún tiempo del vulgo á los hombres de letras y á los doctos, entre los cuales empezó á hacer el mismo ruido que entre la gente común. También empezó á hacerse cabida en el gran mundo; y de aquí procedió sin duda la acogida y aprecio que debió su autor al virtuoso arzobispo de Toledo don Bernardo Sandoval, y al conde de Lemus, nombre entonces tan justamente querido y tan sonoramente cantado por las musas españolas. Esta celebridad hizo levantarse á la envidia, que inspiró todo su veneno á los poetas, confundidos con la superioridad de Cervantes: él desgraciado y os-

---

familia, el modo con que allí se ayudaba á sostener, y en fin, que eran sus vecinas doña Luisa de Montoya, viuda de Esteban Garibay, y doña Juana Gaytan, viuda del poeta Laínez, que acababa de fallecer, amigo de Cervantes. Pero también resulta de las declaraciones que estas señoras se echaban unas á otras la nota de recibir malas visitas, lo cual no hace honor ninguno á nuestro escritor. Nada hay, por otra parte en la causa que nos le haga conocer más bien, y siendo este triste incidente de tan corta importancia para su vida civil, y de ninguna para su carrera literaria, excusado era por cierto extenderse en ella tanto, y bastaba indicarla ligeramente. Yo no sé si él agradeciera mucho que saliesen á la plaza del mundo semejantes pobrezas.

curo, manteniéndose acaso de la compasión ajena, no tenía otra riqueza ni otro bien que la gloria de su libro; los poetas, encarnizados, se conjuraron á arrebatársela.

Sería ciertamente tan injusto como opuesto á la verdad, confundir á los Argensolas cen esta villana caterva. Puestos en el grado más alto de reputación literaria, y en el lugar más preferente de aprecio y confianza con el conde de Lemus, no podían recelar que Cervantes les hiciese sombra, no es de creer que fuesen movidos por el mismo espíritu que los otros malsines envidiosos. No sabemos cuál era la conexión que tenía con ellos ni las obligaciones que recíprocamente los unían, aunque se considera el carácter reservado y desabrido que aquellos dos aragoneses presentan en sus escritos, y se compara con el genio expansivo y simpático de Cervantes, debían conformarse muy poco. Él, con mengua de su buen gusto y de su juicio, les había dado unos elogios tan desmedidos en la *Galatea* y en la primera parte del *Quijote* (1), que tenía derecho á esperar le cumpliesen las promesas que le hicieron cuando, nombrado el Conde virrey de Nápoles, se los llevó á Italia consigo. Estas promesas, ya fuesen hechas por mero cumplimiento, ya se olvidasen después entre la muchedumbre de ocupaciones y la novedad de objetos que distrajeron á los dos hermanos, es cierto que no tuvieron efecto ninguno, y que dieron lugar al resentimiento de nuestro escritor. Él le consignó delicadamente en el *Viaje al Parnaso,* y sin dejar de bajar respetuosamente la cabeza ni de aplaudir al mérito poético que en ellos se reconocía, hizo manifiesta al mundo la queja de su amistad y no volvió jamás á hacer mención de ellos en sus escritos.

Y como si el autor del *Viaje* no hubiese distinguido de un modo claro y

---

(1) Después de llamarles en el *Canto de Galiope* «dos luceros, dos soles de poesía, á quien el cielo había dado cuanto ingenio podía dar», dice del mayor «que tenía maduro trato, humilde fantasía», y no se acierta con lo que quiere decir, pues si habla de la fantasía poética, es un vituperio más bien que una alabanza; y si, como se da á entender, quiso hablar de su modestia, no acertó á expresarse como debía. En el *Quijote* ofenden las alabanzas indiscretas, ó más bien dssatinadas, que da á las detestables taagedias de Tupercio, desluciendo con ellas el mérito de aquel pasaje, tan recomendable por la sana razón y gusto seguro que reina en todo lo demás de él.

preciso las dos consideraciones de amigos y poetas, el impertinente Villegas, en una composición monstruosa (1), se atrevió á zaherirle de mal poeta y á llamarle *quijotista* bajo el pretexto de vengar al menor de los dos hermanos, maestro suyo y á quien Cervantes ciertamente no había hecho más agravio que el de elogiarle con demasía. Es de creer, que el insulto violento de Villegas no llegó á su noticia, pues las *Eróticas* no se imprimieron hasta después de su fallecimiento. En caso de haber llegado, Cervantes, después de aplaudir el talento de versificar y la facilidad en componer en su joven y petulante detractor, pudiera enviarle á la escuela á aprender el tino, la decencia y el buen gusto que ni su maestro Argensola ni los modelos antiguos que él afectaba seguir, le habían enseñado.

Más graves fueron las consecuencias de su supuesta rivalidad con Lope de Vega. No podía, con efecto, haberla entre dos escritores de genio, gusto y talentos tan diferentes; y sea que Cervantes conociese su propia fuerza, ó sea que la ignorase, no es posible que presumiese medirse con un hombre que entonces era el ídolo del vulgo y el numen de la poesía española. Como autor del *Don Quijote,* Cervantes se había puesto á una inmensa distancia de Lope y de los demás escritores de entonces, para poder sufrir comparación con él ni con otro alguno; pero como escritor en versos y de comedias, la comparación, mucho más fácil, no era nada ventajosa. Reconocía él esta superioridad de buena fe, y las alabanzas que estuvo dando toda su vida á aquel fecundo poeta salen del corazón y no tienen nada de equívocas ni forzadas. Pero sucedióle, cuando habló de sus comedias en el *Don Quijote,* lo que á tantos otros acontece cuando intentan hablar razón entre gentes acaloradas

---

(1) Así la llama el mismo Villegas en su epístola de remisión á don Lorenzo Ramírez de Prado:

Ese monstruo te envío, mi Laurencio,
De sátira compuesto y elegía;
Cierto que es parto digno de silencio.

Los versos en que moteja á Cervantes son bien conocidos de todos, y por desgracia á nadie deshonrarán sino á él. Sus pocos años no bastan á disculparle de esta falta de respeto, así como tampoco pueden disculpar la extravagancia de una composición donde se mezclan y confunden dos tonos tan diferentes, y en donde se habla de poesía con un mozo de mulas.

La crítica urbana, justa y moderada que allí hizo se tuvo á desacato por los apasionados de Lope, ó más bien por los que idolatraban sus defectos, porque á la sombra de ellos justificaban sus propias extravagancias. Alzaron, pues, el grito, y lanzaron sobre Cervantes todos los tiros que les suministró su rabia para vengar á su Apolo dramático de aquel atrevido sacrilegio.

Uno de ellos, más furioso ó más simple, disfrazándose con el nombre de un licenciado Avellaneda, tuvo osadía para querer igualarle, y se puso á hacer la continuación de una obra cuyo mérito sin duda estaba muy lejos de comprender. ¡Ignorante! Escribir un *Quijote,* y decir que lo hacía para mejorarle y porque su primer autor no tenía talento para proseguirle. ¿No sabía el insensato que la crítica más ardua es la del ejemplo, y que su desempeño está sólo al alcance de un hombre superior?

Tachaba de humilde el escrito de Cervantes, y el infame se burlaba de él porque era viejo, manco y pobre; como si Lope, Villegas, los Argensolas y todos los poetas de entonces juntos pudiesen contrapesar el mérito literario de un solo capítulo del *Quijote,* y como si la pobreza y manquedad de Cervantes, poniendo en descubierto la ingratitud de su siglo, no añadieran lustre á la veneración que se le debe. Pero estos insultos, que no merecen la atención de la posteridad, estarían ya sepultados en el olvido si no fuera tan eminente el escritor contra quien se asestaron. Ellos prueban, por otra parte, lo que se ha dicho más de una vez, y es que un crítico necio es por lo común hombre malo (1).

¡Qué dignidad, al contrario, y qué decoro en la defensa de Cervantes! Para confundir y resolver en polvo á su adversario no tuvo más que presen-

---

(1) Son ingeniosas sin duda y propias del genio buscón y anecdotero de Pellicer las conjeturas sobre la calidad y profesión del supuesto Avellaneda. De ellas resulta que era eclesiástico, religioso, y por ventura de la orden de predicadores. Si esto era así, Cervantes tenía azar con estos frailes, pues ya hemos visto cómo otro dominico estuvo á pique de hacerle perder la vida en Argel, y después la reputación. Mas una vez que la diligencia de aquel biógrafo y la de su infatigable sucesor no han podido dar con el verdadero nombre de este miserable, se le puede suponer sepultado en el olvido, y allí á cubierto de la infamia á que su necia temeridad y su insolencia le habían condenado para siempre.

tarse y publicar la *Segunda parte del Quijote,* superior todavía en corrección á la primera. Contentóse con burlarse, en algunas parte de ella, de la poca gracia de su antagonista, advirtiéndole festivamente que el hacer un libro costaba más trabajo que lo que se pensaba. Si todos los autores se defendieran del modo que Cervantes, la caterva de insolentes detractores no se atrevería á ladrar tanto, y las guerras literarias serían menos escandalosas.

El primer fruto de la ociosidad filosófica á que Cervantes se entregó en la última época de su vida fueron las *Novelas,* publicadas en 1812 y dedicadas al conde de Lemus. Habíanse escrito en diferentes tiempos, según que los sucesos, los caracteres y las costumbres que en ellas pinta se habían presentado á sus ojos y á su fantasía. Algunas de ellas habían precedido al *Quijote,* y las dos, que como en muestra incluyó en la primera parte, debieron preparar el camino para la ventajosa acogida que tuvieron las demás. A la verdad, Cervantes, no pudo después ni adelantarse, ni aun igualarse á sí propio; y el *Curioso impertinente* y el *Capitán cautivo,* cada una en su género, están al frente de sus novelas y quizá de todas las del mundo. Entre las que dió á luz después campean con una indisputable superioridad las que versan sobre imitación de las condiciones comunes y costumbres ridículas de la sociedad, y se dirigen á su corrección. *Rinconete y Cortadillo* el *Coloquio de los perros* y demás de esta esta clase son pinturas superiores y exquisitas, donde luce con toda su gracia y maestría el pincel que dió vida al paladín de la Mancha. En las otras que pueden llamarse cuadros de mera curiosidad y fantasía, podrá desearse á veces más calor en los afectos, más variedad y determinación en los caracteres; pero no más verdad, no más invención, no una disposición más atinada, no, en fin, más interés de narración ni más elegancia y propiedad de estilo. Dos siglos han pasado ya por esta colección preciosa y todavía conserva su aceptación primera, aunque las ideas, las costumbres y la fisonomía exterior de los hombres sean enteramente diversas de las que allí se pintan. Él dijo al frente de ellas que era el primero «que novelaba en lengua castellana»; pudiera decir también el último, pues sus numerosos imitadores no han hecho en sus novelas, ya olvidadas, más

que demostrar la excelencia de su modelo y la inmensa distancia á que están de él (1).

El *Viaje al Parnaso,* publicado en 1614, es composición muy diferente. El estilo y la idea primera están tomados de un opúsculo italiano escrito en el siglo XVI por César Caporali; pero lo que en el original es un viaje particular, sin otros sucesos que los que comunmente acontecen á los viajeros que van á reconocer y presentarse en un sitio que no han visto, es en la imitación una expedición gnerrera, con lo cual se agrandan las proporciones y formas del cuadro, y la acción toma más aparato, vivacidad é interés. Quería Cervantes en esta obra hacerse justicia á sí mismo, ya que su siglo no se la hacía, y suponiendo el Parnaso asaltado de los malos poetas, fingió

(1) El más señalado entre ellos es Lope de Vega, que al probarse bien desgraciadamente en este género, que no era el suyo, decía con tan risible magisterio que en las novelas propias de España «no faltó gracia ni estilo á Miguel de Cervantes». Manera de recomendar que se acerca más á depresión que á alabanza, pues da á entender que no hay en las novelas de Cervantes otras prendas que aplaudir que la gracia y el estilo, y que aun ésto es en ellas tan escaso, que se les hace justicia con sólo decir que no les falta. Yo tengo mucha duda en que Lope estuviese bien penetrado del mérito eminente de nuestro escritor, ó en caso de estarlo, en que se lo quisiese reconocer francamente. No me acuerdo de que haya en todas sus obras un elogio, ni chico ni grande, del *Quijote:* el que hace de las novelas, la única vez que las cita, ya se ve cuán escaso es. Al contrario los versos; ellos, según Lope, «dieron eternidad á su memoria por dulces, sonoros y elegantes», que así los caracteriza en el *Laurel de Apolo*, Cabalmente son las cualidades que les faltan; y como Lope debía conocerlo tan bien como el que más, un elogio tan violento y desmedido hace sospechar de su buena fe. Calderón y Quevedo, que no tenían los mismos motivos de emulación y rencillas con nuestro escritor, aplauden sus novelas de un modo más franco, más natural, y al mismo tiempo más ingenioso.

La más extraña novela
De amor que escribió Cervantes,

dice el primero en la *Casa con dos puertas,* jornada I; y también *Los empeños de un acaso,* jornada I:

Es mi amor tan novelero,
Que me le escribió Cervantes.

Prueba irrefragable del crédito que ya gozaban estas novelas en el mundo y de la estimación en que las tenía aquel gran poeta. Quevedo, del mismo modo, en sola una frase da á entender el mismo concepto cuando aconseja á Montalván en la *Perinola* «que deje las novelas para Cervantes», y las comedias para Lope, Luis Vélez, Calderón y otros.

que Mercurio venía á España á solicitar el socorro de los buenos, y que le tomaba á él mismo por consejero para elegirlos. Cervantes, como es de presumir, marcha con ellos y se halla en la expedición. Bien se deja ver cuánto prestaba para la sátira y el elogio esta invención ingeniosa, que ya se ha hecho demasiado común. Pero la obra tiene dos defectos, por desgracia harto esenciales: el primero es la poca cordura que el autor guarda en las alabanzas; y la exageración vaga de la que tributa á los buenos y ya conocidos escritores no tiene comparación sino con el exceso de las que prodiga á poetas oscuros ó enteramente desconocidos: extremos uno y otro de que debía guardarse en un libro de crítica literaria. Añádese á este mal otro mayor, que es el de estar el *Viaje* escrito en verso, y perder de este modo Cervantes todas sus ventajas. *La adjunta al Parnaso,* diálogo en prosa que le sirve de apéndice, se lee con más gusto que todo lo demás, y manifiesta el verdadero modo de haber desempeñado el pensamiento con aprobación y agrado universal. Pero Cervantes, á pesar de la protesta desengañada que hace al principio (1), quiso en esta obra volver por su mérito poético y manifestar que él sabía y podía hacer versos como otro cualquiera. Compúsola en tercetos, que, como versificación, servirían en su desempeño aprobar mejor lo que intentaba. Pero aun cuando sus fatigados esfuerzos no sean del todo infructuosos y produzcan á las veces algunos versos y períodos felices, la obra en general se resiente de la incapacidad natural de Cervantes para versificar. Sucedióle esto mismo en todas sus demás poesías; y un escritor tan ingenioso y tan rico, tan admirablemente poeta en prosa, si es permitido hablar así, cuyo estilo suspende por su gala, por su armonía y por los colores que su imaginación sabe dar á cuanto pinta, encadenado con las trabas de la medida y de la rima se arrastra con pena, tropieza á cada paso, cae no pocas veces, y nada acierta á decir con felicidad y desahogo. Huía la poesía de sus versos desgraciados, sin que pudiera conciliarla con ellos ni la ciega afición

---

(1) Yo que siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.

de Cervantes ni su contínuo ejercicio en componer: semejante á aquellos árboles que, frondosos y bellos con la libertad de las selvas, trasladados al recinto de los jardines pierden su lozanía y se marchitan.

Como su principal objeto en el *Viaje al Parnaso* fué la vindicación de sí mismo, quiso en uno de sus episodios dar idea de su situación desgraciada. Llegados los poetas al Parnaso, Apolo los recibe en un jardín y señala á cada uno el sitio que le corresponde. Los asiéntos se ocupan, y no queda ninguno á Cervantes. En vano para lograrlo refiere todas sus obras, manifiesta todos sus méritos y se apoya en la primacía de su talento para inventar. Apolo le aconseja que doble la capa y se siente sobre ella; mas tan miserable estaba que no la tenía, y tuvo que quedarse en pie á pesar de todos sus merecimientos. Estas ingeniosas quejas de Cervantes no hacen á la verdad honor ninguno á su siglo: él, desairado é indigente entre los demás poetas que gozaban de crédito y de riquezas, es una contradicción que verdaderamente escandaliza.

Sus protectores fueron pocos y tibios en favorecerle. Ignórase que recibiese nada del personaje á quien dedicó la *Galatea*. El duque de Béjar, cuya protección buscó para la primera parte del *Quijote,* después de admitir dificultosamente este obsequio, alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado, según se dice, de un religioso, cuya autoridad era grande en su casa. Añádese que Cervantes retrató al vivo el carácter de este impertinente en el eclesiástico con quien altercó Don Quijote. El religioso, pues, y Cervantes eran incompatibles: venció el primero; y el duque, olvidando al escritor, se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad, irritada de la preferencia.

Los que más favorecieron á Cervantes fueron el conde de Lemus y el arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval, que miraron por su subsistencia y le señalaron pensión para vivir. ¡Con qué efusión de corazón eternizó él estos favores! (1) Pero llegaron cuando ya era viejo, y por otra parte

---

(1) Cuando los beneficios se dan á la necesidad son preciosos por el alivio que procuran, pero sirven también de peso por la sujeción en que ponen. Así Cervantes, que ciertamente no era des-

no le sacaron de pobre. El conde, de cuya pasión vehemente á las letras podía esperarse más, estaba ausente; y tal vez, participando de la injusticia del tiempo, apreció más los versos de los Argensolas que las invenciones de Cervantes.

Quizá también á esta desgracia contínua de su vida contribuyó en alguna manera la índole particular de su talento. A pesar de tantas investigaciones y de cuanto acerca de él se ha averiguado, es muy de recelar que aun no conozcamos bien la fisonomía moral de este personaje tan célebre. El que nos pintase con candor cuál era su trato íntimo con su familia y con sus amigos, su porte y conducta particular con los hombres de letras, su modo de rendir respetos á los grandes; en fin, su ademán, su aire y su conversación en el mundo, éste nos daría la razón de sus reveses y de su poco valimiento. Considérese que á la intrepidez y desahogo de soldado, á la superioridad que da al hombre la experiencia de los grandes trabajos y de los grandes peligros, al conocimiento, en suma, de la propia fuerza, se unía en Cervantes la propensión á observar las flaquezas, ridiculeces y extravagancias de los hombres, y el talento de pintarlas con tan viva propiedad y tan chistoso donaire. No era fácil, por cierto, á quien con semejantes cualidades poseía una arma tan ocasionada irse siempre á la mano y dejar de usarla en momentos de mal humor ó en momentos de imprudencia. Somos los hombres arrastrados sin querer á lo que nuestro natural nos inclina; y el que ya casi luchando con las bascas de la muerte se pone con tanta gracia en el fragmento que va al frente de *Persíles* á pintar la pintura, arreos y balona del *estudiante pardal,* que le saluda en el camino de Esquivias á Madrid, y nos hace reir tan á costa de aquel pobre entusiasta, nos manifiesta bien claro lo que sería en sus mejores tiempos, cuando el vigor de los años y la confianza propia de ellos le diesen bríos para todo. Dígase, sin menoscabo de

---

agradecido, deja traspirar á veces el sentimiento de su independencia y con expresiones bien vivas. «¡Venturoso aquel, dice en una ocasión, á quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obli-»gación de agradecerle á otro que al mismo cielo!»

(*Quijote*, parte II, cap. 58.)

las eminentes virtudes y respetable carácter de Cervantes: la habilidad de remedar y zaherir es tan peligrosa á los que la tienen como odiosa á los que la experimentan. Nosotros le admiramos por ella, pero sus contemporáneos podrían muy bien resentirse de sus burlas y alejarse de su alcance: en esta suposición tan verosímil la indiferencia y desvío que usaron con él son menos extraños, y el desamparo de aquel grande escritor acaso menos injusto.

Al culto y penetrante Ríos no era fácil se ocultase la disonancia en que iban á estar con su elegante y esmerado retrato de Cervantes el sayal franciscano de la orden Tercera y los ejercicios de cofrade. Dejólos pues en silencio, y con tanta mayor razón, cuanto pudo también creerlos poco esenciales á la idea que se propuso dar de aquel insigne escritor. No así los dos posteriores biógrafos, que han insistido en estos pormenores, el uno por curiosear, y el otro por condescendencia. Los hechos son ciertos, y Cervantes fué sin duda alguna individuo de la congregación religiosa del oratorio de la calle del Olivar y también de la orden Tercera de San Francisco. Reducidos como estamos á probabilidades en casi todas las cosas personales de Cervantes, no se puede asignar la verdadera causa de esta inclinación ascética, que no deja de ser notable en el autor del *Don Quijote*. Si en esto no hizo más que seguir la corriente de su siglo, muy dado á semejantes prácticas, sin que por ello hubiese más virtudes, no había para qué hacer más caso de esta circunstancia indiferente, que del ferreruelo con que se cubría y de la balona con que se adornaba. Respetemos sus motivos si con alistarse en las congregaciones religiosas quiso de buena fe dar aquel alimento á su piedad, avivada con la edad y con las desgracias. Si allí, en fin, buscó por política ó por precaución un asilo indispensable y necesario en el tiempo y país en que vivía, es preciso encogerse de hombros y tenerle compasión.

Sea de esto lo que fuere, lo que no admite duda es que estas atenciones minuciosas ni apocaron su fantasía, ni le hicieron mudar de rumbo, ni alteraron su juicio, que se conservó entero é independiente aun respecto de cosas que, teniendo más relación con sus nuevas obligaciones, parecía que debían inspirarle mayor cuidado y reserva. Nunca habló de ellas con más

desahogo que entonces. Arropado ya con el sayal de la orden Tercera, publicaba en el *Viaje del Parnaso* que había entrado vestido de romero en Madrid, porque era granjería la apariencia de la santidad (1). No son de místico ni de devoto las libertades que se permitía en sus entremeses, publicados siete meses antes de morir, y mucho menos las escenas en la comedia de *Pedro de Urdemalas,* dada á luz también entonces, en que se mofa y zahiere con un atrevimiento que espanta las socaliñas de los embaidores con motivo del purgatorio (2). En medio tal vez de una función solemne de cofradía se le ocurrió el misterioso episodio de Altisidora en el *Quijote:* y saliendo por ventura de alguna conferencia mística, marcaba en el *Persiles* con el sello del desprecio la vocación interesada de los menesterosos á la vida solitaria, y la ociosidad libre y vagabunda de los peregrinos de profesión (3). ¿Qué nos hace, pues, á nosotros que Cervantes fuese ó no congregante del oratorio de la calle del Olivar ni tercero franciscano? Sus escritos ciertamente no lo son: la lozanía de su ingenio no recibe menoscabo alguno por ello, y la amenidad de su imaginación ni se seca ni se marchita. El mismo mundo ideal de bellezas, de amores y de lances caballerescos le ocupa cuando viejo y cofrade que cuando mozo y mundano; y la pluma que supo trazar con tanto halago y primor las figuras hermosas de Lucinda, de Zoraida y Dorotea, conserva toda su bizarría y su viveza para retratar con igual vivacidad á la desenvuelta y alegre Preciosa, á la interesante Leocadia, á la arrojada y débil Ruperta y á la amable endemoniada Isabela Castrucho.

---

(1) Entré en Madrid en traje de romero;
Que es granjería el parecer ser santo.
(*Viaje,* cap. 8.)

(2) Los pasájes en que se habla de esto son largos pero muy curiosos; y como las comedias de Cervantes son poco leídas, ha parecido oportuno extractarlos en el apéndice, donde el lector podrá verlos. (Véase el apéndice núm. 4.º)

(3) «No nos ha de causar maravilla que un rústico pastor se retire á la soledad del campo, ni nos »ha de admirar que un pobre que en la ciudad se muere de hambre se recoja á la soledad, donde no »le ha de faltar el sustento. Modos hay de vivir que los sustenta la ociosidad y pereza.»—(*Persiles,* lib. 2, cap. 10.)

«Mi peregrinación es la que usan algunos peregrinos, quiero decir que siempre es la que más »cerca les viene á cuento para disculpar su ociosidad.»—(*Persiles,* lib. 3, cap. 6.)

Si alguna cosa pudo dar indicios de la decadencia de su espíritu en aquella edad avanzada, fué la publicación de algunas comedias y entremeses suyos en Setiembre del año de 1615. El las dió á luz como en desquite del desaire que los comediantes le hacían en no pedírselas para representarlas; mas realmente no consiguió otra cosa que poner de manifiesto la mucha razón que tenían para proceder con aquella reserva. Ellas no valían la pena de imprimirse, ni tampoco merecen ser conocidas. Nada prueba mejor el desacierto con que están hechas que el empeño de un crítico español en persuadir que se habían escrito así de propósito para zaherir y ridiculizar las disparatadas comedias de aquel tiempo (1). Mas Cervantes, cuando se ponía á componer sátiras de esta naturaleza, sabía darles el carácter correspondiente para que nadie se equivocase en lo que verdaderamente eran; y así, la idea de su moderno editor es una paradoja insostenible. Nuestro autor, aunque poseía una gran parte de las calidades necesarias para ejercitarse con felicidad en un género que podía llamarse el suyo, nunca acertó á hacer comedias, y es porque el rumbo y el objeto que llevaban las que se componían en su tiempo eran muy ajenos del talento que él tenía. Los autores que las escribieron antes de Lope, eran, por lo común, poco poetas, y se contentaban con hacer imitaciones frías y prosáicas de la antigüedad. Lope las hizo líricas y novelescas, más bien que morales, porque además de contentar así el gusto y bizarría de la nación, le llevaban por este camino su ingenio, su fantasía y sus demás medios poéticos. Siguiéronle en él y enriquecieron mucho este género, Calderón, Moreto y demás poetas dramáticos. Cervantes no podía llevar el mismo rumbo con igual fortuna, porque su ingenio tenía otro carácter. Más observador, más natural, más simple, debían repugnarle todas aquellas aventuras extraordinarias y mal digeridas de que se componían ordinariamente las comedias de su tiempo. Poco diestro en versificar, no podía tampoco darles las galas que otros, y por consiguiente, las pensaba mal y las ejecutaba peor. Hubiérase propuesto en ellas remedar y corregir las extravagancias y vicios de la vida humana; escribiéralas en prosa y no

---

(1) Don Blas Nasarre, en el prólogo que les puso cuando las reimprimió en 1749.

en verso, como lo hizo en algunos entremeses que tanta verdad, gracia y donaire tienen, y quizá, y sin quizá, fuera tan buen autor de comedias como excelente novelador.

Pero esta caída, si tal puede llamarse, causada más bien por la flaqueza de Cervantes en parecer poeta, que por su decadencia real, fué altamente compensada con la *Segunda parte del Don Quijote,* que publicó á fines del mismo año. Con esta producción, uno de los más bellos frutos del ingenio humano, y la más sobresaliente de nuestra literatura, el autor, excediéndose á sí propio, acabó de echar el sello á su reputación y terminó su carrera.

De las demás obras que trabajaba al fin de su vida, sólo dejó concluídos *Los trabajos de Persiles y Sigismunda,* que se imprimieron después de su muerte. Habíase propuesto por modelo en ellos la novela griega de Theágenes y Cariclea, y estaba tan contento de su trabajo, que dijo sin rebozo al conde de Lemus que aquel libro sería el mejor de los de entretenimiento. Extraña preferencia, y mucho más extraña haciéndose al frente de la continuación del *Don Quijote.* Pero los escritores, como los padres, suelen tener más ternura por sus últimos hijos sin más motivo que ser los últimos. Él había dicho al frente de sus novelas que este libro se «atrevía á competir con Heliodoro, si ya por atrevido no salía con las manos en la cabeza.» Pudiera muy bien sucederle este desaire si Cervantes se empeñara en seguir desde el principio hasta el fin aquel encadenamiento de aventuras maravillosas é increíbles que no tienen fundamento alguno ni en la verdad ni en la verosimilitud, ni en los sentimientos generales de la naturaleza humana, ni en la idea que se tenía de las gentes que allí se pintan (1).

---

(1) Él mismo tenía ya de antemano reprobado este gusto facticio por lo increíble y maravilloso, y manifestado cuán repugnante era á la verdadera índole de su talento, en los siguientes tercetos del *Viaje al Parnaso:*

Palpable vi... Mas no sé si lo escriba,
Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquiva.
Las que tienen vislumbres de posibles,
De dulces, de suaves y de ciertas

Pero por fortuna se cansó muy pronto de soñar, y echó los ojos á las costumbres ordinarias de la vida y á las condiciones comunes, que observaba tan bien y remedaba mejor, y tomó el pincel maestro con que daba vida y gracia á los objetos más triviales. Con él están pintados el maldiciente Clodio, los cautivos fingidos, la taimada peregrina, el baile villanesco en la Sagra de Toledo, el muletero manchego y la moza talaverana, trozos que nada dejan que desear, pues están ejecutados en la más delicada manera de Cervantes, y son la misma verdad, la gracia misma. Alguna otra aventura noble, como los amores del portugués Sousa Coutiño, el lance del polaco Benedre en Lisboa, y particularmente el episodio de Ruperta, presentan una novedad y un interés como si estuvieran imaginados en su mejor tiempo. Una dicción perfecta, la firmeza y la elegancia de estilo, y el despejo y la gallardía de la narración, concurren también por su parte á dar valor á la obra, y á sostenerla sin necesidad de ponerla en comparación con la de Heliodoro; porque en tal caso vence el autor griego sin duda en fuerza de invención, en el acierto del plan, en interés, en igualdad y en nobleza. Nuestro escritor, que había dado en la novela y en la continuación del *Quijote* tan altas pruebas de capacidad para graduar y disponer perfectamente una fábula, parece que la desatiende del todo en el *Persiles*, donde puede decirse que no hay plan, no hay composición, no hay unidad de argumentos. Rómpenla desgraciadamente tantos episodios importunos y desiguales, y rómpenla to-

---

Explican mis borrones apacibles.
Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contínuo
De par en par la consonancia abiertas.
¿Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace
Mostrándole el donaire su camino?
Que entonces la mentira satisface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.
Digo volviendo al cuento, etc.

(Cap. 6.)

davía más la discordia de los dos tonos tan diversos que reinan alternativamente en la obra y se quitan recíprocamente el efecto que deben producir. Nada importa que Cervantes sea tan superior en el uno; esto cabalmente no era lo que había anunciado ni lo que promete el vestíbulo magnífico y sorprende que da entrada á su cuento. Falto también el libro de una intención moral que le dé peso, carece de la importancia que necesitan estas invenciones para hacerse lugar entre los hombres de juicio. Añádese, en fin, la repugnancia que causa ver á Cervantes autorizar en su obra las visiones de la astrología judiciaria, la fuerza de los hechizos, y otras supersticiones groseras de igual clase, que desdicen de la fuerza y superioridad de razón con que se escribió el *Quijote*. Por estas causas el *Persiles* ha quedado en la clase de libros de mero entretenimiento, y son pocos los que, dotados de verdadero buen gusto, suelen repetir su lectura.

Mas hay en él un momento que le da un realce infinito, y es la dedicatoria, donde se muestra en toda su luz la bella alma de Cervantes. Atacada de una mortal hidropesía, su vida se iba acabando al paso que él fiinalizaba aquella novela, y ésta estaba ya concluida el 18 de Abril de 1616, que fué cuando le olearon. Entonces, desahuciado de los médicos y esperando á la muerte, en la orilla del sepulcro, cuando los demás hombres, entregados á la incertidumbre, al terror ó á la indiferencia, lo olvidan todo ó lo aborrecen todo, Cervantes tenía viva en su memoria la gratitud que debía á su bienhechor el conde de Lemus, y con mano mal segura escribió aquella carta singular y elocuente: obsequio el más noble y puro que la beneficencia de un grande ha recibido jamás de las letras.

Murió el día 23 del mismo mes de Abril, á los sesenta y ocho años de su edad. Sus funerales fueron obscuros y pobres, como lo había sido su vida. Mandóse enterrar en la iglesia de las monjas trinitarias, y hoy día, confundida su tumba con las otras, no puede distingirse el sitio donde se debiera escribir:

AQUÍ YACE MIGUEL DE CERVANTES

Pero la indiferencia de su siglo, que pudo envolverle en esta triste obscuridad, no podía del mismo modo sepultarle en el olvido, y la posteridad,

mucho más justa, ha sabido desquitarle con ilimitada profusión de aquellos indignos desaires. Nosotros vemos ahora, con igual satisfacción que maravilla, reunidas en él las prendas más honoríficas de la especie humana, así como en el conjunto de los acontecimientos de su vida contemplamos un espectáculo el más propio para excitar la curiosidad y para ocupar la observación. Los infortunios de su juventud son llevados á colmo por su cautiverio en Argel. Allí, puesto en franquía por su misma desventura de toda traba y respeto social, considerándose, á despecho de sus cadenas, libre y dueño de sí mismo, se pone en guerra abierta con los bárbaros que le oprimen, y no cesa un momento de conspirar denodadamente para dar libertad no sólo á sí propio, sino también á sus amigos y compañeros. Al paso que los proyectos atrevidos de evasión se repiten por él con más arrojo, los peligros se amontonan sobre su cabeza, y los sacrificios que su misma actividad le prescribe se hacen cada vez mayores. Y ni su audacia se abate, ni su generosidad se cansa, aunque la flaqueza y perfidia de sus cómplices le venda, aunque la ferocidad de los piratas mortalmente le amenace, aunque una desgracia fatal rompa y desbarate todos sus designios. Cinco años pasan así luchando sin cesar con su mala suerte, conservando en medio de tantos afanes y cuidados serenidad bastante para hacer oir la dulce voz de las musas en aquella inculta region, distrayendo y consolando con ella á sus compañeros de servidumbre, y siendo un modelo de amistad y cortesanía con ellos, como de ardiente entusiasmo para con su patria. Vuelve, en fin, á España, y su alma, echada otra vez en el molde estrecho de la sociedad antigua, y comprimida por las leyes, por las costumbres y por la etiqueta, parece que pierde aquel resorte de actividad y osadía que tan señalado le hizo en el África. Pero lo que fué allá entre los bárbaros por su arrojo, lo será aquí entre los españoles por su talento. Él se alzará entre los demás como un gigante, y dará á la lengua y literatura castellana su más estimable joya. El estado desatenderá sus servicios, los hombres de letras no sólo desconocerán su preeminencia, más, ni aún querrán tratarle como á igual; la pobreza y estrechez le hostigarán toda su vida, y en medio de una vejez menesterosa la muerte le asaltará con una enfermedad larga y mortal desde su principio. Mas el temple enérgico de su

alma no se desmentirá en estas pruebas, y Cervantes será siempre Cervantes. El mundo ideal creado por su imaginación brillante y risueña le consolará de los amargos desabrimientos del mundo real en que vive; el genio de la gracia y del donaire le cubrirá con sus alas hasta en los últimos momentos, y dándole á beber el presentimiento delicioso de su inmortalidad, le hará más rico y feliz que jamás lo fueron sus ingratos y altaneros contemporáneos,

Hubo sin duda entonces, y las memorias del tiempo nos lo dicen, vanos pedantes, doctores desdeñosos, que le calificaban de *ingenio lego*, para denotar la grande diferencia que había de ellos á él; considerándole así como un romancista vulgar, propio á lo más para entretener ociosos y hacer reir en un libro. Esto en el mundo literario; con que en el mundo civil, sin que documento ninguno del tiempo nos lo diga, necesariamente era peor. ¡Qué de veces, presentándose en las casas de los próceres del mundo ó de los opulentos publicanos, se le haría esperar largo tiempo en la antesala y se le recibiría como un importuno! ¡Cuántos no serían los que le negaban su lado en la plaza, los que esquivaban su saludo en la calle! Y si preguntamos ahora por estos hombres nulos y soberbios, si vamos á saber cuándo existieron, ó si existieron por ventura alguna vez, no hallaremos más que el profundo olvido en que yacen, y del que no se levantarán jamás, como si nacidos no fueran, mientras que aquel soldado pobre y desvalido, aquel escritor desairado, vive y vivirá en la memoria y admiración de las gentes con una gloria resplandeciente y sin fin. Para conocer sus facciones se multiplican las estampas, las medallas, las estatuas; para ilustrar su vida las investigaciones, los discursos, los elogios; las ediciones del *Quijote* se suceden á las ediciones, y la magnificencia de las nuevas eclipsa el lujo brillante de las antiguas. El libro presenta cada día nuevas fuentes de agrado y de placer, y cada día los hombres más reconocidos y justos añaden nuevas palmas y coronas á su incomparable autor. Rara, honorífica porfía, y al mismo tiempo lección sublime, donde debemos aprender que si el tiempo presente le disfrutan la fortuna y el poder, la posteridad es toda para el ingenio y para la virtud.

APÉNDICES

I

SOBRE SI HUBO Ó NO ALGUNA HOSTILIDAD ENTRE LOPE DE VEGA Y CERVANTES

Yo aplaudo, como es debido, la noble intención y el prolijo esmero con que el último biógrafo de Cervantes ha procurado poner á salvo las relaciones de aprecio y buena armonía entre Lope de Vega y el autor de *Don Quijote*. Los testimonios recíprocos de estimación y aun de aplauso que uno y otro se han dado en sus obras manifiestan de un modo indudable que los dos se respetaban y se honraban en público, según correspondía á su reputación y á su carácter. Mas esto no basta para probar tan convincentemente como se piensa que jamás hubo entre ellos ni disgusto ni hostilidad alguna. En el mayor cariño suele haber un enfado, en la mayor estimación una quiebra; el hombre más bondadoso tiene alguna vez malicia. El inocente y pacífico Lafontaine hizo epigramas contra Despreaux; Pope compuso versos contra Addison, de quien habla en sus obras con tanta estimación, y también contra el Lord Bolingbroke, á quien dedicó su admirable *Ensayo del hombre*. Sin salir de España ni de la época y personas de que tratamos, Lope hizo versos contra Góngora y tuvo sus reyertas con Quevedo, y no por eso desjaron unos y otros de darse grandes alabanzas en sus obras públicas. ¿Qué extraño, pues, será que entre Lope y Cervantes hubiese algún pique momentáneo, en que las chispas de su amor propio irritado se manifestasen en versos picantes y satíricos, los cuales, destinados á no ver la luz pública, no podían comprometer los respetos que uno á otro se debían?

Para el honor de los dos fuera mucho mejor que no hubiesen salido de la oscuridad y olvido en que yacían estas miserias de la flaqueza humana. Pero una vez que no han podido esconderse á la impertinente curiosidad de

los que se deleitan en semejantes telarañas; una vez que han sido con tanta imprudencia sacadas á la plaza del mundo, fuerza es hablar de ellas, aunque no sea más que para contribuir en cuanto uno pueda á que las cosas queden en su debida claridad. Se duda si el soneto de los finales cortados contra Lope es de Cervantes ó de Góngora. Como esta composiciocilla no tiene nada que pueda desdorar á quien la escribiese, ningún inconveniente hay en ponerla aquí también, como se halla en otras partes:

SONETO

Hermano Lope, bórrame el sone-
Con versos de Ariosto y Garcila-
Y la Biblia no tomes en la ma-
Pues nunca de la Biblia dices le-
También me borrarás la Diagonte-
Y un librillo que llaman del Arcá-
Con todo el comediaje y epita-
Y por ser mora, quemarás á Angé-
Sabe Dios mi intención con san Isi-
Mas puesto se me va por lo devo-
Bórrame en su lugar el peregri-
Y en cuatro lenguas no me escribas co-
Pues supuesto que escribes boberi-
Te vendrán á entender cuatro nacio-
Ni acabes de escribir la Jerusa-
Bástale á la cuitada su traba-

Que este soneto no es de Góngora lo percibe cualquiera que lo considera sin prevención y tiene algún conocimiento de estilos. Compárense con él todos los sonetos satíricos que nos quedan del poeta cordobés, y no se hallará ninguno que poco ni mucho se le parezca. La mordacidad grosera, el desenfreno licencioso, la arrogancia y los hipérboles á que Góngora se abandona, nada tienen que ver con la llaneza y claridad de estilo, con la socarronería maliciosa y aun con la circunspección que lucen en el soneto que se acaba de copiar, reducido á una sátira literaria, injusta si se quiere, pero que no sale de los límites de tal. Góngora además no escribió versos ningunos con los finales cortados, ni soneto con estrambote, y sería extraño por

cierto que sólo una vez los usase, y esa contra Lope, que tampoco los usó nunca. Por estas razones es para mí de toda evidencia que el soneto controvertido no es de Góngora. Asegurar que sea de Cervantes ya es otra cosa; porque la prueba por el estilo, si es suficiente á veces para negar, para afirmar no tiene la misma fuerza. Mas si he de decir lo que siento, aquel *hermano Lope* con que empieza el soneto, la voz *comediaje,* usada para calificar la indigesta mole de sus comedias, el verso tan feliz *Sabe Dios mi intención con san Isi-;* y por último, el final pidiendo que no acabe de escribir *La Jerusalén* por compasión de la cuitada, quc hartos trabajos tiene, me parece que no podían caerse de otra pluma que de la de Cervantes, ó á lo menos de quien quisiese imitar bien su manera. Pero el manuscrito de la Biblioteca Real, donde se halla este soneto, se le atribuye á Góngora. También atribuye á Lope la indecente contestación que se le sigue, y nadie se lo cree. Esta misma contestación, dirigida contra Cervantes, le supone autor del soneto contra Lope, y siendo, como es, un testimonio coetáneo, forma una prueba casi positiva de hecho, que, unida á las demás razones de probabilidad antes manifestadas, dejan poco ó nada que replicar.

Nunca voló la pluma humilde mía
Por la región satírica, bajeza
Que á infames premios y desgracias guía.
(Cap. 4.)

Dice Cervantes de sí mismo en el *Viaje al Parnaso,* y esto se alega en contrario como decisivo para alejar la presunción de que el soneto es suyo. Pero esta región de que habló aquí fué sin duda la de los libelos y diatribas personales, y no la de la sátira en general, porque en ésta se espació á su placer cuanto quiso. ¿Por ventura el *Viaje al Parnaso* no es en gran parte una sátira? ¿No lo es *Don Quijote?* ¿No lo son muchas de las novelas? Los sonetos *Voto á Dios* y *Vimos en julio,* ¿qué son sino unas sátiras picantes, la una de un baladrón andaluz, la otra, más atrevida todavía, contra el armamento popular de los sevillanos con motivo de la invasión de los ingleses en Cádiz y contra la sorna del duque de Medina en ir á echarlos de allí? Por último, ¿es otra cosa que una sátira contra *El mayorazgo dudoso* y *Las mocedades*

de Bernardo del Carpio, comedias una y otra de Lope de Vega, este pasaje con que termina su comedia de *Pedro de Urdemalas*?

> Y verán que no acaba en casamiento,
> Cosa común y vista cien mil veces;
> Ni que parió la dama esta jornada,
> Y en otra tiene el niño y sus barbas,
> Y es valiente y feroz, y mata y hiende,
> Y venga de sus padres cierta injuria,
> Y al fin viene á ser rey de un cierto reino
> Que no hay cosmografía que le muestre.
> De estas impertinencias y otras tales
> Ofreció la comedia libre y suelta, etc.

De este modo el terceto alegado nada prueba, y Cervantes pudo, sin perjuicio de la protesta que en él hace, escribir su soneto satírico contra Lope.

Quizá hubiera sido mejor no haber insistido tanto en esta bagatela; pero, al fin, en ella interviene el nombre de Cervantes, y por otra parte no deja de presentar, aunque pequeño, su interés literario y aun moral.

II

SOBRE LAS ALABANZAS QUE DABA CERVANTES Á LOS AUTORES COETÁNEOS SUYOS

Da vergüenza ver al mayor escritor de su tiempo alabar como un pordiosero; y muchos, al considerar lo desmedido y poco atinado de los elogios que prodiga en su *Viaje al Parnaso,* no queriendo sospechar su buen juicio, han llegado á presumir si serían una especie de compensación en desquite de las malicias que en conversación privada se permitía sobre los mismos autores.

De Lope dice que á su verso ó prosa ninguno aventaja, ni aun llega; de Villamediana, que es el más famoso de cuantos entre griegos y latinos han conseguido el laurel poético; de Cristóbal de Mesa, que es un propio trasunto de Apolo; de Góngora, que no se sabe haya su igual en el orbe, y más adelante, hablando del *Polifemo,* una de las obras más viciosas de este poeta, dice:

De llano no le déis, dadle de corte,
Estancias polifemas, al poeta
Que no os tuviere por su guía y norte.
Inimitables sois, y á la discreta
Gala que descubrís en lo escondido,
Toda elegancia debe estar sujeta.

Aprovechado quedaría por cierto el que tomase por guía las octavas del *Polifemo*. Compadezcamos á Cervantes si escribía estas cosas de buena fe, y compadezcámosle más si las decía sin sentirlas. No se sabe qué pensar de esta manera de alabar sin término ni concierto, que en sus últimos días llegó á ser una verdadera enfermedad. Quien le ve al fin del *Persiles* igualar tan grave y solemnemente á Francisco de Zárate con Torcuato Tasso, y el poema de la *Invención de la Cruz* con el de la *Jerusalén libertada*, no puede menos de encogerse de hombros y dudar si el autor de este despropósito se burla ó delira. *Est modus in rebus.*

III

SOBRE LOS VERSOS DE CERVANTES

Se dice en el texto que los esfuerzos de Cervantes para versificar no son del todo infructuosos en el *Viaje al Parnaso*. Hé aquí para ejemplo dos pasajes diversos en tono, y que por la facilidad y el agrado que presentan no parecen hechos por él. Habla en el primero de la poesía:

Puede pintar en la mitad del día
La noche, y en la noche más oscura
El alba bella que las perlas cría.
El curso de los ríos apresura
Y los detiene, el pecho á furia incita
Y le reduce luego á más blandura.
Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y da vitorias, y vitorias quita.

Verás có no te prestan les florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos, y el placer sus fiestas;
Perlas el sur, Sabea sus olores,
El oro Tibar, Hibla su dulzura,
Galas Milán, y Lusitania amores.

(Cap. 7.)

Silvando recio y descargando el aire,
Otro libro llegó de rimas solas,
Hechas al parecer como al desgaire.
Viólas Apolo, y dijo cuando viólas:
«Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas».

(Cap. 4.)

Otros tercetos, y no pocos, se encuentran aquí y allá de igual temple y de igual gusto; pero buenos como por acaso, casi siempre aislados y que no manifiestan raudal ni vena alguna en la pluma que los escribe. La canción de Crisóstomo en el *Don Quijote,* donde hay bastante imaginación y calor, alguna otra composición corta en la *Galatea* y el famoso soneto *Voto á Dios,* no serían tampoco muestras infelices de talento poético si fueran solas y no tuvieran tantas otras compañeras que por cualquiera parte que se las mire son enteramente insufribles. Aun ellas mismas no están enteramente exentas de esta torpeza de ejecución, de esta idea de pobreza y de fatiga que dan de sí generalmente las poesías de Cervantes. Parece que él se pintaba á sí mismo en aquel terceto cuyo último verso es tan pintoresco y feliz:

¿Consentirás tú, á dicha, participe,
Del licor suavísimo un poeta,
Que al hacer de sus versos sude y hipe?

Es preciso confesar, sin embargo, para no ser del todo injustos, que así como á su vida vagabunda y á sus desgracias debemos las excelentes obras que nos dejó, así también á sus malos versos debemos su bellísima prosa, pues á no haberse ejercitado tanto en hacerlos, no es fácil que ella hubiera salido tan galana, tan bizarra y tan armoniosa. Puédesela aplicar con propiedad el *disjecti membra poetæ.* de Horacio, y si Cervantes no hubiese pu-

blicado ningunos de los versos que compuso, estaríamos creyendo ahora por su prosa que nadie podía escribirlos mejores.

IV

SOBRE UN PASAJE DE LA COMEDIA DE *Pedro de Urdemalas*, RELATIVO AL PURGATORIO

Pedro se presenta á una viuda simple, avarienta y devota, y le dice que una alma del purgatorio en forma y traje de ermitaño viene á presentarse á ella, de parte de los parientes suyos muertos á pedirla lo que necesitan para salir de allí.

Las almas del purgatorio
Entraron en consistorio,
E ordenaron las prudentes
Que les fuese á sus parientes
Su insufre mal notorio.
Hicieron que una tomase,
De gran prudencia y consejo,
Cuerpo de un honrado viejo,
Y así al mundo se mostrase.
Y una larga relación
De lo que tiene que hacer
Para que puedan tener
Ó ya alivio ó ya perdón.
Y ya está cerca de aquí...
En oyendo que en su lista
Hay alguno en purgatorio
Que en duras penas se atrista,
No hay talego ni escritorio
Ni cofre que se resista.

Viene después Pedro disfrazado de ermitaño, y suponiendo que es el alma comisionada para recaudar las cantidades que necesitan las almas parientas de la viuda, la dice que su marido pide sesenta ducados, su hijo cuarenta y seis, su hija cincuenta y dos, sus sobrinos diez doblones, su tío catorce ducados en plata, de cuño nuevo. Al llegar aquí la viuda le pregunta:

¿Vísteis allí por ventura,
Señor, á mi hermana Sancha?

PEDRO

Vila en una sepultura
Cubierta con una plancha
De bronce, que es cosa dura.
Y al pasarle por encima
Dijo: «Si es que te lastima
El dolor que aquí te llora,
Tú, que vas al mundo ahora,
Á mi hermana y á mi prima
Dirás que su voluntad
Está el salir de estas nieblas
Á la inmensa claridad;
Que es luz de aquestas tinieblas
La encendida caridad.
Que apenas sabrá mi hermana
Mi pena, cuando esté llana
Á darme treinta florines,
Por poner ella sus fines
En ser cuerda, y no de lana.»
Infinitos otros ví
Tus parientes y criados
Que se encomiendan á tí;
Cuáles hay de dos ducados,
Cuáles de maravedí.

. . . .

Que en entregando los numos
En estas groseras manos,
Con gozos altos y sumos
Sus fuegos más inhumanos
verás convertirse en humos.
¡Que será ver á deshora
Que por la región del aire
Va un alma zapateadora
Bailando con gran donaire,
De esclava hecha señora!

No plegue á Dios que pretendamos por esto poner la menor duda en la ortodoxia de Cervantes; pero la burla es harto fuerte y prueba sin disputa

que el espíritu del escritor conservaba siempre su jovialidad y su independencia.

V

SOBRE LAS OBRAS QUE CERVANTES DEJÓ POR CONCLUIR

Las semanas del jardín, El famoso Bernardo y la segunda parte de la *Galatea* eran las obras de que se ocupaba Cervantes, al mismo tiempo que del *Persiles,* y que pensaba ir publicando después del *Don Quijote.* El *Persiles* tuvo la suerte de ser terminado antes de la muerte del escritor; pero es probable que la *Galatea* estuviese ya muy adelantada, según las indicaciones que de ello hace el prólogo de la continuación del *Quijote* y en la dedicatoria del *Persiles.* En tal caso, es de sentir que su viuda y testamentarios no publicasen lo que quedó de ella, aunque imperfecto, como igualmente de las otras composiciones, si de ellas resultaban fragmentos considerables. Los pensamientos, rasguños y bosquejos de un gran pintor son siempre de un valor inestimable para los inteligentes, que encuentran frecuentemente más motivos de estudio y de admiración en ellos que en los cuadros más concluídos. Así sucedería con los trozos, aunque informes, que tuviese Cervantes en sus cartapacios. En ellos aprenderíamos lenguaje, estilo, conveniencia, verdad; y también nos enseñaran gracia, si la gracia pudiera enseñarse. Sirva de ejemplo el fragmento que, sin saber por qué se ha puesto como un prólogo al frente del *Persiles:* él es un pasaje aislado, sin relación ninguna directa ni indirecta con la obra que acompaña, y sin embargo, nos causa tanto placer por su vivacidad y su donaire. ¡Cuántos otros igualmente interesantes, ó acaso más, habría en los borradores de la *Galatea* y de *Las semanas del jardín!* El modo que tenía Cervantes de enlazar y agrupar los lances y los episodios en sus fábulas nos lo da á entender bastantemente, y nos hace sentir su pérdida con más veras que la de otros documentos y noticias que de él se buscan y no se encuentran. Todo pereció, quizá por no haber parecido objeto útil de especulación ni á sus herederos ni al librero que se encargó

del *Persiles*. Nueva prueba, añadida á otras muchas que pudieran amontonarse, de que ni los íntimos amigos de Cervantes ni sus contemporáneos supieron estimarle en lo que él valía.

VI

SOBRE SI ES BASTANTE CONOCIDO EL CARÁCTER PARTICULAR DE CERVANTES

Cada uno de sus biógrafos le ha pintado á su modo, y aunque todos convengan en los acontecimientos principales, el Cervantes de Moyans es diverso algún tanto del de Ríos, del de Pellicer, y el de Pellicer del de Navarrete: á la manera que en los retratos que de él se han grabado, aunque las facciones y el conjunto de la faz lleven el mismo camino, ni el de Carmona se parece enteramente al de Selma, ni el de Selma al de Atmeller. La causa de esta variedad consiste, á mi ver, en la falta de documentos ó relaciones coetáneas que, dándonos cuenta de sus hechos y dichos particulares en la vida común, nos le pintasen al vivo. Pero el autor del *Quijote*, pobre, oscuro y poco apreciado, no podía tener esta clase de cronistas. ¿Por qué conocemos algo mejor al Cervantes de Argel que al de Sevilla y Madrid? Porque una feliz combinación de noticias ha ilustrado mejor la época de su cautiverio que otra ninguna de su vida. Los documentos de oficio no pueden suplir este vacío de que hablamos. Ellos fijan de un modo cierto y seguro los pasos de la vida civil y pública del escritor, mas no pintan su alma ni dan á conocer su carácter. Una carta ó un amigo ó una dama, una ocurrencia que se le escapase en cualquiera lance imprevisto, su modo de tratar habitualmente con su familia, con sus amigos, con sus compañeros de letras y con los superiores en dignidad, como ya se ha insinuado en el texto, harían más en esta parte y nos le manifestarían más bien que las partidas de su bautismo, entierro y casamiento y su correspondencia de oficio con la contaduría mayor. Aún ignoramos, y es muy posible que lo ignoremos para siempre, si era festivo y burlón en su trato como Rabelais y Sterne, ó serio y melancó-

lico como Ariosto y Moliére; cuál fué la ocasión inmediata que le dió la idea de *Don Quijote;* cuánto tiempo tardó realmente en componerle y cómo le componía, cuál fué la imprudencia que, según él mismo manifiesta, le cortó su buena suerte (1), y otras particularidades de esta naturaleza que dicen más relación con su persona, y por lo mismo son más curiosas que las noticias de las gallinas que llevó en dote su mujer y de las casas en que vivió.

VII

SOBRE EL *Viaje al Parnaso* DE CÉSAR CAPORALI

Esta obra se compone de solos dos capítulos, está escrita en tercetos, como la de Cervantes, y en el mismo estilo cómico-burlesco, levantado á veces con descripciones poéticas y animado otras con la sal de la sátira y del epigrama. El poeta torna la resolución de ir á Grecia á presentarse en la corte de Apolo, ya que, según dice, no podía hacer fortuna en las de Italia,

Per colpa del destin cattivo,
Poiche, signor, gramatici moderni
Hanno dal declinar tolto il dativo.

Con este intento compra una mula vieja que sirvió de bagaje á un trompeta griego en la expedición de Carlos VIII, se embarca en Ostia con ella, y por Nápoles, Sicilia y el Archipiélago va á desembarcar á Corinto y se dirije al Parnaso. El Capricho le sube á su cima y la Licencia poética le muestra el palacio de las musas, construído alegóricamente de proposiciones, silogismos, pensamientos, exámetros, octavas, tercetos y canciones, á la manera que el navío de Mercurio en el *Viaje español.* El poeta es regalado en la cocina por el Berná y otros poetas de orden inferior; y mientras que su demanda de ser admitido en la corte era examinada por el consistorio de los

(1) Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez en ella,
Pero en el imprudente poco dura.

(*Viaje al Oarnaso,* cap. 4.)

autores de primer orden, hé aquí que el Pegaso siente á la mula, y creyéndola yegua, va á acariciarla; ella le recibe á coces; el poeta sale con un palo á sosegarlos, y corriendo tras ellos, se sale del monte y no sabe cuándo volverá á entrar.

E volendo la zuffa lor partire,
Correva anch' io, ma ben m'accorsi al fine
Che el correr va piú lento che il fuggire,
Anzi del caso mio quasi indovine
Fin le pianelle mie m' abandonaro,
Dicendo che temevan delle spine.
Tal che il pedane dietro a quel somaro
E a la mula io corsi, e corro ancora,
Ne piú di ripigliarla c' é riparo.
Ma sceso son del monte e son fuora
Del dominio d' Apollo.

Por esta idea sumaria del poema italiano se ve cuán diferente es del español. Caporali versificaba mucho mejor que Cervantes, pero tiene que cederle, y con grandes ventajas; en invención y fantasía. El uno se propuso solo escribir un juguete festivo y agradable; el otro nos da un verdadero poema épico burlesco, que en fábulas, máquina, episodios, caracteres, diálogo, chistes y animación no sufre comparación ninguna con su modelo.

Sin embargo de los defectos notados en el texto, el *Viaje al Parnaso* de Cervantes será siempre apreciable para los hombres de letras, los cuales vencida la dificultad de leerle una vez, vuelven después á leerle con utilidad y con gusto. Su invención tiene originalidad y travesura, sus ocurrencias son satíricas y picantes, y las curiosas noticias que el autor da allí de sí mismo es inútil buscarlas en otra parte. Por esto sería de desear que se reimprimiese con más esmero que hasta aquí limpiándola de las muchas y groseras erratas de que hierve, aún en la edición de Sancha, y que algún curioso le ilustrase con notas oportunas, dando noticias de los escritores que en él se mencionan, y explicando las alusiones que contiene,





MELÉNDEZ VALDÉS (1)

Illum etiam lauri, illum etiam flevere myricae
Pinfer illum etiam sola sub rupe jacentem
Maenalus, et gelidi fleverunt saxa Lycaei.
VIRG.

EL grande interés que necesariamente inspira la muerte de un hombre célebre se acrecienta mucho más cuando se la ve acompañada de penas y de infortunios. La idea de que los hombres son siempre injustos con el mérito eminente que los sirve y los ilustra, se une entonces á la compasión que excitan sus desgracias, y no suelen pesarse con bien exacta equidad todas las circunstancias de la pérdida que se llora. Tal fué la situación de Meléndez al morir. Nacido en el Guadiana, educado y formado en el Tormes, arrojado en su vejez por las tormentas políticas á espirar en las orillas del Lez, reunía por sus talentos y por sus trabajos todos los motivos de interés y de compasión. Los que se encargaron en Francia de anunciar su muerte al mundo literario lo hicieron con destreza y con sensibilidad para con el poeta, con alguna injusticia para con su patria. Ella fué acusada de ingratitud, de abandono, y, lo que no pudiera creerse, hasta de calumnia (2). Pero entonces, propiamente hablando, en España no había patria. Las musas cas-

(1) Esta noticia salió al frente de la edición de las poesías de Meléndez, hecha en la imprenta real en 1820.

(2) En un artículo muy bien hecho que se puso entonces en *El Mercurio de Francia,* se decía: *Jeté sur une rive etrangère, oublié, calomnié probablement par ceux qui ne tarderont pas á reclamer avec emphase l'honneur d'appartenir au ciel qui l'a vu naitre,* etc.

tellanas dieron, sin embargo, cantos y lágrimas á su muerte, y en los diarios se anunció con igual interés y exaltación: el Gobierno mismo, que entonces no se señalaba ni por su afición á las letras, ni por su generosidad en recompensarlas, ni, en fin, por su disposición á olvidar, suavizó algún tanto con Meléndez la aspereza y estrechez de su condición. Su esposa fué acogida y considerada como viuda de un magistrado español; y la edición completa de sus obras fué mandada costear por el Estado en la imprenta del Gobierno: monumento sin duda más grato para el escritor, como más duradero que los mármoles y que los bronces.

Esta edición es la que ahora se publica: nosotros, encargados de ella por la amistad y gratitud al inmortal poeta que la nación ha perdido, hemos creído que debía llevar á su frente una noticia más extensa y puntual que las que se han publicado hasta ahora. Toda está sacada de documentos auténticos y del testimonio de personas fidedignas que le trataron íntimamente y aún viven: así estas pocas líneas que consagramos á su memoria tendrán por lo menos, á falta de otro mérito, el de la certeza y de la exactitud.



NOTICIA HISTÓRICA Y LITERARIA DE MELÉNDEZ



Don Juan Meléndez Valdés nació en la villa de Ribera del Fresno, obispado de Badajoz, á 11 de Marzo de 1754. Sus padres fueron don Juan Antonio Meléndez, natural de la villa de Salvaleón, y doña María de los Angeles Díaz Cacho, natural de Mérida; personas virtuosas las dos, y pertenecientes á familias nobles y bien acomodadas del país. Las felices disposiciones que notaron en su hijo los determinaron á destinarle á la carrera de los estudios, y á proporcionarle la educación correspondiente para que se aven-

tajase en ella. Aprendió la latinidad en su patria, y la filosofía en Madrid, en las escuelas de los padres dominicos de Santo Tomás. Ya entonces su genio apacible y dócil le hacía querer de cuantos le conocían, y su aplicación y adelantamientos le granjeaban el aprecio de maestros y condiscípulos. Empezaba también á traspirar su afición á la poesía, aunque no todavía su ingenio y su buen gusto; el restaurador del Parnaso español hacía romances imitando á Gerardo Lobo, y componía versos á santo Tomás de Aquino para complacer á sus maestros. Él mismo en los tiempos de su gloria recordaba riendo estos primeros ensayos, y repetía pasajes de ellos, en que seguramente no se anunciaba por ningún estilo el cantor de *Batilo,* de las artes y de las estrellas.

Estudiada la filosofía, ó lo que entonces se enseñaba como tal, sus padres le enviaron á Segovia por los años de 1770 para que estuviese en compañía de su hermano don Esteban, secretario de Cámara del obispo de aquella ciudad, don Alonso de Llanes, deudo también suyo, aunque lejano. Allí fué donde, con las buenas obras que le proporcionaban su hermano, algunos canónigos y el conde de Mansilla, adquirió aquella afición á la lectura, aquella ansia de saber, y aquel gusto de adquirir libros, que puede llamarse la pasión de toda su vida. El mismo prelado, satisfecho de su aplicación y talento, le envió á Salamanca en 1772 á seguir la carrera de leyes, y le auxilió constantemente para que se sostuviese allí con el decoro y comodidad que convenía. Sus adelantamientos en aquella facultad fueron consiguientes á este esmero y á estas esperanzas. Meléndez siguió todos los cursos, ganó todos los grados escolásticos, desde bachiller hasta doctor; y al ver el lucimiento con que desempeñó todas las pruebas y certámenes de su carrera, nadie diría que era el mismo joven cuya afición decidida á la poesía y humanidades iba ya abriéndose camino para ponerse al frente de la bella literatura de su país.

Hallábase á la sazón en Salamanca, por fortuna de Meléndez, don José Cadalso, A unos talentos poco comunes para la poesía y las letras, reunía este hombre célebre una erudición extensa, un despejo que sólo se adquiere en el comercio del mundo y en los viajes, en fin, un celo por la gloria y

adelantamiento de su patria, aprendido en la escuela y bajo la inspiración de la virtud. Bondadoso y apacible, chistoso y jovial siempre, á veces satírico, sin rayar en maligno ni en mordaz, su trato era amable é instructivo, su corazón franco, y sus principios indulgentes y seguros. Era entonces el tiempo en que él se hacía tanto lugar en el mundo literario por sus *Eruditos á la violeta* y por sus *Ocios*, publicados sucesivamente en los años de 72 y 73. Pero puede decirse que de cuantos servicios hizo entonces á nuestra literatura, el más eminente fué la formación de Meléndez.

Él conoció al instante el valor del joven poeta, se le llevó á su casa para vivir en su compañía, le enseñó á discernir las bellezas y defectos de nuestros autores antiguos, le adiestró á imitarlos, y le abrió también el camino para conocer la literatura de las sabias naciones de Europa. Todavía le proporcionó una instrucción más preciosa en el hermoso ejemplo que le daba de amar á todos los escritores de mérito, de hacerse superior á la envidia, de cultivar las letras, sin degradarlas con bajezas y chocarrerías. Los elogios que Cadalso ha prodigado á sus contemporáneos (1) en sus escritos son un testimonio público de este noble carácter; y las poesías de Meléndez, donde no hay una sola dirigida á detraer el mérito ajeno, y su carrera literaria, exenta de todo choque y combate, muestran cuánto le aprovecharon en esta parte los documentos de su maestro.

El género anacreóntico, en que Cadalso sobresalía, fué también el primero que cultivó Meléndez, y prendado aquél de los progresos que hacía su alumno, viendo ya en los frutos precoces de su musa tanta pureza y tanta perfección, le aclamaba á boca llena por su vencedor, y en prosa y verso le anunciaba como el restaurador del buen gusto y de los buenos estudios en la universidad. Esta unión íntima y franca entre discípulo y maestro se conservó hasta la muerte de Cadalso, sucedida, como todos saben, en el sitio de Gibraltar; y la bella canción elegiaca que Meléndez compuso á esta desgracia será, mientras dure la lengua castellana, un monumento de amor y gratitud, como también un ejemplar de alta y bella poesía.

---

(1) Luzan, Sedano, Moratín padre y otros.

A las instrucciones que recibió nuestro poeta de aquel insigne escritor, ayudaban también el ejemplo y los consejos de otros hombres distinguidos, que residían y estudiaban entonces en Salamanca. Empezaba ya á formarse aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta á la luz que brillaba á la sazón en toda Europa. La aplicación á las lenguas sabias, así antiguas como modernas; el adelantamiento en las matemáticas y verdadera física; el conocimiento y gusto á las doctrinas políticas y demás buenas bases de una y otra jurisprudencia; el uso de los grandes modelos de la antigüedad, y la observación de la naturaleza para todas las artes de imaginación; los buenos libros que salían en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicación y de saber; en fin, el ejercicio de una razón fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad, y de las redes caprichosas de la sofistería y charlatanismo: todo esto se debió á aquella escuela, que ha producido desde entonces hasta ahora tan distinguidos jurisconsultos, filósofos y humanistas. Señalábanse en ella (no se hablará aquí más que de los muertos para no ofender la modestia de los que aún viven) el maestro Zamora, autor de una gramática griega estimada; pero cuyo genio audaz, alma independiente y carácter franco y resuelto, le hacían todavía más estimable que su libro; don Gaspar de Candamo, catedrático de hebreo, el tierno amigo de Meléndez, á quien está dirigida la bellísima despedida que se lee entre sus epístolas; los dos agustinos Alba y González, aquél apreciado por su grande instrucción, su gusto delicado y su ática urbanidad, éste por la bondad inagotable de su carácter, y su talento poético, en que hizo revivir á Luis de León; en fin, el festivo Iglesias, cuyos versos corren por las manos de todo el mundo, y que tan desigual á Meléndez en la poesía noble y delicada, se ha hecho un nombre tan conocido y tan clásico por sus epigramas y sus letrillas.

Estos fueron los principales amigos y compañeros de la juventud de Meléndez, los que con su ejemplo y sus consejos vigorizaron su razón y enriquecieron su talento. Mas el hombre que, aunque ausente, contribuyó tal vez más que otro alguno á su adelantamiento fué el insigne Jovellanos. Ha-

llábase entonces en Sevilla y ministro de su audiencia, cultivando las musas, la filosofía y las letras con el ardor generoso que toda la vida empleó en este noble ejercicio, y como preparándose á la carrera que después siguió con tanta gloria. Llegaron á su noticia los trabajos de los poetas salmantinos, por medio del padre Miguel Miras, religioso de San Agustín y acreditado predicador, quien le puso en comunicación con el maestro González, y después éste con Meléndez.

Consérvase todavía una gran parte de aquella primera correspondencia, monumento precioso en que se ven retratados al vivo el candor, la modestia y sentimientos virtuosos del poeta, la marcha alternativa de sus estudios, las diferentes tentativas en que ensaya su talento, y sobre todo, el respeto profundo y casi idolatría con que veneraba á su Mecenas. Allí se ve de qué manera empleaba su tiempo y cómo variaba sus tareas. Aplicóse en un principio á la lengua griega, y empezó á ensayarse á traducir en verso á Homero y á Teócrito; pero conociendo la inmensa dificultad de la empresa, y no estimulado á ella por la inclinación de su talento, la abandonó muy luego. Después se dedicó al inglés, lengua y literatura á que decía tener una inclinación excesiva, añadiendo que al *Ensayo sobre el entendimiento humano* debería toda su vida lo poco que supiese discurrir. Seguía entre tanto escribiendo y fortificando su ingenio con la composición de sus anacreónticas y romances; y como su amigo le exhortase al parecer á empresas mayores, él se excusaba modestamente, diciendo: «En lo demás no tiene usía que esperar de mí nada bueno. Los poemas épicos físicos ó morales piden mucha edad, más estudio y muchísimo genio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamás.»

Según le iban cayendo los buenos libros á la mano, así los iba leyendo y formando su juicio sobre ellos, que al instante dirigía á su amigo. El *Tratado de educación,* de Locke; el *Emilio,* el *Anti-Lucrecio,* del cardenal de Polignac; el *Belisario,* de Marmontel; la *Teodicea,* de Leibnizt; el inmortal *Espíritu de las leyes;* la obra excelente de Wattel, con otros muchos libros igualmente célebres, eran el objeto de esta correspondencia epistolar, que manifiesta la severidad é impotencia que ponía en sus lecturas aquel joven

que al mismo tiempo manejaba tan diestramente el laud de Tíbulo y la lira de Anacreonte. Convencido de la máxima de Horacio, que el principio y fuente del buen decir son la filosofía y el saber, no se saciaba de aprender y de estudiar: y en sus lecturas, en sus cartas, en sus conversaciones, por todos los medios posibles, trataba de adquirir y aumentar aquel caudal de ideas que tanto contribuye á la perfección hasta en los géneros más tenues del arte de escribir; y sin el cual los versos más numerosos no son otra cosa que frívolos sonsonetes.

Estos estudios, unidos á los que le obligaba su carrera escolástica y el grado á que aspiraba, llegaron á minar su salud, produciéndole una destilación ardiente al pecho, que le hacía á veces arrojar sangre por la boca. Duróle este achaque más de un año; la calentura empezó á declararse, los médicos adelantaban poco, y sus amigos llegaron ya á desconfiar de su vida. Jovellanos le convidaba á Sevilla, á ver si con la templanza y abrigo de aquel clima se atajaban los progresos del mal y su salud se reponía. Él se negó á esta invitación; pero suspendiendo sus tareas, y tomando un régimen dietético apropiado á su estado, y observado rigurosamente por mucho tiempo, empezó á ganar terreno. El moderado ejercicio que hacía á las orillas del Tormes le acabó al fin de asegurar. Eran estos paseos frecuentemente solitarios; Meléndez, á quien ya habían llegado los escritos de Thomson, de Gesner y de Saint-Lambert, se acostumbró entonces á observar la naturaleza en los campos, al modo de estos poetas, y su afición y talento para la poesía descriptiva se empezaron á desenvolver. Por manera que á esta dolencia y á estos paseos en la soledad se deben las riquezas exquisitas con que en esta parte engalanó nuestro escritor las musas castellanas.

Tuvo después otro contratiempo, que él sintió más quo su enfermedad, y era en efecto más irreparable. Su hermano don Esteban adoleció gravemente en Segovia. Muertos como eran ya sus padres, él era su protector, su amigo, su hermano; él podía decirse que le había criado, y á él debía las primeras semillas de la virtud y de la sabiduría. Voló, pues, al instante á cumplir con su obligación, á asistirle ó á morir, como él decía, de dolor á su lado. Llegó, y á pesar de las esperanzas que al principio dió una falsa

mejoría, aquel respetable eclesiástico falleció á pocos días (en 4 de Junio de 1777), dejando á su hermano huérfano, desvalido, abandonado á su ingenio y á sus recursos. Sintió extremadamente Meléndez este golpe de fortuna, porque además del entrañable amor que los dos hermanos se tenían, contemplaba el desamparo en que quedaba. El aspecto de la escena del mundo que se abría delante de él, y en que iba á entrar sin guía y sin apoyo, le extremeeía de terror. Vinieron los consuelos de sus amigos á aliviarle en su amargura. Jovellanos especialmente volvió á ofrecerle su casa y sus socorros; pero Meléndez, deshaciéndose en expresiones de ternura y de agradecimiento, rehusó segunda vez prestarse á su generosidad. La protección del obispo de Segovia, las conexiones que tenía ya en Salamanca, la dirección dada á sus estudios en aquella universidad, todo le separaba de trasladarse á Sevilla; quizá tambien el noble sentimiento de la independencia, poco airosa siempre cuando se vive á costa de otro, aunque sea un amigo. Su corto patrimonio le bastaba para llegar al fin de sus estudios, y «la ley misma de la amistad, escribía él entonces á su favorecedor, que nos manda »que nos valgamos del amigo en la necesidad, manda también que sin ella »no abusemos de su confianza».

El estudio, á que se volvió á entregar con más intención que nunca, fué una distracción poderosa de su amargura; y el tiempo, como suele, acabó al fin de disiparla. Dióse entonces á la lectura y estudio de los poetas ingleses. Pope y Young le encantaban: del primero decía «que valían más cuatro versos del *Ensayo sobre el hombre*, y más enseñaban y más alabanza merecían, que todas las composiciones suyas». Al segundo trató de imitar, y de hecho lo hizo en la canción intitulada *La noche y la soledad*. Mas su desconfianza era extremada, y al remitir este poema á su amigo le decía con una modestia, á todas luces excesiva, que aquella canción al lado de las *Noches* era una composición lánguida, su moral débil, sus pensamientos vulgares, las pinturas poco vivas, y los arrebatamientos fríos. El detractor más encarnizado del poeta no le hubiera tratado con más rigor; y aunque aquella canción á la verdad se resiente á la juventud del escritor, cuya musa no tenía aun vigor suficiente para asuntos de esta naturaleza, todavía hay allí

bastantes bellezas de expresión, de versificación y de estilo, para no merecer una censura tan agria como la que su mismo autor hacía de ella.

Entre tanto se acercaba la época en que iba á coger las palmas debidas á tanta aplicación y á estudios tan seguidos. Había la Academia Española abierto ya el campo á la emulación de nuestros ingenios con los premios que anualmente distribuía á las obras más distinguidas de poesía y de elocuencia, cuyos asuntos proponía ella misma. En el primer concurso no se sintió con bastantes fuerzas para entrar en la palestra; en el segundo le detuvo la aversión que tenía al romance endecasílabo, clase de versificación que aborrecía, considerándola como producto del mal gusto del siglo anterior, y en que no se creía capaz de componer ni un cuarteto. Mas cuando la Academia en la tercera concurrencia propuso por argumento la felicidad de la vida del campo en una égloga, Meléndez, que se vió en su elemento, entró animoso en la lid, con las esperanzas de que le daban el carácter de su talento y sus excelentes estudios; y era bien difícil, por cierto, que sus numerosos rivales le arrancasen el lauro de la victoria.

Descollaba entre ellos un hombre que, por la cortesanía de su trato, por la variedad de sus talentos, por su aplicación laudable y sus escritos, se había adquirido un lugar eminente en la sociedad y en las letras. Crítico ingenioso y sagaz, escritor puro, urbano y elegante, su juicio era sano y seguro, su erudición grande y escogida. Si á estos dones se añaden el talento decidido para la música, sus conocimientos profundos en este arte, la gracia y felicidad para la conversación, sus conexiones con las primeras clases de la sociedad, donde era altamente estimado y acogido; en fin, la celebridad que ya tenía por su poema sobre la música, su traducción del *Arte poética* de Horacio y otras obras entonces apreciadas, se vendrá en conocimiento que un concurrente de esta clase debía ser de mucho peso en la balanza y poner en duda el vencimiento.

Mas Iriarte no podía dar á sus versos aquel colorido y armonía que constituyen la poesía de estilo, y que es hija necesaria de una fantasía vivaz y de una sensibilidad exquisita y delicada: prendas que absolutamente le faltaban. Él hizo una composición que tiene más aire de disertación que de

égloga, mientras que la de su rival, según la feliz expresión de uno de los jueces del concurso, «olía toda á tomillo (1). Los pastores de Iriarte controvierten su argumento, y uno de ellos da á su compañero una lección de economía doméstica, y aun de moral; los de Meléndez sienten, y la expresión de su alegría, hecha en versos delicados, fáciles, elegantes y verdaderamente bucólicos, es el más bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella. *Batilo*, pues, fué coronado por la Academia, y los aplausos del mundo literario que le han seguido hasta ahora, y le seguirán probablemente mientras dure la poesía castellana, han respondido harto decisivamente á la crítica injusta y ligera que el despecho de ser vencido arrancó entonces á Iriarte.

El año siguiente (1781) vino Meléndez á Madrid. Su amigo Jovellanos, que había sido promovido desde la audiencia de Sevilla á alcalde de casa y corte, y después á consejero de Órdenes, hacía ya tres años que se hallaba en esta capital, y Meléndez tuvo entonces el gusto de abrazarle, y conocerle por primera vez. Presentábase á él adornadas las sienes con una corona poética y logrado un triunfo en el primer paso que daba en la carrera, Jovellanos, que tanta parte tenía en esta gloria, y que vió llenas las esperanzas que se había prometido en su talento, le recibió con la mayor ternura, le hospedó en su casa, le hizo conocer de todos sus amigos, y le proporcionó al instante la ocasión de coger otros nuevos laureles.

Era costumbre de la Academia de San Fernando dar la mayor solemnidad á las juntas trienales que celebraba para distribución de sus premios. La elocuencia, la poesía y la música se esmeraban á porfía en obsequiar á las artes del dibujo, dando así aparato y lucimiento á aquellas magníficas concurrencias. Íbase á celebrar entonces junta trienal. Jovellanos debía leer un discurso, y Meléndez fué convidado á ejercitar su ingenio sobre el mismo argumento. Era esta una especie de prueba no menos ilustre é importante, si no tan empeñada como la primera. Luzan, Montiano, Huerta, don Juan de Iriarte y otros escritores señalados habían dado allí el tributo de su ala-

(1) Don Antonio Tavira.

banza poética, cada uno en forma y composiciones diversas, según la diferencia respectiva de su ingenio y de su fuerza. Nadie pudo presumir entonces que el alumno de Gesner y de Garcilaso tuviese resolución para dejar la avena pastoril, y tomar atrevidamente la lira de Píndaro en sus manos. Mas al verle en aquella hermosa oda cantar la gloria de las artes con un entusiasmo tan sostenido y tan igual, describir con tanta inteligencia como elegancia los monumentos clásicos del cincel antiguo, dar en sus bellos versos realce y brillo á los pensamientos de Winkelman, con quien manifiestamente lucha; ensalzar la noblcza y dignidad del ingenio humano, que sabe elevarse á tanta altura; y por último, sostenerse en un vuelo tan dilatado sin desmayar, sin decaer, sin que se confundan ni alteren las formas regulares del plan con la energía y el desahogo de la ejecución, y en una poesía de estilo tan perfecta y acabada; al ver, pues, reunidas tantas clases de mérito en una composición sola, cuantos la oyeron, cuantos la leyeron, quedaron pasmados de admiración, y tributando al poeta los aplausos debidos á su eminente talento, pusieron en su frente la corona que nadie ha podido ni antes ni después disputarle.

En medio de estas satisfacciones tuvo también la de obtener la cátedra de prima de humanidades de su universidad, que había sustituído algún tiempo y á que tenía hecha oposición. Al año siguiente de 82 recibió el grado de licenciado en leyes, y el de doctor en el inmediato de 83. En este mismo año, y poco antes de recibir el último, había contraído matrimonio con doña María Andrea de Coca y Figueroa, señora natural de Salamanca é hija de una de las familias distinguidas de la ciudad. Pero como la cátedra apenas le daba ocupación, y de su casamiento no tuvo hijos, el poeta, á pesar de haber tomado estado y colocación, quedó libre para seguir sus estudios favoritos y entregarse enteramente á la filosofía y á las letras.

El ajuste definitivo de la paz con Inglaterra y el nacimiento de dos infantes gemelos, con que se creyó asegurada la sucesión á la corona, malograda en otros dos infantes que habían muerto anteriormente, dieron ocasión á las magníficas fiestas que preparó la villa de Madrid en el año de 84 para solemnizar estos sucesos. Abrióse concurso á los poetas españoles para que

presentasen en el término de sesenta días composiciones dramáticas que fuesen originales, capaces de pompa y ornato teatral, y apropiadas al objeto de la solemnidad, ofreciendo premiar las dos que más sobresaliesen. Entre cincuenta y siete dramas de todas clases que se presentaron, obtuvieron el premio *Las bodas de Camacho el rico,* de Meléndez, y *Los Menestrales,* de don Cándido María Trigueros, que fueron representadas con toda pompa y aparato, la primera en el teatro de la Cruz, y la segunda en el del Príncipe. Mas el éxito no correspondió al crédito de sus autores, á la decisión de los jueces ni á la espectación del público. No hablaremos aquí de la obra de Trigueros, condenada desde entonces al olvido, de que no se levantará jamás; pero la pastoral de Meléndez, á pesar de las inmensas ventajas que podían dar al escritor su práctica y su talento para esta clase de estilo tuvo desgraciadamente que luchar con el doble inconveniente del género y del asunto.

Estrecho en sus límites, sencillo en sus pasiones y costumbres, uniforme en los objetos en que se emplea, el drama pastoril no puede nunca presentar por sí solo el interés necesario para sostenerse en el teatro. A fuerza de belleza y de elegancia en el estilo, en los versos y en el diálogo, puede interesar y hacerse leer el *Aminta,* primero y único modelo de este género de poesía. Guarini, que después quiso darle mayor fuerza y complicación en su *Pastor Fido,* le desnaturalizó, y produjo una especie de monstruo, á que dió el nombre de tragi-comedia, y cuyos defectos apenas pueden salvarse con el lujo de ingenio y galas poéticas que prodigó en él. Los demás que han seguido sus huellas se han perdido sin poderlos alcanzar: de manera que puede sentarse por máxima que estos dramas, si han de ser pastoriles, no pueden ser teatrales, y si se los hace teatrales no dejan de ser pastoriles.

Meléndez se perdió también como tantos otros, y esta desgracia la debió en mucha parte á la mala elección del asunto. Había ya mucho antes pensado Jovellanos que el episodio de Basilio y Quiteria en el *Quijote* podría ser argumento feliz de una fábula pastoril, siendo tal su calor en esta parte, que tenía extendido el plan y excitado á sus amigos á ponerle en ejecución. Meléndez se comprometió á ello, tal vez con demasiada ligereza, y creyó haber llegado el caso cuando se anunció el concurso por la villa de Madrid. Se

ignora hasta qué punto el plan de su pastoral se conformó con el de su amigo, pero es cierto que nada tiene de interesante ni de nuevo. Cervantes en su episodio había pintado unos labradores ricos de la mancha, y la magistral verdad de su pincel los retrata tan al vivo, que nos parece verlos y tratarlos. De estos personajes y costumbres tan conocidas, hacer pastores de Arcadia ó de siglo de oro, como era necesario para que cuadrase con ellos las expresiones y los sentimientos que se les prestan, era ya equivocar la semejanza y desnaturalizar el cuadro. Vienen, en fin, á acabarle de desentonar las dos figuras grotescas de Don Quijote y Sancho, porque ni sus manías ni su lenguaje ni su posición se ligan en modo alguno con los demás personajes. Si á esto se añade la temeridad de hacerles hablar y obrar sin tener el ingenio y la imaginación de Cervantes para ello, se verá bien clara la causa de no haber encontrado *Las bodas de Camacho* una buena acogida ante el público, que las oyó entonces friamente y no las ha vuelto á pedir más. Este fallo parece justo y sin apelación. Sin embargo, en los trozos que hay verdaderamente pastoriles, ¡qué pureza no se advierte en la dicción, qué dulzura y fluidez en los versos, qué verdad en las imágenes, qué ternura en los afectos! Los coros solos, por su incomparable belleza y por la riqueza de su poesía llevarán adelante esta pieza con los demás versos de Meléndez, y atestiguarán á la posteridad que si el escritor dramático había sido infeliz en su ensayo, el poeta lírico no había perdido ninguna de sus ventajas (1).

Los detractores de Meléndez se guardaban bien de hacer esta justicia á las prendas poéticas de su estilo; y apoyados en el poco favorable éxito que la pieza había tenido en el teatro, y de la especie de afectación que resultaba del contínuo uso de arcaismos y formas líricas, á la verdad no muy propias del diálogo teatral, disparaban contra él y contra su compañero el diluvio

(1) Ya un siglo antes de Meléndez se había representado en el teatro holandés una comedia con el título de *Don Quijote en las bodas de Camacho*. Su autor, Langendyk, tenía diez y seis años cuando la escribió, y después la mejoró tanto, que ha vivido en la escena por mucho tiempo. No ha sido posible adquirirla, para compararla con la obra española y dar alguna idea de su composición: es probable que en nada se parezcan una á otra.

de epigramas que el despecho de su desaire les sugería. La mayor parte habían concurrido al premio que no habían podido conseguir. Pero de estas satirillas sólo se conservan en la memoria de los curiosos algún otro soneto de Iriarte y del marqués de Palacios, cuyo mérito es ya bastante para justificar esta especie de preferencia.

Meléndez dió la mejor respuesta á sus adversarios, publicando el primer tomo de sus poesías en el año inmediato de 1785, con el cual acabó de echar el sello á su reputación literaria. La aceptación que logró desde el momento en que se dió á luz puede decirse que no tenía ejemplo entre nosotros. Cuatro ediciones, una legítima y las demás furtivas, se consumieron al instante. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban el libro de las manos, todos aprendían sus versos, todos los aplaudían á porfía. Quién prefería la gracia inimitable y la delicadeza de las anacreónticas; quién la sensibilidad y el gusto exquisito de los romances; quién aquel estilo verdaderamente poético, lleno de imaginación y color, que anima y ennoblece hasta las cosas más indiferentes. Los amantes de nuestra poesía antigua que vieron tan felizmente seguidas las huellas de Garcilaso de León y de Herrera, y aun mejoradas en gusto y perfección, saludaron al poeta como el restaurador de las musas castellanas, y vieron con alegría desrrado el gusto prosáico y trivial que generalmente dominaba á la sazón en nuestro Parnaso. Dilatóse el aplauso fuera de los confines del reino, y empezó á oirse también en los países extrangeros: la Italia fué la primera, y tras que los doctos jesuítas, que sostenían allí el honor y reputación de nuestras letras, le escribían el parabién, las efemérides de Roma, entre otros muchos elogios, señalaban aquel libro como una reconciliación con los sanos y verdaderos principios del buen gusto en la bella y amena literatura. Diferentes imitaciones de algunos poemas se hicieron después en francés y en inglés. En España la juventud estudiosa le había tomado ya por modelo, de modo qve apenas publicado y conocido se le tuvo por un libro clásico y un ejemplar exquisito de lengua, de gusto y poesía.

Estos triunfos y esta primacía no fueron conseguidos por Meléndez en un tiempo oscuro, ajeno de aplicación y de actividad literaria, en que á poco

esfuerzo y á poco talento se pudiera ganar una nombradía que nadie disputa ni controvierte. Era en la época tal vez más brillante y estudiosa que hemos tenido desde el siglo XVI. Cuando se echa la vista á aquel decenio que medió desde la publicación del *Batilo* hasta el año de 90, asombra el incremento que habían tomado las luces. y el vigor con brotaban las buenas semillas esparcidas en los tiempos de Fernando VI y primeros años de Carlos III. En el sinnúmero de escritos que cada año se publicaban, en las disertaciones de las academias, en las memorias de las sociedades, en los establecimientos científicos fundados de nuevo, en los de beneficencia que por todas partes se erigían y dotaban, en las reformas que se iban introduciendo en las universidades, en las providencias gubernativas que salían conformes con los buenos principios de administración, en el aspecto diferente que tomaba el suelo español con los canales, caminos y edificios públicos que se abrían y se levantaban; en todo, finalmente se veía una fermentación que prometía, continuada, los mayores progresos en la riqueza y civilización española. Había tal vez demasiadas guerrillas literarias, tal vez no seguía en el fomento de los diferentes ramos en que está cifrada la prosperidad social el orden que la naturaleza prescribe, y se daba al ornato del edificio un cuidado y un esmero que reclamaban más imperiosamente sus cimientos. Pero esto nada quita del honor que se merece una época de tanta vida, de tanto ardor, de tanta aplicación, y cuyos productos disfrutamos todavía al cabo de treinta años en que hemos estado gastando sin cesar, y puede decirse que sin reponer.

En esta época, pues, fué cuando Meléndez se hizo por sus estudios un lugar tan preferente, y este lugar no se le daban hombres ineptos ó medianos: eran los Jovellanos, los Campomanes, los Taviras, los Rodas los Llagunos: lustre y apoyo unos y otros del Estado, de la filosofía y de las letras. Después de pasar el invierno en los ejercicios de la universidad y de su cátedra, solía venir á gozar en el verano de las delicias de la corte, á mostrar á sus amigos sus nuevos trabajos, á recibir sus consejos y á disfrutar del cariño y aprecio que en todas partes se le tributaba. La dulzura de su genio y de sus costumbres, un no sé qué de infantil que había en su conversación y en sus

modales, en que centelleaban á veces unas llamaradas de entusiasmo y una extensión de saber, que por lo mismo sorprendían más; en fin, la misma facilidad de su trato, y puede decirse que su excesiva docilidad, le adquirían amigos y conexiones, y le hacían parecer el niño mimado de la sociedad y de las musas.

¡Dichoso él si hubiera sabido ó podido prolongar aquel agradable período de su vida! La ambición civil sucedió á la ambición literaria, y otra situación trajo otros cuidados. Sea que sus negocios particulares lo exigiesen, sea que se cansase de oir á algún necio que no servía más que para hacer coplas, sea, en fin, que quisiese dar una consideración en el mundo, que rara vez consiguen por sí solos los hombres de letras en España, Meléndez á muy luego de haber publicado su primer tomo, empezó á solicitar un destino en la magistratura. Las musas debieron estremecerse al verle tomar esta resolución, y mucho más de vérsela cumplir. Provisto en Mayo de 1789 para una plaza de alcalde del crímen de la audiencia de Zaragoza, y tomado posesión de ella en Setiembre del mismo año, sus trabajos poéticos, sus estudios literarios, toda aquella amenidad de ocupaciones que antes le llenaba, debió ceder á atenciones más urgentes, de mayor transcendencia y responsabilidad.

Mostróse, empero, igual y robusto para la carga que había echado sobre sus hombros; y el foro español deberá contarle siempre entre sus más dignos magistrados. Los buenos estudios que había hecho para instruirse en esta carrera y los excelentes libros de legislación, de política y de economía con que había vigorizado su primera enseñanza, le ponían á la par con cualquiera de los que se hubiesen dedicado exclusivamente al estudio del derecho. Y si después se observan su puntual asistencia al tribunal, su celo en transigir y componer amigablemente las querellas de los litigantes, su afabilidad y franqueza para oirlos, el interés humano y compasivo con que visitaba á los presos, aceleraba sus causas, y les repartía socorros; su vigilancia en el buen orden y policía; en fin, su incorruptible integridad, y su inseparable adhesión á la justicia, prendas y virtudes todas que aun recuerdan Zaragoza y Valladolid con aplauso y gratitud, se convendrá fácilmente en que Melén-

dez no era menos digno de respeto como hombre público que de admiración como poeta.

Promovido á oidor de la chancillería de Valladolid en 1791, fué comisionado poco tiempo después por el Consejo de Castilla para la reunión de cinco hospitales en Ávila de los Caballeros. La independencia que cada uno de ellos pretendía, y la repugnancia á sacrificar su interés particular al general que debía resultar de la reunión, hizo embarazoso este encargo, que costó á Meléndez muchas fatigas y disgustos, un viaje á Madrid y dos enfermedades, de que estuvo muy á peligro. Estos contratiempos le hicieron restituirse á Valladolid, donde, alternando las graves ocupaciones de su destino con el trato de sus amigos, y alguna vez con el de las letras, permaneció hasta 1797, en que fué nombrado fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte.

Había el poeta guardado silencio desde que publicó el primer tomo de sus obras hasta esta última. Solas dos veces le había roto: la primera enviando una oda á la academia de San Eernando para la distribución de premios del año de 87, y la segunda, con una epístola á su amigo don Eugenio Llaguna, cuando fué hecho ministro de Gracia y Justicia en 1794. En esta segunda oda á las artes se advirtió una alteración notable en el estilo; el cual si bien menos perfecto y esmerado que en la primera, había adquirido una firmeza, una rapidez y una audacia no conocidas antes en el autor, ni usadas después por él. En la epístola es cierto qne el incienso prodigado al poder descontentó á los amantes de la dignidad é independencia literaria; pero no hubo nadie que no aplaudiese al generoso y bellísimo recuerdo hecho allí de Jovellanos (1), á la censura rigorosa y justa de las universidades, y á

---

(1) Estaba entonces aquel grande hombre en desgracia de la corte, y desterrado bajo un pretexto honroso á Gijón: era pues bien laudable en tales circunstancias hablar de él y pedir su vuelta, como lo hizo en los versos siguientes:

Dale, y á tí y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo, aquel que, en noble
Santo ardor encendido, noche y día
Trabaja por la patria; raro ejemplo

otras enérgicas y grandes lecciones que se daban á la autoridad; todo en una dicción la más noble y elegante, y en versos magistralmente ejecutados Así estas muestras, en que ya se veía unida la madurez del talento con la robustez de la razón, hacían desear cada vez más la continuación de las poesías, ofrecida cuando dió á luz el primer tomo. Su nueva carrera se lo había estorbado; pero, al fin, teniendo algún más tiempo en Valladolid, obligado en cierto modo por aquella promesa, y estimulado por sus amigos, puso en orden y corrigió sus manuscritos, y reimprimió el tomo primero, añadiéndole otros dos, que fueron publicados en Valladolid en aquel año de 97.

Salió esta edición enriquecida con un crecido número de poesías de muy diferente gusto y estilo que las primeras, porque el poeta había levantado su ingenio á la altura de su siglo; y los objetos más grandes de la naturaleza, las verdades más augustas de la religión y de la moral, eran el argumento de sus cantos. Trozos descriptivos de un orden superior, elegías fuertes y patéticas, odas grandiosas y elevadas, discursos y epístolas filosóficas y morales, en que el escritor toma alternativamente el tono de Píndaro, de Horacio de Thomson y de Pope, y saca de la lira española acentos no aprendidos antes de ella, ennoblecen esta colección, y la recomiendan igualmente á los ojos del filósofo y del político que del humanista y del poeta.

Mas, á pesar de su relevante mérito, y á pesar también de los bien merecidos elogios que de Italia y de Francia se unieron á los de España para congratular al autor, es fuerza confesar que la aceptación que tuvieron estas poesías no fué tan grande ni tan general como la que habían logrado las primeras. La época, en primer lugar, no era tan á propósito para esta clase de triunfos literarios; la atención de los hombres se había vuelto casi exclusivamente á los sucesos políticos, que, amenazando trastornar la faz de la Eu-

---

De alta virtud y de saber profundo...
Débate mi amistad tan suspirada
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
Tú le conoces, y en sus hombros puedes,
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro en que oprimido gimes.

ropa toda, no dejaban apenas otro interés á la imaginación que el de los temores ó esperanzas que ellos prometían. Aun cuando esta disposición de ánimos fuese diferente, no era de esperar tampoco un efecto tan feliz como el de la publicación primera, mucho más habiendo mediado tanto tiempo entre una y otra. Los asuntos, á la verdad, eran grandes y severos en la mayor parte; pero no análogos al gusto y opiniones dominantes en aquella segunda época. Abstractos y metafísicos, repetidos con alguna prodigalidad, y no siempre con igual acierto, su desempeño, aunque frecuentemente grande y poético, no era con mucho tan perfecto como el de los templados y juveniles. La composición en ellos no presenta siempre aquel interés progresivo que acrecienta el gusto desde el principio hasta el fin. Se nota aquí esfuerzo, allá declamación, y en no pocas partes falta de concisión y de energía; como si la índole del autor no fuese para esta clase de argumentos. Por último, insertó composiciones que no tuvieron aceptación ninguna: *La caída de Luzbel*, algunas traducciones, alguna oda, algún discurso demasiado largo y tal vez prosáico, no parecieron ni han parecido nunca dignas de las demás. El mérito de Meléndez es tan grande, su reputación y su gloria tan afianzadas y reconocidas, que nada pierden sin duda con estas observaciones imparciales, nacidas del amor á la verdad, y que él mismo oyó alguna vez de sus amigos con tanta docilidad como modestia.

En el prólogo que les puso al frente, intentó probar que en nada derogaban los estudios poéticos á la dignidad de magistrado, y que ninguna incompatibilidad tenían con los deberes y talentos de hombre público y de negocios. Sería, sin duda, mejor que los que reciben del cielo el dón divino de pintar la naturaleza en bellos versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginación ajena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que agita á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta eminente no debiera ser más que poeta: así conservaría mejor su independencia y el decoro debido al ministerio de las musas; sus talentos se desplegarían con toda extensión y libertad, y los necios no afectarían señalarle con un nombre que ellos no entienden y que en su boca es un apodo de frivolidad y de insuficiencia. Mas esto camina ciertamente sobre

una suposición imposible. La fortuna, las circunstancias, el interés de las familias, momentos también de error y de flaqueza sacan á los hombres de su esfera, ya para más, ya para menos; sobre todo en un país como el nuestro, en que tan pocos recursos tienen los escritores para subsistir como tales. ¿Qué hacer pues? se dirá. Lo que hacía Meléndez: ser un gran poeta en sus versos, y un sabio y recto magistrado en su tribunal.

Mas lo que él no debiera haber hecho es empeñarse tanto en disculparse. Quien estaba siendo un modelo de integridad, aplicación y capacidad en el foro tenía que probar nada ni necesitaba de apología ninguna; á sus detractores tocaba hacerla, si es que podían, de su propia necedad. Esta especie de excusas no sirven para los hombres de razón, porque no las necesitan; ni tampoco para los preocupados, porque no los convencen. Tienen, además, otro inconveniente, y es dar al que las hace el aire de poca seguridad en el crédito y dignidad de su arte; y cierto que un tan gran poeta en ninguna ocasión ni por pretexto alguno debía desdeñarse de su talento (1).

Á poco tiempo después de publicada esta edición, fué, como se dijo arriba, nombrado fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte, de cuya plaza tomó posesión en 23 de Octubre de aquel año de 97. Como la avanzada edad y achaques de su antecesor tenían muy atrasados los negocios de la fiscalía, Meléndez se dió á despacharlos por sí mismo con tal actividad y aplicación, que no sólo le faltaba tiempo para otros estudios, mas también para el trato con sus amigos. Ofreciéronsele en la corta duración de su cargo causas graves y curiosas, donde hizo prueba de su juicio y de su talento; entre ellas la de la muerte de Castillo, cuya acusación fiscal corre en el público como un modelo de saber y de elocuencia. Éstas, puede decirse fueron las últimas satisfacciones que tuvo en su carrera; y la suerte le preparaba ya el cáliz de aflicción que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos días que les concede de gloria y de alegría. Mas

(1) El abate don Juan Andrés era más franco; en la carta que le escribió entonces le decía: «¿Y »qué pueden decir los más severos censores contra un magistrado que publica tan apreciables poe- »sías? Yo antes bien creeré que una mente que con tanta verdad sigue en sus versos lo bello, no se »apartará en sus sentencias de lo justo».

para proceder á contar estos desagradables sucesos, es preciso tomar las cosas de mucho más arriba.

La revolución francesa no había sido mirada al principio por los potentados de Europa sino como un objeto de risa y pasatiempo. Creció el coloso, y aquel sentimiento de desprecio pasó en un instante á miedo y aversión. La guerra y las intrigas fuera, la persecución y el espionaje dentro, fueron los medios á que apelaron para contener aquel gran movimiento y ahogar unas opiniones en que creyeron comprometida la estabilidad de sus tronos. El mundo ha visto lo que han conseguido con esos formidables ejércitos, con esas interminables cruzadas que por espacio de treinta años han desolado la Europa. Ni les han aprovechado más tampoco las medidas inquisitoriales en el interior de sus Estados, pues haciéndolos odiosos, han sofocado en los ánimos el amor y la confianza, bases las más firmes de la autoridad y del poder. Á menos costa, sin duda, les era fácil conseguir libertarse á sí mismos y á sus pueblos del contagio que temían. Arreglando bien su hacienda, gobernando en el interés general de sus súbditos, y no en el particular de su corte y de sus ministros; en una palabra, siendo justos y prudentes, tenían puesta la barrera más impenetrable á aquellas novedades (1). Pero el poder no se estima sino por el abuso que de él se hace, y así se verificó desgraciadamente en España. Había coincidido la muerte de nuestro Carlos III con las alteraciones de Francia; y cuando era necesaria mayor diligencia en gobernar, mayor circunnspección en conducirse, entonces se dió la señal entre nosotros á todos los caprichos de la arbitrariedad, á todos los desconciertos de la ignorancia y de la insensatez. El escándalo de poner en circunstancias tan difíciles el timón del Estado en manos de un favorito sin educación política y sin experiencia, acrecentaba la murmuración y el descontento, y éstos á su vez producían el encono y la persecución. Y como los primeros y más nobles pasos de la revolución francesa eran debidos sin duda á las luces y adelanta-

(1) Los pueblos no se alteran nunca mientras su situación es agradable, ó á lo menos llevadera. «No basta, dice un célebre escritor español, que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos, y sólo en corazones insensibles ó en cabezas vacías de todo principio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo». *(Jovellanos).*

miento del siglo, la autoridad se puso en un estado constante de hostilidad con el saber. Ya se habían suprimido los periódicos que más crédito tenían, por las verdades útiles que propagaban (1); se había retirado poco á poco la protección y fomento que se daba á los estudios; se oían delaciones, se sembraban desconfianzas. Dióse, en fin, la señal á las persecuciones personales con la prisión del conde de Cabarrús en el año de 90; y sus grandes talentos, su incansable actividad, el brillo que acompañaba sus empresas, los establecimientos importantes y benéficos que había proyectado y erigido, los bienes infinitos que había hecho á tantos particulares no le pudieron salvar de un proceso enfadoso, de un encierro cruel y dilatado, y de un éxito, al fin, que tenía más apariencia de favor que de justicia. Jovellanos, ausente á la sazón en Salamanca, voló á Madrid en socorro de su amigo, y no logró otra cosa que ser envuelto en su ruina. Sucedíanse de tiempo en tiempo, y á no mucha distancia, estas tristes proscripciones que, además de los muchos particulares, frecuentemente víctimas de delaciones oscuras, y á veces de su misma imprudencia, venían á herir las cabezas de personas eminentes ó por sus empleos, ó por su crédito, ó por su saber. Á la desgracia de Cabarrús y Jovellanos siguió la de Floridablanca y su partido, á ésta la del conde de Aranda; diferentes consejeros de Castilla fueron desterrados después por no avenirse bien con su gobernador el conde de la Cañada; éste cayó á su vez víctima de una intriga de palacio, cerrándose entonces aquella serie de miserias con la escandalosa causa sobre la impresión de las *Ruinas*, de Volney. Vióse en ella dar á una simple especulación de contrabando el carácter de una gran conjuración política, y tratar de envolver como revolucionarios y facciosos á cuantos sabían algo en España. Las cárceles se llenaron de presos, las familias de terror, y no se sabe hasta dónde la rabia y la perversidad hubieran llevado tan abominable trama, si la disciplina ensangrentada de un hombre austero y respetable, y el ultraje atroz que con ocasión de ella se le hizo, no hubieran

---

(1) *El Censor, El Correo de los ciegos, El Corresponsal* y otros. El Gobierno, al parecer, había tomado entonces á su cargo, confirmar el dicho ingenioso y mordaz de un escritor, que preguntado por qué los que mandaban aborrecían á los sabios, «por lo mismo, respondió, que los malhechores nocturnos aborrecen á los reverberos».

venido oportunamente á atajar este raudal de iniquidades (1). El escándalo fué tan grande y el grito de la indignación pública tan fuerte, que la corte abrió los ojos, y retirando su confianza de aquellos viles maquinadores, la dió, ó aparentó darla, á hombres conocidos en el reino por su sabiduría y su virtud. Entonces fué cuando se nombró á Jovellanos ministro de Gracia y Justicia, á Saavedra de Hacienda, y al conde de Ezpeleta gobernador del Consejo: tres hombres dignos, sin duda, y capaces de restaurar el Estado, si el Estado no hubiese tenido ya una enfermedad incurable, más poderosa que su capacidad y sus fuerzas.

Vióse entonces Meléndez en el colmo de sus deseos: su amigo en el ministerio, él establecido en Madrid y el camino llano para llegar al puesto descansado y preeminente que sus servicios y estudios merecían. Individuo de la Academia de San Fernando desde que recitó en ella su hermosa oda, y admitido en el seno de la Española en el año de 98, reunía en sí los honores literarios que podía desear, y era considerado y respetado dentro y fuera de España como el primer talento de su tiempo y su nación. Mas toda esta perspectiva de bonanza y de ventura se anubló de repente y desapareció como el humo. No pertenece á la historia particular de nuestro poeta contar menudamente los resortes secretos por los que fueron traídos al ministerio Saavedra y Jovellanos, ni tampoco las intrigas de corte que mediaron cuando fueron despedidos. Lo que sí no debe pasarse en silencio es que en los cortos momentos de favor que Meléndez logró del príncipe de la Paz, cuando le dedicó las poesías, uno de sus mayores cuidados y su principal empeño fué disipar las prevenciones que el privado tenía contra su ilustre amigo y rehabilitarle en su estimación y confianza. Cuando después, á pesar de la aparente desgracia del favorito, los dos ministros fueron sacrificados á su resentimiento y su venganza, Meléndez fué también sacrificado con ellos y desterrado á Medina del Campo (27 de Agosto de 1798), previniéndole que

(1) Para los lectores que no tengan doticia de este acontecimiento singular no basta la indicación sumaria que aquí se hace, y quizá sería conveniente no sólo para satisfacer su curiosidad, sino también para escarmiento público, entrar en más largas explicaciones. Pero el pudor y la decencia no se lo consienten á la Historia.

saliese de Madrid en el término de veinticuatro horas, y que esperase órdenes allí.

Obedeció y partió: entre tanto sus amigos consiguieron del nuevo ministerio mitigara el rigor de las órdenes con que se le amagaba y convertirlas en la insignificante comisión de inspeccionar unos cuarteles que se estaban construyendo mucho tiempo había de los fondos de aquella villa. Algo más tranquilo con esta demostración de condescendencia, se entregó al estudio y al retiro, al trato de los amigos que su amable y apacible índole le facilitaron en el pueblo, y de los que, ó por recomendación ó atraídos de su celebridad, venían á visitarle del contorno. Dióse al ejercicio de las obras de beneficencia que su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salían estos infelices de allí por lo regular sin acabar de convalecer; él los recogía, él los vestía, él los alimentaba y ellos le bendecían como un amigo y un padre. En medio de tan inocentes y virtuosas ocupaciones, y ajeno de toda gestión y negocio público, debía considerarse seguro en aquel asilo y á cubierto de los tiros de la malignidad. No fué así, por desgracia, y otra nueva tormenta le amenazaba, más negra y peligrosa que la primera.

Uno de aquellos hombres que, ejercitándose toda su vida en obras de villanía y perversidad, no logran subir al poder sino por el escalón de la infamia; de aquellos para quienes la libertad, el honor y aun la vida de los otros, lo justo y lo injusto, lo profano y lo sagrado, todo es un juego y todo les sirve de instrumento á su codicia, á su ambición, á su libertinaje ó su malicia, proyectó consumar la ruína de Meléndez para hacer este obsequio á la corte, con quien le suponía en guerra abierta, y ganarse las albricias de la destrucción de un personaje desgraciado. Siguióle con esta dañada intención los pasos, calificando y denunciando como intrigas peligrosas las visitas que él y sus amigos se hacían. Y para enredarle de una manera más complicada ó inevitable, se empezó á formar una causa á dos eclesiásticos de un pueblo inmediato, con la indicación expresa en las instrucciones para formarla «de que convenía mucho que en ella jugase Meléndez Valdés». Designáronse los testigos á quienes se había de preguntar y no se omitió ninguna

de aquellas diligencias tenebrosas con que estos hombres infernales han conseguido en todos tiempos perder á los que aborrecen (1). No produjeron estas maquinaciones el fruto que ellos esperaban; mas bastaron para inquietar á la corte, recelosa siempre y ya mal dispuesta con él, según la costumbre natural en los hombres, de querer mal á quien ofenden. Por otra parte, el destino de Meléndez era apetecible; estaba suspenso, y la ocasión convidaba. Todo, pues, conspiró á inclinar la balanza en daño suyo; y cuando menos lo podía presumir, cuando quizá tenía las esperanzas más fundadas de ser reintegrado en su dignidad y honores, recibió la orden por la cual se le despojaba de la fiscalía y con la mitad del sueldo se le confinaba á Zamora (2 de Diciembre de 1800).

Recibió el golpe con serenidad y entereza; y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por el pronto, dejó en manos del tiempo su vindicación y desagravio. Partió á Zamora, establecióse allí, y aunque visitado y obsequiado de las personas principales del pueblo, él conservó su vida retirada, partiendo su tiempo entre sus libros y un reducido número de buenos amigos. Entre tanto, sabedor de las intrigas que habían mediado para la última demostración de rigor recibidos del Gobierno, procuró por todos medios desvanecerlas; y si no logró reponerse enteramente, consiguió por lo menos que se aliviase su suerte; y en Real orden de 27 de Junio de 1802 se le devolvió el goce de su sueldo completo como fiscal, permitiéndole disfrutarle donde le acomodase establecerse; hubiera él entonces preferido á Madrid; pero á la sazón había una de las acostumbradas persecuciones en que estaban envueltas personas de relaciones íntimas y antiguas con Meléndez, y fuéle avisado por sus mismos favorecedores que no le convenía presentarse en la corte por entonces. Cocidióse, pues, á fijarse en Salamanca, donde tantos motivos de amistad y parentesco, tantos recuerdos tiernos y afectuosos le convidaban. Allí puso su casa, recogió y ordenó su exquisita y copiosa librería, abrazó á sus antiguos amigos y empezó á gozar con ellos de una vida más tranquila y

(1) La causa, con todas las disposiciones, instrucción y demás documentos que autorizan estos hechos, existe en poder de la familia de Meléndez.

apacible que la que había disfrutado en los doce años transcurridos desde su salida para Zaragoza.

Pudieron las musas congratularse de esta feliz novedad al verle restituído al ocio antiguo y en aquellos sitios mismos que tan hermosos versos le habían inspirado en otro tiempo. Los amantes de la literatura española esperaban verla enriquecida con alguna obra magistral digna del gran talento de Meléndez y propia de la madurez y gravedad que había ya adquirido en aquella época. Pero el resorte de su espíritu estaba quebrado por la adversidad y la injusticia de los hombres y su atención distraída con recelos ó esperanzas que nunca tuvo bastante fuerza para sacudir de sí. Por otra parte, el despotismo ministerial, cada vez más insufrible, armado de sospechas, de recelos y desconfianzas; las recriminaciones y falsas miras, atribuídas siempre al talento perseguido; en fin, la inercia y desidia que produce la opresión, y que si al principio repugnan, después al cabo se aman (1): todo le desalentaba y le sumergía en un letargo nada conveniente á su ingenio y perjudicial á las letras.

Un poema lírico descriptivo sobre la creación, que se imprime ahora entre sus odas, y una traducción de la *Eneida*, que la publicación de la de Delille le hizo emprender, fueron las únicas tareas que Meléndez dió á su espíritu en aquel ocio de seis años. También pensó entonces hacer una nueva edición de sus poesías, en que se habían de suprimir todas las composiciones que no eran correspondientes al mérito de las otras, y hacer en algunas las enmiendas y cortes que el gusto delicado y la sana crítica aún desean. Tenía ya arreglado esto con uno de sus más queridos discípulos; mas su indolencia natural dilató esta empresa, acaso con perjuicio de su gloria; y el torrente de los sucesos, que después se despeñaron unos sobre otros, no le dejó pensar en mucho tiempo ni en este ni en ningún otro proyecto literario.

Sería tal vez mejor poner fin aquí á esta noticia y contentarse con indi-

---

(1) *Et ut corpora lenté augescunt, citó extinguntur, sic ingenia studiaque oppresseris facilius, quam revocaveris. Subit quippe etiam ipsius inertiae dulcedo, et invisa primo desidia postremo amatur*. Tácito en estas pocas líneas señala la verdadera causa de la esterilidad y atraso de nuestra literatura.

car sencillamente el lugar y tiempo en que falleció el poeta. Ya desde aquella época empieza á sentirse el terremoto político; las opiniones se dividen, se inflaman las pasiones, y á pesar del tiempo transcurrido, á pesar de la vicisitud prodigiosa de los acontecimientos, ó por mejor decir, con ella misma, estas pasiones, lejos de haberse templado, empiezan á acalorarse de nuevo; lejos del autor de estos apuntes dar ocasión de irritarlas por su parte. Él ha seguido constantemente un rumbo y una opinión opuestos á los que desgraciadamente fueron adoptados por Meléndez. Mas aun cuando cifra en ello la principal honra de su vida, no se permitirá por eso recriminación ninguna, lo cual sería tan repugnante á su corazón como importuna en este lugar. Es preciso, pues, en el discurso de los hechos que van á seguir, imponerse la obligación de ser breve, y por lo mismo que la opinión propia ha vencido, también la de ser modesto.

Con la revolución de Aranjuez fué alzado el destierro y vueltos sus destinos á los magistrados que habían sido echados de la corte en las diferentes épocas de persecución anteriores. Cúpole á Meléndez la suerte que á los demás, y regresó á Madrid en aquellos días. Ya el Rey había partido á Bayona; las señales de la terrible tormenta que amenazaba se hacían cada vez más siniestras y espantosas; así Meléndez no vino á la corte sino para ser testigo de la ansiedad y afanes que precedieron al 2 de Mayo, de los horrores de aquel execrable día y del desaliento y temor en que quedó sumergida la capital. Quiso volverse al retiro de su casa y no pudo verificarlo. Aceptó de allí á poco una comisión para Asturias, en compañía del conde del Pinar, y es fuerza confesar que si los motivos que tuvo para aceptarla no son del todo excusables á los ojos de los amantes de la independencia, jamás inconsideración ninguna fué castigada con un rigor tan cruel. Cuando los dos comisionados llegaron á Asturias ya iba delante de ellos la prevención que los acusaba ante la exaltación popular. Entraron en Oviedo escoltados de gente armada; y aunque en la junta provincial habían procurado sincerar su conducta y allanar todas las sospechas, el pueblo, inquieto y receloso, no se dió por satisfecho. Alternativamente llevados desde la cárcel á su hospedaje y de su hospedaje á la cárcel, cuando ya al parecer todo estaba tranquilo y ellos dis-

puestos á partir, la muchedumbre frenética se agolpó sobre el carruaje, al que ya habían subido, volviólos á lanzar en la prisión, hizo pedazos y quemó el coche, desbarató los equipajes, y creciendo el furor con su mismo exceso, violentaron las puertas de la cárcel y sacaron á los dos comisionados y otros tres presos con intención de darles muerte.

Iba delante Meléndez: hablábales con dulzura pidiendo que le llevasen á la Junta ó le encerrasen con grillos; nada bastó, porque después de haberle puesto al pie de la horca y hacerle mil insultos, le sacaron al campo, le cercaron, y encarándole los fusiles, clamaban que había de morir. Logró al cabo que le oyesen unas pocas palabras sobre su inocencia y sus principios; les habló, les rogó, procuró ablandarlos y aun les empezó á recitar un romance popular y patriótico que había compuesto antes del 2 de Mayo. Frívolo recurso para con gentes rudas y groseras y entonces atroces y locas de furor. Atajáronle con nuevos insultos y amenazas y condenáronle á morir; por gran favor le permitieron confesar; tuvo él la presencia de espíritu de hacer durar este acto algún tiempo. Ya estaba dispuesta la banda que había de tirarle, cargados los fusiles y él atado al árbol fatal; ya se había disputado sobre si se le había de disparar de frente ó de espaldas como á traidor, y con este motivo desatado y vuelto á atar de nuevo; ya, en fin, no faltaba más que consumar el sacrificio, cuando se vió venir de lejos al cabildo y á las comunidades con el Sacramento y la cruz famosa de la Victoria.

Calmó todo entonces, y Meléndez, que estaba el primero, fué el primeramente socorrido. Hízose después lo mismo con los otros compañeros, y recogidos todos en la procesión, fueron llevados á la catedral, y de allí vueltos á la cárcel. Formóse causa á petición del pueblo al Conde y á Meléndez, y dados por ella libres de todo cargo, se los puso en libertad y se les permitió volver á Castilla. Tal fué el éxito inesperado de aquella terrible escena y de tan larga agonía. Estremece en verdad ver al autor del *Batilo* y de la *Despedida del anciano,* perseguido popularmente y atado á un árbol para ser muerto como traidor y enemigo de su patria. Pero, ¿á quién deberá imputarse tan grande atrocidad? ¿Acaso al pueblo? No, sin duda alguna; á los autores y consentidores de la villana y escándalosa agresión que puso á la nación

toda en aquel estado de exaltación y frenesí sin el cual no se podía salvar.

Meléndez volvió á Madrid cuando, de resultas de la memorable victoria de Bailén, los franceses habían evacuado la capital y retirádose al Ebro. Siempre esperando mejorar de posición, y deseoso también de contribuir por su parte á los grandes trabajos que se presentaban delante de los españoles en aquella imprevista y singular situación, aguardó en Madrid la formación del Gobierno central, y confió ser empleado por él. Esta esperanza no era infundada, puesto que en aquel gobierno contaba algunos amigos, y entre ellos al ilustre Jovellanos, que sacado de su prisión de Mallorca por la revolución de Aranjuez, vino nombrado por sus compatriotas á tomar su lugar entre los padres de la patria. Mas la fortuna, precipitando y revolviendo los sucesos en mil direcciones diferentes, dió entonces una de sus vueltas acostumbradas, y los franceses vencedores amenazaron á Madrid. La Junta Central, las fuerzas del Estado, los patriotas más exaltados ó más diligentes, todos se refugiaron á Andalucía. Nuestro poeta, resuelto entonces á seguir el partido de la independencia, no pudo ponerse en camino, y su mala suerte, deteniéndole en Madrid, lo dejó expuesto al vacío del desaliento y á los lazos de la seducción, en que cayeron y fueron envueltos tantos infelices españoles. Su reputación no podía dejarle indiferente á las asechanzas del gobierno intruso, que le hizo fiscal de la junta de causas contenciosas, después consejero de Estado, y presidente de una junta de instrucción pública. Él aceptó, y así se comprometió en una opinión y en una causa que jamás fueron las de su corazón y de sus principios. ¡Cuál debió ser su amargura al ver que la fortuna y la fuerza, hasta entonces compañeras inseparables de aquel partido, y únicas razones que la prudencia alegaba para adherirse á él, empezaban á flaquear, y al fin le abandonaban! Vióse pues arruinado sin recurso, trastornadas sus esperanzas, saqueada por los mismos franceses su casa en Salamanca, deshecha y robada su preciosa librería, y él precisado, en fin, á huir de su patria, abandonando acaso para siempre el suelo y cielo que le vieron nacer.

Antes de entrar en el territorio francés se puso de rodillas y besó la tierra española, diciendo: «¡Ya no te volveré á pisar!» Entonces se acordó de

su casa, de sus libros, de sus amigos, del apacible retiro que allí disfrutaba; y considerando amargamente el nublado cruel que le había agostado aquella cosecha de ventura, las lágrimas caían de sus ojos, y las recibía el Vidasoa.

Los cuatro años que vivió después no hizo más que prolongar una existencia combatida por la desgracia, por la pobreza, por los afanes y esperanzas á cada paso malogradas de volver á España; en fin, por los achaques y dolencias que conforme avanzaba en edad se agravaban á porfía. Tolosa, Mompellier, Nimes y Alais fueron los pueblos de su residencia. En los intervalos que le dejaban sus males, leía ó se hacía leer, corregía sus poesías, y las disponía para la nueva edición que proyectaba. También compuso algunas en que todavia respira el talento de su juventud con la misma gracia y facilidad; pero en que luce sobre todo el ansia y la vehemencia con que amaba su país y deseaba volver á él. Este sentimiento, que le honra, era, puede decirse, el aliento que le animaba; pero estaba escrito en el cielo que no le había de ver satisfecho. Ya en España había empezado á padecer mucho de reumas. Á muy poco de su llegada á Francia una fuerte parálisis casi le imposibilitó del todo, sin que los baños termales, que tomó por tres veces, le pudiesen librar de ella. Atacado, en fin, por un accidente apoplético, á cuya violencia no pudo resistir, falleció en los brazos de su esposa, que le había seguido y asistido constante y varonilmente en todos los infortunios de su vida, y en medio de los compañeros de su emigración y desgracia, que le prestaron cuantos auxilios y consuelos estaban en su mano.

Así en pocos años el torbellino de la revolución había arrebatado á las letras españolas tres hombres que constituían una parte muy principal de su lustre y de su gloria. Cienfuegos fué el primero que, arrancado de su lecho, donde estaba ya casi moribundo, fué arrastrado fuera de su pais, y expió con su desgraciada muerte en Ortez el horror que le inspiraban los tiranos. Jovellanos, cuya noble alma estaba enriquecida de tantos talentos y de tantas virtudes; que hubiera sido en la antigüedad Platon con menos sueños, Cicerón con más firmeza, y en la Europa moderna Turgot con todas sus ventajas: Jovellanos fué arrojado también de sus hogares por los satélites de Napoleón; y prófugo, náufrago y desvalido, tuvo que ir á reclinar su vene-

rable cabeza en el seno de la hospitalidad ajena, y allí exhalar su último aliento. Meléndez, en fin, por el diverso rumbo que había seguido parecía estar exento de semejante agonía; mas la inexorable fortuna no lo quiso así, y se la dió todavía más amarga. Los tres eran amigos; los tres cultivaban los mismos conocimientos, las mismas artes; iban por las mismas sendas del saber humano; los tres, en fin, murieron fuera de sazón, sin que su patria hubiese recogido todo el fruto que sus estudios y talentos prometían.

Fué Meléndez de estatura algo más que mediana, blanco y rubio, menudo de facciones, recio de miembros, de complexión robusta y saludable. Su fisonomía era amable y dulce, sus modales apacibles y decorosos, su conversación halagüeña; un poco tardo á veces en explicarse, como quien distraído busca la expresión propia, y no la halla á tiempo. Sus costumbres eran honestas y sencillas, su corazón recto, benéfico y humano; tierno, afectuoso con sus amigos, atento y cortés con todos. Tal vez faltaba á su carácter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido una vez elegido por la razón, y esto dependía de su excesiva docilidad y y condescendencia con el dictamen ajeno. Mejor acaso hubiera sido también que se alejara más del torbellino de la ambición y del centro del poder, pues esto, en fin, puede llamarse la causa principal de sus desgracias (1). Pero en Meléndez el anhelo de subir estuvo siempre unido al noble deseo de trabajar, de ser útil, de contribuír por todos medios á la prosperidad y adelantamiento de su patria. Conocía su fuerza, como suelen sentirla todos los hombres superiores; pero no por eso abandonaba su carácter general de modestia, que á veces se manifestaba con algún exceso (2). Su aplicación y labo-

---

(1) Él mismo alguna vez manifestó su disgusto en esta parte.

Corrí do me llamaban
La oficiosa ambición y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban.
Mas fastidiéme al punto.

(Tomo IV, elegía 3.)

(2) Preguntábanle una vez por qué no escribía una oda á un asunto en que acababa de ejercitarse y con mucha aceptación, otro poeta amigo suyo. «Porque no quiero, respondió, tener la mortifica-

riosidad eran incansables, su lectura inmensa. De los poetas antiguos españoles prefería á Garcilaso, Luis de León, Herrera, Francisco de la Torre, y por una especie de contradicción, que no deja de tener su razón, y sus motivos, la poesía de Góngora, cuando no desatina le encantaba; y se divertía mucho con los despropósitos festivos é ingeniosos de Quevedo. Su pasión principal después de la de la gloria literaria, era la de los libros, que llegó á juntar en gran número, exquisitamente elegidos y conservados. Tenía mucha afición á las artes del dibujo, no así al canto; y un poeta de oido tan delicado, y que daba á sus versos tanta cadencia y armonía, era casi insensible é indiferente á la deliciosa música de Pasiello y Cimarosa, y á la bella ejecución de la Todi ó de Mandini.

Los principios de su filosofía eran la humanidad, la beneficencia, la tolerancia; él pertenecía á esa clase de hombres respetables que esperan del adelantamiento de la razón la mejora de la especie humana, y no desconfían de que llegue una época en que la civilización, ó lo que es lo mismo, el imperio del entendimiento extendido por la tierra, dé á los hombres aquel grado de perfección y felicidad que es compatible con sus facultades y con la limitación de la existencia de cada individuo. Pensaba en este punto como Turgot, como Jovellanos, como Condorcet, y como tantos otros que no han desesperado jamás del género humano. Sus versos filosóficos lo manifiestan, y con sus talentos y trabajos procuró ayudar por su parte cuanto pudo á esta grande obra.

Su influjo literario como poeta ha sido ciertamente bien grande y ha tenido las más felices consecuencias. Cuando él empezó á escribir, la poesía castellana, no acabada aún de restablecer de su degradación y corrupción antigua, estaba amenazada de otro daño todavía acaso peor. García de la Huerta, en quien podía decirse que había trasmigrado el alma de Góngora

---

ción de desempeñarle menos bien, ni tampoco causársela á él si hago una obra mejor que la suya.» En otra ocasión leía un poema descriptivo de uno de sus discípulos: su primer movimiento fué celebrarle llorando; pero después con un aire melancólico soltó el papel, añadiendo: »Ya me van dejando atrás.» Y no tenía razón, porque jamás le serán comparados ni aquél como poeta lírico ni éste como descriptivo.

con parte de su talento y con toda su tenacidad, sus caprichos y su orgullo, sostenía en aquella época los restos del mal gusto y abandono del siglo XVII. Iriarte, al contrario, con menos talento poético que Huerta, pero con infinito más gusto y más saber, iba poniendo en crédito una especie de poesía en que la cultura, la urbanidad, y aun lo escogido de los pensamientos, no podía compensar la falta de color, de fuego y de armonía en el estilo. En vano Moratín el padre (porque su célebre hijo aún no había empezado á darse á conocer), en vano Cadalso y algún otro luchaban contra estos estravíos y daban de cuando en cuando en sus versos muestra de una poesía más pura y más animada. Sus esfuerzos no eran suficientes, ó la empresa desigual á sus talentos. Pero al instante que aparecieron los escritos de Meléndez, la verdadera poesía castellana se presentó bella con sus gracias nativas, y rica con todas las galas de la imaginación y del ingenio. En aquellos admirables versos la elegancia no se oponía á la sencillez, el fuego á la exactitud, el esmero á la facilidad, la nobleza y cuidado de los pensamientos á su halago y á su interés. Huerta había hecho romances; Trigueros y Cadalso anacreónticas; pero ni los romances de Huerta ni las anacreónticas de Trigueros se leen ya, ni aun se mientan entre los hombres de buen gusto. Cadalso fué sin duda alguna más feliz en el último género, mas ¡á cuanta distancia no están de las de su sucesor! El mismo Anacreonte se ensoberbeciera de una composición tan delicada y tan pura como la bellísima oda *Al viento,* y *Rosana* y de *La tarde*. No hay duda que su talento parece especialmente nacido para estos géneros cortos. En todas las épocas de su vida siempre que los manejaba era con una superiaridad incontestable; y hasta en sus últimos días, cuando, anciano ya y quebrantado con la miseria y las desgracias, parecía que su espíritu debía estar poco apto para estos juegos, se le ve, en el romance del *Náufrago,* en el del *Colorín de Fílis,* y en la anacreóntica *Á Anfriso,* recorrer las cuerdas de la lira con la misma delicadeza, flexibilidad y gracia que en sus mejores tiempos. Dotes y ventajas casi iguales, aunque no con un éxito tan grande, presenta en la poesía descriptiva, en la elegía patética y en la oda sublime, en que ha dejado muestras de tan alta magnificencia. Menos feliz en la parte filosófica y doctrinal, siempre ofrece aquella

magia de lenguaje, aquel estilo lleno de imaginación, la calidad principal suya, la que ha fijado más el gusto de los escritores que le han sucedido, la que puede decirse que ha formado una escuela entre nosotros. De esta escuela, difundida en Salamanca, en Alcalá, en Madrid, en Sevilla y en otros parajes, ha salido una gran parte de los buenos versos que se han escrito en estos últimos tiempos; y si los progresos y riquezas del arte no han sido proporcionados al impulso que les dió aquel ingenio verdaderamente grande, esto es ya enteramente culpa del tiempo, tan adverso después á la cultura de las letras, como favorable había sido en la época en que él empezó á florecer.

Meléndez murió en Mompeller: sus restos yacen en la iglesia parroquial de Montferrier, departamento de l'Herault, guardados en una caja de plomo cubierta con otra de madera, debajo de una lápida en que está escrito en español, francés y latín el epitafio siguiente:

AQUÍ YACE
EL CÉLEBRE POETA ESPAÑOL
DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.
NACIÓ EN LA VILLA DE RIBERA,
PROVINCIA DE EXTREMADURA,
Á 11 DE MARZO DE 1754.
FALLECIÓ EN MOMPELLER
Á 24 DE MAYO DE 1817.





Lord Holland

Señor redactor de la *Gaceta de Madrid*: Aunque en algunos de nuestros diarios se ha anunciado el fallecimiento de este ilustre extranjero, no ha sido, á lo menos en los que yo he visto, con la atención debida á un hombre público tan célebre y que tanto se interesó siempre por nosotros. En esperanzas, en deseos y en anhelo por el bien de este país, lord Holland no cedía á nadie ventaja, ni aún á los mismos que eran naturales de él. Por lo mismo parecía que la noticia de su muerte debía afectar á los que en España se ocupan de las novedades públicas de un modo que les hiciese extenderse algún tanto más en ella. Esperando á que alguna mano más hábil se encargase de llenar este vacio, me he detenido hasta ahora en llamar la atención de usted hácia un objeto tan importante. Al fin envío á usted estos apuntes, no como un artículo biográfico, para el cual me faltan los datos necesarios, sino como un bosquejo en que se dé de la persona, y sobre todo del carácter de este señor, alguna más idea de la que resulta del vago y sucinto anuncio publicado en nuestros papeles.

Enrique Ricardo, barón de Holland, nació en 1773. Fué hijo único del segundo lord Holland, hermano mayor del célebre político Cárlos Jaime Fox

quien tuvo una parte muy principal en la educación de su sobrino, y en la formación de aquel carácter moral y sistema de política que el joven Holland profesó constantemente toda su vida. Ya desde su primer discurso pronunciado en Enero de 1798 en la Cámara de los Pares (1), cuando el debate sobre *Assesed taxes* (2), los admiradores de Fox se complacían en ver la grande semejanza que había, así en doctrina como en estilo, entre Lord Holland y su ilustre pariente. Esta semejanza se hizo cada vez más notable en toda su carrera parlamentaria, en que apenas se trató una cuestión importante en que no tomase parte. Sus servicios, especialmente en la causa de la emancipación católica y en la reforma parlamentaria de 1832, no se borrarán jamás en la memoria de sus compatriotas.

La época en que lord Holland se señaló en la Cámara alta del Parlamento inglés era la misma en que florecían el conde de Grey, lord Grenville, lord Loderdale, lord Ershine, lord Liberpool, el marqués de Wellesley y otros grandes oradores. Si él, como tal, parecía inferior á algunos de ellos, compensaba ámpliamente esta desigualdad con el calor de sus sentimientos, con la plenitud y abundancia de sus ideas, con el candor de sus intenciones y con la benevolencia de sus miras. Todo lleno de su asunto, jamás de su persona, con una habilidad suma para escoger los oportunos argumentos y apropiar el discurso á la cuestión, las palabras que salían de sus labios eran un espejo cristalino donde su corazón se manifestaba todo entero. Así es, que en último resultado, tratándose de persuasión y de efecto, no tenía que conocer ventaja ninguna en sus compañeros.

Cierto es que entraba pocas veces en asuntos de política especulativa, y que desconfiaba mucho de las teorías abstactas cuando se trataba de aplicarlas á las reformas orgánicas é importantes. Pero siempre fué un diestro é incansable campeón de la libertad civil y de la libertad religiosa; pero detestaba todo cuanto tuviese la menor apariencia de opresión é intolerancia;

---

(1) Lord Holland nunca estuvo en la Cámara de los Comunes; desde luego entró en la Cámara alta dando en ella principio á su carrera parlamentaria.

(2) Contribuciones directas.

pero era siempre el primero á denunciar toda infracción de derecho, todo cuanto pudiese invadir el santuario de la conciencia.

Lord Holland estuvo diferentes veces en España, y en cada una de ellas se aumentaba su afición á un país que consideraba digno de mejor suerte. Las conexiones que formó en él fueron muchas y variadas; una gran parte de ellas han durado toda su vida. Su triple carácter como señor, como político y como hombre de letras, le hacía sumamente apreciable en donde quiera que concurriese, sobresaliendo entre sus demás cualidades su delicada urbanidad y su afectuosa é incansable benevolencia.

Frecuentaban su casa y su trato los hombres más distinguidos de la corte por su sabiduría y sus talentos; y allí se veían diariamente, no haciendo mención más que de los ya muertos, Bauzá, Clemencín, Capmany, Moratín, Arriaza y otros muchos que él acogía con las atenciones francas y afectuosas de un amigo y de un compañero. Quien más lugar merecía en su estimación fué el ilustre Jovellanos, á quien consideraba como la columna principal de la ilustración española en aquella época. Venerábale con una especie de culto, y su busto en mármol, que hizo esculpir á uno de nuestros señalados artistas, colocado entre los de otros hombres eminentes, manifestaba hasta qué punto llegaban su respeto y entusiasmo por nuestro célebre compatriota.

En su segundo viaje, que por diferentes circunstancias se prolongó cerca de dos años, se dedicó al estudio de nuestra literatura. Entonces fué cuando escribió su *Noticia de la vida y escritos de Lope de Vega*, que dedicó á uno de nuestros hombres de letras, y publicó en Londes en 1806. Sin duda alguna esta obra era la mejor que de su clase se había escrito hasta entonces por una pluma extraña, ya se considerasen la exactitud y oportunidad de las noticias, ya el exquisito gusto que en toda ella se pinta, ya, en fin, las miras nobles y grandiosas de crítica y civilización que contiene.

Nuestro gran poeta está apreciado en ella con una superioridad de luces y de juicio y con una imparcialidad que admira, ajena de toda pedantería de escuela, igualmente que de toda prevención nacional. Aun ahora en que atendidas mejor fuera de España nuestras letras y nuestras artes se han publi-

cado en su razón obras muy apreciables, esta producción de lord Holland conserva un lugar eminente, y será leída siempre con tanto fruto como placer.

En la inclinación decidida que nos tenía, no podía menos de manifestar con frecuencia su deseo de que nuestra situación política se mejorase, y saliendo del envilecimiento en que estábamos sumergidos, tomásemos una posición más correspondiente á nuestros medios y á nuestro carácter. Mas esto por de pronto más bien era anhelo que esperanza, pues ninguna podía entonces abrigarse respecto de reformas que no fuese á una inmensa lejanía. La ambición impaciente de Napoleón abrevió prodigiosamente este camino, y España se vió impelida á una revolución cuando menos podía pensar en ella y sin poder absolutamente evitarla. En el año de 9, al tiempo en que al parecer nuestra causa estaba más desesperada, lord Holland apareció en Sevilla, y nadie ignora cuánto interés se tomó en nuestras cosas, cuántos excelentes consejos nos dió, qué de buenos oficios nos hizo, y cuánto sirvieron sus nobles y eficaces exhortaciones á sostener el entusiasmo y la confianza de nuestros hombres públicos, con quienes mantuvo siempre las más íntimas y puras relaciones. Á su impulso se debió en gran parte la resolución tomada por la Junta Central de restablecer la institución de nuestras antiguas Cortes. En el decreto de 22 de Mayo de 1809 se abrió el camino á la reforma política del Estado, que dos años antes habría parecido sueño criminal de una imaginación lisiada, y ya entonces se presentaba, no sólo como útil y posible, sino también como necesaria. En las oscilaciones crueles que esta magnánima empresa ha tenido que sufrir, los votos y los esfuerzos de lord Holland han sido siempre fieles á sus antiguas inclinaciones y principios, y su voz en la primera tribuna parlamentaria del mundo se ha empleado constantemente en defensa de la libertad y de la independencia de sus queridos españoles.

Fué del Consejo privado del rey de Inglaterra, canciller del ducado de Lancaster, miembro del Gabinete, uno de los lores del comercio y plantaciones, y tuvo otros encargos igualmente honoríficos, además de ser individuo de varias sociedades científicas y literarias. Desde su juventud estuvo sujeto

á los ataques de una gota hereditaria, que á veces ponían á prueba su paciencia, sin alterar la serenidad de su espíritu ni de su semblante. El mal inexorable se fué haciendo cada vez más fuerte con la edad, y en uno de sus accesos ha arrebatado á su víctima. Este hombre tan justo y tan ilustrado, y al mismo tiempo tan amable y bueno, ha cesado de existir en 21 del próximo Octubre, á los sesenta y siete años de su edad. Luego que la infausta noticia se esparció por los contornos de su residencia, se cerraron generalmente las tiendas: demostración de sentimiento sólo usada con las personas reales cuando fallecen. Los hombres de todas las opiniones y de todos los partidos se han apresurado á dar el tributo de lágrimas y dolor bien debido á pérdida tan grande.

Quién dice que era universalmente reconocido como uno de los hombres de más bondad y de pensamientos más generosos, y que es de temerse que no pueda suplirse tan pronto su falta en la metrópoli de Inglaterra. Quién confiesa que la estimación y respeto que profesaba á los sabios y á las letras, la ilustración y talentos que descubría en su conversación y en su trato, la animación y simpatía que (en medio de la genial frialdad que acompaña de ordinario á la aristocracia de su país), manifestaba á los que tenían la fortuna de frecuentar su sociedad, harán que su pérdida sea sentida por mucho tiempo. Quién, en fin, exclama: ¡el vacío que deja en el mundo no será llenado jamás, y con su muerte qneda roto y perdido uno de los eslabones de oro que enlazaban la era presente con el genio de la edad pasada!

Privilegio singular de la virtud cuando lleva consigo la índole de bondad genial con que se realzaba en lord Holland.

Multis ille bonis flebilis occidit;
Nulli flebilior quam mihi...

(*Gaceta de Madrid* del sábado 23 de Enero de 1841.)





ALGUNOS RECUERDOS SOBRE DON AGUSTÍN ARGÜELLES

No habrá muchos que sepan que, acabados sus estudios, se le llevó á Barcelona el Obispo de aquella ciudad, Díaz Valdés, y que allí vivió algún tiempo incorporado á su familia y vistiendo el traje de clérigo. No teniendo afición á la carrera eclesiástica, se vino á Madrid, donde primero estuvo ocupado en la secretaría de la Interpretación de lenguas, y después fué empleado en la Caja de consolidación, por Espinosa, y á poco tiempo enviado á Inglaterra á una comisión diplomática. Cuando volvió de allí, empezaba la guerra de la Independencia; sirvió en ella de soldado raso en la división del general Ballesteros, y éste le dió su licencia absoluta, porque, todavía no bien curado de una fistula que había padecido en aquel país, no le era posible conllevar las fatigas del servicio. Así, este hombre extraordinario, empezó su carrera por capellán de un Obispo, y tuvo también la profesión de soldado. Él contaba después estas circunstancias de su vida riendo, y decía que su suerte había comenzado por pasos más propios de un calavera que de un estadista parlamentario.

En su primer viaje á España, lord Holland tuvo relaciones con su fami-

lia, y aun parece que estuvo alojado en su casa. De aquí la amistad continua con aquel señor; de ahí su afición á la lengua y á las cosas inglesas, y el estudio profundo que hizo de las costumbres, política y constitución de aquel país. Á esta excelente preparación se debió, sin duda, el papel eminente, y puede decirse principal, que hizo después en las Cortes españolas.

Presentóse en Sevilla con el Conde de Toreno en el año 1809, cuando el Gobierno estaba en aquella ciudad. Al principio fueron cortas sus relaciones con los hombres influyentes de la época, y lo mismo sucedió cuando la corte pasó á Cádiz. Después fué adquiriendo algunas más conexiones, especialmente con hombres de letras, por la afición que él tenía á los estudios. La opinión de sus paisanos la conservó siempre en alto grado, y á ella debió el ser elegido diputado á Cortes por Asturias cuando llegó el caso de convocarlas.

FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE

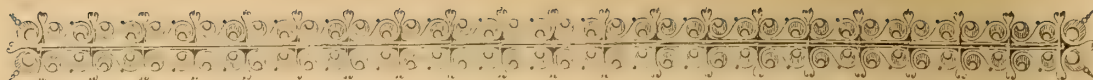
DE LAS MATERIAS QUE COMPRENDE

TOMO PRIMERO

Páginas.

Páginas.





PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LAMINAS

DEL

TOMO PRIMERO



FELIPE GONZALEZ ROJAS, EDITOR—MADRID

HISTORIA DE EUROPA

DESDE LA REVOLUCIÓN FRANCESA HASTA NUESTROS DÍAS

POR

EMILIO CASTELAR

PROSPECTO

El título de una obra como ésta y el nombre de su autor excusan toda recomendación é inutilizan todo prospecto. Castelar, desde la revolución del cuarenta y ocho, complemento de la primera revolución francesa, con cuyos grandiosos hechos inicia este libro, no sólo ha escrito cuanto ha pasado por nuestro mundo europeo en periódicos y revistas innumerables de los pueblos cultos, ha vivido él mismo esa historia de la segunda parte del siglo, en la prensa, en la Universidad, en el Ateneo, en los Comités, en las conjuraciones, en los levantamientos, en la emigración, en el Congreso, en el gobierno, coadyuvando desde la niñez casi á todo lo sucedido en su tiempo, con pluma, con palabra, con acción incesante, con apostolados y combates que no han tenido interrupción, primero por difundir, después por establecer y luego por consolidar la democracia y la libertad en una campaña y en una obra inolvidables de redención y progreso. Pues así como él ha vivido en la segunda mitad del siglo pugnando por las ideas liberales y democráticas; en la primera mitad, su familia toda, sus abuelos y sus padres, vivieron y pelearon por estas mismas ideas, en el épico empeño por la independencia nacional, donde tiñeran con su sangre las piedras de Cataluña y enlazaran sus apellidos con el martirologio español, yendo quien le diera el ser, tras batallas grandiosas con el irruptor y el extranjero, á las más tristes y no menos heróicas por la Constitución, donde recibió fulminantes sentencias de muerte y pasó, víctima de la infame traición del veintitrés,

la flor de su vida en extraña tierra, creando así un vínculo glorioso de sacrificios hechos y de dolores sufridos en aras de la libertad. El período de la centuria que Castelar no ha vivido, halo escuchado en el hogar suyo, referido por sublimes partícipes de aquellas luchas, criados en el dolor y en la desgracia, entre lágrimas y recuerdos, que han dado al tiempo aquel un tinte parecido al que tienen dentro de la liturgia religiosa los quemaderos del martirio y los peñascos del Calvario.

Luego las fáciles comunicaciones de ahora entre los pueblos, la solidaridad de ideas y de intereses con todos los defensores de la libertad en el mundo, los amistosos afectos que le han consagrado así los fundadores de la unidad italiana como los fundadores de la República francesa, la presencia suya durante las emigraciones involuntarias ó voluntarias así como durante los viajes científicos y literarios en escenas capitales de esta época, su interés vivo por los mayores sucesos europeos, la concentrada memoria que acaudala todos los recuerdos y puede á su gusto y guisa evocarlos cuando quiere; todas estas circunstancias prestan al autor los caracteres de un testigo á quien hay que consultar, cuando se quiera saber la Historia de nuestro siglo en el segundo período que ha visto sin duda las mayores trascendencias de los principios progresivos á los hechos, como puede comprobarse por la emancipación religiosa, el término de la esclavitud, el triunfo sobre la teocracia, el establecimiento de la unidad germánica, el reconocido derecho de Grecia y de Italia y de Hungría y de Rumania y de Servia, la conversión dentro de Rusia del siervo en hombre, la rota del Surdebund que destruye la oligarquía reaccionaria helvética y establece bajo las estrellas encendidas en los cuatro cantones por Guillermo Tell la democracia moderna, el gran estatuto de Hungría que rompe otro eslabón de los grillos férreos puestos por el despotismo á los pueblos, la revolución nuestra del sesenta y nueve, nunca encarecida cual merece, pues trajo aquí la mayor y más brillante fulguración del espíritu moderno, que ha conocido nuestra fecunda edad.

Pero Castelar no se limita en este trabajo á contar los hechos políticos y las guerras continentales, según el método antiguo y la vieja usanza. Para él merece más interés que un hecho una idea, verdadera generatriz de los hechos. Para él debe ir al par de la Historia política la Historia del pensamiento y de las correlaciones entre los pensamientos capitales y los capitales sucesos del siglo. Sabría poco de Inglaterra quien conociese á Chatam y no conociese á Byron. Ignoraria la Restauración quien ignorase las innovaciones literarias comenzadas y concluídas por Víctor Hugo. Junto á Isturiz y Espartero y O'Donnell y Narváez hay que exponer á Donoso en la tribuna, Martínez de la Rosa en la Academia, Balmes en la ciencia, Madrazo en la pintura, Salamanca en la industria, el divino y creador Zorrilla en la poesía. ¿Cómo

íbais á contar la redención de Grecia, si antes de pasar lista en vuestros anales á sus héroes, no la pasais á los filo-helenos que supieron interesar los gobiernos en aquella humana y progresiva obra? Sin la cátedra de Sanz del Río, sin los discursos en la Bolsa de Madrid por la libertad económica, sin la genealogía de ideas hegelianas que Rivero aportaba de Sevilla, sin el formidable individualismo de Orense trasmitido á las muchedumbres por el ingenio lemosín unido al sentido común castellano de tan popular patricio, sin la fórmula del Progreso y los debates con el ilustre Campoamor de aquella juventud democrática defendiendo tal símbolo de ideas nuevas que luego pasaron íntegras al Código del sesenta y nueve; no se comprendería la revolución española del sesenta y ocho, como no se comprendería ningún hecho duradero en la realidad sin la idea pura que lo genera y lo produce. A todo esto, á la Historia de los problemas filosóficos, del movimiento literario, de las invenciones que han coadyuvado al progreso material, de la economía política, de las escuelas socialistas, Castelar, en esta obra, suma y reune una serie de provechosas enseñanzas, aprendidas en su experiencia y formuladas claramente, con las cuales pueden apercibirse á conservar los pueblos, que han obtenido tan preciosos bienes, como los dimanados del gobierno de sí mismos, la santa é indispensable libertad.





